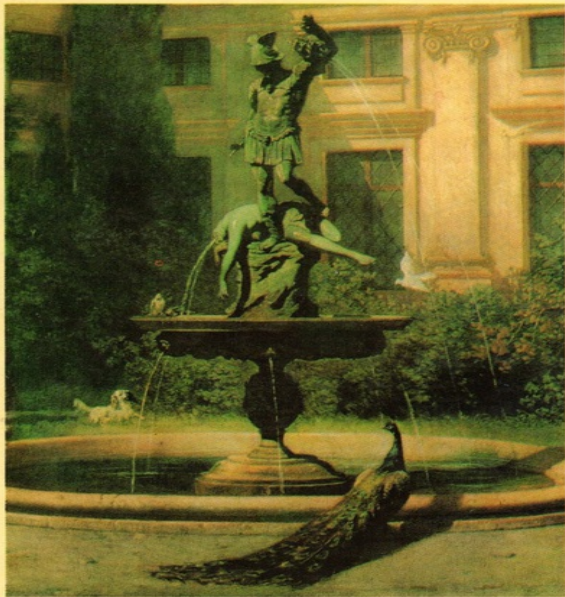


VLADIMIR  
NABOKOV

---

*La dádiva*



El Berlín de entreguerras, visto con los ojos altaneros y nostálgicos de los emigrados rusos, forma un mundo huidizo y fantasmal, pero también una inagotable fuente de insospechadas evidencias. Fiodor, el joven poeta protagonista, es seguramente, en alguna medida, el propio autor; pero también lo es el padre de Fiodor, entomólogo errabundo. ¿Quién ignora la pasión por la entomología de Nabokov, y su destino de perenne emigrado? La inolvidable descripción de una librería rusa en Berlín se nos presenta como afectuoso testimonio de otra inmutable vocación de Nabokov: su amor por la literatura rusa.



Vladimir Nabokov

# **La dádiva**

**ePub r1.0**

**Títivillus 13.01.16**

Título original: Дар

Vladimir Nabokov, 1938

Traducción: Carmen Giralt

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



# INTRODUCCIÓN

La mayor parte de *La dádiva* (en ruso, *Dar*) fue escrita entre 1935-1937 en Berlín; en 1937 terminé su último capítulo en la Riviera francesa. La principal revista de la emigración, *Sovremennye Zapiski*, dirigida en París por un grupo de ex miembros del partido social revolucionario, publicó la novela por entregas (63-67, 1937-8); sin embargo, omitió el capítulo cuarto, que rechazó por las mismas razones por las que Vasiliev no admite, en el capítulo tercero, la biografía que contiene; bonito ejemplo de que la vida se ve obligada a imitar al mismo arte que condena. Hasta 1952, casi veinte años después de haberla empezado, no apareció una edición completa de la novela, publicada por la organización samaritana, Editorial Chejov, de Nueva York. Es fascinante imaginar el régimen bajo el cual *Dar* pueda leerse en Rusia.

Desde 1922 yo vivía en Berlín, simultáneamente, pues, con el joven del libro; pero ni esta coincidencia, ni el que yo compartiera algunas de sus aficiones, como la literatura y los lepidópteros, debe hacer exclamar «ajá» e identificar al dibujante con el dibujo. No soy, ni he sido nunca, Fiodor Gudonov-Cherdyntsev; mi padre no es el explorador del Asia central en quien puedo convertirme algún día; nunca he cortejado a Zina Mertz, y nunca me he preocupado por el poeta Koncheyev o cualquier otro escritor. De hecho, es más bien en Koncheyev, y en otro personaje secundario, el novelista Vladimirov, donde advierto trazos sueltos de mí mismo tal como era alrededor de 1925.

Cuando trabajaba en este libro, no tenía la habilidad de recrear Berlín y su colonia de expatriados tan radical y despiadadamente como lo he hecho en relación con ciertos ambientes de mi posterior obra narrativa en inglés. Aquí y allí, la historia aparece a través del arte. La actitud de

Fiodor hacia Alemania refleja, demasiado típicamente, tal vez, el desprecio crudo e irracional que los emigrados rusos sentían por los «nativos» (en Berlín, París o Praga). Además, mi joven protagonista está sometido a la influencia de una naciente y nauseabunda dictadura que pertenece al período en que se escribió la novela y no al que refleja con intermitencias.

La tremenda afluencia de intelectuales, que formaban una parte tan considerable del éxodo general de la Unión Soviética en los primeros años de la Revolución bolchevique, hoy se nos antoja algo parecido a las peregrinaciones de una tribu mítica cuyos signos de aves y signos lunares recupere yo ahora del polvo del desierto. Permanecemos desconocidos para los intelectuales norteamericanos (quienes, hechizados por la propaganda comunista, sólo nos veían como generales malvados, magnates del petróleo y demacradas damas con impertinentes). Aquel mundo

ya ha desaparecido. También han desaparecido Bunin, Aldanov, Remizov, así como Vladislav Kodasevich, el más eximio poeta ruso que ha tenido el siglo XX. Aquellos viejos intelectuales se están extinguiendo y no han encontrado sucesores en las llamadas Personas Desplazadas de las dos últimas décadas, que han llevado al extranjero el provincialismo y la falta de cultura de su patria soviética.

Puesto que el mundo de *La dádiva* es tan fantasmal como la mayoría de mis otros mundos, puedo hablar de este libro con cierto grado de indiferencia. Es la última novela que he escrito, o jamás escribiré, en lengua rusa. Su heroína no es Zina, sino la literatura rusa. La trama del capítulo primero se centra en los poemas de Fiodor. El capítulo II es un impulso hacia Pushkín en la evolución literaria de Fiodor y contiene su tentativa de describir las exploraciones zoológicas de su padre. El capítulo tercero se traslada a Gogol, pero



su verdadero eje es el poema de amor dedicado a Zina. El libro de Fiodor sobre Chernyshevski, espiral dentro de un soneto, compone el capítulo cuarto. El último capítulo combina todos los temas precedentes y esboza el libro que Fiodor sueña con escribir algún día: La dádiva. Me pregunto hasta dónde seguirá la imaginación del lector a los jóvenes amantes cuando ya han desaparecido de la escena.

La participación de tantas musas rusas en la orquestación de la novela dificulta en gran manera su traducción. Mi hijo Dimitri Nabokov completó el primer capítulo al inglés, pero los cuidados propios de su carrera le impidieron continuar. Los otros cuatro capítulos los tradujo Michael Scammell. Durante el invierno de 1961, en Montreux, revisé cuidadosamente la traducción de los cinco capítulos. Soy el responsable de las versiones de los diversos poemas y fragmentos de poemas diseminados por todo el libro. El epígrafe no es una invención. El

poema final imita una estrofa de Onegin.

VLADIMIR NABOKOV

Montreux, 28 de marzo de 1962

# CAPÍTULO PRIMERO

*El roble es un árbol. La rosa es una flor.*

*El ciervo es un animal. El gorrión es un pájaro.*

*Rusia es nuestra patria. La muerte es inevitable.*

P. SMIRNOVSKI, Manual de Gramática Rusa.

Un día nublado pero luminoso, hacia las cuatro de la tarde del primero de abril de 192... (en cierta ocasión un crítico extranjero observó que mientras muchas novelas, la mayoría de las alemanas, por ejemplo, empiezan con una fecha, los autores rusos son los únicos que, fieles a la peculiar honradez de nuestra literatura, omiten la cifra final), un furgón de mudanzas, muy largo y muy amarillo, enganchado a un camión también amarillo, de ruedas traseras descomunamente abultadas y una anatomía que exhibía con descaro, se detuvo frente al número siete

de la calle Tannenberg, en la parte oeste de Berlín. El camión llevaba un ventilador en forma de estrella en la parte delantera. El nombre de la compañía de mudanzas se extendía por todo el lado en letras azules de un metro de altura, cada una de las cuales (incluido un punto cuadrado) estaba sombreada lateralmente con pintura negra: vil tentativa de trepar a la siguiente dimensión. En la acera, delante de la casa (donde yo también residiré), se encontraban dos personas que, evidentemente, habían acudido a recibir su mobiliario (en mi maleta hay más manuscritos que camisas). El hombre, ataviado con un grueso abrigo de color pardo verdoso al que el viento confería una ondulación de vida, era alto, ceñudo y viejo, y el gris de sus patillas se volvía castaño en las cercanías de la boca, donde sostenía con indiferencia una colilla de cigarro, fría y medio deshojada. La mujer, corpulenta y ya no joven, de piernas arqueadas y un rostro pseudochino bastante atractivo, llevaba una chaqueta de astracán; el

viento, después de rodearla, difundía el olor de un perfume bueno pero algo rancio. Ambos se mantenían inmóviles y miraban fijamente, con tanta atención, que habría podido pensarse que estaban a punto de ser estafados, mientras tres fornidos muchachos de cuellos colorados, que lucían delantales azules, luchaban con sus muebles.

«Algún día —pensó— tengo que utilizar una escena semejante para empezar una buena novela, extensa y anticuada». Este efímero pensamiento tuvo un matiz de descuidada ironía; ironía, no obstante, completamente innecesaria, porque alguien dentro de él, en su nombre, independiente de él, había absorbido todo esto, lo había registrado y archivado. Él mismo acababa de instalarse, y ahora, por primera vez, en el estado todavía insólito de «residente», había salido corriendo a comprar unas cuantas cosas. Conocía la calle y también todo el barrio: la pensión que acababa de dejar no estaba lejos; pero hasta ahora la calle había serpenteado de

un lado a otro sin ninguna relación con él; hoy se había detenido de repente; en lo sucesivo se establecería como una extensión de su nuevo domicilio.

Bordeada de tilos medianos, con gotitas de lluvia esparcidas entre sus intrincadas ramas negras según la futura distribución de las hojas (mañana, cada gota contendría una pupila verde); dotada de una suave superficie alquitranada de unos nueve metros de anchura y aceras jaspeadas (construidas a mano y agradables para los pies), ascendía en ángulo apenas perceptible y empezaba con una oficina de correos y terminaba con una iglesia, como una novela epistolar. Con ojo experimentado buscó en ella algo que pudiera convertirse en una pesadilla cotidiana, una tortura diaria para sus sentidos, pero no parecía haber nada de esto a la vista, y la luz difusa del gris cielo primaveral no sólo no despertaba sospecha alguna sino que incluso prometía suavizar cualquier insignificancia que, a

buen seguro, en tiempo más radiante no dejaría de aparecer, y que podía ser cualquier cosa: el color de un edificio, por ejemplo, que inmediatamente provocara un gusto desagradable en la boca, un resto de harina de avena, o incluso de confite; un detalle arquitectónico que llamara ostentosamente la atención cada vez que se pasara por delante; la irritante imitación de una cariátide, un adorno y no un soporte, que incluso bajo un peso más ligero se desmoronaría, convertido en polvo de yeso; o bien, sujeto al tronco de un árbol con una tachuela oxidada, la esquina inútil pero preservada eternamente de un aviso escrito a mano (tinta borrosa, perro azul desaparecido) que ya no servía de nada pero que no habían arrancado por completo; o un objeto de un escaparate, o un olor que en el último momento se negaba a facilitar un recuerdo que parecía a punto de proclamar a gritos, y permanecía en cambio en su esquina de la calle, un misterio encerrado en sí mismo. No, no había nada

de eso (todavía no, por lo menos); sería una buena idea, pensó, estudiar algún día con calma la secuencia de tres o cuatro clases de tiendas para ver si tenía razón al conjeturar que semejante secuencia seguiría su propia ley de composición, de manera que, tras descubrir la composición más frecuente, pudiera deducirse el ciclo medio de las calles de una ciudad determinada, por ejemplo: estanco, farmacia, verdulería. En la calle Tannenberg estas tres se hallaban separadas y aparecían en esquinas diferentes; sin embargo, tal vez el agrupamiento rítmico aún no se había establecido, y en el futuro, cediendo a aquel contrapunto (mientras los propietarios se arruinaban o trasladaban), empezarían de manera gradual a reunirse de acuerdo con la pauta correcta: la verdulería, con una mirada por encima del hombro, cruzaría la calle, a fin de estar primero a siete puertas de distancia, y luego a tres, de la farmacia —de un modo parecido a cómo, en el anuncio de una película, las letras



desordenadas encuentran su lugar; y al final siempre hay una que da una especie de salto mortal y va a buscar apresuradamente su posición (un personaje cómico, el inevitable simplón entre los nuevos reclutas); y así irían esperando a que quedara libre una tienda adyacente, tras lo cual ambas guñarían el ojo al estanco de enfrente, como diciendo: «De prisa, ven aquí»; y sin que nadie se diera cuenta todas se habrían colocado en hilera, formando una línea característica. Dios mío, cuánto odio todo esto — ¡los objetos de los escaparates, el rostro obtuso de la mercancía, y, sobre todo, el ceremonial de la transacción, el intercambio de pegajosos cumplidos antes y después! Y esas pestañas bajas del precio modesto... la nobleza del descuento... el altruismo de los anuncios... toda esta repugnante imitación de lo bueno, que tiene una rara habilidad para atraer a las personas buenas: Alexandra Yakovlevna, por ejemplo, me confesó que cuando va a comprar a tiendas conocidas se siente moralmente trasplantada

a un mundo especial donde se embriaga con el vino de la honradez y la dulzura de favores mutuos, y replica a la almibarada sonrisa del vendedor con una sonrisa de radiante embeleso.

El tipo de tienda berlinesa donde entró puede determinarse adecuadamente por la presencia, en un rincón, de una mesita que sostenía un teléfono, una guía, narcisos en un jarrón y un gran cenicero. Esta tienda no tenía los cigarrillos emboquillados rusos que él prefería, y se habría marchado con las manos vacías a no ser por el chaleco de botones de nácar del propietario y su calva color calabaza. Sí, toda mi vida me cobraré este pequeño pago en especie para compensarme de mi excesivo dispendio por mercancías que me obligan a comprar.

Mientras cruzaba hacia la farmacia de la esquina volvió involuntariamente la cabeza a causa de un rayo de luz que había rebotado de su sien, y vio, con aquella rápida sonrisa con que saludamos un arco iris o una rosa, un paralelogramo de cielo,

cegadoramente blanco, que estaban descargando del camión —un armario de luna, a través del cual, como a través de una pantalla de cine, pasó un reflejo impecable y claro de ramas, deslizándose y meciéndose, no arbóreamente, sino con una vacilación humana, producida por la naturaleza de los que llevaban a cuestras este cielo, estas ramas, esta fachada deslizante.

Siguió caminando hacia la tienda, pero lo que acababa de ver —ya fuera porque le había proporcionado un placer afín, o porque le había cogido por sorpresa y sobresaltado (como caen los niños desde el henal a la oscuridad elástica)— desató en él aquel algo agradable que desde hacía varios días se hallaba en el fondo oscuro de todos sus pensamientos, y que se apoderaba de él a la menor provocación: mi colección de poemas acaba de publicarse; y cuando, como ahora, su mente daba un brinco, es decir, cuando recordaba los cincuenta poemas que acababan de publicarse, recorría en un

solo instante el libro entero, de forma que, en la niebla instantánea de su música locamente acelerada, no se podía captar un sentido legible de las líneas revoloteadoras —las familiares palabras pasaban de largo, girando en medio de una espuma violenta (cuya ebullición se transformaba en una poderosa corriente si se fijaba la vista en tila, como solíamos hacer mucho tiempo atrás, mirándola desde un oscilante puente de molino hasta que el puente se convertía en la popa de un barco: ¡adiós!)— y esta espuma, y este revoloteo, y un verso separado que pasaba solitario, gritando desde lejos con salvaje éxtasis, probablemente le llamaba al hogar, todo esto, junto con el blanco cremoso de la cubierta, se fundía en una sensación maravillosa de pureza excepcional... «¡Qué estoy haciendo!», pensó y recobró bruscamente el sentido y se dio cuenta de que lo primero que había hecho al entrar en la tienda siguiente era depositar el cambio, que le habían dado en el estanco, en el islote de goma que había en

el centro del mostrador de cristal, a través del cual vislumbró el tesoro sumergido de perfumes embotellados, mientras la mirada de la vendedora, condescendiente hacia su extraña conducta, seguía con curiosidad esta mano distraída que pagaba una compra todavía no mencionada.

—Una pastilla de jabón de aceite de almendras, por favor —dijo con dignidad.

Tras lo cual volvió a su casa con el mismo paso elástico. La acera ya estaba vacía, excepto tres sillas azules que parecían haber sido colocadas por niños. Dentro del camión yacía un pequeño piano marrón en posición supina, atado para que no pudiera levantarse, y con sus dos suelas de metal en el aire. Por las escaleras vio bajar a los hombres del camión, con las rodillas hacia fuera, y, mientras pulsaba el timbre de su nueva vivienda, oyó voces y golpes de martillo en el piso superior. Le abrió su patrona y le dijo que le había dejado las llaves en la habitación. Esta mujer alemana, grande y rapaz, tenía

un nombre extraño: Klara Stoboy —que para un oído ruso sonaba con sentimental firmeza como «Klara está contigo (*s to-boy*)».

Y aquí está la habitación oblonga, con la maleta esperando pacientemente... y en este momento su alegre estado de ánimo se transformó en repulsión: ¡Dios no permita que alguien conozca el horrible y degradante tedio, la constante negativa a aceptar el yugo vil de constantes cambios de domicilio, la imposibilidad de vivir cara a cara con objetos totalmente extraños, el inevitable insomnio en ese diván!

Permaneció un buen rato junto a la ventana. En el cielo lechoso se formaban de vez en cuando concavidades opalinas donde el sol ciego circulaba, y, como respuesta, sobre el techo gris y convexo del camión las esbeltas sombras de las ramas de tilo se apresuraban hacia convertirse en sustancia, pero se disolvían sin haberse materializado. La casa de enfrente estaba medio oculta por el andamiaje,

mientras la parte buena de su fachada de ladrillos estaba cubierta por una hiedra que invadía las ventanas. En el fondo del sendero que cruzaba el patio principal, divisó el letrero negro de una carbonería.

En sí mismo, todo esto era una vista, del mismo modo que la habitación en sí era una entidad separada; pero ahora había aparecido un intermediario, y ahora aquella vista se convirtió en la vista desde su habitación y en ninguna otra. El don de la vista que acababa de recibir no la mejoraba. Sería difícil, pensó, transformar el papel de la pared (amarillo pálido, con tulipanes azules) en una estepa lejana. Habría que cultivar durante largo tiempo el desierto del escritorio, para que pudiera hacer germinar sus primeras rimas. Y mucha ceniza de cigarrillo tendría que caer bajo el sillón y entre sus pliegues antes de que pudiera servirle para viajar.

La patrona fue a decirle que le llamaban por teléfono, y él bajando cortésmente los hombros, la

siguió hasta el comedor. «En primer lugar, señor mío —dijo Alexander Yakovlevich Chernyshevski—, ¿por qué son tan reacios en su vieja pensión a facilitar su nuevo número? La dejó con un portazo, ¿verdad? En segundo lugar, quiero felicitarle... ¡Cómo! ¿Todavía no se ha enterado? ¿De verdad?» («Todavía no se ha enterado», observó Alexander Yakovlevich, volviendo el otro lado de su voz hacia alguien que estaba fuera del alcance del teléfono). «Bien, en tal caso, agárrese fuerte y escuche esto —voy a leérselo: “La recién publicada colección de poemas de Fiodor Godunov-Cherdyntsev, autor hasta ahora desconocido, nos parece tan brillante y el talento poético del autor es tan indiscutible...”. Escuche, no voy a seguir, será mejor que venga usted a vernos esta noche. Entonces conocerá todo el artículo. No, Fidor Konstantinovich, amigo mío, ahora no le diré nada más, ni quién ha escrito esta crítica, ni en qué periódico ruso ha aparecido, pero si quiere mi opinión personal, no se ofenda, pero



creo que este sujeto le trata con excesiva bondad. Así, pues, ¿vendrá usted? Excelente. Le esperamos».

Al colgar el auricular, Fiodor casi derribó de la mesa el bloque con varillas de acero flexible y un lápiz junto a ella; trató de cogerlo, y fue entonces cuando lo tumbó; después su cadera chocó contra la esquina del aparador; luego dejó caer un cigarrillo que estaba sacando del paquete mientras caminaba; y finalmente calculó mal el ímpetu de la puerta, que se abrió con tanta resonancia que Frau Stoboy, que pasaba en aquel momento por el pasillo con un plato de leche en la mano, emitió un glacial «¡Uf!». Él quería decirle que su vestido amarillo pálido con tulipanes azules era bonito, que la raya de sus cabellos rizados y las bolsas temblorosas de sus mejillas le prestaban una majestuosidad a lo George Sand; que su comedor era el colmo de la perfección; pero se conformó con una sonrisa radiante y casi tropezó con las rayas atigradas que no habían

seguido al gato cuando éste saltó a un lado; pero, después de todo, nunca había dudado de que sería así, de que el mundo, en la persona de unos cuantos centenares de amantes de la literatura que habían dejado San Petersburgo, Moscú y Kiev, apreciaría inmediatamente su don.

Tenemos ante nosotros un delgado volumen titulado *Poemas* (sencilla librea de cola de golondrina que en los últimos años se ha hecho tan de *rigueur* como la trencilla de no hace tanto tiempo—desde «Ensueños lunares» al latín simbólico), que contiene unos cincuenta poemas de doce versos dedicados todos ellos a un único tema: la infancia. Mientras los componía fervientemente, el autor pretendía, por un lado, generalizar las reminiscencias seleccionando elementos característicos de cualquier infancia lograda—de ahí su aparente evidencia; y por otro lado, sólo ha permitido que en sus poemas penetrara su esencia genuina—de ahí su aparente escrupulosidad. Al

mismo tiempo tuvo que esforzarse mucho por no perder el control del juego ni el punto de vista del juguete. La estrategia de la inspiración y la táctica de la mente, la carne de la poesía y el espectro de la prosa translúcida— éstos son los epítetos que nos parecen caracterizar con suficiente exactitud el arte de este joven poeta... Y, después de cerrar su puerta con llave, cogió el libro y se tendió en el diván — tenía que releerlo inmediatamente, antes de que la excitación tuviera tiempo de enfriarse, a fin de comprobar la superior calidad de los poemas e imaginar por adelantado todos los detalles de la gran aprobación que les había concedido aquel crítico inteligente, encantador y todavía sin nombre. Y ahora, al repasarlos y ponerlos a prueba, hacía exactamente lo contrario de lo que había hecho poco rato antes, cuando repasaba todo el libro en un solo pensamiento instantáneo. Ahora, por así decirlo, leía en tres dimensiones, explorando cuidadosamente cada poema, entresacado del resto como un cubo y

bañado por todos lados en aquel aire campestre, mullido y maravilloso, después del cual uno se siente tan cansado al atardecer. En otras palabras, mientras leía, volvía a hacer uso de todos los materiales ya elegidos otra vez por su memoria para la extracción de estos poemas, y lo reconstruía todo, absolutamente todo, del mismo modo que un viajero ve a su regreso en los ojos de un huérfano no sólo la sonrisa de su madre, a quien había conocido en su juventud, sino también una avenida que termina en un estallido de luz amarilla y aquella hoja rojiza sobre el banco, y todo lo demás, todo lo demás. La colección se iniciaba con el poema «La pelota perdida», y uno sentía que empezaba a llover. Uno de esos atardeceres, cargados de nubes, que casan tan bien con nuestros abetos septentrionales, se había condensado en torno a la casa. La avenida había vuelto del parque para pasar la noche, y su entrada se hallaba envuelta en penumbra. Ahora, las blancas persianas enrollables separan la habitación

de la oscuridad exterior, hacia donde ya se han trasladado las partes más claras de diversos objetos caseros para ocupar vacilantes posiciones a diferentes niveles del jardín irremisiblemente negro. La hora de acostarse está muy cerca.

Los juegos se van haciendo desanimados y algo indiferentes. Ella es vieja y gime dolorosamente mientras se arrodilla en tres laboriosas etapas.

*Mi pelota ha rodado bajo la cómoda de la  
niñera.*

*En el suelo, una vela*

*tira de los bordes de las sombras*

*hacia un lado y otro, pero la pelota ha  
desaparecido.*

*Entonces llega el torcido atizador.*

*Se arrastra y se desgaña en vano,*

*hace salir un botón*

*y luego media galleta.*

*De pronto la pelota surge, corriendo*

*hacia la oscuridad temblorosa,*

*cruza toda la estancia y en seguida*

*desaparece*

*bajo el sofá inexpugnable.*

¿Por qué no me satisface del todo el calificativo «temblorosa»? ¿Será que la mano colosal del titiritero aparece por un instante entre las criaturas cuyo tamaño la vista había llegado a aceptar (de modo que la primera reacción del espectador al final del espectáculo es: «¡Cuánto he crecido!»)? Después de todo, la habitación temblaba realmente, y el movimiento intermitente, parecido a un tiovivo, de las sombras en la pared cuando se llevan la luz, o el abultamiento de las monstruosas gibas del difuso camello del techo cuando la niñera forcejea con el voluminoso e inestable biombo de cañas (cuya expansión es inversamente proporcional a su grado

de equilibrio) —todo esto constituye mis primeros recuerdos, los más próximos a la fuente original. Mi pensamiento inquisitivo se vuelve a menudo hacia esa fuente original, hacia ese vacío invertido. Y así, el estado nebuloso del niño siempre se me antoja una convalecencia lenta tras una terrible enfermedad, y el apartamiento de una no existencia original se convierte en un acercamiento a ella cuando fuerzo la memoria hasta el mismo límite con objeto de saborear aquella oscuridad y utilizar sus lecciones como medio de prepararme para la oscuridad futura; pero al volver mi vida del revés, para que el nacimiento se convierta en muerte, no consigo ver al borde de esta muerte invertida nada que corresponda al terror ilimitado que, según dicen, experimenta incluso un centenario cuando se enfrenta con el final positivo; nada, excepto tal vez las susodichas sombras, que se levantan desde algún lugar bajo cuando la vela se dispone a abandonar la habitación (mientras la sombra de la bola de latón

izquierda de los pies de mi cama pasa como una cabeza negra, hinchándose al moverse), ocupa su lugar acostumbrado sobre la cama de mi cuarto infantil, y en sus rincones parecen de bronce y sólo tienen una semejanza casual con sus modelos naturales.

En toda una colección de poemas, que desarman por su sinceridad... no, esto es una tontería —¿por qué hay que «desarmar» al lector? ¿Acaso es peligroso? En toda una colección de excelentes... o, para darle más énfasis, notables poemas, el autor no sólo canta a estas terribles sombras sino también a momentos más alegres. ¡Tonterías, he dicho! Mi panegirista desconocido y sin nombre no escribe así, y ha sido sólo por su causa que he poetizado el recuerdo de dos juguetes preciosos y, supongo, antiguos. El primero era una amplia maceta pintada que contenía una planta artificial de un país cálido, sobre la que descansaba un ave canora tropical, disecada, de aspecto tan asombrosamente vivo que



parecía a punto de levantar el vuelo, con plumaje negro y pecho de amatista; y, cuando con halagos se obtenía la gran llave del ama de llaves Ivonna Ivanovna, y se introducía en un lado de la maceta y se hacía girar con fuerza varias veces, el pequeño ruiseñor malayo abría el pico... no, ni siquiera abría el pico, porque había ocurrido algo raro al viejo mecanismo, a uno u otro de los muelles, que, no obstante, reservaba su acción para más tarde: el pájaro no cantaba entonces, pero si uno se olvidaba de él y una semana después pasaba por casualidad frente a su elevada percha encima del armario, algún temblor misterioso le obligaba de pronto a emitir sus mágicos trinos— y qué maravillosa y largamente gorjeaba, hinchando el pecho encrespado; terminaba; entonces, cuando uno salía, pisaba otra tabla y, como respuesta especial, el pájaro emitía un último silbido y enmudecía a mitad de una nota. El otro de los juguetes poetizados, que estaba en otra habitación, también sobre un estante alto, se

comportaba de manera similar, pero con una sombra burlona de imitación —del mismo modo que el espíritu de parodia siempre acompaña a la poesía auténtica. Se trataba de un payaso vestido de satén y pieles que se elevaba sobre dos enjalbegadas barras paralelas y solía ponerse en movimiento tras una sacudida accidental, al son de una música en miniatura de cómica pronunciación que sonaba bajo su pequeña plataforma mientras levantaba las piernas enfundadas en medias blancas y los zapatos con pompones, arriba, cada vez más arriba, con sacudidas apenas perceptibles— y de pronto todo se detenía y él queda inmóvil en una postura ladeada. ¿Tal vez ocurre lo mismo con mis poemas? Pero la veracidad de yuxtaposiciones y deducciones se preserva mejor a veces en el lado izquierdo de la dialéctica verbal.

Por la acumulación de piezas poéticas del libro obtenemos de manera gradual la imagen de un niño en extremo receptivo que vive en un ambiente

favorable en grado superlativo. Nuestro poeta nació el 12 de julio de 1900, en la mansión de Leshino, que había sido durante generaciones la heredad de los Godunov-Cherdyntsev. Incluso antes de alcanzar la edad escolar, el niño ya había leído un considerable número de libros de la biblioteca de su padre. En sus interesantes memorias, fulano de tal recuerda el entusiasmo del pequeño Fedia y de su hermana Tania, dos años mayor que él, por el teatro de aficionados, y que incluso escribieron ellos mismos piezas teatrales para representarlas... Esto, buen hombre, puede ser cierto de otros poetas, pero en mi caso es una mentira. Siempre he sentido indiferencia por el teatro; aunque recuerdo que teníamos un teatro de marionetas, con árboles de cartón y un castillo almenado cuyas ventanas de celuloide, del color de la mermelada de frambuesa, dejaban ver llamas pintadas, como las del cuadro de Vereshchagin del «Incendio de Moscú», cuando dentro se encendía una vela, y fue precisamente esta

vela lo que, no sin nuestra participación, causó finalmente el incendio de todo el edificio. ¡Oh, pero Tania y yo éramos muy exigentes en cuanto a juguetes! A menudo recibíamos cosas lamentables de personas indiferentes del exterior. Cualquier regalo que llegase en una caja plana de cartón, con la tapa ilustrada, presagiaba un desastre. A una tapa así traté de dedicarle mis estipulados doce versos, pero por alguna razón el poema no surgió. Una familia sentada en torno a una mesa circular iluminada por una lámpara; el niño luce un imposible traje de marinero con corbata roja, la niña lleva botas de cordones, también rojas; ambos, con expresiones de sensual deleite, están pasando cuentas de varios colores por varillas parecidas a pajas, haciendo cestitas, jaulas de pájaros y cajas; y, con similar entusiasmo, sus mentecatos padres participan en el mismo pasatiempo —el padre, con una considerable pelambreira en el rostro complacido, la madre, con sus imponentes pechos; el perro también mira hacia

la mesa, y en último término puede verse acomodada a la envidiosa abuela. Ahora estos mismos niños han crecido y con frecuencia vuelvo a verlos en anuncios: él, con mejillas relucientes y morenas, chupa voluptuosamente un cigarrillo o sostiene en la mano bronceada, muestra también una sonrisa carnívora, un bocadillo que contiene algo rojo («¡coman más carne!»); ella sonríe a una media que lleva puesta o, con malvada afición, vierte nata artificial sobre frutas en conserva; y con el tiempo se convertirán en viejos vivaces, sonrosados y golosos — y aún tendrán ante sí la infernal belleza negra de ataúdes de roble en un escaparate decorado con palmeras... Así se desarrolla junto a nosotros un mundo de hermosos demonios, en una relación alegremente siniestra con nuestra existencia cotidiana; pero en el hermoso demonio hay siempre un defecto secreto, una verruga vergonzosa en el reverso de esta apariencia de perfección: el atractivo glotón del anuncio, atiborrándose de

gelatina, nunca conocerá los tranquilos goces del gastrónomo, y sus modas (retrasándose junto a la cartelera mientras nosotros seguimos caminando) van siempre un poco a la zaga de las de la vida real. Algún día volveré para discutir sobre este vengador, que encuentra un punto débil para su golpe exactamente donde parece residir todo el sentido y el poder del ser a quien ataca.

En general, Tania y yo preferíamos los juegos movidos a los tranquilos —correr, el escondite, batallas, cuán notablemente la palabra «batalla» (*srashenie*) sugiere el sonido de compresión elástica cuando introducíamos el proyectil en la pistola de juguete— un palito de madera coloreada, de quince centímetros, privado de su punta de goma para incrementar el choque contra la hojalata dorada de un peto (lucido por alguien mezcla de coracero y piel roja), que causaba una respetable abolladura pequeña.

*... Cargas hasta el fondo el cañón,*

*con un crujido de muelles  
que lo aprietan elásticamente contra el  
suelo,  
y ves, medio oculto tras la puerta,  
que tu doble se ha detenido en el espejo,  
con las plumas multicolores de su tocado  
completamente erizadas.*

El autor tuvo ocasión de ocultarse (ahora estamos en la mansión de los Godunov-Cherdyntsev en el Muelle Inglés del Neva, donde aún hoy continúa emplazada) entre cortinajes, bajo las mesas, detrás de los tiosos almohadones de divanes de seda, en un armario, donde cristales de naftalina crujían bajo los pies (y desde donde podía observarse sin ser visto a un criado pasando lentamente, que parecía extrañamente distinto, vivo, etéreo, oliendo a manzanas y té), y también bajo una escalera en espiral o tras un solitario aparador

olvidado en una habitación vacía sobre cuyos polvorientos estantes vegetaban objetos tales como un collar hecho de dientes de lobo; un pequeño y barrigudo ídolo de almástiga; otro de porcelana, con la lengua salida en un saludo nacional; un ajedrez con camellos en lugar de alfiles; un dragón articulado de madera; una caja de rapé Soyot de cristal empañado; ídem, de ágata; la pandereta de un chamán y la correspondiente pata de conejo; una bota de piel de wapiti, con doble suela hecha con la corteza de la madre selva azul; una moneda tibetana ensiforme; una copa de jade de Kara; un broche de plata con turquesas; una lámpara de lama; y un montón de trastos similares que —como polvo, como la postal de un balneario alemán con su «Gruss» en nácar— mi padre, que no podía soportar la etnografía, había traído por casualidad de sus fabulosos viajes. Los verdaderos tesoros —su colección de mariposas, su museo— se conservaban en tres salas cerradas con llave; pero el presente



libro de poemas no contiene nada sobre ellos: una intuición especial advirtió al joven autor que algún día desearía hablar de un modo muy distinto, no en versos como miniaturas, cadenciosos y con magia, sino con palabras viriles, diferentes, muy diferentes, sobre su famoso padre.

Algo ha desafinado de nuevo, y puede oírse la voz petulante y átona del crítico (tal vez incluso del sexo femenino). Con cálido afecto, el poeta recuerda las habitaciones de la casa familiar donde pasó su infancia. Había sido capaz de infundir mucho lirismo a las descripciones poéticas de los objetos entre los cuales transcurrió. Cuando se escucha con atención... Cuando todos, atenta y devotamente... Los compases del pasado... Así, por ejemplo, describe pantallas, litografías de las paredes, el pupitre de la clase, la visita semanal de los pulidores del suelo (que dejan tras de sí un olor compuesto de «escarcha, sudor y almáciga»), y la comprobación de los relojes:

*Los jueves viene de la relojería  
un anciano cortés, que procede  
a dar cuerda con mano pausada  
a todos los relojes de la casa.*

*Echa una ojeada a su propio reloj  
y pone en hora el reloj de la pared.*

*Se sube a una silla y espera  
a que él reloj toque las doce  
completamente. Entonces, tras haber hecho  
bien*

*su agradable tarea,*

*coloca sin ruido la silla en su lugar,*

*y con un ligero zumbido el reloj hace tictac.*

Con un breve chasquido ocasional de su péndulo y observando una extraña pausa, como para acumular fuerzas antes de dar la hora. Su tictac,

como un centímetro desenrollado, servía de ilimitada medición de mis insomnios. Para mí era tan difícil conciliar el sueño como estornudar sin haberme cosquilleado con algo el interior de la nariz, o suicidarme por un medio que estuviera a disposición del cuerpo (tragándome la lengua o algo parecido). Al principio de la angustiada noche aún podía ganar tiempo subsistiendo a base de conversaciones con Tania, cuya cama estaba en la habitación contigua; pese a lo ordenado, abríamos un poco la puerta, y entonces, cuando oíamos a nuestra institutriz entrar en su habitación, adyacente a la de Tania, uno de nosotros la cerraba con suavidad: un salto con pies descalzos y luego una zambullida en la cama. Mientras la puerta estaba entreabierta podíamos intercambiar acertijos de dormitorio en dormitorio, enmudeciendo de vez en cuando (aún puedo oír el tono de este doble silencio en la oscuridad), ella para adivinar el mío, yo para pensar en otro. Los míos tendían siempre a ser fantásticos y

tontos, mientras Tania era fiel a los modelos clásicos:

*«Mon premier est un metal précieux,  
mon second est un habitant des cieux,  
et mon tout est un fruit délicieux».*

A veces se quedaba dormida mientras yo esperaba pacientemente, en la creencia de que luchaba con mi adivinanza, y ni mis súplicas ni mis imprecaciones lograban desvelarla. Después de esto viajaba durante más de una hora por la oscuridad de mi lecho, arqueando sobre mí la ropa de la cama, a fin de formar una caverna, en cuya distante salida podía vislumbrar un poco de luz oblicua y azulada que no tenía nada en común con mi dormitorio, ni con la noche del Neva, ni con los pliegues oscuros, translúcidos y exuberantes de las cortinas de las ventanas. La caverna que estaba explorando ocultaba en sus recovecos y grietas una realidad tan soñadora, repleta de tan opresivo misterio, que en

mi pecho y en mis oídos se iniciaba un latido semejante al de un tambor ahogado; allí dentro, en sus profundidades, donde mi padre había descubierto una nueva especie de murciélago, divisaba los pómulos altos de un ídolo tallado en la roca; y cuando finalmente me adormecía, una docena de manos fuertes me daban la vuelta y, con un horrible sonido de seda desgarrada, alguien me descosía de arriba a abajo y una mano ágil se introducía dentro de mí y me exprimía vigorosamente el corazón. O bien me convertía en un caballo, gritando con voz mongólica: chamanes tiraban con lazos de sus corvejones, hasta que sus patas se rompían con un crujido y caían en ángulos rectos en relación con el cuerpo —mi cuerpo—, que yacía con el pecho apretado contra la tierra amarilla, y, como señal de una agonía extrema, la cola del caballo se elevaba como una fuente; volvía a caer, y yo me despertaba.

*Hora de levantarse. El calefactor da unas*

*palmadas*  
*al brillante revestimiento*  
*de la estufa, para determinar*  
*si el fuego ha llegado arriba.*  
*Así es. Y a su cálido zumbido*  
*la mañana responde con el silencio de la*  
*nieve,*  
*un azul con matices rosados,*  
*y una blancura inmaculada.*

Es extraño que un recuerdo se convierta en una figura de cera y el querubín crezca sospechosamente en hermosura a medida que su marco se oscurece por la edad —extraños, muy extraños son los percances de la memoria. Emigré hace siete años; este país extranjero ya ha perdido su aureola de extranjerismo, del mismo modo que el mío propio ha dejado de ser una costumbre geográfica. El año

siete. El espíritu vagabundo de un imperio adoptó inmediatamente este sistema de cálculo, afín al introducido previamente por el fogoso ciudadano francés en honor de la reciente libertad. Pero los años se suceden, y el honor no es un consuelo; los recuerdos se desvanecen o adquieren un brillo cadavérico, por lo que en vez de maravillosas apariciones, sólo nos queda un abanico de postales. No hay nada que sirva aquí, ni la poesía ni el estereoscopio— ese artilugio que en un siniestro silencio de ojos saltones solía dotar a una cúpula de tal convexidad y rodear a los bañistas de Karlsbad de tan diabólica semblanza de espacio que, tras esta diversión óptica, las pesadillas me atormentaban mucho más que después de un relato de torturas mongólicas. Recuerdo que esta cámara estereoscópica adornaba la sala de espera de nuestro dentista, el americano Lawson, cuya amante francesa, madame Ducamp, arpía de cabellos grises, se sentaba ante el escritorio entre frascos de rojo

elixir Lawson, fruncía los labios y se rascaba nerviosamente el cuero cabelludo mientras intentaba encontrar una hora para Tania y para mí, y finalmente, con un esfuerzo y un chillido, conseguía meter su furiosa pluma entre la Princesse Toumanoff, con un borrón al final, y *monsieur* Danzas, con un borrón al principio. Ésta es la descripción de un viaje en coche a casa de este dentista, que la víspera había advertido que «éste tendrá que arrancarse»...

*¿Cómo será estar sentado*

*dentro de media hora en esta berlina?*

*¿Con qué ojos miraré estos copos de nieve  
y ramas negras de los árboles?*

*¿Cómo seguiré de nuevo con la vista  
ese canto de acera cónico*

*con su casquete de algodón? ¿Cómo  
recordaré*



*en el camino de vuelta el camino de ida?  
(Mientras, con aversión y ternura,  
palpo constantemente el pañuelo  
donde, envuelto con cuidado, hay algo,  
un amuleto en forma de dije de marfil).*

Ese «casquete de algodón» no sólo es ambiguo, sino que ni siquiera empieza a expresar lo que yo quería decir —la nieve amontonada como un casquete sobre conos de granito unidos por una cadena en algún lugar de las proximidades de la estatua de Pedro el Grande. ¡Algún lugar! Ay, ya me resulta difícil recoger todas las partes del pasado; ya estoy olvidando relaciones y conexiones entre objetos que aún pululan en mi memoria, objetos que con ello condeno a la extinción. De ser así, qué burla tan insultante resulta afirmar con presunción que así una impresión previa subsiste dentro del hielo de la armonía.

¿Qué, entonces, me impulsa a componer poemas sobre mi infancia si, a pesar de todo, mis palabras se alejan de la verdad, o matan tanto al leopardo como al ciervo con la bala explosiva de un epíteto «certero»? Pero no hay que desesperarse. Este hombre dice que soy un verdadero poeta —lo cual significa que la caza no fue en vano.

Aquí hay otro poema de doce versos sobre los tormentos de la niñez. Trata de las penosas sensaciones del invierno en la ciudad cuando, por ejemplo, las medias irritan la parte posterior de las rodillas, o cuando la vendedora te ajusta en la mano un guante de piel demasiado estrecho, que hace poco yacía sobre el mostrador como un tajo de verdugo. Hay más: el doble pellizco del corchete (la primera vez que se suelta) mientras te mantienes con los brazos extendidos para que te ajusten el cuello de piel; pero en compensación por todo esto, qué divertido el cambio en la acústica, qué redondos todos los sonidos cuando se levanta el cuello; y ya

que hemos rozado las orejas, qué inolvidable la música tensa, sedosa, zumbante mientras te atan las orejeras de la gorra (levanta la barbilla).

Alegremente, para acuñar una frase, la gente joven retoza en un día glacial. A la entrada del parque público tenemos al vendedor de globos; sobre su cabeza, un enorme y susurrante racimo, tres veces su tamaño. Mirad, niños, cómo se ondulan y chocan entre sí, todos llenos del sol de Dios, en tonos rojos, azules y verdes. ¡Una hermosa vista! Por favor, tío, quiero aquél tan grande (el blanco que tiene un gallo pintado y un embrión rojo flotando en su interior, que, cuando se destruye a su madre, escapa hasta el techo y baja al día siguiente, todo arrugado y completamente manso). Ahora los felices niños han comprado su globo de un rublo y el amable buhonero los ha soltado del ondeante manojó. Un momento, muchacho, no lo agarres, déjame cortar el hilo. Tras lo cual vuelve a calzarse los mitones, inspecciona el cordel que le rodea la

cintura y del que penden las tijeras y, después de dar media vuelta, empieza a ascender con lentitud en una posición erguida, más y más arriba hacia el cielo azul: mira, ahora su racimo ya no es mayor que uno de uvas, mientras a sus pies se extiende el brumoso, dorado y armonioso San Petersburgo, un poco restaurado, ¡ay!, aquí y allí, según los mejores cuadros de nuestros pintores nacionales.

Pero, bromas aparte, todo era realmente muy hermoso, muy tranquilo. Los árboles del parque remedaban a sus propios fantasmas y el efecto entero revelaba un inmenso talento. Tania y yo nos burlábamos de los trineos de nuestros coetáneos, especialmente si estaban cubiertos de un material de alfombra, con flecos, y tenían un asiento elevado (incluso con respaldo) y riendas que el conductor sostenía mientras frenaba con sus botas de fieltro. Esta clase nunca llegaba al lomo de nieve final, sino que se desviaba casi inmediatamente y empezaba a girar con impotencia mientras continuaba

descendiendo, transportando a un niño pálido y resuelto que se veía obligado, una vez extinguido el ímpetu del trineo, a trabajar con los pies a fin de alcanzar el final de la pista helada. Tania y yo teníamos pesados y curvos trineos de Sangalli; tales trineos consistían simplemente en un almohadón rectangular de terciopelo sobre patines curvados en los extremos. No había que arrastrarlos hasta la pendiente —se deslizaban con tan poco esfuerzo y tanta impaciencia por la nieve, barrida en vano, que te golpeaban los talones. Y ya estamos en la colina.

Nos subíamos a una plataforma salpicada y rutilante... (El agua traída en cubos para verterla sobre el trineo había salpicado los peldaños de madera, por lo que tenían una capa de hielo rutilante, pero la bienintencionada aliteración no había podido incluir todo esto).

*Se trepaba a una salpicada y rutilante  
plataforma,*

*y se caía osadamente de barriga  
sobre el trineo, que traqueteaba  
al bajar por el azul; y luego,  
cuando la escena sufría un cambio sombrío,  
y en el cuarto infantil ardía tristemente  
la escarlatina en Navidad,  
o en Pascua, la difteria,  
se bajaba, cual cohete, la brillante,  
quebradiza,  
exagerada colina de nieve  
en una especie de parque mitad tropical,  
mitad Tavricheski*

adonde, por la fuerza del delirio, el general Nikolai Mijailovich Przhevalski era transferido, junto con su camello de piedra, desde el parque Alexandrovski próximo a nosotros, y donde se convertía

inmediatamente en una estatua de mi padre, que en aquel momento se encontraba entre Kokand y Ashjabad, por ejemplo, o en una ladera de la cordillera Tsinin. ¡Cuántas enfermedades padecimos Tania y yo! A veces juntos, a veces por turnos; y cuánto sufría yo cuando oía, entre el golpe de una puerta distante y el sonido tenue y contenido de otra, el estallido de sus pasos y risas, que sonaban celestialmente indiferentes hacia mí, que me ignoraban, distantes hasta el infinito de mi abultada compresa con relleno de hule marrón, mis piernas doloridas, la pesadez y el encogimiento de mi cuerpo; pero si era ella la enferma, ¡qué real y terreno, qué parecido a un elástico balón de fútbol me sentía yo cuando la veía en la cama, rodeada de un aire de lejanía, como si mirase hacia el otro mundo y sólo el flácido forro de su ser estuviese vuelto hacia mí! Permítanme describir la última fase anterior a la capitulación, cuando, sin abandonar todavía el curso normal de la jornada, ocultándote a

ti mismo la fiebre, el dolor de las articulaciones, y abrigándote al estilo mexicano, disfrazas la imperiosidad del escalofrío febril como las exigencias del juego; y cuando, una hora después, te has rendido y acabado en la cama, tu cuerpo ya no cree que hace poco rato estuviera jugando, arrastrándose a cuatro patas por el suelo del vestíbulo, por el parqué, por la alfombra. Describamos —la sonrisa inquisitiva y de alarma de mi madre cuando acaba de colocarme el termómetro en la axila (tarea que no confiaba ni al mayordomo ni a la institutriz). «Bueno, te has metido en un buen lío, ¿verdad?», dice, intentando todavía bromear al respecto. Luego, un minuto después: «Ya lo sabía ayer, sabía que tenías fiebre, no puedes engañarme». Y tras otro minuto: «¿Cuánta crees que tienes?». Y, finalmente: «Me parece que ya podemos quitarlo». Acerca a la luz el tubo de cristal incandescente y, frunciendo sus bellas cejas de piel de foca— que Tania ha heredado—, mira durante largo tiempo... y



entonces, sin decir nada, agita calmamente el termómetro y lo devuelve a su funda, mirándome como si no me reconociera del todo, mientras mi padre cabalga al paso por una llanura vernal toda azulada de lirios; describamos también el estado delirante en que uno siente crecer unos números enormes, que le hinchan el cerebro, acompañados del parloteo incesante de alguien que no se refiere en absoluto a uno, como si en el oscuro jardín del manicomio del libro de contabilidad, algunos de sus personajes, salidos a medias (o con más precisión, salidos en un cincuenta y siete, coma, ciento once por ciento) de su terrible mundo de intereses acumulados, aparecieran en sus papeles de repertorio como vendedora de manzanas, cuatro cavadores de zanjas y Cierta Persona que ha legado a sus hijos una caravana de fracciones, y hablaran, acompañados por el susurro nocturno de los árboles, de algo en extremo tonto y doméstico, y por ello tanto más horrible, tanto más condenado a

convertirse en aquellos mismos números, en aquel universo matemático que se extiende hasta el infinito (una expansión que a mi juicio proyecta una extraña luz sobre las teorías macrocósmicas de los físicos actuales). Describamos, finalmente, el restablecimiento, cuando ya no sirve de nada agitar el termómetro para que baje y se abandona con indiferencia sobre la mesilla de noche, donde una asamblea de libros ha venido a felicitarte y unos cuantos juguetes (mirones indolentes) han llegado para desplazar a los semivacíos frascos de turbias pociones.

Un recado de escribir, con mi papel de cartas es lo que veo más intensamente: las hojas están adornadas con una herradura y mi monograma. Me había convertido en todo un experto en iniciales retorcidas, sellos grabados, flores secas y estrujadas (que una niña me envió desde Niza) y lacre, de destellos rojos y bronceos.

Ninguno de los poemas del libro alude a algo

extraordinario que me ocurrió mientras convalecía de un caso de pulmonía especialmente grave. Cuando todo el mundo se había trasladado al salón (para usar una expresión victoriana), uno de los invitados que (para seguir usándola) había guardado silencio toda la velada... La fiebre había remitido durante la noche y por último me arrastré hasta tierra firme. Estaba, permítanme decirlo, débil, lleno de caprichos y transparente —tan transparente como un huevo de cristal tallado. Mi madre había salido a comprarme— no recuerdo exactamente qué —una de esas fruslerías que yo reclamaba de vez en cuando con la caprichosidad de una mujer embarazada, olvidándome por completo de ellas casi en seguida; pero mi madre hacía una lista de estos desiderata. Mientras yacía en la cama entre capas azuladas de crepúsculo interior, me sentía evolucionar hacia una lucidez increíble, como cuando una remota franja de cielo radiantemente pálido se dibuja entre largas y vespertinas nubes y uno puede divisar el cabo y las

playas de Dios sabe qué lejanas islas— y se tiene la impresión de que si se da rienda suelta a la volátil mirada se llegará a discernir un barco rutilante, anclado en la húmeda arena, y huellas de pasos llenos de agua brillante. Creo que en aquel momento alcancé el límite máximo de la salud humana: mi mente acababa de sumergirse y aclararse en una negrura peligrosa, sobrenaturalmente limpia; y ahora, sin moverme y sin cerrar siquiera los ojos, vi con el pensamiento a mi madre, con un abrigo de chinchilla y velo de topos negros, que subía al trineo (que en la antigua Rusia parecía siempre tan pequeño comparado con el enorme y acolchado asiento del cochero) y sostenía contra el rostro el peludo manguito gris mientras se deslizaba tras un par de cabellos negros cubiertos con una red azul. Calle tras calle se sucedían sin ningún esfuerzo por mí parte; montones de nieve azotaban la parte delantera del trineo. Ahora se ha detenido. Vasili, el lacayo, baja de su estribo, al tiempo que

desengancha la manta hecha de piel de oso, y mi madre avanza con rapidez hacia una tienda cuyo nombre y mercancía no tengo tiempo de identificar, ya que en aquel instante mi tío, su hermano, pasa por allí y la llama (pero ella ya ha desaparecido), y yo le sigo involuntariamente unos pasos, tratando de reconocer el rostro del caballero con quien habla mientras se aleja, pero, al darme cuenta, retrocedo y floto a toda prisa, por así decirlo, hasta el interior de la tienda, donde mi madre ya está pagando diez rublos por un lápiz verde Faber completamente corriente, que ahora dos dependientes envuelven con cariño en papel marrón y entregan a Vasili, que lo lleva detrás de mi madre hasta el trineo, el cual recorre velozmente unas calles anónimas y se detiene ante nuestra casa, que ahora se adelanta para recibirlo; pero aquí el curso cristalino de mi clarividencia quedó interrumpido por la llegada de Ivonna Ivanovna con caldo y tostadas. Yo necesitaba de su ayuda para incorporarme en la cama. Dio una

palmada a la almohada y colocó la bandeja plegable (con sus patas enanas y una zona perpetuamente pegajosa cerca de su esquina sudoccidental) sobre la manta y frente a mí. De improviso se abrió la puerta y entró mi madre, sonriendo, sostenía un paquete largo, envuelto en papel marrón, como si fuera una alabarda. De él emergió un lápiz Faber de un metro de longitud y grosor correspondiente: un gigante que había pendido horizontalmente en el escaparate como un anuncio y un día había despertado mi caprichoso anhelo. Yo aún debía encontrarme en aquel feliz estado en que cualquier extrañeza desciende sobre nosotros como un semidiós y se mezcla, inadvertida, con el gentío dominguero, puesto que en aquel momento no sentí ningún asombro ante lo ocurrido y sólo me dije para mis adentros que me había equivocado respecto al tamaño del objeto; pero más tarde, cuando hube adquirido más fuerza y tapado con pan ciertas rendijas, reflexioné con atisbos de superstición

sobre mi acceso de clarividencia (el único que he experimentado en mi vida), del cual estaba tan avergonzado que lo oculté incluso de Tania; y casi derramé lágrimas de confusión cuando nos encontramos por casualidad, el día de mi primera salida, con un pariente lejano de mi madre, un tal Gaydukov, que le dijo: «Tu hermano y yo te vimos el otro día cerca de Treumann», Mientras tanto, el aire de los poemas se ha hecho más cálido y nos estamos preparando para volver al campo, adonde solíamos trasladarnos incluso en abril durante los años anteriores a mi asistencia a la escuela (no la empecé hasta la edad de doce años).

*La nieve, ausente de las laderas, acecha en  
los barrancos,*

*y la primavera de Petersburgo*

*está llena de excitación y anémonas*

*y de las primeras mariposas.*

*Pero no necesito a las vanesas del año*

*anterior,*  
*esas hibernantes descoloridas,*  
*ni a las andrajosas de alas color de azufre*  
*que vuelan por bosques transparentes.*  
*Sin embargo, no dejaré de detectar*  
*las cuatro hermosas alas de gasa*  
*de la polilla geométrica más suave del*  
*mundo*  
*Extendida sobre un pálido tronco de abedul.*

Este poema es el favorito del autor, pero no lo incluyó en la colección porque, una vez más, el tema guarda relación con el de su padre y la economía artística le aconsejó no tocar ese tema antes del momento oportuno. En cambio reprodujo tales impresiones de primavera como la primera sensación que sigue inmediatamente a las postrimerías de la estación: la blandura del suelo, su



familiar proximidad con el pie, y en torno a la cabeza, la corriente de aire totalmente incontenida. Compitiendo entre sí, derrochando furiosas invitaciones, de pie en el pescante y agitando su mano libre y mezclando en su cháchara «sos» exagerados, los conductores de *droshki* llamaban a los recién llegados. Un poco más lejos, un coche abierto, carmesí por dentro y por fuera, nos esperaba: la idea de la velocidad ya había dado un vistazo al volante (los árboles del acantilado sabrán a qué me refiero), mientras su aspecto general aún retenía —por un falso sentido del decoro, supongo— un vínculo servil con la forma de una victoria; pero si esto era realmente un intento de imitación, lo destruía por completo el estruendo del motor con el tubo de escape abierto, un estruendo tan feroz que mucho antes de que apareciéramos, el campesino que venía de frente con su carro de heno saltaba a la cuneta y trataba de encapuchar a su caballo con un saco —tras lo cual él y su carro solían acabar en la

zanja o incluso en el campo; donde, un minuto después, habiéndose olvidado de nosotros y nuestro polvo, el silencio rural volvía a ser, fresco y delicado, con sólo un minúsculo resquicio para el canto de una alondra.

Tal vez un día, con suelas extranjeras y tacones gastados desde hace mucho tiempo, sintiéndome un fantasma pese a la idiota materialidad de los aisladores, saldré una vez más de aquella estación y sin compañeros visibles enfilaré el sendero que acompaña a la carretera durante las diez y pico de verstas hasta Leshino. Uno tras otro, los postes telegráficos susurrarán a mi paso. Un cuervo se posará sobre una piedra —se posará y enderezará un ala mal doblada. El día será probablemente algo nublado. Cambios en el aspecto del paisaje circundante, que no puedo imaginar, así como algunos de los mojones más antiguos que por alguna razón se me han olvidado, me saludarán alternativamente, mezclándose incluso de vez en

cuando. Creo que mientras camine emitiré algo parecido a un gemido, a tono con los postes. Cuando llegue a los lugares donde crecí y vea esto o aquello — o bien, debido a fuegos, operaciones de reconstrucción, de explotación maderera, o negligencia de la naturaleza, no vea esto ni aquello (pero aun así pueda reconocer algo que me es infinita e incommoviblemente fiel, aunque sólo sea porque mis ojos, al fin y al cabo, están hechos de la misma materia que el color gris, la claridad, la humedad de aquellos lugares), entonces, después de toda la excitación, sentiré cierta saciedad de sufrimiento —tal vez en la montaña llegaré a una clase de felicidad que aún es prematuro que conozca (sólo sé que cuando la alcance, será con la pluma en la mano). Pero hay algo que definitivamente no encontraré allí esperándome— algo que, por cierto, ha hecho que toda la cuestión del exilio fuera digna de cultivarse: mi infancia y los frutos de mi infancia. Sus frutos —aquí están, hoy, ya maduros; mientras

mi infancia ha desaparecido en una distancia aún más remota que la de nuestro norte ruso.

El autor ha encontrado palabras adecuadas para describir sensaciones experimentadas al hacer la transición al campo. Qué divertido es, dice, no tener que ponerse la gorra, o cambiarse las zapatillas para salir corriendo en primavera a la arena color de ladrillo del jardín.

A la edad de diez años se introdujo una diversión nueva. Todavía estábamos en la ciudad cuando la maravilla entró rodando. Durante bastante tiempo la conduje por sus cuernos de carnero de habitación en habitación; ¡con qué gracia tímida se movía por el suelo de parqué hasta que se empalaba en una tachuela! Comparada con mi viejo, lastimoso y desvencijado triciclo, cuyas ruedas eran tan delgadas que se encallaban incluso en la arena de la terraza del jardín, la recién llegada poseía una divina ligereza de movimiento. Esto está bien expresado por el poeta en los siguientes versos:

*¡Oh, aquella primera bicicleta!  
¡Su esplendor, su altura,  
«Dux» o «Pobeda» inscrito en su marco,  
el silencio de sus tensos neumáticos!  
¡Los caracoleos y escarceos por la verde  
avenida  
donde manchas de sol resbalan por las  
muñecas  
y donde las toperas se antojan negras  
y amenazan con provocar una caída!  
Pero al otro día uno las roza  
y no hay, como en sueños, ningún apoyo,  
y confiando en esta sencillez del sueño,  
la bicicleta no se desploma.*

Y al día siguiente venía inevitablemente la idea de la «rueda libre» —dos palabras que aún hoy no

puedo oír sin ver deslizarse una franja de terreno inclinado, suave y caliente, acompañado de un murmullo de goma apenas audible y el más tenue susurro del acero. Montar en bicicleta y a caballo, navegar y bañarse, tenis y *croquet*; merendar bajo los pinos; el hechizo del molino de agua y el henal— ésta es una lista general de los temas que emocionan a nuestro autor. ¿Qué hay de sus poemas desde el punto de vista de la forma? Éstos, naturalmente, son miniaturas, pero están escritos con una maestría extraordinariamente delicada que hace resaltar con claridad cada cabello, no porque todo esté delineado con un toque en exceso selectivo, sino porque la presencia del menor detalle se comunica involuntariamente al lector por la integridad y honradez de un talento que asegura la observancia por parte del autor de todos los artículos del convenio artístico. Se puede discutir si vale la pena revivir poesía de álbum, pero no puede negarse que, dentro de los límites que se ha fijado, Godunov-

Cherdyntsev ha resuelto con corrección su problema métrico. Cada uno de sus poemas brilla con colores tornasolados. Cualquier aficionado a este género pintoresco apreciará este librito, que no tendría nada que decir al ciego que hay en la puerta de iglesia. ¡Qué visión tiene el autor! Al despertarse temprano por la mañana adivinaba qué clase de día haría mirando una rendija de la persiana, la cual mostraba un azul más azul que el azul y era apenas inferior en tono azulado a mi actual recuerdo de él.

Y al atardecer mira con los mismos ojos entreabiertos en dirección al campo, un lado del cual ya está en la sombra, mientras el otro, más lejano, está iluminado, desde su gran roca central hasta el lindero del bosque que hay más allá, y es brillante como de día.

Se nos antoja que, en realidad, tal vez no era la literatura, sino la pintura para lo que estaba destinado desde la infancia, y aunque no sabemos nada de la situación actual del autor, podemos

imaginarnos con claridad a un muchacho con sombrero de paja, sentado muy incómodamente en un banco del jardín con sus utensilios de acuarelista y pintando el mundo legado por sus mayores:

*Células de porcelana blanca*

*contienen miel azul, verde y roja.*

*Primero, con unas líneas a lápiz,*

*se forma un jardín sobre papel áspero.*

*Los abedules, el balcón de la dependencia,*

*todo tiene manchas de sol. Sumerjo*

*y aprieto con fuerza la punta del pincel*

*en rico amarillo anaranjado;*

*y, mientras tanto, dentro de la amplia copa,*

*en él esplendor de su cristal tallado,*

*¡qué colores centellean,*

*qué éxtasis ha estallado!*



Éste, pues, es el librito de Godunov-Cherdyntsev. En conclusión añadamos... ¿Qué más? ¿Qué más? ¡Imaginación, ven en mi ayuda! ¿Puede ser cierto que todas las cosas deliciosamente palpitantes que he soñado y todavía sueño a través de mis poemas no se han perdido en ellos y los ha observado el lector cuya crítica veré antes de que termine el día? ¿Puede ser que haya comprendido todo cuanto hay en ellos, comprendido que además del bueno y querido «pintoresquismo» contienen un significado poético especial (cuando la mente, después de rodearse a sí misma por el laberinto de la subconsciencia, vuelve con una música recién hallada gracias a la cual los poemas son como deben ser)? Mientras los leía, ¿los leyó no sólo como palabras sino como resquicios entre palabras, que es lo que debe hacerse al leer poesía? ¿O los leyó simplemente por encima, le gustaron y los alabó, llamó la atención hacia el significado de secuencia, una peculiaridad que está de moda en nuestro

tiempo, cuando el tiempo está de moda: si una colección empieza con un poema sobre «Una pelota perdida», tiene que acabar con otro de «La pelota encontrada»?

Sólo cuadros e iconos permanecieron en sus lugares aquel año en que terminó la infancia, y algo ocurrió en la vieja casa: de repente todas las habitaciones intercambiaron sus muebles entre sí, aparadores y biombos, y una multitud de cosas grandes y pesadas: y fue entonces cuando debajo de un sofá, viva, e increíblemente querida, apareció en un rincón.

El exterior del libro es agradable.

Después de exprimir de él la última gota de dulzura, Fiodor se desperezó y se levantó del diván. Se sentía muy hambriento. Las manecillas de su reloj habían empezado a rebelarse últimamente, y de vez en cuando se movían en dirección contraria, por lo que no podía depender de ellas; no obstante, a juzgar

por la luz, el día, a punto de emprender un viaje, se había sentado con su familia en una pensativa pausa. Cuando Fiodor salió, se sintió inmerso en una frialdad húmeda (menos mal que me he puesto esto): mientras meditaba sobre sus poemas, la lluvia había lacado la calle de un extremo a otro. El camión ya no estaba y en el lugar que recientemente había ocupado el tractor, quedaba, junto a la acera, un arco iris de aceite, como un trazo de pluma en que predominaba el púrpura. El papagayo del asfalto. ¿Y cuál era el nombre de la empresa de mudanzas? Max Lux. La luz de Max.

«¿He cogido las llaves?», pensó de improviso Fiodor; se detuvo y metió la mano en el bolsillo de la gabardina. Allí localizó un puñado tintineante, pesado y tranquilizador. Cuando, tres años atrás, todavía durante su existencia aquí como estudiante, su madre se trasladó a París para vivir con Tania, le había escrito que no podía acostumbrarse a estar liberada de los perpetuos grilletes que encadenan a

un berlinés a la cerradura de la puerta. Él imaginó su alegría cuando leyera el artículo sobre sus poemas y por un instante sintió orgullo maternal de sí mismo; y no sólo esto, sino que una lágrima maternal quemó el borde de sus párpados.

Pero ¿qué me importa recibir atención durante mi vida, o que no me la presten si no estoy seguro de que el mundo me recuerde hasta la oscuridad de su último invierno, maravillándose como la vieja de Ronsard? Y sin embargo... todavía estoy lejos de los treinta años, y hoy ya se han fijado en mí. ¡Se han fijado! Gracias, patria mía, por este remoto... Pasó junto a él una posibilidad lírica, cantando muy cerca de su oído. Gracias, patria mía, por tu máspreciado... Ya no necesito el sonido «ado»: la rima ha generado vida, pero la rima en sí ha sido abandonada. Y al don más descabellado debo mi gratitud... Supongo que «redes» espera entre bastidores. No tenía tiempo de adivinar el tercer verso en aquella explosión de luz. Lástima. Ya se ha

ido todo, ha desoído mi apunte.

Compró varios *piroshki* (uno de carne, otro de col, un tercero de tapioca, un cuarto de arroz, un quinto... no tenía dinero para un quinto) en una tienda de alimentos rusos que era una especie de museo de cera de la gastronomía de la vieja patria, y los consumió rápidamente en un húmedo banco de un jardincillo público.

La lluvia empezó a arreciar: alguien había inclinado súbitamente el cielo. Tuvo que refugiarse bajo la marquesina circular de la parada del tranvía. Allí, en el banco, dos alemanes con carteras discutían un negocio y le conferían detalles tan dialécticos que la naturaleza de la mercancía quedaba disuelta, como cuando se lee un artículo de la Enciclopedia Brockhaus y se pierde el tema, que en el texto sólo está indicado por la letra inicial. Agitando sus cabellos cortos, una muchacha llegó a la parada con un pequeño dogo que estornudaba y recordaba a un sapo. Esto sí que es extraño:

«remoto» y «fijado» vuelven a juntarse y cierta combinación suena con persistencia. No me dejaré tentar.

El chaparrón cesó. Con sencillez perfecta —sin dramatismo ni trucos— se encendieron todas las farolas. Decidió que ya podía dirigirse hacia casa de los Chernyshevski para llegar allí alrededor de las nueve, llueve, mueve, conmueve. Como suele ocurrir con los borrachos, algo le protegía cuando cruzaba las calles en este estado. Iluminado por el rayo húmedo de una farola, un coche estaba arrimado a la acera con el motor en marcha; todas las gotas del capó temblaban. ¿Quién podía haberlo escrito? Fiodor no pudo llegar a una conclusión definitiva entre varios críticos emigrados. Éste era escrupuloso, pero carecía de talento; aquél, tramposo, pero dotado; un tercero sólo escribía sobre prosa; un cuarto, únicamente sobre sus amigos; un quinto... y la imaginación de Fiodor conjuró a este quinto: un hombre de su misma edad o incluso,

pensó, un año más joven, que durante estos mismos años y en los mismos diarios y revistas de emigrados no había publicado más que él (un poema aquí, un artículo allí), pero que de un modo incomprendible, que se antojaba tan físicamente natural como una especie de emanación, se había revestido con discreción de una aureola de fama indefinible, por lo que su nombre no se pronunciaba muy a menudo, pero cuando se le citaba se hacía de una manera muy diferente de los otros nombres jóvenes; hombre cuyos versos nuevos y cáusticos, Fiodor devoraba rápida y ávidamente en un rincón, se despreciaba a sí mismo y trataba de destruir su maravilla por medio del mero acto de leerlos —tras lo cual no podía librarse durante un día o dos de lo que había leído ni de su propio sentimiento de debilidad o de angustia secreta, como si luchando con otro hubiese herido su partícula más íntima y sacrosanta; un hombre desagradable, solitario y miope, con un defecto repelente en la posición

recíproca de sus omoplatos. Pero lo perdonaré todo si es usted.

Pensó que estaba retrasando mucho sus pasos, pero los relojes que encontraba en su camino (los gigantes que emergían de las tiendas de los relojeros) avanzaban con lentitud todavía mayor, y cuando, ya casi en su destino, adelantó con una zancada a Liubov Markovna, que iba al mismo lugar, comprendió que la impaciencia le había impulsado durante todo el camino, como por una escalera automática que transforma incluso a un hombre inmóvil en un corredor.

¿Por qué esta mujer flácida, desagradable y entrada en años seguía pintándose los ojos cuando ya llevaba impertinentes? Los cristales exageraban la irregularidad y crudeza de la torpe ornamentación y como resultado, su mirada perfectamente inocente se volvía tan ambigua que era imposible rehuirla: la hipnosis del terror. De hecho, casi todo en ella parecía basado en una incomprensión desafortunada



—y uno se preguntaba si no era siquiera una forma de demencia el creer que hablaba alemán como una nativa, que Galsworthy era un gran escritor, o que Georgy Ivanovich Vasiliev se sentía patológicamente atraído hacia ella. Era una de las más fieles asiduas de las fiestas literarias que los Chernyshevski, junto con Vasiliev, grueso y viejo periodista, organizaban en sábados alternos; hoy sólo era martes; y Liubov Markovna aún vivía de sus impresiones del sábado anterior, que compartía generosamente. Los hombres, en su compañía, acababan por convertirse fatalmente en patanes distraídos. El propio Fiodor sintió que empezaba a ocurrirle a él, pero por suerte ya estaban llegando a la puerta y allí la sirvienta de los Chernyshevski ya esperaba con las llaves en la mano; en realidad, la habían enviado a recibir a Vasiliev, que padecía una dolencia muy rara de las válvulas cardíacas— de hecho, la había convertido en su afición y a veces llegaba a casa de sus amigos con un modelo anatómico del corazón y lo

demostraba todo con claridad y entusiasmo. «Nosotros no necesitamos el ascensor», dijo Liubov Markovna y empezó a subir las escaleras con un paso pesado que se tornaba curiosamente suave y silencioso en los descansillos; Fiodor tenía que avanzar en zigzag y a paso reducido detrás de ella, como a veces se ve hacer a los perros, sorteando y adelantando el talón de su dueño ya por la derecha, ya por la izquierda.

La propia Alexandra Yakovlevna les abrió la puerta. Fiodor apenas tuvo tiempo de fijarse en su desusada expresión (como si desaprobara algo o quisiera evitar algo rápidamente), pues su marido irrumpió en el recibidor sobre sus cortas y rechonchas piernas, agitando un periódico mientras corría.

—Aquí está —gritó, moviendo espasmódicamente hacia abajo una comisura de los labios (tic adquirido tras la muerte de su hijo)—. Mire, ¡aquí está!

—Cuando me casé con él —observó madame Chernyshevski—, creía que su humor era más sutil.

Fiodor vio con sorpresa que el periódico que aceptó, vacilante, de manos de su anfitrión, era alemán.

—¡La fecha! —gritó Chernyshevski—. ¡Adelante, mire la fecha, jovencito!

—Primero de abril —dijo Fiodor con un suspiro, e inconscientemente dobló el periódico—. Sí, claro, debí recordarlo.

Chernyshevski estalló en feroces carcajadas.

—No se enfade con él, se lo ruego —dijo su esposa con tono de indolente pesar, y contoneando ligeramente las caderas, tomó al joven por la muñeca.

Liubov Markovna cerró de golpe su bolso y entró majestuosamente en el salón.

Era una habitación más bien pequeña, amueblada con gusto mediocre, y mal iluminada, con una sombra remolona en un rincón y un falso jarrón de Tanagra sobre una repisa inasequible, y cuando hubo llegado el último invitado y madame Chernyshevski, por un momento de un notable parecido —como suele ocurrir— con su propia tetera (azul, brillante), empezó a servir el té, la reducida vivienda adquirió el ambiente de cierta intimidad conmovedora y provinciana. En el sofá, entre almohadones de diversos tonos —todos ellos difusos y poco atractivos—, una muñeca de seda con las piernas lánguidas de un ángel y los ojos oblicuos de un gato persa era oprimida alternativamente por dos personas instaladas con gran comodidad: Vasiliev, enorme, barbudo, con calcetines de antes de la guerra estirados sobre el tobillo; y una joven frágil, de encantadora debilidad, párpados rosados y aspecto general de una rata blanca; su nombre de pila era Tamara (que habría sido más apropiado

para la muñeca), y su apellido recordaba el nombre de uno de esos paisajes montañosos alemanes que cuelgan en las tiendas de marcos. Fiodor se sentó junto a la estantería y trató de fingir buen humor, pese al nudo que le atenazaba la garganta. Kern, un ingeniero civil que presumía de haber sido amigo íntimo del difunto Alexander Blok (el celebrado poeta), produjo un ruido pegajoso al extraer un dátil de una caja rectangular. Liubov Markovna examinó atentamente los papeles de una gran bandeja decorada con un abejorro mal dibujado y, después de interrumpir su examen con brusquedad, se contentó con un bollo —de los espolvoreados con azúcar, que siempre ostentan una huella anónima. El anfitrión estaba contando una vieja historia sobre la inocentada de un estudiante de medicina en Kiev... Pero la persona más interesante de la habitación se hallaba sentada a cierta distancia, junto al escritorio, y no tomaba parte en la conversación general— aunque la seguía con silenciosa atención. Era un

joven que se parecía un poco a Fiodor —no tanto en sus rasgos faciales (en aquel momento difíciles de distinguir) como en la tonalidad de su aspecto en conjunto: el tono castaño rojizo de la cabeza redonda, de pelo muy corto (moda que, según las reglas del más reciente romanticismo petersburgués, convenía más a un poeta que los bucles desgreñados); la transparencia de las grandes orejas, delicadas y algo protuberantes; la esbeltez del cuello con la sombra de un hoyuelo en la nuca. Estaba sentado en la misma actitud que a veces adoptaba Fiodor— la cabeza algo inclinada, las piernas cruzadas, los brazos más que cruzados, enlazados, como si sintiera frío, por lo que el descanso del cuerpo se expresaba más por proyecciones angulares (rodilla, codo, hombro delgado) y la contracción de todos los miembros que por el relajamiento del cuerpo cuando una persona está descansando y escuchando. Las sombras de dos volúmenes que había sobre el escritorio imitaban a un puño y el

borde de una solapa, mientras la sombra de un tercer volumen, apoyado contra los otros, podría haber pasado por una corbata. Era unos cinco años más joven que Fiodor y, en lo concerniente al rostro en sí, si se juzgaba por las fotografías de las paredes del salón y del dormitorio contiguo (sobre la mesilla entre las dos camas que lloraban por la noche), no había tal vez ningún parecido, salvo cierto alargamiento del perfil, combinado con huesos frontales prominentes y la oscura profundidad de las cuencas de los ojos —como las de Pascal, según los fisonomistas—, así como algo en común en el grosor de las cejas... pero no, no era una cuestión de parecido corriente, sino de similitud espiritual genérica entre dos muchachos angulosos y sensitivos, cada uno extraño a su manera. Este joven tenía la mirada baja y una sombra de burla en los labios, y estaba en una posición modesta y no muy cómoda en una silla en torno a cuyo asiento relucían tachuelas de cobre, situada a la izquierda del

escritorio atestado de diccionarios; y Alexander Yakovlevich Chernyshevski, con un esfuerzo convulsivo, como recobrando el equilibrio perdido, apartaba la vista de este difuso joven mientras proseguía la alegre charla tras la cual intentaba ocultar su dolencia mental.

—No se preocupe, habrá críticas —dijo a Fiodor, guiñando involuntariamente los ojos—. Puede estar seguro de que los críticos le sacarán las espinillas.

—A propósito —intervino su esposa—, ¿qué significan exactamente esos «caracoleos y escarceos» en el poema sobre la bicicleta?

Fiodor explicó, valiéndose más de los ademanes que de las palabras:

—Pues, ya se sabe que cuando se está aprendiendo a ir en bicicleta, uno siempre se desvía de un lado para otro.



—Dudosa expresión —observó Vasiliev.

—Mi preferido es el que habla de enfermedades infantiles, desde luego —dijo Alexandra Yakovlena, asintiendo con la cabeza—; es muy bueno: escarlatina navideña y difteria pascual.

—¿Por qué no al revés? —inquirió Tamara.

¡Oh, cuánto amaba su hijo la poesía! El armario encristalado del dormitorio estaba lleno de sus libros: Gumiliov y Heredia, Blok y Rilke —¡y cuántas cosas conocía de memoria! Y las libretas de apuntes... Un día tendremos que sentarnos ella y yo y darle un repaso a todo. Ella tenía fuerzas para hacerlo, yo no. Es extraño como vamos posponiendo las cosas. Se diría que ha de resultar un placer, el único, el amargo placer— examinar los objetos personales de los muertos, y no obstante sus cosas siguen allí, intactas (¿tal vez pereza prudente de la propia alma?); es inconcebible que las toque un extraño, pero qué alivio sería que un incendio

fortuito destruyera ese armario precioso. Chernyshevski se levantó con brusquedad y, de un modo casual, movió la silla del escritorio de forma que ni ella ni las sombras de los libros pudieran servir de tema para el fantasma.

Entonces la conversación ya se había desviado hacia un político soviético, que nadie lloraba, apartado del poder desde la muerte de Lenin. «Oh, en la época en que le conocí estaba en la “cumbre de la gloria y las buenas acciones”», decía el periodista Vasiliev, equivocándose profesionalmente en su cita de Pushkin (que dice «esperanza» y no «cumbre»).

El muchacho que se parecía a Fiodor (con quien los Chernyshevski se habían encariñado tanto por esta misma razón) estaba ahora junto a la puerta, donde se paró antes de abandonar la habitación, vuelto a medias hacia su padre —y, pese a su naturaleza puramente imaginaria, ¡cuánto más sustancial era que las demás personas de la habitación! ¡Podía verse el sofá a través de Vasiliev

y la muchacha pálida! Kern, el ingeniero, sólo estaba representado por el destello de sus quevedos; lo mismo ocurría con Liubov Markovna, y el propio Fiodor sólo existía gracias a una vaga congruencia con el difunto— mientras que Yasha vivía y era perfectamente real, y sólo el instinto de conservación le impedía a uno mirar con atención sus facciones.

Pero es posible, pensó Fiodor, es posible que todo esto sea un error, quizá él (Alexander Yakovlevich Chernyshevski) no está imaginando a hora a su hijo muerto tal como yo creo. Puede estar realmente ocupado con la conversación, y si su vista divaga, tal vez sea porque siempre ha sido nervioso, pobre hombre. Soy desgraciado, estoy aburrido, nada suena a auténtico aquí y no sé por qué continuo sentado, escuchando tonterías.

No obstante, continuó sentado, fumando y columpiando el dedo gordo del pie —y mientras los demás hablaban y él hablaba consigo mismo,

intentaba, como hacía siempre y en todas partes, adivinar el movimiento interno, transparente de esta o aquella persona. Se sentaba cuidadosamente dentro del interlocutor como en un sillón, de modo que los codos del otro le sirvieran de brazos, y su alma se instalaba cómodamente en el alma del otro — y entonces la iluminación del mundo cambiaba de repente y durante un minuto se convertía de verdad en Alexander Chernyshevski, o Liubov Markovna, o Vasiliev. A veces, a la gaseosa efervescencia de la transformación se añadía una excitación deportiva, y se sentía halagado cuando una palabra casual le confirmaba oportunamente la trayectoria mental que adivinaba en el otro. A veces, aunque para él la llamada política (esa ridícula secuencia de pactos, conflictos, agravios, fricciones, desacuerdos, fracasos, y la transformación de pequeñas ciudades inocentes en nombres de tratados internacionales) no significaba nada, se sumergía con curiosidad y repugnancia en los vastos intestinos de Vasiliev y

vivía un instante activado por el mecanismo interno de éste, donde junto al botón de «Locarno» había otro para «Lockout», y donde se desarrollaba un juego seudointeligente y seudoentretenido llevado por símbolos tan dispares como «Los cinco dirigentes del Kremlin», o «La rebelión curda», o apellidos individuales que habían perdido toda connotación humana: Hindenburg, Marx, Painlevé, Herriot (cuya inicial macrocéfala en ruso, la E invertida, era ya tan autónoma en las columnas de la Gazeta de Vasiliev que amenazaba con una total disociación del francés original); se trataba de un mundo de declaraciones proféticas, presentimientos, combinaciones misteriosas; mundo que, de hecho, era cien veces más espectral que el sueño más abstracto. Y cuando Fiodor se trasladó al interior de madame Chernyshevski, se encontró dentro de un alma donde no todo era extraño para él, pero donde se maravilló de muchas cosas, como se maravillaría un viajero juicioso de las costumbres de un país

remoto: el mercado al amanecer, los niños desnudos, el alboroto, el monstruoso tamaño de la fruta. Esta mujer de cuarenta y cinco años, sencilla e indolente, que dos años antes había perdido a su único hijo, había cobrado vida de repente: el luto le dio alas y las lágrimas la rejuvenecieron —o al menos eso decían de ella cuantos la conocían de antes. El recuerdo de su hijo, que en su marido se había convertido en enfermedad, ardía en ella con un fervor creciente. Sería incorrecto decir que este fervor la llenaba por completo; no, rebasaba en gran medida los confines de su alma, e incluso parecía ennoblecer la insensatez de estas dos habitaciones alquiladas donde se habían instalado ella y su marido después de la tragedia, abandonando el gran apartamento de In den Zelten (donde vivía su hermano con la familia en los años anteriores a la guerra). Ahora sólo veía a sus amigos a la luz de su receptividad hacia su pérdida, y también, para mayor precisión, recordaba imaginadas opiniones de

Yasha acerca de este o aquel individuo con quien tenía que continuar relacionada. Le dominaba la fiebre de la actividad, la sed de una reacción generosa; su hijo crecía dentro de ella y pugnaba por salir al exterior; el círculo literario fundado recientemente por su marido y Vasiliev, para darles a ambos algo en qué ocuparse, se le antojaba el mejor honor póstumo para su hijo poeta. Fue justamente entonces cuando la vi por primera vez y me quedé bastante perplejo cuando de pronto, esta mujer rechoncha y terriblemente animada, de deslumbradores ojos azules, prorrumpió en lágrimas en medio de su primera conversación conmigo, como si un recipiente de cristal, lleno hasta el borde, se hubiera roto sin causa aparente, y sin desviar de mí su inquieta mirada, riendo y sollozando, empezó a decir una y otra vez: «¡Dios mío, cuánto me lo recuerda!». La franqueza con que, en nuestros posteriores encuentros, me habló de su hijo, de todos los detalles de su muerte y de cómo soñaba ahora

con él (como embarazada de él y translúcida cual una burbuja) me pareció vulgar e improcedente; me molestó aún más cuando supe indirectamente que estaba «un poco ofendida» porque yo, no sólo no había respondido con vibraciones sintonizadas, sino que cambiaba de tema en cuanto ella mencionaba mi propio dolor y mi propia pérdida. Muy pronto, sin embargo, me di cuenta de que este rapto de aflicción en que conseguía vivir sin morir de un desgarramiento de la aorta estaba empezando a atraerme y exigir cosas de mí. Ya conocemos ese movimiento característico con que alguien nos alarga una fotografía muy preciada y nos observa con expectación... y nosotros, después de contemplar larga y piadosamente el rostro de la fotografía, que sonríe con inocencia y sin pensar en la muerte, fingimos demorar su devolución, fingimos retrasar la propia mano, mientras devolvemos la cartulina con una última mirada, como si fuera una descortesía separarnos antes de ella. Esta secuencia de



movimientos se repitió hasta el infinito entre ella y yo. Su marido se sentaba ante el bien iluminado escritorio del rincón, donde trabajaba y carraspeaba de vez en cuando; estaba compilando su diccionario de términos técnicos rusos, encargado por un editor alemán. Todo era silencioso y equívoco. Los restos de mermelada de cereza se mezclaban en mi plato con ceniza de cigarrillo. Cuanto más me hablaba de Yasha, menos atractivo me parecía; oh, no, él y yo nos parecíamos muy poco (mucho menos de lo que ella suponía al proyectar hacia dentro la casual similitud de características externas, de las cuales, por añadidura, encontraba otras que no existían— en realidad, lo poco que había dentro de nosotros correspondía a lo poco que había fuera), y dudo de que hubiéramos sido amigos, de habernos conocido. Su melancolía, interrumpida por la alegría súbita y estridente tan característica de la gente sin humor; el sentimentalismo de sus entusiasmos intelectuales; su pureza, que habría indicado timidez de los sentidos

de no ser por el morboso y exagerado refinamiento de su interpretación; sus sentimientos hacia Alemania; sus vulgares trances espirituales («Durante toda una semana —decía— he vivido deslumbrado» —¡después de leer a Spengler!); y finalmente, su poesía... en suma, todo lo que para su madre rebosaba encanto, a mí me repelía. Como poeta era, a mi juicio, muy mediocre; no creaba, sólo rozaba de modo superficial la poesía, como hacían miles de jóvenes inteligentes de su tipo; pero si no encontraba una muerte más o menos heroica — que nada tenía que ver con las letras rusas, que ellos, sin embargo, conocían meticulosamente (¡oh, esos cuadernos de apuntes de Yasha, llenos de esquemas métricos que expresaban modulaciones de ritmo en el tetrametro!)—, abandonaban por completo la literatura; y si llegaban a mostrar talento en algún campo, sería en ciencia o administración, o simplemente en una vida ordenada. Sus poemas, repletos de frases hechas, exaltaban su «penoso»

amor por Rusia —escenas otoñales a lo Esenin, el azul humeante de los pantanos de Blok, la nieve en polvo en las calles de madera del neoclasicismo de Mandelshtam, y el parapeto de granito del Neva en que hoy apenas puede distinguirse la huella del codo de Pushkin. Su madre me los leía, tropezando, agitada, con una torpe entonación de colegiala que no convenía en absoluto a aquellos trágicos y apresurados yambos; el propio Yasha debía recitarlos con un sonsonete abstraído, dilatando las ventanas de la nariz y meciéndose en el grotesco ardor de una especie de orgullo lírico, tras lo cual volvería a ensimismarse, humilde, lánguido e introvertido. Los sonoros epítetos que vivían en su garganta —*neveroyatnyi* (increíble), *kladnyi* (frío), *prekrasnyi* (hermoso)— epítetos empleados ávidamente por los jóvenes poetas de su generación, bajo el engaño de que los arcaísmos, prosaísmos, o simplemente palabras indigentes que habían completado su ciclo vital, ahora, al ser empleados

en poesía, adquirirían una especie de lozanía inesperada, que volvía de la dirección opuesta—, estas palabras, en la dicción vacilante de madame Chernyshevski, recorrían, por así decirlo, otro medio ciclo, volvían a desvanecerse y de nuevo revelaban su decrepita pobreza —poniendo así al descubierto el engaño del estilo. Además de elegías patrióticas, Yasha tenía poesías sobre los antros preferidos de los marineros, sobre la ginebra y el *jazz* (que pronunciaba al modo alemán, «yatz»), y poesías sobre Berlín, en las cuales intentaba dotar de una voz lírica a los nombres propios alemanes, de la misma manera, por ejemplo, que los nombres de calles italianas resuenan en la poesía rusa con un contralto sospechosamente eufónico; también tenía poesías dedicadas a la amistad, sin rima y sin metro, llenas de emociones confusas y tímidas y de internas porfías espirituales, y apóstrofes a un amigo en la forma cortés (el ruso «vy»), como un francés enfermo se dirige a Dios o una joven poetisa rusa a

su caballero predilecto. Y todo esto estaba expresado de una manera pálida y fortuita, con muchos vulgarismos y acentos incorrectos peculiares a su círculo de clase media provinciana. Desconcertado por su sufijo aumentativo, daba por sentado que la palabra «*posharishche*» (lugar de un incendio reciente) significaba «gran incendio», y recuerdo también una referencia bastante patética a los «frescos de Vrublyov»— divertida mezcla entre dos pintores rusos (Rublyov y Vrubel) que sólo sirvió para probar nuestra disimilitud; no, no podía amar la pintura tanto como yo. Oculté a su madre mi verdadera opinión de su poesía, mientras los forzados sonidos de aprobación inarticulada que yo emitía eran interpretados por ella como signos de éxtasis incoherente. Por mi cumpleaños me obsequió, radiante a través de las lágrimas, con la mejor corbata de Yasha, anticuada prenda de muaré, recién planchada, con la etiqueta, aún discernible, de una tienda conocida pero no elegante: dudo de

que el propio Yasha la llevara alguna vez; y a cambio de todo cuanto había compartido conmigo, de darme una imagen completa y detallada de su difunto hijo, con su poesía, su neurastenia, sus entusiasmos, su muerte, madame Chernyshevski me exigía imperiosamente cierta cantidad de colaboración creadora. Su marido, que estaba orgulloso de su nombre centenario y pasaba horas distrayendo a los invitados con su historia (su abuelo fue bautizado durante el reinado de Nicolás —en Volsk, tengo entendido— por el padre del famoso escritor político Chernyshevski, sacerdote ortodoxo griego, corpulento y enérgico, que gustaba de hacer labor misionera entre los judíos, y que, además de su bendición espiritual, confería a los conversos la prima adicional de su apellido), me dijo en numerosas ocasiones: «Escuche, tendría que escribir un librito, en forma de *biographie romancée*, sobre nuestro gran hombre del siglo XVII. Vamos, vamos, deje de fruncir el ceño, adivino todas

sus objeciones, pero, créame, al fin y al cabo hay casos en que la hermosura fascinante de una vida abnegada redime la falsedad de las actitudes literarias del sujeto, y Nikolai Chernyshevski fue de verdad un alma heroica. Si se decide a describir su vida, hay muchas cosas curiosas que puedo contarle». Yo no tenía el menor deseo de escribir sobre el gran hombre del siglo XVII y menos aún de escribir sobre Yasha, como su madre me aconsejaba con insistencia (por lo que, en conjunto, se trataba del encargo de una historia completa de la familia). Pero, a la vez que me divertían e irritaban estos esfuerzos suyos por encauzar mi musa, yo sentía que tarde o temprano madame Chernyshevski acabaría acorralándome y, del mismo modo que me veía obligado a ponerme la corbata de Yasha cuando la visitaba (hasta que se me ocurrió decir que la reservaba para ocasiones especiales), tendría que emprender la tarea de describir el destino de Yasha en un largo cuento corto. En un momento dado tuve

incluso la debilidad (o la osadía, tal vez) de meditar sobre cómo abordaría el tema, si por casualidad... Cualquier vulgar intelectual, cualquier novelista «serio» con gafas de montura de concha —el médico de cabecera de Europa y sismólogo de sus temblores sociales— habría encontrado sin duda en esta historia algo muy característico de la «mentalidad de los jóvenes en los años de la posguerra» — combinación de palabras que por sí misma (incluso aparte la «idea general» que transmitía) me hacía enmudecer de desprecio. Solía sentir unas violentas náuseas cuando oía o leía las últimas sandeces, sandeces vulgares y sin humor, sobre los «síntomas de la época» y la «tragedia de la juventud». Y, como no podía reaccionar a la tragedia de Yasha (aunque su madre creía que estaba enardecido), me habría enzarzado involuntariamente en una novela de «profundo» interés social de repugnante tufo freudiano. Mi corazón se detenía cuando ejercitaba la imaginación, tanteando con el pie, por así decirlo,



el hielo del charco, fino como la mica; llegué incluso a imaginarme haciendo una copia en limpio de mi trabajo, que luego llevaba a madame Chernyshevski, que sentaba de modo que la lámpara iluminase mi senda fatal desde la izquierda (gracias, veo muy bien así), y tras un breve preámbulo sobre lo difícil que había sido, sobre mi sentido de la responsabilidad... pero aquí todo se oscurecía bajo la niebla escarlata de la vergüenza. Por suerte no cumplí el encargo— no estoy seguro de qué fue exactamente lo que me salvó: por un lado, lo aplacé durante demasiado tiempo; por otro, había ciertos benditos intervalos entre nuestros encuentros; y además, quizá la propia madame Chernyshevski se cansó un poco de mí como oyente; sea como fuere, el escritor no utilizó aquella historia, que, de hecho, era muy sencilla y triste.

Yasha y yo entramos en la Universidad de Berlín casi al mismo tiempo, pero no le conocí, pese a que debimos cruzarnos muchas veces. La diversidad de

asignaturas —él estudiaba filosofía, yo estudiaba infusorios— disminuyó la posibilidad de nuestra asociación. Si ahora retornase al pasado, enriquecido en un solo aspecto —conciencia de la actualidad— y siguiera con exactitud todos los vericuetos de mis pasos, seguramente me fijaría en su rostro, ahora tan familiar para mí a través de las fotografías. Es curioso: cuando nos imaginamos volviendo al pasado con el contrabando del presente, qué extraño sería encontrar allí, en lugares inesperados, a los prototipos de los conocidos de hoy, tan jóvenes y frescos, que en una especie de demencia lúcida no te reconocen; así, por ejemplo, una mujer a quien amas desde ayer, aparece como una niña, prácticamente a tu lado en un tren lleno de gente, mientras el transeúnte casual que quince años atrás te preguntó una dirección en la calle, ahora trabaja en tu misma oficina. Entre esta multitud del pasado, sólo alrededor de una docena de caras adquirirían esta importancia anacrónica: los triunfos

más bajos transfigurados por el resplandor del as. Y entonces, cuán confiadamente podríamos... Pero, ay, incluso logramos, en un sueño, realizar este viaje de vuelta, en la frontera del pasado tu intelecto presente queda invalidado por completo, y en el ambiente de una clase reunida con atolondramiento por el torpe encargado de los accesorios de la pesadilla, vuelves a no saberte la lección —con todos los matices olvidados de aquellas viejas congojas escolares.

En la universidad, Yasha intimó con dos discípulos, Rudolf Baumann, alemán, y Olia G., compatriota suya —los periódicos en lengua rusa no publicaron su nombre completo. Era una muchacha de su misma edad y clase social, e incluso, creo, de su misma ciudad. Sin embargo, sus familias no se conocían. Yo sólo tuve ocasión de verla una vez, en una velada literaria unos dos años después de la muerte de Yasha— recuerdo su frente notablemente despejada y clara, sus ojos color de aguamarina y su boca grande y roja con vello negro sobre el labio

superior y un grueso lunar en el centro; tenía los brazos cruzados sobre sus pechos suaves, y en seguida despertó en mí todas las asociaciones literarias indicadas, como el polvo de un bello atardecer de verano y el umbral de una posada de carretera y la mirada observadora de una chica aburrida. En cuanto a Rudolf, nunca le vi, y sólo puedo concluir por las palabras de otras personas que llevaba peinado hacia atrás el cabello rubio pálido y era rápido de movimientos y bien parecido—de una forma dura y musculosa, semejante a un perro de caza. Así, pues, empleo un método diferente para estudiar a cada uno de los tres individuos, lo cual afecta a la vez su sustancia y su coloración, hasta que, en el último momento, los rayos de un sol que es el mío y no obstante me resulta incomprensible, les da de pleno y los iguala en el mismo estallido de luz.

Yasha escribía un diario y en sus notas definió con claridad las relaciones mutuas entre él, Rudolf y

Olia como «un triángulo inscrito en un círculo». El círculo representaba la amistad normal, sencilla, «euclidiana» (como él lo expresaba) que les unía a los tres, de modo que si sólo hubiera existido el círculo, su unión habría permanecido feliz, despreocupada e íntegra. Pero el triángulo inscrito dentro de él era un sistema diferente de relaciones, complejo, de formación dolorosa y lenta, que tenía una existencia propia, independiente por completo del recinto común de su amistad uniforme. Éste era el vulgar triángulo de la tragedia, formado dentro de un círculo idílico, y la mera presencia de una estructura tan sospechosamente pura, para no hablar del elegante contrapunto de su evolución, jamás me hubiera permitido convertirla en un cuento corto o una novela.

«Estoy ferozmente enamorado del alma de Rudolf —escribía Yasha en su estilo agitado y neorromántico—. Amo sus proporciones armoniosas, su salud, su alegría de vivir. Estoy

ferozmente enamorado de esta alma desnuda, bronceada, ágil, que tiene una respuesta para todo y marcha por la vida de la misma manera que una mujer que confía en sí misma va por un salón de baile. No puedo imaginar sino del modo más complejo y abstracto, en comparación con el cual Kant y Hegel son un juego de niños, el violento éxtasis que experimentaría si... ¿Si qué? ¿Qué puedo hacer con su alma? Esto es lo que me mata —esta nostalgia de una herramienta misteriosa (así anhelaba Albrecht Koch “una lógica dorada” en un mundo de dementes). Mi sangre palpita, mis manos se hielan como las de una colegiala cuando me quedo a solas con él, y él lo sabe y siente aversión hacia mí y no oculta su repugnancia. Estoy ferozmente enamorado de su alma— y esto es tan estéril como estar enamorado de la luna».

Los escrúpulos de Rudolf son comprensibles, pero si se examina el asunto desde más cerca, se sospecha que tal vez la pasión de Yasha no era tan

anormal y que, después de todo, su excitación se parecía mucho a la de numerosos muchachos rusos de mediados del siglo pasado, que temblaban de felicidad cuando, levantando las sedosas pestañas, su pálido maestro —futuro guía, futuro mártir—, se volvía hacia ellos; y yo me habría negado a ver en el caso de Yasha una desviación incorregible si Rudolf hubiera sido en un grado mínimo un maestro, un mártir o un guía; y no lo que era en realidad, un «Bursch» cualquiera, un «buen chico» alemán, pese a cierta propensión a la poesía tenebrosa, la música pobre y el arte desequilibrado —lo cual no le afectaba en modo alguno aquella solidez fundamental que había cautivado a Yasha, o creía que le había cautivado.

Hijo de un respetable y estúpido profesor y de la hija de un funcionario civil, había crecido en un maravilloso ambiente burgués, entre un aparador como una catedral y los lomos de libros adormecidos. Tenía buen carácter, aunque no era

bueno; sociable, pero un poco asustadizo; impulsivo, y al mismo tiempo calculador. Se enamoró decididamente de Olia después de una excursión en bicicleta con ella y Yasha por la Selva Negra, viaje que, como más tarde testificó en el juicio, «nos abrió los ojos a los tres»; se enamoró de ella al nivel más bajo, primitiva e impacientemente, pero recibió de ella una brusca repulsa, intensificada por el hecho de que Olia, muchacha indolente, codiciosa y lánguidamente extravagante, «comprendió que se había enamorado» de Yasha (en aquellos mismos bosques de abetos, junto al mismo lago negro y redondo), y esto oprimió tanto a este último como a Rudolf el ardor de Yasha, y a ella misma el ardor de Rudolf, por lo que la relación geométrica de sus sentimientos mutuos quedó completa, recordando las interconexiones tradicionales y algo misteriosas entre las *dramatis personae* de los dramaturgos franceses del siglo XVIII, donde X es la amante de Y («enamorado de Y») e Y es el amante de Z



(«enamorado de Z»).

Cuando llegó el invierno, el segundo invierno de su amistad, ya tenían una conciencia clara de la situación; dedicaron el invierno a estudiar su condición de inevitable. En apariencia todo iba bien: Yasha leía incesantemente; Rudolf jugaba a *hockey*, empujando con maestría el disco de goma sobre el hielo; Olia estudiaba historia del arte (que, en el contexto de la época, suena —como el tono de todo el drama en cuestión— a nota insoportablemente típica y, por tanto, falsa); sin embargo, por dentro se desarrollaba un tormento oculto y doloroso que se volvió formidablemente destructivo en el momento en que estos infortunados jóvenes empezaron a encontrar cierto placer en su triple tortura.

Durante largo tiempo respetaron el acuerdo tácito (sabiendo cada uno, sin vergüenza ni remedio, todo sobre los demás) de no mencionar nunca sus sentimientos cuando los tres estuvieron juntos; pero

en cuanto uno de ellos estaba ausente, los otros dos empezaban, sin que pudieran evitarlo, a discutir su pasión y su sufrimiento. Por alguna razón celebraron la víspera del Año Nuevo en el restaurante de una de las estaciones de Berlín —tal vez porque en las estaciones ferroviarias el equipaje de tiempo es particularmente impresionante— y después fueron a pasear por el barro multicolor de calles torvas y festivas, y Rudolf propuso irónicamente un brindis al descubrimiento de su amistad —y desde entonces, al principio con discreción, pero pronto con todo el arrebatado de la franqueza, discutieron sus sentimientos estando presentes los tres. Fue entonces cuando el triángulo empezó a corroer su circunferencia. Los padres de Chernyshevski, así como los de Rudolf y la madre de Olia (escultora, obesa, de ojos negros y todavía guapa, de voz suave, que había enterrado a dos maridos y solía llevar largos collares que parecían cadenas de bronce), no sólo no intuían que se estaba fraguando algo fatídico,

sino que habrían replicado confiadamente (de haber surgido un preguntón vano entre los ángeles que ya convergían, pululaban y se atareaban profesionalmente en torno a la cuna de un pequeño y oscuro revólver recién nacido) que todo iba bien, que todo el mundo era feliz. Después, sin embargo, cuando hubieron ocurrido los hechos, sus burladas memorias realizaron grandes esfuerzos para encontrar trazas y pruebas de lo que iba a suceder en el curso rutinario de los días de idéntico matiz— y, sorprendentemente, las encontraron. Así madame G., cuando fue a dar el pésame a madame Chernyshevski, creyó totalmente lo que decía al insistir en que había tenido presentimientos de la tragedia durante mucho tiempo —desde el día en que entró en el salón sumido en la penumbra y vio, en actitudes inmóviles en el sofá, adoptando las diversas inclinaciones dolientes de las alegorías que se ven en los bajorrelieves de las lápidas, a Olia y sus dos amigos, reunidos en silencio; fue sólo una

fugaz y momentánea armonía de sombras, pero madame G. aseguró haberse fijado en aquel momento, o, con más probabilidad, lo archivó para volver a él unos meses después.

En primavera el revólver había crecido. Pertenece a Rudolf, pero durante mucho tiempo pasó del uno al otro discretamente, como un cálido anillo que se desliza por un cordel en un juego de salón, o una carta marcada. Por extraño que parezca, la idea de desaparecer los tres juntos a fin de restablecer —ya en un mundo diferente— un círculo ideal e impecable, la defendía más encarnizadamente Olia, aunque ahora es difícil determinar quién la propuso primero y cuándo. En esta empresa, el papel de poeta lo asumió Yasha —su posición parecía la más desesperada, ya que, después de todo, era la más abstracta; sin embargo, hay penas que no se curan con la muerte, puesto que pueden ser tratadas mucho más sencillamente por la vida y sus cambiantes anhelos: una bala material

carece de poder contra ellas, mientras que, por otro lado, soluciona perfectamente bien las pasiones más groseras de corazones como los de Rudolf y Olia.

Habían hallado una solución y las discusiones al respecto se hicieron fascinantes. A mediados de abril, algo ocurrió en el piso que tenían entonces los Chernyshevski, que al parecer sirvió de impulso final para el *âénouement*. Los padres de Yasha se habían ido pacíficamente al cine de enfrente. Rudolf se emborrachó de manera inesperada y dio rienda suelta a sus instintos, Yasha le apartó de Olia y todo esto sucedió en el cuarto de baño, y poco después Rudolf, llorando, empezó a recoger el dinero que de un modo u otro se le había caído de los bolsillos del pantalón, y qué opresión sentían los tres, qué vergüenza, y qué tentador era el alivio ofrecido por la escena final programada para el día siguiente.

Después de comer, el jueves, día dieciocho, que también era el decimoctavo aniversario de la muerte del padre de Olia, provisto del revólver, que a estas

alturas ya era muy fornido e independiente, y con un tiempo diáfano y frágil (con un húmedo viento del oeste y el color violeta de los pensamientos en todos los jardines), salieron en el tranvía 57 hacia el Grünewald, donde planeaban encontrar un lugar solitario y matarse de un tiro uno después del otro. Se quedaron en la plataforma trasera del tranvía, los tres con gabardina y rostros hinchados y pálidos —y la gorra de gran visera de Yasha, que no llevaba desde hacía unos cuatro años y que por alguna razón se había puesto hoy, le otorgaba un aspecto extrañamente plebeyo; Rudolf iba destocado y el viento despeinaba sus cabellos rubios, apartados de las sienes; Olia se apoyaba en la barandilla, agarrando el hierro negro con una mano firme y blanca que tenía un anillo prominente en el índice— y contemplaba con los ojos semicerrados las calles que se deslizaban tras ella, y todo el rato pisaba por error el pedal del suelo que accionaba la suave campanilla (destinado al pie enorme y pétreo del

conductor cuando la parte trasera del coche se convirtiera en la delantera). Desde el interior del coche y a través de la puerta, Yuli Filippovich Posner, ex tutor de un primo de Yasha, se dio cuenta de la presencia del grupo. Asomándose con rapidez —era una persona decidida y confiada—, hizo una seña a Yasha, quien, al reconocerle, fue hacia dentro.

«Me alegro de haberle encontrado», dijo Posner, y después de explicar con todo lujo de detalles que iba con su hija de cinco años (sentada a solas junto a una ventanilla con la flexible nariz apretada contra el cristal) a visitar a su mujer a una clínica de maternidad, sacó la cartera y de ésta su tarjeta de visita, y entonces, aprovechando una parada fortuita del tranvía (el trole se había desenganchado del cable en una curva), tachó su antigua dirección con una pluma y escribió encima la nueva. «Tenga —dijo—, dé esto a su primo en cuanto regrese de Basilea y recuérdale, por favor, que aún tiene varios libros

míos que necesito, que necesito mucho».

El tranvía pasaba a gran velocidad por el Hohenzollerndamm y en la plataforma trasera Olia y Rudolf continuaban viajando al aire libre con la misma seriedad de antes, pero había ocurrido un cambio misterioso: por el acto de dejarles solos, aunque fue un momento (Posner y su hija bajaron muy pronto), Yasha había roto la alianza, por así decirlo, e iniciado su separación, de modo que cuando se reunió con ellos en la plataforma ya estaba solo, aunque ninguno de los tres lo supiera, y la grieta invisible, de acuerdo con la ley que rige todas las grietas, continuó moviéndose y ensanchándose.

En la soledad del bosque primaveral, donde los abedules grisáceos y mojados, particularmente los más pequeños, se agrupaban, inexpresivos, con toda su atención vuelta hacia sí mismos; no lejos del lago plomizo (en cuya vasta orilla no se veía ni un alma, excepto un hombrecillo que tiraba un palo al agua a



instancias de su perro), encontraron fácilmente un cómodo lugar solitario y en seguida pusieron manos a la obra; para mayor exactitud, Yasha puso manos a la obra: poseía aquella honradez de espíritu que imparte al acto más temerario una sencillez casi cotidiana. Dijo que se mataría él primero por ser el mayor (tenía un año más que Rudolf y un mes más que Olia) y esta simple observación hizo innecesaria la jugada de echarlo a suertes, que probablemente, en su vulgar ceguera, le hubiera designado a él de todos modos; y despojándose de la gabardina y sin despedirse de sus amigos (lo cual era bien natural teniendo en cuenta su idéntico destino), en silencio, con torpes prisas, bajó la pendiente resbaladiza, cubierta de agujas de pino, hasta llegar al barranco, tan tapizado de matorrales y ramas de roble que, pese a la diafanidad de abril, le ocultaba completamente de los otros.

Estos dos permanecieron largo rato esperando el disparo. No llevaban cigarrillos, pero Rudolf fue lo

bastante listo para palpar el bolsillo de la gabardina de Yasha, donde encontró un paquete sin abrir. El cielo se había encapotado, los pinos susurraban con cautela y desde abajo parecía que sus ramas ciegas buscasen algo a tientas. Muy arriba y fabulosamente veloces, con los largos cuellos estirados, pasaron volando dos patos salvajes, uno algo detrás del otro. Después, la madre de Yasha solía enseñar la tarjeta de visita, Ing. Dipl. Julius Posner, en cuyo reverso Yasha había escrito a lápiz: Mamá, papá, aún estoy vivo, tengo mucho miedo, perdonadme. Rudolf no pudo soportarlo más y bajó a ver qué le ocurría. Yasha estaba sentado sobre un tronco entre las hojas aún no contestadas del año anterior, pero no se volvió sólo dijo: «Acabo en seguida». Había algo rígido en su espalda, como si estuviera controlando un dolor acervo. Rudolf volvió a reunirse con Olia, pero en cuanto la hubo alcanzado ambos oyeron el sordo chasquido del disparo, mientras en la habitación de Yasha la vida continuó unas horas más

como si nada hubiese ocurrido —la piel de plátano en un plato, el volumen de poemas de Annenski, *El arca de ciprés*, y el de Kodasevich, *La lira pesada*, sobre una silla junto a la cama; la raqueta de *ping-pong* sobre el diván; murió instantáneamente; sin embargo, para revivirle, Rudolf y Olia le arrastraron por entre los matorrales hasta los juncos y allí le salpicaron y frotaron desesperadamente, de modo que estaba todo manchado de tierra, sangre y lodo cuando la policía encontró el cuerpo. Entonces ambos empezaron a pedir socorro a gritos, pero no acudió nadie: hacía mucho rato que el arquitecto Ferdinand Stockschmeisser se había marchado con su empapado *setter*.

Volvieron al lugar donde habían esperado el disparo y aquí el crepúsculo empieza a descender sobre la historia. Lo único claro es que Rudolf, ya fuera porque se le ofrecía cierta vacante terrena o porque era simplemente un cobarde, perdió todo deseo de suicidarse, y Olia, aunque hubiera

persistido en su intención, no podía hacer nada, ya que él había ocultado inmediatamente el revólver. Permanecieron mucho rato en el bosque, que ya era frío y oscuro y donde crepitaba una llovizna obcecada, hasta una hora estúpidamente tardía. Dice el rumor que fue entonces cuando se convirtieron en amantes, pero esto sería demasiado perentorio. Alrededor de medianoche, en la esquina de una calle llamada poéticamente Senda de Lilas, un sargento de policía escuchó con escepticismo su horrible y voluble relato. Existe una especie de estado histérico que adopta la apariencia de la fanfarronería infantil.

Si madame Chernyshevski hubiera conocido a Olia en seguida después del suceso, tal vez éste habría adquirido una especie de sentido sentimental para ambas. Por desgracia, el encuentro se produjo varios meses después, porque, en primer lugar, Olia se marchó, y en segundo, el dolor de madame Chernyshevski no adquirió inmediatamente aquella

forma industriosa e incluso extasiada que Fiodor encontró cuando apareció en escena. En cierto sentido, Olia no tuvo suerte: ocurrió que había vuelto para la fiesta de compromiso de su hermanastro y la casa estaba llena de invitados; y cuando madame Chernyshevski llegó sin avisar, bajo un tupido velo de luto, con una selección variada de sus dolientes archivos (fotografías cartas) en el bolso, bien preparada para el éxtasis de lágrimas compartidas, fue recibida por una joven perezosamente cortés y perezosamente impaciente, con un vestido que se transparentaba a medias, labios muy rojos y gruesa nariz empolvada de blanco, y desde la pequeña antesala a donde condujo a la invitada podía oírse el lamento de un fonógrafo, y, como es natural, no se produjo una comunión de almas. «Me limité a darle una buena ojeada», contó madame Chernyshevski, tras lo cual recortó cuidadosamente muchas fotografías tanto a Olia como a Rudolf; no obstante, este último la había

visitado en seguida, caído de rodillas a sus pies y golpeado su cabeza contra la esquina blanda del diván, yéndose después con su maravilloso paso elástico hacia la Kurfürstendamm, que rutilaba tras un chaparrón de primavera.

La muerte de Yasha causó el efecto más doloroso en su padre. Tuvo que pasar todo el verano en un sanatorio y nunca se restableció del todo: el tabique que dividía la temperatura ambiente de la razón del mundo infinitamente odioso, frío y fantasmal en que había entrado Yasha se derrumbó de improviso, y restaurarlo era imposible, por lo que hubo que cubrir la brecha de forma provisional y tratar de no mirar el temblor de los pliegues. A partir de aquel día, el otro mundo empezó a filtrarse en su vida; pero no había manera de resolver esta constante comunicación con el espíritu de Yasha y al final habló de ello a su mujer, con la vana esperanza de hacer así inofensivo el fantasma alimentado por el secreto; el secreto debió volver, porque pronto hubo

de buscar de nuevo la ayuda tediosa, esencialmente mortal, de cristal y goma de los médicos. De este modo vivía sólo a medias en este mundo, al cual se agarraba tanto más ávida y desesperadamente, y cuando uno escuchaba su conversación vivaz y miraba sus facciones regulares, resultaba difícil imaginar las experiencias sobrenaturales de este hombre bajo, rechoncho, de aspecto saludable, con su calva y los escasos cabellos a ambos lados, pero todavía era más extraña la convulsión que le desfiguraba súbitamente; el hecho de que a veces, durante semanas enteras, llevase un guante de algodón gris en la mano derecha (sufría un eczema) también insinuaba un misterio pavoroso, como si, repelido por el tacto impuro de la vida, o quemado por otra existencia, reservara su apretón desnudo para encuentros inhumanos, apenas imaginables. Mientras tanto, nada se detuvo con la muerte de Yasha y estaban sucediendo muchas cosas interesantes: en Rusia se observaba un incremento

de abortos y el retorno de las villas veraniegas; en Inglaterra había huelgas de una u otra clase; Lenin tuvo una muerte chapucera; murieron la Duse, Puccini y Anatole France; Mallory e Irvine perecieron cerca de la cumbre del Everest; y el anciano príncipe Dolgoruki, con zapatos de cuero trenzado, visitó secretamente Rusia para ver de nuevo el alforfón en flor; mientras en Berlín aparecieron taxis de tres ruedas, sólo para desaparecer poco después, y el primer dirigible cruzó lentamente el océano y los diarios hablaron mucho de Coué, Chang Tsolin y Tutankhamen, y un domingo, un joven comerciante berlinés y su amigo cerrajero salieron de excursión al campo en una gran carreta de cuatro ruedas, con sólo un ligerísimo olor de sangre, alquilado a su vecino, el carnicero: dos gruesas sirvientas y los dos hijos pequeños del comerciante iban sentados en sillas de terciopelo en la carreta, los niños lloraban, el comerciante y su amigo tragaban cerveza y excitaban a los caballos,



el tiempo era espléndido, por lo que, en su euforia, chocaron a propósito con un ciclista astutamente acorralado, le golpearon con violencia en la zanja, destrozaron su carpeta (era pintor) y siguieron su camino, muy felices, y el artista, cuando hubo recobrado el sentido, les alcanzó en el jardín de una posada, pero el policía que trató de establecer sus identidades también fue golpeado, tras lo cual continuaron felices por la carretera, y cuando vieron que las motos de la policía estaban ganando terreno, abrieron fuego con sus revólveres y en el tiroteo que se armó una bala mató al hijo de tres años del alegre comerciante.

—Escuche, tenemos que cambiar de tema —dijo en voz baja madame Chernyshevski—. Me da miedo que mi marido oiga cosas como ésta. Usted tiene una poesía nueva, ¿verdad?, Fiodor Konstantinovich va a leernos una poesía —proclamó en voz alta, pero Vasiliev, medio recostado, sostenía en una mano una monumental boquilla con un cigarrillo sin nicotina, y

con la otra despeinaba distraídamente a la muñeca, que ejecutaba toda clase de evoluciones emocionales en su regazo, continuó explicando durante más de medio minuto que este alegre incidente lo había investigado el día anterior ante un tribunal.

—No llevo nada encima y no sé nada de memoria —repitió varias veces Fiodor.

Chernyshevski se volvió con rapidez hacia él y colocó sobre su manga la mano pequeña y peluda.

—Tengo la impresión de que aún está enfadado conmigo. ¿No? ¿Palabra de honor? Después he comprendido que era una broma cruel. No tiene buen aspecto. ¿Cómo le va todo? Aún no me ha explicado por qué ha cambiado de domicilio.

Lo explicó: a la pensión donde vivía desde hacía un año y medio llegaron de improviso unos conocidos suyos, pelmazos muy bondadosos, inocentemente inoportunos, que no dejaban de

«entrar para charlar un rato». Al cabo de poco tiempo, Fiodor tuvo la sensación de que la pared que separaba su habitación de la suya se había derrumbado, dejándole indefenso. Naturalmente, en el caso del padre de Yasha hubiera sido inútil cualquier cambio de domicilio.

Vasiliev se había levantado. Silbando con suavidad, ligeramente inclinada su enorme espalda, examinaba los libros de las estanterías; sacó uno, lo abrió, dejó de silbar y, jadeando, empezó a leer para sus adentros la primera página. Su lugar en el diván fue ocupado por Liubov Markovna y su voluminoso bolso: ahora que sus ojos cansados estaban desnudos, su expresión se suavizó, y con una mano raramente mimada empezó a acariciar la nuca dorada de Tamara.

—¡Sí! —exclamó bruscamente Vasiliev, cerrando el libro de golpe e introduciéndolo en el primer hueco disponible—. Todo en este mundo ha de tener un fin, camaradas. En cuanto a mí, mañana

he de levantarme a las siete.

El ingeniero Kern echó una ojeada a su muñeca.

—¡Oh, quédese un poco más! —pidió madame Chernyshevski, implorando con sus ojos azules, y volviéndose hacia el ingeniero, que se había levantado y estaba detrás de su silla vacía, que movió un poco hacia un lado (así un comerciante ruso, tras saciarse de té, colocaría el vaso boca abajo sobre el platillo), empezó a hablar sobre la conferencia que él había prometido pronunciar en la reunión del próximo sábado— su título era «Alexander Blok en la guerra».

—Por error he puesto «Blok y la guerra» en las invitaciones —dijo ella—, pero no importa, ¿verdad?

—Por el contrario, importa mucho —replicó Kern con una sonrisa en los labios delgados, pero con odio tras los gruesos cristales de sus gafas, sin separar las manos, que tenía cruzadas sobre el

abdomen—. «Blok en la guerra» expresa el sentido apropiado —la naturaleza personal de las propias observaciones del orador, mientras «Blok y la guerra», perdóneme, es filosofía.

Y ahora todos empezaron a difuminarse gradualmente, a agitarse con la oscilación casual de una niebla, y luego a desvanecerse todo; sus contornos, enroscándose en forma de nudo cruzado simple, ya se evaporaban, aunque aquí y allí fulguraba todavía un punto brillante —el destello cordial de un ojo, el centelleo de una pulsera; hubo también una reaparición momentánea de la frente surcada de Vasiliev, que estrechaba la mano ya en disolución de alguien, y al final hubo una visión flotante de paja color de pistacho decorada con rosas de seda (el sombrero de Liubov Markovna), y ahora todo había desaparecido, y en el salón difuso, sin un solo sonido, en zapatillas, entró Yasha, creyendo que su padre ya se había retirado, y con un tintineo mágico, a la luz de linternas rojas, seres

confusos estaban reparando la acera en la esquina de la plaza, y Fiodor, que no tenía dinero para el tranvía, iba andando a su casa. Había olvidado pedir prestados a los Chernyshevski aquellos dos o tres marcos que le habrían sacado del apuro hasta que le pagaran una lección o traducción: esta idea no le hubiera causado inquietud de no estar dominado por una sensación general de abatimiento que consistía en aquel maldito desengaño (se había imaginado con tanta claridad el éxito de su libro), en un helado agujero en su zapato izquierdo y en el temor de la noche inminente en un lugar nuevo. Estaba cansado, insatisfecho consigo mismo por haber desperdiciado los tiernos comienzos de la noche, y le atormentaba la sensación de que había un cauce de pensamiento que no había seguido hasta su conclusión durante el día y ahora nunca podría terminar.

Caminaba por calles que ya se habían insinuado hacía tiempo en su conocimiento —y como si esto no fuera suficiente, esperaban afecto; incluso habían

adquirido por anticipado, en sus recuerdos futuros, un lugar junto a San Petersburgo, una tumba adyacente; caminaba por estas calles oscuras y relucientes y las casas ciegas retrocedían, se acercaban furtivamente al cielo pardo de la noche berlinesa, que, no obstante, tenía sus puntos claros aquí y allá, puntos que se derretían bajo la mirada de uno y permitían al cielo obtener unas cuantas estrellas. Por fin, aquí está la plaza donde cenamos y la alta iglesia de ladrillos y el álamo todavía transparente, parecido al sistema nervioso de un gigante; aquí, también, están los retretes públicos, que recuerdan la casita de mazapán de Baba Yaga. En la penumbra del jardincillo público cruzado oblicuamente por la débil luz de una farola, la hermosa muchacha que durante los últimos ocho años se había negado a encarnarse (tan vivo era el recuerdo de su primer amor), se hallaba sentada en un banco de un gris ceniciento, pero cuando se aproximó, vio que lo que estaba sentado era la

sombra inclinada del tronco del álamo. Entró en su calle, sumergiéndose en ella como en agua fría— se sentía tan reacio a volver, tanta melancolía le auguraba aquella habitación, aquel armario malévolo, aquel diván. Localizó la puerta principal (disfrazada por la oscuridad) y sacó las llaves. Ninguna de ellas le abrió la puerta.

«¡Qué es esto...! —masculló de malhumor, mirando el manajo de llaves, y entonces, furiosamente, empezó a introducirlas de nuevo—. ¡Qué diablos!», exclamó y retrocedió un paso a fin de levantar la cabeza y distinguir el número de la casa. Sí, era ésta. Ya estaba a punto de inclinarse una vez más ante la cerradura cuando se le ocurrió una verdad repentina: claro, éstas eran las llaves de la pensión, que por error se había llevado en el bolsillo de la gabardina cuando hizo el traslado por la mañana, y las nuevas debían estar en la habitación en la cual ahora sentía muchos más deseos de entrar que un momento antes.



En aquellos días, los porteros de Berlín eran en su mayor parte opulentos fanfarrones que tenían esposas corpulentas y pertenecían, por mezquinas consideraciones burguesas, al partido comunista. Los rusos blancos que eran sus inquilinos se acobardaban ante ellos: acostumbrados a la sumisión, nos arrogamos la sombra de la supervisión dondequiera que estemos. Fiodor comprendía a la perfección que era una estupidez tener miedo de un patán con una nuez movible, pero aun así no podía decidirse a despertarle después de medianoche, arrancarle de su gigantesco colchón de plumas, realizar el acto de pulsar el timbre (a pesar de que era más que probable que nadie contestara, por mucho que apretase); no podía decidirse a hacerlo, especialmente porque no poseía aquella moneda de diez *pfennigs* sin la cual era inconcebible pasar por delante de la palma, severamente ahuecada a la altura de la cadera, segura de recibir su tributo.

«Qué desastre, qué desastre», murmuró, y se

apartó sintiendo a sus espaldas el peso de una noche de insomnio, dispuesto a abrumarle de la cabeza a los pies, un gemelo de plomo que debería llevar a alguna parte. «Qué estúpido, *kak glupo*», añadió, pronunciando el ruso glupo con una «i» suave francesa, como solía hacer su padre de un modo distraído y algo jocoso cuando estaba perplejo.

Se preguntó qué haría ahora. ¿Esperar a que alguien saliera? ¿Tratar de encontrar al vigilante de noche que, envuelto en su capa negra, comprobaba las cerraduras de las puertas en los barrios residenciales? ¿Obligarse a sí mismo a despertar a toda la casa tocando el timbre? Fiodor empezó a recorrer la acera de un extremo a otro. La calle despertaba ecos y estaba completamente vacía. Encima de ella pendían faroles de un blanco lechoso, cada uno de su propio cable transversal; bajo el más próximo, un círculo fantasmal se columpiaba con la brisa a través del húmedo asfalto. Y este movimiento oscilante, que no tenía relación

aparente con él, empujaba con el sonido sonoro de su tambor algo que había estado descansando al borde de su alma, y ahora, no ya con la anterior llamada distante sino con una vibración fuerte y cercana, entonó: «Gracias, patria mía, por tu remota...» e inmediatamente, en una onda de rebote, «y cruel niebla a la que debo gratitud...». Y de nuevo, alejándose en busca de una respuesta: «... que tú no adviertes...». Hablaba consigo mismo como un sonámbulo mientras caminaba por una acera inexistente; guiaba sus pies una conciencia local, mientras el principal Fiodor Konstantinovich y, de hecho, el único Fiodor Konstantinovich que importaba, ya estaba vislumbrando la siguiente y confusa estrofa, que oscilaba a pocos metros de distancia y estaba destinada a resolverse en una armonía aún ignota, pero específicamente prometida. «Gracias, patria mía...», empezó de nuevo, en voz alta, con renovado ímpetu, pero de pronto la acera se convirtió en piedra bajo sus pies, todo a su

alrededor empezó a hablar a la vez, y, repentinamente sereno, se acercó con rapidez a la puerta de su casa, porque ahora había una luz detrás de ella.

Una mujer de mediana edad, pómulos altos y con una chaqueta de astracán sobre los hombros, abría la puerta a un hombre y se detenía junto a él en el umbral. «No olvides hacerlo, querido», decía con voz insulsa e indiferente cuando Fiodor llegó sonriendo, y la reconoció al instante: aquella misma mañana, ella y su marido habían ido a recibir su mobiliario. Pero también reconoció al visitante que salía —era el joven pintor Romanov, a quien había visto un par de veces en la redacción de Palabra Libre. Con expresión de sorpresa en su rostro delicado, cuya pureza helénica sucumbía ante dientes mates y torcidos, saludó a Fiodor; éste se inclinó torpemente ante la dama, que se ajustaba la chaqueta sobre un hombro, y echó a correr escaleras arriba, con enormes zancadas, tropezando de modo

horrible en el descansillo y continuando el ascenso con la mano apoyada en la barandilla. Frau Stoboy, en bata, con los ojos cansados, le inspiró terror, pero esto no duró mucho. Ya en su habitación, buscó a tientas el interruptor y lo encontró con dificultad. Sobre la mesa, vio las llaves rutilantes y el libro blanco. Eso se acabó, dijo para sus adentros. Hacía muy poco tiempo que había repartido copias entre sus amigos, con dedicatorias pretenciosas o triviales, y ahora le avergonzaba acordarse de ellas y que durante los últimos días se hubiera alimentado del gozo de su libro. Aunque, después de todo, no había ocurrido gran cosa: la decepción de hoy no excluía la recompensa de mañana o pasado mañana; sin embargo, el sueño ya empezaba a empalagarle y el libro yacía sobre la mesa, totalmente encerrado en sí mismo, delimitado y concluido, y ya no emanaba los rayos potentes y alegres de antes.

Un momento después, en la cama, cuando sus pensamientos ya habían empezado a recogerse para

la noche y su corazón se hundía en la nieve de la somnolencia (siempre tenía palpitaciones cuando se adormecía), Fiodor se aventuró imprudentemente a repetirse la poesía inacabada —sólo para gozarla una vez más antes de la separación del sueño; pero él era débil, y ella fuerte, palpitante y ávida de vida, por lo que en un momento le conquistó, le puso la piel de gallina, le llenó la cabeza de un zumbido celestial, y por ello encendió otra vez la luz, prendió un cigarrillo y, tendido boca arriba, con la sábana hasta el mentón y los pies destapados, como el Sócrates de Antokolski (con un dedo del pie en la humedad de Lugano), se abandonó a todas las exigencias de la inspiración. Se trataba de una conversación con mil interlocutores, de los cuales sólo uno era genuino, y éste debía ser atrapado y conservado al alcance del oído. Qué difícil es, y qué maravilloso... Y en estas charlas entre tamtams, apenas conocidos por mi espíritu... Después de unas tres horas de concentración y ardor, peligrosos para

la vida, consiguió dilucidarlo todo, hasta la última palabra, y decidió que mañana lo traspasaría al papel. Al separarse de ellos, trató de recitar en voz baja los versos acertados, cálidos y lozanos:

Gracias, patria mía; a tu remota y cruel niebla debo mi gratitud. Por ti poseído, por ti ignorado, para mis adentros hablo de ti. Y en estas charlas entre sonámbulos, mi ser más íntimo sabe apenas si es mi demencia que divaga o tu propia melodía que crece.

Y ahora, al darse cuenta de que esto contenía cierto significado, lo persiguió con interés y lo aprobó. Exhausto, feliz, con las plantas heladas (la estatua yace medio desnuda en un parque sombrío), creyendo todavía en la bondad e importancia de lo que había realizado, se levantó para apagar la luz. Con el camisón roto, el pecho flaco y las piernas largas y peludas, de venas color turquesa, al descubierto, se retrasó ante el espejo, examinando con la misma curiosidad solemne, y sin reconocerse

del todo, aquellas cejas anchas, aquella frente con la punta de cabellos muy cortos. En el ojo izquierdo se había roto un pequeño vaso y el carmesí que lo invadía desde el rabillo prestaba cierta cualidad traviesa al oscuro centelleo de la pupila. ¡Dios mío, cuánto pelo en estas mejillas hundidas tras unas pocas horas nocturnas, como si el calor húmedo de la composición hubiera estimulado también el cabello! Dio la vuelta al interruptor, pero la mayor parte de la noche se había disuelto y todos los pálidos y helados objetos de la habitación se antojaban personas llegadas para recibir a alguien en un brumoso andén de estación.

Durante mucho rato no pudo conciliar el sueño: cáscaras de palabras descartadas obstruían e irritaban su cerebro y pinchaban sus sienas, y no había manera de deshacerse de ellas. Mientras tanto, la habitación se había aclarado bastante y en algún lugar —lo más probable en la hiedra— alocados gorriones chillaban ensordecedoramente, todos



juntos, sin escucharse entre sí: gran recreo en una pequeña escuela.

Así empezó la vida en su nueva madriguera. Su patrona no podía acostumbrarse a sus hábitos de dormir hasta el mediodía, almorzar nadie sabía qué o dónde, y cenar ante un grasiento papel de envolver. Al final, su libro de poesía no obtuvo ninguna crítica (ya había dado por sentado que ocurriría automáticamente así y ni siquiera se había tomado la molestia de enviar ejemplares a los críticos), salvo una breve nota en la Gazeta de Vasiliev, firmada por el comentarista financiero, que expresaba una opinión optimista de su futuro literario y citaba una estrofa con un mortal error de imprenta. Llegó a conocer mejor la calle Tannenberg y ésta le confió sus secretos más queridos: tales como el hecho de que en el sótano de la casa contigua vivía un viejo zapatero llamado Kanarienvogel, y en efecto, había una jaula, pero sin su cautivo amarillo, en la ventana medio ciega, entre muestras de zapatos remendados;

en cuanto a los zapatos de Fiodor, el zapatero le miró por encima de las gafas con montura de acero, propios de su gremio, y se negó a remendarlos; así que Fiodor empezó a pensar en comprarse otro par. También se enteró del nombre de los inquilinos de arriba: un día subió por error hasta el descansillo superior y leyó en una placa de latón Carl Lorentz, *Geschichtsmaler*, y en otra ocasión Romanov, con quien se encontró en la esquina y que compartía un estudio con el *Geschichtsmaler* en otra parte de la ciudad, contó a Fiodor unas cuantas cosas sobre él: era muy trabajador, conservador y misántropo y había pasado toda su vida pintando desfiles, batallas, y el fantasma imperial con su estrella y banda, merodeando en el parque de Sans-Souci —y ahora, en la república sin uniformes, vivía empobrecido y amargado. Antes de 1914 gozaba de distinguida reputación, había visitado Rusia para pintar el encuentro del káiser con el zar, y mientras pasaba el invierno en San Petersburgo, conoció a su

actual esposa, Margarita Lvovna, que entonces era una joven y encantadora aficionada que se interesaba por todas las artes. Su amistad en Berlín con el pintor ruso emigrado comenzó por casualidad, como resultado de un anuncio en la prensa. Este Romanov era de corte muy diferente. Lorentz le profesaba un afecto sombrío, pero desde el día en que se inauguró la primera exhibición de Romanov (en la cual presentaba el retrato de la Condesa de X, totalmente desnuda y con marcas del corsé en el estómago, sosteniendo su propia imagen reducida a un tercio de su tamaño), le consideró un loco y un estafador. Sin embargo, muchos se sentían cautivados por el don atrevido y original del joven artista; le predecían éxitos extraordinarios e incluso algunos veían en él al fundador de una escuela neonaturalista: se decía que tras superar todas las pruebas del llamado modernismo, había llegado a un arte narrativo renovado, interesante y algo frío. En sus primeras obras aún se advertía cierta huella del estilo del

caricaturista— por ejemplo, en aquel cuadro suyo llamado «Coincidencia», en el cual, en un poste de anuncios, entre los colores vivos y notablemente armoniosos de carteles de teatro, nombres de astros del cine y otras mezclas de transparente colorido, podía leerse un anuncio sobre la pérdida de un collar de brillantes (con recompensa para quien lo encontrara), y este mismo collar yacía allí, en la acera, a los pies del poste, lanzando destellos con su fuego inocente. Sin embargo, en su «Otoño», el maniquí negro del sastre, con un desgarrón en el costado, tirado a una zanja entre magníficas hojas de arce, ya era la expresión de una calidad más pura; los entendidos veían en él un abismo de tristeza. Pero su mejor obra hasta la fecha seguía siendo la adquirida por un magnate inteligente, que ya había sido reproducida con profusión, llamada «Cuatro ciudadanos atrapando un canario»; los cuatro, anchos de hombros, iban vestidos de negro y llevaban sombreros de copa (aunque, por alguna

razón, uno de ellos iba descalzo) y estaban colocados en actitudes extrañas, exultantes y al mismo tiempo, circunspectas bajo el follaje brillante de sol de un tilo recortado en forma cuadrada en el cual se ocultaba el pájaro, tal vez el que se había escapado de la jaula de mi remendón. Me emocionaba confusamente el arte extraño, bello, pero malsano, de Romanov; percibía en él una prevención y una advertencia al mismo tiempo: al estar muy distanciado de su propio arte, iluminaba simultáneamente para él los peligros del camino. En cuanto al hombre en sí, le encontraba aburrido hasta el punto de repugnarme —no podía soportar su habla extremadamente rápida y balbuciente, acompañada de un giro automático y sin la menor relevancia de sus ojos brillantes. «Escuche —me dijo, escupiéndome a la barbilla—, ¿por qué no me permite presentarle a Margarita Lorentz? Me ha dicho que le lleve a su casa alguna noche —venga, celebramos pequeñas *soirées* en el estudio— ya

sabe, con música, bocadillos, pantallas rojas —y acude mucha gente joven— la chica Polonski, los hermanos Shidlovski, Zina Mertz...».

Estos nombres me eran desconocidos; no sentía ningún deseo de pasar veladas en compañía de Vsevolod Romanov, ni me interesaba en absoluto la esposa de cara chata de Lorenz —así que no sólo no acepté la invitación sino que desde entonces empecé a rehuir al artista.

Por la mañana el grito del vendedor de patatas «Prima Kartoffel!» resonaba en la calle, con un sonsonete alto y disciplinado (¡pero cómo palpita el corazón del joven tubérculo!), o bien un bajo sepulcral proclamaba «*Blumenerde!*». Al ruido de las alfombras al ser sacudidas se unía a veces un organillo, pintado de marrón y montado sobre escuálidas ruedas de carro, con un dibujo circular en la parte delantera que representaba un idílico arroyo; y el organillero, dándole a la manivela ora con la mano derecha, ora con la izquierda, entonaba

un apagado «o solé mio». Aquel sol ya me invitaba a la plaza. En su jardín, un joven castaño, que aún era incapaz de andar solo y por esto lo sostenía un palo, se adornó de improviso con una flor de mayor tamaño que el suyo. Sin embargo, las lilas no florecieron durante mucho tiempo; pero cuando por fin decidieron hacerlo, en una sola noche, que dejó un considerable número de colillas bajo los bancos, circundaron el jardín con rizada exuberancia. Detrás de la iglesia, en una tranquila callejuela, las acacias blancas dejaron caer sus pétalos un grisáceo día de junio, y el asfalto oscuro más próximo a la acera dio la impresión de estar salpicado de crema de trigo. En los arriates de rosas que rodeaban la estatua de un corredor de bronce, la Gloria de Holanda separaba los bordes de sus pétalos rojos, seguida del General Arnold Janssen. Un día feliz y sin nubes del mes de julio, tuvo lugar una representación muy lograda de un vuelo de hormigas: las hembras se remontaron en el aire, y los gorriones, remontándose

a su vez, las devoraron; y en los lugares donde nadie las molestaba se arrastraban por la grava y soltaban sus débiles alas de actor. Los periódicos informaron de que como resultado de una ola de calor, en Dinamarca se observaban muchos casos de locura: la gente se arrancaba las ropas y saltaba a los canales. Polillas macho volaban de un lado a otro en salvajes zigzagues. Los tilos pasaron por todas sus complicadas, aromáticas y desordenadas metamorfosis.

Fiodor, en mangas de camisa, sin calcetines y con zapatos de lona, pasaba la mayor parte del día en un banco añil del jardín público, con un libro en los largos y bronceados dedos; y cuando el sol quemaba demasiado, apoyaba la cabeza en el respaldo caliente del banco y cerraba los ojos durante largos ratos; las ruedas fantasmales de la jornada ciudadana giraban en el interior escarlata y sin fondo, y las chispas de voces infantiles pasaban velozmente, y el libro, abierto en su regazo, era cada



vez más pesado y menos parecido a un libro; pero ahora el escarlata se oscurecía tras una nube pasajera y él, levantando el cuello sudoroso, abría los ojos y de nuevo contemplaba el parque, el césped con las margaritas, la grava recién regada, la niña que jugaba sola a la pata coja, el cochecito infantil y el bebé, consistente en dos ojos y un sonajero rosa, y el viaje del disco cegado, vivo, y radiante a través de la nube. Entonces todo volvía a brillar, en la calle moteada de sol, bordeada de árboles inquietos, pasaba con estruendo un camión de carbón, cuyo sucio conductor, en su elevado asiento, apretaba entre los dientes el tallo de una hoja verde esmeralda.

Al atardecer iba a dar una lección —a un hombre de negocios de pestañas rubias, que le miraban con perplejidad malévola mientras Fiodor, sin darse cuenta, le leía a Shakespeare; o a una colegiala que llevaba un jersey negro y a quien a veces sentía deseos de besar en la nuca inclinada y

amarillenta; o a un tipo jovial y corpulento que había servido en la Marina imperial, que decía *esp* (sí-sí) y *obtnosgovat'* (deducir), y se estaba preparando para *dat' drapu* (largarse) a México, para huir en secreto de su amante, vieja apasionada y triste, que pesaba cien kilos, y que casualmente había huido a Finlandia en el mismo trineo que él, y desde entonces, en perpetuo tormento de celos, le alimentaba con pasteles de carne, budines de crema, setas adobadas... Además de estas lecciones de inglés, había lucrativas traducciones comerciales—informes sobre la baja conductividad del sonido de los pavimentos de baldosas, o tratados sobre cojinetes de bolas; y, finalmente, obtenía una renta modesta, pero especialmente preciada, de sus poesías líricas, que componía en una especie de trance embriagado, y siempre con el mismo fervor nostálgico y patriótico; algunas no se materializaban en forma definitiva, sino que se disolvían, fertilizando las profundidades más íntimas, mientras

otras, completamente pulidas y equipadas con todas sus comas, iban con él hasta la redacción del periódico, primero en un metro cuyos reflejos brillantes ascendían con rapidez por los barrotes verticales de latón, y luego en el extraño vacío de un ascensor hasta el piso noveno, donde, al final de un pasillo del color de la arcilla para modelar, en una pequeña habitación que olía «al cadáver en descomposición de la actualidad» (como solía decir el cómico número uno de la oficina), se hallaba el secretario, persona flemática y mofletuda, sin edad y virtualmente sin sexo, que más de una vez había salvado la situación cuando, airados por algún artículo del periódico liberal de Vasiliev, llegaban amenazadores camorristas, trotskistas alemanes contratados *in situ*, o algún robusto fascista ruso, bribón y místico.

El teléfono sonaba como un cencerro; surgían pruebas onduladas; el crítico teatral leía un periódico ruso de Vilna. «¡Cómo! ¿Que le debemos

dinero? Nada de eso», decía el secretario. Cuando se abría la puerta de la derecha, podía oírse la sonora voz de Getz dictando, o a Stupishin carraspeando, y entre el tecleo de varias máquinas de escribir, distinguirse el rápido parloteo de Tamara.

A la izquierda estaba la oficina de Vasiliev; su chaqueta de lustrina le tiraba a la altura de los gruesos hombros cuando, en pie ante el atril que usaba como escritorio, resoplaba como una potente máquina, mientras escribía, con su caligrafía desaseada y numerosos borrones de colegial, el editorial titulado: «Ningún progreso a la vista» o «La situación en China». Se detenía de repente, ensimismado, hacía un ruido semejante al de una lima de metal al rascarse la ancha mejilla barbuda con un dedo, y entrecerraba un ojo, sombreado por una espesa ceja negra que no tenía un solo pelo gris —que aún hoy es recordada en Rusia. Junto a la ventana (al otro lado de la cual había un edificio de

oficinas similar, en el que se efectuaban trabajos de reparación a tan gran altura que a uno se le antojaba que podrían aprovechar la ocasión para arreglar el mellado desgarrón de los grises nubarrones), había un plato hondo con una naranja y media y un apetitoso frasco de yogur, y en el armario inferior, cerrado con llave, de las estanterías se guardaban cigarros prohibidos y un gran corazón azul y rojo. Sobre una mesa se amontonaban periódicos soviéticos atrasados, libros baratos de cubiertas chillonas, cartas —en que se suplicaba, recordaba, reprobaba—, la piel de media naranja, una página de periódico con una ventana recortada y una fotografía de la hija de Vasiliev, que vivía en París, joven con un encantador hombro desnudo y cabellos de un rubio ceniza: era una actriz sin éxito y se hacía frecuente mención de ella en la columna de cine de la *Gazeta*: «... nuestra dotada compatriota Silvina Lee...» —aunque nadie había oído hablar de tal compatriota.

Vasiliev aceptaba y publicaba de buen grado las poesías de Fiodor, no porque le gustaran (en general, ni siquiera las leía) sino porque le resultaba del todo indiferente lo que pudiese adornar la parte no política del periódico. Después de calcular de una vez por todas el nivel de cultura por debajo del cual no podía caer, por naturaleza, un colaborador determinado, Vasiliev le dio carta blanca, aunque dicho nivel se remontara apenas por encima de cero. Y las poesías, por ser una mera bagatela, pasaban casi enteramente sin control, se introducían gota a gota por hendiduras en donde se hubieran encallado necesidades de más peso y volumen. ¡Pero qué chillidos de alegría y excitación se oían en todas las jaulas de pavos reales de nuestra poesía emigrada, desde Letonia a la Riviera! ¡Han publicado la mía! ¡Y la mía! En cuanto a Fiodor, que opinaba que sólo tenía un rival —Koncheyev (quien, a propósito, no era colaborador de la *Gazeta*)—, no se preocupaba de sus vecinos de imprenta y gozaba de sus propias

poesías al igual que los demás. Había veces que no podía esperar al correo de la tarde para recibir su ejemplar y se compraba uno media hora antes en la calle, y con todo descaro, apenas algo alejado del quiosco, aprovechando la luz rojiza próxima a los puestos de fruta, donde montañas de naranjas despedían fulgores en el azul del incipiente crepúsculo, desdoblaba el periódico —ya veces no encontraba nada: otra cosa la había reemplazado; pero si la encontraba, ordenaba bien las páginas y, mientras reanudaba la marcha por la acera, leía su poesía varias veces, variando las entonaciones internas; es decir, imaginaba uno por uno los diversos modos mentales de leer la poesía, que tal vez ya estaban leyendo ahora aquéllos cuya opinión consideraba importante— y en cada una de estas encarnaciones diferentes sentía de una manera casi física un cambio en el color de sus ojos, y también en el color de detrás de los ojos, y en el sabor de la boca, y cuanto más le gustaba el *chef-d'oeuvre du*

*jour*, tanto más perfecta y suculentamente podía leerlo a través de los ojos ajenos.

Después de malgastar así el verano, después de dar a luz, criar y dejar de amar para siempre unas dos docenas de poesías, salió un día claro y fresco, un sábado (esta noche es la reunión) para hacer una compra importante. Las hojas caídas no yacían planas sobre la acera, sino retorcidas y rígidamente encorvadas, por lo que de cada una asomaba un borde azul de sombra. Con una escoba a cuestas y un delantal limpio, la viejecita de rostro afilado y pies desproporcionadamente grandes salió de su casa de mazapán con ventanas de caramelo. ¡Sí, era otoño! Caminaba con alegría; todo iba bien: la mañana le había traído una carta de su madre, que tenía intención de venir a verle por Navidad, y a través de su deteriorado calzado veraniego notó el suelo con sensibilidad extraordinaria cuando pasó por un trozo sin pavimentar, junto a solitarios huertos de ligero olor a quemado, entre casas que volvían hacia ellos



la negrura desprendida de sus paredes exteriores, y allí, frente a la filigrana de los emparrados, crecían coles con gotas grandes y brillantes, y los tallos azulados de claveles marchitos, y girasoles, que inclinaban sus grandes caras de perro dogo. Durante mucho tiempo había querido expresar de algún modo que era en los pies donde tenía la sensación de Rusia, que podía tocarla y reconocerla toda con sus plantas, como un ciego toca con las palmas. Y fue una lástima llegar al final de aquel tramo de tierra parda y rica y tener que pisar una vez más la resonante acera.

Una joven vestida de negro, de frente brillante y ojos rápidos e inquietos, se sentó a sus pies por octava vez, de lado sobre un taburete, sacó con destreza un zapato estrecho del crujiente interior de su caja, separó los codos al estirar los bordes, miró abstraídamente hacia un lado mientras aflojaba los cordones, y entonces, se extrajo del pecho un calzador, se dirigió al pie grande, tímido y mal

zurcido de Fiodor. Milagrosamente, el pie pudo meterse, pero una vez dentro, quedó completamente ciego: el movimiento de los dedos no produjo efecto en la suavidad de la tirante piel negra. La dependienta ató los cordones con rapidez fenomenal, y tocó la punta con dos dedos. «Perfecto —dijo—. Los zapatos nuevos son siempre un poco... —prosiguió muy de prisa, y levantó los ojos castaños—. Claro que si usted quiere podemos retocarlos. Pero le ajustan muy bien, ¡véalo usted mismo!». Y le condujo al aparato de rayos X y le enseñó donde colocar el pie. Al mirar por la abertura de cristal vio, contra un fondo luminoso, sus propias falanges, negras y netamente separadas. Con esto, con esto saltaré a la orilla. Desde la barca de Carón. Después de ponerse el otro zapato, caminó por la alfombra de un extremo a otro de la tienda, al tiempo que miraba de reojo el espejo que le llegaba al tobillo y reflejaba su bonito paso y sus pantalones, que parecían haber doblado su edad. «Sí, me va bien»,

dijo en tono pusilánime. Cuando era niño solían rascar la reluciente suela negra con un abotonador, para que no resbalara. Se los llevó a la lección debajo del brazo, llegó a casa, cenó, se los puso, los admiró con reparo y salió hacia la reunión.

La reunión se celebraba en el piso más bien pequeño y patéticamente adornado de unos parientes de Liubov Markovna. Una muchacha pelirroja, con un vestido verde que le llegaba por encima de sus rodillas, estaba ayudando a la criada estoniana (que conversaba con ella en un fuerte murmullo) a servir el té. Entre la gente conocida, y también algunas caras nuevas, Fiodor distinguió en seguida a Koncheyev, que acudía por primera vez. Miró la figura de hombros redondos, casi jorobada, de este hombre reticente cuyo misterioso talento sólo podría ser mantenido a raya por unas gotas de veneno en una copa de vino —este hombre omnisciente con quien aún no había tenido ocasión de sostener la larga charla que deseaba en sus sueños y en cuya

presencia él, se retorció, ardía y llamaba inútilmente a sus propias poesías para que vinieran en su ayuda, se sentía un mero contemporáneo. Ese rostro joven era el típico de la Rusia central y parecía un poco vulgar, vulgar de un modo extrañamente anticuado; lo limitaba por arriba un cabello ondulado y por abajo un cuello almidonado, y al principio Fiodor experimentó en presencia de este hombre una inquietud melancólica... Pero tres damas le estaban sonriendo desde el sofá, Chernyshevski le hacía una reverencia desde lejos, Getz levantaba como un estandarte una revista que había traído para él, que contenía «Principio de un largo poema», de Koncheyev y un artículo de Christopher Mortus titulado «La voz de la María de Pushkin en la poesía contemporánea». A sus espaldas, alguien pronunció con la entonación de una respuesta aclaratoria, «Godunov-Cherdyntsev». No importa, no importa, pensó Fiodor rápidamente, sonrió para sus adentros, miró a su alrededor y golpeó el extremo de un

cigarrillo contra su pitillera con el blasón del águila, no importa, ya nos enfrentaremos algún día él y yo, y veremos quién gana.

Tamara le indicó una silla vacía, y mientras se dirigía hacia ella creyó oír de nuevo el tono sonoro de su nombre. Cuando los jóvenes de su edad, amantes de la poesía, en algunas ocasiones le seguían con aquella mirada especial que resbala como una golondrina por el espejo del corazón del poeta, sentía en su interior la sacudida de un orgullo profundo y estimulante; era el heraldo de su fama futura; pero había también otra fama terrena —el eco fiel del pasado: le enorgullecía la atención de sus jóvenes coetáneos, pero no le halagaba menos la curiosidad de las personas entradas en años, que veían en él al hijo del gran explorador, valiente y excéntrico, que había descubierto animales nuevos en el Tíbet, el macizo del Pamir y otras tierras azules.

«Escuche —dijo madame Chernyshevski con su

radiante sonrisa—, quiero presentarle a...». Le presentó a un tal Skvortsov, recientemente escapado de Moscú; era un sujeto amable y tenía arrugas parecidas a rayos en torno a los ojos, la nariz en forma de pera, la barba escasa y una mujer vivaz, juvenil, melodiosamente habladora, que llevaba un chal de seda —en resumen, una pareja del tipo más o menos académico que tan familiar le resultaba a Fiodor a través del recuerdo de la gente que solía rodear a su padre. Skvortsov, en términos corteses y correctos, empezó a expresar su asombro por la total falta de información en el extranjero sobre las circunstancias de la muerte de Konstantin Kirillovich: «Nosotros pensábamos— intervino su esposa —que en la patria era de esperar que no se supiera nada». «Sí —continuó Skvortsov—, recuerdo con terrible claridad que un día asistí a una cena en honor del padre de usted, y Kozlov —Piotr Kuzmich—, el explorador, observó ingeniosamente que Godunov-Cherdyntsev consideraba el Asia

central como su coto de caza privado. Sí... esto pasó hace mucho tiempo, no creo que usted hubiera nacido aún».

En este momento Fiodor advirtió de repente que madame Chernyshevski le dirigía una mirada triste, significativa y cargada de compasión. Interrumpiendo bruscamente a Skvortsov, empezó a interrogarle, sin mucho interés, acerca de Rusia. «¿Cómo decírselo...? —replicó este último—. Verá, ocurre lo siguiente...».

«¡Hola, hola, querido Fiodor Konstantinovich!».

Un grueso abogado que parecía una tortuga sobrealimentada gritó esta frase por encima de la cabeza de Fiodor, aunque ya le estrechaba la mano mientras se abría camino entre la gente, y ahora ya estaba saludando a otra persona. Entonces Vasiliev se levantó de su asiento y, apoyándose un momento en la mesa, con los dedos abiertos, en una posición característica de tenderos y oradores, anunció que se abría la reunión. «El señor Busch —añadió— nos

leerá ahora su nueva tragedia filosófica».

Hermán Ivanovich Busch, caballero de Riga, simpático, tímido, macizo y entrado en años, con una cabeza parecida a la de Beethoven, se sentó ante una mesita de estilo Imperio, emitió un sonido gutural y desdobló su manuscrito; sus manos temblaban perceptiblemente y continuaron temblando durante toda la lectura.

Se vio desde el principio que el camino conducía al desastre. El acento burlesco y los extravagantes solecismos del caballero de Riga eran incompatibles con la oscuridad de su significado. Cuando, ya en el prólogo, apareció un «compañero solitario» (*odinokyi sputnik* en vez de *odinokyi putnik*, viajero solitario) recorriendo aquel camino, Fiodor aún confiaba inútilmente en que fuera una paradoja metafísica y no un lapso traidor. El Jefe de la Guardia Municipal, al no admitir al viajero, repitió varias veces que «no pasaría más allá» (que debía rimar con «batalla»). La ciudad era costera (el



compañero solitario venía del interior) y en ella se divertía la tripulación de un barco griego. Esta conversación se desarrollaba en la Calle del Pecado:

PROSTITUTA PRIMERA

Todo es agua. Así lo dice mi cliente Thales.

PROSTITUTA SEGUNDA

Todo es aire, según me ha dicho el joven Anaxímenes.

PROSTITUTA TERCERA

Todo son números. Mi calvo Pitágoras no puede equivocarse.

PROSTITUTA CUARTA

Heráclito, al acariciarme murmura: «Todo es fuego».

COMPAÑERO SOLITARIO (*entrando*)

Todo es destino.

Había además dos coros, uno de los cuales conseguía representar de algún modo las olas de De Broglie y la lógica de la historia, mientras el otro coro, el bueno, discutía con él. «Marinero Primero, Marinero Segundo, Marinero Tercero», continuó Busch, enumerando a los personajes con su nerviosa voz de bajo ribeteada de humedad. También aparecían tres vendedoras de flores: «Mujer de los lirios», «Mujer de las violetas» y «Mujer de diferentes flores». De repente algo cedió: en el auditorio empezó a haber pequeños corrimientos de tierra.

Al poco rato se formaron por toda la habitación ciertas líneas eléctricas de diversas direcciones — una red de miradas intercambiadas entre tres o cuatro, luego cinco o seis, y después diez personas, que representaban a un tercio de los presentes. Lenta y cautelosamente, Koncheyev sacó un gran volumen del estante junto al que estaba sentado (Fiodor observó que era un álbum de miniaturas persas), y

dándole vueltas con la misma lentitud, empezó a mirarlo con ojos miopes. Madame Chernyshevski tenía una expresión dolida y asombrada, pero obedeciendo a su ética secreta, ligada en cierto modo al recuerdo de su hijo, se obligaba a escuchar. Busch leía con rapidez, sus mandíbulas relucientes giraban, la herradura de su corbata negra lanzaba destellos, mientras, bajo la mesa, mantenía los pies torcidos hacia dentro— ya medida que el estúpido simbolismo de la tragedia se hacía cada vez más profundo, más complicado y menos comprensible, la hilaridad contenida con dolor y subterráneamente incontenible necesitaba una salida con desesperación creciente, y muchos se estaban ya inclinando, con miedo a mirar, y cuando en la plaza empezó el Baile de los Enmascarados, alguien —fue Getz— tosió, y junto con la tos se oyó un jadeo adicional, y entonces Getz se cubrió la cara con las manos y al cabo de un rato emergió de nuevo con una expresión de insensata vivacidad y la calva

húmeda, mientras Tamara se había echado simplemente en el diván y se contorsionaba como en los dolores del parto, y Fiodor, que carecía de protección, derramaba torrentes de lágrimas, torturado por el obligado silencio de lo que ocurría en su interior. De forma inesperada, Vasiliev se removió en su silla tan laboriosamente que una pata se partió en dos con un crujido y Vasiliev se tambaleó con una expresión cambiada, pero no se cayó, y este suceso, nada gracioso por sí mismo, sirvió de pretexto para que una explosión elemental y orgiástica interrumpiera la lectura, y mientras Vasiliev trasladaba su mole a otra silla, Hermán Ivanovich Busch, frunció su magnífico pero estéril ceño, anotó algo en el manuscrito con un resto de lápiz, y en el alivio de la calma una mujer sin identificar pronunció algo en un gemido aislado y final, pero Busch ya continuaba:

MUJER DE LOS LIRIOS

Hoy estás muy inquieta por algo, hermana.

MUJER DE DIFERENTES FLORES

Sí, el divino me ha dicho que mi hija se casará con el transeúnte de ayer.

HIJA

Oh, ni siquiera me fijé en él.

MUJER DE LOS LIRIOS

Y él no se fijó en ella.

«¡Bravo, bravo!», terció el coro, como en el Parlamento británico. De nuevo hubo una ligera conmoción: un paquete de cigarrillos vacío, en que el obeso abogado había escrito algo, inició un viaje por toda la habitación, y todo el mundo siguió las etapas de este viaje; lo escrito debía ser extremadamente gracioso, pero nadie lo leyó, sino que lo pasó dócilmente de mano en mano, pues iba destinado a Fiodor, y cuando por fin llegó a su poder, leyó lo siguiente: Después quiero discutir con usted un pequeño negocio.

El último acto tocaba a su conclusión. El dios de la risa abandonó imperceptiblemente a Fiodor, quien miraba con abstracción el brillo de su zapato. A la fría orilla desde la barca. El derecho le apretaba más que el izquierdo. Koncheyev hojeaba las últimas páginas del álbum con la boca entreabierta. «*Zanaves* (telón)», exclamó Busch, acercando la última sílaba en lugar de la primera.

Vasiliev anunció que habría un descanso. La mayor parte del auditorio tenía un aspecto ajado y lánguido, como después de una noche en un vagón de tercera clase. Busch había enrollado el manuscrito hasta formar un tubo grueso y ahora, desde un rincón lejano, le parecía oír en el estruendo de voces constantes oleadas de admiración; Liubov Markovna le ofreció un poco de té y entonces su rostro voluntarioso adoptó una expresión indefensa y suave, y, lamiéndose los labios con fruición, se inclinó hacia el vaso que le habían ofrecido. Fiodor observó esto desde lejos con cierta sensación de

pasmo, mientras oía lo siguiente a sus espaldas:

—¡Le ruego que me dé una explicación! (La voz airada de *madame* Chernyshevski).

—Bueno, ya sabe usted que estas cosas ocurren... (Con acento culpable, el jovial Vasiliev).

—Le pido una explicación.

—Pero, querida señora, ¿qué puedo hacer yo?

—¿Acaso no lo leyó antes? ¿No se lo llevó a la redacción? Creía que usted había dicho que era una obra seria e interesante. Una obra importante.

—Sí, es verdad, fue la primera impresión, después de hojearla —no tomé en consideración cómo sonaría— ¡me engañaron! En realidad es desconcertante. Pero acérquese a él, Alexandra Yakovlevna, dígale algo.

El abogado agarró a Fiodor por el hombro.

—Usted es la persona que estoy buscando. Se

me ha ocurrido de improviso que aquí hay algo para usted. Fue a verme un cliente mío —necesita una traducción alemana de unos documentos para un caso de divorcio, ¿comprende? Los alemanes que le llevan el asunto tienen en la oficina una chica rusa, pero al parecer ella sólo puede hacer una parte, y necesitan a alguien que la ayude con el resto. ¿Lo haría usted? Escuche, deme su número de teléfono.

*Gemacht.*

—Señoras y caballeros, tomen asiento, por favor —resonó la voz de Vasiliev—. Ahora discutiremos la obra que se ha leído. Los que deseen participar, firmen aquí.

En aquel momento Fiodor vio que Koncheyev, agachándose y con la mano detrás de la solapa, daba un tortuoso rodeo hacia la salida. Fiodor le siguió, casi olvidándose de su revista. En la antesala se les unió el viejo Stupishin; se trasladaba con frecuencia de una habitación alquilada a otra, pero vivía siempre tan lejos del centro que estos cambios,



importantes y complicados para él, a los demás se les antojaban sucesos de un mundo etéreo, situado más allá del horizonte de los problemas humanos. Se rodeó el cuello con una exigua bufanda de rayas grises y la sostuvo con la barbilla a la manera rusa, mientras, también a la manera rusa, se ponía el abrigo mediante varias sacudidas dorsales.

—Vaya, nos ha deleitado, ciertamente —dijo mientras bajaban, acompañados por la criada, que llevaba la llave de la puerta.

—Confieso que no he escuchado con mucha atención —comentó Koncheyev.

Stupishin se fue a esperar un raro y casi legendario tranvía, mientras Godunov-Cherdyntsev y Koncheyev se alejaron en la dirección opuesta, para caminar hasta la esquina.

—Qué tiempo tan desagradable —observó Godunov-Cherdyntsev.

—Sí, hace mucho frío —convino Koncheyev.

—Abominable. ¿Y en qué parte vive usted?

—En Charlottenburg.

—Vaya, vaya, eso está muy lejos. ¿Va a pie?

—Oh, sí, a pie. Creo que aquí debo...

—Sí, usted tuerce a la derecha y yo voy recto.

Se despidieron. «¡Brr, vaya viento!».

—Espere, espere un momento —le acompañaré hasta su casa. Seguramente usted es trasnochador como yo y no tengo que explicarle el oscuro hechizo de los paseos sobre piedra. ¿De modo que no ha escuchado a nuestro pobre conferenciante?

—Sólo al principio, y luego sólo a medias. Sin embargo, no creo que fuera tan malo.

—Estaba examinando miniaturas persas de un libro. ¿Se ha fijado en una —¡un parecido asombroso!— de la colección de la Biblioteca

Pública de San Petersburgo —obra, creo, de Riza Abbasi, que tendrá unos trescientos años? El hombre arrodillado que lucha con las crías de los dragones, de nariz grande, mostachos— ¡Stalin!

—Sí, creo que ésa es la mejor de todas. A propósito, he leído su muy notable colección de poesías. De hecho, claro, no son más que los modelos de sus novelas futuras.

—Sí, algún día escribiré prosa en que «el pensamiento y la música estén unidos como los pliegues de la vida en el sueño».

—Gracias por tan cortés cita. Siente un amor genuino por la literatura, ¿verdad?

—Creo que sí. Verá, tal como yo lo veo, sólo hay dos clases de libros: para la cabecera y la papelería. O amo fervientemente a un escritor, o le desecho por completo.

—Un poco severo, ¿no? Y algo peligroso. No

olvide que toda la literatura rusa es la literatura de un solo siglo y, después de las supresiones más indulgentes, no ocupa más de tres mil a tres mil quinientas páginas impresas, y sólo la mitad de esto es digno de la estantería, y apenas de la mesilla de noche. Ante tal escasez cuantitativa, hemos de resignarnos al hecho de que nuestro Pegaso es moteado, a que no todo es malo en un mal escritor, ni todo bueno en uno bueno.

—Tal vez pueda darme algunos ejemplos para que yo se los refute.

—Ciertamente: si usted abre Goncharov, o...

—¡Alto ahí! No me diga que tiene una palabra amable para *Oblomov* —aquel primer «Ilych» que fue la ruina de Rusia— y el goce de quienes critican la sociedad. ¿O acaso quiere discutir las miserables condiciones higiénicas de las seducciones victorianas? ¿Crinolina y húmedo banco de jardín? ¿O tal vez el estilo? ¿Qué me dice de su

«Precipicio», cuando Rayski aparece en momentos de meditación con «una rosada humedad brillando entre sus labios»? Lo cual me recuerda en cierto modo a los protagonistas de Pisemski, cada uno de los cuales, bajo la tensión de una emoción violenta, ¡«se da masaje al corazón con la mano»!

—Aquí voy a acorralarle. ¿No hay cosas buenas en el mismo Pisemski? Por ejemplo, esos lacayos que durante el baile juegan a pelota con la bota de terciopelo de una dama, horriblemente gastada y llena de barro. ¡Ajá! Y puesto que hablamos de autores de segunda categoría, ¿qué opina de Leskov?

—Bien, veamos... En su estilo surgen divertidos anglicismos como «eto byla durnaya veshch» (fue una mala cosa) en lugar del sencillo «plokjo délo». En cuanto a la complicada distorsión de sus retruécanos —No, perdóneme, no los encuentro divertidos. Y su verbosidad— ¡Dios mío! Su «*Soboryane*» podría condensarse fácilmente en dos *feuilletons* de periódico. Y no sé quiénes son peores

—sus virtuosos británicos o sus virtuosos clérigos.

—Y no obstante... ¿y su imagen de Jesús, «el espiritual galileo, frío y bondadoso, con una túnica del color de la ciruela madura»? ¿O su descripción del bostezo de un perro, con «su azulado paladar como untado de pomada»? ¿O aquel rayo que de noche ilumina nítidamente la habitación, hasta el óxido de magnesio que queda en una cuchara de plata?

—Sí, admito que tiene una sensibilidad latina para lo azul: *lividus*. Lyov Tolstoi, por otro lado, prefería los matices violetas y la dicha de caminar descalzo con los grajos sobre la tierra rica y oscura de los campos arados.

—Pero ya hemos pasado a la primera fila. No me diga que no puede encontrar puntos débiles incluso en ella. En historias tales como «Tempestad de nieve».

—Deje en paz a Pushkin: es la reserva de oro de

nuestra literatura. Y ahí está la canasta de Chejov, que contiene alimentos suficientes para años venideros, y un cachorro llorón y una botella de vino de Crimea.

—Espere, volvamos a los antepasados. ¿Gógol? Creo que podemos aceptar su «organismo entero». ¿Turguenev? ¿Dostoyevski?

—El manicomio convertido en Belén —eso es Dostoyevski. «Con una reserva», como dice nuestro amigo Mortus. En los «Karamazov» hay una marca circular dejada por una copa de vino húmeda en una mesa al aire libre. Vale la pena recordarlo si se utiliza el enfoque de usted.

—Pero no me diga que todo es bueno en Turguenev. ¿Recuerda esos ineptos *tête-à-têtes* en glorietas de acacias? ¿Los gruñidos y estremecimientos de Bazarov? ¿Su excitación nada convincente a propósito de aquellas ranas? Y en general, no sé si usted puede soportar la particular

entonación de los puntos suspensivos de Turguenev al final de una «frase que se extingue» y los finales sentimentales de sus capítulos. ¿O deberíamos perdonar todos sus pecados por el resplandor gris de las sedas negras de *madame* Odintsev y las patas traseras estiradas de algunas de sus frases llenas de gracia, aquellas posturas de conejo adoptadas en el descanso por sus lebreles?

—Mi padre solía encontrar toda clase de errores en las escenas de caza y descripciones de la naturaleza de Turguenev y Tolstoi, y en cuanto al desgraciado Aksakov, no discutamos siquiera sus lamentables deslices en este terreno.

—Ahora que hemos apartado los cadáveres, tal vez podríamos pasar a los poetas. Veamos. A propósito, hablando de cadáveres, ¿se le ha ocurrido alguna vez que en el poema corto más famoso de Lermontov el «cadáver familiar» del final es extremadamente gracioso? Lo que de verdad quería decir era «cadáver del hombre que ella conoció un



día». El conocimiento póstumo es injustificado y carece de sentido.

—Últimamente es Tiutchev quien comparte más a menudo mi dormitorio.

—Respetable invitado. ¿Y qué opina usted de los yambos de Nekrasov —o no le gusta?

—Oh, sí. En sus mejores versos hay un tañido de guitarra, un sollozo y un suspiro que Fet, por ejemplo, artista más refinado, no posee.

—Tengo la impresión de que la debilidad secreta de Fet es su racionalismo y su insistencia en la antítesis. —No se le ha escapado a usted, ¿verdad?

—Nuestros necios escritores de la escuela de intención social le criticaron por razones equivocadas. No, yo puedo perdonárselo todo por «tintineó en el prado entenebrecido», por «lágrimas de rocío extasiado que derramó la noche», por la

mariposa que «respira» y agita las alas.

—Y así pasamos al siglo siguiente: cuidado con el escalón. Usted y yo empezamos a entusiasmarnos por la poesía en nuestra adolescencia, ¿verdad? Refresque mi memoria —¿cómo era?— «cómo palpitan los bordes de las nubes»... ¡Pobre y querido Balmont!

—O, iluminadas por Blok, «Nubes de solaz quimérico». Oh, pero habría sido un crimen ser exigente en esto. En aquellos días mi mente aceptaba extática, agradecida y completamente, sin críticas mordaces, a los cinco poetas cuyos nombres empezaban con «B» —los cinco sentidos de la nueva poesía rusa.

—Me gustaría saber cuál de los cinco representa al gusto. Sí, sí, ya sé —hay aforismos que, como los aviones, sólo se sostienen mientras están en movimiento. Pero hablábamos del amanecer. ¿Cómo empezó para usted?

—Cuando mis ojos se abrieron al alfabeto. Lo siento, esto suena a pretensión, pero lo cierto es que he padecido desde la infancia la más intensa y elaborada *audition coloree*.

—De modo que usted también, como Rimbaud, podría haber...

—Escrito no un mero soneto sino un voluminoso opus, con tonos auditivos que él jamás soñó. Por ejemplo, las diversas y numerosas «a» de las cuatro lenguas que hablo difieren para mí en matiz, que va desde el negro lacado al gris astilloso —como distintas clases de madera. Le recomiendo mi «m» de franela rosa. No sé si usted recuerda el algodón aislante que se quitaba en primavera junto con las ventanas para tormentas. Pues bien, eso es mi «y» rusa, o mejor «yu», tan desaliñada e insulsa que las palabras se avergüenzan de empezar con ella. Si tuviera a mano algunas pinturas, mezclaría para usted el siena quemado y el sepia, a fin de imitar el color del sonido «en» de la gutapercha; y apreciaría

mis radiantes «s» si yo pudiera verter en sus manos juntas algunos de los zafiros luminosos que toqué siendo niño, temblando, y sin comprender por qué mi madre, vestida para un baile, sollozando incontrolablemente, dejaba caer sus tesoros celestiales desde su abismo a la palma de su mano, y luego al terciopelo negro de sus estuches, y de pronto lo cerraba todo bajo llave y no iba a ninguna parte, a pesar de la apasionada persuasión de su hermano, que no cesaba de pasear por todas las habitaciones, dando capirotazos a los muebles y encogiendo las charreteras, y si uno apartaba ligeramente la cortina de la ventana lateral del mirador, podía ver, a lo largo de la orilla del río, fachadas en la negrura azulada de la noche, la magia inmóvil de una iluminación imperial, el fulgor siniestro de monogramas de diamantes, bombillas coloreadas de diseños en corona...

—En suma, *Buschstaben von Feuer*... letras de fuego. Sí, ya conozco lo que sigue. ¿Quieres que sea

yo quien termine este cuento trivial y emotivo? Su deleite en cualquier poesía que encontraba. A los diez años ya escribía dramas, y a los quince, elegías —y todas sobre crepúsculos, crepúsculos... La «incógnita» de Blok, que «pasó lentamente entre los borrachos». A propósito, ¿quién era ella?

—Una casada joven. Duró algo menos de dos años, hasta mi huida de Rusia. Era hermosa y dulce —ya sabe, de ojos grandes y manos ligeramente huesudas— y de algún modo he permanecido fiel a ella hasta el día de hoy. Su afición a la poesía se limitaba a letras de canciones gitanas, adoraba el póquer y murió de tifus... —Dios sabe dónde, Dios sabe cómo.

—¿Y ahora? ¿Diría usted que vale la pena seguir escribiendo poesías?

—¡Oh, decididamente! Hasta el fin. Soy feliz incluso en este momento, pese al dolor degradante de mis pies comprimidos. A decir verdad, siento de

nuevo aquella turbulencia, aquella excitación... Volveré a pasar toda la noche...

—Demuéstrémelo. Veamos cómo funciona: Es con esto, que la lenta y negra barca... No, intentémoslo de nuevo: A través de la nieve que cae sobre el agua jamás helada... Sigamos intentándolo: Bajo la nieve lenta y vertical, con un tiempo gris que cabalga sobre el Leteo, en la estación habitual, con esto saltaré algún día a la orilla. Ya está mejor, pero tenga cuidado de no derrochar la excitación.

—Oh, no se preocupe. Lo que quiero decir es que es imposible no ser feliz con esta sensación cosquilleante en la piel de tu frente...

—... como por un exceso de vinagre en remolachas picadas. ¿Sabe qué acaba de ocurrírseme? Aquel río no es el Leteo sino la laguna Estigia. No importa. Prosigamos. Y ahora una rama torcida se acerca a la barca, y Carente, en la oscuridad, la alcanza con el bichero, la atrapa, y

muy...

—... lentamente la corteza gira, la corteza silenciosa. ¡A casa, a casa! Esta noche quiero componer con la pluma en la mano. ¡Qué luna! Qué olor negro de hojas y tierra viene de detrás de aquella cerca.

—Y qué lástima que nadie haya oído el brillante coloquio que tanto me hubiera gustado sostener con usted.

No importa, no será desperdiciado. Estoy contento de que haya ocurrido así. ¿A quién le importa que en realidad nos separásemos en la primera esquina, y que yo haya recitado un diálogo ficticio conmigo mismo, tal como me lo ha suministrado un manual de aprenda por sí mismo inspiración literaria?

# CAPÍTULO SEGUNDO

La lluvia aún caía ligeramente, pero, con la elusiva premura de un ángel, ya había aparecido un arco iris. Con lánguida admiración de sí mismo, verde rosado y con un fulgor purpúreo en su borde interior, pendía suspendido sobre el campo segado, encima y delante de un bosque distante, a través del cual dejaba ver una trémula porción. Aisladas flechas de lluvia que habían perdido el ritmo, el peso y la capacidad de producir algún sonido, caían al azar, aquí y allí, bajo el sol. En el cielo lavado por la lluvia, desde detrás de una nube negra, una nube de seductora blancura se estaba liberando y brillaba con todo el esplendor de una moldura monstruosamente complicada.

«Vaya, vaya, se acabó», dijo en voz baja y emergió de debajo del nutrido grupo de álamos situado en la resbaladiza y arcillosa carretera *zems kaya* (rural) —¡y qué justa esta designación!—



que descendía hasta una hondonada, y reunía allí todos sus surcos en un barranco apaisado, lleno hasta el borde de espeso *café crème*.

¡Amado mío! ¡Dibujo de tintes elíseos! Una vez, en Ordos, mi padre trepó a una colina después de una tormenta e inadvertidamente entró en la base de un arco iris —¡el más raro de los sucesos!—, encontrándose en un aire coloreado, en un juego de luces como en el paraíso. Dio un paso más y abandonó el paraíso.

El arco iris ya se estaba desvaneciendo. La lluvia había cesado del todo, hacía un calor asfixiante, un tábano de ojos satinados se posó en su manga. Un cuco empezó a llamar en un soto, con apatía, casi inquisitivamente: el sonido se hinchó como una cúpula y, nuevamente como una cúpula, incapaz de encontrar una solución. Era probable que el pobre y rechoncho pájaro hubiera volado lejos, pues todo se repitió desde el principio al estilo de un reflejo reducido (buscaba, quién sabe, un lugar

para el mejor y más triste efecto). Una mariposa enorme, de vuelo plano, negra y azulada con una franja blanca, describió un arco sobrenaturalmente suave, se posó en la tierra húmeda, plegó las alas y con ello desapareció. Ésta es de la clase que de vez en cuando te trae, jadeando, un muchacho campesino, aprisionándola en su gorra con ambas manos. Ésta es de la clase que se eleva desde los lentos cascos del dócil caballito del médico, cuando éste, sosteniendo en el regazo las riendas casi superfluas, o las ata a la barra delantera, se dirige pensativamente hacia el hospital por el umbroso camino. Pero hay ocasiones en que uno se tropieza con cuatro alas blancas y negras, con reverso color de ladrillo, diseminadas como naipes por la senda del bosque: el resto lo ha devorado un pájaro desconocido.

Saltó por encima de un charco en que dos escarabajos se aferraban a una brizna de paja y se estorbaban mutuamente, e imprimió su planta en el

borde del camino: huella muy significativa, que siempre mira hacia arriba y siempre ve a aquel que ha desaparecido. Mientras atravesaba un campo, solo, bajo la magnífica velocidad de las nubes, recordó que, con sus primeros cigarrillos en su primera pitillera, había abordado a un viejo labrador para pedirle fuego; el campesino extrajo una caja de su pecho macilento y se la alargó sin sonreír, pero soplaba el viento, una cerilla tras otra se apagó apenas encendida, y después de cada una se sintió más avergonzado, mientras el hombre observaba con indiferente curiosidad los dedos impacientes del joven despilfarrador.

Se adentró más en el bosque; habían colocado tablas en el sendero, negras y viscosas, que tenían adheridas amentos y hojas de un marrón rojizo. ¿Quién habría dejado caer un hongo, después de romper su abanico blanco? En respuesta llegó el eco de unos gritos: un grupo de muchachas cogía setas y arándanos, ¡éstos parecían mucho más oscuros en las

cestas que en sus tallos! Entre los abedules había un viejo conocido, con doble tronco, una lira de abedul, y junto a él un viejo poste con una tabla; nada podía distinguirse en ella salvo agujeros de bala; una vez su tutor inglés había disparado contra ella con una Browning —también él se llamaba Browning—; y entonces su padre había tomado la pistola, llenado de balas el cargador, con rapidez y destreza, y borrado una nítida K con siete disparos.

Más lejos, una orquídea de pantano florecía sin ceremonia en un tramo de terreno cenagoso, tras el cual se vio obligado a cruzar un camino vecinal, y a la derecha vio brillar una blanca puerta de torniquete: la entrada al parque. Adornado con helechos en el exterior, bordeado de exuberantes jazmines y madreselvas en el interior, oscurecido en algunos lugares por agujas de abeto y aclarado en otros por hojas de álamo, este parque enorme, denso, de múltiples sendas, se mantenía en un equilibrio de sol y sombra, que de noche a noche

formaba en su variabilidad una armonía peculiar y única. Si en la avenida palpitaban círculos de luz cálida, era seguro que una franja de grueso terciopelo se extendía en la distancia, tras la cual venía otra vez un tamiz leonado y más lejos, al fondo, una rica negrura que, transferida al papel, sólo satisfacía al acuarelista mientras la pintura permanecía húmeda, por lo que tendría que pintar capa tras capa para mantener su belleza —que se desvanecería inmediatamente. Todas las sendas llevaban a la casa, pero pese a la geometría, daba la impresión de que el camino más corto no era la recta avenida, esbelta y lisa, con una sombra sensitiva (que se elevaba, como una mujer ciega, para salir a tu encuentro y tocarte la cara) y un estallido de luz esmeralda en el mismo extremo, sino cualquiera de sus tortuosas vecinas, llenas de malas hierbas. Avanzó por su senda favorita hacia la casa todavía invisible, por delante del banco donde, según la tradición establecida, sus padres solían sentarse la

víspera de las partidas regulares de su padre: él, con las rodillas separadas, hacía girar entre sus manos las gafas o un clavel, mantenía la cabeza baja, con un sombrero de paja sobre la coronilla y una sonrisa taciturna, casi burlona, en torno a los ojos semicerrados y en las comisuras de los labios, cerca de las raíces de su bien cuidada barba; y su madre le contaba algo, desde el lado, desde debajo de su gran sombrero blanco y tembloroso; o practicaba pequeños agujeros en la arena con la punta de su sombrilla. Pasó junto a una gran roca por la que trepaban ramas de serbal (una se había vuelto para echar una mano a las jóvenes), junto a un terreno que había sido un estanque en tiempos de su abuelo y junto a unos abetos bajos, que solían parecer redondos en invierno, bajo el peso de la nieve; la nieve acostumbraba caer lentamente y muy enhiesta, y podía seguir cayendo así tres días, cinco meses, nueve años— y ya, delante de él, en un espacio claro cruzado por puntos blancos, podía verse una vaga

mancha amarilla, que de pronto quedaba enfocada, se estremecía, se espesaba y se transformaba en un tranvía; y la nieve húmeda seguía cayendo, oblicuamente, cubriendo la superficie izquierda de un pilar de cristal, la parada del tranvía, mientras el asfalto permanecía negro y desnudo, como incapaz por naturaleza de aceptar algo blanco, y entre los letreros de las farmacias, papelerías y tiendas de ultramarinos qué flotaban ante sus ojos, y que al principio eran incluso incomprensibles, sólo uno parecía escrito en ruso: Kakao. Mientras tanto, todo cuanto acababa de imaginar con tanta claridad pictórica (lo cual era sospechoso por sí mismo, como la intensidad de los sueños en un momento inoportuno del día o después de un somnífero) palideció, se oxidó y desintegró, y al mirar a su alrededor (como en un cuento de hadas desaparecen las escaleras detrás de quien las está montando), todo se derrumbó y desapareció, una última configuración de los árboles, como personas venidas

a despedir a alguien y ya desvanecidas, un trozo de arco iris descolorido por la lluvia, la senda de la que sólo quedaba el gesto de una curva, una mariposa prendida de un alfiler, con sólo tres alas y sin abdomen, un clavel en la arena, junto a la sombra del banco, los últimos detalles más persistentes, y un momento después Fiodor cedió todo esto sin lucha a su presente, y directamente de sus reminiscencias (rápidas e insensatas, que le visitaban como el ataque de una enfermedad fatal a cualquier hora y en cualquier lugar), directamente del paraíso de invernadero del pasado, subió a un tranvía berlinés.

Se dirigía a una lección, llegaba tarde, como de costumbre, y también como de costumbre le invadía un odio vago, maligno y profundo hacia la torpe lentitud del medio de transporte menos dotado de todos, hacia las calles familiares sin remedio y feas sin remedio que se deslizaban al otro lado de la ventanilla húmeda, y más que nada, hacia los pies, costados y cuellos de los pasajeros nativos. Su



corazón sabía que también podía incluir entre ellos a individuos auténticos, completamente humanos, de pasiones altruistas, tristezas puras e incluso recuerdos que brillarían durante toda su vida, pero por alguna causa tenía la impresión de que todos estos ojos fríos y resbaladizos, que le miraban como si llevase un tesoro ilegal (lo cual, esencialmente, era cierto respecto a su don), sólo podían pertenecer a brujas maliciosas y buhoneros pervertidos. La opinión rusa de que el alemán es vulgar en grupos reducidos y en grupos numerosos, insoportablemente vulgar, era, estaba convencido, una opinión indigna de un artista; pero a pesar de ello le acometió un temblor, y solamente el sombrío cobrador, de ojos inquietos y con un parche en el dedo, buscando eterna y laboriosamente un equilibrio y lugar para pasar entre las convulsas sacudidas del coche y el apretado número de pasajeros que iban de pie, parecía por su aspecto exterior, si no un ser humano, por lo menos el pariente pobre de un ser humano. En

la segunda parada, un hombre flaco que llevaba un abrigo corto de cuello de piel de zorro, un sombrero verde y polainas raídas, se sentó enfrente de Fiodor. Al acomodarse le rozó con la rodilla y con la esquina de una voluminosa cartera con asa de cuero, y este detalle trivial convirtió su irritación en una especie de puro furor, por lo que miró fijamente al recién llegado, leyó sus facciones, concentró instantáneamente en él todo su pecaminoso odio (hacia esta pobre nación, lastimosa y moribunda) y supo con precisión por qué le odiaba: por aquella frente estrecha, por aquellos ojos pálidos por *Vollmilch* y *Extrastark*, lo cual comportaba la legal existencia de lo diluido y lo artificial; por su burlón sistema de ademanes (amenazando a los niños, no como nosotros —con un dedo tieso, perpetuo recordatorio del Juicio divino—, sino con un dígito horizontal, imitando a un palo); por su afición a las vallas, las hileras, la mediocridad; por el culto a la oficina; por el hecho de que si escuchas su voz

interna (o cualquier conversación en la calle), oirás inevitablemente cifras, dinero; por un humor de retrete y tosca risa; por la gordura de los traseros de ambos sexos, aunque el resto del sujeto no sea grueso; por la falta de delicadeza; por la visibilidad de la limpieza —el brillo de los fondos de las sartenes en la cocina y la bárbara suciedad de los cuartos de baño; por su debilidad por los trucos sucios, por buscar trucos sucios, por el abominable objeto pegado cuidadosamente a las barandillas de los jardines públicos; por el gato ajeno ensartado vivo como venganza de un vecino, con un alambre minuciosamente retorcido en un extremo; por su crueldad en todo, satisfecha de sí misma, considerada natural; por la amabilidad inesperada y entusiasta con que cinco transeúntes te ayudan a recoger del suelo unos cuartos de penique; por... De este modo enumeró los puntos de su parcial acusación, mirando al hombre que tenía delante— hasta que éste se sacó del bolsillo un ejemplar del

periódico de Vasiliev y tosió a gusto con entonación rusa.

Esto es maravilloso, pensó Fiodor, casi sonriendo de alegría. ¡Qué inteligente, qué graciosamente taimada y qué esencialmente buena es la vida! Ahora descubrió en las facciones del lector del periódico una suavidad tan propia de sus paisanos —en los rabillos de los ojos, en las grandes ventajas de la nariz, en el bigote de corte ruso— que se le antojó extraño e incomprensible a la vez, que alguien pudiera equivocarse. Su mente se había animado por este inesperado respiro y tomado ya un giro diferente. El alumno a quien iba a visitar era un viejo judío escasamente educado, pero exigente, que el año anterior había concebido el súbito deseo de aprender a «charlar en francés», lo cual le parecía al anciano más factible y más apropiado para su edad, carácter y experiencia de la vida que el árido estudio de la gramática de una lengua. Invariablemente, gimiendo y mezclando

multitud de palabras rusas y alemanas con un pellizco de francés, describía al principio de la lección su cansancio tras el trabajo del día (era director de una importante fábrica de papel), y de estas prolongadas lamentaciones pasaba a una discusión —¡en francés!—, hundiéndose inmediatamente hasta las orejas en una oscuridad impenetrable, sobre política internacional, y de esto esperaba milagros: que todo este material deshilvanado, viscoso y aburrido, comparable al transporte de piedras por una carretera desdibujada, se convirtiera de pronto en un lenguaje de filigrana. Privado totalmente de la capacidad de recordar palabras (y gustándole hablar de esto no como un defecto sino como una interesante característica de su naturaleza), no sólo no aprendía nada sino que incluso logró en un año de estudio olvidar las pocas frases francesas que sabía al conocerle Fiodor, y sobre cuya base el anciano había pensado construir, en tres o cuatro sesiones, su propio París portátil,

ligero y animado. Por desgracia, el tiempo pasaba infructuosamente, con lo que se demostraba la inutilidad del esfuerzo y la imposibilidad del sueño —y entonces el profesor resultó inexperto y se perdió totalmente cuando el pobre director de fábrica necesitó con urgencia una información exacta (¿cómo es en francés «cilindro para grabar en el papel la marca de agua?»), pero, por delicadeza, renunció en seguida a una contestación, y ambos se sintieron momentáneamente avergonzados, como el adolescente y la doncella de un antiguo idilio que se tocan sin darse cuenta. Poco a poco se fue haciendo insoportable. Como el alumno se refería con creciente desánimo al cansancio de su cerebro y aplazaba las lecciones una y otra vez (¡la voz celestial de su secretaria por teléfono era la melodía de la felicidad!), le parecía a Fiodor que el hombre se había convencido finalmente de la ineptitud de su maestro, pero prolongaba el mutuo tormento por piedad de sus pantalones gastados y continuaría

haciéndolo hasta la tumba.

Y ahora, sentado en el tranvía, vio con claridad inefable que dentro de siete u ocho minutos entraría en el conocido estudio, amueblado con bestial lujo berlinés, se instalaría en el profundo sillón de cuero junto a la baja mesa de metal, ante una caja de cigarrillos abierta en su honor y una lámpara en forma de globo terrestre, encendería un cigarrillo, cruzaría las piernas con afectada desenvoltura y se enfrentaría a la mirada angustiada y sumisa de su imposible alumno, oiría claramente su suspiro y el inevitable «*Nu, voui*» con que entreveraba sus respuestas; pero, de pronto, el alma de Fiodor, la desagradable sensación de retraso cedió el lugar a la decisión rotunda y excesivamente alegre de no aparecer para la lección —bajar en la próxima parada y volver a casa y al libro a medio leer, a sus inquietudes espirituales, a la niebla feliz en que flotaba su verdadera vida, al trabajo dichoso, complejo y devoto que le ocupaba desde hacía ya

casi un año. Sabía que hoy le pagarían varias lecciones, sabía que de no ser así tendría que volver a fumar y comer al fiado, pero estaba completamente reconciliado con esto a cambio de aquel ocio enérgico (todo está aquí, en esta combinación), a cambio de la excelsa holgazanería que se estaba permitiendo. Y no era la primera vez que se la permitía. Tímido y exigente, viviendo siempre cuesta arriba, gastaba todas sus fuerzas en la persecución de los innumerables seres que surgían en su interior, como al amanecer en una arboleda mitológica, ya no podía forzarse a convivir con la gente ni por dinero ni por placer, y por ello era pobre y solitario. Y, como si desafiara al destino vulgar, era agradable recordar que en verano no había acudido a una fiesta dada en una «villa residencial» solamente porque los Chernyshevski le habían indicado que asistiría un hombre que «tal vez podría ayudarle»; o que el otoño anterior no había encontrado tiempo para ponerse al habla con una



oficina de divorcios que necesitaba un traductor— porque estaba componiendo un drama en verso, porque el abogado que le prometió este ingreso era inoportuno y estúpido, porque, finalmente, lo pospuso demasiado y después fue incapaz de decidirse.

Se abrió camino hasta la plataforma del coche. Entonces el viento le azotó cruelmente, por lo que Fiodor se apretó el cinturón del impermeable y se ajustó la bufanda, pero ya había perdido la pequeña cantidad de calor acumulada en el tranvía. Ya no nevaba, pero nadie sabía adonde había ido la nieve; sólo quedaba una humedad ubicua, puesta de manifiesto tanto por el silbido de los neumáticos de los coches como por la aguda y tenaz tortura en las orejas, el fastidioso chillido de las bocinas, la oscuridad del día, que temblaba de frío, de tristeza, de asco hacia sí mismo, el especial tono amarillento de los escaparates ya iluminados, los reflejos y refracciones, las luces líquidas y toda este enfermizo

derroche de luz eléctrica. El tranvía llegó a la plaza, frenó casi dolorosamente y se detuvo, pero era sólo una parada intermedia, porque enfrente, junto a la isla de piedra atestada de gente que esperaba para subir, había otros dos tranvías parados, ambos con coches acoplados, y esta aglomeración inerte era asimismo prueba de la desastrosa imperfección del mundo en que Fiodor continuaba residiendo. No pudo soportarlo más, bajó de un salto y alcanzó en dos pasos el cuadrado resbaladizo de otra línea de tranvías con la cual, jugando sucio, podía volver a su propio distrito con el mismo billete —que servía para un trasbordo pero nunca para un viaje de vuelta; pero el honrado cálculo oficial de que un pasajero sólo podía viajar en una dirección se veía burlado en ciertos casos por el hecho de que, si se conocían los itinerarios, era posible convertir imperceptiblemente en un arco un viaje de ida, volviendo al origen de la línea. Este inteligente sistema (muestra evidente de cierto fallo puramente

alemán en la planificación de itinerarios de tranvía) era muy del agrado de Fiodor; sin embargo, por distracción, por incapacidad de apreciar una ventaja material durante cualquier período de tiempo, y por estar pensando ya en otra cosa, pagó automáticamente otro billete que había esperado ahorrarse. E incluso así el engaño prosperó, incluso así fue la compañía de transportes urbanos y no él quien perdió dinero, y además una suma mucho, mucho mayor de lo que cabía esperar (¡el precio de un billete del Nord Express!): después de cruzar la plaza y entrar en una calle transversal, se dirigió a la parada del tranvía a través de una espesura de abetos, pequeña, a primera vista, que estaban a la venta por ser ya vísperas de Navidad; entre ellos formaban una especie de reducida avenida; haciendo oscilar los brazos mientras caminaba, rozó las agujas húmedas con las yemas de los dedos, pero pronto la minúscula avenida se ensanchó, el sol lo invadió todo y él emergió en una terraza de jardín

sobre cuya arena suave y rojiza se podían distinguir las notas distintivas de un día de verano: las marcas de las patas del perro, las huellas punteadas de un aguzanieves, la raya Dunlop de la bicicleta de Tania, que se dividía en dos olas al llegar a la curva, y el hueco de un tacón donde, con un mudo y ligero movimiento que tal vez contuvo un cuarto de pirueta, había bajado de ella y empezado a andar, sosteniendo el manillar con una mano. Una vieja casa de madera del estilo llamado «abietáceo», pintada de color verde pálido, al igual que las tuberías de desagüe, con dibujos tallados bajo el tejado y un alto cimiento de piedra (en cuya masilla gris uno podía imaginarse que veía las grupas redondas y rosadas de caballos emparedados), una casa grande, resistente y extraordinariamente expresiva, con balcones al nivel de las ramas y verandas decoradas con cristales preciosos, se adelantó para recibirle entre una nube de golondrinas, con todos los toldos extendidos, el

pararrayos hendiendo el cielo azul y las blancas y brillantes nubes abriéndose en un abrazo infinito. Sentados en los escalones de piedra del porche principal, iluminada de frente por el sol, están: su padre, recién llegado, evidentemente, de un rato de natación, envuelta la cabeza en una toalla peluda que esconde— ¡y cómo le gustaría verlos! —sus cabellos oscuros, con hebras grises, que terminan en una punta sobre la frente; su madre, toda de blanco, mira frente a ella y abraza juvenilmente las rodillas; a su lado, Tania, con una blusa amplia y el extremo de su trenza negra sobre el cuello y la raya de sus cabellos inclinada, sostiene en los brazos a un *foxterrier* cuya boca está abierta en una ancha sonrisa a causa del calor; más arriba, Yvonna Ivanovna, que por alguna razón no ha salido bien y tiene las facciones desdibujadas, mientras el talle esbelto, el cinturón y la cadena del reloj son claramente visibles; a un lado, más abajo, reclinado y con la cabeza apoyada en la falda de la joven de

cara redonda (cinta de terciopelo en el cuello, lazos de seda) que daba a Tania lecciones de música, el hermano de su padre, fornido médico militar, bromista y muy guapo; todavía más abajo, dos colegiales ceñudos y desabridos, primos de Fiodor: uno con gorra de colegial, el otro sin ella— y este último caería muerto siete años después en la batalla de Melitopol; al fondo, en la arena, exactamente en la misma actitud que su madre —el propio Fiodor, tal como era entonces, aunque había cambiado poco desde aquella época, dientes blancos, cejas negras, cabellos cortos, desabrochada la camisa. No recordaba quién la había tomado, pero esta fotografía descolorida, efímera y en general insignificante (había muchas más y mejores), que ni siquiera servía para sacar copias, era la única que se había salvado, por un milagro, y se había convertido así en inestimable; llegó a París entre los objetos personales de su madre y ésta se la llevó a él, a Berlín, en las pasadas Navidades; porque

ahora, cuando elegía un regalo para su hijo, no se guiaba por lo que era más valioso sino por aquello de lo que más le costaba separarse.

Había pasado dos semanas con él, después de una separación de tres años, y en el primer momento en que, empolvada hasta adquirir una palidez de muerte, con guantes negros y medias negras y un viejo abrigo de piel de foca, la vio descender los peldaños metálicos del vagón, mirando con igual rapidez primero a él y luego a lo que pisaba, y entonces, con el rostro convulso por el dolor de la felicidad, le abrazó, gemía de dicha y le besó en cualquier parte —la oreja, el cuello—, a Fiodor le pareció que la belleza de todo cuanto le inspiraba orgullo había palidecido, pero cuando su visión se ajustó al crepúsculo del presente, tan diferente al principio de la luz de la memoria, que ya se alejaba, volvió a reconocer en ella todo cuanto había amado: el puro contorno de su rostro, que se estrechaba hacia la barbilla, el juego veleidoso de aquellos

ojos cautivadores, verdes, marrones y amarillos, bajo las cejas de terciopelo, el paso largo y ligero, la avidez con que encendió un cigarrillo en el taxi, la atención con que miró de pronto —nada confusa, sin embargo, por la excitación del encuentro, como le hubiese ocurrido a cualquier otra persona— la grotesca escena que ambos advirtieron: un motorista imperturbable cargado con un busto de Wagner en el sidecar; y cuando se aproximaban a la casa, la luz del pasado ya había alcanzado al presente, lo había empapado hasta el punto de saturación, y todo volvió a ser lo que fuera en este mismo Berlín tres años antes, como fuera una vez en Rusia, como había sido y sería para siempre.

Encontraron una habitación libre en casa de Frau Stoboy, y allí, la primera tarde (un neceser abierto, anillos sobre el lavabo de mármol), tendida en el sofá y mientras comía con su habitual rapidez las uvas, de las cuales no podía prescindir un solo día, habló de lo que mencionaba constantemente desde



hacía casi nueve años, repitió una vez más — sombríamente, con incoherencia, con vergüenza, desviando la mirada, como si confesara algo secreto y terrible, que cada día estaba más convencida de que el padre de Fiodor vivía, que su luto era ridículo, que la vaga noticia de su muerte nadie la había confirmado, que estaba en algún lugar del Tíbet, en China, prisionero, en la cárcel, en una desesperada situación de molestias y privaciones, que convalecía de una larguísima enfermedad— y que de repente, abriría la puerta con estrépito y pisando con fuerza el umbral, entraría en la habitación. Y estas palabras hicieron que Fiodor se sintiera en un grado todavía mayor que antes feliz y asustado al mismo tiempo. Acostumbrado a la fuerza, después de tantos años, a considerar muerto a su padre, intuía algo grotesco en la posibilidad de su vuelta. ¿Era admisible que la vida pudiera realizar no sólo milagros, sino milagros necesariamente desprovistos (de otro modo no podrían soportarse)

del menor indicio de lo sobrenatural? El milagro de su regreso consistiría en su naturaleza terrena, en su compatibilidad con la razón, en la rápida introducción de un suceso increíble en la sucesión aceptada y comprensible de los días ordinarios; pero cuanto más crecía con los años la necesidad de tal naturalidad, tanto más difícil resultaba para la vida el hecho de admitirla, y ahora lo que le alarmaba no era simplemente imaginar un fantasma, sino imaginar uno que no sería temible. Había días en que a Fiodor se le antojaba que de improviso, en la calle (en Berlín hay pequeños callejones sin salida donde al atardecer el alma parece disolverse), le abordaría un anciano de setenta años, vestido con harapos de cuento de hadas, con barba hasta los ojos, que le haría un guiño y diría, como había sido su costumbre: «¡Hola, hijo!». Su padre se le aparecía a menudo en sueños, como recién llegado de unos monstruosos trabajos forzados, donde había sufrido torturas físicas que estaba

prohibido mencionar, y ahora, con ropa interior limpia —era imposible pensar en el cuerpo que había debajo—, una expresión nada característica de malhumor desagradable y momentáneo, la frente sudorosa y los dientes apenas visibles, estaba sentado a la mesa en el círculo de su familia enmudecida. Pero cuando, superando la sensación de falsedad del mismo estilo impuesto al destino, se obligaba a imaginar la llegada de su padre vivo, entrado en años pero indudablemente el suyo, y la explicación más completa y más convincente posible de su silenciosa ausencia, se sentía sobrecogido, no de felicidad, sino de un terror enfermizo —que, sin embargo, desaparecía en seguida y daba paso a un sentimiento de armonía satisfecha cuando situaba este encuentro más allá del límite de la vida terrena.

Pero, por otro lado... Sucede que te prometen un gran éxito a largo plazo, en el cual no crees ya desde el principio, tan diferente es del resto de las ofertas del destino, y si de vez en cuando piensas en él, es

como quien dice para mimar a tu fantasía, pero cuando, por fin, un día cualquiera en que sopla viento del oeste, llega la noticia —destruyendo simple, instantánea y decisivamente toda esperanza de ella—, te asombra de repente descubrir que aunque no lo creías, habías vivido con el sueño todo este tiempo, sin advertir su presencia constante y cercana, y este sueño se ha hecho tan enorme e independiente que no puedes eliminarlo de tu vida sin practicar un agujero en esta vida. Así Fiodor, contra toda lógica y sin atreverse a imaginar su realización, vivía con el sueño familiar del regreso de su padre, sueño que había embellecido misteriosamente su vida, la había elevado, en cierto modo, sobre el nivel de las vidas circundantes, y capacitado para ver toda clase de cosas interesantes y remotas, del mismo modo que, cuando era niño, su padre solía levantarle por los codos para que pudiese ver qué había de interesante al otro lado de una cerca.

Después del primer atardecer, cuando renovó su esperanza y se convenció de que la misma esperanza alentaba en su hijo, Elisaveta Pavlovna no volvió a referirse a ello con palabras, pero, como de costumbre, existía implícita en todas sus conversaciones, especialmente porque no conversaban mucho en voz alta: con frecuencia, tras varios minutos de animado silencio, Fiodor comprendía de improviso que todo el rato ambos sabían muy bien qué contenía este lenguaje doble, casi sub-gramíneo, que emergía en una sola corriente, como una palabra comprendida por los dos. Y a veces jugaban así: sentados de lado, imaginaban en silencio que cada uno daba el mismo paseo por Leshino, salían del parque, tomaban el sendero que bordeaba el campo (había un río a la izquierda, detrás de los alisos), cruzaban el umbroso cementerio donde cruces manchadas de sol medían algo terriblemente grande con sus brazos y donde resultaba un poco embarazoso arrancar las

frambuesas, cruzaban el río, iban otra vez hacia arriba, a través del bosque, hasta una nueva curva del río, hasta el Pont des Vaches y más allá, por entre los pinos y a lo largo del Chemin du Pendu — apodos familiares que no ofendían sus oídos rusos porque habían sido inventados cuando sus abuelos eran niños. Y de pronto, en medio de este paseo silencioso dado por dos mentes, usando, según las reglas del juego, el patrón de un paso humano (podrían haber volado sobre todas sus propiedades en un solo instante), ambos se detenían y decían hasta dónde habían llegado, y cuando resultaba, como ocurría a menudo, que ninguno de los dos había adelantado al otro, habían hecho un alto en el mismo soto, la misma sonrisa aparecía en la madre y el hijo y brillaba a través de su común lágrima.

Muy pronto reanudaron el ritmo interno de la comunicación, porque había muy pocas novedades que no —supieran ya gracias a las cartas. Ella le contó con todo lujo de detalles la reciente boda de

Tania, que estaría en Bélgica hasta enero con un marido que Fiodor aún no conocía, caballero agradable, silencioso, muy cortés y del todo insignificante «que trabajaba en el campo de la radio»; y le contó que cuando regresaran, ella se trasladaría a vivir con ellos a un piso nuevo de una casa enorme próxima a una de las puertas de París: estaba contenta de dejar el hotel pequeño de escalera empinada y oscura, donde vivía con Tania en una habitación diminuta pero de muchos rincones, totalmente ocupada por un espejo y visitada por chinches de diverso calibre —desde bebés rosados y transparentes hasta adultos marrones y correosos—, que primero se congregaban tras el calendario de pared que ostentaba un paisaje ruso de Levitán, y luego más cerca del campo de acción, en el bolsillo interior del empapelado roto, directamente sobre la cama de matrimonio; pero la agradable perspectiva de un nuevo hogar no estaba exenta de temor: profesaba cierta antipatía a su yerno y había algo

forzado en la alegre y exagerada felicidad de Tania —«Verás, no es del todo de nuestra clase», confesó, subrayando sus palabras con una tensión en las mandíbulas y una mirada baja; pero aquello no era todo, y además Fiodor ya sabía algo de otro hombre a quien Tania amaba sin que ése le correspondiera.

Salían con frecuencia; como siempre, Elisaveta Pavlovna parecía buscar algo, recorriendo velozmente el mundo con una mirada ligera de sus ojos resplandecientes. Las vacaciones alemanas resultaron húmedas, los charcos daban a las aceras el aspecto de estar llenas de agujeros, las luces de los árboles navideños ardían, opacas, en los escaparates, y aquí y allí, en las esquinas de las calles, un Santa Claus comercial con abrigo rojo y mirada hambrienta distribuía volantes. Un malvado había tenido la idea de colocar en el escaparate de unos almacenes maniqués esquiadores sobre nieve artificial bajo la Estrella de Belén. Una vez vieron un modesto desfile comunista chapoteando en el



barro —con banderas mojadas—; la mayoría de los manifestantes parecían maltratados por la vida, algunos eran jorobados, otros cojos o enfermos, y había muchas mujeres de aspecto humilde y varios reposados burgueses de poca monta. Fiodor y su madre fueron a echar una ojeada a la casa de apartamentos donde los tres habían vivido durante dos años, pero el portero ya no era el mismo, el antiguo propietario había muerto, extraños visillos pendían tras las familiares ventanas, y ya no quedaba nada que sus corazones pudieran reconocer. Fueron a un cine donde proyectaban una película rusa que mostraba con especial complacencia los goterones de sudor que rodaban por las caras de los obreros de una fábrica, mientras el dueño de la fábrica fumaba todo el tiempo un cigarro. Y, por supuesto, la llevó a ver a madame Chernyshevski.

La presentación no fue un éxito completo. Madame Chernyshevski recibió a su invitada con una ternura melancólica destinada a expresar que la

experiencia del dolor las había unido larga e íntimamente; pero lo que más interesaba a Elisaveta Pavlovna era qué pensaba la otra de los versos de Fiodor y por qué no escribía a nadie sobre ellos. «¿Puedo abrazarla antes de que se vaya?», inquirió madame Chernyshevski, poniéndose anticipadamente de puntillas —era bastante más baja que Elisaveta Pavlovna, quien se inclinó hacia ella con una sonrisa inocente y radiante que destruyó por completo el significado del abrazo. «No importa, hay que ser valiente —dijo la dama, y les acompañó hasta el descansillo, al tiempo que se cubría el mentón con el peludo chal que la envolvía—. Hay que ser valiente; yo he aprendido a serlo tanto que podría dar lecciones de resistencia, pero creo que usted también ha pasado con honores por esta escuela».

«¿Sabes una cosa? —observó Elisaveta Pavlovna mientras bajaba ligera pero cautelosamente las escaleras, sin volverse a mirar a su hijo—. Creo que compraré tabaco y papel para

cigarrillos, de otro modo resultan muy caros —y añadió inmediatamente, con la misma voz—: Dios mío, qué lástima me inspira». Y, en efecto, era imposible no apiadarse de madame Chernyshevski. Hacía tres meses que su marido estaba internado en un instituto para enfermos mentales, «un semimanicomio», como bromeaba él mismo en sus momentos de lucidez. Fiodor no le había visitado desde octubre, y una sola vez. En una sala bien amueblada encontró a un Chernyshevski más gordo, más sonrosado, afeitado a la perfección y completamente loco, calzado con zapatillas de goma y cubierto con una capa impermeable con capucha. «¡Cómo! ¿Está usted muerto?», fue lo primero que preguntó, más descontento que sorprendido. En su calidad de «Presidente de la Sociedad para la Lucha con el Otro Mundo», inventaba continuamente métodos para evitar la infiltración de fantasmas (su médico, que empleaba un nuevo sistema de «connivencia lógica», no se oponía a ello), y ahora,

basándose probablemente en su cualidad no conductora en otra esfera, estaba probando la goma, pero era evidente que los resultados habían sido casi siempre negativos hasta ahora, porque cuando Fiodor fue a coger una silla que estaba algo apartada, Chernyshevski dijo con irritación: «Déjela, ya ve que hay dos sentados en ella», y este «dos» y la tiesa capa que soltaba agua a cada movimiento, y la presencia silenciosa del enfermero, como si se tratara de una visita en la cárcel, y toda la conversación del paciente se le antojaron a Fiodor una vulgarización caricaturesca, insoportable, de aquel estado de ánimo complejo, transparente y todavía noble, aunque demente a medias, en que Chernyshevski se había comunicado recientemente con su difunto hijo. Con las inflexiones de comedia vulgar que antes reservaba para las bromas —pero que ahora usaba en serio—, se embarcó en prolongadas lamentaciones, por algún motivo todas en alemán, sobre el hecho de que la

gente gastara dinero en inventar cañones antiaéreos y gases venenosos y no le importara otra lucha millones de veces más importante. Fiodor tenía en la sien un arañazo ya cicatrizado —aquella mañana se había dado un golpe contra el radiador al recuperar apresuradamente el tapón de un tubo de pasta dentífrica que había rodado hasta allí. De pronto, Chernyshevski interrumpió su discurso, señaló el arañazo con aprensión y ansiedad: «*Was haben Sie da?*», preguntó con una mueca de dolor, y en seguida sonrió de modo desagradable y, con enfado y agitación crecientes, empezó a decir que no podían tomarle el pelo— había reconocido al instante, dijo, un reciente suicidio. El enfermero se acercó a Fiodor y le pidió que se marchara. Y mientras caminaba por el jardín de fúnebre exuberancia, junto a arriates donde florecían dalias de color carmesí, en un sueño bienaventurado y un reposo eterno, en dirección al banco donde le esperaba madame Chernyshevski (quien no entraba nunca a ver a su

marido, pero pasaba días enteros en la inmediata proximidad del edificio, preocupada, activa, siempre con paquetes) —caminando por la abigarrada grava, entre arbustos de mirto que se antojaban muebles, y tomando por paranoicos a los visitantes con quienes se cruzaba, el trastornado Fiodor no dejaba de reflexionar sobre el hecho de que la desgracia de los Chernyshevski parecía ser una variación burlona del tema de su propio pesar bañado en esperanza, y hasta mucho después no comprendió todo el refinamiento del corolario y todo el equilibrio irreprochable con que estos sonidos colaterales habían sido incluidos en su propia vida.

Tres días antes de la marcha de su madre tuvo lugar en una gran sala de actos bien conocida por los rusos de Berlín y que pertenecía a una sociedad de dentistas, a juzgar por los retratos de venerables odontólogos que miraban desde las paredes, una velada literaria abierta en que también tomó parte

Fiodor Konstantinovich. Había acudido poca gente y hacía frío; junto a las puertas merodeaban, fumando, los mismos representantes de la intelectualidad rusa local que había visto mil veces y, como de costumbre, al ver un rostro conocido y amable, Fiodor se apresuraba a ir a su encuentro con sincero placer, que se convertía en aburrimiento tras el primer arranque de conversación. Elisaveta Pavlovna estaba acompañada en la primera fila por madame Chernyshevski, y por el hecho de que su madre volvía la cabeza de un lado a otro mientras se arreglaba el peinado, Fiodor, que paseaba por el vestíbulo, concluyó que le interesaba muy poco la compañía de su vecina. Por fin dio comienzo el programa. El primero en leer fue un escritor de fama que en su tiempo había aparecido en todas las críticas rusas, anciano de cabellos grises y rostro afeitado, que recordaba algo a una abubilla, con ojos demasiado bondadosos para la literatura; con una voz de inflexión corriente leyó un relato sobre la

vida de San Petersburgo en vísperas de la revolución, que incluía a una vampiresa que aspiraba éter, elegantes espías, champaña, Rasputin y puestas de sol apocalípticamente apopléticas sobre el Neva. Después un tal Kron, que escribía bajo el seudónimo de *Rostislav Stranny* (Rostislav el Extraño), les deleitó con una larga historia sobre una romántica aventura en la ciudad de los cien ojos, bajo cielos desconocidos; por consideración a la belleza había colocado los epítetos después de los nombres, los verbos también se habían escapado Dios sabe dónde y por alguna razón repetía una docena de veces la palabra storoshko, «cautelosamente». («Ella, cautelosamente, dejó caer una sonrisa»; «Los castaños florecieron, cautelosamente»). Después del descanso afluyeron los poetas: un joven alto, de cara muy pequeña, otro, más bien bajo, pero con una gran nariz, una dama entrada en años que llevaba gafas, otra, más joven, otro —y, finalmente, Koncheyev, que en contraste



con la triunfante precisión y refinamiento de los demás, murmuró sus versos en voz baja y cansada; pero había, independientemente, tal música en ellos, era tal el abismo de significado de los versos oscuros en apariencia, tan convincentes eran los sonidos y de modo tan inesperado, de las mismas palabras que rimaba cualquier poeta surgía, jugaba y se desvanecía, sin saciar jamás la sed, una perfección única que no tenía parecido con las palabras ni las necesitaba, que por primera vez en toda la velada el aplauso no fue fingido. El último en aparecer fue Godunov-Cherndyntsev. De los poemas escritos durante el verano, leyó los que tanto gustaban a Elisaveta Pavlovna— sobre Rusia:

*Los abedules amarillos, mudos en el cielo  
azul...*

*y sobre Berlín, empezando con la estrofa:*

Aquí está todo en lamentable estado; la luna, incluso, es demasiado tosca aunque, dice el rumor,

viene directa de Hamburgo, donde hacen estas cosas... y el que la conmovía más que ninguno, aunque no se le ocurría conectarlo con el recuerdo de una mujer joven, muerta hacía mucho tiempo, a quien Fiodor amó a las dieciséis años:

Una noche, entre el crepúsculo y el río, en el viejo puente estábamos tú y yo. «¿Olvidarás algún día —pregunté— ese vencejo que acaba de pasar?». Y tú respondiste, muy seria: «¡Jamás!». ¡Y qué sollozos nos hicieron temblar, y qué grito, en su vuelo, emitió la vida!

*Hasta la muerte, hasta mañana, hasta siempre,*

*tú y yo una noche en el viejo puente.*

Pero se hacía tarde, mucha gente se movía ya hacia la salida, una dama se estaba poniendo el abrigo de espaldas al estrado, los aplausos fueron escasos... La noche húmeda brillaba en la calle, con un viento huracanado: nunca, nunca llegaremos a

casa. Pero, no obstante, llegó un tranvía, y colgado de una correa, en el pasillo, al lado de su madre sentada junto a la ventana, Fiodor pensó con repentina aversión en los versos que había escrito aquel día, en las fisuras de las palabras, por donde se escapaba la poesía, y al mismo tiempo con altiva y gozosa alegría, con impaciencia apasionada, ya estaba buscando la creación de algo nuevo, algo todavía desconocido, genuino, que correspondiera plenamente al don que sentía en su interior como una carga.

La víspera de la marcha se quedaron hasta muy tarde en la habitación de Fiodor, ella, en el sillón, iba zurciendo con facilidad y destreza (cuando antes no sabía siquiera coser un botón) sus lastimosas prendas, mientras él, en el sofá, se mordía las uñas y leía un libro grueso y deteriorado; antes, en su adolescencia, había pasado de largo algunas páginas —«Angelo», «Viaje a Arzrum»—, pero en los últimos tiempos era precisamente en ellas donde

encontraba un placer especial. Acababa de llegar a las palabras: «La frontera tenía algo misterioso para mí; viajar era mi sueño favorito desde la infancia», cuando de pronto sintió una punzada dulce y potente. Sin comprenderlo todavía, dejó el libro a un lado y alargó a tientas la mano hacia una caja de cigarrillos de manufactura doméstica. En aquel momento su madre, sin levantar la cabeza, observó: «¡Imagínate qué se me ha ocurrido recordar! Esas graciosas rimas sobre polillas y mariposas que él y tú compusisteis juntos mientras íbamos de paseo, ¿te acuerdas? “Tu franja azul, Catócala, se ve a través de su párpado gris”». «Sí —contestó Fiodor—, algunas eran verdaderas epopeyas: “Una hoja muerta no es más blanquecina que una arbórea recién nacido”». ¡Qué sorpresa fue! Su padre acababa de traer de sus viajes el primer espécimen, hallado durante la marcha inicial a través de Siberia —aún no había tenido tiempo de describirlo—, y el primer día después de su regreso, en el parque de Leshino,

a dos pasos de la casa, sin pensar para nada en lepidópteros, mientras paseaba con su mujer e hijos, tiraba una pelota de tenis para los *foxterriers*, se recreaba en su vuelta, en el tiempo apacible y en la salud y alegría de su familia, pero al mismo tiempo observaba inconscientemente con el ojo experimentado del cazador hasta el último insecto de su camino, señaló repentinamente a Fiodor con la punta del bastón una gorda polilla *Epicnoptera*, de un gris rojizo, de la clase que imita a las hojas, que colgaba dormida de un tallo bajo de un arbusto; estuvo a punto de seguir caminando (los miembros de esta especie se parecían mucho), pero de pronto se puso en cuclillas, arrugó la frente, inspeccionó su hallazgo y exclamó con voz jubilosa: «¡Vaya, es increíble! ¡No tendría que haber ido tan lejos!». «Yo siempre lo he dicho», intercaló su mujer con una carcajada. El peludo y pequeño monstruo que tenía en la mano pertenecía a la nueva especie que acababa de traer —¡y ahora aparecía aquí, en la

provincia de San Petersburgo, cuya fauna había sido tan bien investigada! Pero, como ocurre a menudo, el ímpetu de la poderosa coincidencia no se detuvo aquí, fue capaz de una nueva fase: sólo unos días más tarde su padre se enteró de que esta nueva polilla había sido incluida entre los especímenes de San Petersburgo por un colega suyo, y Fiodor lloró toda la noche: ¡se habían adelantado a su padre!).

Y ahora Elisaveta Pavlovna estaba a punto de regresar a París. Esperaron largo rato en el estrecho andén, junto al ascensor del equipaje, mientras en las otras vías los tristes trenes urbanos se detenían un momento y cerraban después sus puertas con estrépito. Entró velozmente el expreso de París. Su madre subió al vagón e inmediatamente sacó la cabeza por la ventanilla, sonriente. Ante el cercano y opulento coche cama, despidiendo a una anciana de aspecto sencillo, había una pareja: una belleza pálida, de labios rojos, con un abrigo de seda negra y alto cuello de piel, y un famoso piloto acrobático;

todo el mundo le observaba, miraban su bufanda, su espalda, como esperando encontrar alas en ella.

—Tengo que hacerte una sugerencia —dijo su madre en tono alegre cuando se separaron—. Me han sobrado unos setenta marcos que a mí no me sirven de nada, y tú tienes que comer mejor. No puedo ni mirarte, estás tan delgado. Toma, cógelos.

—*Avec joie* —contestó él, e inmediatamente se imaginó un pase de un año para la biblioteca pública, chocolate con leche y alguna mercenaria muchacha alemana que, en sus momentos más bajos, siempre deseaba conseguir para sí.

Pensativo, abstraído, vagamente atormentado por la idea de que en sus conversaciones con su madre había olvidado decir lo principal, Fiodor volvió a su casa, se quitó los zapatos, rompió la esquina de una barra de chocolate junto con el papel de plata, se acercó el libro que había dejado abierto sobre el sofá... «La cosecha ondeaba, esperando la hoz». ¡De

nuevo aquella punzada divina! ¡Cómo le inspiraba, cómo se insinuaba, la frase sobre el Terek! («¡A fe que el río era pavoroso!») o —incluso más certera e íntimamente—: sobre las mujeres tártaras: “Montaban a caballo, envueltas en yashmaks: todo cuanto podía verse eran sus ojos y los tacones de sus zapatos”»).

Así escuchaba el sonido más puro del diapasón de Pushkin —y ya sabía con exactitud qué requería de él este sonido. Dos semanas después de la marcha de su madre le escribió sobre lo que había concebido, lo que le había ayudado a concebir el ritmo transparente de «Arzrum», y ella contestó como si ya lo hubiera sabido:

—Hacía mucho tiempo que no era tan feliz como lo he sido contigo en Berlín, pero ten cuidado, esta empresa no es nada fácil. El corazón me dice que la llevarás a cabo magníficamente, pero recuerda que necesitas mucha información exacta y muy poco sentimentalismo familiar. Si te hace falta algo, te



diré lo que pueda, pero ocúpate de la investigación especial allí donde estás y, aún más importante, procúrate todos sus libros y los de Grigori Efimovich, y los del Gran Duque, y muchos otros; naturalmente, ya sabes cómo obtener todo esto, y asegúrate de ponerte en contacto con Vasili Germanovich Krüger, averigua si aún sigue en Berlín, recuerdo que una vez viajaron juntos, y dirígete a otras personas, tú sabes a quién mejor que yo, escribe a Avinov, a Verity, escribe a aquel alemán que solía visitarnos antes de la guerra, ¿Benhaas? ¿Bahnhaas? Escribe a Stuttgart, a Londres, a Tring, que está en Oxford, a todas partes, *débrouille-toi*, porque yo no sé nada de estas cuestiones y todos estos nombres solamente me suenan en el oído. Pero qué segura estoy de que lo conseguirás, cariño mío.

No obstante, continuó esperando —el trabajo en perspectiva era un soplo de dicha, y temía que la premura estropeará esta dicha, aparte de que la

compleja responsabilidad de la obra le asustaba, aún no estaba preparado para ella. Siguiendo su programa de entrenamiento durante toda la primavera, se alimentó de Pushkin, inhaló a Pushkin (el lector de Pushkin ve incrementada la capacidad de sus pulmones). Estudió la exactitud de las palabras y la pureza absoluta de su conjunción; llevó la transparencia de la prosa hasta los límites del verso libre y entonces la dominó: en esto le ayudó un ejemplo vivo de la prosa de Pushkin en Historia de la rebelión de Pugachiov:

Dios nos libre de ver un motín ruso sin sentido y sin piedad...

A fin de fortalecer los músculos de su musa se llevaba en sus caminatas páginas enteras de Pugachiov aprendidas de memoria, como un hombre que emplease una barra de hierro en lugar de un bastón. Desde un cuento de Pushkin se aproximó a él Karolina Schmidt, «muchacha cargada de colorete, de apariencia modesta y sumisa», que adquirió la

cama en que falleció Schoning. Pasado el bosque de Grunewald, un administrador de correos que se parecía a Simeón Vyryn (de otro cuento), encendía su pipa junto a la ventana, donde también había macetas con flores de balsamina. El sarafan de la Damisela convertida en Campesina podía verse entre los arbustos de alisos. Se hallaba en aquel estado de ánimo y de mente «en que la realidad, cediendo a las fantasías, se funde con ellas en las nebulosas visiones del primer sueño».

Pushkin entró en su sangre. A la voz de Pushkin se unió la voz de su padre. Besó la mano pequeña y cálida de Pushkin, tomándola por otra mano grande que olía al kalach del desayuno (un bollo blando). Recordó que la niñera suya y de Tania procedía del mismo lugar que la Arina de Pushkin —Suyda, justo después de Gatchina: y a una hora en coche de su zona más allá de Gatchina— y ella también hablaba «con un sonsonete». Oyó a su padre, en una fresca mañana veraniega, mientras bajaban a la casita de

baño del río, en cuya pared de tablas centelleaba el reflejo dorado del agua, repetir con clásico fervor lo que él consideraba el verso más bello no sólo de Pushkin sino de todos los versos escritos en el mundo: «*Tut Apollon-ideal, tatn Niobeya-pechal*» («Aquí está el ideal de Apolo, allí, la aflicción de Níobe»), y el ala bermeja y el nácar de una fritillaria de Níobe fulguró sobre las escabiosas del prado ribereño, donde, durante los primeros días de junio, comparecía, escaso, el pequeño Apolo Negro.

Infatigablemente, en éxtasis, preparaba ahora realmente su obra (en Berlín, con un reajuste de trece días, también eran los primeros días de junio), compilaba material, leía hasta el amanecer, estudiaba mapas, escribía cartas y veía a las personas necesarias. De la prosa de Pushkin había pasado a su vida, por lo que al principio el ritmo de la era de Pushkin se mezcló con el ritmo de la vida de su padre. Libros científicos (con el sello de la Biblioteca de Berlín siempre en la página noventa y

nueve), tales como los conocidos volúmenes de Viajes de un naturalista con desconocidas encuadernaciones negras y verdes, se codeaban con las viejas revistas rusas en que buscaba la luz reflejada de Pushkin. En ellas, un día, tropezó con las notables Memorias del pasado de A. N. Sujoshchokov, en las cuales había entre otras cosas dos o tres páginas acerca de su abuelo, Kiril Ilych (su padre se refirió a ellas una vez —con desagrado), y el hecho de que el escritor de estas memorias le mencionara casualmente en relación con sus pensamientos sobre Pushkin se le antojó ahora de particular significación, pese a que describía a Kiril Ilych como un juerguista y un haragán.

Sujoshchokov escribía:

Dicen que un hombre a quien han amputado la pierna por la cadera puede sentirla durante largo tiempo, moviendo dedos inexistentes y flexionando inexistentes músculos. Del mismo modo continuará

sintiendo Rusia la presencia viva del Pushkin. Hay algo seductor, como un abismo, en su fatal destino, y de hecho, él mismo intuía que habría tenido, y tendría, un arreglo de cuentas especial con el destino. Además de extraer poesía de su pasado, el poeta la encontraba asimismo en pensamientos trágicos sobre el futuro. Conocía bien la triple fórmula de la existencia humana: irrevocable, irrealizable, inevitable. Pero ¡cómo deseaba vivir! En el ya mencionado álbum de mi tía «académica» escribió personalmente una poesía que todavía recuerdo, tanto mental como visualmente, de modo que aún puedo ver su posición en la página:

*Oh, no, mi vida no se ha hecho tediosa,  
todavía la quiero, todavía la amo.*

*Mi alma, aunque su juventud haya  
desaparecido,*

*no está completamente yerta.*

*El destino aún me consolará; gozaré*

*todavía de una novela de genio,  
veré aún a un Mickiévicz maduro  
con algo que yo pueda acariciar.*

No creo que se pueda encontrar otro poeta que haya escudriñado el futuro —en broma, supersticiosamente o con inspirada seriedad— con tanta frecuencia. Aun hoy vive en la provincia de Kursk, ha rebasado ya la marca de los cien años, anciano a quien recuerdo de edad avanzada, estúpido y malicioso —en cambio Pushkin ya no está entre nosotros. Al conocer a notables talentos y presenciar notables sucesos en el curso de mi larga vida, he meditado a menudo sobre cómo habría reaccionado a esto y aquello: ¿podría haber visto la emancipación de los siervos y leído Anna Karenina...! Volviendo ahora a estos ensueños míos, recuerdo que una vez en mi juventud tuve algo parecido a una visión. Este episodio psicológico está estrechamente relacionado con el recuerdo de

un personaje que aún hoy goza de buena salud, a quien llamaré Ch—. espero que no me reprochará esta reposición de un pasado remoto. Nos conocimos a través de nuestras familias —mi abuelo había sido amigo de su padre. En 1836, cuando se hallaban en el extranjero, el tal Ch., que entonces era muy joven —apenas diecisiete años—, se peleó con su familia (precipitando así, según dicen, la muerte de su padre, héroe de la Guerra napoleónica), y en compañía de unos comerciantes de Hamburgo embarcó tranquilamente con rumbo a Boston, desde donde se trasladó a Texas y allí se dedicó con éxito a la cría de ganado. De este modo transcurrieron veinte años. Perdió la fortuna que había amasado jugando al *ecarté* en un barco del Mississippi, la recuperó en las casas de juego de Nueva Orleans, volvió a despilfarrarla, y tras uno de esos duelos escandalosamente prolongados y ruidosos en un local cerrado, que entonces estaban tan de moda en Louisiana —y después de muchas otras aventuras—,



sintió nostalgia de Rusia, donde, oportunamente, le esperaba una heredad, y con la misma despreocupada facilidad con que le había abandonado, regresó a Europa. Cierta ocasión, en un día de invierno de 1858, nos visitó sin previo aviso en nuestra casa de la Moyka, en San Petersburgo. Nuestro padre estaba ausente y nosotros, la gente joven, atendimos al visitante. Cuando vimos a este mequetrefe estrafalario, vestido de negro y con sombrero también negro, romántico y tenebroso atuendo contra el que destacaba de manera deslumbrante la camisa de seda blanca, con suntuosos pliegues, y el chaleco azul, lila y rosa de botones de brillantes, mi hermano y yo apenas pudimos contener la risa y decidimos al punto aprovecharnos del hecho de que durante todos estos años no había oído absolutamente nada de su patria, como si se hubiera caído en una trampa, de modo que ahora, como un Rip van Winkle de cuarenta años que se despierta en un San Petersburgo

transformado, Ch. tenía avidez de noticias, de las cuales nosotros resolvimos darle muchas, mezcladas con nuestros descarados inventos. A la pregunta, por ejemplo, de si Pushkin estaba vivo y qué escribía, yo repliqué con la blasfemia: «Pues sólo hace unos días que publicó un nuevo poema». Sin embargo, la noche que llevamos al teatro a nuestro invitado, las cosas no salieron muy bien. En lugar de ofrecerle una nueva comedia rusa, le llevamos a ver Otelo, interpretado por el gran trágico negro Aldridge. Al principio nuestro ganadero americano pareció muy divertido por la aparición de un negro auténtico en el escenario. Pero permaneció indiferente al maravilloso magnetismo de su interpretación y le interesó más examinar al auditorio, en especial nuestras damas de San Petersburgo (con una de las cuales se casó poco después), a las que en aquel momento devoraba la envidia de Desdémona. — Mire quién hay a nuestro lado —dijo de pronto mi hermano, en voz baja, a Ch.—. Allí, a la derecha.

En el palco contiguo había un anciano... De baja estatura, con un frac gastado, de tez morena y amarillenta, patillas canosas y descuidadas, y cabellos escasos y grises, el hombre se recreaba de un modo muy excéntrico en la actuación del africano: sus labios gruesos temblaban, tenían dilatadas las ventanas de la nariz, y en ciertos momentos incluso saltaba en su asiento y golpeaba con arrobo la barandilla, haciendo centellear sus anillos.

—¿Quién es? —preguntó Ch.

—¡Cómo! ¿No le reconoce? Fíjese bien.

—No le reconozco.

Entonces mi hermano abrió mucho los ojos y susurró:

—¡Es Pushkin!

Ch. volvió a mirarle... y al cabo de un minuto fijó su atención en otra cosa. Ahora resulta extraño

recordar la rara sensación que me embargó entonces: la broma pesada, como ocurre de vez en cuando, rebotó, y este fantasma convocado tan frívolamente se negaba a desaparecer: yo era totalmente incapaz de desviar mi mirada del palco contiguo; contemplaba aquellas arrugas pronunciadas, aquella nariz ancha, aquellas orejas grandes... sentía escalofríos en la espalda y todos los celos de Otelo no consiguieron distraerme. ¿Y si fuera de verdad Pushkin?, pensaba. Pushkin a los sesenta años, Pushkin salvado dos décadas antes de la bala del fatídico fanfarrón, Pushkin en el fértil otoño de su genio... Éste es él; esta mano amarilla que sostiene unos gemelos de teatro escribió *Anchar*, *El conde Nulin*, *Noches egipcias*... El acto se acabó, retumbaron los aplausos. El Pushkin de cabellos grises se levantó con brusquedad y, todavía sonriendo, con un alegre destello en sus ojos juveniles, abandonó rápidamente el palco.

Sujoshchokov se equivoca al describir a mi

abuelo como un libertino con la cabeza a pájaros. Se trataba simplemente de que los intereses de este último estaban situados en un plano diferente del ambiente de un joven aficionado, miembro del grupo literario de San Petersburgo al que pertenecía entonces nuestro escritor de memorias. Aunque Kiril Ilych hubiera sido algo calavera en su juventud, una vez casado no sólo se apaciguó sino que entró además al servicio del gobierno, doblando simultáneamente su fortuna heredada mediante acertadas operaciones, y más tarde se retiró a su finca campestre, donde manifestó una habilidad extraordinaria para la agricultura, produjo además una nueva clase de manzana, dejó una curiosa «Disertación» (fruto del ocio invernal) sobre la «Igualdad ante la ley en el reino animal», más una propuesta para una inteligente reforma, bajo la especie de intrincado título que entonces estaba en boga, «Visiones de un burócrata egipcio», y en la vejez aceptó un importante cargo consular en

Londres. Fue bondadoso, valiente y sincero, y tuvo sus peculiaridades y pasiones —¿qué más podía desear? En la familia ha subsistido la tradición de que, habiendo jurado no jugar por dinero, era físicamente incapaz de permanecer en una habitación donde hubiera una baraja. Un antiguo revólver Cok que le había servido muy bien y un medallón con el retrato de una misteriosa dama atraían indescriptiblemente mis sueños de muchacho. Su vida, que retuvo hasta el fin la frescura de sus tempestuosos comienzos, terminó pacíficamente. Regresó a Rusia en 1883, no como un duelista de Louisiana sino como dignatario ruso, y un día de julio, en el sofá de cuero de la pequeña antesala azul donde más tarde guardaría yo mi colección de mariposas, expiró sin sufrimientos, hablando todo el rato en su delirio de moribundo de un río muy grande y la música y las luces.

Mi padre nació en 1860. El amor a los lepidópteros le fue inculcado por su tutor alemán. (A

propósito: ¿qué ha sido de aquellos originales que solían enseñar historia natural a los niños rusos — red verde, caja de latón colgada de una goma, sombrero con mariposas clavadas, nariz larga y erudita, ojos ingenuos tras unas gafas— dónde están, dónde se encuentran sus frágiles esqueletos —o era una raza especial de alemanes, para su exportación a Rusia, o no lo veo tal como debiera?). Después de completar pronto su educación en San Petersburgo (en 1876), acudió a la Universidad de Cambridge, Inglaterra, donde estudió biología con el profesor Bright. Realizó su primer viaje alrededor del mundo cuando mi abuelo aún vivía, y desde entonces hasta 1918 toda su vida consistió en viajar y escribir obras científicas. Las principales son: *Lepidóptera Asiática* (ocho volúmenes publicados en partes desde 1890 a 1917), *Mariposas diurnas y nocturnas del Imperio ruso* (los cuatro primeros volúmenes de los seis propuestos aparecieron en 1912-1916) y la más conocida por el público en

general, *Viajes de un naturalista* (siete volúmenes 1892-1912). Estas obras fueron reconocidas unánimemente como clásicos y aún era un hombre joven cuando su nombre ocupaba uno de los primeros lugares en el estudio de la fauna ruso-asiática, junto con los nombres de sus pioneros, Fischer von Waldheim, Menetries, Eversmann.

Trabajaba en estrecho contacto con sus notables contemporáneos rusos. Jolodkovski le llama «el conquistador de la entomología rusa». Colaboró con Charles Oberthur, el Gran Duque Nikolai Mijailovich, Leech y Seitz. Cientos de sus ensayos están diseminados por las revistas entomológicas; el primero —«Sobre las peculiaridades de la frecuencia de ciertas mariposas en la provincia de San Petersburgo» (Horae Soc. Ent. Ross.)— data de 1877, y el último —«*Austautia simonoides* n. sp., mariposa geométrida imitando a un pequeño parnaso» (Trans. Ent. Soc. Londres), de 1916. Sostuvo una áspera e importante polémica con



Staudiger, autor del famoso Katalog. Era vicepresidente de la Sociedad Entomológica Rusa, miembro numerario de la Sociedad Moscovita de Investigadores de la Naturaleza, miembro de la Imperial Sociedad Geográfica Rusa y miembro honorario de una multitud de sociedades científicas extranjeras.

Entre 1885 y 1918 recorrió una increíble extensión de territorio, hizo planos de su ruta a una escala de tres millas para una distancia de muchos miles de millas y formó asombrosas colecciones. Durante estos años completó ocho expediciones importantes que en conjunto duraron dieciocho años; pero entre ellas hubo una multitud de viajes menores, «diversiones» como él los llamaba, y consideraba parte de estas minucias no sólo sus viajes a los países menos investigados de Europa sino también el viaje alrededor del mundo que había hecho en su juventud. Al dedicarse en serio a Asia, investigó la Siberia oriental, el Altai, Fergana, la

cordillera del Pamir, la China occidental, «las islas del mar de Gobi y sus costas», Mongolia y «el continente incorregible del Tibet» —y describió sus expediciones con palabras precisas y ponderadas.

Tal es el esquema general de la vida de mi padre, copiado de una enciclopedia. Todavía no canta, pero ya puedo oír una voz viva en su interior. Sólo queda por decir que en 1898, a los treinta y ocho años de edad, se casó con Elisaveta Pavlovna Veshin, la hija, de veinte años, de un conocido estadista; que tuvo dos hijos con ella; que en los intervalos entre sus viajes... Una pregunta angustiada, algo sacrílega, apenas expresable con palabras: ¿Fue feliz la vida de ella con él, juntos y separados? ¿Perturbaremos este mundo interior o nos limitaremos a una mera descripción de rutas — árida *quaedam viarum descripto*? «Querida mamá, ahora tengo que pedirte un gran favor. Hoy es 8 de julio, su cumpleaños. En cualquier otro día jamás me hubiera atrevido a pedirte. Cuéntame algo sobre él

y tú. No las cosas que puedo encontrar en nuestros recuerdos compartidos sino las que sólo tú conoces y preservas». Y ésta es parte de la respuesta:

... imagínate —un viaje de luna de miel, los Pirineos, la dicha divina de todas las cosas, del sol, de los arroyos, de las flores, de las cumbres nevadas, incluso de las moscas de los hoteles— y de estar juntos en todo momento. Y entonces, una mañana, yo tenía dolor de cabeza o algo parecido, o el calor era excesivo para mí. Me dijo que daría un paseo de media hora antes de almorzar. Recuerdo con extraña claridad que me senté en una terraza del hotel (a mi alrededor, paz, las montañas, los maravillosos riscos de Gavarnie) y empecé a leer por primera vez un libro nada apropiado para muchachas jóvenes, *Une vie* de Maupassant. Recuerdo que entonces me gustó mucho. Miro mi relojito de pulsera y veo que ya es hora de almorzar, ha pasado más de una hora desde que se fue. Espero. Al principio estoy un poco enfadada, pero luego

empiezo a preocuparme. Sirven el almuerzo en la terraza, pero soy incapaz de comer. Voy hasta el prado que hay delante del hotel, vuelvo a mi habitación, salgo una vez más. Al cabo de otra hora me hallaba en un estado indescriptible de terror, agitación, y Dios sabe qué. Viajaba por primera vez, no tenía experiencia y me asustaba con facilidad, y además, estaba *Une vie*... Decidí que me había abandonado, los pensamientos más terribles y estúpidos se cruzaban por mi imaginación, el día estaba pasando, me parecía que el servicio me miraba maliciosamente —¡oh, no puedo describírtelo! Empecé incluso a meter vestidos en una maleta a fin de volver inmediatamente a Rusia, y entonces decidí de pronto que estaba muerto, salí corriendo y empecé a murmurar algo insensato sobre llamar a la policía. De improviso le vi cruzar el prado con el rostro más alegre que había observado en él, aunque estaba siempre alegre; se acercaba saludándome con la mano como si nada hubiera

ocurrido, y sus pantalones claros tenían manchas verdes y húmedas, había perdido el sombrero de paja, la chaqueta estaba rota en un lado... Supongo que ya habrás adivinado qué ocurrió. Gracias a Dios que al menos logró atraparlo— con el pañuelo, al borde de un despeñadero —sino habría pasado la noche en las montañas, como me explicó tranquilamente... Pero ahora quiero contarte otra cosa, de un período algo posterior, cuando yo ya sabía cómo podía ser una separación realmente larga. Tú eras muy pequeño entonces, aún no tenías tres años, no puedes acordarte. Aquella primavera se marchó a Tashkent. Desde allí debía emprender un viaje el primer día de junio y estar ausente por lo menos dos años. Era la segunda gran ausencia desde que estábamos casados. Ahora pienso a menudo que si sumáramos todos los años que pasó sin mí desde el día de nuestra boda, no superarían en su totalidad los de su ausencia actual. Y también pienso en el hecho de que a veces me parecía que era

desgraciada, pero ahora sé que siempre era feliz, que aquella desdicha era uno de los colores de la felicidad. En suma, ignoro que me ocurrió aquella primavera, siempre me portaba un poco tontamente cuando se iba, pero aquella vez me porté de un modo vergonzoso. Decidí de repente que le alcanzaría y viajaría con él al menos hasta el otoño. Reuní mil cosas en secreto; no sabía absolutamente nada de lo que se necesitaba, pero se me antojó que iba bien provista de todo. Recuerdo prismáticos, un bastón de alpinista, una cama de campaña, un casco para el sol, un abrigo de piel de liebre salido directamente de La hija del capitán, un pequeño revólver de nácar, una especie de lona encerada que me daba miedo y una complicada cantimplora cuyo tapón no sabía desenroscar. En resumen, piensa en el equipo de Tartarín de Tarascón: no sé cómo logré abandonaros ni cómo os dije adiós, esto lo cubre una especie de niebla, y tampoco recuerdo cómo escapé a la vigilancia de tío Oleg ni cómo llegué a la

estación. Pero estaba asustada y alegre a la vez, me sentía una heroína, y en las estaciones todo el mundo miraba mi conjunto de viaje inglés, con su corta falta a cuadros (*entendons-nous*, hasta el tobillo), los prismáticos en un hombro y una especie de bolso en el otro. Éste era mi aspecto cuando salté del tarantass en un poblado de las afueras de Tashkent, y bajo el sol brillante, jamás lo olvidaré, vi a tu padre a unos cien metros del camino: estaba, un pie descansando sobre una piedra blanca y un codo apoyado en una valla, hablando con dos cosacos. Corrí por la grava, gritando y riendo; él se volvió lentamente, y cuando yo, como una tonta, me detuve de pronto frente a él, me miró de arriba abajo, entrecerró los ojos, y con una voz horriblemente inesperada dijo tres palabras: «Vete a casa». Y yo di media vuelta al instante, volví a mi vehículo, subí y observé que él había puesto de nuevo el pie en el mismo lugar y apoyado el codo como antes y reanudado su conversación con los cosacos. Y ahora

yo me alejaba, estupefacta, petrificada, y sólo en algún lugar del fondo de mi ser se hacían preparativos para una tempestad de lágrimas. Pero luego, unos tres kilómetros más allá (y aquí irrumpía una sonrisa a través de la línea escrita), él me alcanzó, rodeado de una nube de polvo, montando un caballo blanco, y esta vez nos separamos de modo muy diferente, por lo que continué mi viaje a San Petersburgo casi tan alegre como lo había abandonado, sólo que me preocupabais vosotros dos y no dejaba de preguntarme cómo estaríais, pero no importa, gozabais de buena salud.

En cierto modo me parece que recuerdo todo esto, quizá porque más adelante lo mencionaron con frecuencia. En general, toda nuestra vida cotidiana estaba impregnada de historias acerca de mi padre, de preocupación por él, esperanzas de su regreso, la pena oculta de las despedidas y la alegría salvaje de los recibimientos. Su pasión se reflejaba en todos nosotros, coloreada de diferentes maneras, captada



de distintos modos, pero permanente y habitual. El museo que tenía en casa, con hileras de armarios de roble y cajones de cristal, llenos de mariposas crucificadas (el resto —plantas, escarabajos, pájaros, roedores y reptiles— se lo daba a sus colegas para que lo estudiaran), que olía como se huele probablemente en el Paraíso, y donde los ayudantes de laboratorio trabajaban ante mesas colocadas junto a las ventanas de una pieza, era una especie de hogar central y misterioso que iluminaba desde dentro toda nuestra casa de San Petersburgo —y sólo el bramido a mediodía del cañón de Petropavlosk podía quebrar su silencio. Nuestros parientes, amigos no entomólogos, criados y la humildemente quisquillosa Yvonna Ivanovna no hablaban de las mariposas como de algo que existiera realmente sino como cierto atributo de mi padre, que existían sólo porque él existía, o como una enfermedad a la que todo el mundo se había acostumbrado hacía tiempo, por lo que la

entomología se convirtió para nosotros en una especie de alucinación habitual, como un inofensivo fantasma doméstico que, sin sorprender a nadie, se sienta todas las noches junto a la chimenea. Al mismo tiempo, ninguno de nuestros innumerables tíos y tías sentía el menor interés por su ciencia ni había leído siquiera su popular trabajo, leído y releído por docenas de miles de rusos cultos. Naturalmente, Tania y yo habíamos aprendido a apreciar a nuestro padre desde la más tierna infancia y nos parecía aún más encantador que, por ejemplo, aquel Harold acerca del cual nos contaba historias, el Harold que luchaba con leones en la arena bizantina, que perseguía bandoleros en Siria, se bañaba en el Jordán, tomó por asalto ochenta fortalezas en África, «la Tierra Azul», salvó a los islandeses de morir de hambre— y era famoso desde Noruega a Sicilia y desde Yorkshire a Novgorod. Más tarde, cuando caí bajo el hechizo de las mariposas, algo se desdobló en mi alma y reviví los

viajes de mi padre como si los hubiera hecho yo mismo: en mis sueños veía el camino tortuoso, la caravana, las montañas de múltiples tonos, y envidiaba a mi padre loca y angustiosamente, hasta derramar lágrimas —lágrimas cálidas y violentas que fluían a mis ojos en la mesa, mientras discutíamos sus cartas escritas por el camino o incluso a la sola mención de un lugar muy lejano. Todos los años, al aproximarse la primavera, antes de trasladarnos al campo, sentía dentro de mí una lastimosa fracción de lo que hubiera sentido antes de partir hacia el Tíbet. En la avenida Nevski, durante los últimos días de marzo, cuando los bloques de madera de los espaciosos pavimentos de las calles brillaban con un tono azul oscuro por el sol y la humedad, podía verse volando muy por encima de los carruajes, a lo largo de las fachadas de las casas, frente al ayuntamiento y los tilos de la plaza, frente a la estatua de Catalina, la primera mariposa amarilla. La gran ventana de la clase estaba abierta, los

gorriones se posaban en el alféizar y los maestros dejaban pasar las lecciones, permitiendo que las reemplazaran cuadrados de cielo azul y balones de fútbol que caían del espacio azulado. Por alguna razón yo siempre tenía malas notas en geografía, y qué expresión tenía el profesor de geografía cuando mencionaba el nombre de mi padre, qué inquisitivas eran las miradas que me dirigían mis condiscípulos en estas ocasiones y cómo palpitaba la sangre en mi interior, de dicha contenida y de miedo a expresar esta dicha— y ahora pienso en lo poco que sé, en lo fácil que es para mí cometer algún error estúpido al describir las investigaciones de mi padre.

A principios de abril, a fin de abrir la temporada, los miembros de la Sociedad Entomológica Rusa solían hacer una excursión tradicional a la otra margen del río Negro, en un suburbio de San Petersburgo, donde en un soto de abedules, todavía desnudo y húmedo, que aún mostraba retazos de nieve agujereada, podía verse

en los troncos, con las alas débiles y transparentes apretadas contra la delgada corteza, nuestra rareza favorita, una especialidad de la provincia. Una o dos veces me llevaron consigo. Entre estos padres de familia, ya entrados en años, que practicaban aplicadamente la brujería en un bosque de abril, se contaba un viejo crítico teatral, un ginecólogo, un profesor de leyes internacionales y un general —por alguna razón recuerdo con especial claridad la figura de este general (X. B. Lambovski— había algo pascual en él), con la ancha espalda muy inclinada y un brazo colocado sobre ella, junto a la figura de mi padre, que se había puesto en cuclillas con una especie de agilidad oriental —ambos examinaban cuidadosamente, en busca de crisálidas, un puñado de tierra rojiza levantada con una pala—; e incluso ahora me pregunto qué pensarían de todo esto los cocheros que esperaban en el camino.

A veces, en el campo, mi abuela irrumpía en nuestra sala de clase, Olga Ivanovna Veshin,

rechoncha, de tez fresca, con mitones y encajes: «*Bonjour les enfants*» —cantaba sonoramente, y entonces, acentuando con fuerza las preposiciones, nos informaba: «*Je viens de voir DANS le jardin, PRÉS du cédre, SUR une rose un papillon de toute beauté: il était bleu, vert, pourpre, doré— et grand comme ça*». «Coge tu cazamariposas, de prisa —continuaba, volviéndose hacia mí—, y ve al jardín. Tal vez aún puedas atraparla». Y se marchaba, completamente ajena al hecho de que si un insecto tan fabuloso se cruzaba en mi camino (ni siquiera valía la pena tratar de adivinar qué trivial visitante de jardín sería el que tanto adornaba su imaginación), yo moriría de un ataque cardíaco. A veces, para complacerme de modo especial, nuestra institutriz francesa elegía cierta fábula de Florian, para que yo la leyese en voz alta, sobre otra *petit-mâitre* mariposa imposiblemente chillona. De vez en cuando una de mis tías me daba un libro de Fabre, cuyas populares obras, llenas de cháchara,

observaciones inexactas y francos errores, mi padre mencionaba con desdén. También recuerdo esto: un día, al no encontrar mi caza-mariposas, fui a buscarlo al porche y tropecé con el ordenanza de mi tío que volvía de alguna parte con él al hombro, acalorado y con una sonrisa bondadosa y tímida en los labios sonrosados: «Mira qué he cogido para ti», proclamó con voz satisfecha, poniendo la red en el suelo; la red estaba atada cerca del marco con un trozo de cordel, y en la bolsa así formada pululaba y crujía una gran variedad de materia viva —y, Dios mío, cuántas porquerías había en ella: alrededor de treinta saltamontes, la cabezuela de una margarita, un par de libélulas, mazorcas de maíz, algo de arena, una mariposa de la col aplastada hasta ser irreconocible, y finalmente, un hongo comestible observado por el camino y añadido por si acaso. El pueblo llano ruso conoce y ama la naturaleza de su país. ¡Cuántas mofas, cuántas conjeturas y preguntas he tenido ocasión de oír cuando, venciendo mi

timidez, he pasado por el pueblo con mi cazamariposas! «Pues esto no es nada —dijo mi padre—. Tendrías que haber visto las caras de los chinos cuando buscaba en una montaña sagrada, o la mirada que me dirigió la progresista maestra de una localidad del Volga cuando le expliqué qué hacía en aquel barranco».

¡Cómo describir la felicidad de los paseos con nuestro padre a través de bosques, campos y turberas, o el constante recuerdo de él en verano, si estaba ausente, el eterno sueño de hacer algún descubrimiento y recibirle con este hallazgo! ¡Cómo describir la sensación que experimenté cuando me enseñó todos los lugares donde en su propia infancia había cazado esto o aquello!: la viga de un puente medio podrido donde atrapó su primera mariposa real en el 71, la pendiente del camino que bajaba al río, donde una vez cayó de rodillas, llorando y suplicando (¡había fallado el golpe, perdiéndola para siempre!). ¡Y qué fascinación había en sus



palabras, en la especial fluidez y gracia de su estilo cuando hablaba de su tema, qué afectuosa precisión en los movimientos de sus dedos cuando enroscaba el tornillo de una mesa plegable o un microscopio, qué mundo verdaderamente encantador se abría en sus lecciones! Sí, ya sé que ésta no es manera de escribir —estas exclamaciones no me llevarán muy lejos—, pero mi pluma aún no está acostumbrada a seguir los contornos de su imagen, y yo soy el primero en aborrecer estas pinceladas accesorias. ¡Oh, no me mires así, infancia mía, con ojos tan grandes y asustados!

¡La dulzura de las lecciones! En atardeceres cálidos me llevaba a cierto estanque pequeño para que viera la temblorosa esfinge bailando sobre la mismísima agua, sumergiendo en ella el extremo de su cuerpo. Me enseñó a preparar aparatos genitales para determinar especies exteriormente indistinguibles. Con una sonrisa especial me llamó la atención hacia las mariposas de anillo negro de

nuestro parque, que de un modo inesperado, misterioso y elegante sólo aparecían en los años pares. Una noche de otoño terriblemente fría y lluviosa me dio a beber cerveza con melaza a fin de sorprender en los troncos untados de los árboles, que brillaban a la luz de una lámpara de queroseno, multitud de grandes mariposas rayadas, que se lanzaban en silencio contra el cebo. Calentó y enfrió sucesivamente las doradas crisálidas de mis mariposas carey, y así pude obtener de ellas formas corsas, árticas y otras muy insólitas que parecían haber sido sumergidas en brea y tenían un vello sedoso. Me enseñó a abrir un hormiguero y encontrar a la oruga azul concertando un bárbaro pacto con sus habitaciones, y vi a una hormiga cosquilleando el segmento trasero del cuerpo torpe y pequeño de aquella oruga para forzarla a excretar una gota de jugo intoxicante, que tragó inmediatamente. En compensación, lo ofreció como alimento a sus propias larvas; era como si las vacas

nos dieran Chartreuse y nosotros les diéramos a comer nuestros recién nacidos. Pero la fuerte oruga de una exótica especie azul no se aviene a este intercambio, devorando descaradamente a las hormigas recién nacidas y convirtiéndose después en una crisálida impenetrable que, finalmente, en el momento de la salida, está rodeada de hormigas (esos errores de la escuela de la experiencia) que esperan la aparición de la débil y arrugada mariposa para atacarla; la atacan —y pese a ello, no perece: «Nunca me he reído tanto —comentó mi padre— como cuando comprendí que la naturaleza la ha equipado con una sustancia pegajosa que inmovilizó las antenas y patas de aquellas ávidas hormigas, que se quedaron rodando y retorciéndose a su alrededor mientras ella, calmada e invulnerable, dejaba que sus alas se fortalecieran y secaran».

Me habló de los olores de las mariposas —almizcle y vainilla; sobre las voces de las mariposas; sobre el penetrante sonido emitido por la

monstruosa oruga de una esfinge malaya, versión mejorada del chillido ratonil de nuestra mariposa calavera; sobre el tímpano pequeño y resonante de ciertas mariposas tigre; sobre la astuta mariposa de la selva brasileña que imita el zumbido de un pájaro local. Me habló del increíble y artístico ingenio del mimetismo, que no tenía explicación en la lucha por la existencia (la burda prisa de las fuerzas inexpertas de la evolución), era demasiado refinado para el mero engaño de predadores accidentales, plumados, escamosos y otros (no muy exigentes, pero tampoco demasiado aficionados a las mariposas), y que parecía inventado por algún artista travieso precisamente para los ojos inteligentes del hombre (hipótesis que puede llevar lejos a un evolucionista que observe a monos alimentándose de mariposas); me habló de estas mágicas máscaras del mimetismo; de la enorme mariposa nocturna que en estado de reposo adopta la imagen de una serpiente que te mira; de una

geométrica tropical cuyos colores son una perfecta imitación de una especie de mariposa infinitamente alejado de ella en el sistema de la naturaleza, la ilusión del abdomen anaranjado poseído por un ser, reproducido humorísticamente en el otro por los anaranjados bordes interiores de los secundarios; y del curioso harén de aquella famosa mariposa africana de alas bifurcadas cuyas hembras de diversos disfraces copian el color, la forma e incluso el vuelo de media docena de especies diferentes (al parecer incomedibles), que también sirven de modelo a otros numerosos estados miméticos. Me habló de migraciones, de la larga nube que consiste en miríadas de piéridos blancos y que se mueve por el cielo, indiferente a la dirección del viento, siempre al mismo nivel sobre el suelo, que se eleva suavemente sobre las colinas y desciende de nuevo sobre los valles, y tal vez encuentra otra nube de mariposas, amarillas, y se filtra a través de ella sin detenerse y sin manchar su

propia blancura— y flota hacia delante, para posarse en árboles al oscurecer, que hasta la mañana siguiente parecen salpicados de nieve —y entonces reemprende el vuelo para continuar su viaje— ¿hacia dónde? ¿Por qué? Un cuento aún no terminado por la naturaleza o acaso olvidado. «Nuestra mariposa del cardo —me dijo—, la “painted lady” de los ingleses, la “belle dame” de los franceses, no hiberna en Europa como hacen especies afines; nace en las llanuras africanas; allí, al amanecer, el viajero afortunado que escucha con los primeros rayos puede oír crepitar toda la estepa con un número incalculable de crisálidas que emergen del capullo». Desde allí inicia sin demora el viaje hacia el norte, llega a las costas de Europa a principios de la primavera, anima de pronto los jardines de Crimea y las terrazas de la Riviera; sin detenerse, pero dejando individuos por doquier para la cría de verano, continúa volando hacia el norte y a fines de mayo, ahora ya en grupos aislados, llega a Escocia,

Heligoland, a nuestros países e incluso al extremo norte de la tierra: ¡Se la ha encontrado en Islandia! Con un vuelo extraño, incoherente, distinto de todos, la mariposa desteñida, apenas reconocible, elige un claro seco del bosque, gira en torno a los abetos de Leshino, y a fines de verano, entre cardos, entre álamos, sus bellas crías sonrosadas ya están gozando de la vida. «Lo más conmovedor —añadió mi padre— es que en los primeros días fríos se observa el fenómeno inverso, la decadencia: la mariposa corre hacia el sur para pasar el invierno, pero, naturalmente, perece antes de llegar al calor».

Simultáneamente con el inglés Tutt, quien observó lo mismo en los Alpes suizos que él en el macizo del Pamir, mi padre descubrió la verdadera naturaleza de la formación córnea que aparece bajo el abdomen de las hembras parnasianas fecundadas, y explicó que su pareja, trabajando con dos apéndices espatulados, coloca y moldea en ella un cinturón de castidad de manufactura propia, cuya

forma es diferente en cada especie de este género, y a veces puede ser un pequeño barco, otras una concha espiral y otras —como en el caso de la orpheus Godunov, de un gris muy oscuro y excepcionalmente rara— la réplica de una diminuta lira. Y como frontispicio de mi presente obra creo que me gustaría exhibir precisamente esta mariposa —porque aún puedo oírle hablar de ella, ver cómo sacó los seis especímenes que había traído de sus seis gruesos sobres triangulares, cómo bajó la vista hacia la lupa que sostenía cerca del abdomen de la única hembra— y con qué reverencia su ayudante de laboratorio aflojó en un frasco húmedo las alas secas, brillantes y apretadamente dobladas a fin de clavar después suavemente un alfiler en el tórax del insecto, fijarlo al corcho del tablero, aplanar por medio de anchas tiras de papel semitransparentes su belleza abierta, indefensa, graciosamente extendida y, finalmente, deslizar un poco de algodón bajo su abdomen y enderezar sus negras antenas —para que



se secara así para siempre. ¿Para siempre? En el museo de Berlín hay numerosas capturas de mi padre que continúan tan frescas como lo estaban en los años ochenta y noventa. Mariposas de la colección de Linneo, ahora en Londres, subsisten desde el siglo XVIII. En el museo de Praga puede verse el mismo ejemplo de la espectacular mariposa del Atlas que tanto admiraba Catalina la Grande. ¿Por qué, entonces, me siento tan triste?

Sus capturas, sus observaciones, el sonido de su voz en palabras científicas, creo que todo esto lo preservaré. Pero aun así es muy poco. Con la misma permanencia relativa me gustaría retener lo que tal vez yo amaba más en él: su viva masculinidad, inflexibilidad e independencia, lo gélido y lo cálido de su personalidad, su poder sobre todo aquello que emprendía. Como jugando, como si deseara dejar la huella de su fuerza en todas las cosas, elegía esto y aquello de un campo ajeno a la entomología y de este modo imprimió su marca en casi todas las

ramas de las ciencias naturales: sólo describió una planta entre todas las que coleccionó, pero se trataba de una especie espectacular de abeto; sólo un pájaro —el más fabuloso faisán; sólo un murciélago— pero el mayor del mundo. Y en todas las partes de la naturaleza nuestro nombre encuentra innumerables ecos, porque otros naturalistas dieron el nombre de mi padre ya fuera a una araña, a un rododendro o a la cresta de una montaña —a propósito, esto último le indignó: «Averiguar y conservar el antiguo nombre nativo de un paso de montaña— escribió — es siempre más científico y más noble que endosarle el nombre de un buen amigo».

Me gustaba —hasta ahora no había comprendido cuánto me gustaba— aquella destreza especial y desenvuelta que mostraba al tratar con un caballo, un perro, un arma, un pájaro o un muchacho campesino con una astilla de cinco centímetros en la espalda —constantemente le llevaban personas heridas, mutiladas, incluso enfermas, incluso mujeres

embarazadas, que probablemente tomaban su misteriosa ocupación por la práctica del vudú. Me gustaba el hecho de que, al revés de la mayoría de los viajeros no rusos, Sven Hedin, por ejemplo, nunca cambiaba sus ropas por ropas chinas durante sus expediciones; en general se mantenía apartado, era en extremo severo y resuelto en sus relaciones con los nativos, sin mostrar indulgencia a mandarines y lamas; y en el campamento practicaba el tiro, lo cual servía de excelente precaución contra cualquier inoportuno. No le interesaba en absoluto la etnografía, hecho que por alguna razón irritaba mucho a ciertos geógrafos, y su gran amigo, el orientalista Krivtsov, casi lloraba al reprocharle: «¡Si al menos hubieras traído un solo canto nupcial, Konstantin Kirilovich, o descrito un traje local!». En Kazan había un profesor que le atacó especialmente; partiendo de una base humanitario-liberal, le acusó de orgullo científico, de un altivo desprecio por el Hombre, de desconsideración hacia los intereses del

lector, de peligrosa excentricidad— y de muchas más cosas. Y una vez, durante un banquete internacional en Londres (y este episodio es el que más me gusta), Sven Hedin, que era vecino de mesa de mi padre, le preguntó cómo era que, viajando con libertad sin precedentes por las partes prohibidas del Tíbet, en las cercanías de Lhasa, no había ido a echarle una ojeada, a lo cual mi padre replicó que no había querido sacrificar ni una sola hora de investigación para visitar «otra sucia aldea» —y adivino con mucha claridad cómo debió entrecerrar los ojos al decirlo.

Estaba dotado con un carácter ecuánime, autodominio, gran fuerza de voluntad y un vivo buen humor; pero cuando se enfadaba, su cólera era como una helada repentina (mi abuela decía a sus espaldas: «Se han parado todos los relojes de la casa»), y recuerdo muy bien aquellos súbitos silencios en la mesa y aquella especie de abstracción que aparecía inmediatamente en el

rostro de mi madre (de entre nuestra parentela femenina, las malas lenguas afirmaban que «temblaba ante Kostia»), y que una de las institutrices sentadas al extremo de la mesa colocaba rápidamente la palma sobre una copa que estaba a punto de tintinear. La causa de su cólera podía ser una equivocación de alguien, un error de cálculo del administrador (mi padre no estaba muy versado en asuntos de la finca), una observación impertinente sobre un amigo íntimo, triviales sentimientos políticos mezclados con el espíritu de patriotismo expresados por un huésped incauto, desde una plataforma improvisada, o finalmente alguna travesura mía. Él, que en su tiempo había sacrificado innumerables multitudes de pájaros, que una vez había traído al recién casado botánico Berg la alfombra completa de un multicolor prado de montaña en una sola pieza, del tamaño de una habitación (me imaginé que la debió enrollar como una alfombra persa), que encontró a fantástica altura

entre nieve y riscos pelados —no podía perdonarme a mí que matara caprichosamente un gorrión de Leshino con un rifle Montecristo o señalara con una espada la corteza de un joven álamo del estanque. No podía soportar la dilación, el titubeo, el parpadeo de una mentira, no podía soportar la hipocresía o los halagos— y estoy seguro de que si me hubiera sorprendido en una cobardía física me habría maldecido.

Todavía no lo he dicho todo; estoy a punto de mencionar lo que es tal vez lo más importante. En mi padre y en torno a él, en torno a esta fuerza clara y directa, había algo difícil de comunicar con palabras, una neblina, un misterio, una reserva enigmática que a veces se hacía sentir más y otras menos. Era como si este hombre auténtico, tan auténtico, poseyera un efluvio de algo todavía desconocido pero que era tal vez lo más auténtico de todo. No tenía relación directa ni con nosotros, ni con mi madre, ni con las cosas externas de la vida,

ni siquiera con las mariposas (lo más próximo a él, diría yo): no era introspección ni melancolía —y carezco de medios para explicar la impresión que me causó su rostro cuando miré desde fuera por la ventana de su estudio y le vi, que de pronto había olvidado su trabajo (sentí en mi interior que lo había olvidado— como si algo hubiese fallado o desaparecido), apartado de la mesa su cabeza grande y docta y la había apoyado en el puño, por lo que se formó una dilatada arruga desde la mejilla hasta la sien, y permaneciendo inmóvil unos momentos. Ahora se me antoja a veces —quién sabe— que mi padre emprendía sus viajes no tanto para buscar algo como para huir de algo, y que al volver se daba cuenta de que todavía continuaba con él, dentro de él, insoslayable, inagotable. No puedo descubrir un nombre para su secreto, sólo sé que era la fuente de aquella soledad especial —ni alegre ni malhumorada, ya que no tenía ninguna conexión con la apariencia externa de las emociones humanas—, a

la que ni mi madre ni todos los entomólogos del mundo tenían acceso. Y es extraño: el guarda de la finca, viejo encorvado que había sido chamuscado en dos ocasiones por un rayo nocturno, era quizá la única persona entre nuestros servidores rurales que había aprendido sin ayuda de mi padre (que lo había enseñado a todo un regimiento de cazadores asiáticos) a coger y matar una mariposa sin mutilarla (lo cual, naturalmente, no le impedía aconsejarme con aire de profesional que no me apresurase en atrapar mariposas pequeñas, «chiquitinas», decía él, durante la primavera, sino que esperase al verano, cuando ya habrían crecido); precisamente él, que con franqueza y sin sorpresa ni temor consideraba que mi padre sabía varias cosas que no sabía nadie más, tenía, a su manera, toda la razón.

Sea como fuere, ahora estoy convencido de que nuestra vida de entonces estaba impregnada de una magia desconocida en otras familias. Gracias a las conversaciones con mi padre, gracias a los ensueños



durante su ausencia, gracias a la vecindad de miles de libros llenos de dibujos de animales, al precioso resplandor de las colecciones, a los mapas, a la heráldica de la naturaleza y la cábala de los nombres latinos, la vida se impregnó de una cautivadora ligereza que me hacía sentir la inminencia de mis propios viajes. De ella tomo ahora mis alas. Entre las viejas y tranquilas fotografías familiares, enmarcadas en terciopelo, del estudio de mi padre había una copia del grabado: Marco Polo abandonando Venecia. Era sonrosada, esta Venecia, y el agua de su laguna era azul celeste, con cisnes de doble tamaño que las embarcaciones, a bordo de una de las cuales bajaban por una pasarela unos hombres diminutos de color violeta, que luego embarcarían en un buque que esperaba algo más lejos con las velas enrolladas —y no puedo apartarme de esta belleza misteriosa, de estos colores antiguos que flotan ante los ojos como buscando nuevas formas, cuando ahora imagino los preparativos de la

caravana de mi padre en Prshevalsk, adonde solía ir con caballos de posta desde Tashkent, después de enviar anticipadamente, por convoy lento, aprovisionamientos para tres años. Sus cosacos recorrían las aldeas circundantes para comprar caballos, mulos y camellos; preparaban los fardos y los sacos (qué no habría en aquellos yagtanés y sacos de cuero probados por los siglos, desde coñac a guisantes pulverizados, desde lingotes de plata a clavos para herraduras); y después de un réquiem a orillas del lago, junto a la piedra fúnebre del explorador Prshevalski, coronada por un águila de bronce— en torno a la cual los intrépidos faisanes locales solían pasar la noche—, la caravana se ponía en camino.

Después de esto veo la caravana, antes de que se adentre en las montañas, serpenteando entre colinas de un verdor paradisiaco, que depende tanto de su atavío de hierba como de roca epidótica, de un verde manzana, de la que están compuestas. Los

caballitos Kalmuk, compactos y resistentes, avanzan en fila india, formando grupos: los dos fardos de idéntico peso están atados con doble cuerda para que nada pueda moverse, y un cosaco guía por la brida a cada escalón de caballos. Al frente de la caravana, con un rifle Berdan al hombro y un cazamariposas a mano, con gafas y una camisa de nanquín, mi padre monta su caballo blanco acompañado de un jinete nativo. Cerrando el destacamento, cabalga el *geodesta* *Kunitsyn* (así es como yo lo veo), anciano majestuoso que ha pasado media vida en imperturbables expediciones, con sus instrumentos en estuches —cronómetros, compases de agrimensor, un horizonte artificial— y cuando se detiene a tomar un ángulo o a apuntar acimuts en su cuaderno, su asistente cuida del caballo, y este asistente es un alemán bajo y anémico, Ivan Ivanovich Viskott, ex químico de Gatchina, a quien mi padre enseñó una vez a preparar pieles de pájaro y que desde entonces participó en todas las

expediciones, hasta que murió de gangrena en el verano de 1903 en Din-Kou.

Más allá veo las montañas: la cordillera de Tian-Shan.

En busca de pasos (marcados en el mapa de acuerdo con datos orales, pero primero explorados por mi padre), la caravana ascendía por empinadas laderas y angostos salientes, bajaba hacia el norte, hasta la estepa atestada de saigas, descendía de nuevo hacia el sur, vadeaba torrentes en un lugar e intentaba vencer la crecida de un río en otro —y de nuevo hacia arriba, hacia arriba, por senderos casi infranqueables. ¡Cómo jugaba la luz del sol! La sequedad del aire producía un asombroso contraste entre la luz y la sombra: en la luz había tales reflejos, tal riqueza de fulgores que a veces era imposible mirar una roca, un arroyo; y en la sombra, la oscuridad absorbía todos los detalles, por lo que cada color tenía una vida mágicamente multiplicada y el pelaje de los caballos cambiaba cuando

entraban en la frescura de los álamos blancos.

Bastaba con el estrépito del agua en la garganta para aturdir a un hombre; el corazón y el pecho se llenaban de una agitación eléctrica; el agua fluía con temible fuerza —de modo tan suave, sin embargo, como plomo fundido— y luego se hinchaba de pronto monstruosamente cuando llegaba al rápido, se agolpaba y caía sobre las lustrosas piedras con olas multicolores de furioso ímpetu; y entonces, se precipitaba desde una altura de seis metros, cruzaba un arco iris, se hundía en la oscuridad y, continuaba fluyendo, ahora cambiada: tumultuosa, azul como el humo y blanca como la nieve por la espuma, azotaba primero un lado y luego otro del redondeado cañón de un modo que daba la impresión de que la firmeza reverberante de la montaña no sería capaz de resistirlo; y no obstante, en las márgenes, en una paz idílica, los lirios estaban en flor —y de pronto una manada de marales salió velozmente de un negro bosque de abetos, entró en una deslumbradora

pradera alpina y se detuvo, temblando. No, sólo el aire temblaba... ellos ya habían desaparecido.

Puedo evocar con especial claridad —en este escenario transparente y variable— la ocupación principal y constante de mi padre, la ocupación por la cual emprendía tan extraordinarios viajes. Le veo inclinarse desde la silla, en medio del estruendo de un minúsculo alud de piedras, para cazar con una oscilación de la red provista de mango muy largo (un giro de la muñeca hacía que la red de muselina, llena de crujidos y palpitaciones, diera una vuelta sobre el anillo, con lo que impedía la fuga) algún pariente real de nuestras Apolos que rozaba en su bajo vuelo los peligrosos guijarros; y no sólo él, sino también los otros jinetes (el cabo cosaco Semion Zharkoy, por ejemplo, o el buriato Buyantuyev, o aquel representante mío que yo enviaba en pos de mi padre durante toda mi adolescencia) se aventuran, impávidos, por las rocas, en persecución de la blanca mariposa

ricamente ocelada que finalmente atrapan; y aquí está, en los dedos de mi padre, muerta, y su cuerpo peludo, amarillento y curvado parece una candelilla de sauce, y la parte interna de sus frágiles alas dobladas muestra la mácula intensamente roja de sus raíces.

Evitaba instalarse en posadas chinas, especialmente pernoctar, porque le desagradaba su «bullicio carente de sentimiento», que consistía únicamente en gritos sin el menor indicio de risa; pero, por extraño que parezca, más tarde el olor de estas posadas, ese aire especial inherente a cualquier vivienda de los chinos, mezcla rancia de vahos de cocina, humo del estiércol quemado, opio y el establo —en sus recuerdos, le hablaba más de la apasionada caza que la fragancia de las altiplanicies.

Cruzando el Tian-Shan con la caravana, puedo ver ahora el inminente crepúsculo, que proyecta una sombra sobre las laderas de las montañas. Se

postpone hasta la mañana un cruce difícil (sobre el turbulento río se ha tendido un puente destartado, que consiste en losas de piedra sobre matorrales, pero la pendiente del otro lado es empinada, y, además, lisa como el cristal), la caravana se detiene a pasar la noche. Mientras los colores de la puesta de sol aún vacilan en las lejanas franjas de cielo, y se prepara la cena, los cosacos, después de quitar primero los sudaderos de los animales y las mantas de fieltro, lavan las heridas hechas por los fardos. En el aire oscurecido, el sonido claro de las herraduras resuena por encima del amplio ruido del agua. La oscuridad es completa. Mi padre ha trepado a un peñasco, en busca de un lugar para su lámpara de calcio, que sirve para atrapar mariposas nocturnas. Desde allí puede ver en perspectiva china (desde arriba), en un profundo barranco, el color rojo, transparente en la oscuridad, de la hoguera del campamento; a través de los bordes de su llama palpitante parecen flotar las sombras humanas de



anchos hombros, que cambian infinitamente sus contornos, y un reflejo carmesí tiembla, sin moverse del sitio, sobre las aguas hirvientes del río. Pero arriba todo es oscuro y silencioso, sólo raramente suena una campanilla: los caballos, que ya han recibido su ración de pienso seco, vagan ahora entre los escombros de granito. En las alturas, pavorosa y embelesadoramente próximas, aparecen las estrellas, cada una visible, como una esfera viva, revelando con claridad su esencia globular. Las mariposas empiezan a venir, atraídas por la lámpara: describen locos círculos a su alrededor, golpean el reflector con un zumbido; caen, se arrastran por la sábana extendida bajo el círculo de luz, grises, con ojos como carbones encendidos, vibrantes, levantan el vuelo y vuelven a caer —y una mano grande, brillantemente iluminada, diestra y pausada, de uñas en forma de almendra, echa noctámbula tras noctámbula al frasco letal.

A veces estaba completamente solo, incluso sin

esta proximidad de hombres dormidos en tiendas de campaña, sobre colchones de fieltro, alrededor del camello acostado sobre las cenizas de la hoguera. Aprovechando altos prolongados en lugares en que abundara el forraje para los animales de la caravana, mi padre se marchaba de reconocimiento durante varios días, y al hacerlo, entusiasmado por algún nuevo piérido, ignoró más de una vez la regla de la caza en la montaña: no seguir jamás un sendero sin retorno. Y ahora yo me pregunto continuamente qué solía pensar en la noche solitaria: intento fervorosamente en la oscuridad adivinar la corriente de sus pensamientos, y tengo mucho menos éxito con esto que con mis visitas mentales a lugares que nunca he visto. ¿En qué pensaría? ¿En una pieza recién cobrada? ¿En mi madre, en nosotros? ¿En la innata maravilla de la vida humana, cierto sentido de la cual me transmitió misteriosamente? O quizá me equivoco al cargarle retrospectivamente con el secreto que alberga ahora, cuando, ceñudo y

preocupado de nuevo, ocultando el dolor de una herida ignota, ocultando la muerte como algo vergonzoso, se aparece en mis sueños; tal vez entonces no lo tenía —sino que era simplemente feliz en aquel mundo de nombre incompleto en el cual, a cada paso, nombraba lo que no tenía nombre.

Tras pasar todo el verano en las montañas (no uno solo sino varios, en años diferentes, que están superpuestos en estratos traslúcidos), nuestra caravana se movía hacia el este por una quebrada que desembocaba en un desierto pétreo. Veíamos desaparecer gradualmente el cauce del río, que se dividía y ramificaba, y asimismo aquellas plantas que permanecen fieles hasta el fin a los viajeros: amodendros enanos, lasiagrostis y belchos. Después de cargar agua a los camellos, nos introducíamos en una región espectral donde grandes guijarros cubrían completamente la arcilla blanda y rojiza del desierto, moteada a veces por costras de nieve sucia y afloramientos de sal, que en la distancia

tomábamos por las murallas de la ciudad adonde nos dirigíamos. El camino era peligroso debido a las terribles tormentas, durante las cuales todo estaba envuelto a mediodía por una niebla parda y salada; el viento rugía, gránulos de arena nos azotaban el rostro, los camellos se echaban y nuestra tienda de hule encerado se rompía a tiras. A causa de estas tormentas, la superficie de la región ha cambiado increíblemente, y presenta los contornos fantásticos de castillos, columnatas y escaleras; o bien el huracán practicaba una hondonada —como si aquí, en este desierto, las fuerzas elementales que habían formado el mundo siguieran furiosamente en acción. Pero también había días de maravillosa calma, en que las alondras cornudas (mi padre, apropiadamente, las llamaba «reidoras») entonaban sus miméticos gorjeos y bandadas de gorriones corrientes acompañaban a nuestros demacrados animales. En algunas ocasiones pasábamos el día en poblados aislados, formados por dos o tres casas y

un templo en ruinas. Otras veces éramos atacados por tanguts, abrigados con pieles de cordero y calzados con botas de lana azul y roja: un breve y pintoresco episodio en el camino. Y además había los espejismos— en los espejismos la naturaleza, esa exquisita tramposa, conseguía milagros absolutos: ¡las visiones de agua eran tan claras que reflejaban las cercanas rocas reales!

Más allá estaban las tranquilas arenas del Gobi, en que duna tras duna se deslizaban cual una ola y revelaban un breve horizonte ocre, y lo único audible en el aire aterciopelado era la respiración acelerada y laboriosa de los camellos y el chirrido de sus grandes pies. La caravana seguía adelante: ascendía hasta la cresta de una duna, descendía luego, y al atardecer su sombra alcanzaba proporciones gigantescas. El diamante de cinco quilates de Venus desaparecía en el oeste junto con el fulgor de la puesta de sol, que lo deformaba todo con su luz descolorida, anaranjada y violeta. Y a mi

padre le encantaba recordar que una vez, en 1893, en una puesta de sol semejante y en el mismo corazón del desierto de Gobi se cruzó —al principio los tomó por fantasmas proyectados por los rayos prismáticos— con dos ciclistas que llevaban sandalias chinas y redondos sombreros de fieltro y que resultaron ser los americanos Sachtleben y Alien que atravesaban toda Asia hasta Pekín para divertirse.

La primavera nos esperaba en las montañas de Nan-Shan. Todo la anunciaba: el burbujeo del agua de los arroyos, el trueno distante de los ríos, el silbido de los trepadores que vivían en agujeros en las laderas húmedas y resbaladizas de las colinas, el canto delicioso de las alondras locales, y «un conjunto de ruidos cuyos orígenes son difíciles de explicar» (frase de las notas de un amigo de mi padre, Grigori Efimovich Grum-Grshimaylo, que ha quedado impresa para siempre en mi memoria y llena de la asombrosa música de la verdad, porque

no la escribió un poeta ignorante sino un naturalista genial). En las faldas meridionales ya habíamos encontrado nuestra primera mariposa interesante — la subespecie de Potanin del piérido de Butler— y en el valle al que descendimos por el cauce de un torrente encontramos un verdadero verano. Todas las laderas estaban salpicadas de anémonas y prímulas. La gacela de Prshevalski y el faisán de Strauch tentaban a los cazadores. ¡Y qué amaneceres había! Sólo en China es tan encantadora la niebla matinal; todo vibra en ella, los fantásticos perfiles de las chozas, los contornos de los riscos. Como hacia un abismo, el río fluye hacia la oscuridad del crepúsculo pre-matutino que aún reina en los desfiladeros, mientras más arriba, junto a aguas corrientes, todo brilla y centellea, y un numeroso grupo de urracas azules ya se ha despertado en los sauces del molino.

En compañía de quince soldados de infantería chinos, armados con alabardas y cargados con

enormes estandartes de colores absurdamente vivos, cruzamos muchos pasos de montaña. Pese a ser pleno verano, las heladas nocturnas eran tan fuertes que por la mañana las flores estaban cubiertas por una película de escarcha y eran tan quebradizas que se rompían bajo los pies con un crujido breve y sorprendente; pero dos horas después, en cuanto el sol empezaba a calentar, la maravillosa flora alpina resplandecía de nuevo, el aire quedaba de nuevo perfumado de resina y miel. Arrimados a escarpados terraplenes, caminábamos bajo el cielo azul y cálido; los saltamontes salían de debajo de nuestros pies, los perros corrían con la lengua fuera, buscando refugio del calor en las cortas sombras proyectadas por los caballos. El agua de los pozos olía a pólvora. Los árboles parecían el delirio de un botánico: ¡un serbal blanco con bayas de alabastro o un abedul de corteza roja!

Con un pie sobre un fragmento de roca y apenas apoyado en el mango de su red, mi padre observa



desde un alto espolón, desde las peñas glaciáricas de Tanegma, junto al lago Kuka-Nor —enorme extensión de agua azul oscuro. Abajo, en las estepas doradas, una manada de hemíonos pasa velozmente, y la sombra de un águila revolotea en los peñascos; arriba todo es paz, silencio, transparencia... y de nuevo me pregunto en qué piensa mi padre cuando no está ocupado cazando y se queda así, sin moverse... y aparece, por así decirlo, en la cresta de mi recuerdo, que me tortura, y embelesa— hasta el punto de sentir dolor, demencia de ternura, envidia y amor, que atormenta mi alma con su soledad inescrutable.

Hubo veces en qué, remontando el río Amarillo y sus afluentes, alguna espléndida mañana de septiembre, en las espesuras de lirios y hondonadas de las márgenes, él y yo atrapábamos la mariposa de alas bifurcadas de Elwes —maravilla negra con alas en forma de pezuña. En los atardeceres inclementes, antes de dormir, me leía a Horacio, Montaigne y

Pushkin— los tres libros que había traído consigo. Un invierno, mientras cruzábamos el hielo de un río, advertí en la distancia una línea de objetos oscuros, los grandes cuernos de veinte yacs salvajes sorprendidos mientras vadeaban por el hielo repentino; a través del espeso cristal podía verse claramente la postura de nadar que habían adoptado sus cuerpos; las hermosas cabezas levantadas sobre el hielo habrían parecido vivas sí los pájaros no hubieran vaciado ya sus ojos; y por alguna razón me acordé del tirano Shiusin, que solía abrir en canal a mujeres embarazadas, sólo por curiosidad, y que una fría mañana, al ver a unos porteadores vadear un río, ordenó que les amputaran las piernas hasta la espinilla para inspeccionar el estado de la médula de los huesos.

En Chang, durante un incendio (ardían unos troncos preparados para la construcción de una misión católica), vi a un chino de edad avanzada que, a segura distancia del fuego, echaba agua con

decisión y asiduidad, incansablemente, sobre el reflejo de las llamas en las paredes de su casa; convencidos de la imposibilidad de probarle que su casa no ardía, le abandonamos a su infructuosa ocupación.

Con frecuencia teníamos que usar la fuerza para seguir nuestro camino, al no hacer caso de la intimidación y las prohibiciones de los chinos: una buena puntería es el mejor pasaporte. En Tatsien-Lu, lamas rapados al cero vagaban por las calles angostas y tortuosas propalando el rumor de que yo atrapaba niños para hervir una poción con sus ojos para el vientre de mi Kodak. En las faldas de una cordillera nevada, sepultada bajo la abundante espuma rosa de enormes rododendros (por las noches solíamos encender hogueras con sus ramas), busqué en mayo las larvas grises de topos anaranjados de la Apolo Imperial, y también sus crisálidas, sujetas a la parte inferior de una piedra con un hilo de seda. Recuerdo que aquel mismo día

vislumbramos un oso blanco tibetano y descubrimos una nueva serpiente: se alimentaba de ratones, y el ratón que extraje de su estómago también resultó ser una especie aún no descrita. De los rododendros y los pinos cubiertos por un delicado liquen emanaba un violento olor a resina. Cerca de mí, unos hechiceros, que con mirada ladina y cautelosa competían entre sí, recogían para sus mercenarias necesidades ruibarbo chino, cuya raíz tiene un parecido extraordinario con una oruga, incluso hasta en sus patas abdominales y espiráculos —mientras yo encontraba bajo una piedra la oruga de una mariposa nocturna desconocida, que representaba, no de un modo general pero con absoluta precisión, una copia de aquella raíz, por lo que no estaba del todo claro cuál personificaba a cuál— o por qué.

En el Tibet todo el mundo miente: era endiabladamente difícil obtener los nombres exactos de los lugares o instrucciones sobre los caminos que había que seguir; involuntariamente, yo también les

engañé: como eran incapaces de distinguir a un europeo rubio de uno canoso, me tomaban a mí, chico de cabellos desteñidos por el sol, por un hombre muy anciano. Por doquier podía leerse en las masas de granito la «fórmula mística», revoltijo de palabras chamanes que ciertos viajeros poéticos «traducen» bonitamente como: ¡oh, joya del loto, oh! Desde Lhasa me enviaron a una especie de funcionarios que me conjuraron a no hacer algo y me amenazaron con hacerme algo —yo les presté poca atención: sin embargo, recuerdo a un idiota, molesto, en gran manera, vestido de seda amarilla, que se cubría con una sombrilla roja; montaba a lomos de un mulo cuya natural melancolía se incrementaba con la presencia bajo sus ojos de gruesos carámbanos formados por lágrimas heladas.

Desde una gran altitud vi una depresión oscura y pantanosa que temblaba por el juego de innumerables manantiales y recordaba el cielo nocturno salpicado de estrellas —y así es cómo se

llamaba: la Estepa Estrellada. Los pasos ascendían más allá de las nubes, las marchas eran penosas. Frotábamos las heridas de los animales con una mezcla de yodoformo y vaselina. A veces, después de acampar en un lugar completamente desierto, yo veía de pronto por la mañana que durante la noche había crecido a nuestros alrededor un ancho círculo de tiendas de bandoleros, que se antojaban hongos negros— los cuales, sin embargo, desaparecían rápidamente.

Después de explorar las antiplanicies del Tibet me dirigí a Lob-Nor a fin de regresar a Rusia desde allí. El Tarim, vencido por el desierto, exhausto, forma con sus últimas aguas un extenso pantano rebosante de juncos, el actual Kara-Koshuk-Kul, el Lob-Nor de Prshevalski —y el Lob-Nor del tiempo de los kans, diga lo que diga Ritthofen. Está ribeteado de salinas, pero el agua sólo es salada en los bordes— porque aquellos juncos no crecerían en torno a un lago salado. Una primavera pasé cinco

días rodeándolo. Allí, entre juncos de seis metros de altura, tuve la suerte de descubrir una notable mariposa nocturna semiacuática con un rudimentario sistema venoso. La salina estaba salpicada de caparazones de moluscos. Al atardecer, los armoniosos y melódicos sonidos del vuelo de los cisnes reverberaban en el silencio; el amarillo de los juncos hacía resaltar con claridad el blanco sin brillo de las aves. En 1862, sesenta rusos de la antigua fe vivieron en estas zonas con sus mujeres e hijos durante medio año, tras lo cual se trasladaron a Turfan, y nadie sabe adónde se dirigieron desde allí.

Más adelante viene el desierto de Lob: pétreo llanura de hileras de precipicios de arcilla, y cristalinos estanques de sal; aquella mancha pálida que hay en el aire gris es un ejemplar aislado de la mariposa blanca de Roborovski, barrida por el viento. En este desierto se preservan trazas de un antiguo camino recorrido por Marco Polo seis siglos antes que yo; sus mojones son pilas de piedras. Del

mismo modo que yo oyera en un desfiladero tibetano el interesante ruido de tambor que había asustado a nuestros primeros peregrinos, así en el desierto, durante las tormentas de arena, vi y oí lo mismo que Marco Polo: «el susurro de los espíritus llamándote a un lado» y el extraño temblor del aire: infinita sucesión de remolinos, caravanas y ejércitos de fantasmas que vienen a tu encuentro, miles de rostros espectrales que se te acercan a su manera incorpórea, te penetran, y se dispersan de improviso. En la segunda década del siglo XIV, cuando el gran explorador estaba agonizando, sus amigos se congregaron en torno a su lecho y le imploraron que se retractase de aquello que en su libro se les antojaba increíble —que aguara sus libros mediante supresiones juiciosas; pero él respondió que no había relatado siquiera la mitad de lo que en realidad había visto.

Todo esto permanecía de modo cautivador, lleno de color y aire, con animado movimiento en primer



término y un fondo convincente; entonces, como humo que huye de una brisa, cambió y se dispersó — y Fiodor vio nuevamente los muertos y absurdos tulipanes del papel de las paredes, el montón de colillas en el cenicero y el reflejo de la lámpara en la ventana negra. Abrió la ventana de par en par. Las hojas escritas de su escritorio se revolviéron: una se dobló, otra resbaló hasta el suelo. La habitación se volvió húmeda y fría inmediatamente. Abajo, un automóvil pasaba con lentitud por la calle vacía y oscura— y, de modo extraño, esta misma lentitud recordó a Fiodor una multitud de cosas mezquinas y desagradables —el día ya pasado, la lección abandonada— y cuando pensó que a la mañana siguiente tendría que telefonar al anciano, un abominable abatimiento le oprimió el corazón. Pero cuando hubo cerrado la ventana, sintiendo ya el vacío entre sus dedos apretados, se volvió hacia la lámpara que esperaba pacientemente, hacia las esparcidas hojas del primer borrador, hacia la pluma

todavía caliente que ahora se deslizó en su mano (justificando y llenando el vacío), y volvió en seguida a aquel mundo que era tan natural para él como la nieve para la liebre blanca o el agua para Ofelia.

Recordó con increíble claridad, como si hubiera preservado aquel día de sol en un estuche de terciopelo, el último regreso de su padre en julio de 1912. Elisaveta Pavlovna ya había recorrido los nueve kilómetros que les separaban de la estación para recibir a su marido: siempre le recibía a solas y siempre ocurría que nadie sabía a ciencia cierta por qué lado volverían, si por la derecha o la izquierda de la casa, ya que había dos caminos, uno más largo y llano —por la carretera y a través del pueblo; otro más corto y desigual— a través de Peshchanka. Por si acaso, Fiodor llevaba los pantalones de montar y ordenó que ensillaran su caballo, pero no se decidía a salir al encuentro de su padre por temor a equivocarse el camino. Intentaba en

vano llegar a un acuerdo con el tiempo hinchado y exagerado. Una rara mariposa cazada un día o dos antes entre los vaccinieos de una turbera aún no se había secado sobre el tablero: tocaba su abdomen una y otra vez con la punta de un alfiler —pero aún estaba blando, y esto significaba que era imposible quitar las tiras de papel que cubrían completamente las alas, cuya belleza tanto deseaba enseñar a su padre en todo su esplendor. Deambuló por la casa: sentía el peso y el dolor de su agitación, y envidiaba a los demás por su modo de pasar estos minutos grandes y vacíos. Desde el río llegaban los gritos extáticos de los chicos del pueblo que se bañaban en él, y este estrépito, jugaba constantemente en las profundidades del día veraniego, y sonaba como distantes ovaciones. Tania se columpiaba con fuerza y entusiasmo en el columpio del jardín, en pie sobre el asiento; la sombra violeta del follaje se proyectaba sobre su falda blanca con una variedad de colores que obligaba a pestañear, y su blusa lo

mismo flotaba detrás de ella que se adhería a su espalda, diseñaba el hueco entre sus hombros echados hacia atrás; debajo de ella, un *foxterrier* ladraba, otro perseguía un aguzanieves; las sogas crujían alegremente y daba la impresión de que Tania se elevaba de aquel modo para ver el camino por encima de los árboles. Nuestra institutriz francesa, bajo su sombrilla de moaré, compartía con rara urbanidad sus inquietudes («el tren llevaba un retraso de dos horas o tal vez no llegaría») con el señor Browning, a quien odiaba, mientras este último se golpeaba las polainas con la fusta— no era políglota. Yvonna Ivanovna iba de un porche a otro con la expresión de descontento con que saludaba todas las ocasiones alegres. En torno a las dependencias había una animación especial: los criados bombeaban agua y amontonaban leña, y el jardinero llegó cargado con dos cestas alargadas, manchadas de rojo, repletas de fresas. Shaksybay, *kirguis* entrado en años, corpulento, de rostro ancho,

con intrincadas arrugas alrededor de los ojos, que había salvado la vida de Konstantin Kirilovich en 1892 (matando una osa que le atacaba) y que ahora vivía en paz, cuidando de su hernia, en la casa de Leshino, se había puesto el beshmet azul con bolsillos de media luna, botas lustrosas, casquete rojo con lentejuelas y faja de seda con borlas, e instalado en un banco junto al porche de la cocina, donde hacía ya bastante rato que tomaba el sol, cuyos rayos centelleaban en la cadena de plata del reloj que pendía sobre su pecho, en una espera tranquila y festiva. De repente, corriendo con dificultad por el sendero curvado que bajaba al río, apareció de entre las profundas sombras, con un salvaje brillo en los ojos y los labios dispuestos a emitir un grito, pero todavía silenciosos, el lacayo Kasimir, viejo, gris, con patillas: llegaba con la noticia de que en la curva más próxima se había oído el ruido de cascos sobre el puente (un rápido tamborileo sobre madera que se interrumpió

inmediatamente) —garantía de que la victoria estaba a punto de enfilar el polvoriento camino paralelo al parque. Fiodor se lanzó en aquella dirección —entre los troncos de los árboles, sobre el musgo y los arándanos—, y allí podía verse, más allá de la senda marginal, sobre el nivel de los abetos jóvenes, la cabeza y las mangas añiles del cochero que se deslizaban con el ímpetu de una visión. Retrocedió corriendo —y el columpio abandonado aún temblaba en el jardín, mientras ante el porche se encontraba la victoria vacía, con la arrugada manta de viaje; su madre ya subía los peldaños, arrastrando tras ella un chal color de humo— y Tania colgada del cuello de su padre, quién con la mano libre se había sacado un reloj del bolsillo y le echaba una ojeada, porque siempre le gustaba saber a qué velocidad había llegado a casa desde la estación.

El año siguiente, ocupado con trabajo científico, no se desplazó a ninguna parte, pero en la primavera

de 1914 ya empezó a preparar una nueva expedición al Tíbet con el ornitólogo Petrov y el botánico inglés Ross. La guerra con Alemania canceló bruscamente todo esto.

Consideraba la guerra un obstáculo molesto que cada vez fue siendo más molesto a medida que pasaba el tiempo. Por alguna razón, sus familiares estaban seguros de que Konstantin Kirilovich se alistaría como voluntario y marcharía inmediatamente a la cabeza de un destacamento: le consideraban un excéntrico, pero un excéntrico viril. De hecho, Konstantin Kirilovich, que ahora tenía más de cincuenta años, y conservaba grandes reservas de salud, agilidad y fuerza —y tal vez estaba más dispuesto que antes a vencer montañas, tanguts, mal tiempo y otros mil peligros que los sedentarios ni siquiera habían soñado— no sólo permaneció en su casa sino que intentó no darse cuenta de la guerra, y si alguna vez hablaba de ella, era con airado desprecio. «Mi padre —escribió

Fiodor, recordando aquel tiempo— no sólo me enseñó muchas cosas sino que también adiestró mis pensamientos, como se adiestra una voz o una mano, según las reglas de su escuela. Así, yo sentía bastante indiferencia hacia la crueldad de la guerra; incluso admitía que se puede hallar cierta satisfacción en la puntería de un disparo, en el peligro de un reconocimiento, o en la delicadeza de una maniobra; pero estos pequeños placeres (que, además, están mejor representados en otros aspectos especiales del deporte, como la caza del tigre, tres en raya y el boxeo profesional) no compensaban en absoluto ese toque de deprimente idiotez inherente a cualquier guerra».

Sin embargo, pese a la «antipatriótica posición de Kostia», como lo expresaba tía Xenia (mientras, decidida y diestramente, empleaba «encumbradas relaciones» para ocultar a su marido, oficial del ejército, en las sombras de la retaguardia), la casa estaba inmersa en las preocupaciones de la guerra.



Elisaveta Pavlovna se vio involucrada en la obra de la Cruz Roja, lo cual indujo a la gente a comentar que su energía «compensaba la indolencia de su marido», ya que éste «se interesaba más por los gusanos asiáticos que por la gloria de las armas rusas», como señaló un periódico impertinente. Los discos fonográficos entonaban las palabras de la canción de amor «La gaviota», disfrazándolas de caqui (... aquí viene un joven abanderado con una sección de infantería...); en la casa aparecieron afectadas enfermeras, con rizos que asomaban bajo las cofias de reglamento y que golpeaban con habilidad sus cigarrillos contra las pitilleras antes de encenderlos; el hijo del portero huyó hacia el frente y Konstantin Kirilovich recibió el encargo de gestionar su regreso; Tania empezó a frecuentar el hospital militar de su madre para dar lecciones de gramática rusa a un plácido y barbudo oriental cuya pierna iba a ser amputada aún más arriba en un intento de evitar la gangrena; Yvonna Ivanovna tejía

mitones de lana; los días de fiesta, la artista de variedades Feona entretenía a los soldados con canciones de revista; el personal del hospital escenificó Vova hace lo que puede, comedia sobre los que desoían el llamamiento a filas; y los periódicos publicaban versos dedicados a la guerra:

¡Hoy eres el azote del destino contra nuestra amada patria, pero, con enorme alegría, la mirada rusa resplandecerá cuando vea al Tiempo marcando con imparcialidad al Afilado germano con el estigma de la Vergüenza!

En la primavera de 1915, en lugar de trasladarnos de San Petersburgo a Leshino, que siempre parecía tan natural e inamovible como la sucesión de meses del calendario, fuimos a pasar el verano en nuestra finca de Crimea, en la costa entre Yalta y Alupka. En los prados inclinados del jardín increíblemente verde, con el rostro crispado por la angustia y las manos temblorosas de felicidad, Fiodor cazó mariposas meridionales; pero las

auténticas rarezas de Crimea no se encontraban aquí, entre los mirtos, ceriflores y magnolias, sino mucho más arriba, en las montañas, entre las rocas de Ai-Petri y en la exuberante meseta del Yayla; aquel verano su padre le acompañó más de una vez por una senda entre los pinares para enseñarle, con una sonrisa condescendiente hacia esta insignificancia europea, la sátira recientemente descrita por Kusnetsov, que revoloteaba de piedra en piedra en el mismo sitio en que algún vulgar fanfarrón había grabado su nombre en la roca. Estos paseos eran la única distracción de Konstantin Kirilovich. No es que estuviera ceñudo o irritable (estos limitados epítetos no cuadraban con su estilo espiritual), sino inquieto, simplemente —y tanto Elisaveta Pavlovna como los niños sabían perfectamente cuál era su deseo. De pronto, en agosto, se marchó por breve tiempo; nadie sabía adónde, excepto sus más íntimos; su modo de encubrir el viaje habría excitado la envidia de cualquier terrorista que

necesitara desplazarse; era gracioso y terrible a la vez imaginar cómo se hubiera frotado las manos la opinión pública rusa, de haber sabido que en el punto cumbre de la guerra Godunov-Cherdyntsev se había trasladado a Ginebra para entrevistarse con un profesor alemán, grueso, calvo y extraordinariamente jovial (también estuvo presente un tercer conspirador, un anciano inglés que llevaba gafas de fina montura y un holgado traje gris), que se habían reunido en una pequeña habitación de un hotel modesto para una consulta científica, y que, tras haber discutido lo necesario (el tema era una obra de muchos volúmenes, cuya publicación se continuaba tercamente en Stuttgart con la prolongada cooperación de especialistas extranjeros en diferentes grupos de mariposas), se separaron apaciblemente— cada uno en su propia dirección. Pero este viaje no le animó; por el contrario, el sueño constante que le abrumaba incrementó aún más su presión secreta. En otoño regresaron a San

Petersburgo; trabajaba arduamente en el quinto volumen de Mariposas diurnas y nocturnas del Imperio ruso, salía con muy poca frecuencia y — encolerizándose más por los errores de su adversario que los suyos propios— jugaba al ajedrez con el botánico Berg, que había enviudado recientemente. Echaba una ojeada a los diarios con una sonrisa irónica; se sentaba a Tania en las rodillas y se quedaba absorto, y la mano con que rodeaba el hombro redondo de Tania también se sumía en la abstracción. Una vez, en noviembre, le entregaron un telegrama mientras estaba sentado a la mesa; lo abrió, lo leyó para sus adentros, volvió a leerlo, a juzgar por el segundo movimiento de sus ojos, lo dejó a un lado, bebió un sorbo de oporto de una copa de oro en forma de cazo, y continuó imperturbablemente su conversación con un pariente pobre, anciano, bajo, con el cráneo cubierto de pecas, que venía a cenar dos veces al mes y traía invariablemente a Tania melcochas blandas y

pegajosas —tyanushki. Cuando los invitados se hubieron marchado, se desplomó en un sillón, se quitó las gafas, se pasó la palma por toda la cara y anunció con voz serena que tío Oleg había sido gravemente herido en el estómago por un cascote (mientras trabajaba en un puesto de primeros auxilios bajo el fuego enemigo)— e inmediatamente surgió en el alma de Fiodor, lastimándola con sus bordes puntiagudos, uno de esos innumerables diálogos, deliberadamente grotescos, que los hermanos habían sostenido recientemente durante las comidas:

TÍO OLEG (*en un tono de burla*):

Bueno, cuéntame, Kostia, ¿has visto alguna vez por casualidad en la reserva Wie el pajarito Fulano de tal?

MI PADRE (*lacónicamente*):

Me temo que no.

TÍO OLEG (*animándose*):

Y, Kostia, ¿has visto alguna vez el caballo de Popovski picado por la mosca de Popov?

MI PADRE (*aún más lacónico*):

Nunca.

TÍO OLEG (*completamente en éxtasis*):

¿Y has tenido ocasión, por ejemplo, de observar el movimiento en diagonal de un enjambre entóptico?

MI PADRE (*mirándole a los ojos*):

Sí.

Aquella misma noche se marchó a Galitzia a buscarle, le trajo con extrema rapidez y comodidad, consiguió a los mejores médicos, Gershenzon, Yeshov, Miller-Melnitski, y asistió a dos prolongadas operaciones. Para Navidad su hermano ya estaba bien. Y entonces cambió algo en el estado de ánimo de Konstantin Kirilovich: sus ojos cobraron vida y se suavizaron, volvió a oírse el

tarareo musical que solía emitir cuando estaba especialmente satisfecho de algo, se marchó a algún lugar, llegaron y desaparecieron ciertas cajas, en torno a esta misteriosa alegría del dueño de la casa se notaba una creciente sensación de perplejidad indefinida y expectante —y una vez que Fiodor pasaba por el salón dorado, bañado por el sol de primavera, se fijó de pronto en que el picaporte de bronce de la puerta blanca que conducía al estudio de su padre se movía pero no giraba, como si alguien lo tocara sin abrir la puerta; pero en seguida se abrió sin ruido y su madre salió con una sonrisa vaga y paciente en el rostro manchado de lágrimas, y al pasar junto a Fiodor hizo un extraño ademán de impotencia. Éste llamó a la puerta y entró en el estudio. «¿Qué quieres?», preguntó Konstantin Kirilovich sin levantar la vista ni parar de escribir. «Llévame contigo», dijo Fiodor.

El hecho de que en el momento más alarmante, cuando las fronteras de Rusia se estaban



desmoronando y le devoraban las entrañas, Konstantin Kirilovich decidiera de repente abandonar a su familia durante dos años para realizar una expedición científica en un país remoto, se antojó un capricho salvaje, una frivolidad monstruosa a la mayoría de la gente. Se habló incluso de que el gobierno «no permitiría la compra de provisiones», que «aquel loco» no conseguiría compañeros de viaje ni animales de carga. Pero ya en Turquestán el olor peculiar de la época era apenas perceptible; prácticamente lo único que lo recordó fue una recepción organizada por los administradores de un distrito para recaudar fondos para la guerra (un poco más tarde estalló una rebelión entre los *kirguises* y cosacos en relación con el llamamiento a trabajar para la guerra). Justo antes de su marcha en junio de 1916, Godunov-Cherdyntsev fue a Leshino, desde la ciudad para despedirse de su familia. Hasta el último momento Fiodor soñó que su padre le llevaría consigo —en

cierta ocasión había dicho que lo haría en cuanto su hijo cumpliera quince años. «Si los tiempos fueran otros, te llevaría», dijo ahora, como olvidando que para él el tiempo era siempre otro.

En sí misma, esta última despedida no se diferenció en nada de las precedentes. Después de la ordenada sucesión de abrazos que era costumbre en la familia, sus padres, provistos de idénticas gafas protectoras con anteojeras de gamuza, se instalaron en un coche deportivo rojo; los criados les rodearon; apoyado en su bastón, el anciano vigilante permanecía a cierta distancia, junto al álamo herido por un rayo; el conductor, hombre bajo y rechoncho que llevaba librea de pana y polainas anaranjadas —y tenía la nuca del color de la zanahoria y un topacio en la mano gordinflona—, dio un tirón con un terrible esfuerzo, dio otro tirón, puso el motor en marcha (sus padres empezaron a vibrar en sus asientos), corrió a sentarse ante el volante, movió una palanca, se puso los guantes y volvió la cabeza.

Konstantin Kirilovich le hizo una seña pensativa y el coche empezó a moverse; el *foxterrier* se ahogaba a fuerza de ladridos mientras se removía salvajemente en los brazos de Tania, dando la vuelta al cuerpo y torciendo la cabeza por encima de su hombro; la roja parte trasera del coche desapareció en la curva y entonces, desde detrás de los abetos, llegó un quejido y el sonido de un brusco cambio de marchas, seguido de un murmullo en disminución; se hizo el silencio, pero pocos momentos después, desde el pueblo que estaba al otro lado del río llegó de nuevo el triunfal estrépito del motor, que fue extinguiéndose gradualmente —para siempre. Yvonna Ivanovna lloraba con profusión, y fue a buscar leche para el gato. Tania fingía que cantaba, y volvió a la casa fresca, resonante y vacía. La sombra de Shaksybay, muerto el pasado otoño, se deslizó del banco del porche y volvió a su bello y tranquilo paraíso, rico en ovejas y rosas.

Fiodor cruzó el parque, abrió la melodiosa

puerta de torniquete y atravesó la carretera donde los gruesos neumáticos acababan de imprimir sus huellas. Una familiar belleza blanca y negra se elevó suavemente del suelo y describió un amplio círculo, para participar también en la despedida. Se adentró entre los árboles y, por un sendero sombreado donde doradas moscas pendían, temblando, de rayos transversales, llegó a su claro favorito, cenagoso, lozano, cuya humedad brillaba bajo el sol ardoroso. El significado divino de su claro del bosque se expresaba en sus mariposas. Todo el mundo habría encontrado algo aquí. El excursionista podría haber descansado sobre una cepa. El artista habría entrecerrado los ojos. Pero su verdad sólo podía ser profundizada por el amor amplificado por el conocimiento: por sus «órbitas bien abiertas» — para citar a Pushkin.

Emergidas recientemente y gracias a su coloración fresca, casi anaranjada, alegres *Fritilarias Selene* flotaban con una especie de

encantadora timidez, con las alas extendidas y casi sin moverlas, como las aletas de una carpa dorada. Una cola de golondrina algo manchada ya, pero todavía fuerte, con un espolón de menos y exhibiendo su panoplia, descendió sobre una camomila, se apartó de ella, como si retrocediera, y la flor se enderezó y empezó a balancearse. Unas cuantas blancas de rayas negras revoloteaban perezosamente; dos o tres de ellas estaban salpicadas de la roja secreción de la crisálida (cuyas manchas en las paredes blancas de las ciudades predijeron a nuestros antepasados la caída de Troya, plagas, terremotos). Las primeras Aphantopus de anillos de chocolate aleteaban ya sobre la hierba con movimientos saltarines e inseguros; una mariposa Burnet, azul y roja, de antenas azules, que parecía un escarabajo disfrazado, se hallaba posada sobre una escabiosa en compañía de un jején. Abandonando apresuradamente el césped para posarse en la hoja

de un álamo, una mariposa hembra de la col informó a su insistente perseguidor, mediante un extraño giro del abdomen y la posición plana de las alas (que recordaban unas orejas vueltas hacia atrás) de que ya estaba fecundada. Dos cobrizas teñidas de violeta (sus hembras aún no habían salido) se enredaron en un vuelo instantáneo, zumbaron, dieron vueltas una en torno a la otra, se movieron furiosamente, subieron cada vez más arriba —y de repente se separaron y volvieron a las flores. Una *amandus* azul incomodó al pasar a una abeja. Una Fritilaria Freya volaba entre las Selenas. Una mariposa colibrí, con el cuerpo de un abejorro y alas cristalinas que batía invisiblemente, rozó una flor desde el aire con su larga trompa prensil, voló a otra, y luego a una tercera. Toda esta vida fascinante, por cuya mezcla actual podía determinarse de manera infalible tanto la edad del verano (casi exactamente los días) como la situación geográfica de la región y la composición vegetal del claro—

todo esto vivía y era genuino y siempre bello para él, y Fiodor lo percibió con una mirada experimentada y penetrante. De improviso colocó el puño sobre el tronco de un abedul y, apoyándose en él, prorrumpió en llanto.

Aunque su padre no era aficionado al folklore, solía citar un notable cuento de hadas *kirguis*. El hijo único de un gran kan, extraviado durante una cacería (así empiezan los mejores cuentos de hadas y así terminan las mejores vidas), vio algo que centelleaba entre los árboles. Al acercarse comprobó que era una muchacha que recogía leña y llevaba un vestido hecho de escamas; sin embargo, no podía decidir qué era exactamente lo que brillaba tanto, si el rostro de la muchacha o su vestido. La acompañó junto a su anciana madre, y entonces el joven príncipe le ofreció como dote una pepita de oro del tamaño de una cabeza de caballo. «No —repuso la muchacha—, pero, escuchad, tomad esta bolsita —poco mayor que un dedal, como podéis ver

— y llenádmela». El príncipe, riendo («No cabrá ni una sola», dijo), echó una moneda, luego otra, y otra, y así hasta la última que llevaba consigo. En extremo perplejo, se marchó para consultarlo con su padre.

Reuniendo todos sus tesoros, fondos públicos y todo lo demás, el buen kan los echó en la bolsa; la sacudió, escuchó, volvió a sacudir; echó el doble de lo anterior: ¡sólo una caña en el canal!

Llamaron a la anciana. «Eso —dijo ésta— es un ojo humano: quiere abarcar todo lo del mundo»; entonces tomó un puñado de tierra y llenó inmediatamente la bolsa.

La última prueba creíble en relación con mi padre (sin contar sus propias cartas) pude hallarla en las notas del misionero francés (y docto botánico) Barraud, quien durante el verano de 1917 le vio por casualidad en las montañas del Tibet, cerca del pueblo de Chetu. «Me asombró ver —escribe Barraud (Exploration catholique de 1923)— un



caballo blanco ensillado paciendo en un prado de montaña. Al cabo de un rato apareció un hombre vestido a la europea, que bajaba de las rocas; me saludó en francés y resultó ser el famoso viajero ruso Godunov. Yo no había visto a un europeo desde hacía ocho años. Pasamos varios minutos deliciosos a la sombra de una roca, discutiendo un interesante detalle terminológico en relación con el nombre científico de un diminuto lirio azul celeste que crecía cerca de allí, y después, intercambiando una amistosa despedida, nos separamos, y él se reunió con sus compañeros, que le llamaban desde una hondonada, y yo continué mi camino para ver al padre Martin, que se moría en una remota posada».

Después de esto sólo hay niebla. A juzgar por la última carta de mi padre, breve como de costumbre pero insólitamente alarmada, que llegó a nuestras manos por milagro, a principios de 1918, poco después de encontrarse con Barraud inició los preparativos para el viaje de vuelta. Como tenía

noticias de la revolución, nos pedía que nos trasladásemos a Finlandia, donde nuestra tía tenía una casa de campo, y añadía que según sus cálculos, él llegaría «con la máxima prisa» alrededor del verano. Le esperamos dos veranos, hasta el invierno de 1919. Vivimos parte del tiempo en Finlandia y parte en San Petersburgo. Hacía tiempo que nuestro hogar había sido saqueado, pero el museo de mi padre, el corazón de la casa, como si poseyera la invulnerabilidad inherente a los objetos sagrados, sobrevivió en su totalidad (más tarde quedó bajo la jurisdicción de la Academia de Ciencias), y esta alegría compensó de sobra la desaparición de sillas y mesas conocidas desde la infancia. En San Petersburgo vivíamos en dos habitaciones del piso de mi abuela. A ésta, ignoro por qué razón, la llamaron dos veces a declarar. Se resfrió y falleció. Pocos días después, en una de aquellas terribles tardes invernales, hambrientas y sin esperanzas, que desempeñaron un papel tan siniestro en el desorden

civil, vino a visitarme un joven desconocido, con quevedos, reticente y de aspecto insignificante, para pedirme que fuese sin tardanza a ver a su tío, el geógrafo Beresovski. No sabía o no quiso decirme por qué, pero de pronto algo se derrumbó en mi interior y empecé a vivir mecánicamente. Ahora, al cabo de varios años, veo de vez en cuando a este Misha en la librería rusa de Berlín, donde trabaja — y cada vez que le veo, siento que un escalofrío me recorre toda la columna vertebral y todo mi ser vive de nuevo nuestro corto camino en común. Mi madre estaba ausente cuando llegó Misha (también recordaré siempre este nombre) pero la encontramos al bajar las escaleras; como no conocía a mi acompañante, me preguntó con ansiedad a dónde iba. Le repliqué que iba a comprar una maquinilla para cortar el pelo de la cual habíamos hablado unos días antes. Más adelante soñé a menudo con esta maquinilla inexistente, que tomaba las formas más inesperadas —montañas, escalas de vuelo, ataúdes,

armónicas—, pero siempre sabía, con el instinto del que sueña, que era una maquinilla para cortar el pelo. «Espera», gritó mi madre, pero nosotros ya estábamos abajo. Caminamos por la calle rápida y silenciosamente, él unos pasos delante de mí. Yo miraba las máscaras de las casas, los montones de nieve, y trataba de adelantarme al destino imaginado (destruyendo así, por anticipado, el que fuera posible) la pena incomprensible, negra y reciente con que volvería a casa. Entramos en una habitación de la que recuerdo que era totalmente amarilla, y allí un anciano de barba puntiaguda, que llevaba una chaqueta de militar y botas altas, me informó sin preámbulos de que, según noticias aún sin confirmar, mi padre ya no vivía. Mi madre me esperaba abajo, en la calle.

Durante los seis meses siguientes (hasta que mi tío Oleg nos llevó al extranjero casi por la fuerza) intentamos averiguar cómo y dónde había perecido —y también si la noticia de su muerte era cierta.

Aparte el hecho de que había ocurrido en Siberia (¡Siberia es muy grande!) durante el viaje de regreso desde el Asia central, no averiguamos nada. ¿Puede ser que nos ocultaran el lugar y las circunstancias de su misteriosa muerte y hayan seguido ocultándonos hasta ahora? (Su biografía de la *Enciclopedia Soviética* termina simplemente con las palabras: Murió en 1919). ¿O acaso el carácter contradictorio de la vaga prueba impidió mayor precisión de las respuestas? Una vez en Berlín nos enteramos de una o dos cosas suplementarias por diversas fuentes y distintas personas, pero estos añadidos resultaron ser nuevas capas de incertidumbre en lugar de atisbos de la verdad. Dos versiones incoherentes, ambas de naturaleza más o menos deductiva (y que además no nos dijeron nada sobre el punto más importante: cómo murió exactamente, si es que murió), se confundían y contradecían mutuamente. Según una de ellas, la noticia de su muerte había llegado a Semipalatinsk

por boca de un *kirguis*; según la otra, la transmitió un cosaco en Ak-Bulat. ¿Cuál era la ruta de mi padre? ¿Iba de Semirechie a Omsk (a través de la estepa de espolín, con el guía montado en un caballo pío) o desde el macizo del Pamir a Orenburg, a través de la región de Turgay (por la estepa de arena, con el guía montado en un camello y él en un caballo, con estribos de corteza de abedul, de pozo en pozo, evitando aldeas y líneas ferroviarias)? ¿Cómo pasó por entre la tormenta de la guerra campesina, cómo rehuyó a los rojos? No puedo imaginarme nada. Además, ¿qué clase de *shapka-nevidimka*, «gorra que hace invisible» podía salvarle, si incluso ésta se la habría puesto gallardamente torcida? ¿Se ocultó en la choza de un pescador (como supone Krüger) en el puesto «*Aralskoye more*», entre los imperturbables fieles de la antigua fe de los Urales? Y si había muerto, ¿cómo fue su muerte? «¿Cuál es su profesión?», preguntó Pugachiov al astrónomo Lowitz. «Contar

las estrellas». Tras lo cual le colgaron para que pudiera estar más cerca de ellas. ¡Oh!, ¿cómo murió? ¿De enfermedad? ¿De frío? ¿De sed? ¿A manos del hombre? Y de ser así, ¿puede aquella mano aún vivir, coger pan, levantar un vaso, cazar moscas, moverse, señalar, hacer señas, quedarse inmóvil, estrechar otras manos? ¿Respondió a su fuego durante mucho rato? ¿Guardó la última bala para sí mismo? ¿Le cogieron vivo? ¿Le llevaron al coche salón del cuartel general de la estación, ocupado por un destacamento de castigo (me imagino su horrible locomotora, alimentada con pescado seco), acusado de ser un espía blanco (y no sin razón: conocía bien al general blanco Lavr Kornilov, con quien había viajado en su juventud por la Estepa de la Desesperación y a quién en años posteriores había visto en China)? ¿Le mataron en el lavabo de señoras de alguna estación abandonada (espejo roto, felpa hecha jirones), o le llevaron a un huerto en una noche oscura, y esperaron a que

saliera la luna? ¿Cómo esperó con ellos en la oscuridad? ¿Con una sonrisa de desdén? Y si una mariposa blanquecina hubiese revoloteado entre la penumbra de las bardanas, incluso en aquel momento la habría seguido, lo sé, con la misma mirada de aliento con que a veces, después del té de la tarde, fumando su pipa en nuestro jardín de Leshino, solía saludar a las esfinges rosadas que probaban nuestras lilas.

Pero a veces tengo la impresión de que todo esto es un rumor estúpido, una cansina leyenda creada con los mismos gránulos dudosos de conocimiento aproximado que yo mismo empleo cuando mis sueños se pierden en regiones que sólo conozco de oídas o por los libros, por lo que la primera persona enterada que haya visto realmente los lugares mencionados se negará a reconocerlos, se burlará del exotismo de mis pensamientos, de las colinas de mi pena, de los precipicios de mi imaginación, y hallará en mis conjeturas tantos errores topográficos



como anacronismos. Pues, tanto mejor. Si el rumor de la muerte de mi padre es una ficción, ¿no es preciso conceder que su mismo viaje de regreso por Asia está meramente unido a esta ficción en forma de una cola (como aquella cometa que en la historia de Pushkin el joven Grinyov modeló con un mapa), y que tal vez, aunque mi padre emprendiera realmente este viaje de regreso (y no estuviera despedazado en el fondo de un abismo ni retenido como prisionero por monjes budistas), había elegido una ruta completamente diferente? Incluso he tenido ocasión de oír suposiciones (en el tono de un consejo tardío) de que bien podría haberse dirigido hacia el oeste, a Ladakg, a fin de adentrarse después en la India, o, ¿por qué no haber cruzado China y desde allí haberse dirigido en cualquier barco a cualquier puerto del mundo?

«Fuera como fuese, mamá, todo el material relacionado con su vida se encuentra ahora reunido en mi habitación. Mediante enjambres de

borradores, largos extractos manuscritos de muchos libros, indescifrables apuntes en gran cantidad de páginas sueltas, observaciones a lápiz garabateadas en los márgenes de otros escritos míos; mediante frases medio tachadas, palabras sin terminar y nombres ya olvidados, imprudentemente abreviados, que se ocultan entre mis papeles; mediante el frágil estatismo de información irrecuperable, destruido ya en algunos lugares por un movimiento mental demasiado rápido, que a su vez se desvaneció en la nada; mediante todo esto tengo que hacer ahora un libro ordenado y lúcido. A veces siento que ya lo he escrito, que se encuentra aquí, oculto en esta selva de tinta, que sólo he de liberarlo parte por parte de la oscuridad y las partes se unirán por sí solas... Pero de qué me sirve si esta labor de liberación se me antoja ahora tan difícil y complicada, si tengo tanto miedo de ensuciarlo con una frase vulgar o gastarlo en el curso de su traslado al papel, que ya llego a dudar de que pueda escribir el libro. Tú

misma me escribiste sobre las exigencias que debían presuponerse en una tarea semejante. Pero ahora opino que las cumpliría mal. No me acuses de debilidad y cobardía. Un día te leeré al azar extractos deshilvanados e incoherentes de lo que he escrito: ¡qué poco se parece a mi sueño escultural! Todos estos meses, mientras investigaba, tomaba notas, recordaba, pensaba, era inmensamente feliz: estaba seguro de que se gestaba algo de una belleza sin precedentes, de que mis notas eran simplemente pequeños puntales para la obra, jalones, estacas, y de que lo más importante se desarrollaba y creaba por sí solo, pero ahora veo, como si me despertara tendido en el suelo, que aparte de esas notas lastimosas no hay absolutamente nada. ¿Qué haré? Mira, cuando leo sus libros, o los de Grum, y oigo su ritmo cautivador, cuando estudio la posición de las palabras, que no pueden reemplazarse ni cambiar de lugar, me parece un sacrilegio tomar todo esto y diluirlo conmigo mismo. Si quieres, lo admitiré:

sólo soy un mero perseguidor de aventuras verbales, y perdona que me niegue a cazar mis fantasías en el coto privado de mi padre. Verás, he comprendido la imposibilidad de que germine la imaginería de sus viajes sin contaminarlos con una especie de poetización secundaria que se aleja cada vez más de aquella poesía auténtica con que la experiencia viva de aquellos naturalistas receptivos, experimentados y castos dotó a su investigación».

«Como es natural, te comprendo y estoy de acuerdo contigo —contestó su madre—. Es una lástima que no puedas lograrlo, pero convengo en que no debes forzarte. Por otro lado, estoy convencida de que exageras un poco. Estoy persuadida de que si pensaras menos en el estilo, las dificultades y la frase hecha del poetastro de que “con un beso empieza la muerte del romanticismo”, etc., crearías algo muy bueno, muy verdadero y muy interesante. Pero si te lo imaginas leyendo tu libro y tienes la sensación de que le irrita y te hace sentir

avergonzado, entonces, naturalmente, déjalo, déjalo. Pero sé que esto no puede ser, sé que él te diría: bien hecho. Todavía más: estoy convencida de que algún día escribirás este libro».

Fiodor recibió el estímulo externo para cancelar su trabajo en forma de un cambio de domicilio. Hay que decir en honor de su patrona que le soportó mucho tiempo, durante dos años. Pero cuando se le presentó la ocasión de conseguir el inquilino ideal en abril —una solterona entrada en años que se levantaba a las siete y media, trabajaba en una oficina hasta las seis, cenaba en casa de su hermana y se retiraba a las diez—, *Frau* Stoboy pidió a Fiodor que se buscara un nuevo alojamiento para antes de fin de mes. Él aplazaba continuamente sus indagaciones, no sólo por pereza y una tendencia optimista a dotar con la forma redonda de la eternidad a un plazo de tiempo concedido, sino también porque encontraba intolerablemente odioso invadir mundos ajenos con el objeto de hallar un

lugar para sí mismo. Sin embargo, *madame* Chernyshevski le prometió su ayuda. Marzo se acercaba a su fin cuando, una noche, le comunicó:

—Creo que tengo algo para usted. Un día conoció aquí a Tamara Grigorievna, aquella dama armenia. Tenía una habitación en el piso de una familia rusa, pero ahora quiere cederla a alguien.

—Lo cual significa que es una mala habitación, ya que quiere deshacerse de ella —observó Fiodor en tono desabrido.

—No, se trata sencillamente de que vuelve al lado de su marido. Sin embargo, si ya no le gusta por anticipado, no haré nada al respecto.

—No he querido ofenderla —repuso Fiodor—. Me gusta mucho la idea, créalo.

—Naturalmente, no existe ninguna garantía de que la habitación aún no esté alquilada, pero le aconsejo que llame por teléfono.

—Oh, sí, por supuesto —dijo Fiodor.

—Como le conozco —continuó *madame* Chernyshevsky, hojeando una libreta negra—, y como sé que no llamará...

—Será lo primero que haga mañana —objetó Fiodor.

—... como no lo hará —Uhland cuarenta y ocho, treinta y uno—, lo haré yo misma. La llamaré ahora y usted podrá preguntarle lo que quiera.

—Espere, esperé un momento —interrumpió Fiodor con ansiedad—. No tengo idea de qué he de preguntar.

—No se preocupe, ella se lo dirá todo. —Y *madame* Chernyshevski, repitiendo rápidamente el número en voz baja, alargó la mano hacia la mesita del teléfono.

En cuanto se acercó el auricular a la oreja adoptó su acostumbrada postura telefónica en el

sofá: de la posición de sentada pasó a la recostada, se ajustó la falda sin mirar y sus ojos azules vagaron por la estancia mientras esperaba la comunicación. «Sería agradable...», empezó, pero entonces la telefonista contestó y *madame* Chernyshevski dijo el número con una especie de exhortación abstracta en el tono y un ritmo especial en la pronunciación de las cifras —como si 48 fuera la tesis y 31, la antítesis—, y añadió a guisa de síntesis: *jawoh!*

—Sería agradable —repitió a Fiodor— que ella fuese allí con usted. Estoy segura de que nunca en su vida... —De pronto, con una sonrisa, bajó la vista, movió un hombro rechoncho y cruzó las piernas estiradas—: ¿Tamara Grigorievna? —preguntó con una voz nueva, suave e incitante. Rió con suavidad mientras escuchaba, alisando un pliegue de su falda—. Sí, soy yo, ha acertado. Creía que, como siempre, no me reconocería. Está bien... digamos muy a menudo. —Y acomodando aún más su tono—: Bueno, ¿qué hay de nuevo? —Escuchó parpadeando



lo que había de nuevo; como en un paréntesis, empujó hacia Fiodor una caja de bombones rellenos de fruta; entonces los dedos de sus pequeños pies empezaron a frotarse unos contra otros dentro de las ajadas zapatillas de terciopelo; se inmovilizaron—. Sí, ya me lo han dicho, pero yo creía que tenía una clientela fija. —Siguió escuchando. En el silencio podía oírse el zumbido infinitamente pequeño de la voz procedente de otro mundo—. Vaya, esto es ridículo —dijo Alexandra Yakovlevna—, oh, es ridículo... Conque así están las cosas —dijo lentamente al cabo de un momento, y entonces, a una pregunta que se antojó a Fiodor como un ladrido microscópico, replicó con un suspiro—: Sí, más o menos, nada nuevo. Alexander Yakovlevich está bien, se mantiene ocupado, ahora está en un concierto, y yo no tengo ninguna noticia, nada especial. En este momento tengo aquí a... Sí, claro, le divierte, pero no puede imaginarse cuánto deseo a veces marcharme a alguna parte con él, aunque sólo

fuera por un mes. ¿Cómo? Oh, a cualquier parte. En general, todo es un poco deprimente a veces, pero no hay nada nuevo. —Inspeccionó su palma con lentitud y permaneció así, con la mano extendida—. Tamara Grigorievna, tengo aquí a Gudonov-Cherdyntsev. A propósito, está buscando una habitación. ¿Acaso esa gente con quien usted...? Oh, magnífico. Espere un momento, se lo paso.

—¿Cómo está? —dijo Fiodor, inclinándose ante el teléfono—. Alexandra Yakolevna me ha dicho...

En voz alta, de modo que incluso cosquilleó su oído medio, una voz clara y extraordinariamente ágil se hizo cargo de la conversación. «La habitación aún no está alquilada —empezó la desconocida Tamara Grigorievna—, y desde luego les gustaría mucho tener un huésped ruso. Le diré en seguida quiénes son. El nombre es Shchyogolev, esto no le dice nada a usted, pero en Rusia era fiscal, es un caballero muy, muy culto y agradable... Después está su mujer, que también es extremadamente simpática, y una hija

del primer matrimonio. Ahora, escuche: viven en el 15 de Agamemnonstrasse, distrito maravilloso, en un piso pequeño pero *hoch modern*, con calefacción central, cuarto de baño —en suma, todo cuanto usted pueda desear—. La habitación es deliciosa pero (con una entonación que se batía en retirada) da a un patio, aunque esto es una pequeñez. Le diré cuánto pagaba yo por ella: treinta y cinco marcos al mes. Es tranquila y tiene un buen diván. Bueno, esto es todo. ¿Qué más puedo decirle? Comía allí, y debo confesar que la comida era excelente, excelente, pero usted mismo debe preguntarles el precio. Yo estaba a régimen. Verá lo que vamos a hacer. Yo tengo que ir allí de todos modos mañana por la mañana, alrededor de las once y media, y soy muy puntual, así que nos encontraremos allí».

—Espere un segundo —dijo Fiodor (para quién levantarse a las diez equivalía a levantarse a las cinco para cualquier otra persona)—. Espere un segundo. Me temo que mañana... Tal vez sería mejor

si yo...

Quería decir: «si yo le llamara», pero *madame* Chernyshevski, que estaba a su lado, le dirigió tal mirada que, tragando saliva, se corrigió inmediatamente: «Sí, creo que podré —dijo sin animación—. Gracias, vendré».

—Muy bien —(en tono narrativo)—, es el número 15 de Agamemnonstrasse, tercer piso, con ascensor. De modo que quedamos así. Hasta mañana, entonces. Tendré gran placer en verle.

—Adiós —dijo Fiodor Konstantinovich.

—Espere —gritó Alexandra Yakolevna—, no cuelgue, por favor.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la dirección estipulada —de un humor irritable, con el cerebro confuso y sólo la mitad de su ser en funcionamiento (como si la otra mitad aún no hubiera abierto debido a lo temprano de la hora)—,

resultó que Tamara Grigorievna no sólo no estaba allí, sino que había telefoneado para decir que no podía venir. Le recibió el propio Shchyogolev (nadie más estaba en casa), hombre corpulento y gordinflón, cuyo perfil recordaba a una carpa, de unos cincuenta años, con una de esas caras rusas cuya sinceridad es casi insultante. Era una cara bastante llena, de corte ovalado, que tenía un minúsculo mechón de pelo justo debajo del labio inferior. En cierto modo, su notable peinado era también algo insultante: escasos cabellos negros, muy lisos, con una raya que no estaba del todo en el centro de la cabeza pero tampoco en ninguno de los dos lados. Grandes orejas, sencillos ojos masculinos, nariz gruesa y amarillenta y una sonrisa húmeda completaban la impresión general, que era agradable. «Godunov-Cherdyntsev —repitió—, claro, claro, un nombre muy conocido. Conocí una vez... déjeme ver —¿es Oleg Kirilovich su padre? Ajá, su tío. ¿Dónde vive ahora? ¿En Filadelfia?

Hum, eso está bastante lejos. ¡Hay que ver hasta dónde llegamos los emigrados! Asombroso. ¿Y está usted en contacto con él? Comprendo, comprendo. Bien, no dejes para mañana lo que ya tienes hecho— ¡ja, ja! Venga, le enseñaré su alojamiento».

A la derecha del recibidor había un corto pasillo que torcía inmediatamente a la derecha en un ángulo recto para convertirse en otro embrión de pasillo que terminaba ante la puerta entornada de la cocina. La pared izquierda tenía dos puertas; Shchyogolev abrió la primera tras una enérgica inspiración. Ante nosotros se inmobilizó una habitación pequeña y apaisada, de paredes ocres, con una mesa junto a la ventana, un diván contra una pared y un armario contra la otra. A Fiodor le pareció repelente, hostil, completamente «inapropiada» para su vida, como situada a varios fatídicos grados de la verdad (con un rayo de sol polvoriento que representaba la línea de puntos que marca la inclinación de una figura geométrica cuando se hace girar) en relación con ese

rectángulo imaginario dentro de cuyos límites podría dormir, leer y pensar; pero incluso aunque por un milagro hubiese podido ajustar su vida al ángulo de esta caja anormal, sus muebles, su color, la vista al patio de asfalto —todo en ella era insoportable, y decidió en seguida que no la alquilaría.

«Bien, aquí la tiene —dijo con jovialidad Shchyogolev—, y al lado está el cuarto de baño. Necesita un poco de limpieza. Ahora, si no le importa...». Chocó violentamente con Fiodor al volverse en el angosto pasillo y, emitiendo un «Och!» de disculpa, le agarró por el hombro. Volvieron al recibidor. «Aquí está la habitación de mi hija, y aquí la nuestra —dijo, y señaló las puertas a derecha e izquierda—. Y esto es el comedor», y abriendo una puerta del fondo, la mantuvo en esta posición durante varios segundos, como si tomara una fotografía de larga exposición. Fiodor paseó la vista por la mesa, un plato de nueces, un aparador... Ante la ventana del extremo, cerca de una mesita de

bambú, había un sillón de alto respaldo: sobre sus brazos, en aéreo reposo, se veía un vestido de gasa, azul pálido y muy corto (como se llevaban entonces en los bailes), y en la mesita brillaba una flor plateada y un par de tijeras.

—Eso es todo —dijo Shchyogolev y cerró cuidadosamente la puerta—. Ya lo ve —cómodo, hogareño; todo lo que tenemos es de tamaño reducido, pero no nos falta nada. Si desea comer con nosotros, sea bienvenido, lo hablaremos con mi mujer; entre nosotros, no es mala cocinera. Porque es amigo de la señora Abramov, le cobraremos lo mismo que a ella, no le maltrataremos, vivirá como el pez en el agua— y Shchyogolev rió jugosamente.

—Sí, creo que la habitación me conviene —dijo Fiodor, tratando de no mirarle—. De hecho, me gustaría trasladarme el miércoles.

—Como guste —repuso Shchyogolev.

¿Ha sentido usted alguna vez, lector, esa tristeza



sutil al separarse de una vivienda no amada? El corazón no se destroza como ocurre al separarse de objetos queridos. La mirada húmeda no se pasea reteniendo una lágrima, como si quisiera llevar consigo un tembloroso reflejo del lugar abandonado; pero en el mejor rincón de nuestros corazones nos compadecemos de las cosas que no hemos animado con nuestro aliento, que apenas hemos advertido y que ahora dejamos para siempre. Este inventario ya muerto no resucitará después en la memoria: la cama no nos seguirá, cargando consigo misma; el reflejo de la cómoda no se levantará de su ataúd; sólo la vista desde la ventana vivirá algún tiempo con nosotros, como la fotografía descolorida, clavada a una cruz de cementerio, de un caballero bien peinado, de ojos serenos y cuello almidonado. Me gustaría decirte adiós, pero tú ni siquiera oirías mi saludo. No obstante, adiós. He vivido aquí exactamente dos años, he pensado muchas cosas, las sombras de mi caravana han pasado por este papel

de la pared, han crecido lirios de la ceniza de cigarrillo caída sobre la alfombra —pero ahora el viaje ha terminado. Los torrentes de libros han vuelto al océano de la biblioteca. Ignoro si leeré algún día los borradores y extractos amontonados bajo la ropa interior de la maleta, pero sé que nunca volveré a ver esta habitación.

Fiodor se sentó sobre su maleta y la cerró; dio la vuelta por la habitación; repasó por última vez los cajones y no encontró nada: los cadáveres no roban. Una mosca subió por el cristal de la ventana, resbaló con impaciencia, cayó y voló a medias, como si sacudiera algo, y de nuevo empezó a trepar. La casa de enfrente, que había encontrado cubierta de andamios en el antepasado abril, necesitaba evidentemente nuevas reparaciones: en la acera había preparadas varias pilas de tablones. Sacó sus cosas, fue a despedirse de su patrona, estrechando su mano por primera y última vez, mano que resultó ser fuerte, seca y fría, le devolvió las llaves y se

marchó. La distancia entre la antigua residencia y la nueva era más o menos la misma que, en un lugar de Rusia, separa la avenida Pushkin de la calle Gógol.

# CAPÍTULO TERCERO

Todas las mañanas, justo después de las ocho, le sacaba de su sueño el mismo sonido de detrás de la delgada pared, a medio metro de su sien. Era el tintineo limpio, de fondo redondo, de un vaso que alguien volvía a dejar sobre un estante de cristal; tras lo cual la hija del patrón carraspeaba. Entonces venía el espasmódico trk-trk de un cilindro giratorio, luego el sonido de agua corriente, que se ahogaba, gemía y cesaba de pronto, luego el grotesco quejido interno de un tapón de bañera que al final cedía el paso al susurro de la ducha. Se abría un cerrojo y sonaban unos pasos frente a su puerta. De la dirección opuesta venían otros pasos, oscuros y pesados, que se arrastraban un poco: era Marianna Nikolavna que iba de prisa a la cocina para preparar el café de su hija. Se oía el gas que, al principio, se negaba a encenderse con ruidosos estallidos; una vez

apaciguado, ardía y silbaba con regularidad. Los primeros pasos volvían, ahora con tacones; en la cocina se iniciaba una conversación rápida y agitada. Del mismo modo que algunas personas hablan con pronunciación del sur o moscovita, la madre y la hija lo hacían invariablemente con acento de pelea. Su voces eran similares, ambas suaves y profundas, pero una más aguda y como entorpecida, la otra más libre y pura. En el murmullo de la madre había una súplica, incluso una súplica culpable; en las réplicas cada vez más breves de la hija sonaba la hostilidad. Con el acompañamiento de esta confusa tormenta matutina, Fiodor Konstantinovich volvía a quedarse beatíficamente dormido.

A través de su ligero sueño intermitente percibía sonidos de limpieza; la pared se derrumbaba bruscamente encima de él: esto significaba que el mango de una escoba se había apoyado precariamente contra su puerta. Una vez por semana la mujer del portero, gorda, de respiración pesada y

con olor a sudor rancio, venía con un aspirador, y entonces se desencadenaba un gran estruendo, el mundo se hacía pedazos, un rugido infernal invadía el alma de uno, la destruía, y sacaba a Fiodor de la cama, de su habitación y de la casa. Pero en general, alrededor de las diez, Marianna Nikolavna entraba en el cuarto de baño y tras ella, arrancando flema de su garganta mientras se aproximaba, Ivan Borisovich. Tiraba hasta cinco veces de la cadena del retrete pero no usaba el baño, se contentaba con el murmullo del lavabo pequeño. A las diez y media todo era el silencio en la casa: Marianna Nikolavna se había ido de compras, Shchyogolev a sus dudosos negocios. Fiodor Konstantinovich descendía a un abismo de dicha donde los cálidos restos de su sueño se mezclaban con una sensación de felicidad, tanto por el día anterior como por el que empezaba.

Muy a menudo ahora iniciaba la jornada con una poesía. Tendido boca arriba con el primer cigarrillo, largo, de gusto satisfactorio y prolongada duración,

entre los labios resecos, componía de nuevo, tras un lapso de casi diez años, aquella determinada clase de poesía de la cual se hace un regalo al atardecer a fin de verse reflejado en la onda que la ha llevado a cabo. Comparó la estructura de estos versos con la de los otros. Las palabras de los otros ya estaban olvidadas. Sólo aquí y allí entre las letras borradas se habían preservado algunas rimas, las suntuosas mezcladas con las mediocres: *beso-embeleso, asilo-tilo, hojas-enojas*. Durante aquel decimosexto verano de su vida empezó a escribir poesía con seriedad; antes, excepto trivialidades entomológicas, no había habido nada. Pero hacía mucho tiempo que cierto ambiente de composición le era conocido y familiar: en su casa, todos garabateaban algo — Tania escribía en un pequeño álbum provisto de un diminuto candado; su madre escribía poesías en prosa, conmovedoras en su sencillez, sobre la belleza de sus bosques nativos; su padre y tío Oleg componían versos ocasionales— y estas ocasiones

eran bastante frecuentes; y tía Xenia escribía poemas, sólo en francés, temperamentales y «musicales», con total desconsideración hacia las sutilezas del verso silábico; sus efusiones eran muy populares entre la sociedad de San Petersburgo, en particular el largo poema *La Femme et la Panthère* y también una traducción de *Una pareja de bayos* de Apujtin —una de cuyas estrofas decía así:

*«Le gros grec d’Odessa, le juif de Varsovie,  
Le jeune lieutenant, le general age,  
Tous ils cherchaient en elle un peu de folle  
vie,  
Et sur son sein rêvait leur amour  
passager».*

Y, finalmente, había habido un «verdadero» poeta, el príncipe Voljovskoy, primo de su madre, que publicó un caro volumen de papel aterciopelado, grueso y exquisitamente impreso, de lánguidos poemas, Auroras y estrellas, lleno de



viñetas italianas de vides y enredaderas, con una fotografía del autor en la primera página y una monstruosa lista de erratas en la última. Los versos estaban agrupados en capítulos: *Nocturnos*, *Motivos otoñales*, *Las cuerdas del amor*. La mayoría de ellos llevaba el realce de un lema y bajo todos ellos había la fecha y el lugar exactos: Sorrento, Ai-Todor, o En el tren. No recuerdo nada de estas piezas, salvo la reiterada palabra «transporte», que incluso entonces me sonaba como un medio de trasladarse de un lugar a otro.

Mi padre se interesaba poco por la poesía, aunque hacía una única excepción con Pushkin: le conocía como algunas personas conocen la liturgia, y le gustaba declamarlo mientras paseaba. A veces pienso que un eco de El profeta de Pushkin aún debe estar vibrando en algún barranco resonantemente receptivo de Asia. Recuerdo que también citaba la incomparable *Mariposa*, de Fet, y la poesía de Tiuchev, Ahora se funden las sombras de un azul

vago; pero lo que gustaba a nuestra parentela, la poesía lacrimosa, fácilmente memorizada de fines del siglo pasado, que esperaba ávidamente que le pusieran música como tratamiento de su anemia verbal, le inspiraba una indiferencia completa. En cuanto al verso de avant-garde, lo consideraba una majadería —y en su presencia yo no pregonaba mi propio entusiasmo en esta esfera. Una vez en que con una sonrisa de ironía ya preparada hojeó los libros de poesía esparcidos sobre mi mesa y quiso la suerte que se detuviera en el peor ejemplo del mejor de ellos (aquel famoso poema de Blok donde aparece un *dshentelmen* imposible e insoportable que representa a Edgar Poe y donde *kovyor*, alfombra, rima con el inglés «sir», transcrito como *syor*), me molesté tanto que le puse rápidamente en la mano La copa de burbujas atronadoras, de Severyanin, para que pudiera desahogar mejor su alma en ella. En general, yo consideraba que si él consentía en olvidarse por un momento de la clase

de poesía que yo era lo bastante tonto para llamar «clasicismo» e intentaba comprender sin prejuicios qué era lo que yo amaba tanto, acabaría por percatarse del nuevo encanto que había aparecido en las facciones de la poesía rusa, encanto que yo intuía incluso en sus manifestaciones más absurdas. Pero cuando hoy totalizo lo que me ha quedado de esta nueva poesía, veo que ha sobrevivido muy poco y se trata precisamente de una continuación natural de Pushkin, mientras que la cáscara abigarrada, la infortunada imitación, las máscaras de la mediocridad y los zancos del talento— todo cuanto un día perdonó mi amor o contempló bajo una luz especial (y esto le parecía a mi padre el verdadero rostro de la innovación —«el hocico del modernismo», como él lo expresaba), es ahora anticuado, está más olvidado incluso que los versos de Karamsin; y cuando veo en la librería de alguien ésta o aquella colección de poesías que una vez vivieron conmigo como hermanas, siento por ellas lo

mismo que mi padre sentía entonces sin conocerlas del todo. Su error no estribaba en criticar sin discriminación toda la «poesía moderna», sino en negarse a detectar en ella el largo y vivificante rayo de su poeta favorito.

La conocí en junio de 1916. Tenía veintitrés años. Su marido, un pariente lejano nuestro, estaba en el frente. Ella vivía en una casa pequeña dentro de los límites de nuestra finca y solía visitarnos a menudo. Por su causa olvidé casi del todo a las mariposas y pasé completamente por alto la revolución. En el invierno de 1917 se fue a Novorossisk —y hasta que estuve en Berlín no me enteré por casualidad de su terrible muerte. Era bajita y delgada, tenía cabellos castaños que recogía en un moño alto, mirada alegre en los grandes ojos negros, hoyuelos en las mejillas pálidas y tiernos labios que pintaba con un fragante líquido rojo aplicándose el tapón del frasco de cristal. En todas sus actitudes había algo que yo encontraba adorable

hasta hacerme derramar lágrimas, algo indefinible entonces pero que ahora me parece una especie de patética despreocupación. No era inteligente, sino trivial y de educación más bien escasa, exactamente tu polo opuesto... no, no, no quiero decir en absoluto que la amaba más que a ti, ni que aquellas citas fueran más felices que mis encuentros nocturnos contigo... pero todos sus defectos quedaban ocultos bajo una marea tal de fascinación, ternura y gracia, fluía tal encanto de su palabra más casual e irresponsable, que yo estaba dispuesto a mirarla y escucharla eternamente— pero, qué ocurriría ahora si resucitara— no lo sé, no debes hacer preguntas estúpidas. Al atardecer solía acompañarla hasta su casa. Aquellos paseos resultaban útiles alguna vez. En su dormitorio había un retrato pequeño de la familia del zar y un turgueneviano olor a heliotropo. Yo regresaba muy pasada la medianoche (por suerte, mi tutor se había ido a Inglaterra), y nunca olvidaré la sensación de

ligereza, orgullo, raptó y salvaje hambre nocturna (ansiaba particularmente requesón con crema y pan negro) mientras caminaba por nuestra avenida, de susurro fiel y hasta lisonjero, hacia la casa oscura (sólo mi madre tenía una luz encendida) y oía los ladridos de los perros guardianes. También fue entonces cuando empezó mi enfermedad versificadora.

A veces estaba almorzando, sin ver nada, moviendo los labios —y al vecino que me pedía el azucarero le pasaba mi copa o un servilletero. Pese a mi inexperimentado deseo de expresar en verso el murmullo amoroso que me invadía (recuerdo bien haber oído decir a mi tío Oleg que si publicara un volumen de poesías, lo titularía, sin duda alguna, *Murmullo del corazón*), ya había montado, aunque pobre y primitiva, mi propia forja de palabras; sabía, por ejemplo, que en la elección de adjetivos, «innumerable» o «intangibile» llenaría de manera simple y conveniente el hueco, deseoso de cantar,

desde la cesura hasta la palabra final del verso («Porque tendremos innumerables sueños»); y también que para esta última palabra podía tomarse un adjetivo adicional, de sólo dos sílabas, para combinarla con la larga pieza central («De hermosura intangible y tierna»), fórmula melódica que, dicho sea de paso, ha tenido desastroso efecto tanto en la poesía rusa como francesa. Sabía que los útiles adjetivos del tipo *anfibraco* (un trisílabo que uno se imagina en forma de un sofá con tres almohadones— el de en medio dentado) eran abundantísimos en ruso —y cuántos «abatido», «encantado» y «rebelde» despilfarré; que teníamos asimismo muchos *troqueos* («tierno»), pero muchos menos dáctilos («gélido»), y éstos, en cierto modo, estaban todos de perfil; que, finalmente, los adjetivos *anapésticos* y *yámnicos* más bien escaseaban, y por añadidura eran siempre bastante aburridos e inflexibles, como «adalid» o «candor». Sabía también que los grandes y largos, como

«incomprensible» e «infinitesimal» entrarían en el tetrámero llevando sus propias orquestas, y que la combinación «falaz e incomprendido» prestaba cierta calidad de moaré al verso; si se mira de este modo, es un anfibraco, y de este otro modo, un yambo. Algún tiempo después, la monumental investigación de Andrei Bely sobre los «medios acentos» (el «comp» y el «ble» en el verso «Incomprensibles deseos») me hipnotizó con su sistema para marcar y calcular estos movimientos escurridizos, por lo que releí todos mis viejos tetrámetros desde este punto de vista y me dolió profundamente la escasez de modulaciones. Al examinar sus diagramas, vi que eran sencillos e incompletos, sin ninguno de esos rectángulos y trapecios que Bely encontró en los tetrámetros de los grandes poetas; y así, por espacio de casi un año — un año malo y pecador—, intenté escribir con miras a lograr los seudoesquemas más ricos y complicados:



*En dolorosas meditaciones,  
y aromáticamente oscuro,  
lleno de introvertida paciencia,  
suspira el parque semidesnudo.*

siguiendo así durante media docena de estrofas: la lengua tropezaba pero el honor estaba salvado. Expresada gráficamente mediante la unión de los «medios acentos» en los versos y de un verso a otro, la estructura rítmica de este monstruo originaba algo parecido a la inestable torre de cafeteras, cestas, bandejas y búcaros que un payaso de circo mantiene en equilibrio sobre un bastón, hasta que corre hacia la barrera de la arena y todo cae lentamente sobre los espectadores más próximos (que emiten horribles gritos), pero entonces resulta que todo estaba sujeto a una cuerda.

Es probable que como consecuencia de la débil fuerza motriz de mis pequeños rodillos líricos, los

verbos y otras partes del lenguaje me interesaban menos. No así las cuestiones de metro y ritmo. Venciendo una preferencia natural por los yambos, buscaba a tientas los metros ternarios; más adelante me fascinaron las escapadas de la métrica. Fue cuando Balmont, en su poema que empieza con «Seré imprudente, seré audaz», lanzó aquel artificial tetrametro yámbico con el chichón de una sílaba extra después del segundo pie, en el cual, que yo sepa, no se ha escrito jamás una sola poesía buena. Yo daba a este jorobado saltarín una puesta de sol o una nave y me asombraba al ver que la primera se desvanecía y la última naufragaba. Las cosas eran más fáciles con el soñador tartamudeo de los ritmos de Blok, pero en cuanto empecé a usarlos, en mi verso se infiltró imperceptiblemente un medievo estilizado —pajes azules, monjes, princesas—, similar al de aquel cuento alemán en que la sombra de Bonaparte visita, por la noche, al anticuario Stolz para buscar el fantasma de su tricornio.

A medida que progresaba mi caza, las rimas se fueron clasificando en un sistema práctico algo semejante al de un fichero. Se distribuyeron en pequeñas familias —racimos de rimas, paisajes de rimas. *Letuchiy* (volador) se agrupó inmediatamente con *tuchi* (nubes) sobre las *kruchi* (pendientes) del *shguchey* (ardiente) desierto y del *neminuchey* (inevitable) destino. *Nebosklon* (el cielo) abría el *balkon* (balcón) a la musa y le enseñaba un *klyon* (arce). *Tsvety* (las flores) y *ty* (tú) convocaban *mechty* (sueños) en medio de la *temnoty* (oscuridad). *Svechi*, *plechi*, *vstrechi* y *rechi* (velas, hombros, encuentros y discursos) creaban el antiguo ambiente de un baile en el Congreso de Viena o en el cumpleaños del gobernador de la ciudad. *Glasa* (ojos) brillaban, azules, en compañía de *biryusa* (turquesa), *grosa* (tormenta) y *strekosa* (libélula), y era mejor no enredarse con esta serie. *Derevyaya* (los árboles) estaban debidamente emparejados con *kochevyaya* (campamentos nómadas), como ocurre en

el juego que consiste en coleccionar cartas con nombres de ciudades y sólo se tienen dos de Suecia (¡pero una docena al tratarse de Francia!). *Veter* (viento) no tenía pareja, excepto de un *setter* no muy atractivo que corría en la lejanía, pero cambiando al genitivo se podían obtener palabras que terminasen en «metro» y lograr así (*vetra-geometra*). Había también ciertos monstruos muy apreciados cuyas rimas, como sellos raros en un álbum, estaban representadas por espacios en blanco. Así pues, me costó mucho tiempo descubrir que *ametistovyy* (de amatista) podía rimar con *perelistyvay* (vuelve las páginas), con *neistovyy* (furioso), y con el genitivo de un totalmente inapropiado *pristav* (policía). En suma, era una colección muy bien clasificada que conservaba siempre a mano.

No dudo de que incluso entonces, en la época de esta escuela y deformadora (de la que apenas me hubiera ocupado de haber sido un poeta típico jamás tentado por las zalamerías de una prosa armoniosa),

yo conocía la verdadera inspiración. La agitación que me dominaba no tardaba en cubrirme con una helada sábana, comprimirme las articulaciones y tirarme de los dedos. La lunática peregrinación de mi pensamiento, que por medios ignotos encontraba entre mil puertas la que conducía a la ruidosa noche del jardín, la expansión y contracción del corazón, ahora vasta como el cielo estrellado y en seguida pequeña como una gota de mercurio, los brazos abiertos de una especie de abrazo interior, los sagrados susurros, lágrimas y emoción del clasicismo —todo era genuino. Pero en aquel momento, en una tentativa torpe y atolondrada de resolver la agitación, me agarraba a las primeras palabras fáciles disponibles, a sus nexos ya confeccionados, por lo que en cuanto me embarcaba en lo que yo consideraba creación, en lo que debiera haber sido la expresión, la conexión viva entre mi divina excitación y mi mundo humano, todo expiraba en un fatal torrente de palabras, mientras yo

continuaba alternando epítetos y ajustando rimas sin advertir la grieta, la degradación y la traición— como un hombre que relata su sueño (infinitamente libre y complejo como todos los sueños, pero cuajándose como la sangre al despertar) y sin que él ni su auditorio se dé cuenta, lo redondea, lo depura y lo viste a la moda de la realidad vulgar, y si comienza así: «He soñado que estaba en mi habitación», vulgariza monstruosamente los planes del sueño al dar por sentado que la habitación estaba amueblada exactamente igual que su habitación de la vida real.

Adiós para siempre: un día de invierno en que caían grandes copos de nieve desde la mañana, en todas direcciones —verticalmente, en diagonal, incluso hacia arriba. Sus grandes chanclos y su manguito minúsculo. Se lo llevaba todo consigo, absolutamente todo— incluido el parque donde solían encontrarse en verano. A él sólo le quedaba el inventario rimado y la cartera bajo el brazo, la

gastada cartera de un alumno del último curso que había dejado la escuela. Una timidez extraña, el deseo de decir algo importante, silencio, vagas e insignificantes palabras. El amor, dicho simplemente, repite en la última despedida el tema musical de la timidez que precede a la primera confesión. El tacto reticulado de sus salados labios a través del velo. En la estación había un vil alboroto animal: ésta era la época en que las semillas blancas y negras de la flor de la dicha, el sol y la libertad se sembraban liberalmente. Ahora ha crecido. Rusia está poblada de girasoles, que es la flor más grande, más estúpida y de cara más gruesa.

Poesías: sobre la separación, sobre la muerte, sobre el pasado. Es imposible definir (pero parece que ocurrió en el extranjero) el período exacto de mi cambio de actitud hacia la poesía, cuando me cansé del taller, de la clasificación de palabras y de la colección de rimas. Pero qué dolorosamente difícil fue romper, esparcir y olvidar todo aquello: las

costumbres defectuosas persistían con firmeza, las palabras habituadas a ir juntas no querían quedarse sin pareja. En sí mismas no eran malas ni buenas, pero su combinación en grupos, la garantía mutua de las rimas, los ritmos en hilera —todo esto las hacía impuras, feas y muertas. Considerarse una mediocridad era apenas mejor que creerse un genio: Fiodor dudaba de lo primero y concedía lo segundo, pero, lo que es más importante, procuraba no rendirse a la cruel desesperación de una hoja en blanco. Puesto que había cosas que quería expresar de modo tan natural y espontáneo como los pulmones quieren dilatarse, las palabras apropiadas para respirar tenían que existir. Las reiteradas lamentaciones de los poetas de que, ay, no existen palabras disponibles, de que las palabras son cadáveres exangües, de que las palabras son incapaces de expresar nuestros sentimientos cotidianos (y para probarlo se da rienda suelta a un torrente de hexámetros trocaicos), se le antojaban



tan insensatas como el firme convencimiento del habitante más viejo de una aldea de montaña de que aquella cumbre no ha sido jamás escalada ni nunca lo será; una mañana fría y soleada aparece un inglés largo y delgado— y trepa alegremente hasta la cima.

El primer sentimiento de liberación se despertó en él cuando trabajaba en el pequeño volumen *Poemas*, publicado hacía ya dos años. Permanecía en su conciencia como un ejercicio agradable. Era cierto que ahora se avergonzaba de una o dos de aquellas cincuenta octavas —por ejemplo, la que trataba de la bicicleta, o del dentista—, pero, por otro lado, había fragmentos vivos y genuinos: la pelota perdida y encontrada, por ejemplo, había salido muy redondeada, y el ritmo de los dos últimos versos aún seguía cantando en su oído con la misma inspirada expresividad de antes. Había publicado el libro por cuenta propia (después de vender un vestigio casual de su antigua riqueza, una pitillera de oro plana con la fecha de una distante noche de

verano rascada en su superficie —¡oh, aquel crujido de la puerta de torniquete de ella, húmeda de rocío!) y del total de quinientos ejemplares impresos, cuatrocientos veintinueve seguían en el almacén del distribuidor, polvorientos y sin cortar, formando una buena montaña. Había regalado diecinueve a diferentes personas y reservado uno para sí mismo. A veces se preguntaba sobre la identidad exacta de las cincuenta y una personas que habían comprado el libro. Se imaginaba a todo el grupo en una habitación (como una reunión de accionistas— «lectores de Godunov-Cherdyntsev») y todos eran iguales: ojos pensativos y un pequeño volumen blanco en sus manos afectuosas. Sólo conocía con seguridad el destino de un único ejemplar: lo había comprado hacía dos años Zina Mertz.

Yacía fumando, lleno de suave sosiego; se recreaba en el calor uterino de la cama, el silencio del piso y el lánguido paso del tiempo. Marianna Nikolavna tardaría un poco en volver y la comida

era después de la una y cuarto. Durante los últimos tres meses había conjugado completamente la habitación y su movimiento en el espacio coincidía ahora exactamente con el de su vida. El ruido de un martillo, el silbido de una bomba, el estruendo de un motor en reparación, estallidos alemanes, de voces alemanas —todo este complejo conjunto de ruidos que llegaba todas las mañanas del lado izquierdo del patio, donde había garajes y talleres de coches, era familiar e inofensivo desde hacía tiempo— una pauta apenas perceptible dentro del silencio y no una violación de él. Podía tocar la mesita de la ventana con el dedo del pie, si lo estiraba por debajo de la manta, y mediante la proyección lateral del brazo podía alcanzar el armario de la pared izquierda (el cual, dicho sea de paso, se abría a veces sin ninguna razón, con el aspecto oficioso de un actor inepto que sale al escenario en un momento inoportuno). Sobre la mesa había la fotografía de Leshino, una botella de tinta, una lámpara bajo cristal opaco y un plato

con restos de mermelada; había revistas diseminadas, la Krasnaya Nov' soviética y los Sovremennye Sapiski de la emigración, y un tomito de poesía de Koncheyev, Comunicación, que acababa de aparecer. Caídos sobre la alfombra, junto al diván, había el diario de la víspera y una edición de *Almas muertas* publicada por la emigración. De momento no veía nada de todo ello, pero allí estaba: pequeña sociedad de objetos adiestrados para hacerse invisibles y encontrar así su propósito, que sólo podían cumplir mediante la constancia de su carácter misceláneo. Su euforia lo invadía todo —una niebla palpitante que de pronto empezaba a hablar con voz humana. Nada del mundo podía ser mejor que estos momentos. Ama solamente lo imaginativo y raro; lo que consigue aproximarse desde la distancia de un sueño; lo que los bribones condenan a muerte y los necios no pueden soportar. Sé fiel a la ficción como lo eres a tu patria. Ahora es nuestro tiempo. Sólo los perros extraviados y los

inválidos están despiertos. Suave es la noche de verano. Un coche pasa a gran velocidad: ese último coche se ha llevado para siempre al último banquero. Cerca del farol, las hojas venosas de un limero se disfrazan de crisoprasa con un fulgor translúcido. Más allá del portal yace la sombra encorvada de Bagdad, y tu estrella derrama su rayo sobre Pulkovo. Oh, júrame...

Desde el recibidor llegó el irritante repiqueteo del teléfono. Por acuerdo tácito, Fiodor lo atendía cuando los demás estaban fuera. ¿Y si no me levantase ahora? El timbre continuó mucho rato, con breves pausas para recobrar el aliento. No quería morir; había que matarlo. Incapaz de resistirlo, con una maldición, Fiodor ganó el recibidor a velocidad de fantasma. Una voz rusa preguntó, irritada, con quién hablaba. Fiodor la reconoció instantáneamente: era una persona desconocida — por capricho del destino, un compatriota— que ya se había equivocado de número el día anterior y ahora,

debido a la similitud de las cifras, volvía a equivocarse. «Por el amor de Dios, desaparezca», dijo Fiodor, colgando con airada premura. Visitó un momento el cuarto de baño, bebió en la cocina una taza de café frío y corrió de nuevo a la cama. ¿Cómo te llamaré? ¿Media-Mnemosine? También en tu apellido hay un medio resplandor. Es tan extraño para mí vagar, contigo oh, mi media fantasía, por el oscuro Berlín. Hay un banco bajo el árbol traslúcido. Estremecimientos y sollozos te reaniman allí, y en tu mirada veo toda la maravilla de la vida, y veo la pálida y bella refulgencia de tus cabellos. En honor de tus labios cuando besan los míos, podría inventar un día una metáfora: nieves de las montañas tibetanas, resplandor que danza, y un cálido manantial junto a flores salpicadas de escarcha. Nuestra pobre propiedad nocturna —ese húmedo brillo del asfalto, aquella valla y aquel farol — conducida por la imaginación para ganar a la noche un mundo de belleza. ¡Eso no son nubes —

sino estribaciones altas como las estrellas; no son persianas iluminadas— sino luz del campamento sobre una tienda! Oh, júrame que mientras la sangre palpita, serás fiel a lo que vamos a inventar.

A mediodía se oyó el hurgar de una llave (ahora pasamos al ritmo de la prosa de Bely), y la cerradura reaccionó como debía, con un castañeteo: era Marianna (relleno) Nikolavna, que volvía del mercado; con pasos fuertes y un desagradable crujido de su impermeable, acarreó una cesta de provisiones de quince kilos de peso por delante de su puerta y hasta la cocina. ¡Musa del ritmo de la prosa rusa! Di adiós para siempre a los tristes dactílicos del autor de Moscú. Ahora había desaparecido toda sensación de comodidad. Ya no quedaba nada de la matutina capacidad de tiempo. La cama se había convertido en la parodia de una cama. En los sonidos de la cocina, donde se preparaba la comida, había un reproche desagradable, y la perspectiva de lavarse y afeitarse

parecía tan tediosa e imposible como la perspectiva de los primitivos italianos. Y también de esto tendrás que separarte algún día.

Las doce y cuarto, las doce y veinte, las doce y media... Se permitió un último cigarrillo en el calor tenaz, aunque ya aburrido, de la cama. El anacronismo de la almohada se hacía cada vez más evidente. Se levantó sin terminar el cigarrillo y pasó inmediatamente de un mundo de muchas dimensiones interesantes a uno restringido y exigente, de presión distinta, que al momento cansó su cuerpo y le provocó dolor de cabeza; a un mundo de agua fría: hoy no funcionaba la caliente.

Una resaca poética, depresión, el «animal triste»... La víspera había olvidado enjuagar su máquina de afeitar, entre los dientes había una espuma pétrea, la hoja estaba oxidada —y no tenía otra. Un pálido autorretrato le miraba desde el espejo con los ojos serios de todos los autorretratos. En un punto delicado de un lado del mentón, entre



los pelos crecidos durante la noche (¿cuántos metros de pelo cortaré en mi vida?), había aparecido un grano amarillento que se convirtió al instante en el centro de la existencia de Fiodor, lugar de reunión de todas las sensaciones desagradables que ahora acudían desde diferentes partes de su ser. Lo reventó — aunque sabía que después se hincharía hasta el triple de su tamaño. Qué horrible era todo esto. Entre la fría espuma de afeitarse surgía el pequeño ojo escarlata: *L'oeil regardait Cdin*. La hoja no producía efecto en los pelos, y su tacto rasposo cuando los tocó con los dedos le infundió un sentimiento de infernal desesperanza. En las proximidades de la nuez aparecieron gotitas de sangre, pero los pelos seguían allí. La Estepa de la Desesperación. Por añadidura, en el cuarto de baño la luz era escasa, y aunque hubiera encendido la bombilla, el amarillo de siempre viva de la electricidad diurna no habría servido de nada. Después de afeitarse de cualquier manera, se metió

cautelosamente en la bañera y gimió bajo el impacto glacial de la ducha; entonces se equivocó de toalla y pensó con desaliento que olería todo el día a Marianna Nikolavna. La piel del rostro, de repugnante aspereza, le escocía, sobre todo en un punto diminuto de un lado del mentón. De repente sacudieron con vigor el picaporte de la puerta del cuarto de baño (Shchyogolev había vuelto). Fiodor Konstantinovich esperó a que los pasos se alejaran, y entonces volvió corriendo a su habitación.

Poco después entró en el comedor. Marianna Nikolavna estaba sirviendo la sopa. Besó su mano áspera. La hija, recién llegada del trabajo, se acercó a la mesa con pasos lentos, cansada y al parecer aturdida por la oficina; se sentó con graciosa languidez —un cigarrillo entre los dedos esbeltos, polvos en los párpados, un chaleco de seda color turquesa, el cabello corto y rubio apartado de las sienes, malhumor, silencio, ceniza. Shchyogolev bebió de un trago una copita de vodka, metió una

punta de la servilleta dentro del cuello y empezó a sorber la sopa, mirando a su hijastra por encima de la cuchara, afable pero cautelosamente. Ella mezcló con lentitud un blanco signo de exclamación de crema agria en su borshch, pero después, se encogió de hombros, y dejó el plato a un lado. Marianna Nikolavna, que la miraba con atención, tiró la servilleta sobre la mesa y salió del comedor.

—Vamos, come, Aída —instó Shchyogolev, sacando los labios húmedos. Sin una palabra de réplica, como si él no existiera —sólo temblaron las ventanas de su fina nariz—, ella se volvió en la silla, torció fácil y naturalmente su largo cuerpo, alcanzó un cenicero del aparador que tenía a su espalda, lo colocó junto a su plato y echó en él un poco de ceniza. Marianna Nikolavna, con una mirada ofendida que oscurecía su abundante y torpe maquillaje, volvió de la cocina. Su hija puso el codo izquierdo sobre la mesa, se apoyó un poco en él y empezó lentamente la sopa.

—Bueno, Fiodor Konstantinovich —dijo Shchyogolev, que ya había satisfecho los primeros embates del hambre—, ¡parece que las cosas se van solucionando! ¡Una ruptura completa con Inglaterra, y Hinchuk derrotado! Ya sabe usted que el asunto empieza a oler a algo serio. ¡Recordará que el otro día dije que el disparo de Koverda era la primera señal! ¡Guerra! Se ha de ser muy, muy ingenuo para negar que es inevitable. Juzgue usted mismo: En el Extremo Oriente, Japón no puede permitir...

Y Shchyogolev se embarcó en una discusión sobre política. Como muchos charlatanes no asalariados pensaba que podía combinar los reportajes de charlatanes asalariados que leía en los periódicos y formar con ellos un esquema ordenado, con el cual una mente lógica y sensata (en este caso la suya) podía explicar y prever sin esfuerzo multitud de sucesos mundiales. Los nombres de naciones y de sus máximos representantes se convertían en sus manos en algo parecido a letreros

de recipientes más o menos llenos, pero idénticos en esencia, cuyo contenido derramaba a un lado y otro. Francia TEMÍA algo, por lo que jamás PERMITIRÍA una cosa así. Inglaterra se PROPONÍA algo. Este estadista ANSIABA un acercamiento, mientras el otro quería aumentar su PRESTIGIO. Alguien TRAMABA y alguien LUCHABA por algo. En suma, el mundo creado por Shchyogolev era una especie de colección de matones limitados, abstractos, sin humor y sin rostro, y cuanto más cerebro, astucia y circunspección hallaba en sus actividades mutuas, tanto más estúpido, vulgar y sencillo era su mundo. El asunto llegaba a ser temible cuando se tropezaba con otro amante similar de los pronósticos políticos. Por ejemplo, de vez en cuando invitaban a comer cierto coronel Kasatkin, y entonces la Inglaterra de Shchyogolev no chocaba con otro país de Shchyogolev sino con la Inglaterra de Kasatkin, igualmente inexistente, por lo que en cierto sentido

las guerras internacionales se convertían en guerras civiles, aunque los bandos contendientes existían a diferentes escalas que nunca podrían entrar en contacto. Ahora, mientras escuchaba a su patrón, Fiodor estaba asombrado por el parecido familiar que había entre las naciones mencionadas por Shchyogolev y las diversas partes del cuerpo de éste: así «Francia» correspondía a la advertencia de sus cejas levantadas; cierta clase de «límitrofes» a los pelos de las ventanas de su nariz, cierto «pasillo polaco» recorría su esófago; «Danzig» era el rechinar de sus dientes; y Rusia, el trasero de Shchyogolev.

Habló a lo largo de los dos platos siguientes (*gulash*, *kissel*), tras lo cual se hurgó los dientes con una cerilla rota y se fue a dormir la siesta. Marianna Nikolavna lavó los platos antes de hacer lo mismo. Su hija, sin haber pronunciado una sola palabra, volvió a la oficina.

Fiodor había tenido el tiempo justo de quitar las

sábanas del diván cuando llegó un alumno, hijo de un dentista emigrado, chico grueso y pálido, con gafas de montura de concha y una pluma estilográfica en el bolsillo de la chaqueta. Como asistía a una escuela superior berlinesa, el pobre muchacho estaba tan empapado de los hábitos locales que incluso en inglés cometía los mismos errores irremediabiles que cualquier alemán obtuso. No había poder en la tierra, por ejemplo, que le impidiera usar el pretérito imperfecto en lugar del pretérito simple, y esto dotaba a cada una de sus casuales actividades del día anterior de una especie de permanencia estúpida. Con la misma obstinación manejaba el «also» inglés con el «also» alemán, y tras vencer el espinoso final de la palabra «clothes», añadía invariablemente una superflua sílaba sibilante («*clothesses*»), como si se deslizara tras haber pasado un obstáculo. Sin embargo, se expresaba en inglés con bastante facilidad y sólo había buscado un maestro porque quería obtener la

calificación máxima en el examen final. Era pagado de sí mismo, locuaz, obtuso y germánicamente ignorante; es decir, trataba todo cuanto no sabía con escepticismo. Por creer con firmeza que el lado humorístico de las cosas tenía desde hacía tiempo su lugar apropiado (la última página de un semanario ilustrado berlinés), jamás reía, o se limitaba a una sonrisita condescendiente. Lo único que podía divertirle un poco era una anécdota sobre una ingeniosa operación financiera. Toda su filosofía de la vida se reducía a la proposición más simple: el pobre es desgraciado, el rico es feliz. Esta felicidad legalizada gozaba del alegre acompañamiento de músicaailable de la mejor calidad, tocada por diversos instrumentos de gran complicación técnica. Siempre hacía lo posible por llegar a la lección un poco antes de la hora y marcharse un poco después.

Con el tiempo justo para su siguiente prueba, Fiodor salió con él, y éste, mientras le acompañaba hasta la esquina, intentó recoger unas cuantas



expresiones inglesas gratis, pero Fiodor, con seco deleite, pasó al ruso. Se separaron en el cruce. Era un cruce ventoso y desmedrado, que no llegaba del todo a la categoría de plaza a pesar de tener una iglesia, y un jardín público, y una farmacia en la esquina, y unos retretes públicos rodeados de tuyas, e incluso un islote triangular con un quiosco, ante el cual los conductores de tranvía se regalaban con un vaso de leche. Multitud de calles divergentes en todas direcciones, que saltaban de las esquinas y bordeaban los mencionados lugares de oración y refrigerio, lo convertían todo en uno de estos pequeños grabados esquemáticos en que están representados, para edificación de motoristas incipientes, todos los elementos de la ciudad, todas sus posibilidades de choque. A la derecha se veían las puertas de la estación terminal de tranvías y tres hermosos abedules perfilados contra el fondo de cemento, y si, por ejemplo, un conductor distraído olvidaba detenerse ante el quiosco, tres metros antes

de la parada (una mujer cargada de paquetes intentaba invariablemente apearse y todo el mundo se lo impedía), a fin de desviar el trole con la punta de su vara de hierro (por desgracia, tal distracción no ocurría casi nunca), el tranvía entraría solemnemente bajo la cúpula de cristal donde pasaba la noche y era atendido. La iglesia que se elevaba a la izquierda estaba rodeada de un bajo cinturón de hiedra; en el arriate que la circundaba crecían varios oscuros arbustos de rododendros con flores de color púrpura, y por las noches solía verse aquí a un hombre misterioso con una misteriosa linterna, que buscaba gusanos en la hierba —¿para sus pájaros, para pescar? Frente a la iglesia, al otro lado de la calle, bajo los destellos de un rociador de césped que giraba con el fantasma de un arco iris en sus brazos húmedos, estaba el verde césped apaisado del jardín público, con árboles jóvenes a ambos lados (un abeto plateado entre ellos) y un sendero en forma de pi, en cuyo lugar más

sombreado había una pista de arena para los niños. Detrás del jardín había un campo de fútbol abandonado, a lo largo del cual Fiodor avanzaba hacia la Kurfürstendamm. El verde de los tilos, el negro del asfalto, los neumáticos de camión apoyados contra las rejas de una tienda de accesorios para coches, la radiante y joven novia en un anuncio de una marca de margarina, el azul del rótulo de una taberna, el gris de las fachadas, que envejecían a medida que se acercaban a la avenida — todo esto centelleó a su paso por centésima vez. Como siempre, cuando estaba a pocos pasos de la Kurfürstendamm vio su autobús dando la vuelta delante de él; la parada estaba inmediatamente después de la esquina, pero Fiodor no llegó a tiempo y se vio obligado a esperar el siguiente. Encima de la entrada de un cine habían erigido un gigante de cartón negro, con los pies abiertos, la mancha de un bigote en el rostro blanco, un bombín en la cabeza y un bastón torcido en la mano. En la terraza de un

café cercano y en sillones de mimbre se arrellanaban hombres de negocios en actitudes idénticas, con las manos en idéntica posición sobre el regazo, todos ellos muy parecidos entre sí en lo referente a narices y corbatas pero probablemente distintos en el grado de su solvencia; y junto a la acera había un coche pequeño con una aleta muy deteriorada, ventanillas rotas y un pañuelo ensangrentado sobre el estribo; media docena de personas continuaban a su alrededor, mirándolo con la boca abierta. Todo estaba salpicado de sol; un hombre diminuto, de barba teñida, que llevaba polainas de tela, tomaba el sol en un banco verde, de espaldas al tráfico, mientras en la acera de enfrente una anciana mendiga, de rostro sonrosado, cuyas piernas habían sido amputadas justo en la pelvis, se hallaba como un busto apoyada contra una pared, vendiendo paradójicos cordones de zapatos. Entre las casas se veía un solar vacío y en él, modesta y misteriosamente, algo estaba en flor; más allá, las

continuas y grises fachadas posteriores de las casas, que parecían haberse vuelto para marcharse, ostentaban blanquecinos dibujos, extraños, atractivos y al parecer completamente autónomos, que recordaban un poco los canales de Marte y también algo muy distante y olvidado a medias, como una expresión accidental de un cuento de hadas escuchado una vez o un viejo paisaje de una comedia desconocida.

Por la escalera de caracol del autobús recién llegado bajaba un par de encantadoras piernas de seda: sabemos, naturalmente, que de esto han abusado hasta la saciedad los esfuerzos de mil escritores masculinos, pero no obstante, estas piernas bajaban —y engañaban: el rostro era repelente. Fiodor subió, y el revisor, desde el piso de arriba, golpeó la chapa con la palma para indicar al conductor que ya podía arrancar. Por este lado, los extremos de suaves ramas de arce rozaban el anuncio de pasta dentífrica— y habría sido

agradable mirar la calle desde el piso superior, ennoblecida por la perspectiva, de no ser por el eterno y gélido pensamiento: ahí está, una variante de hombre, especial, rara, aún no descrita ni denominada, que se ocupa en Dios sabe qué, corriendo de lección en lección, que malgasta su juventud en una tarea vacía y aburrida, en la mediocre enseñanza de lenguas extranjeras — cuando tiene su propia lengua, con la que puede hacer lo que quiera— un enano, un mamut, un millar de nubes diferentes. Lo que realmente debería enseñar era aquel algo misterioso y refinado que solamente él —entre diez mil, cien mil, tal vez incluso un millón de hombres— sabía cómo se enseñaba: por ejemplo —pensar a múltiples planos: uno mira a una persona y la ve tan claramente como si estuviera hecha de cristal y uno fuera el soplador, y al mismo tiempo, sin interferir en absoluto con aquella claridad, uno observa también alguna insignificancia— como la similitud de la sombra del

auricular del teléfono con una hormiga gigante, ligeramente aplastada, y (todo esto de modo simultáneo) a esta convergencia se une un tercer pensamiento —el recuerdo de una tarde soleada en una pequeña estación ferroviaria rusa; es decir, imágenes que no tienen una conexión racional con la conversación que uno está sosteniendo mientras la mente da vueltas en torno al exterior de las propias palabras y al interior de las del interlocutor. O bien: una piedad lacerante— hacia la caja de hojalata en un montón de basura, hacia el envoltorio de cigarrillos de la serie Trajes Nacionales pisada sobre el barro, hacia la pobre palabra repetida al azar por la criatura bondadosa, débil y amable que acaba de ser reprendida por nada, hacia todos los desechos de la vida que, por medio de una momentánea destilación alquímica —el «experimento real»—, se convierte en algo valioso y eterno. O bien: la sensación constante de que nuestros días aquí son sólo calderilla, céntimos que

tintinean en la oscuridad, y que en alguna parte está acumulada la verdadera riqueza, de la cual la vida tendría que saber cómo obtener dividendos en forma de sueños, lágrimas de felicidad, montañas distantes. Todo esto y mucho más (empezando con el muy raro y doloroso «sentido del cielo estrellado», que al parecer sólo se menciona en un tratado [*Viajes del espíritu*, de Parker], y terminando con sutilezas profesionales en la esfera de la literatura seria), podría enseñar él, y enseñarlo bien, a quienquiera que lo deseara, pero nadie lo deseaba —y nadie podía desearlo, pero era una lástima, cobraría cien marcos por hora, como ciertos profesores de música. Y al mismo tiempo encontraba divertido refutarse a sí mismo: todo esto es una insensatez, las sombras de la insensatez, sueños presuntuosos. Soy sencillamente un pobre y joven ruso que vende el excedente de su educación de caballero, mientras garabatea versos en su tiempo libre; éste es el total de mi pequeña inmortalidad. Pero ni siquiera esta



sombra de pensamiento polifacético, este juego de la mente consigo misma, tenía presuntos alumnos.

El autobús seguía su marcha —y al poco rato llegó a su destino— la casa de una mujer sola y solitaria, muy atractiva a pesar de sus pecas, que siempre llevaba un vestido negro escotado y tenía unos labios como lacre en una carta que no contiene nada. Miraba continuamente a Fiodor con curiosidad pensativa, pero no sólo no se interesaba por la notable novela de Stevenson que leían juntos desde hacía tres meses (y previamente habían leído a Kipling al mismo ritmo) sino sin comprender una sola frase, y anotaba palabras como se anota la dirección de alguien a quien se sabe que nunca se visitará. Incluso ahora —o con más exactitud, precisamente ahora y con mayor agitación que antes, Fiodor (pese a estar enamorado de otra que era incomparable en fascinación e inteligencia) se preguntó qué ocurriría si colocaba la palma sobre esta mano un poco temblorosa, de uñas puntiagudas,

que se hallaba tan invitadoramente próxima— y porque sabía que ocurriría, el corazón empezó a latirle con fuerza y los labios se le secaron al instante; en este punto, sin embargo, le serenó involuntariamente cierta entonación de ella, su risita, el olor de un perfume que siempre usaban las mujeres a quienes gustaba, mientras que a él le resultaba insoportable su fragancia vulgar y empalagosa. Era una mujer vacía y taimada, con apatía en el alma; pero incluso ahora, que la lección había terminado y ya volvía a estar en la calle, se sintió dominado por una vaga sensación de fastidio; podía imaginar mucho mejor que antes, en su presencia, lo alegre y dócilmente que su cuerpo pequeño y compacto habría respondido probablemente a todo, y con dolorosa claridad vio en un espejo imaginario su mano en la espalda de ella y la cabeza de suaves cabellos de un castaño rojizo echada hacia atrás, y entonces, de modo significativo, el espejo se vació y él sintió la más

trivial de todas las sensaciones de la tierra: la punzada de una oportunidad perdida.

No, no era así —no había perdido nada. El único deleite de estos abrazos irrealizables era su facilidad de evocación. Durante los últimos diez años de juventud solitaria y reprimida, vividos sobre un risco donde siempre había un poco de nieve y que estaba muy alejado de la pequeña ciudad cervecera al pie de la montaña, se había acostumbrado a la idea de que entre el engaño del amor casual y la dulzura de su tentación existía un vacío, una brecha en la vida, una ausencia de cualquier acción real por su parte, por lo que a veces, cuando miraba a una muchacha, imaginaba simultáneamente la estupenda posibilidad de dicha y repugnancia por su inevitable imperfección—cargaba este instante con una imagen romántica, pero disminuía su tríptico por la parte del centro. Sabía, por tanto, que su lectura de Stevenson nunca la interrumpiría una pausa dantesca, sabía que si tenía

lugar tal interrupción, no sentiría nada, excepto una frialdad devastadora, porque las exigencias de la imaginación eran imposibles de satisfacer, y porque la vacuidad de una mirada, perdonada a causa de unos ojos húmedos y bellos, correspondía inevitablemente a un defecto todavía oculto —la expresión vacua de los pechos, que era imposible perdonar. Pero a veces envidiaba la sencilla vida amorosa de otros hombres y su probable modo de silbar mientras se quitaban los zapatos.

Después de cruzar la plaza Wittenberg, donde, como en una película en color, las rosas se mecían con la brisa en torno a unas antiguas escaleras que conducían a una estación de metro, se dirigió a la librería rusa: entre lecciones había una rendija de tiempo libre. Como ocurría siempre que pasaba por esta calle (que empezaba bajo las promesas de unos enormes almacenes donde se vendían todas las formas del mal gusto local, y terminaba después de varios cruces en una calma burguesa, con sombras

de álamos en el asfalto, lleno de rayas hechas con tiza para el juego del aeroplano), encontró a un anciano escritor de San Petersburgo, morbosamente amargado, que llevaba abrigo en verano para ocultar el mal estado de su traje, hombre de terrible delgadez, ojos pardos saltones, arrugas de escrupulosa repugnancia en torno a la boca de simio y un largo pelo curvado que crecía de un gran poro negro de su ancha nariz —detalle que atraía mucho más la atención de Fiodor Konstantinovich que la conversación de este astuto intrigante, que en cuanto encontraba a alguien se embarcaba en algo parecido a una fábula, larga y complicada anécdota de antaño que resultaba ser simplemente el prelude de algún divertido chisme sobre un mutuo conocido. Fiodor acababa de deshacerse de él cuando divisó a otros dos escritores, un moscovita triste y de buen carácter cuyo porte y aspecto recordaba algo al Napoleón del período insular, y un poeta satírico del periódico ruso emigrado de Berlín, hombre frágil, de ingenio

bondadoso y voz baja y ronca. Estos dos, como su predecesor, aparecían invariablemente en esta zona, que usaban para lentos paseos, ricos en encuentros, por lo que parecía que a esta calle alemana se había incorporado el fantasma vagabundo de un bulevar ruso, o era, por el contrario, una calle rusa donde tomaban el aire varios nativos, rodeados de los pálidos fantasmas de innumerables extranjeros que pululaban entre estos nativos como una alucinación familiar y apenas perceptible. Charlaron sobre el escritor que acababan de encontrar, y Fiodor se escabulló. A los pocos pasos distinguió a Koncheyev, que mientras caminaba iba leyendo el folletín de la última página del periódico ruso emigrado de París, con una sonrisa angelical en su cara redonda. El ingeniero Kern salió de una tienda rusa de comestibles, al tiempo que metía con cuidado un paquetito en la cartera que apretaba contra su pecho, y en una calle transversal (como la confluencia de personas en un sueño o en el último

capítulo de Humo, de Turguenev), vislumbró a Marianna Nikolavna Ehchyogolev con otra dama, bigotuda y muy corpulenta, que tal vez era *madame* Abramov. Inmediatamente después, Alexander Yakovlevich Chernyshevski cruzó la calle— no, se equivocaba—, un desconocido que ni siquiera se le parecía mucho.

Fiodor Konstantinovich llegó a la librería. En el escaparate, entre los zigzags, dientes de rueda y numerales de las cubiertas soviéticas (era la época en que estaba de moda poner títulos como Tercer amor, El sexto sentido y Punto diecisiete), vio varias publicaciones emigradas nuevas: una maciza novela del general Kachurin, La princesa roja, Comunicación; de Koncheyev, las ediciones de bolsillo, blancas y puras, de dos novelistas venerables, una antología de poesía recitable publicada en Riga, el volumen minúsculo, del tamaño de la palma, de una poetisa joven, un manual Qué debe saber un conductor, y la última obra del

doctor Utin, *Los cimientos de un matrimonio feliz*. Había también varios viejos grabados de San Petersburgo —en uno de los cuales una transposición espejada había puesto la columna rostrada en el lado incorrecto de los edificios contiguos.

El propietario de la tienda no estaba: había ido al dentista, y ocupaba su lugar, de manera bastante accidental, una joven que leía en un rincón y en una posición muy incómoda la traducción rusa de *El túnel*, de Kellerman. Fiodor Konstantinovich se acercó a la mesa donde se hallaban los periódicos emigrados. Desdobló el suplemento literario del *Noticias ruso de París* y vio, con un escalofrío de excitación repentina, que el folletín de Christopher Mortus estaba dedicado a *Comunicación*. «¿Y si lo aniquila?», logró pensar Fiodor con loca esperanza, oyendo, sin embargo, ya en sus oídos no la melodía de la crítica sino el vasto estruendo de una alabanza ensordecedora. Ávidamente, empezó a leer.



«No recuerdo quién dijo —tal vez Rosanov en alguna parte», comenzaba furtivamente Mortus; y después de esta cita nada auténtica y de algunas ideas expresadas por alguien en un café de París después de una conferencia, se dedicaba a estrechar estos círculos artificiales en torno a la Comunicación, de Koncheyev; pero aun así, ni siquiera al final tocó el centro, y sólo de vez en cuando dirigió un hipnótico gesto en su dirección desde la circunferencia— para volver a girar de nuevo. El resultado era algo parecido a esas espirales negras sobre círculos de cartón que giran eternamente en los escaparates de las heladerías berlinesas, en un insensato esfuerzo por convertirse en ojos de buey.

Se trataba de una «reprimenda» venenosamente despreciativa, sin una sola observación directa, sin un solo ejemplo —y no eran tanto las palabras del crítico como toda su actitud lo que convertía en un fantasma vago y lastimoso un libro que Mortus tenía

que haber leído con deleite y del que se guardaba de extraer citas para no perjudicarse a sí mismo con la disparidad entre lo que escribía y aquello sobre lo cual escribía; la crítica entera parecía una *séance* para convocar a un espíritu acerca del cual ya se ha anunciado previamente que es, si no un fraude, al menos una ilusión de los sentidos. «Éstas poesías—terminaba Mortus —causan en el lector una aversión indefinida pero insuperable. Las personas que admiran el talento de Koncheyev las encontrarán probablemente encantadoras. No lo discutiremos—tal vez lo sean. Pero en estos tiempos difíciles de nuevas responsabilidades, cuando el mismo aire está cargado de una sutil *angoisse* moral (cuya conciencia es el signo infalible de autenticidad en un poeta contemporáneo), pequeñas poesías, abstractas y melodiosas, sobre visiones soñadoras son incapaces de seducir a nadie. Y verdaderamente, uno las deja con una especie de alivio para pasar a cualquier clase de “documento humano”, a lo que

puede leerse “entre líneas” en ciertos escritores soviéticos (aunque carezcan de talento), a una confesión ingenua y dolida, a una carta particular dictada por la emoción y la desesperanza».

Al principio Fiodor Konstantinovich sintió un placer agudo, casi físico, con la lectura de este artículo, pero se dispersó inmediatamente y fue reemplazado por una sensación extraña, como si hubiera tomado parte en un asunto turbio y malévolo. Recordó la sonrisa de Koncheyev de hacía sólo un momento —a propósito de estas mismas líneas, naturalmente— y se le ocurrió que una sonrisa similar podría dirigirse a él, a Gudonov-Cherdyntsev, a quien la envidia había aliado con el crítico. Ahora recordó que el propio Koncheyev, en sus críticas —desde las alturas y, de hecho, con la misma falta de escrúpulos— había atacado más de una vez a Mortus (que en la vida privada, dicho sea de paso, era una mujer de mediana edad, madre de familia, autora en su juventud de excelentes poesías

aparecidas en la revista de San Petersburgo, Apolo, y que ahora vivía modestamente a dos pasos de la tumba de Marie Bashkirtsev, y padecía una incurable enfermedad de los ojos que prestaba a cada línea de Mortus una especie de valor trágico). Y cuando Fiodor se dio cuenta de la hostilidad infinitamente halagadora de este artículo, se sintió decepcionado porque nadie escribía así acerca de él.

Hojeó también un pequeño semanario ilustrado que publicaban en Varsovia unos emigrados rusos y encontró una crítica del mismo libro, pero de corte totalmente distinto. Era una *critique-bouffe*. El redactor local Valentín Linyov, que en algunos números solía desgranar sus informes, imprudentes y no del todo gramaticales impresiones literarias, no sólo era famoso por su incapacidad de criticar un libro con coherencia, sino también por no haberlo leído hasta el final. Usando alegremente al autor como plataforma de lanzamiento, entusiasmado por sus propias paráfrasis, extrayendo frases aisladas en

apoyo de sus incorrectas conclusiones, interpretando mal las páginas iniciales y siguiendo a partir de allí una pista falsa, se abría camino hasta el penúltimo capítulo en el estado de bienaventuranza de un pasajero que no sabe (y en su caso, no sabrá nunca) que se ha equivocado de tren. Ocurría invariablemente que después de hojear a ciegas una novela larga o un cuento corto (el tamaño no influía en absoluto), daba al libro un final de su propia cosecha —en general, exactamente opuesto a la intención del autor. En otras palabras, si, por ejemplo, Gógol hubiera sido un contemporáneo y Linyov escribiera acerca de él, Linyov permanecería firme en la inocente convicción de que Jlestakov era realmente el inspector general. Pero cuando, como ahora, escribía sobre poesía, empleaba ingenuamente el sistema de las llamadas «pasarelas entre citas». Su discusión del libro de Koncheyev se reducía a las respuestas que daba en nombre del autor a una especie de cuestionario de álbum (¿Su

flor favorita? ¿Héroe favorito? ¿Qué virtud aprecia más?): «Al poeta —Linyov escribía sobre Koncheyev— le gusta (seguía un rosario de citas, obligatoriamente deformadas por su combinación y las exigencias del caso acusativo). Teme (más sangrientas cepas de verso). Se distrae con (même jeu); pero por otro lado (tres cuartos de línea convertidos mediante citas en una declaración categórica); a veces le parece que» —y aquí Linyov extraía sin darse cuenta algo más o menos entero:

¡Días de vides maduras! En las avenidas, estatuas azuladas. Los cielos claros apoyados en los hombros de nieve de la patria.

—y era como si la voz de un violín hubiese ahogado súbitamente el zumbido de un cretino patriarcal.

Encima de otra mesa, un poco más lejos, estaban las ediciones soviéticas, y uno podía inclinarse sobre la ciénaga de revistas moscovitas, sobre un

infierno de tedio, e incluso tratar de desentrañar la angustiada contracción de las siglas, llevadas como reses al matadero por toda Rusia y que recordaban de manera horrible las letras de los vagones de carga (los golpes de los parachoques, el estruendo metálico, el engrasador jorobado con su linterna, la penetrante melancolía de las estaciones desiertas, el temblor de los raíles rusos, las infinitas líneas ferroviarias). Entre *La Estrella* y *La linterna roja* (estremeciéndose bajo el humo del tren) había una edición de la revista de ajedrez soviética 8X8. Mientras Fiodor la hojeaba, deleitándose en el lenguaje humano de los diagramas de problemas, se fijó en un breve artículo que llevaba la fotografía de un anciano de barba rala, con mirada de fuego tras las gafas; el artículo se titulaba «Chernyshevski y el ajedrez». Pensó que esto podría divertir a Alexander Yakovlevich, y en parte por esta razón y en parte porque en general le gustaban los problemas de ajedrez, tomó la revista; la muchacha, dejando de

mal grado a Kellerman, «no podía decir» cuánto costaba, pero sabedora que, de todos modos, Fiodór estaba en deuda con la tienda, le permitió con indiferencia que se la llevara. Él se marchó con la agradable sensación de que podría distraerse en casa. Como no sólo sabía resolver muy bien los problemas, sino que además poseía hasta el grado máximo el don de componerlos, encontraba en ellos, además de un descanso de sus esfuerzos literarios, ciertas misteriosas lecciones. Como escritor conseguía algo semejante a la misma esterilidad de estos ejercicios.

Componer problemas de ajedrez no suponía ser necesariamente un buen jugador. Fiodor jugaba de manera mediocre y de mala gana. Le fatigaba y enfurecía la disonancia entre la falta de nervio de su mente en el proceso de la competición y la hipotética brillantez a que aspiraba. Para él, la construcción de un problema difería del juego casi del mismo modo que un soneto verificado difiere de



las polémicas de los publicistas. La composición de uno de estos problemas se iniciaba lejos del tablero (como la composición del verso empieza lejos del papel), con el cuerpo en posición horizontal sobre el sofá (es decir, cuando el cuerpo se convierte en una distante línea azul oscuro: su propio horizonte), y de pronto, gracias a un impulso interno que no se distinguía de la inspiración poética, vislumbraba un extraño método para encarnar esta o aquella refinada idea para un problema (por ejemplo, la combinación de dos temas, el indio y el de Bristol —o algo completamente nuevo). Durante un rato se recreaba con los ojos cerrados en la pureza abstracta de un plan sólo realizado en el ojo de su mente; entonces abría con premura su tablero de tafelete y la caja de pesadas piezas, las colocaba de cualquier modo, al azar, e inmediatamente se ponía de manifiesto que la idea surgida con tanta pureza en su cerebro exigiría, sobre el tablero— a fin de liberarla de su gruesa y tallada cáscara —inconcebibles esfuerzos, un

máximo de tensión mental, infinitos intentos e inquietudes y, sobre todo, ese ingenio constante con el cual, en el sentido del ajedrez, se construye la verdad. Lograba la máxima exactitud de expresión, la máxima economía de fuerzas armoniosas. Después de cavilar sobre las posibilidades, excluir de uno y otro modo construcciones engorrosas, los riesgos y trampas de los peones de apoyo y de luchar con duales. Si no hubiera estado seguro (como lo estaba también en el caso de la creación literaria) de que la realización del plan ya existía en algún otro mundo, desde el cual la transfería a éste, el complejo y prolongado trabajo sobre el tablero habría sido un peso intolerable para su mente, puesto que debería conceder, junto con la posibilidad de realización, la posibilidad de su imposibilidad. Poco a poco, piezas y escaques empezaban a cobrar vida e intercambiar impresiones. El crudo poder de la reina se transformaba en un poder refinado, restringido y dirigido por un sistema de brillantes palancas; los

peones se hacían más inteligentes; los caballos se movían con un caracoleo español. Todo había adquirido sentido y, al mismo tiempo, todo quedaba oculto. Cada creador es un intrigante; y todas las piezas que personificaban sus ideas sobre el tablero estaban aquí como conspiradores y hechiceros. Su secreto no se revelaba de forma espectacular hasta el instante final.

Uno o dos toques más de refinamiento, otra verificación —y el problema estaba terminado. Su clave, la primera jugada de las blancas, se ocultaba bajo su aparente absurdo— pero era precisamente en la distancia entre esta jugada y el deslumbrante desenlace donde residía uno de los principales méritos del problema; y el modo como una pieza, como engrasada con aceite, seguía con suavidad a otra después de deslizarse por todo el campo y lograba introducirse bajo su brazo, constituía un placer casi físico, la estimulante sensación de un acierto ideal. Ahora brillaba sobre el tablero, como

una constelación, una cautivadora obra de arte, un planetario de pensamientos. Todo había alegrado la vista del jugador de ajedrez: el ingenio de las amenazas y las defensas, la gracia de su movimiento concatenado, la pureza de los mates (sendas balas para el número exacto de corazones); cada una de las pulidas piezas parecía hecha especialmente para su escaque; pero tal vez lo más fascinante de todo era el fino tejido de la argucia, la abundancia de jugadas insidiosas (cuya refutación tenía su propia belleza accesoria), y de pistas falsas cuidadosamente preparadas para el lector.

La tercera lección de aquel viernes era con Vasiliev. El editor del diario emigrado de Berlín había establecido relaciones con un oscuro periódico inglés y ahora colaboraba con él con un artículo semanal sobre la situación en la Rusia soviética. Como poseía cierta noción de la lengua, preparaba un borrador de su artículo, con lugares en blanco y frases rusas entremezcladas, y exigía de

Fiodor una traducción literal de las frases que suelen encontrarse en los editoriales: sólo se es joven una vez, siempre ocurren milagros, esto es un león y no un perro (Krilov), las desgracias nunca vienen solas, desnudar a un santo para vestir a otro, factótum, amo de nadie, echar margaritas a los puercos, la necesidad es madre de la invención, es sólo una riña entre novios, quien no se contenta es porque no quiere, Dios los cría y ellos se juntan, los pobres siempre salen perdiendo, a lo hecho, pecho, necesitamos la Reforma, no reformas. Y muy a menudo aparecía la expresión «produjo la impresión de una bomba». El trabajo de Fiodor consistía en dictar el artículo de Vasiliev, ya corregido, directamente al mecanógrafo —esto le parecía extraordinariamente práctico a Vasiliev, pero en realidad el dictado requería un tiempo monstruoso debido a las angustiadas pausas. Pero, por extraño que parezca, el método de usar antiguos dichos y fábulas resultó una forma condensada de expresar

algo de las «moralités» características de todas las manifestaciones conscientes de las autoridades soviéticas: al leer el artículo terminado, que se le antojaba un disparate mientras lo dictaba, Fiodor detectaba bajo la torpe traducción y los efectos periodísticos del autor el movimiento de una idea lógica y vigorosa, que avanzaba con seguridad hacia su objetivo— y lograba un tranquilo jaque mate en la esquina.

Al acompañarle después hasta la puerta, Vasiliev, frunciendo de repente y con furia sus pobladas cejas, dijo con rapidez:

—Bueno, ¿ha visto qué han hecho con Koncheyev? Me imagino cómo debe haberle afectado, vaya golpe, vaya fracaso.

—No le importa nada, lo sé seguro —replicó Fiodor, y en el rostro de Vasiliev apareció una expresión de momentáneo desengaño.

—Oh, sabe disimularlo —arguyó astutamente,

animándose de nuevo—. En realidad debe estar pasmado.

—No lo creo —dijo Fiodor.

—En cualquier caso, lo lamento sinceramente por él —terminó Vasiliev, con el aspecto de alguien que no tiene el menor deseo de consolarse de su pena.

Algo cansado pero contento de que hubiese terminado su jornada laboral, Fiodor Konstantinovich subió a un tranvía y abrió su revista (de nuevo aquella visión del rostro inclinado de Chernyshevski —todo cuanto sé de él es que era «una jeringa de ácido sulfúrico», como creo que dice Rosanov en alguna parte, y que escribió la novela *¿Qué hacer?*, la cual se confunde en mi mente con el libro de otro escritor social, *¿Culpa de quién?*). Se quedó absorto en el examen de los problemas y pronto se satisfizo pensando que, de no ser por dos últimas jugadas geniales de un viejo

maestro ruso y algunas interesantes reproducciones de publicaciones extranjeras, no merecería comprar este 8x8. Los concienzudos ejercicios de los jóvenes autores soviéticos no eran tanto «problemas» como «tareas»: trataban exhaustivamente este o aquel tema mecánico (especie de «clavar» y «desclavar») sin el menor indicio de poesía; eran tiras cómicas de ajedrez, nada más, y las piezas, avanzando a empellones, realizaban su torpe trabajo con seriedad proletaria, y se reconciliaban con la presencia de soluciones dobles en las insulsas variantes y con la aglomeración de peones policía.

Le pasó por alto su parada, pero aún logró saltar en el jardín público, volviéndose rápidamente como se suele hacer al abandonar con precipitación un tranvía, y caminó por delante de la iglesia y a lo largo de Argamemnonstrasse. Mediaba la tarde, el cielo estaba despejado y la inmóvil y tranquila luz del sol prestaba a todos los objetos un aire de fiesta, pacífico y lírico. Una bicicleta, apoyada contra una



pared de reflejos amarillos, se inclinaba un poco hacia fuera, como uno de los caballos laterales de una troika, pero aún más perfecta de forma era su sombra transparente en la pared. Un caballero de edad avanzada, rechoncho, que meneaba las orejas, se dirigía con apresuramiento a las pistas de tenis, vestido con una camisa de fantasía y pantalones de ciudad y cargado con tres pelotas grises en una red, y junto a él, caminando de prisa sobre suelas de goma, iba una muchacha alemana de tipo deportivo, que tenía la cara anaranjada y cabellos dorados. Detrás de las bombas de colores vivos de una gasolinera cantaba una radio, mientras sobre su pabellón destacaban contra el azul pálido del cielo unas letras verticales amarillas —el nombre de una marca de coches— y en la segunda letra, una «E» (lástima que no fuese en la primera, la «B», pues hubiera formado una viñeta alfabética) descansaba un mirlo blanco, de pico amarillo —para economizar—, que cantaba con más fuerza que la

radio. La casa donde vivía Fiodor estaba en una esquina y sobresalía como una enorme nave roja, y ostentaba una compleja y vítrea estructura de torres en la proa, como si un arquitecto insulso y sosegado hubiera enloquecido de improviso y construido una salida hacia el cielo. En todos los balconcitos que circundaban la casa, hilera tras hilera, florecía algo verde, y sólo el de los Shchyogolev estaba indebidamente vacío, con un tiesto huérfano en el pretil y un cadáver de piel comida por las polillas puesto a airear.

Desde el primer día de su estancia en este piso, Fiodor, suponiendo que necesitaría una paz completa por las tardes, se reservó el derecho de cenar en su habitación. Allí le esperaban ahora sobre la mesa, entre sus libros, dos bocadillos grises con un brillante mosaico de salchichas, una taza de té frío y un plato de kissel rosado (del mediodía). Masticando y sorbiendo, volvió a abrir el 8X8 (de nuevo le contempló un entremetido N. G. Ch.) y

empezó a gozar con calma de un estudio en que las escasas piezas blancas parecían suspendidas sobre un abismo y no obstante ganaban la partida. Entonces vio cuatro encantadoras jugadas de un maestro americano, cuya belleza no sólo consistía en la oculta operación de mate, disimulada con inteligencia, sino también en que, como respuesta a un ataque tentador pero incorrecto, las negras, retirándose y bloqueando sus propias piezas, lograban construir justo a tiempo un hermético ahogo del rey. Luego, en una de las composiciones soviéticas (P. Mitrofanov, Tver) apareció un bello ejemplo de cómo fracasar estrepitosamente: las negras tenían NUEVE peones —tras haber añadido el noveno en el último momento, a fin de remediar un fallo, como si un escritor hubiese cambiado precipitadamente «es seguro que le hablarán» por el más correcto «sin duda le hablarán», olvidando que la frase siguiente era: «de su dudosa reputación».

De repente sintió un dolor amargo —¿por qué

todo en Rusia era ahora tan ostentosamente vulgar, tan hosco y gris, cómo podía haberse dejado embaucar y confundir hasta este punto? ¿O acaso el antiguo impulso «hacia la luz» ocultaba un error fatal, que en el curso de su marcha hacia el objetivo se había hecho cada vez más evidente, hasta que se puso de manifiesto que esta «luz» ardía en la ventana de un director de prisión, y eso era todo? ¿Cuándo había surgido esta extraña dependencia entre el incremento de la sed y el enturbiamiento del manantial? ¿En los años cuarenta? ¿En los sesenta? Y ¿«qué hacer» ahora? ¿No se debía rechazar cualquier nostalgia de la patria, de cualquier patria que no fuera la que está en mí, dentro de mí, adherida a la piel de mis plantas como la arena plateada del mar, que vive en mis ojos, en mi sangre, que da profundidad y distancia al telón de fondo de todas las esperanzas de la vida? Algún día, interrumpiendo mi escritura, miraré por la ventana y veré un otoño ruso.

Unos amigos de los Shchyogolev, que se habían ido a Dinamarca a pasar el verano, dejaron una radio a Boris Ivanovich. Se le oía malgastar el tiempo con ella, quitando volumen a alaridos y estridencias, trasladando muebles espectrales. ¡Extraño pasatiempo! Mientras tanto, la habitación se había oscurecido; sobre los negros perfiles de las casas del otro lado del patio, donde las ventanas ya estaban iluminadas, el cielo tenía un matiz ultramarino, y en los cables negros que unían chimeneas negras brillaba una estrella —que, como cualquier estrella, sólo podía verse bien conmutando la visión, de modo que todo lo demás quedara desenfocado. Apoyó la mejilla en el puño y permaneció sentado ante la mesa, mirando por la ventana. En la distancia un gran reloj (cuya posición siempre se prometía determinar, pero siempre lo olvidaba, tanto más cuanto que nunca era audible bajo la capa de sonidos diurnos) dio lentamente las nueve. Era hora de ir al encuentro de Zina.

Solían encontrarse al otro lado del puente del ferrocarril, en una calle tranquila próxima al Grünewald donde los macizos de las casas (crucigramas oscuros en que no todo estaba lleno de luz amarilla) se veían interrumpidos por solares, huertos y carbonerías («los suspiros y cifras de la oscuridad» —un verso de Koncheyev), y donde había, por cierto, una notable valla hecha de otra que procedía de otro lugar (tal vez de otra ciudad) y que antes circundaba el campamento de un circo ambulante, pero ahora habían colocado las tablas en insensato desorden, como clavadas por un ciego, por lo que los animales circenses pintados una vez en ellas, mezclados durante el transporte, se habían desintegrado en sus partes componentes— aquí había la pata de una cebra, allí el lomo de un tigre, y el anca de un animal aparecía junto a la zarpa invertida de otro: se había cumplido la promesa de otra vida ulterior respecto a la valla, pero la ruptura de sus imágenes terrenas destruía el valor terreno de

la inmortalidad; de noche, sin embargo, poco se podía ver de todo ello, mientras las sombras exageradas de las hojas (cerca se encontraba un farol) se dibujaban sobre las tablas con toda lógica, en un orden perfecto —esto servía como una compensación, tanto más cuanto que era imposible trasladarlas a otro lugar, ya que las tablas, al mezclarse, desharían el dibujo: sólo podían trasladarse *in toto*, junto con la noche entera.

Esperando su llegada. Siempre llegaba tarde, y siempre por un camino diferente del suyo. Así se ponía de manifiesto que incluso Berlín podía ser misterioso. Dentro de la flor del tilo parpadea el farol. Una quietud oscura y meliflua nos envuelve. Por el bordillo se escurre al pasar la propia sombra: así serpentea por una cepa una marta cibelina. El cielo nocturno se funde en un color de melocotón más allá de aquella verja. Allí centellea el agua, allí se muestra vagamente Venecia. Mira aquella calle — va directa hacia China, ¡y aquella estrella refulge

sobre el Volga! Oh, júrame que confiarás en los sueños, y sólo creerás a la fantasía, y nunca dejarás que tu alma se oxide en la prisión, ni alargará el brazo y dirás: una pared de piedra.

Siempre aparecía inesperadamente desde la oscuridad, como una sombra que abandona su elemento. Al principio sus tobillos cogían la luz: los movía muy juntos, como si caminara por una cuerda fina. Su vestido veraniego era corto, del mismo color que la noche, del color de los faroles y las sombras, de los troncos de los árboles y del brillante arroyo —más pálido que sus brazos desnudos y más oscuro que su rostro. Esta clase de verso libre dedicó Blok a Georgi Chulkov. Fiodor besó sus labios suaves, ella inclinó un momento la cabeza en su cuello y entonces, desasiéndose con rapidez, empezó a caminar a su lado, al principio con tanta pena en el rostro como si durante las veinte horas de su separación hubiese ocurrido un desastre sin precedentes, pero luego, poco a poco, se recobró



y ahora sonreía— sonreía como nunca durante el día. ¿Qué era lo que más le fascinaba de ella? ¿Su comprensión perfecta, el grado absoluto de su instinto para todo lo que él mismo amaba? Al hablar con ella se podía avanzar sin puentes, y él apenas tenía tiempo de advertir alguna característica divertida de la noche antes de que ella la mencionara. Y no sólo Zina estaba hecha a medida para él, con inteligencia y elegancia, por un destino muy minucioso, sino que ambos, formando una sola sombra, estaban hechos a medida de algo no del todo comprensible, pero maravilloso y benévolo y que les rodeaba sin cesar. Cuando se instaló en casa de los Shchyogolev y la vio por primera vez, tuvo la sensación de que ya sabía muchas cosas acerca de ella, de que incluso su nombre le era familiar desde hacía tiempo, así como ciertas características de su vida, pero hasta que habló con ella fue incapaz de averiguar por qué y cómo lo sabía. Al principio sólo la veía a las horas de comer y la observaba con

cuidado, estudiando todos sus movimientos. Ella casi no le hablaba, aunque por ciertos indicios —no tanto por las pupilas de sus ojos como por el brillo que parecía dirigido a él—, Fiodor sentía que ella se fijaba en cada mirada suya y que todos sus movimientos eran reducidos por el tenue velo de aquella misma impresión que estaba causando en él; y como a él le parecía imposible tener alguna parte en su vida, sufría cuando detectaba algo especialmente encantador en ella y le alegraba y aliviaba descubrir algún defecto en su belleza. Sus cabellos rubios, que radiante e imperceptiblemente se fundían en el aire soleado que rodeaba su cabeza, la vena azulada de su sien, otra en el cuello largo y suave, su mano delicada, su codo agudo, la estrechez de sus caderas, la debilidad de sus hombros y la peculiar inclinación hacia delante de su cuerpo lleno de gracia, como si el suelo sobre el que se apresuraba, ganando velocidad como una patinadora, tuviera siempre una ligera pendiente

hacia el refugio de la silla o la mesa sobre la cual estaba el objeto que buscaba —todo esto lo percibía él con angustiosa claridad, y luego, durante el día, se repetía una infinidad de veces en su memoria, volviendo cada vez con más pereza, palidez e intermitencias, perdiendo vida y tamaño como resultado de las automáticas repeticiones de la imagen, que se desintegraba hasta convertirse en un mero apunte borroso en el que nada subsistía de la vida original; pero en cuanto la veía de nuevo, todo este trabajo subconsciente, encaminado a la destrucción de su imagen, cuyo poder temía cada vez más, quedaba anulado y la belleza resplandecía nuevamente— su proximidad, la alarmante accesibilidad de ella a su mirada, la unión reconstituida de todos los detalles. Si durante aquellos días hubiera tenido que declarar ante un tribunal pretersensorial (recuerda que Goethe dijo, señalando con el bastón el cielo estrellado: «¡Ahí está mi conciencia!»), no se habría decidido a decir

que la amaba —porque hacía mucho tiempo que había comprendido que era incapaz de dar su alma entera a nada ni a nadie: su capital de trabajo le era demasiado necesario para sus asuntos privados; pero por otro lado, cuando la miraba alcanzaba inmediatamente (para volver a caer un minuto después) tales cumbres de ternura, pasión y piedad como muy pocos amores alcanzan. Y por la noche, especialmente tras largos períodos de trabajo mental, salía a medias del sueño, no por el camino de la razón, bien cierto, sino por la puerta trasera del delirio, con un arrebató demente y prolongado, sentía su presencia en la habitación, en un catre preparado con premura y de cualquier manera por un director de escena, a dos pasos de él, pero mientras alimentaba su ardor y se deleitaba en la tentación, en la pequeñez de la distancia, en las divinas posibilidades, que, incidentalmente, no tenían nada de la carne (o mejor, tenían algún dichoso sustituto de la carne, expresado en términos soñadores), le

reconquistaba el olvido del sueño, al que volvía, impotente, pensando que todavía conservaba su premio. En realidad, ella nunca aparecía en sus sueños, se contentaba con delegar a diversas representantes y confidentes que no se le parecían pero que producían sensaciones que le ponían en ridículo— de lo cual era testigo la azulada aurora.

Y después, al despertarse completamente a los sonidos de la mañana, caía al instante en el mismo núcleo de la felicidad que le sorbía el corazón, y era algo bueno estar vivo, y en la niebla centelleaba algún suceso exquisito que estaba a punto de ocurrir. Pero al tratar de imaginar a Zina, todo cuanto veía era un débil esbozo al que su voz desde detrás de la pared era incapaz de dar vida. Y una hora o dos después la veía en la mesa y todo se renovaba, y una vez más comprendía que sin ella no habría aquella niebla de felicidad matutina.

Una tarde, quince días después de instalarse en la casa, ella llamó a su puerta y con pasos altivos y

decididos y una expresión casi desdeñosa en el rostro, entró llevando en la mano un librito oculto bajo una funda rosa.

—Vengo a pedirle algo —dijo rápida y fríamente—. ¿Quiere firmarme esto?

Fiodor cogió el libro —y reconoció en él un ejemplar, agradablemente ajado y suavizado por dos años de uso (esto era algo nuevo para él), de su colección de poesías. Empezó con mucha lentitud a destapar su frasco de tinta— aunque otras veces, cuando quería escribir, el tapón salía disparado como el de una botella de champaña; mientras tanto, Zina, contemplando los dedos que forcejeaban con el tapón, añadió apresuradamente:

—Sólo su nombre, por favor, sólo su nombre.

F. Godunov-Cherdyntsev firmó con su nombre y ya estaba a punto de poner la fecha cuando cambió de opinión, temeroso de que ella detectara en esto una atención vulgar:

—Muy bien, gracias —dijo y salió, soplando sobre la página.

Dos días después era domingo, y alrededor de las cuatro resultó evidente de improviso que ella estaba sola en casa; él leía en su habitación; Zina estaba en el comedor y hacía frecuentes y breves viajes a su dormitorio, pasando por el recibidor y silbando mientras caminaba, y en sus pasos ligeros y enérgicos había un enigma topográfico, ya que una puerta del comedor daba directamente a su habitación. Pero nosotros estamos leyendo y continuaremos leyendo. «Más tiempo, más tiempo, y tanto tiempo como sea posible viviré en un país extraño. Y aunque mis pensamientos, mi nombre y mis obras pertenezcan a Rusia, yo mismo, mi organismo mortal, estará separado de ella» (y al mismo tiempo, durante sus paseos en Suiza, el hombre que sabía escribir así solía matar con su bastón los lagartos que se cruzaban en su camino —«la carnada del diablo»— como decía con la

escrupulosidad de un ucraniano y el odio de un fanático). ¡Un regreso inimaginable! El régimen; ¡qué me importa! Bajo una monarquía —banderas y tambores; bajo una república— banderas y elecciones.

... Ella pasó de nuevo. No, leer era imposible —demasiado excitado, demasiado lleno de la sensación de que otro en su lugar saldría y se dirigiría a ella con casual desenvoltura; pero cuando se imaginó a sí mismo saliendo e irrumpiendo en el comedor sin saber qué decir, empezó a desear que ella saliera a la calle o que los Shcbyogolev volvieran a casa. Y en el mismo momento en que decidió dejar de escuchar y dedicar toda su atención a Gogol, Fiodor se levantó con rapidez y entró en el comedor.

Estaba sentada junto al balcón y, con los labios brillantes entreabiertos, enhebraba una aguja. A través de la puerta abierta se veía el balcón, pequeño y estéril, y se oía el ruido metálico y el



chapoteo de las gotas de lluvia —era un denso y cálido chubasco de abril.

—Lo siento, no sabía que estaba aquí —dijo el embustero Fiodor—. Sólo quería decirle algo sobre aquel libro mío: no es nada serio, las poesías son malas, quiero decir, no todas son malas, pero sí hablando en general. Las que he venido publicando estos dos últimos años en la Gazeta son mucho mejores.

—Me gustó mucho la que recitó en aquella velada poética —observó ella—. La de la golondrina que clamó.

—Oh, ¿estuvo usted allí? Sí. Pero le aseguro que tengo algunas todavía mejores.

Ella saltó de pronto de la silla, tiró lo que zurría sobre el asiento y, haciendo oscilar los brazos, se inclinó hacia delante, echó a andar con pasos pequeños y rápidos, entró en su habitación y volvió con algunos recortes de periódico —sus poesías y

las de Koncheyev.

—Pero no creo tenerlo todo aquí —observó.

—Ignoraba que ocurrieran estas cosas —dijo Fiodor, y añadió torpemente—: Ahora les pediré que las perforen alrededor de todo su contorno, ya sabe, como cupones, para que pueda romperlas más fácilmente.

Ella continuó atareándose con una media estirada sobre un hongo de madera, y, sin levantar la vista, pero sonriendo con picardía, explicó:

—También sé que antes vivía en el siete de la calle Tannenberg. Yo iba allí a menudo.

—¿De verdad? —preguntó Fiodor, asombrado.

—Conozco a la mujer de Lorenz desde San Petersburgo, solía darme lecciones de dibujo.

—Qué extraño —dijo Fiodor.

—Ahora Romanov está en Munich —continuó

ella—. Es un personaje muy censurable, pero siempre me han gustado sus cosas.

Hablaron de Romanov y de sus pinturas. Había alcanzado la plena madurez. Los museos ya compraban sus cuadros. Después de probarlo todo, cargado de experiencia, había vuelto a una expresiva armonía de línea. ¿Conoce a su «Futbolista»? Hay una reproducción en esta revista, aquí está. El rostro sudoroso, pálido, desfigurado por la tensión de un jugador, representado de cuerpo entero, que se prepara a toda velocidad para disparar contra la meta. Cabellos rojizos despeinados, una mancha de barro en la sien, tensos los músculos de su cuello desnudo. Una camiseta arrugada, empapada, de color violeta, pegada a su cuerpo en algunos lugares, tapa gran parte de sus pantalones cortos y está cruzada por la maravillosa diagonal de una profunda arruga. Se halla en el acto de lanzar en arco el balón; una mano levantada, con los dedos muy abiertos, participa del ímpetu y la tensión general. Pero lo

más importante, naturalmente, son las piernas: un muslo blanco y brillante, una enorme rodilla llena de cicatrices, botas hinchadas por el barro, gruesas e informes, pero marcadas pese a ello por una gracia extraordinariamente potente y precisa. El calcetín se ha enrollado sobre una pantorrilla musculosa, un pie está enterrado en el espeso fango, el otro está a punto de dar un puntapié —¡y cómo!— al feo balón ennegrecido y todo esto contra un fondo gris oscuro saturado de nieve y lluvia. Mirando este cuadro uno siempre podía oír el silbido del proyectil de cuero, ver ya el desesperado salto del guardameta.

—Y sé otra cosa —dijo Zina—. Usted iba a ayudarme con una traducción. Charski le habló de ello, pero por alguna razón usted no compareció.

—Qué extraño —repitió Fiodor.

Hubo un portazo en el recibidor —era Marianna Nikolavna, que regresaba—, y Zina se levantó deliberadamente, reunió sus recortes y se fue a su

habitación. Hasta más tarde Fiodor no comprendió porqué consideraba necesario actuar de esta manera, pero de momento le pareció una descortesía —y cuando la señora Shchyogolev entró en el comedor, dio la impresión de que él estaba robando azúcar del aparador.

Una tarde, pocos días después, oyó desde su habitación una conversación airada —cuyo motivo era que pronto llegarían los invitados y ya era hora de que Zina bajase a abrirles con la llave. La oyó salir, y tras una breve lucha interior, se inventó un paseo hasta la máquina del jardín público, por ejemplo, a buscar un sello. Para completar la ilusión, se puso sombrero, aunque jamás lo llevaba. La luz piloto se apagó mientras bajaba, pero inmediatamente sonó un clic y volvió a encenderse: era ella que había apretado el interruptor de la portería. La encontró ante la puerta de cristal, jugando con la llave que tenía enrollada en un dedo, toda ella brillantemente iluminada— resplandecía la

seda turquesa de su blusón, sus uñas y el tenue vello de su antebrazo.

—Está abierta —dijo, pero Fiodor se detuvo, y ambos empezaron a mirar por el cristal la noche oscura y móvil, la farola de gas, la sombra de las verjas.

—Parece que no vienen —murmuró ella, haciendo sonar las llaves.

—¿Hace rato que espera? —preguntó él—. Si quiere, esperaré por usted —y en aquel momento se apagó la luz—. Si quiere, me quedaré aquí toda la noche —añadió en la oscuridad.

Ella rió, y luego suspiró de repente, como cansada de esperar. La cenicienta luz de la calle caía sobre ambos a través del cristal, y la sombra del dibujo de hierro de la puerta se ondulaba sobre ella y continuaba oblicuamente sobre él, como una bandolera, mientras un arco iris prismático reposaba en la pared. Y, como le ocurría con frecuencia —

aunque esta vez era de un modo más profundo que nunca—, Fiodor sintió de improviso —en esta oscuridad de reflejes— la extrañeza de la vida, la extrañeza de su magia, como si por un instante se hubiera levantado uno de sus bordes y él hubiera vislumbrado su insólito forro. Cerca de su rostro había la mejilla suave y cenicienta de ella, cruzada por una sombra, y cuando de pronto Zina, con misteriosa perplejidad y un brillo vivaz en los ojos, se volvió hacia él y la sombra recayó en sus labios, cambiándola extrañamente, él aprovechó la libertad absoluta de este mundo de sombras para tomarla por los codos espectrales; pero Zina se escabulló del esbozo y con un rápido golpe del dedo restableció la luz.

—¿Por qué? —inquirió él.

—Se lo explicaré otro día —contestó Zina, sin dejar de mirarle.

—Mañana —dijo Fiodor.

—Muy bien, mañana. Pero quiero advertirle que en casa no habrá ninguna conversación entre usted y yo. Esto es definitivo y para siempre.

—En tal caso... —empezó él, pero en este punto el rechoncho coronel Kasatkin y su alta y marchita esposa aparecieron al otro lado de la puerta.

—Muy buenas tardes, preciosa —saludó el coronel, hendiendo la noche de un solo golpe. Fiodor salió a la calle.

Al día siguiente logró alcanzarla en la esquina cuando volvía del trabajo. Acordaron encontrarse después de cenar en un banco que él había elegido la noche anterior.

—Bien, ¿por qué? —preguntó Fiodor cuando se hubieron sentado.

—Por cinco razones —dijo ella—. En primer lugar porque no soy una chica alemana, en segundo lugar porque el miércoles pasado rompí con mi



novio, en tercer lugar porque sería, bueno, inútil, en cuarto lugar porque usted no me conoce en absoluto, y en quinto lugar... —Enmudeció, y Fiodor besó cautelosamente sus blandos, tristes y ardorosos labios—. Por esto —añadió ella, colocando los dedos sobre los suyos y apretándolos con fuerza.

A partir de entonces se encontraron todas las tardes. Marianna Nikolavna, que nunca se atrevía a preguntar nada a Zina (la menor indicación de una pregunta provocaba la consabida tormenta), adivinó que su hija se encontraba con alguien, con tanta mayor razón cuanto que sabía lo del misterioso novio. Era una persona extraña, enfermiza e inestable (esto, al menos, era lo que Fiodor se imaginaba de él por la descripción que le hizo Zina, y, naturalmente, estas personas descritas suelen estar dotadas de una característica básica: jamás sonríen), a quien había conocido a los dieciséis años, hacía ya tres, y él tenía doce más que ella, en lo cual había también algo tenebroso, desagradable y amargado.

Por añadidura, según la versión de Zina, se veían sin que nunca se llegara a expresar ningún sentimiento de amor, y como ella no hizo referencia ni a un solo beso, daba la impresión de que todo había sido únicamente una infinita sucesión de aburridas conversaciones. Zina se negó en redondo a revelar su nombre e incluso su tipo de trabajo (aunque dio a entender que, en cierto sentido, era un hombre genial), y Fiodor se lo agradecía en secreto, comprendiendo que un fantasma sin nombre ni entorno se desvanecería con más facilidad, pero sin embargo sentía punzadas de repugnantes celos que intentaba no analizar, pero estos celos estaban siempre a la vuelta de la esquina, y la idea de que en algún sitio, alguna vez, podía cruzar inadvertidamente su mirada con la de los ojos ansiosos y tristes de este caballero, hacía que todo cuanto le rodeaba adoptara hábitos nocturnos, como la naturaleza durante un eclipse. Zina juraba que nunca le había amado, que por falta de fuerza de

voluntad había ido prolongando la inercia de una aventura amorosa con él y habría continuado haciéndolo de no ser por la aparición de Fiodor; pero éste no podía discernir en ella una carencia especial de fuerza de voluntad, sino más bien una mezcla de timidez femenina y decisión nada femenina en todas las cosas. Pese a la complejidad de la mente de Zina, mostraba con toda naturalidad una sencillez muy convincente, por lo que podía permitirse muchas cosas que otras personas eran incapaces de hacer impunemente, y la misma rapidez de su entendimiento se le antojaba a Fiodor completamente natural a la luz intensa de la sinceridad de ella.

En casa se comportaba de un modo que era monstruoso imaginar una cita nocturna con esta joven ceñuda y distante; pero no era fingimiento, sino otra forma de sinceridad inherente. Cuando una vez la detuvo, bromeando, en el reducido pasillo, Zina palideció de ira y aquel atardecer no acudió a

la cita, y más tarde le obligó a jurar que nunca volvería a hacerlo. Él comprendió muy pronto porqué tenía que ser así: la situación doméstica era de tal gazmoñería que en este ambiente un fugitivo contacto de las manos entre un huésped y la hija del patrón se habría convertido simplemente en una «aventura».

El padre de Zina, Oscar Grigorievich Mertz, había muerto de angina de pecho en Berlín cuatro años atrás, e inmediatamente después de su muerte Marianna Nikolavna se casó con un hombre a quien Mertz no hubiera permitido traspasar su umbral, uno de esos rusos vulgares y engreídos que, cuando se presenta la ocasión, saborean la palabra «yid» como si fuera un higo carnoso. Pero cuando el buen Shchyogolev estaba ausente, aparecía tan orondo en la casa uno de sus dudosos amigos del negocio, un flaco barón báltico con quien Marianna Nikolavna le engañaba, y Fiodor, que había visto al barón una o dos veces, no podía evitar preguntarse con un

estremecimiento de repugnancia que podían encontrar el uno en el otro, y si encontraban algo, qué procedimiento adoptaba esta mujer madura y entrada en carnes y este viejo esqueleto de dientes podridos.

Si a veces era una tortura saber que Zina estaba sola en el piso y que su pacto le impedía hablarle, sufría una tortura completamente distinta cuando Shchyogolev se quedaba solo en casa. Como no amaba la soledad, Boris Ivanovich no tardaba en aburrirse, y, desde su habitación, Fiodor oía el ruidoso incremento de su tedio, como si una exuberancia de bardanas —que pronto crecían hasta su puerta— fuera invadiendo el piso. Suplicaba al destino que algo distrajera a Shchyogolev, pero (hasta que tuvo la radio) la salvación no llegaba. Inevitablemente, se oía el siniestro y cortés golpecito en la puerta, y Boris Ivanovich, sonriendo de forma horrible, se introducía de lado en la habitación. «¿Dormía? ¿Le molesto?», preguntaba al

ver a Fiodor tendido sobre el sofá, y entonces, penetrando del todo, cerraba bien la puerta tras de sí y se sentaba a los pies de Fiodor, suspirando. «Un aburrimiento mortal, un aburrimiento mortal», decía, y se embarcaba en algún tema predilecto. Del reino de la literatura, tenía en gran estima *L'homme qui assassina*, de Claude Farrère, y en el de la filosofía había estudiado los *Protocolos de los sabios de Sión*. Era capaz de discutir sobre estos dos libros durante horas, y parecía que no había leído nada más en toda su vida. Era generoso con historias sobre la administración de justicia en provincias y con anécdotas judías. En lugar de «bebimos unas copas de champaña y nos fuimos», se expresaba de la siguiente manera: «Reventamos una botella de gaseosa, y *hop*». Como ocurre con la mayoría de los charlatanes, sus reminiscencias contenían siempre un conversador extraordinario que le contaba un sinfín de cosas interesantes («No he conocido en toda mi vida a otro hombre tan inteligente»), observaba con

cierta descortesía) y como era imposible imaginar a Boris Ivanovich en el papel de interlocutor silencioso, había que admitir que se trataba de una forma especial de doble personalidad.

Una vez, al fijarse en unas hojas escritas que había sobre la mesa de Fiodor, dijo, adoptando un nuevo y emocionado tono de voz: «¡Ah, si tuviera tiempo, qué novela descorcharía! Tomada de la vida real. Imagínese algo así: un vejestorio —pero todavía en su mejor forma, fogoso, sediento de felicidad— va a conocer a una viuda y ésta tiene una hija, aún muy pequeñita —ya sabe a qué me refiero —, cuando nada se ha formado, pero pese a ello tiene un modo de andar que le trae a uno loco —una niña frágil, muy rubia, pálida, con ojeras azules— y, claro, ni siquiera mira al vejestorio. ¿Qué hacer? Bien, para abreviar, va y se casa con la viuda. Estupendo. Empiezan a vivir los tres juntos. Desde aquí se puede seguir indefinidamente —la tentación, el eterno martirio, el deseo, las locas esperanzas. Y

el resultado, un mal cálculo. El tiempo vuela, él envejece, ella se hace un pimpollo, y no una salchicha. Pasa por tu lado y te chamusca con una mirada de desprecio. ¿Qué tal? ¿No le parece una especie de tragedia a lo Dostoyevski? Verá, esa historia le ocurrió a un gran amigo mío una vez en el país de las hadas, cuando Old King Cole era un viejo alegre», y Boris Ivanovich, desviando la mirada de sus ojos oscuros, frunció los labios y emitió un sonido ruidoso y melancólico.

«Mi media naranja —contó en otra ocasión— fue durante veinte años la esposa de un circunciso y se mezcló con toda una chusma de parientes políticos judíos. Tuve que hacer un gran esfuerzo para eliminar aquel tufo. Zina (llamaba alternativamente a su hijastra Zina o Aída, de acuerdo con su humor), gracias a Dios, no tiene nada específico; tendría usted que ver a su prima, una de esas morenitas gordas, ya sabe, con vello sobre el labio superior. De hecho, se me ha ocurrido pensar



que a mi Marianna, cuando era *madame* Mertz, le interesaban otras cosas; ya sabe usted que no se puede evitar la atracción de la propia raza. Deje que ella misma le cuente cómo se ahogaba en aquel ambiente, qué clase de parentela adquirió —¡oh, *mein Gott!*— todos graznando en la mesa y ella sirviendo el té. Y pensar que su madre era dama de honor de la emperatriz y que ella misma fue a la escuela Smolny para señoritas —y luego va y se casa con un judío— todavía no puede explicarse cómo ocurrió: dice que era rico y ella una estúpida, se conocieron en Niza y ella huyó a Roma con él —ya sabe, al aire libre todo parecía diferente—, pero cuando el pequeño clan se cerró en torno a ella, comprendió que estaba atrapada».

Zina lo contaba de un modo muy diferente. En su versión, la imagen de su padre tenía algo del Swann de Proust. El matrimonio con su madre y su vida posterior estaban matizados por una aureola romántica. A juzgar por sus palabras y a juzgar

también por las fotografías de su padre, era un hombre refinado, noble, inteligente y bondadoso, incluso en aquellas envaradas fotografías de salón de San Petersburgo, con una firma dorada en el grueso cartón, que ella le enseñó por la noche bajo un farol, la anticuada exuberancia de su bigote rubio y la altura de sus cuellos no estropeaban sus facciones delicadas y su mirada directa y sonriente. Zina le habló de su pañuelo perfumado, de su pasión por la música y las carreras de caballos, y de la época de su juventud en que derrotó a un gran maestro extranjero de ajedrez y recitaba a Homero de memoria; al hablar con él, Zina elegía cosas que pudieran atraer la imaginación de Fiodor, ya que detectaba algo perezoso y aburrido en su reacción a las referencias que le hacía de su padre, es decir, lo más precioso que podía ofrecerle. Él mismo se percató de esta escasa receptividad suya. Zina tenía una cualidad que le hacía sentir incómodo: su vida de familia había desarrollado en ella un orgullo

morboso, hasta el punto de que al hablar con Fiodor se refería a su raza con un acento desafiante, como subrayando el hecho de que daba por sentado (hecho que negaba al subrayarlo) que él no sólo consideraba a los judíos sin la hostilidad presente en mayor o menor grado en la mayoría de los rusos, sino que además lo hacía sin la sonrisa glacial de una bondad forzada. Al principio tiró tanto de estas cuerdas que él, indiferente por completo a la clasificación de la gente según su raza, o a las interrelaciones raciales, empezó a sentirse un poco incómodo por ella, y por otro lado, bajo la influencia de su orgullo ardiente y al acecho, sintió una especie de vergüenza personal por escuchar en silencio las detestables sandeces de Shchyogolev y su truco de hablar en ruso imitando un bufo acento judío, como cuando dijo, por ejemplo, a un invitado mojado por la lluvia que había dejado huellas en la alfombra: «¡Oy, qué *suciodnik!*».

Durante algún tiempo después de la muerte de su

padre, sus viejos amigos y parientes continuaron como siempre visitando a su madre y a ella; pero poco a poco las visitas se espaciaron y acabaron por interrumpirse, excepto un anciano matrimonio que siguió yendo a verlas, compadecido de Marianna Nikolavna, compadecido del pasado y tratando de ignorar a Shchyogolev, que se retiraba a su habitación con un periódico y una taza de té. Pero Zina había mantenido sus contactos con el mundo que su madre traicionó, y en las visitas a estos viejos amigos de la familia cambiaba extraordinariamente, se suavizaba y era más amable (como ella misma observó) y gozaba sentándose a la mesa del té y escuchando las sosegadas conversaciones de los viejos sobre enfermedades, bodas y literatura rusa.

En su casa era desgraciada y despreciaba esta infelicidad. También despreciaba su trabajo, aunque su jefe era judío, pero judío alemán, o sea, ante todo alemán, por lo que no tenía remordimientos al

insultarle en presencia de Fiodor. Le habló con tanta nitidez, con tanta amargura y aversión del bufete de abogado donde trabajaba desde hacía dos años, que él lo veía y olía todo como si también acudiera allí todos los días. El ambiente de aquella oficina le recordaba un poco a Dickens (pero en una paráfrasis alemana), un mundo semi-demente de hombres delgados y sombríos y otros repulsivos y rechonchos, subterfugios, sombras negras, narices de pesadilla, polvo, hedor y lágrimas femeninas. Empezaba con una escalera empinada, oscura e increíblemente ruinoso que rivalizaba a la perfección con la siniestra decrepitud del local de la oficina, situación que sólo mejoraba en la oficina del abogado principal, que ostentaba ampulosos sillones y gigantes adornos sobre la mesa cubierta por un cristal. La oficina de los empleados, grande, fea, con ventanas desnudas y trepidantes, se ahogaba bajo un cúmulo de muebles sucios y polvorientos; el sofá era especialmente horrible, de un vago color

púrpura y con muelles a la vista, un objeto espantoso y desagradable que había acabado aquí después de pasar por las oficinas de los tres directores: Traum, Baum y Käsebier. Los innumerables estantes que tapaban cada centímetro de pared estaban atestados de tétricas carpetas azules cuyas largas etiquetas sobresalían y por las cuales se arrastraba de vez en cuando un chinche hambriento y pendenciero. Junto a las ventanas trabajaban cuatro mecanógrafas: una era jorobada y gastaba su sueldo en vestidos; la segunda, muchachita esbelta y frívola, su padre, un carnicero, había muerto a manos de su violento hijo, colgado de un gancho para reses; la tercera, chica indefensa que ahorraba lentamente para su equipo de novia, y la cuarta era una mujer casada, rubia exuberante, cuya alma no pasaba de ser una réplica de su apartamento y que contaba de modo conmovedor que después de un día de TRABAJO ESPIRITUAL ansiaba tanto el desahogo del trabajo físico que en cuanto llegaba a su casa abría todas las

ventanas y hacía alegremente la colada. El director de la oficina, Hamekke (animal gordo y tosco de pies malolientes y un furúnculo que rezumaba perpetuamente en la nuca, aficionado a recordar que en sus días de sargento hacía limpiar el suelo del barracón con cepillos de dientes a los reclutas torpes), solía perseguir a las dos últimas con especial deleite; a una porque perder el empleo significaría para ella no poder casarse, y a la otra porque en seguida prorrumplía en llanto; aquellas lágrimas ruidosas y abundantes, tan fáciles de provocar, le procuraban un sano placer. Casi analfabeto, pero dotado de un puño de hierro y capaz de captar inmediatamente el aspecto más desagradable de cualquier caso, era muy apreciado por sus jefes, Traum, Baum y Käsebier (un idílico cuadro alemán completo, con mesitas bajo el follaje y una vista maravillosa). A Baum apenas se le veía; las solteras de la oficina encontraban que vestía maravillosamente, y lo cierto era que su traje le

sentaba con la misma rigidez que a una estatua de mármol, los pantalones estaban siempre arrugados y llevaba cuello blanco y camisa de color. Käsebier se humillaba ante sus clientes prósperos (en realidad, los tres se humillaban), pero cuando se enfadaba con Zina, la acusaba de darse importancia. El jefe, Traum, era un hombre bajito que llevaba el pelo distribuido de modo que le ocultase la calva, y tenía el perfil de una media luna, manos diminutas y un cuerpo informe, más ancho que gordo. Se amaba a sí mismo con un amor apasionado y completamente correspondido, estaba casado con una viuda rica y entrada en años y, como era actor por naturaleza, procuraba hacerlo todo con elegancia y gastaba miles para la galería mientras regateaba diez céntimos a la secretaria; exigía a sus empleados que se refirieran a su esposa como «*die gnadige Frau*» («la señora ha telefoneado», «la señora ha dejado un mensaje») y alardeaba de una sublime ignorancia sobre todo cuanto ocurría en la oficina, aunque de



hecho lo sabía todo por Hamekke, hasta el último borrón. Por ser uno de los asesores jurídicos de la embajada francesa, hacía frecuentes viajes a París, y como su característica más sobresaliente era una tremenda desfachatez en la persecución de beneficios, buscaba con energía contactos útiles mientras se encontraba allí, pedía sin rubor recomendaciones y molestaba o se imponía a la gente sin advertir los desaires en su piel, semejante a una armadura. Con objeto de ganar popularidad en Francia, escribía libritos en alemán sobre temas franceses (*Tres retratos*, por ejemplo, la emperatriz Eugenia, Briand y Sara Bernhardt), y en el curso de su preparación, la recopilación de material se convertía en una recopilación de contactos. Estas obras, precipitadamente escritas en el *terrible style moderne* de la república alemana (y que, en esencia, cedían poco a las obras de Ludwig y Zweig), los dictaba a su secretaria fuera de las horas de trabajo, cuando simulaba de improviso una racha de

inspiración, racha que, por cierto, siempre coincidía con un lapso de tiempo libre. Un profesor francés, entre cuyo círculo de amistades se había introducido, contestó, en cierta ocasión a una afectuosa epístola suya con una crítica en extremo contundente (para un francés): «Escribe el nombre Deschanel con *accent aigu* algunas veces y otras sin él. Como en esto se necesita cierta uniformidad, sería conveniente que tomara una firme decisión en cuanto al sistema que prefiere seguir, y después se atuviera a él. Si por alguna razón desea escribir este nombre correctamente, entonces escríbalo sin *accent*». Traum contestó en seguida con una carta impetuosamente agradecida, y a continuación pasó a pedir favores. Oh, qué bien sabía redondear y endulzar sus cartas, qué trinos y gorjeos teutónicos sonaban en la interminable modulación de sus comienzos y conclusiones, qué cortesías: «*Vous avez bien voulu bien vouloir...*».

Su secretaria, Dora Wittgenstein, compartía con

Zina una oficina pequeña y mohosa. Esta mujer madura, que había trabajado para él durante catorce años, tenía bolsas bajo los ojos, olía a cadáver a través de su barata agua de colonia, que trabajaba hasta cualquier hora y se había marchitado al servicio de Traum, semejaba un infortunado y exhausto caballo a quien hubieran extirpado el sistema muscular y sólo le hubiesen dejado unos cuantos tendones de hierro. Tenía una educación escasa, organizaba su vida de acuerdo con dos o tres conceptos generalmente aceptados y en sus tratos con la lengua francesa se guiaba por ciertas reglas particulares. Cuando Traum escribía su «libro» periódico solía llamarla los domingos para que fuera a su casa, regateaba sobre su sueldo y le hacía trabajar horas extra; y a veces ella informaba orgullosamente a Zina de que el chófer la había llevado a su casa, o por lo menos hasta la parada del tranvía.

Zina no sólo tenía que hacer las traducciones,

sino también, como todas las otras mecanógrafas, copiar las largas solicitudes que se presentaban ante los tribunales. Con frecuencia debía asimismo tomar nota en taquigrafía, delante del cliente, de las circunstancias de su caso, que muy a menudo se referían a un divorcio. Todos estos casos eran bastante sórdidos; acumulación de inmundicia y estupidez combinadas. Un individuo de Kottbus, que quería divorciarse de su mujer, quien, según él, era anormal, la acusaba de copular con un gran perro danés; el testigo principal era la portera, que a través de la puerta había oído a la esposa hablando al perro y expresando deleite acerca de ciertos detalles de su organismo.

—Para ti sólo es gracioso —dijo Zina, enfadada—, pero lo cierto es que no puedo continuar, no puedo, y abandonaría inmediatamente toda esta basura si no supiera que en otra oficina habría la misma, o todavía peor. Esta sensación de agotamiento por las tardes es algo fenomenal, se

resiste a cualquier descripción. ¿Para qué sirvo ahora? La espalda me duele tanto de escribir a máquina que me gustaría gritar. Y lo peor es que esto no terminará nunca, porque si terminara no habría nada para comer; mamá no sabe hacer nada, ni siquiera podría trabajar como cocinera porque sólo haría que sollozar en la cocina y romper los platos, y su asqueroso marido sólo sabe cómo arruinarse, pues creo que ya estaba arruinado cuando nació. No tienes idea de cuánto le odio, es un cerdo, un cerdo, un cerdo...

—Podríamos hacer jamón con él —observó Fiodor—. Yo también he tenido un día bastante difícil. Quería escribir una poesía para ti, pero aún no la he visto con claridad.

—Querido mío, amor mío —exclamó ella—, ¿puede ser real todo esto: esta valla y aquella estrella borrosa? Cuando era pequeña no me gustaba dibujar nada que no pudiera acabarse, así que no dibujaba vallas porque no pueden acabarse sobre el

papel; es imposible imaginar una valla terminada, y siempre dibujaba algo completo, una pirámide o una casa sobre una colina.

—Y a mí me gustaban sobre todo los horizontes, y debajo, líneas en disminución, para representar la estela del sol poniéndose al otro lado del mar. Y el mayor tormento de mi infancia era un lápiz roto o sin afilar.

—Pero los afilados... ¿Te acuerdas del blanco? Siempre era el más largo, no como el rojo y el azul, porque no se usaba mucho, ¿lo recuerdas?

—¡Pero cuánto deseaba gustar! El drama del albino. *L'inutile beauté*. Sin embargo, después lo utilicé mucho. Precisamente porque dibujaba lo invisible y uno podía imaginar muchas cosas. En general nos esperan posibilidades ilimitadas. Pero ningún ángel, o si tiene que haber un ángel, ha de ser con una enorme cavidad en el pecho y las alas de un híbrido entre un ave del paraíso y un cóndor, y

garras para llevarse a la joven alma, no «abrazada», como dice Lermontov.

—Sí, yo también creo que no podemos terminar aquí. No puedo imaginarme que dejemos de existir. En cualquier caso, no me gustaría convertirme en otra cosa.

—¿En luz difusa? ¿Qué te parece eso? No demasiado bueno, diría yo. Estoy convencido de que nos esperan sorpresas extraordinarias. Es una lástima que no podamos imaginar lo que no podemos comparar con nada. El genio es un africano que sueña con la nieve. ¿Sabes qué fue lo que más asombró a los primeros peregrinos rusos cuando cruzaban Europa?

—¿La música?

—No, las fuentes de las ciudades, las estatuas mojadas.

—A veces me molesta que no tengas sentido de

la música. Mi padre tenía tanto oído que en ocasiones se tumbaba en el sofá y tatareaba toda una ópera, del principio al fin. Una vez estaba tendido así y alguien entró en la habitación contigua y se puso a hablar con mi madre, y él me dijo: «Esa voz pertenece a fulano, le vi hace veinte años en Carlsbad y me prometió venir a verme un día». Tan grande era su oído.

—Y yo he visto a Lishnevski hoy y me ha mencionado a un amigo suyo que se le ha quejado de que Carlsbad ya no es lo que era. ¡Aquéllos sí que eran buenos tiempos!, le ha dicho: estás con tu vaso de agua y a tu lado ves al rey Eduardo... un hombre guapo e impresionante... con un traje de auténtica tela inglesa... Y ahora, ¿por qué te has ofendido? ¿Qué te ocurre?

—Déjalo. Hay cosas que nunca comprenderás.

—No digas eso. ¿Por qué tienes la piel caliente aquí y fría allí? ¿Sientes frío? Será mejor que eches



una mirada a esa mariposa que vuela en torno al farol.

—Hace rato que la he visto.

—¿Quieres decirme por qué las mariposas vuelan hacia la luz? Nadie lo sabe.

—Y tú, ¿acaso lo sabes?

—Siempre tengo la impresión de que lo adivinaré dentro de un minuto si me concentro lo suficiente. Mi padre solía decir que podía ser ante todo una pérdida de equilibrio, como cuando uno aprende a montar en bicicleta y se siente atraído por una zanja. La luz, en comparación con la oscuridad, es un vacío. ¡Mírala cómo describe círculos! Pero aquí hay algo más profundo, lo sabré dentro de un minuto.

—Siento que no escribieras tu libro. Oh, tengo mil planes para ti. Veo con claridad que un día te lanzarás en serio. Escribirás algo portentoso que

dejará a todo el mundo con la boca abierta.

—Escribiré —dijo Fiodor Konstantinovich, bromeando— una biografía de Chernyshevski.

—Lo que quieras. Pero ha de ser que muy genuino. No necesito decirte cuánto me gustan tus poesías, pero nunca están del todo a tu altura, todas las palabras son de una talla menor que tus verdaderas palabras.

—O una novela. Es extraño. Me parece recordar mis obras futuras, aunque ni siquiera sé de qué tratarán. Las recordaré completamente y las escribiré. A propósito, dime una cosa: ¿cómo lo ves tú? ¿Vamos a encontrarnos así todas nuestras vidas, sentados de lado en un banco?

—Oh, no —replicó ella con voz musical y soñadora—. En invierno iremos a un baile, y este verano, durante mis vacaciones, iré dos semanas a la orilla del mar y te enviaré una postal de los rompientes.

—Yo también iré dos semanas a la orilla del mar.

—No lo creo. Además, no olvides que tenemos que encontrarnos algún día en la rosaleda del Tiergarten, donde hay la estatua de la princesa con el abanico de piedra.

—Agradables perspectivas —dijo Fiodor.

Pero algunos días después encontró por casualidad el mismo ejemplar de *8X8*; lo hojeó, buscando jugadas sin terminar, y al ver que todos los problemas estaban resueltos, dio una ojeada al extracto de dos columnas del diario juvenil de Chernyshevski; lo repasó, sonrió y volvió a leerlo con interés. El estilo irónico y circunstancial, los adverbios insertados meticulosamente, la pasión por el punto y coma, el atasco de una idea a media frase y las torpes tentativas de llevarla adelante (tras las cuales se volvía a estancar en otro lugar, y el autor tenía que empezar de nuevo a preocuparse por ella),

el tono machacón e insistente de cada palabra, la movilidad del sentido, similar a las jugadas del caballo, del comentario trivial sobre sus mínimos actos, la pegajosa ineptitud de estos actos (como si una cola de pegar hubiese embadurnado las manos del hombre, y ambas fueran la izquierda), la seriedad, la falta de firmeza, la honradez, la pobreza, todo esto gustó tanto a Fiodor, le asombró y divirtió tanto el hecho de que un autor que tuviera este estilo mental y verbal pudiera ser considerado una influencia en el destino literario de Rusia, que a la mañana siguiente pidió en préstamo a la biblioteca pública las obras completas de Chernyshevski. Y mientras leía, su asombro aumentaba, y este sentimiento contenía una clase peculiar de felicidad.

Cuando, una semana después, aceptó una invitación telefónica de Alexandra Yakovlevna («¿Por qué no se le ve nunca? Dígame, ¿está libre esta noche?»), no llevó consigo la 8x8 para

enseñarla a sus amigos: ahora esta revistilla tenía para él un valor sentimental, el recuerdo de un encuentro. Entre los invitados vio al ingeniero Kern y a un caballero robusto, taciturno, de mejillas muy suaves y rostro ancho y anticuado, de nombre Goryainov, que era muy conocido porque, sabiendo imitar a la perfección (estirando mucho la boca, emitiendo sonidos húmedos y rumiantes y hablando con voz de falsete) a cierto periodista excéntrico de pésima reputación, se había acostumbrado tanto a esta imagen (que de este modo se vengaba de él) que no sólo estiraba también las comisuras de la boca cuando imitaba a otro conocido suyo, sino que incluso llegó a parecerseles en una conversación normal. Alexander Chernyshevski, más delgado y silencioso después de su enfermedad —el precio de redimir su salud durante un tiempo—, volvía a estar muy animado aquella noche e incluso había recuperado su antiguo tic; pero el fantasma de Yasha ya no estaba sentado en el rincón, con el codo

apoyado entre desordenados montones de libros.

—¿Sigue usted satisfecho con su alojamiento? —  
inquirió Alexandra Yakolevna—. Pues me alegro  
mucho. ¿No flirtea con la hija? ¿No? Por cierto, el  
otro día me acordé de que Mertz y yo teníamos  
algunas amistades comunes —era un hombre  
maravilloso, un caballero en todos los sentidos de la  
palabra, pero no creo que a ella le guste mucho  
admitir su origen. ¿Lo admite? Bueno, no lo sé, pero  
sospecho que usted no entiende mucho de estas  
cuestiones.

—En cualquier caso, es una joven de carácter —  
dijo el ingeniero Kern—. Un día la vi en una reunión  
del comité del baile. Lo miraba todo por encima del  
hombro.

—¿Y cómo es su nariz? —preguntó Alexandra  
Yakovlevna.

—Verá, para serle franco, no la miré con mucha  
atención, y, en fin de cuentas, todas las muchachas

aspiran a ser bellezas. No seamos chismosos.

Goryainov, sentado con las manos cruzadas sobre el estómago, guardaba silencio aparte de un ocasional carraspeo estridente que acompañaba de una extraña sacudida de su carnoso mentón, como si llamara a alguien. «Sí, gracias, me gustaría mucho», decía con una inclinación siempre que le ofrecían mermelada o un vaso de té, y si deseaba comunicar algo a su vecino, no se volvía hacia él, sino que acercaba más la cabeza, mirando hacia delante, y después de explicarse o formular una pregunta, se apartaba de nuevo con lentitud. En la conversación con él había huecos singulares porque no respondía en modo alguno a su interlocutor, ni le miraba, sino que dejaba vagar por la habitación la mirada parda de sus pequeños ojos de elefante, carraspeando convulsivamente. Cuando hablaba de sí mismo, era siempre en una vena de humor sombrío. Todo su aspecto evocaba por alguna razón las cosas más caducadas, como, por ejemplo: departamento del

interior, sopa de verduras fría, chanclos brillantes, nieve estilizada cayendo al otro lado de la ventana, impasibilidad, Stolypin, estatismo.

—Bien, amigo mío —dijo vagamente Chernyshevski, al sentarse junto a Fiodor—, ¿qué me cuenta de sí mismo? No tiene muy buen aspecto.

—¿Recuerda usted —repuso Fiodor— que una vez, hará unos tres años, me dio el afortunado consejo de describir la vida de su renombrado tocayo?

—No, en absoluto —replicó Alexander Yakovlevich.

—Es una lástima —porque ahora estoy pensando en escribirla.

—Oh, ¿de verdad? ¿Lo dice en serio?

—Completamente en serio —dijo Fiodor.

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido una idea tan estrafalaria? —intervino *madame* Chernyshevski—.



Debería escribir, no sé, la vida de Batyushkov o Delvig, por ejemplo, algo de la órbita de Pushkin, pero ¿para qué la de Chernyshevski?

—Prácticas de tiro —repuso Fiodor.

—Una contestación que es, por no decir otra cosa, enigmática —observó el ingeniero Kern, y el cristal sin montura de sus quevedos brilló cuando trató de cascar una nuez con las palmas. Arrastrándolo por un extremo, Goryainov le pasó el cascanueces.

—¿Por qué no? —dijo Alexander Yakovlevich, emergiendo de una breve meditación—. La idea empieza a gustarme. En nuestros terribles tiempos, en que se pisotea el individualismo y se acalla la mente, debe ser un gozo enorme para un escritor enfrascarse en la brillante era de los años sesenta. Yo lo apruebo.

—Sí, ¡pero está tan alejado de él! —exclamó *madame* Chernyshevski—. No hay continuidad, no

hay tradición. Hablando con franqueza, a mí no me interesaría mucho resucitar todo lo que sentía a este respecto cuando era una estudiante universitaria en Rusia.

—Mi tío —observó Kern, cascando una nuez— fue expulsado de la escuela por leer *¿Qué hacer?*

—¿Y qué opina usted? —preguntó Alexandra Yakovlevna, dirigiéndose a Goryainov.

Goryainov extendió las manos.

—No tengo ninguna opinión especial —dijo con voz delgada, como imitando a alguien—. Nunca he leído a Chernyshevski, pero, ahora que lo pienso... ¡qué figura tan aburrida, y que Dios me perdone!

Alexander Yakovlevich se apoyó ligeramente en el respaldo de su sillón, parpadeando, con el rostro ya crispado, ya iluminado por una sonrisa, y manifestó:

—Pues yo apruebo la idea de Fiodor

Konstantinovich. Como es natural, muchas cosas de él se nos antojan hoy cómicas y aburridas. Pero en aquella era hay algo sagrado, algo eterno. El utilitarismo, la negación del arte, etc., todo esto es tan sólo una envoltura accidental bajo la cual es imposible no distinguir sus características básicas: consideración hacia toda la raza humana, culto a la libertad, ideas de igualdad —igualdad de derechos. Fue una era de grandes emancipaciones, los campesinos de los terratenientes, el ciudadano del estado, las mujeres del yugo doméstico. Y no olviden que no sólo nacieron entonces los principios del movimiento de liberación ruso —ansia de conocimientos, firmeza de espíritu, heroico altruismo— sino que fue precisamente en esta era, alimentados por ella de un modo u otro, cuando se desarrollaron gigantes tales como Turguenev, Nekrasov, Tolstoi y Dostoyevski. Además, es indudable que el propio Nikolai Gavrilovich Chernyshevski fue un hombre de mente vasta y

versátil, de enorme voluntad creadora, y el hecho de que soportara tremendos sufrimientos por amor a su ideología, por amor a la humanidad, por amor a Rusia, redime sobradamente cierta dureza y rigidez de sus opiniones críticas. Además, mantengo que era un crítico soberbio —penetrante, honrado, audaz... ¡Sí, sí, es maravilloso, tiene usted que escribirla!

Hacía rato que el ingeniero Kern se había levantado, y ahora paseaba por la habitación, meneando la cabeza y ansioso por decir algo.

—¿De qué estamos hablando? —exclamó de repente, agarrando el respaldo de una silla—. ¿A quién le importa la opinión de Chernyshevski sobre Pushkin? Rousseau era un pésimo botánico, y yo no me hubiera dejado tratar por el doctor Chejov ni por todo el oro del mundo. Chernyshevski fue ante todo un docto economista y así debería ser considerado, y con todos mis respetos hacia las dotes poéticas de Fiodor Konstantinovich, dudo de que sea capaz de apreciar los méritos y defectos de los Comentarios

sobre John Stuart Mill.

—Su comparación es absolutamente equivocada —replicó Alexandra Yakovlevna—. ¡Es ridícula! Chejov no dejó la menor huella en medicina, las composiciones musicales de Rousseau son meras curiosidades, pero en este caso ninguna historia de la literatura rusa puede omitir a Chernyshevski. Pero hay algo más que no comprendo —prosiguió con rapidez—. ¿Qué interés tiene Fiodor Konstantinovich en escribir acerca de personas y tiempos completamente ajenos a su mentalidad? Claro que ignoro cuál será su enfoque. Pero si, hablando claramente, lo que quiere es ridiculizar a los críticos progresistas, podría ahorrarse el esfuerzo: Volynski y Eichenwald lo hicieron hace tiempo.

—Oh, vamos, vamos —dijo Alexander Yakovlevich—, *das kommt nicht in Frage*, esto no viene a cuento. Un joven escritor se interesa por una de las épocas más importantes de la historia rusa y

se propone escribir una biografía literaria de una de sus principales figuras. No veo nada extraño en ello. No es muy difícil familiarizarse con el tema, encontrará más libros de los que necesite, y el resto sólo depende del talento. Tú dices enfoque, enfoque. Pero una vez concedido un enfoque inteligente de un determinado tema, el sarcasmo queda excluido *a priori*, carece de importancia. Al menos, así es como yo lo veo.

—¿Vio cómo atacaron a Koncheyev la semana pasada? —preguntó el ingeniero Kern, y la conversación tomó otros derroteros.

Ya en la calle, cuando Fiodor se despedía de Goryainov, éste retuvo su mano en la suya, que era grande y suave, y le dijo, arrugando los ojos:

—Permítame decirle, muchacho, que le considero un gran bromista. Ha muerto hace poco el socialdemócrata Belenki —especie de emigrado perpetuo, por así decirlo: le desterró el zar y

después el proletariado, por lo que siempre que se recreaba en recordar, empezaba así: «*U nas v Sheneve, chez nous a Genève...*». ¿Escribirá usted asimismo sobre él, tal vez?

—No le comprendo —dijo Fiodor en tono inquisitivo.

—No, pero en cambio yo he comprendido perfectamente. Usted va a escribir sobre Chernyshevski tanto como yo sobre Belenki, pero ha puesto en ridículo a su auditorio y sacado a relucir un argumento interesante. Le deseo lo mejor, buenas noches —y se alejó con paso lento y pesado, apoyándose en el bastón y levantando un hombro un poco más que el otro.

El modo de vida al que se había aficionado mientras estudiaba las actividades de su padre volvió a ser habitual para Fiodor. Era una de esas repeticiones, una de esas «voces» temáticas con las cuales, según todas las reglas de la armonía, el

destino enriquece la vida de los hombres observadores. Pero ahora, enseñado por la experiencia, no se permitió el descuido anterior en el empleo de fuentes y adjuntaba a la nota más insignificante la indicación exacta de su origen. Frente a la Biblioteca Nacional, cerca de un estanque de piedra, las palomas se arrullaban entre las margaritas del césped. Los libros solicitados llegaban en un vagoncito que se deslizaba por raíles inclinados hasta los bajos del local aparentemente pequeño, donde esperaban ser distribuidos y donde parecía que había sólo unos cuantos libros en los estantes cuando de hecho se trataba de una acumulación de millares.

Fiodor abrazaba su parte, luchando con el peso que se desintegraba, y se dirigía a la parada del autobús. Desde el mismo principio la imagen del libro se le había aparecido con extraordinaria claridad en tono y líneas generales, y tenía la sensación de que ya había un lugar preparado para



cada detalle que desenterraba y que incluso el trabajo de recopilar material ya estaba bañado por la luz del libro definitivo, como cuando el mar proyecta una luz azul sobre un barco de pesca, y el barco se refleja en el agua junto con esta luz. «Verás —explicó a Zina—, quiero mantenerlo todo al mismo borde de la parodia. Ya conoces esas idiotas “biographies romances” en que a Byron se le atribuye tranquilamente un sueño extraído de uno de sus propios poemas. Y, por otro lado, tiene que haber un abismo de seriedad, y yo tengo que avanzar por este angosto saliente entre mi propia verdad y su caricatura. Y, lo más esencial de todo, ha de haber una única e ininterrumpida progresión de pensamiento. Tengo que pelar la manzana en una sola tira, sin apartar el cuchillo».

Mientras estudiaba el tema vio que a fin de sumergirse completamente en él tendría que extender, el período que estudiaba, dos décadas en ambas direcciones. De este modo se dio cuenta de

una divertida característica de la época — esencialmente pequeña, pero que resultaría una guía muy valiosa: durante cincuenta años de crítica utilitaria, desde Belinski a Mijailovski, no había un solo moldeador de opinión que no aprovechara la oportunidad de mofarse de las poesías de Fet. ¡Y en qué monstruos metafísicos se convertían a veces los juicios más sobrios de estos materialistas sobre este o aquel tema, como si la Palabra, logos, se vengara de ellos por ser menospreciada! Belinski, aquel simpático ignorante, que amaba los lirios y las adelfas, que decoraba su ventana con cactus (como Emma Bovary), que guardaba cinco cópecs, un tapón de corcho y un botón en la caja vacía desechada por Hegel y que murió de tuberculosis con una alocución al pueblo ruso en sus labios manchados de sangre, sobresaltó la imaginación de Fiodor con perlas de pensamiento realista como, por ejemplo: «En la naturaleza todo es hermoso, exceptuando solamente aquellos grotescos fenómenos que la propia

naturaleza ha dejado inacabados y ocultos en la oscuridad de la tierra o el agua (moluscos, lombrices, infusorios, etc.)» De modo similar, en Mijailovski era fácil descubrir una metáfora flotando panza arriba como, por ejemplo: «(Dostoyevski) luchaba como un pez contra el hielo, terminando a veces en las posiciones más humillantes»; este pez humillado le ahorra a uno de estudiar todos los escritos del «periodista sobre cuestiones contemporáneas». A partir de aquí había una transición directa al combativo léxico del momento actual, al estilo de Stekooov hablando del tiempo de Chernyshevki («El escritor plebeyo que anidó en los poros de la vida rusa... estigmatizó las opiniones rutinarias con el ariete de sus ideas»), o al idioma de Lenin, que en su ardor polémico alcanzó las cumbres de lo absurdo: («Aquí no hay hoja de parra... y el idealista alarga la mano directamente al agnóstico»). Prosa rusa, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre! Un crítico contemporáneo

escribió sobre Gógol: «Sus personajes son grotescos y deformados, sombras de linternas chinas, y los acontecimientos que describe, imposibles y ridículos», y esto correspondía plenamente a las opiniones mantenidas por Skabichevski y Mijailovski sobre Chejov— opiniones que, como una mecha prendida entonces, ha hecho ahora volar por los aires a estos críticos.

Leyó a Pomyalovski (la honradez en el papel de pasión trágica) y encontró en él esta ensalada de frutas léxica: «pequeños labios como cerezas, de un rojo frambuesa». Leyó a Nekrasov, y notando cierto defecto de periodista urbano en su poesía (frecuentemente encantadora), encontró una aparente explicación de sus vulgarismos en su prosaico *Mujeres rusas* («Qué placentero, además, compartir todos los pensamientos con alguien a quien se adora») en el descubrimiento de que a pesar de sus paseos por el campo confundía a los tábanos con los abejorros y avispa (en bandada): «un inquieto

enjambre de abejorros», y diez líneas más abajo: los caballos «buscan refugio de las avispas» bajo el humo de una fogata. Leyó a Herzen y de nuevo pudo comprender mejor el defecto (el oropel locuaz) de sus generalizaciones cuando advirtió que este autor, por su escaso conocimiento del inglés (atestiguado por su referencia autobiográfica, que empieza con el divertido galicismo «nazco»), había confundido los sonidos de dos palabras inglesas «*beggar*» (mendigo) y «*bugger*» (sodomita) y así había hecho una brillante deducción a propósito del respeto inglés por la riqueza.

Semejante método de evaluación, llevado hasta su extremo, hubiera sido aún más necio que considerar a escritores y críticos como exponentes de ideas generales. ¿Qué importancia tiene que al Sujoshchokov de Pushkin no le guste Baudelaire, y es justo condenar la prosa de Lermontov porque se refiere dos veces a un imposible «cocodrilo» (una vez en serio y otra en una comparación bromista)?

Fiodor se detuvo a tiempo, evitando así que la agradable sensación de que había descubierto un criterio fácilmente aplicable se deformara por el abuso.

Leyó mucho —más de lo que había leído nunca—. Al estudiar los cuentos cortos y las novelas de los hombres de los años sesenta, le sorprendió su insistencia en los diversos modos de saludo entre sus personajes. Meditando sobre la servidumbre del pensamiento ruso, ese eterno tributario de esta o aquella Horda Dorada, se dejó entusiasmar por fantásticas comparaciones. Por ejemplo, en el párrafo 146 del Código de censura de 1826, en que se conminaba a los autores a «defender la ética casta y no reemplazarla meramente por la belleza de la imaginación», bastaba con reemplazar «casta» por «cívica» o una palabra semejante a fin de obtener el código de censura particular de los críticos radicales; y similarmente, cuando el reaccionario Bulgarin informó al gobierno, en una carta

confidencial, de su disposición a colorear los personajes de la novela que estaba escribiendo para agradar al censor, uno no podía por menos de pensar en la adulación posterior en que cayeron incluso autores como Turguenev ante el Tribunal de la Opinión Pública Progresista; y el radical Shchedrin, que empleó una limonera de carro como arma y ridiculizó la enfermedad de Dostoyevski, o Antonovich, que llamó a dicho autor «animal apaleado y moribundo», no eran muy diferentes del derechista Burenin, que persiguió al infortunado poeta Nadson. En los escritos de otro crítico radical, Saitsev, era cómico encontrar, cuarenta años antes de Freud, la teoría de que «todos estos sentimientos estéticos e ilusiones similares que “nos elevan”, son tan sólo modificaciones del instinto sexual...»; éste era el mismo Saitsev que llamó a Lermontov «idiota desilusionado», criaba gusanos de seda en su cómodo exilio de Locarno (que nunca salieron del capullo), y a menudo rodaba por las escaleras

debido a su miopía.

Fiodor trató de clasificar el revoltijo de ideas filosóficas de la época, y sacó la impresión de que en la misma lista de nombres, en su burlesca consonancia, se manifestaba una especie de pecado contra el pensamiento, una mofa de él, una mancha de la época, en que algunos alababan con extravagancia a Kant, otros a Kont (Comte) y otros a Hegel o Schlegel. Y, por otro lado, empezó a comprender poco a poco que los radicales intransigentes como Chernyshevski, con todos sus ridículos y crasos errores, eran, como quiera que se mirase, verdaderos héroes en su lucha contra el orden de cosas gubernamental (que era todavía más pernicioso y vulgar que su propia fatuidad en el ámbito de la crítica literaria), y que otros de la oposición, los liberales o los eslavófilos, que arriesgaban menos, eran por la misma razón menos dignos que estos férreos provocadores.

Admiraba sinceramente la burla devastadora con



que Chernyshevski, enemigo de la pena capital, acogió la proposición de infame benevolencia y mezquina sublimidad hecha por el poeta Zhukovski, de que las ejecuciones se rodearan de un secreto místico (ya que en público, según él, el condenado a muerte adopta una actitud impávida y desafiante que redundaba en descrédito de la ley), de modo que los asistentes a una ejecución en la horca no pudieran ver nada y sólo oír solemnes himnos religiosos detrás de una cortina, lo cual daría un carácter conmovedor al acto. Y mientras leía esto, Fiodor recordó haber oído decir a su padre que es innato en todos los hombres el sentimiento de algo insuperablemente anormal en la pena de muerte, algo parecido a la misteriosa acción invertida de un espejo, que convierte en zurdo a todo el mundo: no en vano todo se invierte para el verdugo: la collera está puesta del revés cuando llevan al bandido Razin al cadalso; el vino del verdugo no se sirve con un giro natural de la muñeca, sino con el revés de la

mano; y si, de acuerdo con el código suave, a un actor insultado se le permitía buscar satisfacción atacando a la sombra del ofensor, en China era precisamente un actor —una sombra— quien desempeñaba el papel de verdugo, relevando así de toda responsabilidad al mundo de los hombres y transfiriéndola al del interior de los espejos.

Intuyó claramente un engaño a escala gubernamental en las acciones del «Libertador del zar», quien muy pronto se cansó de toda esta cuestión de conceder libertades; porque fue el tedio del zar lo que prestó el matiz principal a la reacción. Después del manifiesto, la policía disparó contra la muchedumbre en la estación de *Bezdna* —y la vena epigramática de Fiodor se recreó en la insípida tentación de considerar el destino ulterior de los dirigentes de Rusia como el trayecto entre las estaciones de *Bezdna* (sin fondo) y *Dno* (fondo).

Gradualmente, como resultado de todas estas incursiones al pasado del pensamiento ruso, fue

generando una nueva añoranza de Rusia que era menos física que antes, un deseo peligroso (contra el que luchó con éxito) de confesarle algo y convencerla de algo. Y mientras acumulaba conocimientos, mientras extraía su creación terminada de esta montaña, recordó otra cosa: un montón de piedras en un paso asiático; cada uno de los guerreros que marchaban a una campaña, colocaba allí una piedra; a su regreso, cada uno cogía una piedra del montón; las que quedaban representaban para siempre el número de los caídos en la batalla. En uno de estos montones de piedras, Tamerlán previó un monumento.

En invierno ya había empezado a escribir, tras pasar imperceptiblemente de la acumulación a la creación. El invierno, como la mayoría de los inviernos memorables y como todos los inviernos introducidos a causa de una frase narrativa, resultó (siempre «resultan» en semejantes casos) muy frío. Durante sus citas nocturnas con Zina en un café

pequeño y vacío, cuyo mostrador estaba pintado de color añil y donde minúsculas lámparas azul marino, actuando tristemente como portadoras de amodorramiento, ardían sobre seis o siete mesitas, le leía lo que había escrito durante la jornada y ella escuchaba, bajando las pintadas pestañas y apoyada sobre un codo, mientras jugaba con un guante o una pitillera. A veces aparecía la perra del dueño, animal híbrido y grueso, de tetas colgantes, que colocaba la cabeza sobre la rodilla de Zina, y bajo la mano tierna y risueña que acariciaba la piel de su frente sedosa, los ojos de la perra se rasgaban como los de los chinos, y cuando le daban un terrón de azúcar, lo tomaba, se dirigía lentamente a un rincón, se aposentaba y empezaba a masticar ruidosamente. «Maravilloso, pero no estoy segura de que puedas decirlo así en ruso», comentaba a veces Zina, y después de discutirlo, corregía la expresión que ella había puesto en duda. Zina, para abreviar, llamaba Chernysh a Chernyshevski y se habituó tanto a

considerar que pertenecía a Fiodor, y en parte a ella, que su vida real en el pasado se le antojaba una especie de plagio. La idea de Fiodor de componer la biografía en forma de anillo, cerrado con el broche de un soneto apócrifo (de modo que el resultado no fuera la forma de un libro, que por su limitación se opone a la naturaleza circular de todo lo existente, sino de una frase continuamente curvada y, por tanto, infinita), a Zina le pareció al principio que era imposible incorporarla a papel plano y rectangular —y su entusiasmo fue aún mayor cuando advirtió que, pese a todo, se estaba formando un círculo—. Su despreocupación era completa respecto a si el autor acostumbraba ceñirse a la verdad histórica o la falseaba —lo daba por sentado, ya que, de no ser así, no valdría la pena escribir el libro—. Por otro lado, una verdad más profunda, de la cual sólo él era responsable y que sólo él podía encontrar, era para ella tan importante que la menor torpeza o confusión en sus palabras se le antojaba el germen de una

falsedad, que se debía exterminar inmediatamente. Dotada de una memoria muy flexible, que —se enroscaba como la hiedra en torno a todo cuanto percibía, Zina, al repetir las combinaciones de palabras que le gustaban de modo particular, las ennoblecía con su propia circunvolución secreta, y siempre que Fiodor cambiaba por alguna razón el giro de una frase que ella recordaba, las ruinas del pórtico permanecían durante mucho tiempo en el dorado horizonte, reacias a desaparecer. Había en su receptividad una gracia extraordinaria que de manera imperceptible servía a Fiodor de regulador, incluso de guía. Y a veces, cuando se habían reunido al menos tres clientes, una anciana pianista que llevaba quevedos se sentaba al piano del rincón y tocaba la Barcarola de Offenbach como una marcha.

Ya se estaba aproximando al final de su obra (el nacimiento del héroe, para ser exactos) cuando Zina dijo que no le perjudicaría descansar y por lo tanto irían juntos a un baile de disfraces en casa de un

artista amigo suyo. Fiodor era un mal bailarín, no soportaba a los bohemios alemanes y además se negó en redondo a poner uniforme a la fantasía, que es lo que en efecto hacen los bailes de disfraces. Convinieron en que llevaría antifaz y un *smoking* hecho cuatro años atrás que no se había puesto más de cuatro veces. «Y yo iré de...», empezó ella con aire soñador, pero se interrumpió bruscamente. «De lo que gustes menos de doncella boyarda o de Colombina, te lo ruego», dijo Fiodor. «Pues sería muy apropiado para mí —observó ella, desdeñosa—. Oh, te aseguro que será todo muy alegre —añadió con ternura, para disipar el malhumor de él—. Al fin y al cabo, estaremos solos entre la gente. ¡Tengo tantos deseos de ir! Estaremos juntos toda la noche y nadie sabrá quién eres, y yo he pensado un disfraz especialmente dedicado a ti». Él la imaginó con la espalda desnuda y brazos pálidos y azulados —pero entonces se introdujeron furtivamente muchos rostros bestiales y excitados, la burda

necedad de las ruidosas francachelas alemanas; bebidas mediocres inflamaban su estómago, eructaba por culpa de los bocadillos de huevo duro; pero de nuevo concentró sus pensamientos en el baile al son de la música, en la vena transparente de la sien de Zina. «Claro que será alegre, claro que iremos», dijo con convicción.

Decidieron que ella iría a las nueve y él la seguiría una hora después. Restringido por el límite de tiempo, no se sentó a trabajar después de la cena sino que se dedicó a hojear una nueva revista de emigrados en que se mencionaba de paso a Koncheyev dos veces, y estas referencias casuales, que comportaban el reconocimiento general del poeta, eran más valiosas que la crítica más favorable: seis meses antes, esto hubiera provocado en él lo que sentía el envidioso Salieri de Pushkin, pero ahora se sintió asombrado de la propia indiferencia hacia la fama de otro. Consultó el reloj y empezó a cambiarse con lentitud. Desenterró el



*smoking* de aspecto soñoliento y se sumió en la meditación. Todavía absorto, sacó una camisa almidonada, colocó los evasivos botones del cuello y se la puso, temblando a causa de su rígida frialdad. De nuevo se quedó inmóvil un momento, y luego se puso automáticamente los pantalones negros provistos de un galón y, al recordar que aquella misma mañana había decidido tachar la última de las frases escritas el día anterior, se inclinó sobre la hoja ya corregida con profusión. Mientras releía la frase se preguntó si no debería dejarla intacta después de todo, puso un signo de inserción, escribió un adjetivo adicional, permaneció contemplándola —y, con rápido ademán, tachó toda la frase. Pero dejar el párrafo en estas condiciones, es decir, con la construcción colgando sobre un precipicio, con una ventana ciega y un porche que se desmoronaba, era una imposibilidad física. Examinó sus notas referentes a esta parte y de improviso— su pluma se puso en movimiento y empezó a volar.

Cuando miró de nuevo el reloj eran las tres de la mañana, tenía escalofríos y toda la habitación estaba nublada por el humo del tabaco. Oyó de modo simultáneo el clic de la cerradura americana. Tenía su puerta abierta, y cuando Zina pasó por delante al cruzar el recibidor, le vio sentado, pálido, con la boca muy abierta, vestido con una camisa almidonada, sin abrochar, con los tirantes arrastrando por el suelo, la pluma en la mano y un antifaz sobre la mesa cuya negrura contrastaba con la blancura del papel. Se encerró en su cuarto dando un portazo y volvió a reinar el silencio. «Esto sí que es un buen lío —dijo Fiodor en voz baja—. ¿Qué he hecho?» Así pues, nunca descubrió qué disfraz se había puesto Zina; pero el libro estaba terminado.

Un mes después, un lunes, llevó la copia en limpio a Vasiliev, quien el otoño pasado, al enterarse de sus investigaciones, se había ofrecido a medias a hacer publicar la *Vida de Chemyshevski* por la editorial vinculada a la Gazeta. Fiodor volvió

el miércoles siguiente y se quedó charlando con el viejo Stupishin, que solía calzar zapatillas en la oficina. De pronto la puerta del estudio se abrió y el umbral quedó cegado por la corpulencia de Vasiliev, que miró sombríamente a Fiodor durante un momento y luego dijo, impasible: «Tenga la bondad de entrar», y se hizo a un lado para que pasara.

—Bueno, ¿lo ha leído? —preguntó Fiodor, sentándose al otro lado de la mesa.

—Sí, en efecto —repuso Vasiliev con severa voz de bajo.

—Personalmente —dijo Fiodor, muy animado—, me gustaría que saliera esta primavera.

—Aquí tiene su manuscrito —masculló de pronto Vasiliev, frunciendo el ceño y alargándole la carpeta—. Lléveselo. No puedo tomar parte en su publicación. Creía que se trataba de una obra seria, y resulta que es una improvisación temeraria, antisocial e impertinente. Me ha dejado estupefacto.

—Vaya, esto es absurdo —comentó Fiodor.

—No, señor mío, no es absurdo —rugió Vasiliev, que se desahogaba tocando airadamente los objetos de la mesa, haciendo rodar un sello de goma, cambiando las posiciones de humildes libros «para revisar», agrupados de modo accidental, sin esperanzas de una felicidad permanente—. ¡No, señor mío! Existen ciertas tradiciones de la vida pública rusa que un escritor honorable no se atreve a someter al ridículo. Me es del todo indiferente que usted tenga talento o no. Sólo sé que satirizar a un hombre cuyas obras y cuyos sufrimientos han sido el sostén de millones de intelectuales rusos es indigno de cualquier talento. Sé que usted no me escuchará (y Vasiliev, haciendo muecas de dolor, se llevó la mano al corazón), pero aun así le ruego como amigo que no intente publicar esto, destruirá su carrera literaria, recuerde mis palabras, todo el mundo le dará la espalda.

—Prefiero sus nuca que sus caras —replicó

Fiodor.

Aquella noche estaba invitado a casa de los Chernyshevski, pero Alexandra Yakovlevna anuló la invitación en el último momento: su marido «tenía gripe» y «muchísima fiebre». Zina se había ido al cine con alguien, por lo que no pudo verla hasta la noche siguiente. «Kaput en la primera tentativa, como diría tu padrastro», dijo en respuesta a la pregunta de ella acerca del manuscrito y (como solían escribir en los viejos tiempos) narró brevemente la conversación en la oficina del periódico. Indignación, ternura hacia él, la necesidad de ayudarlo inmediatamente se tradujeron en una explosión de emprendedora energía por parte de Zina. «Conque ésas tenemos, ¿verdad? —exclamó—. Muy bien. Conseguiré el dinero para publicarlo, ya lo creo que lo haré».

—Para el niño una comida, para el padre un ataúd —dijo él (trasponiendo las palabras de un verso de un poema de Nekrasov sobre la esposa heroica que vende su cuerpo para comprar la cena

de su marido), y en otro momento este chiste audaz la hubiera ofendido.

Zina pidió prestados en alguna parte ciento cincuenta marcos y añadió setenta suyos que había ahorrado para el invierno —pero esta suma era insuficiente, y Fiodor decidió escribir a su tío Oleg a América, el cual ayudaba a su madre con regularidad y también le enviaba a él unos dólares de vez en cuando. Sin embargo, fue retrasando de día en día la composición de esta carta, del mismo modo que demoraba, pese a las exhortaciones de Zina, el intento de que una revista literaria emigrada de París publicara su libro por entregas, o interesar a la editorial parisiense que había publicado los versos de Koncheyev. En su tiempo libre, Zina emprendió la tarea de copiar a máquina el manuscrito en la oficina de un pariente suyo, de quien obtuvo cincuenta marcos más. Le indignaba la inercia de Fiodor, consecuencia de su odio por todas las cuestiones prácticas. Él, mientras tanto,

componía problemas de ajedrez, acudía como en sueños a sus lecciones y telefoneaba diariamente a *madame* Chernyshevski: la gripe de Alexander Yakovlevich había degenerado en una grave inflamación de los riñones. Un día se fijó, en la librería rusa, en un caballero alto y corpulento, de grandes facciones, que llevaba un sombrero de fieltro negro (del que caía un mechón de cabellos castaños) y que le miraba con afabilidad e incluso con una especie de expresión alentadora. ¿De qué le conozco?, pensó Fiodor con rapidez, tratando de no mirarle. El otro se acercó y le ofreció la mano, abriéndola con ademán generoso, ingenuo e indefenso, le habló... y Fiodor se acordó al fin: era Busch, quien dos años y medio atrás había leído su pieza teatral en aquel círculo literario. Hacía poco que lo había publicado y ahora, empujando a Fiodor con la cadera, propinándole codazos, con una sonrisa infantil temblando en su rostro noble, siempre algo sudoroso, sacó un billetero, del

billetero un sobre y del sobre un recorte— una crítica breve y lastimosa, aparecida en el periódico de los emigrados de Riga.

—Ahora —dijo con tremenda ponderación—, esto va a salir también en alemán. Y además, estoy trabajando en una novela.

Fiodor trató de escabullirse, pero Busch dejó la tienda con él y sugirió que fueran juntos, y como Fiodor se dirigía a una lección, por lo que debía ceñirse a una ruta determinada, lo único que podía hacer para salvarse de Busch era acelerar el paso, pero esto confirió tal rapidez a la charla de su acompañante, que, horrorizado, volvió a caminar despacio.

—Mi novela —continuó Busch, mirando hacia la lejanía y extendiendo el brazo de lado (con lo que mostró un puño estrepitoso que sobresalía de la manga de su abrigo negro), a fin de detener a Fiodor Konstantinovich (el abrigo, el sombrero negro y el



mechón de pelo le conferían el aspecto de un hipnotizador, un maestro de ajedrez o un músico) — mi novela es la tragedia de un filósofo que ha descubierto la fórmula absoluta. Empieza a hablar y habla de esta guisa (Busch, como un prestidigitador, cogió del aire un cuaderno de notas y se puso a leer mientras andaba)—: «Hay que ser un verdadero asno para no deducir del hecho del átomo el hecho de que el mismo universo es meramente un átomo, o, todavía más cierto, la trillonésima parte de un átomo. Esto ya lo comprendió con su intuición aquel genio que se llamó Blaise Pascal. Pero ¡prosigamos, Louisa! (A la mención de este nombre, Fiodor dio un respingo y oyó con claridad los sonidos de la marcha de los granaderos alemanes: “¡Adiós, Louisa! Seca tus ojos y no llores; no todas las balas matan a un buen chico”, lo cual continuó sonando como si pasara bajo la ventana de las palabras subsiguientes de Busch). Fija, querida mía, tu atención. Primero voy a ponerte un ejemplo

imaginario. Supongamos que cierto físico ha logrado encontrar la pista, entre la inconcebible y absoluta suma de átomos de la cual se compone el Todo, aquel átomo fatal del que se ocupan nuestros razonamientos. Estamos suponiendo que ha conseguido separar la mínima esencia de este mismo átomo, momento en el cual la Sombra de una Mano (¡la mano del físico!) cae sobre nuestro universo con resultados catastróficos, porque el universo, creo, es tan sólo la fracción final del átomo central de todos aquéllos en los que consiste. No es fácil de comprender, pero si comprendes esto, lo habrás comprendido todo. ¡Fuera de la prisión de las matemáticas! El todo es igual a la parte más pequeña del todo, la suma de las partes es igual a una parte de la suma. Éste es el secreto del mundo, la fórmula de la infinidad absoluta, pero una vez realizado este descubrimiento, la personalidad humana ya no puede seguir hablando y andando. ¡Cierra la boca, Louisa!». Así habla él a la joven agraciada que es su

amiga —añadió Busch con benigna indulgencia, encogiendo un potente hombro—. Si le interesa, algún día puedo leérselo desde el principio —prosiguió—. El tema es colosal. ¿Y qué está haciendo usted, si me permite preguntárselo?

—¿Yo? —dijo Fiodor con media sonrisa—. También he escrito un libro, un libro sobre el crítico Chernyshevski, pero no encuentro editorial que me lo publique.

—¡Ah! ¡El divulgador del materialismo alemán, de los detractores de Hegel, de los filósofos groberianos! Muy honorable. Estoy cada vez más convencido de que mi editor aceptará su obra con agrado. Es un tipo original y la literatura es un libro cerrado para él. Pero yo actúo como consejero suyo y me escuchará. Deme su número de teléfono. Tengo que verle mañana, y, si en principio está de acuerdo, echaré una ojeada a su manuscrito y me atrevo a esperar que lo recomendaré de la forma más halagadora.

Vaya charlatán, pensó Fiodor, y por tanto se sorprendió en extremo cuando al día siguiente el buen hombre le llamó efectivamente por teléfono. El editor resultó ser un hombre rechoncho de nariz triste que le recordó algo a Alexander Yakovlevich, pues tenía las mismas orejas coloradas y unos cuantos pelos negros a ambos lados de su pulida calva. Su lista de libros publicados era pequeña, pero notablemente ecléctica: traducciones de unas novelas psicoanalíticas alemanas escritas por un tío de Busch; *El envenenador*, de Adelaida Svetosarov; una colección de historias cómicas; un poema anónimo titulado «Yo»; pero entre esta basura había dos o tres libros genuinos, como, por ejemplo, el maravilloso *Escalera hacia las nubes*, de Hermann Lande y también su *Metamorfosis del pensamiento*. Busch reaccionó a la *Vida de Chernyshevski* diciendo que era una buena bofetada al marxismo (que Fiodor no había tenido la menor intención de propinar mientras escribía su obra), y en la segunda

entrevista con el editor, que era, evidentemente, el más amable de los hombres, le prometió publicar el libro en Pascua, es decir, al cabo de un mes. No le dio ningún anticipo y le ofreció el cinco por ciento de los mil primeros ejemplares, pero por otro lado elevó a treinta el porcentaje del autor sobre el segundo millar, lo cual pareció a Fiodor tan justo como generoso. Sin embargo, sentía una indiferencia completa hacia este aspecto del negocio (y hacia el hecho de que las ventas de autores emigrados raramente alcanzaban los quinientos ejemplares). Otras emociones le dominaban. Después de estrechar la mano húmeda del radiante Busch, salió a la calle como una bailarina que se lanza a un escenario fluorescente. La llovizna se le antojó un rocío deslumbrante; la felicidad permanecía en su garganta, nimbos de arcos iris temblaban en torno a los faroles, y el libro que había escrito le hablaba en voz muy alta, acompañándole como un torrente que fluyera al otro lado de un muro. Se dirigió a la

oficina donde trabajaba Zina; frente al edificio negro, cuyas ventanas benévolas se inclinaban hacia él, encontró la taberna donde estaban citados.

—Bueno, ¿qué noticias hay? —preguntó ella, entrando muy de prisa.

—Nada, no lo acepta —dijo Fiodor, observando con alborozada atención cómo se ensombrecía el rostro de ella, al jugar con el propio poder sobre su expresión y prever la luz exquisita que estaba a punto de hacer brillar.

# CAPÍTULO CUARTO

Los historiadores, ¡ay!, husmean e indagan en vano: sopla el mismo viento, y con el mismo y vivo manto hacia dedos curvados cual cáliz la verdad se inclina; y con femenina sonrisa e infantil cuidado examina algo que sostiene y conserva guardado y oculta con el propio hombro de nuestra vista.

Soneto que al parecer obstruye el camino, pero que tal vez, por el contrario, ofrece un vínculo secreto que lo explicaría todo —si la mente del hombre pudiera soportar esta explicación. El alma se sume en un sueño momentáneo— y ahora, con la peculiar y teatral intensidad de los resucitados de entre los muertos, se acercan a nosotros: el padre Gavril, con una larga vara en la mano, vestido con una casulla de seda granate y un cinturón bordado sobre su gran estómago; y a su lado, iluminado ya por el sol, un niño atractivo en extremo —

sonrosado, delicado, tímido. Se aproximan. Quítate el sombrero, Nikolía. Cabellos de reflejos castaños, pecas en la diminuta frente, y en los ojos la claridad angélica característica de los niños miopes. Después (en la quietud de sus pobres y distantes parroquias) los sacerdotes de nombres derivados de Ciprés, Paraíso y Vellocino de Oro, recordaron su belleza tímida con cierta sorpresa: el querubín, por desgracia, resultó estar pintado sobre un pan de jengibre demasiado duro para muchas dentaduras.

Después de saludarnos, Nikolía vuelve a ponerse el sombrero, que es una chistera peluda, y se retira en silencio, encantador con el abrigoito hecho en casa y los pantalones de nanquín, mientras su padre, afable clérigo aficionado a la horticultura, nos distrae hablando de cerezas de Saratov, peras y ciruelas. Una ráfaga de polvo tórrido desdibuja la escena.

Como se observa invariablemente al principio de todas las biografías literarias, el niño era un



glotón en lo referente a libros. Destacaba en sus estudios. En su primer ejercicio de escritura reprodujo laboriosamente: «Obedece a tu soberano, hónrale y sométete a sus leyes», y la yema comprimida de su dedo índice quedó manchada de tinta para siempre. Ahora han terminado los años treinta y comenzado los cuarenta.

A la edad de dieciséis años tenía el suficiente dominio de las lenguas para leer a Byron, Eugène Sue y Goethe (y se avergonzó hasta el fin de sus días de su bárbara pronunciación) y dominaba ya el latín de seminario, debido a que su padre era un hombre educado. Además, aprendía polaco con un tal Sokolovski, mientras un mercader de naranjas, de la localidad, le enseñaba el persa, y también le tentaba con el uso del tabaco.

En el seminario de Saratov demostró ser un alumno dócil y no le azotaron ni una sola vez. Le pusieron el apodo de «pisaverde pequeño», aunque de hecho no era contrario, en general, a la diversión

y los juegos. En verano jugaba a los cantillos y le gustaba bañarse; sin embargo, no aprendió a nadar, ni a hacer gorriones con arcilla, ni a confeccionar redes para pescar peces espinosos: los agujeros salían irregulares y los hilos se enredaban; es más difícil atrapar peces que almas humanas (aunque incluso las almas lograban escaparse por los orificios). En la oscuridad nevada del invierno, una pandilla pendenciera solía deslizarse por la colina en un enorme trineo plano, tirado por caballos, mientras recitaban a gritos hexámetros dactílicos, y el jefe de policía, tocado con su gorro de noche, apartaba la cortina y sonreía para animarles, feliz de que las travesuras de los seminaristas ahuyentaran a los posibles ladrones nocturnos.

Habría sido sacerdote, como su padre, y con gran probabilidad habría alcanzado un alto rango, de no ser por el lamentable incidente con el mayor Protopopov. Éste era un terrateniente local, bon vivant, mujeriego y amante de los perros: fue a su

hijo a quien el padre Gavril registró con excesiva precipitación en el libro de la parroquia como ilegítimo; después se averiguó que la boda se había celebrado —sin ostentación, era verdad, pero honorablemente— cuarenta días después del nacimiento del niño. Despedido de su puesto como miembro del consistorio, el padre Gavril cayó en tal depresión que sus cabellos encanecieron. «Así es como recompensan a los sacerdotes pobres por sus desvelos», repetía su esposa, encolerizada, y se decidió dar a Nikolia una educación seglar. ¿Qué fue más tarde del joven Protopopov; descubrió algún día que por su culpa...? ¿Le embargó una emoción sagrada...? ¿O, cansado muy pronto de los placeres de la exaltada juventud... se retiró...?

A propósito: el paisaje que poco tiempo antes se abría con maravillosa languidez al paso de la inmortal brichka; toda aquella ciencia popular rusa de los caminos, tan libre de trabas que llenaba los ojos de lágrimas; toda la humildad que mira desde el

campo, desde un altozano, desde las nubes oblongas; aquella belleza implorante y a la expectativa, que está dispuesta a correr hacia ti al menor suspiro para compartir tus lágrimas; en suma, el paisaje cantado por Gógol pasó inadvertido ante los ojos del muchacho de dieciocho años Nikolai Gavrilovich, que viajaba con su madre en un carruaje tirado por sus propios caballos de Saratov a San Petersburgo. En todo el día no dejó de leer un libro. No hay que decir que prefería su «guerra de las palabras» a las «espigas del trigo saludando entre el polvo».

Aquí el autor observó que en algunas de las líneas que ya había compuesto continuaba, sin saberlo, una fermentación, un desarrollo, una hinchazón del guisante o, con mayor precisión: en un momento dado la evolución ulterior de un determinado tema se puso de manifiesto: el tema de los «ejercicios de escritura», por ejemplo: ya durante sus días escolares Nikolai Gavrilovich copiaba para su propia diversión «El hombre es lo

que come», de Feuerbach (tiene más fluidez en alemán y todavía más con ayuda de la nueva ortografía ahora aceptada en ruso: *chelovek est' to chto est*). Observaremos también que el tema de la «miopía» se desarrolla a su vez, empezando con el hecho de que de niño sólo conocía las caras que besaba y sólo podía ver cuatro de las siete estrellas de la Osa Mayor. Se puso las primeras gafas —de cobre— a la edad de veinte años. Las gafas de plata de un profesor, compradas por seis rublos, para distinguirse de sus estudiantes en la Escuela de Cadetes. Las gafas de oro de un moldeador de la opinión pública en los días en que *El Contemporáneo* penetraba hasta las profundidades más fabulosas de la campiña rusa. De nuevo gafas de cobre, compradas en una pequeña tienda de la otra orilla del lago Baikal, donde también vendían botas de fieltro y vodka. La añoranza de las gafas en una carta a sus hijos desde el territorio de Yakutsk, en que les pedía lentes para tal y tal visión (con una

línea que marcaba la distancia a la cual podía leer las letras). Aquí el tema de las gafas se aleja durante un tiempo.

... Sigamos otro tema, el de la «claridad angélica». Así es cómo se desarrolla ulteriormente: Cristo murió por la humanidad porque amaba a la humanidad, a la que yo también amo, por la que también moriré. «Sé un segundo Salvador», le aconseja su mejor amigo —y cómo se enardece— ¡oh, tímido! ¡Oh, débil! (un signo de exclamación casi gogoliano aparece de modo efímero en su diario de estudiante). Pero el «Sentido Común» ha de reemplazar al «Espíritu Santo». ¿No es la pobreza la madre del vicio? Cristo tendría que haber calzado primero y coronado de flores a todo el mundo antes de predicar moralidad. Cristo Segundo empezaría poniendo fin a la necesidad material (ayudado en ello por la máquina que hemos inventado). Y es extraño, pero... algo se realizó, sí, fue como si se realizara algo. Sus biógrafos marcan su camino de

espinas con hitos evangélicos (es bien conocido que cuanto más izquierdista es el comentarista ruso tanto mayor es su debilidad por expresiones como «el Gólgota de la revolución»). Las pasiones de Chernyshevski empezaron cuando llegó a la edad de Cristo. Aquí el papel de Judas correspondió a Vsevolod Kostomarov; el papel de Pedro, al famoso poeta Nekrasov, que se negó a visitar al prisionero. El corpulento Herzen, bien resguardado en Londres, llamó a la picota de Chernyshevski «La pieza compañera de la Cruz». Y en un famoso yambo de Nekrasov había más sobre la Crucifixión, sobre el hecho de que Chernyshevski había sido «enviado para recordar a Cristo a los reyes terrenales». Finalmente, cuando estaba muerto del todo y lavaba su cuerpo, aquella delgadez, aquellas costillas sobresalientes, aquella palidez oscura de la piel y aquellos grandes dedos de los pies recordaron vagamente a uno de sus íntimos «El descenso de la Cruz», de Rembrandt, ¿verdad? Pero ni siquiera esto

es el fin del tema: hay todavía la afrenta póstuma, sin la cual ninguna vida santa está completa. La corona de plata con la inscripción, en su cinta, AL APÓSTOL DE LA VERDAD, LAS INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE LA CIUDAD DE JARKOV, fue robada cinco años después de la capilla de hierro forjado; además, el alegre sacrílego rompió el vidrio granate y arañó su nombre y la fecha en el marco con un trozo del mismo vidrio. Y entonces aparece dispuesto a desarrollarse un tercer tema —ya desarrollarse de modo muy fantástico si le quitamos la vista de encima: el tema de los «viajes», que puede conducir Dios sabe adónde— a un tarantas con un gendarme de uniforme azul, e incluso a más: a un trineo de Yakutsk tirado por media docena de perros. ¡Dios mío, aquel capitán de policía de Vilyuisk también se llama Protopopov! Pero de momento todo es muy pacífico. El cómodo carruaje continúa su marcha, la madre de Nikolai, Eugenia



Egorovna, dormita con un pañuelo extendido sobre la cara, mientras su hijo está recostado junto a ella leyendo un libro —y un agujero del camino pierde su significado de agujero, y se convierte en una mera irregularidad tipográfica, un salto en la línea— y ahora las palabras vuelven a deslizarse sin tropiezos, los árboles pasan y su sombra pasa sobre las páginas. Y aquí, por fin, está San Petersburgo.

Le gustó el color azul y la transparencia del Neva, qué abundancia de agua en la capital, qué pura era el agua (con ella no tardó en estropearse el estómago); pero le gustó en especial la ordenada distribución del agua, los inteligentes canales: qué bonito es poder unir esto con aquello y aquello con esto; y deducir la idea de lo bueno de la idea de la conjunción. Por las mañanas abría la ventana y, con un respeto acrecentado por la faceta cultural de la totalidad del espectáculo, se persignaba frente al trémulo brillo de las cúpulas: la de San Isaac, en proceso de construcción, estaba llena de andamios;

escribiremos una carta a mi padre sobre las «láminas de oro encendido» de las cúpulas, y una a la abuela sobre la locomotora... Sí, había visto realmente un tren, tan deseado hacía poco tiempo por el pobre Belinski (predecesor de nuestro héroe), cuando, con los pulmones enfermos, demacrado, con estremecimientos, solía contemplar durante horas y con lágrimas de alegría cívica la construcción de la primera estación de ferrocarril, aquella misma estación en cuyo andén, unos años después, el medio loco Pisarev (sucesor de nuestro héroe), cubierto con un antifaz negro y calzado con guantes verdes, azotaría con una fusta el rostro de un apuesto rival.

En mi obra (dijo el autor) las ideas y los temas continúan creciendo sin mi conocimiento ni aquiescencia —algunos de modo bastante torcido— y sé de quién es la culpa: «la máquina» se está inmiscuyendo; tengo que pescar esta incómoda astilla de una frase ya compuesta. Un gran alivio. El tema es movimiento perpetuo.

La alfarería con movimiento perpetuo se prolongó unos cinco años, hasta 1853, cuando —ya maestro de escuela y casado— quemó la carta que contenía diagramas y que preparó un día en que temió morir (de aquella enfermedad de moda, aneurisma) antes de dotar al mundo de la bendición del movimiento eterno y extremadamente barato. En las descripciones de sus absurdos experimentos y en sus comentarios sobre ellos, en esta mezcla de ignorancia y raciocinio, ya se puede detectar aquel defecto apenas perceptible, pero fatal, que prestó a su lenguaje posterior algo parecido a un indicio de charlatanería; un indicio imaginario, pues debemos tener presente que el hombre era tan recto y firme como el tronco de un roble, «el más honrado entre los honrados» (expresión de su esposa); pero tal fue el destino de Chernyshevski que todo se volvía contra él: cualquiera que fuese el tema que tocaba, salía a la luz —de modo insidioso, y con la más provocativa condición de inevitable— algo

totalmente opuesto a su concepto de él. Por ejemplo, estaba a favor de la síntesis, de la fuerza de atracción, del vínculo vivo (cuando leía una novela, besaba la página en que el autor apelaba al lector), y, ¿qué respuesta obtuvo? Desintegración, soledad, extrañamiento. Predicaba la entereza y el sentido común en todas las cosas, y como respuesta a la llamada burlona de alguien, su destino rebosó de necios, mentecatos y chiflados. Por todo se le devolvió «un céntuplo negativo», en la frase feliz de Strannoliubski, contra todo se volvió su propia dialéctica, por todo se vengaron de él los dioses; por sus sensatas opiniones sobre las rosas irreales de los poetas, por hacer el bien mediante sus novelas, por su fe en los conocimientos, ¡y qué formas tan inesperadas, qué formas tan astutas adoptó esta venganza! ¿Qué pasaría, cavila en 1848, si acoplara un lápiz a un termómetro de mercurio, para que se moviera de acuerdo con los cambios de temperatura? Empezando con la premisa de que la

temperatura es algo eterno. Pero, perdónenme, ¿quién es éste, quién es este sujeto que toma laboriosas notas en clave sobre sus laboriosas especulaciones? Un joven inventor, sin duda, dotado de un ojo infalible, de una habilidad innata para unir, acoplar, soldar partes inertes, obligándolas a producir como resultado el milagro del movimiento, y, ¡mirad!, un telar ya está susurrando, o una locomotora, de alta chimenea y conducida por un hombre con sombrero de copa, está alcanzando a un caballo de raza. Aquí mismo se encuentra la hendidura con el nido de la venganza, puesto que este sensible jovencito, quien —no lo olvidemos— sólo se preocupa por el bien de toda la humanidad, tiene la vista de un topo, y sus manos blancas y ciegas se mueven en un plano diferente del de su mente defectuosa, pero musculosa y obstinada. Todo cuanto toca se derrumba hecho pedazos. Es triste leer en su diario cosas sobre los utensilios que intenta utilizar —reglas de medida, plomadas,

corchos, palanganas— y nada da vueltas, o si lo hace, siempre es de acuerdo con leyes inoportunas, en dirección contraria a la que quiere: un motor eterno que funciona a la inversa; pues bien, esto es una absoluta pesadilla, la abstracción que pone fin a todas las abstracciones, la infinitud con un signo negativo, más una jofaina rota por añadidura.

Conscientemente, hemos volado hacia delante; volvamos al trote corto, al ritmo de la vida de Nikolai para el que nuestro oído ya estaba afinado.

Eligió la facultad de filología. Su madre fue a saludar a los profesores para lisonjearles: su voz solía adquirir tonalidades halagadoras y gradualmente empezaba a derramar lágrimas y a sonarse. Entre todos los productos de San Petersburgo, lo que más le impresionó fueron los artículos hechos de cristal. Finalmente, «ellos» (el pronombre respetuoso que usaba al hablar de su madre, ese maravilloso plural ruso que, como más tarde su propia estética, «trata de expresar la

calidad con la cantidad») volvieron a Saratov. Para el camino su madre se compró un enorme nabo.

Al principio Nikolai Gavrilovich fue a vivir con un amigo, pero después compartió un apartamento con una prima suya y su marido. En sus cartas dibujó los planos de estos apartamentos, así como los de todas sus demás viviendas. La definición exacta de las relaciones entre los objetos siempre le fascinó y, por tanto, le gustaban los planos, las columnas de cifras y las representaciones visuales de las cosas, tanto más cuanto que su estilo circunstancial hasta la angustia, no podía compensar en modo alguno el arte de la descripción literaria, que le era inasequible. Sus cartas a la familia son las cartas de un joven modelo: en lugar de la imaginación, su naturaleza complaciente le indicaba cómo podía satisfacer a los demás. Al reverendo le gustaban toda clase de sucesos —incidentes horribles o humorísticos— y su hijo se los suministró concienzudamente durante un período de varios años. Entre ellos encontramos

la mención de las variedades de Izler, sus réplicas de Calrsbad, minerashki (balnearios en miniatura), a los que audaces damas de San Petersburgo solían ascender en globos cautivos; el caso trágico del bote de remos hundido por un barco de vapor en el Neva, una de cuyas víctimas fue un coronel y su numerosa familia; el arsénico preparado para las ratas y que fue a parar a un saco de harina y envenenó a más de cien personas; y, como es natural, muy natural, la nueva moda de las mesas que se movían, todo fraude y credulidad en opinión de ambos corresponsales.

Del mismo modo que durante los sombríos años de Siberia una de sus principales cuerdas epistolares fue asegurar a su esposa e hijos — siempre en la misma nota alta, pero no del todo correcta— que tenía mucho dinero, os ruego que no mandéis dinero, así en su juventud ruega a sus padres que no se preocupen por él y consigue vivir con veinte rublos al mes; de ellos gastaba dos y medio en pan blanco y pastas (no podía soportar el



te sólo, como tampoco podía soportar leer solo; es decir, siempre masticaba algo cuando leía un libro: con galletas de jengibre, *Los papeles de Pickwick*; con pastas, el *Journal des Debats*; velas blancas, plumas, betún para los zapatos y jabón le costaban un rublo; hay que observar que no era aseado en sus costumbres, ni ordenado, y al mismo tiempo su desarrollo había sido tosco; añadamos a esto una dieta inadecuada, un cólico perpetuo y una lucha desigual con los deseos de la carne, que terminaba en un acuerdo secreto, y el resultado era que tenía un aspecto enfermizo, la mirada apagada, y de su belleza juvenil no quedaba nada, excepto tal vez de la expresión de maravillosa inocencia que iluminaba fugitivamente su rostro cuando un hombre a quien respetaba le trataba bien. («Ha sido bueno conmigo —es un joven timorato y sumiso», escribió más tarde el estudiante Irinarch Vvedenski, con una patética entonación latina: animula, vagula, blandula...); él mismo no dudó nunca de su falta de

atractivo, pero aunque aceptaba la idea se apartaba de los espejos: aun así, cuando se preparaba para una visita, en especial a sus mejores amigos, los Lobodovski, o deseaba averiguar la causa de una mirada fija, contemplaba ceñudamente su reflejo, veía el velo castaño que parecía pegado a sus mejillas, contaba los granos abultados, y entonces empezaba a estrujarlos, y con tal brutalidad que después no se atrevía a dejarse ver.

¡Los Lobodovski! La boda de su amigo produjo en nuestro héroe de veinte años una de esas impresiones extraordinarias que obligan a un joven a levantarse en plena noche sólo con ropa interior y escribir en su diario. La emocionante boda se celebró el 19 de mayo de 1848; ese mismo día, dieciséis años después, se llevó a cabo la ejecución civil de Chernyshevski. Una coincidencia de aniversarios, un fichero de fechas. Así es como el destino las clasifica, anticipándose a las necesidades del investigador; una encomiable

economía de esfuerzos.

En la boda se sintió alegre. Lo que es más, obtuvo una alegría secundaria de la básica («Esto significa que soy capaz de sentir un afecto por una mujer»), sí, siempre hacía lo posible para volver su corazón de modo que un lado se reflejara en el espejo de la razón, o, como lo expresa su mejor biógrafo, Atrannolyubski: «Destilaba sus sentimientos en el alambique de la lógica». Pero ¿quién hubiera dicho que se ocupaba en aquel momento con pensamientos sobre el amor? Muchos años después, en su florido Apuntes de la vida, este mismo Vasili Lobodovski cometió por descuido un error al decir que su padrino de boda, el estudiante «Krushedolin», parecía tan serio «como si estuviera sometiendo mentalmente a un análisis exhaustivo ciertas doctas obras inglesas que acababa de leer».

El romanticismo francés nos dio la poesía del amor, el romanticismo alemán, la poesía de la amistad. El sentimentalismo del joven Chemyshevski

fue su concesión a una época en que la amistad era húmeda y magnánima. Chemyshevski lloraba de buen grado y con frecuencia. «Rodaron tres lágrimas», observa en su diario con exactitud característica —y el lector se atormenta momentáneamente con el pensamiento involuntario: ¿Se puede derramar un número impar de lágrimas, o es sólo la naturaleza dual de la fuente lo que nos hace exigir un número par? «No me recuerdes lágrimas insensatas que derramé muchas veces, ay, cuando mi reposo era opresivo», escribe Nikolai Gavrilovich en su diario, dirigiéndose a su desdichada juventud, y al son de las plebeyas rimas de Nekrasov derrama de verdad una lágrima: «En este punto del manuscrito hay la huella de una lágrima», comenta su hijo Mijail en una nota al pie. La huella de otra lágrima, mucho más cálida, amarga y preciosa, ha sido preservada en su famosa carta desde la fortaleza; pero la descripción de Steklov de esta segunda lágrima contiene, según Strannolyubski, ciertas inexactitudes

—que discutiremos más adelante. Entonces, en los días de su exilio y especialmente en la mazmorra de Vilyisk— pero, ¡basta!, el tema de las lágrimas se está prolongando más allá de toda razón... volvamos a su punto de partida. Ahora, por ejemplo, se celebra el funeral de un estudiante. En el ligero ataúd azul yace un joven pálido como la cera. Otro estudiante, Tatarinov (que le cuidó cuando estaba enfermo pero que apenas le conocía con anterioridad), se despide de él: «Le mira durante largo rato, le besa, y vuelve a mirarle, infinitamente...». El estudiante Chemyshevski, mientras anota esto, rebosa ternura a su vez; y Strannolyubski, al comentar estas líneas, sugiere un paralelismo entre ellas y el triste fragmento de Gógol «Noches en una villa».

Pero a decir verdad... los sueños del joven Chemyshevski en relación con el amor y la amistad no se distinguen por su refinamiento —y cuanto más se entrega a ellos, más claramente aparece su

defecto: su racionalidad—; era capaz de convertir el ensueño más tonto en una herradura lógica. Al meditar con detenimiento el hecho de que Lobodovski, a quien admira sinceramente, está enfermo de tuberculosis, y que, en consecuencia, Nadeshda Yegorovna se quedará viuda, indefensa e indigente, persigue un objetivo particular. Necesita una imagen falsa para justificar haberse enamorado de ella, por lo que lo sustituye por el impulso de ayudar a una pobre mujer, o, en otras palabras, coloca su amor sobre unos cimientos utilitarios. Porque de otro modo, las palpitaciones de un corazón efusivo no pueden explicarse con los medios limitados de aquel tosco materialismo a cuyos halagos ya ha sucumbido sin remedio. Y entonces, ayer mismo, cuando Nadeshda Yegorovna «iba sin chal, y naturalmente su “misionero” (vestido sencillo) tenía el escote un poco abierto y podía verse cierta parte de justo debajo del cuello» (frase que contiene un parecido insólito con el idioma de

los personajes literarios encarnados por Zoshchenko, pertenecientes a la clase de necios filisteos de extracción soviética), se preguntó con auténtica ansiedad si hubiese mirado «aquella parte» en los días que siguieron a la boda de su amigo: y así, gradualmente, enterrando al amigo en sus sueños, con un suspiro, con un aire de desgana y como cumpliendo un deber, se ve tomando la decisión de casarse con la joven viuda —unión melancólica, unión casta (y todas esas imágenes falsas se repiten en su diario aún más completas cuando más tarde obtiene la mano de Olga Sokratovna). La belleza real de la pobre mujer seguía puesta en duda, y el método elegido por Chemyshevski para verificar sus encantos determinó toda su posterior actitud hacia el concepto de la belleza.

Al principio estableció el mejor modelo de gracia en Nadeshda Yegorovna: la casualidad le proporcionó una imagen viva en una vena idílica,

aunque algo incómoda. «Vasili Petrovich estaba arrodillado sobre una silla, de cara al respaldo; ella se acercó y empezó a inclinar la silla; la inclinó un poco y entonces posó el pequeño rostro contra el pecho de él... Había una vela sobre la mesa de té... y la luz la iluminaba bastante bien; es decir, una media luz, porque estaba a la sombra de su marido, pero clara». Nikolai Gavrilovich miró con atención, pues trataba de encontrar algo que no estuviera del todo bien; no halló ninguna facción vulgar, pero todavía vacilaba.

¿Qué más debía hacer? Comparaba sin cesar sus facciones con las de otras mujeres, pero su vista defectuosa impedía la acumulación de los modelos vivos, esencial para una comparación. Al final se vio obligado a recurrir a la belleza captada y registrada por otros, es decir, a retratos femeninos. De este modo, el concepto del arte fue desde el principio para él —materialista miope (lo cual es por sí mismo una combinación absurda)— algo



superfluo y aplicado, y ahora era capaz de probar, por medios experimentales, algo que el amor le había sugerido: la superioridad de la belleza de Nadeshda Yegorovna (su marido le llamaba «cariño» y «muñeca»), que era la Vida, sobre la belleza de todas las demás «hembras», que era Arte («¡Arte!»).

En los escaparates de Junker y Dazíaro en la avenida de Nevski se exhibían retratos poéticos. Después de estudiarlos con detenimiento, volvió a su casa y anotó sus observaciones. ¡Oh, qué milagro! El método comparativo brindaba siempre los resultados necesarios. La nariz de la belleza calabresa del grabado no era perfecta: «El entrecejo, en especial, distaba mucho de ser correcto, así como las partes próximas a la nariz, a ambos lados del caballete». Una semana después, todavía inseguro de haber puesto a prueba la verdad en suficiente medida, o quizá deseoso de recrearse otra vez en la ya familiar docilidad del experimento,

volvió a la Nevsky para ver si había alguna belleza nueva en el escaparte. Arrodillada en una cueva, María Magdalena oraba ante una calavera y una cruz, y desde luego su rostro era encantador a la luz del candil, pero ¡cuánto mejor era el rostro iluminado a medias de Nadeshda Yegorovna! En una terraza blanca sobre el mar había dos muchachas: una delicada rubia estaba sentada en un banco de piedra con un hombre joven: se besaban, mientras una garbosa morena les observaba, apartando una cortina carmesí «que separaba la terraza de las partes restantes de la casa», como anotamos en nuestro diario, porque siempre nos gusta establecer la relación de un detalle determinado con su ambiente especulativo. Naturalmente, el cuellecito de Nadeshda Yegorovna es mucho más agraciado. De aquí se deduce una importante conclusión: la vida es más agradable (y, por tanto, mejor) que la pintura, porque, ¿qué es la pintura, la poesía, de hecho todo el arte, en su forma más pura? Es «un sol

carmesí hundiéndose en un mar azul»; está en los pliegues pintorescos de un vestido; está en «los matices rosados que el escritor superficial derrocha para iluminar sus satinados capítulos»; está en guirnaldas de flores, hadas, faunos, Friné... Cuanto más lejos va, más confuso se hace: la disparatada idea se desarrolla. El lujo de las formas femeninas comporta ahora lujo en el sentido económico. El concepto de «fantasía» se aparece a Nikolai Gavrilovich en forma de una sílfide transparente pero de abundantes senos, sin corsé y prácticamente desnuda que, jugando con un velo de luz, vuela hacia el poeta que poetiza poéticamente. Un par de columnas, un par de árboles —no del todo cipreses ni del todo álamos—, una especie de urna que ejerce poca atracción sobre Nikolai Gavrilovich —y es indudable el aplauso del defensor del arte puro. ¡Sujeto despreciable! ¡Sujeto indolente! Y realmente, ¿cómo no preferir a toda esta basura una descripción honrada de las costumbres contemporáneas, la

indignación cívica, las tonadillas íntimas?

Es de suponer que durante los minutos que pasó pegado a los escaparates compuso en su totalidad su falsa disertación para el doctorado, «Relaciones estéticas del arte con la realidad» (no es extraño que después la escribiera sin vacilar en tres noches; lo que resulta sorprendente es que tras una espera de seis años recibiera por ella el doctorado).

Había atardeceres vagos y lánguidos en que yacía supino sobre su horrible diván de cuero — lleno de bultos y rasgaduras y con una inagotable provisión de cerdas de caballo (límitese a estirar)— y «mi corazón palpitaba de un modo maravilloso ante la primera página de Michelet, ante las opiniones de Guizot ante el pensamiento de Nadeshda Yegorovna, y todo esto junto», y entonces empezaba a cantar, desafinando y con voz ululante cantaba «la canción de Margarita», pensando simultáneamente en las relaciones mutuas de los Lobodovski y «suaves lágrimas brotaban de mis

ojos». De pronto se levantaba del diván con la decisión de verla al instante; sería, suponemos, un atardecer de octubre, las nubes se deslizaban en lo alto, un hedor agrio venía de los talleres de silleros y montadores de carruajes situados en los bajos de edificios pintados de un amarillo deprimente, y los comerciantes, con delantales y abrigo de piel de cordero, llaves en mano, estaban ya cerrando sus tiendas. Uno tropezó con él, pero Nikolai pasó sin hacerle caso. Un farolero andrajoso arrastraba su carreta por el adoquinado; se detuvo para verter aceite en un farol opaco sujeto a un poste de madera; secó el vidrio con un trapo mugriento y se alejó hacia el farol siguiente —muy distanciado. Empezaba a lloviznar. Nikolai Gavrilovich volaba con el paso rápido de un personaje pobre de Gógol.

Por la noche tardaba mucho en dormirse, atormentado por las preguntas: ¿lograría Vasili Petrovich Lobodovski educar lo suficiente a su esposa para que luego le pudiera ayudar; y a fin de

estimular los sentimientos de su amigo, no debería enviar, por ejemplo, una carta anónima que inflamara de celos al marido? Esto ya indica los métodos empleados por los héroes de las novelas de Chernyshevski. Planes similares, calculados con todo lujo de detalles pero infantilmente absurdos ocuparon también al Chernyshevski exiliado, al anciano Chernyshevski, con objeto de alcanzar los objetivos más conmovedores. Hay que ver cómo se aprovecha este tema de una falta de atención momentánea y acelera su desarrollo. Alto, retrocede de nuevo. De hecho, no hay necesidad de adelantarse tanto. En el diario de estudiante puede encontrarse el siguiente ejemplo de cálculo: imprimir un falso manifiesto (en que se proclamara la abolición del reclutamiento) a fin de agitar a los campesinos por medio de un ardid; pero en seguida renegó de él, sabiendo como dialéctico y cristiano que una podredumbre interna devora toda una estructura creada, y que un buen fin que justifica malos medios

acabará revelando un fatal parentesco con ellos. De este modo la política, la literatura, la pintura, e incluso el arte vocal estaban agradablemente unidos a la emoción amorosa de Nikolai Gavrilovich (hemos vuelto al punto de partida).

Qué pobre era, qué sucio y descuidado, qué lejos estaba de la tentación del lujo... ¡Atención! Esto se debía menos a la castidad proletaria que a la natural indiferencia con que un asceta trata las púas de un cilicio permanente o la mordedura de pulgas sedentarias. Sin embargo, incluso un cilicio se ha de reparar de vez en cuando. Estamos presentes cuando el inventivo Nikolai Gavrilovich considera que ha de zurcir sus viejos pantalones: resultó que no tenía hilo negro, así que sumergió en tinta el que le quedaba; allí cerca había una antología de versos alemanes, abierto en el principio de *Guillermo Tell*. Como resultado de agitar el hilo (para secarlo), varias gotas de tinta cayeron sobre la página; el libro no era suyo. Encontró un limón en una bolsa

que había detrás de la ventana y trató de borrar las manchas, pero sólo consiguió ensuciar el limón, además del alféizar, donde había dejado el pernicioso hilo. Entonces buscó la ayuda de un cuchillo y empezó a rascar (este libro con las poesías perforadas se halla ahora en la biblioteca de la Universidad de Leipzig; por desgracia, no ha sido posible averiguar cómo llegó hasta allí). La tinta era, desde luego, el elemento natural de Chernyshevski (se bañaba literalmente en ella), que solía untar con ella las grietas de sus zapatos cuando no tenía betún; o bien las ocultaba envolviéndose el pie con una corbata negra. Rompía los cacharros de barro, lo manchaba y estropeaba todo. Su amor por la materialidad no era correspondido. Posteriormente, durante los trabajos forzados, no sólo resultó incapaz de hacer una sola de las tareas especiales de los presidiarios sino que adquirió fama por su ineptitud para realizar lo que fuera con las manos (y al mismo tiempo acudía siempre en



ayuda de un compañero: «No te metas en lo que no te importa, pilar de la virtud», solían decirle con aspereza los demás presidiarios). Ya hemos dado un vistazo al joven apresurado y confuso que han echado a la calle. Rara vez se enfadaba; sin embargo, un día observó, no sin orgullo, que se había vengado de un joven conductor de trineo que le alcanzó con la limonera: pasando en silencio por entre las piernas de dos sobresaltados comerciantes, le arrancó un mechón de cabellos. Pero en general era manso y aguantaba los insultos, aunque en secreto se sentía capaz de «los actos más desesperados y dementes». Empezó como pasatiempo a versarse en la propaganda conversando con *mujiks*, con un barquero ocasional del Nevá o un pastelero de mente despierta.

Entremos en el tema de las pastelerías. Han visto muchas cosas en su tiempo. Fue allí donde Pushkin bebió de un trago un vaso de limonada antes de su duelo; fue allí donde Sofia Perovski y sus

compañeros tomaron una ración (¿de qué? La historia no logró del todo...) antes de dirigirse al Muelle del Canal para asesinar a Alejandro II. La juventud de nuestro héroe sufrió la fascinación de las pastelerías, por lo que más tarde, durante una huelga de hambre en la fortaleza, llenó —en *¿Qué hacer?*— este o aquel discurso con un involuntario alarido de lirismo gástrico: «¿Hay una pastelería por aquí cerca? Me pregunto si tendrán tartas de nueces —para mi gusto son las mejores tartas, María Alexeyevna». Pero en contraste con sus recuerdos futuros, las pastelerías y los cafés no le seducían en absoluto con sus manjares— ni la pasta de hojaldre hecha con mantequilla rancia, ni siquiera los buñuelos rellenos de mermelada de cereza; ¡con periódicos, caballeros, con periódicos era como le seducían! Probó diversos cafés —eligiendo los que disponían de más periódicos, o lugares que fuesen más sencillos y libres. Así, en Wolf, «las dos últimas veces, en lugar de su pan blanco (léase: el

de Wolf), tomé café con una (léase: mi) rosca de cinco cópecs, la última vez sin esconderme»— es decir, la primera de estas dos últimas veces (el puntilloso detalle de su diario hace cosquillas en el cerebelo) se escondió, porque ignoraba si aceptarían roscas compradas en otro lugar. El sitio era caliente y tranquilo y sólo de vez en cuando un pequeño viento del sudoeste que soplabá desde las páginas del periódico hacía oscilar las llamas de las velas («algunos disturbios ya han tocado a la Rusia que nos ha sido confiada», como lo expresó el zar). «¿Puedo coger la Indépendance belge? Gracias». Las llamas de las velas se enderezan, reina el silencio (pero suenan disparos en el Boulevard des Capucines, la révolution se aproxima a las Tullerías —y ahora Louis Philippe se da a la fuga, por la Avenue de Neuilly, en un fiacre).

Y después le atormentó la acidez. En general se alimentaba de toda clase de porquerías, siendo indigente y poco práctico. Aquí es apropiada la

cantinela de Nekrasov:

*Como bocados comía más duros que la  
hojalata,  
tales empachos sufría que hasta la muerte  
ansiaba.*

*Andaba millas, pensando qué leería hasta el  
alba.*

*¡Pero mi techo era bajo y, cielos, cómo  
fumaba!*

A propósito, Nikolai Gavrilovich no fumaba sin una razón —empleaba precisamente los cigarrillos Zhukov para combatir la indigestión (y también el dolor de muelas). Su diario, en especial el del verano y otoño de 1849, contiene una multitud de referencias exactas a cómo y dónde vomitaba. Además de fumar, se trataba con agua y ron, aceite caliente, sales inglesas, centaurina con hojas de naranja amarga, y constante y concienzudamente, con una especie de extraño gusto, empleaba el método

romano— y es probable que al final hubiese muerto de agotamiento si (graduado y retenido en la universidad para trabajo avanzado) no se hubiera ido a Saratov.

Y entonces, en Saratov... Pero por mucho que nos gustara no perder tiempo en salir de este callejón, al que nos ha llevado nuestra charla sobre pastelerías, y cruzar al lado soleado de la vida de Nikolai Gavrilovich, es necesario (a causa de cierta continuidad oculta) permanecer un poco más en este lugar. Una vez, con una necesidad apremiante, se metió corriendo en una casa de la Gorojovaya (sigue una redundante descripción —con ideas posteriores— de la situación de la casa) y ya estaba ordenando su atuendo cuando «una muchacha vestida de rojo» abrió la puerta. Al ver la mano de Nikolai —que quería sujetar la puerta—, dio un grito, «como suele ocurrir». El ruidoso crujido de la puerta, su picaporte flojo y herrumbroso, el hedor, el frío glacial —todo esto es horrible...— y no obstante el

excéntrico sujeto está preparado para debatir consigo mismo sobre la verdadera pureza, observando con satisfacción que «ni siquiera traté de descubrir si era bien parecida». Por otro lado, cuando soñaba su vista era más penetrante, y la contingencia del sueño era más bondadosa con él que su destino público —pero incluso aquí, cuán grande es su deleite porque cuando en su sueño besa tres veces la mano enguantada de «una dama extremadamente rubia» (madre de un supuesto alumno que le protege en el sueño, todo esto con el estilo de Jean-Jacques), es incapaz de reprocharse un solo pensamiento carnal. También su memoria resultó ser penetrante cuando recordaba aquella joven y tortuosa añoranza de belleza. A la edad de cincuenta años evoca en una carta desde Siberia la imagen angélica de una muchacha que una vez observó, en su juventud, en una exposición de Industria y Agricultura: «Pasaba por allí cierta familia aristocrática —narra en su estilo posterior,

bíblicamente lento—. Esta muchacha me atrajo, verdaderamente me atrajo... La seguí a tres pasos de distancia, admirándola... Era evidente que pertenecían a la más alta sociedad. Todo el mundo podía deducirlo de sus modales en extremo refinados (como observaría Strannolyubski, hay algo dickensiano en esta expresión empalagosa, pero no debemos olvidar que quien escribe esto es un anciano triturado a medias por los trabajos forzados, como diría con justicia Steklov). El gentío les cedía el paso... Yo era libre de andar a unos tres pasos de distancia sin apartar la mirada de aquella muchacha (¡pobre satélite!). Y esto se prolongó durante una hora o más». (Por extraño que parezca, las exposiciones en general, por ejemplo la de Londres de 1862 y la de París de 1889, tuvieron un marcado efecto sobre su destino; del mismo modo Bouvard y Pécuchet, cuando acometieron la descripción de la vida del duque de Angulema, se asombraron del papel que representaron en ella... los puentes).

De todo esto se deduce que al llegar a Saratov no pudo evitar enamorarse de la hija de veinte años del doctor Sokrat Vasiliev, jovencita agitanada que llevaba pendientes colgando de los largos lóbulos de sus orejas, medio ocultas por ondas de cabellos oscuros. Era una criatura coqueta y afectada, «centro de la atención y adorno de los bailes provincianos» (en las palabras de un contemporáneo anónimo), que sedujo y embobó a nuestro torpe y virginal héroe con el crujido de su choux azul celeste y el acento melodioso de su habla. «Mire, qué bracito tan encantador», decía, estirándolo hacia sus gafas empañadas —brazo desnudo y moreno, cubierto por un vello brillante—. Él se frotaba con aceite de rosas y sangraba al afeitarse. ¡Y qué serios cumplidos inventaba! «Tendría que vivir en París», declaró con vehemencia, sabedor por otros que ella era «demócrata». No obstante, París no era el hogar de la ciencia para ella sino el reino de las rameras, por lo que se sintió ofendida.



Ante nosotros está «El diario de mis relaciones con la que ahora constituye mi felicidad». Steklov, que se entusiasmaba fácilmente, se refiere a esta producción única (que ante todo recuerda al lector un informe comercial de extrema meticulosidad) como «un exultante himno de amor». El autor del informe elabora un proyecto para declarar su amor (que lleva a cabo con exactitud en febrero de 1853 y es aprobado sin demora), con puntos a favor y en contra del matrimonio (temía, por ejemplo, que a su inquieta esposa se le ocurriera vestir como un hombre —al estilo de George Sand—) y un cálculo de gastos cuando estuviera casado, que contiene absolutamente todo —dos velas de estearina para las veladas invernales, leche por valor de diez cópecs, el teatro; y al mismo tiempo notifica a su novia que, teniendo en cuenta su modo de pensar («No me asusta la suciedad, ni (ahuyentar) a palos a campesinos borrachos, ni las matanzas»), era seguro que tarde o temprano «le cogerían», y para mayor

honradez le menciona a la esposa de Iskander (Herzen), que, estando embarazada («discúlpeme por entrar en tales detalles»), «cayó muerta» al enterarse de que su marido había sido arrestado en Italia y repatriado a Rusia. Olga Sokratovna, como podría haber añadido Aldanov en este punto, no hubiera caído muerta.

«Si algún día —seguía escribiendo— su nombre es mancillado por un rumor... yo siempre estaré dispuesto a la primera palabra suya a convertirme en su marido». Posición caballeresca, pero que dista de estar basada en premisas caballerescas, y este giro característico nos devuelve al instante al familiar camino de esas primeras semifantasías de amor, con su detallada ansia de sacrificio y la coloración protectora de su compasión; la cual no impidió que su orgullo se sintiera herido cuando su novia le advirtió que no estaba enamorada de él. Su período de noviazgo tuvo aire alemán con cantos schillerianos y una contabilidad de caricias: «Al

principio desabroché dos botones de su mantilla y luego el tercero...». Le pidió con urgencia que colocara el pie (enfundado en una puntiaguda bota gris con puntadas de seda de colores) sobre su cabeza: su voluptuosidad se alimentaba de símbolos. A veces le leía a Lermontov o Koltsov; leía poesía con el tono monótono de un lector del Salterio.

Pero lo que ocupa el lugar de honor de su diario y que es especialmente importante para comprender mucha parte del destino de Nikolai Gavrilovich, es el detallado relato de las ceremonias de diversión tan abundantes en las veladas de Saratov. No sabía bailar con agilidad la polka y aún menos el Grossvater, pero en cambio le encantaba hacer el payaso, pues ni siquiera el pingüino desdeña cierta travesura cuando rodea a la hembra que corteja con un círculo de piedras. La juventud se reunía, como suele decirse, y se enfrascaba en un juego de coquetería que estaba de moda en aquel tiempo y en aquel grupo, Olga Sokratovna daba de comer de un

platillo a uno u otro de los invitados, como a un niño, mientras Nikolai Gavrilovich, simulando celos, apretaba una servilleta contra su corazón y amenazaba con agujerarse el pecho con un tenedor. Ella, a su vez, fingía estar enfadada con él. Entonces él le pedía perdón (todo esto es de una horrible falta de gracia) y besaba las partes desnudas de sus brazos, que ella intentaba ocultar, mientras exclamaba: «¡Cómo se atreve!». El pingüino adoptaba «una expresión grave y triste, porque de hecho era posible que yo hubiera dicho algo que habría ofendido a cualquier otra» (es decir, a una muchacha menos audaz). En los días festivos se inventaba trucos en el Templo de Dios, divirtiendo a su futura esposa —pero el comentarista marxista (es decir, Steklov) se equivoca al ver en esto «una sana blasfemia»—. Como hijo de un sacerdote, Nikolai se encontraba a sus anchas en una iglesia (así el joven príncipe que corona a un gato con la diadema de su padre no está expresando en modo alguno

simpatía hacia el gobierno popular). Aún menos puede reprochársele hacer mofa de los cruzados porque dibujaba con tiza una cruz en la espalda de muchos: la marca de los frustrados admiradores de Olga Sokratovna. Y tras otras payasadas de la misma especie, tiene lugar —recordémoslo— un duelo fingido con palos.

Algunos años después, cuando fue arrestado, la policía confiscó su viejo diario, que estaba escrito con una caligrafía regular, adornada con pequeños peciolos, y en una clave particular, con abreviaciones tales como *¡debdad! ¡misrio!* (debilidad, misterio), *Ubtad, = tad* (libertad, igualdad) y *ch-k* (chelovek, hombre, y no *Cheka*, la policía de Lenin).

Sin duda, la descifraron personas incompetentes, pues cometieron numerosos errores: por ejemplo, tomaron *dzrya* por *druzya* (amigos), en lugar de *podosrenya* (sospechas), con lo cual deformaron la frase «Despertaré fuertes sospechas» en: «Tengo

amigos fuertes». Chernyshevski se agarró ávidamente a esto y empezó a mantener que el diario entero era el borrador de una novela, una invención literaria, ya que, como dijo, «entonces carecía de amigos influyentes, mientras que este personaje tenía claramente amigos en el gobierno». No es importante (aunque resulta una cuestión interesante por sí misma) que recordara con exactitud o hubiera olvidado las palabras de su diario; lo importante es que después da a estas palabras una curiosa coartada en *¿Qué hacer?*, donde desarrolla por completo su ritmo interno «de borrador» (por ejemplo, en la canción de una de las muchachas que meriendan en el campo: «Oh, doncella, mi morada son los bosques sombríos, soy un amigo maligno y peligrosa será mi vida, y triste será mi fin»). Encerrado en la prisión y sabiendo que estaban descifrando su peligroso diario, se apresuró a mandar al Senado «ejemplos de los borradores de mi manuscrito»; es decir, cosas que había escrito exclusivamente para justificar su

diario, convirtiéndolas también *ex post facto* en el borrador de una novela. (Strannolyubski supone abiertamente que esto fue lo que le impulsó a escribir en la cárcel *¿Qué hacer?* —que, por cierto, dedicó a su esposa y comenzó el día de santa Olga—). Por consiguiente, pudo expresar su indignación por el hecho de que se diera un significado delictivo a escenas que había inventado. «Me coloco a mí mismo y a otros en diversas situaciones y las desarrollo caprichosamente... Un “yo” habla de la posibilidad del arresto, a otro “yo” le golpean con un palo delante de su novia». Al recordar esta parte de su viejo diario, esperaba que el relato detallado de toda clase de juegos de salón lo consideraran, por sí mismo, «caprichoso», ya que una persona sosegada no haría... Lo triste era que en círculos oficiales no se le consideraba una persona sosegada, sino precisamente un bufón, y fue en estas mismas bufonadas de sus frases periodísticas de *El Contemporáneo* donde detectaron una solapada

infiltración de ideas perniciosas. Y para una perfecta conclusión del tema de los *petits-jeux* de Saratov, adelantémonos un poco, hasta los trabajos forzados, donde su eco vive todavía en las pequeñas piezas que compone para sus camaradas y especialmente en la novela *El prólogo* (escrita en la fábrica de Alexandrov, en 1866), en la cual aparece un estudiante, que finge ser tonto sin ninguna gracia, y una joven belleza que coquetea con sus admiradores. Si añadimos a esto que el protagonista (Volgin), cuando habla a su esposa del peligro que le amenaza, se refiere a una advertencia que le ha hecho antes de casarse, es imposible no llegar a la conclusión de que aquí tenemos, por fin, una tardía muestra de la verdad, insertada por Chernyshevski para apoyar su antigua afirmación de que su diario era meramente el borrador de un escritor... porque la misma pulpa de *El prólogo*, a través de toda la escoria de invención mediocre, se antoja ahora, sin duda, una continuación novelística de los grabados



de Saratov.

Enseñaba allí gramática y literatura en la escuela secundaria y resultó ser un maestro en extremo popular: en la clasificación no escrita que los muchachos aplicaban con rapidez y exactitud a todos los profesores, le asignaron al tipo de sujeto nervioso, distraído y bonachón que se irritaba con facilidad pero a quien se podía distraer del tema sin el menor esfuerzo —para caer al instante en las garras del virtuoso de la clase (Fioletov hijo, en este caso): en el momento crítico, cuando parecía inevitable el desastre para aquellos que no sabían la lección, y quedaba muy poco tiempo para que el celador agitase la campana, formulaba una pregunta salvadora y dilatoria: «Nikolai Gavrilovich, aquí hay algo sobre la Convención...», y en seguida Nikolai Gavrilovich se entusiasmaba, iba a la pizarra y, aplastando la tiza, dibujaba el plano de la sala donde celebraba sus reuniones la Convención Nacional de 1792-1795 (era, como ya sabemos, un

gran experto en planos), y entonces, animándose cada vez más, señalaba los lugares que habían ocupado los miembros de todos los partidos.

Durante aquellos años en provincias se comportó con bastante imprudencia, pues asustó a la gente moderada y la juventud temerosa de Dios con la severidad de sus opiniones y la insolencia de sus modales. Se ha conservado una historia algo retocada al efecto de que, en el funeral de su madre, apenas bajado el ataúd, encendió un cigarrillo y se fue del brazo de Olga Sokratovna, con quien se casó diez días después. Pero los muchachos del grado superior estaban entusiasmados con él; algunos de ellos siguieron después vinculados a él con aquel ardor extasiado con que la gente joven de esta era didáctica se mantenía fiel al maestro que estaba a punto de convertirse en un líder; en cuanto a la «gramática», hay que decir en conciencia que sus alumnos jamás aprendieron a utilizar las comas. ¿Acudieron muchos de ellos a su funeral, cuarenta

años después? Según algunas fuentes había dos, según otras, ninguno. Y cuando la procesión fúnebre iba a detenerse ante la escuela de Saratov para entonar una letanía, el director envió a alguien a informar al sacerdote de que esto era inoportuno, y, acompañada por un viento de octubre, racheado e intermitente, la procesión pasó de largo.

Mucho menos lograda que su carrera en Saratov fue, después de su traslado a San Petersburgo, su enseñanza en el Segundo Cuerpo de Cadetes, durante varios meses de 1854. Los cadetes armaban alborotos en sus clases. Gritar con estridencia a los díscolos alumnos sólo servía para aumentar la confusión. ¡Uno no podía enardecerse mucho allí a propósito de los Montagnards! En cierta ocasión, durante un recreo, se produjo un altercado en una de las clases, el oficial de guardia entró, ladró un poco y dejó tras de sí una calma relativa; entretanto, estalló el desorden en otra clase (el recreo ya había terminado), en la cual Chernyshevski acaba de entrar

con la cartera bajo el brazo. Volviéndose hacia el oficial, le detuvo con la mano y dijo con irritación contenida, mientras le miraba por encima de las gafas: «No, señor, ahora no puede entrar aquí». El oficial se sintió insultado; el profesor se negó a disculparse y se marchó. De este modo se inició el tema de los «oficiales».

Sin embargo, el ansia de instruir ya había arraigado en él para el resto de su vida, y desde 1853 a 1862 sus actividades periodísticas de la aspiración de alimentar al flaco lector ruso con una dieta de la más variada información: las raciones eran enormes, el suministro de pan, inagotable, y los domingos se repartían nueces; porque mientras subrayaba la importancia de los platos de carne de política y filosofía, Nikolai Gavrilovich nunca olvidaba los postres. Por su crítica de *Magia doméstica*, de Amarantov, es evidente que había intentado en su casa esta física entretenida, y a uno de los mejores trucos, «llevar agua en un tamiz»,

añadió su propia enmienda: como todos los divulgadores, tenía debilidad por semejantes *Kunststücke*; y tampoco debemos olvidar que apenas había pasado un año desde que, por un acuerdo con su padre, había abandonado finalmente su idea del movimiento perpetuo.

Le encantaba leer almanaques, y observaba para información general de los suscriptores de *El Contemporáneo* (1855): «Una guinea equivale a 6 rublos y 47,5 cópecs; el dólar norteamericano es 1 rublo de plata y 31 cópecs»; o les informaba de que «las torres telegráficas entre Odesa y Ochakov se han construido gracias a donaciones». Enciclopedista auténtico, una especie de Voltaire — aunque con acento en la primera sílaba—, copió con generosidad miles de páginas (estaba siempre dispuesto a abrazar la alfombra enrollada de cualquier tema y desenrollarla toda ante el lector), tradujo toda una biblioteca, cultivó todos los géneros, incluida la poesía, y soñó hasta el fin de su

vida con componer «un diccionario crítico de ideas y hechos» (lo cual recuerda la caricatura de Flaubert, aquel «*Dictionnaire des idées reçues*» cuyo irónico epígrafe —«la mayoría siempre tiene razón»— hubiese adoptado Chernyshevski con toda seriedad). Sobre este tema escribe a su esposa desde la fortaleza, le habla con pasión, tristeza y amargura de todas las obras titánicas que aún completará. Más tarde, durante los veinte años de su aislamiento siberiano, buscó solaz en este sueño; pero cuando, un año antes de su muerte, conoció la aparición del diccionario de Brockhaus, lo vio realizado. Entonces se propuso traducirlo (de otro modo «acumularían en él toda clase de basura, como los artistas menores alemanes»), pues consideraba que semejante obra coronaría toda su vida; resultó que también esto ya lo había emprendido otro.

Al principio de sus actividades periodísticas, al escribir sobre Lessing (que había nacido exactamente cien años antes que él y con quien él

mismo admitía cierto parecido), dijo: «Para tales naturalezas existe un servicio más dulce que el servicio a la propia ciencia favorita —y es el servicio al desarrollo del propio pueblo». Como Lessing, solía desarrollar ideas generales basándose en casos particulares. Y al recordar que la esposa de Lessing había muerto de parto, temió por Olga Sokratovna, sobre cuyo primer embarazo escribió a su padre en latín, tal como hiciera Lessing cien años antes.

Esclarezcamos un poco este tema: el 21 de diciembre de 1853, Nikolai Gavrilovich hizo saber que, según mujeres bien informadas, su esposa había concebido. El parto fue difícil. Nació un niño. «Mi cariñín», arrulló Olga Sokratovna a su primogénito —pero muy pronto se desencantó del pequeño Sasha. Los médicos les advirtieron que otro hijo mataría a la madre. Pese a ello, quedó embarazada de nuevo— «en cierto modo como expiación de nuestros pecados, contra mi voluntad», escribió a

Nekrasov en tono lastimero, con angustia sorda... No, era otra cosa, algo más fuerte que el temor por su esposa, lo que le oprimía. Según algunas fuentes, Chernyshevski pensó en el suicidio durante los años cincuenta; incluso pareció que bebía —¡qué visión tan espantosa: Chernyshevski borracho! Era inútil ocultarlo— el matrimonio había resultado desgraciado, tres veces desgraciado, e incluso en años posteriores, cuando hubo logrado con ayuda de sus reminiscencias «inmovilizar su pasado en un estado de felicidad estática» (*Strannolyubski*), todavía llevaba las marcas de aquella amargura fatal y mortífera —compuesta de piedad, celos y orgullo herido— que un marido de carácter muy diferente había experimentado y tratado de muy distinta manera: Pushkin.

Tanto su esposa como el recién nacido Víctor sobrevivieron y en diciembre de 1858 estuvo de nuevo a punto de morir al dar a luz a su tercer hijo, Misha. Asombrosos tiempos —heroicos, prolíficos,



que vestían crinolina— ese símbolo de fertilidad.

«Son inteligentes, educadas, buenas, lo sé — mientras yo soy estúpida, inculta y mala», solía decir Olga Sokratovna (no sin aquel espasmo del alma llamado *nadryv*) acerca de las parientas de su marido, las hermanas Pypin, que pese a su bondad no ahorraban insultos a «esta histérica, esa ramera desequilibrada de carácter insufrible». ¡Cómo tiraba los platos al suelo! ¡Qué biógrafo puede juntar los pedazos? Y aquella pasión por el movimiento... Aquellas indisposiciones misteriosas... En su vejez le gustaba mucho recordar que una tarde polvorienta y soleada, paseando por Pavlovsk en un faetón tirado por un caballo de raza, había adelantado al Gran Duque Konstantin, y entonces lanzó al aire su velo azul y lo aniquiló con una mirada ardiente, o que había engañado a su marido con el emigrado polaco, Ivan Fiodorovich Savitski, hombre conocido por la longitud de su bigote: «Golfillo (*Kanashka*, apodo vulgar) estaba enterado de ello... Ivan

Fiodorovich y yo nos hallábamos en la alcoba, mientras él seguía escribiendo en su escritorio junto a la ventana». Uno siente mucha lástima de Golfillo; debió atormentarle penosamente la presencia de los hombres que rodeaban a su mujer y estaban en diferentes fases de intimidad amorosa con ella. Las fiestas de madame Chernyshevski eran animadas sobre todo por una pandilla de estudiantes caucasianos. Nikolai Gavrilovich no salía casi nunca a reunirse con ellos en el salón. Una vez, la víspera de Año Nuevo, los georgianos, conducidos por el payaso Gogoberidze, irrumpieron en su estudio, le sacaron por la fuerza, y Olga Sokratovna le echó una mantilla por encima y le obligó a bailar.

Sí, uno se apiada de él —y sin embargo... podría haberle dado unos buenos azotes con una correa, enviarla al diablo; o incluso describirla con todos sus pecados, gemidos, extravíos e innumerables traiciones en una de aquellas novelas con las que se ocupaba en los ratos de ocio de la

prisión. Pero ¡no! En *El prólogo* (y parcialmente en *¿Qué hacer?*) nos conmueven sus intentos de rehabilitar a su esposa. No hay amantes a su alrededor, sólo admiradores respetuosos; y tampoco hay aquella coquetería barata que inducía a los hombres (a los que llamaba *mushchinki*, horrible diminutivo) a creerla aún más accesible de lo que realmente era, y lo único que se encuentra es la vitalidad de una mujer bella e ingeniosa. La disipación se convierte en emancipación, y el respeto hacia su emprendedor marido (cierto que sentía algún respeto hacia él, pero no servía de nada) aparece como su sentimiento dominante. En *El prólogo*, el estudiante Mironov, con objeto de desorientar a un amigo, le dice que la esposa de Volgin es viuda. Esto trastorna tanto a la señora Volgin que prorrumpe en llanto— e igualmente la heroína de *¿Qué hacer?*, que representa a la misma mujer, suspira, entre vertiginosas frases hechas, por su marido arrestado. Volgin abandona la imprenta y

corre a la ópera donde escudriña con unos prismáticos una y otra parte del auditorio tras lo cual resbalan bajo las lentes lágrimas de ternura. Había ido a comprobar que su mujer, sentada en su palco, era más atractiva y elegante que todas — exactamente igual que el propio Chernyshevski había comparado en su juventud a Nadeshda Lobodovski con cabezas femeninas.

Y aquí volvemos a estar rodeados de las voces de su estética —porque los motivos de la vida de Chernyshevski ya me obedecen, he domesticado sus temas, ya se han acostumbrado a mi pluma; les doy rienda suelta con una sonrisa: en el curso de su desarrollo se limitan a describir un círculo, como un bumerang o un halcón, para terminar volviendo a mi mano; e incluso aunque alguno volara muy lejos, más allá del horizonte de mi página, no me preocuparía; encontraría el camino de vuelta, como ha hecho éste.

Así pues: el 10 de mayo de 1855, Chernyshevski defendía en la Universidad de San Petersburgo la

tesis que ya conocemos, «Las relaciones del Arte con la Realidad», escrita en tres noches de agosto de 1853; es decir, precisamente cuando «las vagas y líricas emociones de su juventud, que le sugirieron la consideración del arte en términos del retrato de una mujer bella, habían acabado por madurar y ahora producían esta fruta carnosa en natural correlación con la apoteosis de su pasión marital» (*Strannolyubski*). En este debate público se proclamó por vez primera «la tendencia intelectual de los años sesenta», como recordó más tarde el anciano Shelgunov, y, observó con desalentadora ingenuidad, que el presidente de la Universidad, Pletniov, no se emocionó ante el discurso del joven estudioso, cuyo genio fue incapaz de percibir.

El auditorio, en cambio, estaba en éxtasis. Había acudido tanta gente que algunos tuvieron que permanecer de pie en las ventanas. «Descendieron como moscas sobre la carroña», rió con desprecio Turguenev, que debió sentirse herido en su calidad

de esteta declarado, aunque él mismo no era contrario a complacer a las moscas.

Como ocurre a menudo con las ideas poco firmes que no se han librado de la carne o ésta las ha cubierto, es posible detectar en las nociones estéticas del «joven estudioso» su propio estilo físico, el sonido mismo de su voz estridente y didáctica. «La belleza es la vida. Aquello que nos gusta es hermoso; la vida nos gusta en sus buenas manifestaciones... Hablad de la vida y sólo de la vida (así continúa este sonido, aceptado tan de buen grado por la acústica del siglo), y si los seres humanos no viven humanamente —pues, enseñadles a vivir, describidles las vidas de hombres ejemplares y sociedades bien organizadas». El arte es así un sustituto o un veredicto, pero en ningún caso el equivalente de la vida, del mismo modo que «un boceto es artísticamente muy inferior al cuadro» del que ha sido tomado (una idea encantadora). «Sin embargo —prosiguió con claridad el orador—, en lo

único que la poesía puede superar a la realidad es en el embellecimiento de acontecimientos mediante la adición de efectos accesorios y haciendo que el carácter de los personajes descritos corresponda a los acontecimientos en que toman parte».

Así, al denunciar el «arte puro», los hombres de los años sesenta, y las buenas personas rusas hasta los noventa, denunciaron —como resultado de una información defectuosa— su propio concepto falso de él, porque del mismo modo que veinte años después el escritor social Garshin vio el «arte puro» en los cuadros de Smiradski (académico de categoría) —o un asceta puede soñar con un banquete que repugnaría a un epicúreo—, así Chernyshevski, sin tener la menor idea de la verdadera naturaleza del arte, vio su culminación en el arte convencional y vistoso (es decir, anti-arte) al que se oponía, arremetiendo a ciegas. Al mismo tiempo es preciso no olvidar que el otro bando, el bando de los «estetas» —el crítico Drushinin con su

pedantería e insulsa brillantez, o Turguenev con sus «visiones» elegantes en exceso y su mal empleo de Italia— proporcionaba con frecuencia al enemigo aquel mismo material empalagoso que era tan fácil de condenar.

Nikolai Gavrilovich denostaba la «poesía pura» dondequiera que la encontrase —en las sendas más inesperadas. En su crítica de un libro de consulta, en las páginas de *El Contemporáneo* (1854), citaba una lista de vocablos que en su opinión eran demasiado largos: *laberinto, laurel, Lenclos (Ninon de)*— y otra lista de vocablos demasiado cortos: *laboratorio, Lafayette, Linen, Lessing*. ¡Una objeción elocuente! ¡Un lema que cuadra con toda su vida intelectual! Las oleadas oleográficas de la «poesía» originaron (como ya hemos visto) un «lujo» de abundantes senos; lo «fantástico» tomó un sombrío giro económico. «Iluminaciones... Confeti lanzados a las calles desde globos —enumera (el tema son los festejos y regalos con ocasión del



bautizo del hijo de Luis Napoleón)—, colosales bomboneras descendiendo en paracaídas.»... Y qué cosas poseen los ricos: «Camas de palisandro... armarios con goznes y espejos corredizos... cortinajes de damasco... Y más allá, el pobre trabajador». Se ha hallado el vínculo, se ha obtenido la antítesis; con tremenda fuerza acusatoria y una abundancia de piezas de mobiliario, Nikolai Gravrilovich expone toda su inmoralidad. «¿Es sorprendente que la modistilla dotada de hermosura olvide poco a poco sus principios morales...? ¿Es sorprendente que después de cambiar su barato vestido de muselina, lavado centenares de veces, por encajes de Alencon, y sus noches de insomnio dedicadas al trabajo a la luz de una vela casi consumida por otras noches de insomnio en una mascarada pública o en una orgía suburbana, la modistilla... en medio de la confusión...?», etcétera. (Y después de meditarlo, aniquiló al poeta Nikitin, no porque éste versificara mal, sino porque, siendo

un habitante de la remota región de Voronesh, no tenía ningún derecho a hablar de veleros y columnatas de mármol).

El pedagogo alemán Kampe, cruzando sus pequeñas manos sobre el estómago, dijo una vez: «Hilar una libra de lana es más útil que escribir un volumen de versos». También a nosotros, con seriedad igualmente imperturbable, nos molestan los poetas, los sujetos rebosantes de salud que estarían mejor sin hacer nada, y que en cambio se atarean recortando tonterías «de bonitos papeles de colores». Entérate bien, tramposo, entérate bien, recortador de arabescos, «el poder del arte es el poder de sus lugares comunes» y nada más. Lo que más debería interesar a un crítico es la idea expresada en la obra del escritor. Tanto Volynski como Strannolyubski —observan aquí cierta extraña inconsecuencia (una de esas fatales contradicciones internas que se descubren a lo largo de todo el camino de nuestro héroe): el dualismo de la estética

del monista Chernyshevski —en la cual la «forma» y el «contenido» son claros, predominando el «contenido»— o, más exactamente, la «forma» representando al alma y el «contenido», al cuerpo; y la confusión se ve incrementada por el hecho de que esta «alma» consiste en componentes mecánicos, ya que Chernyshevski creía que el valor de una obra no era un concepto cualitativo sino cuantitativo, y que «si alguien extrajera de una novela mediocre y olvidada todos sus destellos de observación, recogería gran número de frases cuyo valor no diferiría del de aquellos que constituyen las páginas de las obras que admiramos». Y aún más: «Es suficiente echar una mirada a las chucherías fabricadas en París, a esos elegantes artículos de bronce, porcelana o madera, para comprender lo imposible que es hoy distinguir entre un producto artístico y otro que no lo sea» (este elegante bronce explica muchas cosas).

Como las palabras, las cosas también tienen sus

casos. Chernyshevski lo veía todo en el nominativo. En realidad, claro, cualquier tendencia auténticamente nueva es una jugada de caballo, un cambio de sombras, un giro que desplaza el espejo. Un hombre serio, moderado, que respeta la educación, el arte y los oficios, hombre que ha acumulado una profusión de valores en la esfera del pensamiento —que tal vez ha mostrado una discriminación totalmente progresiva durante el período de su acumulación pero que ahora no tiene el menor deseo de someterlos a una consideración nueva— a semejante hombre le irrita mucho más la innovación irracional que la oscuridad de la ignorancia anticuada. Así, pues, Chernyshevski, que como la mayoría de los revolucionarios era un completo burgués en sus gustos artísticos y científicos, se exasperaba ante «la cuadratura de las botas» o «la extracción de raíces cúbicas de las cañas de las mismas». «Todo Kazan conocía a Lobachevski —escribió a sus hijos desde Siberia en

los años setenta—, todo Kazan compartía la opinión unánime de que era un perfecto idiota... ¿Qué diablos es “la curvatura del rayo” o “un espacio curvado”? ¿Qué es “geometría sin el axioma de las líneas paralelas”? ¿Es posible escribir ruso sin verbos? Sí, lo es —como una broma. Susurros, respiración tímida, trinos de rruiseñor. Escritos por un tal Fet, poeta muy conocido en su tiempo. Un idiota con pocos predecesores. Escribió todo esto con seriedad, y la gente se rió de él hasta desternillarse». (Detestaba a Fet al igual que a Tolstoi; en 1856, adulando a Turguenev —a quien necesitaba para *El Contemporáneo*—, le escribió «que ninguna de las “*Juventudes*” (*Infancia y Adolescencia*, de Tolstoi), ni siquiera la poesía de Fet... puede vulgarizar lo suficiente al público por no ser capaz de...» —aquí sigue un cumplido vulgar).

Una vez, en 1855, al explayarse sobre Pushkin y deseando dar un ejemplo de «una insensata

combinación de palabras», citó precipitadamente un «sonido azul» de su propia invención —con lo que censuró de modo profético la «hora de tañido azul» de Blok que sonaría medio siglo después. «El análisis científico demuestra lo absurdo de tales combinaciones», escribió, ignorante del hecho fisiológico del «oído coloreado». «¿Acaso no es lo mismo— preguntó (al lector de Bajmuchansk o Novomirgorod, que con alegría le dio la razón) — decir un lucio de azuladas aletas o (como en un poema de Dershavin) un lucio con aletas azules (lo segundo es mejor, claro, habríamos gritado nosotros — así destaca más, ¡de perfil!)? Porque el pensador auténtico no tiene tiempo para ocuparse de estas cuestiones, en especial si pasa más horas en la plaza pública que en su estudio». La «idea general» es otro asunto. El amor por las generalidades (enciclopedias) y el odio desdeñoso hacia las particularidades (monografías) le indujeron a tachar a Darwin de pueril y a Wallace de inepto («... todas

esas doctas especialidades, desde el estudio de las alas de las mariposas al estudio de los dialectos cafres»). Chernyshevski tenía, por el contrario, un campo de peligrosa amplitud, una especie de actitud imprudente y confiada de «cualquier cosa sirve», que proyecta una sombra sospechosa sobre su propio trabajo especializado. Sin embargo, concedía «el interés general» a su propia interpretación: partía de la premisa de que lo que más interesaba al lector era el lado «productivo» de las cosas. En su crítica de una revista (en 1855) alaba artículos como «El estado termométrico de la tierra» y «Yacimientos de carbón en Rusia», y rechaza de manera tajante como en exceso especializado el único artículo que uno desearía leer: «Distribución geográfica del camello».

A este respecto, es indicativo en extremo el intento de Chernyshevski de probar (*El Contemporáneo*, 1856) que el metro ternario (anapesto, dáctilo) es más natural en ruso que el

binario (yambo, troqueo). El primero (excepto cuando se usa para el noble, «sagrado» —y, por tanto, odioso— hexámetro dactílico) le parece más natural a Chernyshevski, «más sano», del mismo modo que para un mal jinete galopar es «más sencillo» que trotar. Sin embargo, la cuestión residía menos en esto que en la «regla general» a la que sometía a todos y a todo. Confundido por la emancipación rítmica del amplio verso de Nekrasov y los elementales anapestos de Koltsov («¿Por qué dormido, *mushichyók?*»), Chernyshevski olfateaba algo democrático en el metro ternario, algo que cautivaba al corazón, algo «libre» pero también didáctico, en contraste con el aire aristocrático del yambo; creía que los poetas que deseaban convencer, debían emplear el anapesto. Sin embargo, esto no era todo: en el verso ternario de Nekrasov ocurre con especial frecuencia que palabras de una o dos sílabas se encuentran en las partes no acentuadas de los pies y pierden su



individualidad enfática, mientras que, por otro lado, se intensifica el ritmo colectivo: se sacrifica a las partes a favor del conjunto (como, por ejemplo, en el verso anapéstico «Volga, Volga, en primavera anegado», donde el primer «Volga» ocupa las dos depresiones del primer pie: Volga Vól). Nada de cuanto acabo de decir lo examina el propio Chernyshevski, pero es curioso que en sus versos, escritos durante sus noches siberianas en aquel terrible ternario cuya misma vulgaridad tiene un sabor de locura, Chernyshevski parodia sin darse cuenta el método de Nekrasov y lo lleva hasta el absurdo al introducir en las depresiones palabras de dos sílabas que normalmente no están acentuadas en la primera (como Volga) sino en la segunda, y haciéndolo tres veces en un solo verso —sin duda una supermarca: «Colinas remotas, remotas palmas, atónita muchacha del norte» (versos a su esposa, 1875). Repitamos: toda esta tendencia hacia un verso creado a imagen y semejanza de determinados

dioses socioeconómicos era inconsciente por parte de Chernyshevski, pero sólo si se presta claridad a esta tendencia se puede entender el verdadero fondo de su extraña teoría. No comprendía en absoluto la esencia real, de violín, del anapesto; como tampoco comprendía el yambo, la más flexible de todas las medidas cuando se trata de transformar los acentos en movimientos escurridizos, en esas rítmicas desviaciones del metro que, debido a sus recuerdos del seminario, a Chernyshevski se le antojaban ilegítimas; y, finalmente, no comprendía el ritmo de la prosa rusa; es natural, por tanto, que el mismo método que aplicó para probar su teoría, se vengara de él: en sus citas de prosa, dividía el número de sílabas por el número de acentos y obtenía el resultado de tres y no el de dos, que según él hubiera obtenido de ser el metro binario más apropiado para la lengua rusa; pero es que no tenía en cuenta lo más importante: ¡los peones! Porque en los mismos pasajes que cita, partes enteras de frases siguen el

ritmo fluido del verso libre, el más puro de todos los metros, es decir, ¡precisamente el yambo!

Me temo que el zapatero que visitó el taller de Apeles y criticó lo que no entendía, era un remendón mediocre. ¿Es todo realmente correcto desde el punto de vista matemático en el contenido de sus doctas obras económicas, cuyo análisis exige una curiosidad casi sobrehumana por parte del investigador? ¿Son realmente profundos sus comentarios sobre Mill (en que se esforzó por reconstruir ciertas teorías «de acuerdo con el nuevo elemento plebeyo del pensamiento y la vida»)? ¿Encajan realmente todas las botas que hizo? ¿O es simplemente la coquetería de un anciano lo que le impulsa, veinte años después, a recordar con complacencia los errores que cometió en sus cálculos logarítmicos relacionados con el efecto de ciertas mejoras agrícolas sobre la cosecha de cereales? Todo esto es triste, muy triste. Nuestra impresión general es que los materialistas de este

tipo cayeron en un error fatal: descuidando la naturaleza de la cosa en sí, aplicaban su método más materialista únicamente a las relaciones entre los objetos, al vacío existente entre ellos y no a los objetos en sí; es decir, eran los metafísicos más ingenuos precisamente en el punto en que más necesitaban pisar terreno firme.

Una vez, en su juventud, hubo una mañana desdichada: le visitó un vendedor de libros a quien conocía, el viejo y narigudo Vasili Trofimovich, encorvado como una babayaga bajo el peso de un enorme saco de lona lleno de libros prohibidos y semiprohibidos. Pese a desconocer lenguas extranjeras, ser apenas capaz de escribir en caracteres latinos y pronunciar los títulos con espeso acento campesino, adivinaba por instinto la naturaleza subversiva de este o aquel alemán.

Aquella mañana vendió a Nikolai Gavrilovich (puestos ambos en cuclillas ante un montón de libros) un volumen de Feuerbach con los bordes de

las páginas todavía sin cortar.

Por aquellos días se prefería a Andrei Ivanovich Feuerbach a Egor Fiodorovich Hegel. *Homo feuerbachi* es un músculo cogitativo. Andrei Ivanovich creía que el hombre difiere del mono sólo en su punto de vista; sin embargo, no es probable que estudiara a los monos. Medio siglo después de él, Lenin refutó la teoría de que «la tierra es la suma de las sensaciones humanas» con «la tierra existió antes que el hombre»; y a su anuncio comercial: «Ahora convertimos la ignota “cosa en sí misma” de Kant en una “cosa para nosotros”, mediante la química orgánica», añadió con total seriedad que «puesto que la alizarina ha existido en el carbón sin que lo supiéramos, las cosas deben existir independientemente de nuestro conocimiento». De modo similar, Chernyshevski explicó: «Vemos un árbol; otro hombre mira el mismo objeto. Vemos en el reflejo de sus ojos que su imagen del árbol es igual que nuestro árbol. Así, pues, todos vemos los

objetos tal como existen realmente». Todas estas absurdas majaderías tienen su propia faceta cómica: es especialmente divertida la constante mención de los árboles por los materialistas, porque todos están muy poco familiarizados con la naturaleza, en especial con los árboles. Ese objeto tangible, que según Chernyshevski “actúa con mucha más fuerza que su propio concepto abstracto” (el Principio Antropológico de la Filosofía), está sencillamente más allá de su comprensión. ¡Contemplemos la terrible abstracción que resultó, en el análisis final, del materialismo»! Chernyshevski no sabía distinguir entre un arado y una soja de madera; confundía el madeira con la cerveza; era incapaz de nombrar una sola flor silvestre, salvo el escaramujo; y es característico que compensara esta deficiencia de conocimientos botánicos con la «generalización» que mantuvo con el convencimiento del ignorante de que «todas (las flores de la taiga siberiana) ¡son exactamente las mismas que florecen por toda

Rusia!»). Acecha un castigo secreto en el hecho de que él, que había construido su filosofía sobre la base de su conocimiento del mundo, se encontrara ahora, desnudo y solo, entre la naturaleza hechizada, de extraña exuberancia y todavía sólo descrita parcialmente, del nordeste de Siberia: castigo elemental, mitológico, que no habían tenido en cuenta sus jueces humanos.

Pocos años antes, la fragancia del *Petrushka* de Gógol se había explicado mediante el hecho de que todo lo existente era racional. Pero ya había pasado el tiempo del sincero hegelianismo ruso. Los moldeadores de la opinión eran incapaces de comprender la verdad vital de Hegel: verdad que no estaba estancada, como el agua poco profunda, sino que fluía como la sangre a través del mismo proceso de la cognición. A Chernyshevski le gustaba más la sencillez de Feuerbach. No obstante, siempre existe el peligro de que una letra caiga del cosmos, y Chernyshevski no soslayó este riesgo en su artículo

«Propiedad común», en el que comenzó a operar con la tentadora tríada de Hegel, dando ejemplos tales como: la gaseiformidad del mundo es la tesis, mientras la blandura del cerebro es la síntesis; o aún más estúpido: un garrote que se convierte en una carabina. «En la tríada —dice Strannolyubski— se oculta una imagen vaga de la circunferencia que controla toda la vida de la mente, y la mente está limitada irremediablemente por ella. Éste es el tiovivo de la verdad, porque la verdad es siempre redonda; por consiguiente, en la evolución de las formas de la vida es posible cierta perdonable curvatura: la giba de la verdad; pero ninguna más».

La «filosofía» de Chernyshevski se remonta a los enciclopedistas, y pasa por Feuerbach. Por otro lado, el hegelianismo aplicado, desviándose gradualmente hacia la izquierda, retrocedió a través del mismo Feuerbach hasta reunirse con Marx, que en su *Sagrada Familia* se expresa así:

... no se precisa gran inteligencia para



distinguir una conexión entre la enseñanza del materialismo en relación con la innata tendencia al bien; la igualdad de capacidades del hombre —capacidades que generalmente se llaman mentales; la gran influencia sobre el hombre de las circunstancias externas; la experiencia omnipotente; dominio de la costumbre y la educación; la extrema importancia de la laboriosidad; el derecho moral al placer, y el comunismo.

Lo he puesto en verso libre para que fuera menos aburrido.

Steklov opina que, pese a su genio, Chernyshevski no puede equipararse a Marx, en relación con el cual es como el artesano Polzunov de Barnaul comparado con Watt. El propio Marx («burgués mezquino hasta la médula de los huesos», según el testimonio de Bakunin, que no podía soportar a los alemanes) se refirió una o dos veces a los «notables» escritos de Chernyshevski, pero dejó

más de una nota despreciativa en los márgenes de la obra principal sobre economía «*des grossen russischen Gelehrten*» (Marx detestaba a los rusos en general). Chernyshevski le pagó con la misma moneda. Ya en los años setenta trataba todo lo nuevo con animosidad y negligencia. Sobre todo estaba harto de la economía, que ya había dejado de ser un arma para él y por esta razón adquirió en su mente el aspecto de un juguete inservible, de «ciencia pura». Lyatski se equivoca del todo cuando —con una pasión por analogías de navegación comunes a muchos— compara al exiliado Chernyshevski con un hombre «que observa desde una playa desierta el paso de un barco gigantesco (el de Marx) que va a descubrir nuevas tierras»; la expresión es particularmente desdichada en vista del hecho de que el propio Chernyshevski, como si adivinara la analogía y deseara refutarla por anticipado, dijo de *Das Kapital* (que le enviaron en 1872): «Lo hojeé pero no lo leí; arranqué sus páginas una por una,

*hice con ellas diminutos barcos* (la cursiva es mía) y los lancé al Vilyui».

Lenin consideraba a Chernyshevski «el único escritor verdaderamente grande que consiguió mantenerse a un nivel de materialismo filosófico ininterrumpido desde los años cincuenta hasta 1888» (descontó un año). Cierta día ventoso, Krupskaya se volvió hacia Lunacharski y le dijo con suave tristeza: «No había casi nadie que inspirara tanta simpatía a Vladimir Ilyich... Creo que tenía mucho en común con Chernyshevski». «Sí, sin duda tenían mucho en común —añade Lunacharski, que al principio tendía a tratar esta observación con escepticismo—. Compartían la claridad de estilo y la movilidad del lenguaje... la anchura y profundidad de criterio, el fuego revolucionario... esa combinación de enorme contenido y exterior modesto, y finalmente, su común contextura moral». Steklov califica el primer artículo de Chernyshevski, «El Principio Antropológico en Filosofía», de «el

primer manifiesto filosófico del comunismo ruso»; es significativo que este primer manifiesto fuera una redacción de colegial, una evaluación infantil de las cuestiones morales más difíciles. «La teoría europea del materialismo —dice Strannolyubski, cambiando un poco la frase de Volynski— adoptó en Chernyshevski una forma simplificada, confusa y grotesca. Emitiendo una opinión desdeñosa e impertinente sobre Schopenhauer, bajo una de cuyas uñas críticas su propio pensamiento saltarín no habría sobrevivido ni un segundo, sólo reconoció entre todos los pensadores del pasado, por una extraña asociación de ideas y según sus recuerdos erróneos, a Spinoza y Aristóteles, de quienes pretendía ser el continuador».

Chernyshevski apuntaba silogismos defectuosos; en cuanto les daba la espalda, los silogismos se desmoronaban y los clavos quedaban medio desprendidos. Al eliminar el dualismo metafísico, cayó en el dualismo gnoseológico, y tras haber

aceptado con atolondramiento a la materia como el primer principio, se perdió sin remedio entre conceptos que presuponen algo que crea nuestra percepción del propio mundo exterior. El filósofo profesional Yurkevich no necesitó el menor esfuerzo para despedazarle. Yurkevich no dejaba de preguntarse: ¿Cómo explica Chernyshevski la transformación del movimiento espacial de los nervios en una sensación no espacial? En vez de replicar al detallado artículo del pobre profesor, Chernyshevski publicó exactamente un tercio de él en *El Contemporáneo* (es decir, lo máximo permitido por la ley) y lo interrumpió en mitad de una palabra, sin ningún comentario. No le importaban nada en absoluto las opiniones de los especialistas y, no veía ningún perjuicio en desconocer los detalles del tema sometido a examen: para él los detalles eran simplemente el elemento aristocrático en la nación de nuestras ideas generales.

«Su cabeza medita sobre los problemas de la humanidad... mientras su mano realiza una labor manual sencilla», escribió de su «obrero socialmente consciente» (y no podemos evitar acordarnos de aquellos grabados de los viejos atlas anatómicos, donde un adolescente de rostro simpático se apoya con desenvoltura contra una columna y muestra todas sus vísceras al mundo educado). Pero el régimen político que debía aparecer como la síntesis del silogismo, donde la tesis era la comuna, se parecía menos a la Rusia soviética que a las utopías de su tiempo. El mundo de Fourier, la armonía de las doce pasiones, la felicidad de la vida colectiva, los obreros coronados de rosas —todo esto tenía que gustar a Chernyshevski, que siempre estaba buscando «coherencia». Soñemos con el falansterio que vive en un palacio: 1800 almas— ¡y todas felices! Música, banderas, pasteles. Los matemáticos gobiernan el mundo y lo gobiernan bien, además; la

correspondencia establecida por Fourier entre nuestros deseos y la gravedad de Newton era especialmente cautivadora; definía la actitud de Chernyshevski hacia Newton para toda su vida, y es agradable comparar la manzana de este último con la manzana de Fourier, que costaba al viajante de comercio catorce sous en un restaurante de París, hecho que llevó a Fourier a meditar sobre el básico desorden del mecanismo industrial, del mismo modo la cuestión de los gnomos (pequeños campesinos) vinateros del valle del Mosela indujo a Marx a ocuparse de los problemas económicos: gracioso origen de ideas grandiosas.

Cuando defendía la propiedad comunal de la tierra, porque simplificaba la organización de asociaciones en Rusia, Chernyshevski estaba dispuesto a aceptar la emancipación de los campesinos sin tierra, cuya propiedad hubiera conducido a la larga a nuevos impedimentos. En este punto emanan chispas de su pluma. ¡La liberación de

los siervos! ¡La era de las grandes reformas! No es de extrañar que en un arranque de intensa clarividencia el joven Chernyshevski anotara en su diario en 1848 (año al que alguien dio el apodo de «respiradero del siglo»): «¿Y si es cierto que estamos viviendo en tiempos de Cicerón y César, cuando *seculorum novus nascitur ordo*, y llega un nuevo Mesías y una nueva religión, y un mundo nuevo...?».

Los años cincuenta ya están en pleno auge. Se permite fumar por las calles. Se puede llevar barba. La obertura de Guillermo Tell provoca censuras estrepitosas en cada velada musical. Circulan rumores de que la capital se traslada a Moscú; de que se va a reemplazar el viejo calendario por el nuevo. Bajo esta pantalla Rusia está atareada reuniendo material para la primitiva pero sabrosa sátira de Saltikov. «Me gustaría saber qué son estas habladurías de que hay un nuevo espíritu en el aire —dijo el general Zubatov—; sólo los lacayos se han



vuelto groseros, todo lo demás continúa como siempre». Los terratenientes y sobre todo sus esposas empezaron a tener pesadillas que no figuraban en los libros sobre sueños. Una nueva herejía hizo su aparición: el *nihilismo*. «Doctrina escandalosa e inmoral que rechaza todo cuanto no se puede palpar», dice Dahl con un estremecimiento al definir esta extraña palabra (en la cual «nihil», nada, parece corresponder a «material»). Personas con órdenes sagradas tuvieron una visión: un enorme Chernyshevski pasea por el Nevsky Prospekt tocado con un sombrero de alas anchas y empuñando un garrote.

¡Y aquel primer edicto en nombre del gobernador de Vilno, Nazimov! ¡Y la firma del zar, tan bella, tan robusta, con dos rúbricas potentes y vigorosas, que más tarde sería rasgada por una bomba! Y el éxtasis de Nikolai Gavrilovich: «La bienaventuranza prometida a los humildes y pacificadores corona a Alejandro II con una

felicidad que ninguno de los soberanos de Europa ha conocido...»).

Pero poco después se formaron los comités provinciales, el ardor de Chernyshevski se enfrió: le encolerizó el egoísmo de los nobles en casi todos ellos. Su desilusión final llegó en la segunda mitad de 1858. ¡La cuantía de la compensación! La mezquindad de las asignaciones! El tono de *El Contemporáneo* se hizo afilado y franco; las expresiones «infame» e «infamia» empezaron a animar de modo agradable las páginas de esta revista más bien aburrida.

La vida de su director no era rica en acontecimientos. Durante mucho tiempo el público no conoció su rostro. No se le veía por ninguna parte. Ya famoso, permanecía por así decirlo en los bastidores de su pensamiento ocupado y locuaz.

Siempre en bata, como era costumbre entonces (manchada incluso detrás con grasa de las velas),

pasaba el día entero en su reducido estudio empapelado de azul —bueno para la vista— y con una ventana que daba al patio (y a un montón de troncos cubiertos de nieve), sentado ante un gran escritorio repleto de libros, galeradas y recortes. Trabajaba tan febrilmente, fumaba tanto y dormía tan poco que producía una impresión casi espeluznante: flaco, nervioso, de mirada turbia y penetrante, manos temblorosas, habla aturullada y espasmódica (en cambio, jamás tenía dolor de cabeza y se jactaba de ello como un signo de mente sana). Su capacidad de trabajo era monstruosa, como lo era, por cierto, la de la mayoría de los críticos rusos del siglo pasado. Dictaba a su secretario Studentski, ex seminarista de Saratov, la traducción de la historia de Schlosser, y mientras éste la pasaba al papel, Chernyshevski escribía un artículo para *El Contemporáneo* o leía algo, sin dejar de hacer anotaciones en los márgenes. Las visitas no dejaban de importunarle. No sabiendo como escapar de un visitante inoportuno, se

enredaba cada vez más en una conversación, ante su gran desaliento. Apoyaba el codo en la repisa de la chimenea y, jugando con algo, hablaba con voz chillona y estridente, pero cuando sus pensamientos se desviaban, mascullaba palabras con monotonía y una abundancia de «bien...». Tenía un modo peculiar de reír entre dientes (que hacía sudar a León Tolstoi), pero cuando reía con ganas soltaba unas carcajadas ensordecedoras (gorjeos que Turguenev, al oírlos desde lejos, evadía echando a correr).

Los métodos de conocimiento como el materialismo dialéctico se parecen curiosamente a los poco escrupulosos anuncios de medicinas que curan al instante todas las enfermedades. Aun así, semejante medio puede ayudar, de vez en cuando, a vencer un resfriado. Había una clara muestra de arrogancia clasista en las actitudes de los escritores aristocráticos contemporáneos hacia el plebeyo Chernyshevski. Turguenev, Grigorovich y Tolstoi le llamaban «el caballero que olía a chinches» y entre

ellos se burlaban de él de mil maneras diferentes. Una vez, en la casa de campo de Turguenev, los otros dos, junto con Botkin y Drushinin, compusieron y representaron una farsa doméstica. En una escena en que un sofá empezaba a arder, Turguenev tenía que salir con el grito... aquí los esfuerzos comunes de sus amigos le convencieron para que pronunciara las infortunadas palabras que alegaba haber dirigido en su juventud a un marinero durante un incendio a bordo de un barco: «Sálvame, sálvame, soy el único hijo de mi madre». Con esta farsa, Grigorovich, que carecía totalmente de talento, urdió su mediocre *Escuela de hospitalidad*, a uno de cuyos personajes, el irritable escritor Chernushin, dotó con las facciones de Nikolai Gavrilovich: ojos de topo que miraban extrañamente de lado, labios finos, rostro plano y contraído, cabellos rígidos y despeinados en la sien izquierda y un eufemístico hedor de ron quemado. Es curioso que el notorio grito («¡Sálvame!», etc.) se atribuya aquí a Chernushin, lo

cual corrobora la idea de Strannolyubski de que existía una especie de vínculo místico entre Turguenev y Chernyshevski. «He leído su repugnante libro (la disertación) —escribe el primero en una carta a sus compañeros de mofas—. ¡Raca, raca, raca! Ya sabéis que no hay nada más terrible en el mundo que esta maldición judía».

«Esta “raca” o “raka” —observa, supersticioso, el biógrafo— acabó siete años después en Rakeev (el coronel de la policía que arrestó al hombre anatematizado), y Turguenev escribió la carta precisamente el 12 de julio, cumpleaños de Chernyshevski...» (se nos antoja que Strannolyubski lleva el asunto demasiado lejos).

Aquel mismo año apareció Rudin, de Turguenev, pero Chernyshevski no lo atacó (por su caricatura de Bakunin) hasta 1860, cuando Turguenev ya no era necesario para *El Contemporáneo*, al que abandonó a causa de un silbido de serpiente emitido por Dobrolyubov contra su «en la Víspera». Tolstoi no

podía soportar a nuestro héroe: «No deja uno de oír —escribió— esa desagradable vocecita suya diciendo cosas obtusas y maliciosas... que no cesa de expresar su cólera desde un rincón hasta que alguien le dice “cierra el pico” y le mira directamente a los ojos». «Los aristócratas se convertían en vulgares rufianes —observa Steklov a este respecto— cuando hablaban con inferiores o acerca de personas inferiores a ellos socialmente». Sin embargo, «el inferior» no dejó de pagar su deuda; sabedor de cuánto valoraba Turguenev cualquier palabra en contra de Tolstoi, Chernyshevski, en los años cincuenta, se extendió libremente sobre la *poshlost* (vulgaridad) y *hvastovstvo* (fanfarronería) de Tolstoi —«la fanfarronería de un pavo real estúpido por una cola que ni siquiera cubre su vulgar trasero», etc. «Usted no es Ostrovski ni Tolstoi —añadía Nikolai Gavrilovich—, usted es un honor para nosotros» (y Rudin ya había aparecido —desde hacía dos años).

Las otras críticas literarias le flagelaban tanto como podían. El crítico Dudyshtin (en *El Comentarista Nacional*) le apuntó, irascible, con su pipa corta: «Para usted, la poesía es tan sólo capítulos de economía política puestos en verso». Sus enemigos del campo místico hablaban del «pernicioso atractivo» de Chernyshevski, de su parecido físico con el Diablo (por ejemplo, el profesor Kostomarov). Otros periodistas de corte más sencillo, como Blagosvetlov (que se consideraba un caballero elegante y, pese a su radicalismo, tenía como paje a un negro verdadero, sin embetunar), hablaban de los chanclos sucios de Chernyshevski y sus atuendos de sacristán alemán. Nekrasov salió en defensa del «inteligente sujeto» (a quien había introducido en *El Contemporáneo*) con una débil sonrisa, y aunque admitió que había logrado otorgar un sello de monotonía a la revista, atiborrándola de cuentos mediocres que denunciaban el soborno y a la policía, encomió a su colega por



sus fructíferos trabajos: gracias a él, la revista, que en 1858 tenía 4700 suscriptores, tres años después los incrementó hasta 7000. Las relaciones entre Nikolai Gavrilovich y Nekrasov eran amistosas, pero nada más; hay una insinuación referente a unas disposiciones financieras que le desagradaron. En 1883, con objeto de distraer al anciano, su primo Pypin le sugirió que escribiera algunos «retratos del pasado». Chernyshevski describió su primer encuentro con Nekrasov, con la meticulosidad y diligencia que ya nos son familiares (en que no podía faltar un complejo plano de todos sus movimientos por la habitación y que casi incluía el número de pasos), pormenor que sonaba como un insulto dirigido al Padre Tiempo y su honrado trabajo, si tenemos en cuenta que habían transcurrido treinta años desde que tuvieron lugar estas maniobras. Colocó a Nekrasov en el primer lugar entre todos los poetas (por encima de Pushkin y por encima de Lermontov y Koltsov). La *Traviata* hizo

llorar a Lenin; de modo similar, Chernyshevski, que confesaba que la poesía del corazón le era más querida que la poesía de ideas, solía prorrumpir en llanto al leer aquellos versos de Nekrasov (¡aunque fueran yámbicos!) que expresaban todo cuanto él había experimentado, todos los tormentos de su juventud, todas las fases de su amor por su esposa. Y no es de extrañar: el pentámetro yámbico de Nekrasov nos encanta especialmente por su fuerza exhortatoria, suplicante y profética y por una cesura muy individual después del segundo pie, cesura que en Pushkin, por ejemplo, es un órgano rudimentario en la medida en que controla la melodía del verso, pero que en Nekrasov se convierte en un auténtico órgano respiratorio, como si hubiera pasado de tabique a foso, o como si la parte de dos pies del verso y la parte de tres pies se hubiesen apartado, dejando tras el segundo pie un intervalo lleno de música. Mientras escuchaba estos versos huecos, esta articulación gutural y sollozante:

*¡Oh, no digas que tu vida ahora es sombría,  
y no llames medio muerto a un carcelero!  
Ante mí la Noche es abismal y fría.  
Ante ti hay los brazos del Amor abiertos.  
Sé que para ti hay otro más amado,  
apiadarte y esperarme ahora te irrita.  
¡Oh, ten paciencia! Mi fin ya está cercano,  
¡Que el Destino acabe lo que empezó el  
Destino!*

Chernyshevski no podía sustraerse al pensamiento de que su esposa no debía apresurarse a engañarle: no podía dejar de identificar la proximidad del fin con la sombra de la prisión, que ya se abatía sobre él. Y esto no era todo: resultaba evidente que esta conexión también la intuía —no en el sentido racional, sino en el órfico— el poeta que escribió estos versos, porque es precisamente su

ritmo («¡Oh, no digas!») lo que halló un eco de extraña calidad obsesionante en el poema que escribió después sobre Chernyshevski:

*¡Oh, no digas que ha olvidado la cautela,  
él mismo es culpable de su propio  
Destino...!*

Por esto, los sonidos de Nekrasov le agradaban a Chernyshevski; es decir, daba la casualidad de que satisfacían aquella estética elemental que siempre confundió con su propio sentimentalismo circunstancial. Después de describir un gran círculo, de contemplar muchas cuestiones referentes a la actitud de Chernyshevski hacia diversas ramas del conocimiento, y sin haber estropeado ni por un momento la suavidad de nuestra curva, hemos vuelto ahora con fuerza renovada a su filosofía del arte. Ha llegado la hora de resumirla.

Como el resto de nuestros críticos radicales, con su debilidad por las victorias fáciles, se abstenía de

dedicar cumplidos lisonjeros a las damas escritoras, y flagelaba con energía a Evdokia Rastopchin o Avdotia Glinka. «Una jerga incorrecta y descuidada» (como lo expresa Pushkin) le dejaba indiferente. Tanto él como Dobrolyubov desollaban con deleite a las coquetas literarias —pero en la vida real... Bueno, contemplan lo que hicieron con ellos, miren cómo les retorcieron y torturaron con alegres carcajadas (así ríen las ninfas acuáticas en los ríos que fluyen cerca de las ermitas y otros lugares de salvación) las hijas del doctor Vasiliev.

Sus gustos eran eminentemente sólidos. Hugo le dejaba *epaté*. Le impresionaba Swinburne (lo cual, pensándolo bien, no es nada extraño). En la lista de libros que leyó en la fortaleza, el nombre de Flaubert está escrito con una «o» —y, de hecho, le colocó debajo de Sacher-Masoch y Spielhagen. Le gustaba Béranger del mismo modo que gustaba al francés corriente y moliente. «Por favor —exclama Steklov—, ¿quién dice que este hombre no era

poético? ¿Acaso ignoran que declamaba a Béranger y Ryleyev con lágrimas de arrobamiento?». Sus gustos no se congelaron hasta llegar a Siberia —y por una extraña delicadeza del destino histórico, Rusia no produjo durante los veinte años de su exilio un solo escritor genuino (hasta Chejov) cuyos comienzos no hubiera visto él mismo durante el período activo de su vida. Por conversaciones sostenidas con él en Astracán resulta aparente que:

«Sí, señor, es el título de conde lo que me hizo considerar a Tolstoi “un gran escritor de la nación rusa”»; y cuando visitantes fastidiosos le preguntaban quién era a su juicio el mejor escritor viviente, nombraba a una completa nulidad: Maxim Belinski.

En su juventud anotó en su diario: «La literatura política es la más elevada». Durante los años cincuenta, en una larga discusión sobre Belinski (Vissarion, claro), algo que el gobierno desaprobaba, le abonó diciendo que «la literatura

tiene que ser la doncella de una u otra tendencia ideológica», y que los escritores «incapaces de sentir simpatía por lo que se está consiguiendo a nuestro alrededor por la fuerza del movimiento histórico... nunca, en ninguna circunstancia, producirán nada grande», porque «la historia no conoce ninguna obra de arte que haya sido creada exclusivamente por la idea de la belleza». En los años cuarenta Belinski mantuvo que «se puede incluir sin reservas a George Sand en la lista de poetas europeos (en el sentido alemán de *Dichter*), mientras que la yuxtaposición del nombre de Gogol con los de Homero y Shakespeare ofende tanto a la decencia como al sentido común», y que «no sólo Cervantes, Walter Scott y Cooper, como artistas, sino también Swift, Sterne, Voltaire y Rousseau tienen una importancia incomparable e inconmensurablemente mayor en toda la historia de la literatura que Gogol». Belinski fue secundado tres décadas más tarde por Chernyshevski (cierto que

cuando George Sand ya había ascendido a la buhardilla, y Cooper descendido al cuarto de los niños), quien dijo que «Gogol es una figura menor en comparación, por ejemplo, con Dickens, Fielding o Sterne».

¡Pobre Gogol! Su exclamación (como la de Pushkin), «¡*Rus!*», es repetida de buen grado por los hombres de los años sesenta, pero ahora la troica necesita carreteras pavimentadas, porque incluso la *toska* (nostalgia) rusa se ha hecho utilitaria. ¡Pobre Gogol! Estimando al seminarista en el crítico Nadeshdin (que solía escribir «literatura» con tres «t»), Chernyshevski consideraba que su influencia sobre Gogol habría sido más beneficiosa que la de Pushkin, y lamentaba que Gogol no supiera qué eran los principios. ¡Pobre Gogol! Incluso aquel bufón sombrío del padre Matvey le había implorado que renunciara a Pushkin...

Lermontov salió mejor parado. Su prosa arrancó a Belinski (que tenía debilidad por las conquistas de



la tecnología) la sorprendente y encantadora comparación de Pechorin a una máquina de vapor, que aplasta a todos los imprudentes que se ponen al alcance de sus ruedas. Los intelectuales de la clase media descubrieron en su poesía algo de la vena socio-lírica que más adelante se llamó «nadsonismo». En este sentido, Lermontov fue el primer Nadson de la literatura rusa. El ritmo, el tono, el idioma diluido en lágrimas del verso «cívico», incluido aquello de «como víctimas caísteis en el fatídico debate» (la famosa canción revolucionaria de los primeros años de nuestro siglo), todo esto se remonta a versos de Lermontov del estilo de éstos:

*¡Adiós, amado compañero nuestro!*

*¡Ay, qué breve fue tu estancia en la tierra,  
cantor de ojos azules!*

*Has merecido una sencilla cruz de madera,  
y con nosotros vivirá tu recuerdo para*

*siempre...*

La verdadera magia de Lermontov, las sutiles perspectivas de su poesía, su pintoresquismo paradisiaco y el tañido transparente de lo celestial en su verso húmedo —esto, naturalmente, era del todo inaccesible para la comprensión de hombres del temple de Chernyshevski.

Ahora nos estamos acercando a su punto más vulnerable; porque desde hace mucho tiempo se acostumbra a medir el grado de aptitud, inteligencia y talento de un crítico ruso por el rasero de su actitud hacia Pushkin. Y así seguirá haciéndose hasta que la crítica literaria rusa deseche sus libros de texto sociológicos, religiosos, filosóficos y otros, que sólo ayudan a la mediocridad a admirarse a sí misma. Sólo entonces seréis libres de decir lo que se os antoje: entonces podréis criticar a Pushkin por cualquier traición de su exigente musa y al mismo tiempo preservar vuestro talento y vuestro honor. Reprochadle que haya permitido a un hexámetro

introducirse en los pentámetros de *Boris Godunov* (escena novena), cometido un error métrico en la línea vigésimo primera de «El banquete durante la plaga», repetido la frase «cada minuto» (*pominutno*) cinco veces en dieciséis versos en «La ventisca», pero, por el amor de Dios, detened esta cháchara insustancial.

Strannolyubski compara con sagacidad las opiniones críticas de los años sesenta referentes a Pushkin con la actitud hacia él, tres décadas antes, del jefe de policía conde Benckendorff o la del director de la tercera sección, Von Fock. En verdad, la mayor alabanza de Chernyshevski a un escritor, como la del soberano Nicolás I o del radical Belinski, era: *sensato*. Cuando Chernyshevski o Pisarev calificaban la poesía de Pushkin de «hojarasca y lujo», se limitaban a repetir a Tolmachyov, autor de Elocuencia militar, que en los años treinta había tildado a la misma de: «bagatelas y burbujas». Cuando Chernyshevski dijo que Pushkin

era «sólo un mediocre imitador de Byron», reprodujo con monstruosa exactitud la definición del conde Vorontsov (jefe de Pushkin en Odesa): «Un mediocre imitador de Lord Byron». La idea favorita de Dobrolyubov de que «Pushkin carecía de una educación sólida y profunda» va de la mano de la observación de Vorontsov: «No se puede ser un poeta auténtico sin trabajar constantemente para ampliar los propios conocimientos, y los suyos son insuficientes». «Para ser un genio no basta con haber fabricado *Eugenio Onegin*», escribió el progresista Nadeshdin, comparando a Pushkin con un sastre, con un inventor de estilos de chaleco, concertando así un pacto intelectual con el reaccionario conde Uvarov, ministro de Educación, quien observó con motivo de la muerte de Pushkin: «Escribir coplas no significa hacer una gran carrera».

Chernyshevski equiparaba al genio con el sentido común. Si Pushkin era un genio, se preguntaba, perplejo, ¿cómo había que interpretar la

profusión de correcciones en sus borradores? Se puede comprender cierto «pulido» de una copia en limpio, pero esto era el trabajo en sucio. Tendría que fluir sin esfuerzo, ya que el sentido común habla inmediatamente, pues sabe lo que quiere decir. Además, como persona ridículamente ajena a la creación artística, suponía que el «pulido» tenía lugar sobre el papel, mientras el «verdadero trabajo» —es decir, «la tarea de formar el plan general»— ocurría «en la mente» —otro signo de aquel peligroso dualismo, de aquella hendidura en su «materialismo», de la que más de una serpiente habría de salir para morderle durante su vida. La originalidad de Pushkin le daba miedo. «Las obras poéticas son buenas cuando todos (la cursiva es mía) dicen después de leerlas: sí, esto no sólo es verosímil, sino que no podría ser de otro modo, porque siempre ha sido así».

Pushkin no figura en la lista de libros enviados a Chernyshevski a la fortaleza, y no es extraño: pese a

los servicios de Pushkin («inventó la poesía rusa y enseñó a la sociedad a leerla» —dos afirmaciones completamente falsas), era ante todo un escritor de breves e ingeniosos versos sobre los pequeños pies femeninos —y «pies pequeños», en la entonación de los años sesenta— cuando toda la naturaleza había sido entregada al prosaísmo: *travka* (diminutivo de «hierba») y *pichushki* («pajarito») —tenía un significado muy diferente de los «petits pieds» de Pushkin, algo que ahora estaba más cerca del empalagoso «*Füsschen*». Le asombraba en especial (como también a Belinski) que Pushkin se volviera tan «reservado» hacia el final de su vida. «Se terminaron aquellas amistosas relaciones cuyo monumento sigue siendo el poema “Arion”», explica Chernyshevski como de paso, pero esta referencia casual al tema prohibido del decembrismo rebosaba de significado sagrado para el lector de *El Contemporáneo* (a quien de pronto imaginamos mordiendo distraída y ávidamente una manzana—

transfiriendo a ella su hambre de lectura, para volver en seguida a comer las palabras con los ojos). Por consiguiente, Nikolai Gavrilovich debió irritarse bastante por una indicación escénica en la penúltima escena de *Boris Godunov*, indicación que se le antojaba una alusión taimada y una usurpación de laureles cívicos poco merecidos por el autor de tan «vulgares bobadas» (véanse las observaciones de Chernyshevski acerca del poema «Estambul es ahora loado por los cristianos»): «Pushkin llega rodeado por el pueblo».

«Leyendo a los críticos más abusivos —escribió Pushkin durante un otoño en Boldino—, les encuentro tan divertidos que no comprendo cómo pude enfadarme con ellos; creo que si quisiera burlarme de ellos, no se me ocurriría nada mejor que reimprimirlos sin el menor comentario». Es curioso que Chernyshevski hiciera exactamente lo mismo con el artículo del profesor Yurkevich: ¡grotesca repetición! Y ahora «una rotatoria mota de polvo ha

quedado atrapada en un rayo de luz de Pushkin, que ha penetrado por entre las celosías del pensamiento crítico ruso», para usar la cáustica metáfora de Strannolyubski. Estamos pensando en la siguiente escala mágica del destino: en su diario de Saratov, Chernyshevski aplicó a sus galanteos dos versos de «Las noches egipcias» de Pushkin, citando pésimamente el segundo, con una deformación característica (en él, que carecía de oído): *«Yo (él) acepté el reto del deleite / como habría aceptado el reto de la guerra (en vez de “como aceptaría en tiempos de guerra / el reto de una salvaje batalla”)*. Por este “habría”, el destino —aliado de las musas (y él mismo un experto en modos condicionales), se vengó de él— ¡y con qué refinado disimulo en la evolución del castigo!».

¿Qué conexión pudo haber entre su malhadada cita y la observación de Chernyshevski diez años después (en 1862): «Si la gente pudiera anunciar todas sus ideas respecto a los asuntos públicos en...



asambleas, no habría necesidad de escribir artículos sobre ellas en las revistas»? Sin embargo, en este punto Némesis ya se está despertando. «En lugar de escribir, hablaríamos —continúa Chernyshevski—, y si estas ideas tuvieran que llegar a oídos de quienes no participaron en la asamblea, podría tomarlas un taquígrafo». Y la venganza se da a conocer: en Siberia, donde sus únicos oyentes eran las alondras y los yacuts, estaba obsesionado por la imagen de un «estrado» y una «sala de conferencias», donde era tan cómodo reunir a la gente y verla conmovida, porque, en fin de cuentas, él, como el repentista de Pushkin (el de «Las noches egipcias»), aunque peor versificador, había elegido como profesión —y más tarde como ideal irrealizable— variaciones sobre un tema determinado; en el mismo crepúsculo de su vida compone una obra en la cual encarna su sueño: desde Astracán, no mucho tiempo antes de su muerte, envía a Lavrov su «Veladas en casa de la princesa Starobelski» para la revista literaria Pensamiento

ruso (que no vio la posibilidad de publicarlo), y adjunta «Una Inserción» —dirigida directamente al tipógrafo:

En la parte donde dice que la gente ha pasado del, salón comedor al salón propiamente dicho, que ha sido dispuesto para que todos escuchen el cuento de hadas de Vyasovski, y donde hay una descripción del arreglo de la sala... la distribución de los taquígrafos de ambos sexos en dos mesas separadas no está indicada o lo está de modo poco satisfactorio. En mi borrador, esta parte dice así: «A ambos lados del estrado había dos mesas para los taquígrafos... Vyasovski fue hacia ellos, estrechó sus manos y estuvo charlando con ellos mientras el público ocupaba sus puestos». Las líneas de la copia corregida, cuyo sentido corresponde al pasaje citado de mi borrador, deben reemplazarse ahora por las líneas siguientes: «Los hombres, formando un marco apretado, estaban cerca del escenario y junto a las paredes, detrás de las últimas sillas; los músicos y

sus atriles ocupaban ambos lados del escenario... El repentista, saludado por aplausos ensordecedores que provenían de todas partes...».

Perdón, perdón, lo hemos mezclado todo — hemos tomado un extracto de «Las noches egipcias» de Pushkin. Reconstruyamos la situación: «Entre el estrado y el hemiciclo delantero de la sala (escribe Chernyshevski a un tipógrafo inexistente), un poco a la derecha y la izquierda de la plataforma, había dos mesas; en la de la izquierda, frente al estrado, si se miraba desde el centro de los hemiciclos...», etc., etc—, con muchas más palabras similares, ninguna de las cuales expresaba nada.

«Aquí hay un tema para usted —dijo Charski al repentista—. El propio poeta elige los temas de sus poemas; la multitud no tiene derecho a dirigir su inspiración».

Hemos recorrido mucho camino conducidos por el ímpetu y la revolución del tema de Pushkin en la

vida de Chernyshevski; mientras tanto, un nuevo personaje —cuyo nombre ya ha irrumpido una o dos veces con impaciencia en nuestra disertación— espera para hacer su entrada. Es el momento oportuno para su aparición —y aquí llega ya, con el abrigo de uniforme, muy abotonado, de cuello azul, del universitario, oliendo claramente a *chestnost'* («principio progresista»), desgarrado, de ojos diminutos y miopes y una escasa chorrera de Newport (aquella barbe en collier que parecía tan sintomática a Flaubert); ofrece su mano como una estocada; es decir, lanzándola hacia delante de un modo raro, con el pulgar hacia fuera, y se presenta con voz de bajo, confidencial y acatarrada: Dobrolyubov.

Chernyshevski recordó su primer encuentro (en verano de 1856) treinta años después (cuando también él escribía sobre Nekrasov) con su familiar riqueza de pormenores, ya esencialmente enfermizo e impotente, pero aún capaz, al parecer, de una

mente irreprochable en cuanto a sus transacciones con el tiempo. La amistad vinculó a estos dos hombres con una unión monogramática que cien siglos no podrían deshacer (por el contrario: su firmeza aumenta en la conciencia de la posteridad). Éste no es lugar para extendernos sobre las actividades literarias del más joven de los dos. Limitémonos a decir que era de una tosquedad grosera y una ingenuidad no menos vulgar; que en la revista satírica *El Silbato* se mofaba del distinguido doctor Pirogov mientras parodiaba a Lermontov (el uso de algunos poemas líricos de Lermontov como fundamento para bromas periodísticas acerca de personas y sucesos estaba, en general, tan extendido que a la larga se convirtió en una caricatura del mismo arte de la parodia); digamos asimismo, con palabras de Strannolyubski, que «gracias al ímpetu conferido por Dobrolyubov, la literatura bajó rodando por un plano inclinado, con el resultado inevitable de que cuando hubo llegado a cero, fue

puesta entre comillas: el estudiante trajo algo de “literatura”» (refiriéndose a folletos de propaganda). ¿Qué más se puede añadir? ¿El humor de Dobrolyubov? ¡Oh, aquellos benditos tiempos en que «mosquito» era gracioso por sí mismo, un mosquito que se posaba en la nariz de alguien, doblemente gracioso, y un mosquito que volando llegaba hasta el interior de una oficina gubernamental y allí mordía a un funcionario hacía desternillar de risa a todos los oyentes!

Mucho más atractivo que la crítica obtusa y aburrida de Dobrolyubov (de hecho, esta pléyade de críticos radicales escribía con los pies) es el aspecto frívolo de su vida, esa deportividad febril y romántica que más adelante proporcionó a Chernyshevski el material para las «intrigas amorosas» de Levitski (en El prólogo). Dobrolyubov era extraordinariamente propenso a enamorarse (aquí le vemos jugando con asiduidad a durachki, sencillo juego de cartas, con un general

muy condecorado a cuya hija está haciendo la corte). Tenía una chica alemana en Staraya Russa, vínculo fuerte y oneroso. Chernyshevski le impedía en toda la extensión de la palabra estas visitas inmorales: forcejeaban entre sí durante mucho rato, hasta quedar exhaustos y sudorosos —rodaban por el suelo, chocaban con los muebles—, y sin decir palabra, su jadeo era lo único que se oía; entonces, tropezando el uno contra el otro, empezaban a buscar sus gafas debajo de las sillas que habían derribado. A principios de 1859 llegó a oídos de Chernyshevski el rumor de que Dobrolyubov (igual que d'Anthés), con objeto de ocultar su «intriga» con Olga Sokratovna, pretendía casarse con la hermana de ésta (que ya tenía novio). Las dos mujeres hacían objeto a Dobrolyubov de bromas muy pesadas; le llevaban a bailes de máscaras disfrazado de capuchino o vendedor de helados y Je confiaban todos sus secretos. Los paseos con Olga Sokratovna «le dejaban totalmente perplejo». «Sé que no voy a

ganar nada con esto —escribió a un amigo—, porque no tenemos ni una sola conversación en la cual ella deje de mencionar que aunque yo sea un buen hombre, soy demasiado torpe y casi repulsivo. Comprendo que además no debería intentar ningún provecho, ya que, en cualquier caso, siento más afecto por Nikolai Gavrilovich que por ella. Pero me resulta imposible dejarla en paz». Cuando oyó el rumor, Nikolai Gavrilovich, que no se hacía ilusiones respecto a la moral de su esposa, sintió pese a ello cierto resentimiento: la traición era doble; entre él y Dobrolyubov hubo una explicación franca y poco después embarcó para Londres con el propósito de «apalear a Herzen» (como dijo posteriormente) es decir, propinarle una buena reprimenda por sus ataques contra aquel mismo Dobrolyubov en el Kolokol (La campana), periódico liberal publicado en el extranjero, pero de opiniones menos radicales que el endémico *El Contemporáneo*.



Sin embargo, el objeto de este encuentro no se limitó tal vez a interceder por su amigo: Chernyshevski (en especial después, en relación con su muerte) manejó con mucha habilidad el nombre de Dobrolyubov «como una cuestión de táctica revolucionaria». Según ciertos rumores del pasado, su principal objeto al visitar a Herzen era discutir la publicación en el extranjero de *El Contemporáneo*: todo el mundo tenía el presentimiento de que no tardarían en cerrarlo. Pero, en general, este viaje está rodeado de tanto misterio y ha dejado tan pocas huellas en los escritos de Chernyshevski que uno casi preferiría, pese a los hechos, considerarlo apócrifo. Él, que siempre se había interesado por Inglaterra, alimentado su alma con Dickens y su mente con el *Times* —¡con qué avidez debió absorberla, cuántas impresiones debió acumular, con qué insistencia habría vuelto más tarde a su memoria! La realidad es que Chernyshevski nunca hablaba de su viaje y siempre que alguien le

presionaba, respondía con brevedad: «Bueno, no hay nada que contar— había niebla, el barco se balanceó, ¿qué más puede haber?». Así, la propia vida (como muchas otras veces) refutó su axioma: «El objeto tangible actúa con mucha más fuerza que el concepto abstracto del mismo».

Sea como fuere, el 26 de junio (¿Nuevo Estilo?) de 1859, Chernyshevski llegó a Londres (todo el mundo creía que estaba en Saratov) y permaneció allí hasta el día 30. Un rayo oblicuo perfora la niebla de estos cuatro días: madame Tuchkov-Ogaryov cruza un salón y sale a un jardín soleado: lleva en brazos a su hija de un año, vestida con una pequeña esclavina de encaje. En el salón (la acción tiene lugar en Putney, en casa de Herzen) Alexander Ivanovich pasea de arriba abajo (estos paseos interiores estaban muy de moda aquellos días) con un caballero de estatura mediana y rostro poco atractivo, «pero iluminado por una expresión maravillosa de abnegación y sumisión al destino»

(que con toda probabilidad fue una jugarreta de la memoria del biógrafo, quien recordaría aquel rostro a través del prisma de un destino ya cumplido). Herzen presentó a su compañero a la dama. Chernyshevski acarició los cabellos de la niña y dijo con su voz pausada: «Yo también tengo niños, pero apenas les veo». (Solía confundir los nombres de sus hijos: el pequeño Víctor estaba en Saratov, donde no tardó en morir, porque el destino de los niños no perdona tales fallos de la pluma, pero envió un beso al «pequeño Sasha», que ya había sido trasladado a San Petersburgo). «Di hola, danos la mano —dijo Herzen con rapidez, y en seguida contestó a algo que había mencionado Chernyshevski—: Sí, exactamente —ésa es la razón de que los enviaran a las minas de Siberia»; y madame Tuchkov salió flotando al jardín y el rayo oblicuo se extinguió para siempre. Diabetes y nefritis, además de tuberculosis, acabaron pronto con la vida de Dobrolyubov. Estaba moribundo a finales de otoño

de 1861; Chernyshevski le visitaba a diario y de allí se dirigía a sus asuntos de conspirador, asombrosamente bien ocultos de los espías de la policía. Se le suele considerar autor de la proclama «A los siervos de los terratenientes». «No se hablaba mucho», recuerda Shelgunov (que escribió otra proclama: «A los soldados»); y es evidente que ni siquiera Vladislav Kostomarov, impresor de estas soflamas, sabía con certeza si Chernyshevski era el autor. El estilo recuerda mucho el de los vulgares carteles del conde Rastopchin contra la invasión napoleónica: «De modo que éste es el resultado de esta libertad auténtica... Y que los tribunales sean justos y todos iguales ante la justicia... ¿Qué sentido tiene sofocar un alboroto en una sola aldea?». Si esto lo escribió Chernyshevski (a propósito, «bulga», «alboroto», es una palabra del Volga), desde luego, otro lo retocó.

Según una información procedente de la organización para la Libertad del Pueblo,

Chernyshevski sugirió a Sleptsov y sus amigos, en julio de 1861, que formaban una célula básica de cinco —el núcleo de una sociedad «clandestina»—. El sistema consistía en que cada miembro formase, a su vez su propia célula, conociendo así solamente a ocho personas. El centro era el único que conocía a todos los miembros. Sólo Chernyshevski los conocía a todos. Esta versión no parece libre de cierta estilización.

Pero, repitémoslo: era idealmente cauteloso. Tras los desórdenes estudiantiles de octubre de 1861, fue puesto bajo vigilancia permanente, pero el trabajo de los agentes no se distinguió por su sutileza: la cocinera de Nikolai Gavrilovich era la mujer del portero de la casa: anciana alta, de mejillas encarnadas, que tenía un nombre algo inesperado: Musa. Sobornarla fue fácil —cinco rublos para café, al que era muy aficionada—. A cambio Musa solía proporcionar a la policía el contenido de la papelera de su amo.

Mientras tanto, el 17 de noviembre de 1861, a los veinticinco años de edad, murió Dobrolyubov. Fue enterrado en el cementerio Volkov «en un sencillo ataúd de roble» (en tales casos el ataúd es siempre sencillo), al lado de Belinski. «De pronto se adelantó un caballero enérgico y de rostro afeitado», recuerda un testigo (el aspecto de Chernyshevski aún no era conocido), y como había acudido poca gente, y esto le irritaba, empezó a hablar de ello con detallada ironía. Mientras hablaba, Olga Sokratovna se estremecía por los sollozos, apoyada en el brazo de uno de aquellos leales estudiantes que siempre la acompañaban; otro, además de su gorra de uniforme, sostenía la gorra de mapache del «jefe», quien, con el abrigo de piel desabrochado —pese al frío glacial—, sacó un cuaderno y empezó a leer con voz airada y didáctica las toscas y grises poesías de Dobrolyubov sobre los principios honrados y la muerte inminente; la escarcha blanca brillaba en los abedules; y un poco apartado, junto a la temblorosa

madre de uno de los sepultureros, con botas nuevas de fieltro y lleno de humildad, se encontraba un agente de la policía secreta. «No —concluyó Chernyshevski—, no estamos aquí para hablar del hecho de que la censura, al hacer trizas sus artículos, provocó en Dobrolyubov una enfermedad de riñón. Para su gloria, hizo lo suficiente. Ya no le quedaban motivos para seguir viviendo. A los hombres de su temple y sus aspiraciones, la vida sólo puede ofrecer dolores y aflicción. Los principios honrados fueron su enfermedad fatal», y señalando con el cuaderno enrollado el lugar adyacente y vacío del otro lado de la tumba, Chernyshevski exclamó: «¡No hay ningún hombre en Rusia digno de ocupar esa sepultura!» (Lo había: Pisarev la ocupó poco después).

Es difícil sustraerse a la impresión de que Chernyshevski, que en su juventud había soñado con ser el dirigente de un levantamiento nacional, se deleitaba ahora en el aire enrarecido del peligro que

le acechaba. Adquirió esta significación en la vida secreta de su patria de una manera inevitable, por un acuerdo con su época, por un parecido de familia del cual él mismo tenía conciencia. Parecía que ahora sólo necesitaba un día, una hora de suerte en el juego de la historia, un momento de unión apasionada entre la casualidad y el destino, para elevarse muy alto. Se esperaba una revolución en 1863, y en el gabinete del futuro gobierno constitucional, él figuraba como primer ministro. ¡Cómo alimentaba aquel precioso ardor que crepitaba dentro de él! Aquel «algo» misterioso del que habla Steklov a pesar de su marxismo, y que se extinguió en Siberia (aunque quedó la «cultura» y la «lógica» e incluso lo «implacable»), existía sin duda alguna en Chernyshevski y se manifestó con insólita energía poco antes de su exilio a Siberia. Magnético y peligroso, era esto lo que asustaba al gobierno, mucho más que cualquier proclamación. «Esta pandilla demente tiene sed de sangre, de atrocidades



—decían, con excitación, los informes—. Librémonos de Chernyshevski...».

«Desolación... Solitarias cordilleras... Multitud de lagos y pantanos... Escasez de las cosas más esenciales... administradores ineptos... (todo esto) agota incluso la paciencia del genio». (Esto es lo que copió, para *El Contemporáneo*, del libro del geógrafo Selski sobre la provincia de Yakutsk — pensando en ciertas cosas, suponiendo ciertas cosas — tal vez por un presentimiento).

En Rusia, el departamento de censura nació antes que la literatura; su fatídica prioridad ha sido siempre evidente: ¡y qué gran impulso era darle un pellizco retorcido! Las actividades de Chernyshevski en *El Contemporáneo* se convirtieron en una burla voluptuosa de la censura, que era sin discusión una de nuestras instituciones más notables. Y precisamente entonces, en un momento en que las autoridades temían, por ejemplo, que «en las notas musicales se ocultaran escritos antigubernamentales

en clave» (y por ello emplearon a expertos muy bien pagados para descifrarlos), Chernyshevski estaba divulgando frenéticamente a Feuerbach en su revista, bajo la pantalla de un elaborado tono bufonesco. Siempre que, en artículos sobre Garibaldi o Cavour (uno rehuye contar los kilómetros de letra pequeña que este hombre infatigable tradujo del *Times*), en sus comentarios sobre sucesos en Italia, añadía entre paréntesis, con machacona insistencia, a casi cada frase: «Italia», «en Italia», «Estoy hablando de Italia» —el ya corrompido lector sabía que se estaba refiriendo a Rusia y la cuestión campesina. O bien: Chernyshevski fingía que charlaba de lo primero que le venía a las mientes, sólo para distraerse con una cháchara incoherente y vacía— y de improvviso, rayada y moteada con palabras, vestida con un camuflaje verbal, la idea importante que deseaba comunicar se deslizaba entre la hojarasca. Después, toda la gama de estas «payasadas» fue relacionada cuidadosamente por

Vladimir Kostomarov para información de la policía secreta; trabajo vil, pero que en esencia proporcionaba una imagen verdadera de los «planes especiales de Chernyshevski».

Otro Kostomarov, profesor éste, dice en alguna parte que Chernyshevski era un excelente jugador de ajedrez. En realidad, ni Kostomarov ni Chernyshevski sabían mucho de este juego. Es cierto que Nikolai Gavrilovich compró un ajedrez en su juventud, intentó incluso estudiar un manual, logró aprender más o menos los movimientos de las piezas y se ocupó de ello durante bastante tiempo (ocupación que anotó muy detalladamente); al final, cansado de este inútil pasatiempo, regaló ajedrez y manual a un amigo. Quince años después (al recordar que Lessing había conocido a Mendelssohn ante un tablero) fundó el Club de Ajedrez de San Petersburgo, que se inauguró en enero de 1862, existió hasta finales de la primavera, se desintegraba gradualmente y hubiera desaparecido por sí mismo

de no haber sido cerrado en relación con los «incendios de San Petersburgo». Se trataba simplemente de un círculo literario y político situado en la llamada Casa Ruadze. Chernyshevski llegaba y se sentaba ante una mesa, la golpeaba con una torre (que él llamaba «castillo») y relataba anécdotas inocuas. El radical Serno-Solovievich hacía su aparición (ésta es una pincelada turgueneviana) y entablaba una conversación con alguien en un rincón apartado. Estaba casi vacío. La fraternidad alcohólica —los mediocres escritores Pomyalovski, Kurochkin y Krol— vociferaba en el bar. Por cierto, que el primero de ellos predicaba un poco por su cuenta, promoviendo la idea de un trabajo literario en común. «Organicemos —decía— una sociedad de obreros-escritores que investiguen diversos aspectos de nuestra vida social, tales como: mendigos, camiseros, faroleros, bomberos, y después publiquemos todo este material en una revista especializada». Chernyshevski se burló de él

y corrió un necio rumor sobre ello, de que Pomyalovski «le había puesto verde». «Todo son mentiras, le respeto demasiado para hacer una cosa así», le escribió Pomyalovski.

En una gran sala de conferencias situada en la misma Casa Ruadze tuvo lugar, el 2 de marzo de 1862, la primera alocución pública de Chernyshevski (si exceptuamos la defensa de su tesis doctoral y el discurso fúnebre entre la escarcha). Oficialmente, los ingresos de la velada se repartirían entre los estudiantes necesitados; pero de hecho se trataba de ayudar a los prisioneros políticos Mijailov y Obruchev, arrestados recientemente. Rubinstein interpretó con brillantez una marcha en extremo incitante. El profesor Pavlov habló del milenio de Rusia —y añadió ambiguamente que si el gobierno se detenía en el primer paso (la emancipación de los campesinos), «se detendría al borde de un abismo— que oyeran los que tenían oídos». (Le oyeron; fue expulsado

inmediatamente). Nekrasov leyó unos versos mediocres, pero «llenos de fuerza», dedicados a la memoria de Dobrolyubov, y Kurochkin leyó una traducción de «El pajarito» de Béranger (la languidez del cautivo y el arrebató de la súbita libertad); la alocución de Chernyshevski versó también sobre Dobrolyubov. Saludado con un aplauso general (la juventud de aquellos días aplaudía con las palmas ahuecadas, por lo que el resultado se parecía a una salva de cañón), permaneció un rato sonriendo y parpadeando. Por desgracia, su aspecto no agradó a las damas que esperaban con avidez al tribuno —cuyo retrato era imposible de obtener. Dijeron que tenía un rostro poco interesante y llevaba el pelo cortado a la moujik, y por alguna razón no vestía frac sino una chaqueta corta con trencillas y una horrible corbata — «una catástrofe en color» (Olga Ryshkov, Una mujer de los años sesenta: *Memorias*). Además, se presentó muy poco preparado, la oratoria era nueva

para él, y al tratar de ocultar su agitación adoptó un tono de conversación que se antojó demasiado modesto a sus amigos y demasiado familiar a sus detractores. Empezó hablando sobre su cartera (de la que extrajo un cuaderno de notas), y manifestó que su detalle más notable era la cerradura, provista de una pequeña rueda dentada: «Miren, se le da una vuelta y la cartera queda cerrada, y si se desea cerrarla con seguridad todavía mayor, se hace girar en sentido inverso y la rueda se desprende y puede guardarse en el bolsillo, y en el lugar que ocupaba hay arabescos tallados; muy bonito, pero que muy bonito». Entonces, con voz alta y edificante empezó a leer un artículo de Dobrolyubov que todo el mundo conocía, pero de repente se interrumpió y (como en las digresiones del autor en *¿Qué hacer?*), en tono íntimo y confidencial se puso a explicar con gran lujo de detalles que él no había sido el guía de Dobrolyubov; mientras hablaba, jugaba sin cesar con la cadena del reloj —algo que se grabó en las

mentes de todos los biógrafos y suministraría un tema a los periodistas burlones; pero, pensándolo bien, tal vez jugaba con el reloj porque ya le quedaba muy poco tiempo (¡sólo cuatro meses!). Su tono de voz, «négligé con espíritu», como solían decir en el seminario, y la completa ausencia de insinuaciones revolucionarias molestó a su auditorio; no tuvo ningún éxito, mientras Pavlov fue casi llevado en hombros. El biógrafo Nikoladze observa que en cuanto Pavlov fue desterrado de San Petersburgo, la gente comprendió y apreció la cautela de Chernyshevski; éste, en cambio, cuando estaba en el yermo siberiano, donde a veces se le aparecía en sueños febriles un auditorio ávido y atento, lamentó profundamente aquel discurso insulso, aquel fracaso, y se reprochaba a sí mismo no haberse valido de aquella oportunidad única (¡puesto que de todos modos ya estaba condenado!) para pronunciar desde aquel estrado de la Sala Ruadze una alocución fogosa y enérgica, la misma



que con toda probabilidad pronunciaría el héroe de su novela cuando, a su regreso a la libertad, tomara un *droski* y gritara al conductor: «¡A las Galerías!».

Los acontecimientos se sucedieron con mucha rapidez aquella ventosa primavera. Se declararon incendios aquí y allí. Y de pronto —contra este telón de fondo negro y anaranjado—, una visión. Corriendo con el sombrero en la mano, Dostoyevski pasa como una exhalación: ¿a dónde?

El lunes de Pentecostés (28 de mayo de 1862) sopla un fuerte viento; una conflagración se ha iniciado en la Ligovka y luego los incendiarios prenden fuego al Palacio Apraxin. Dostoyevski corre, los bomberos galopan «y al pasar se reflejan cabeza abajo en los globos polícromos de los escaparates de las farmacias» (como lo vio Nekrasov). Y más allá, espesas oleadas de humo sobre el canal Fontanka se mueven en dirección a la calle Chernyshyov, donde no tarda en elevarse una nueva columna negra... Mientras tanto, Dostoyevski

ya ha llegado. Ha llegado al corazón de la negrura, a casa de Chernyshevski, a quien suplica históricamente que ponga fin a todo esto. Aquí hay dos aspectos interesantes: la fe en los poderes satánicos de Nikolai Gavrilovich y los rumores de que los incendios provocados se llevan a cabo de acuerdo con el mismo plan elaborado por los Petrashevskian, nada menos que en 1849.

Agentes secretos, en tonos que tampoco carecían de horror místico, informaron de que durante la noche, en el momento cumbre del desastre, «se oyeron carcajadas procedentes de la ventana de Chernyshevski». La policía le había dotado de una habilidad demoníaca y olía un truco en cada uno de sus movimientos. La familia de Niolai Gavrilovich se fue a pasar el verano a Pavlovsk, a pocos kilómetros de San Petersburgo, y allí, pocos días después de los incendios, el 10 de junio para ser exactos (crepúsculo, mosquitos, música), un tal Lyubetski, mayor ayudante del regimiento de ulanos

de la guardia, hombre apuesto, de nombre dulce como un beso, se fijó al salir del coche en dos mujeres que andaban dando brincos como dos locas, y tomándolas en la sencillez de su corazón por dos jóvenes Camelias (mujeres de vida fácil), «intentó agarrarlas a ambas por la cintura». Los cuatro estudiantes que las acompañaban, le rodearon y amenazaron con un justo castigo, ya que, dijeron, una de las damas era la esposa del escritor Chernyshevski y la otra, su cuñada. ¿Cuál es la intención del marido, en opinión de la policía? Intenta llevar el caso ante el tribunal de la asociación de oficiales —no por consideraciones de honor sino simplemente con el propósito clandestino de enfrentar a los militares y los universitarios. El 5 de julio tuvo que visitar el Departamento de la Policía Secreta en relación con su denuncia. Potapov, el jefe, rechazó su petición, pues, según la información de que disponía, el ulano estaba dispuesto a pedir disculpas. Chernyshevski renunció

a sus reclamaciones y, cambiando de tema, preguntó: «Dígame, el otro día envié a mi familia a Saratov y estoy a punto de reunirme con ellos para descansar (ya habían clausurado *El Contemporáneo*); pero si debiera llevar a mi esposa a un balneario del extranjero —verá usted, padece dolores nerviosos—, ¿podría yo marcharme sin impedimentos?». «Claro que sí», contestó Potapov de buen humor; y dos días después tuvo lugar el arresto.

A todo esto le precedió el siguiente suceso: en Londres acaba de inaugurarse una «exposición universal» (el siglo XIX tuvo una insólita afición a exhibir su riqueza —legado abundante y de mal gusto que el siglo actual ha derrochado); allí se han congregado turistas y comerciantes, corresponsales y espías; un día, durante un enorme banquete, Herzen, haciendo gala de una repentina imprudencia, entregó, a la vista de todo el mundo, a un tal Vetoshnikov, que se preparaba para volver a Rusia, una carta dirigida al periodista radical Serno-Solovievich, a quien se

pedía que llamase la atención de Chernyshevski hacia el anuncio aparecido en La Campana en relación con su buena disposición a publicar *El Contemporáneo* en el extranjero. Los ágiles pies del mensajero apenas habían tenido tiempo de pisar las arenas rusas cuando fue detenido. Chernyshevski vivía entonces cerca de la iglesia de San Vladimir (más tarde también definió sus direcciones de Astracán por su proximidad a este o aquel edificio sagrado), en una casa donde antes viviera Muravyov (más tarde ministro del gabinete), a quien había descrito con tan impotente odio en *El prólogo*. El 7 de julio fueron a verle dos amigos: el doctor Bokov (quien posteriormente solía enviarle consejos médicos al exilio) y Antonovich (miembro de «País y Libertad», quien, pese a su estrecha amistad con Chernyshevski, no sospechaba que éste tenía conexiones con dicha sociedad). Se encontraban en el salón, donde poco después se les unió el coronel Rakeev, oficial de policía uniformado de negro,

robusto, de perfil desagradable y feroz. Se sentó con la actitud de un invitado; en realidad, había venido a arrestar a Chernyshevski. Una vez más, pautas históricas entran en aquel extraño contacto «que estremece al jugador que pueda haber en los historiadores» (*Strannolyubski*): se trataba del mismo Rakeev que, como personificación de la despreciable cobardía del gobierno, había sacado a hurtadillas de la capital el ataúd de Pushkin para enviarlo a un destierro póstumo. Después de charlar unos minutos para guardar las apariencias, Rakeev informó a Chernyshevski con una sonrisa cortés (que «provocó escalofríos» en el doctor Bokov) de que le gustaría hablar con él a solas. «En tal caso, vamos a mi estudio», contestó Chernyshevski y se dirigió a él con tanta precipitación que Rakeev, si bien no del todo desconcertado —tenía demasiada experiencia para ello—, no consideró posible, en su papel de invitado, seguirle con la misma rapidez. Pero Chernyshevski volvió inmediatamente, y la nuez de

la garganta se le movía de modo convulsivo mientras tragaba algo con un poco de té frío (tragó papeles, según la siniestra suposición de Antonovich), y, mirando por encima de las gafas, cedió el paso al visitante. Sus amigos, a falta de algo mejor que hacer (esperar en el salón, donde la mayoría de los muebles estaban cubiertos por fundas, se antojaba demasiado triste), salieron a dar un paseo («No puede ser... no puedo creerlo»), no dejaba de repetir Bokov), y cuando volvieron a la casa, la cuarta de la cañe Bolshoi Moskovski, se alarmaron al ver ahora frente a la puerta —en una especie de espera humilde, y por ello aún más repugnante— un carruaje celular. Primero entró Bokov a despedirse de Chernyshevski, y después Antonovich. Nikolai Gavrilovich estaba sentado ante su mesa, jugando con unas tijeras, mientras el coronel se hallaba a su lado, con una pierna sobre la otra; charlaban —todavía para salvar las apariencias— sobre las ventajas de Pavlovsk en comparación con otras

áreas de vacaciones. «Y además, la gente que va allí es estupenda», decía el coronel con una tos silenciosa.

—¡Cómo! ¿Tú también te vas sin esperarme? —inquirió Chernyshevski, volviéndose hacia su apóstol.

—Por desgracia, tengo que... —repuso Antonovich con gran confusión.

—Muy bien, adiós, entonces —dijo Nikolai Gavrilovich en un jocosos tono de voz, y, levantando mucho la mano, la bajó con rapidez y agarró la de Antonovich: un tipo de despedida entre camaradas que después adoptaron muchos de los revolucionarios rusos.

«¡Así pues —exclama Strannolyubski al principio del mejor capítulo de su incomparable monografía—, Chernyshevski ha sido arrestado!». Aquella noche la noticia de la detención vuela por toda la ciudad. Muchos corazones rebosan de



indignación. Muchos puños se cierran con fuerza... Pero hubo bastantes que sintieron un placer maligno: «Ajá, ya han encerrado a ese rufián, ya nos hemos librado de ese descarado patán y sus aullidos», como dijo la novelista (algo chiflada, de todos modos, Kojanovski. En seguida, Strannolyubski hace una notable descripción del complejo trabajo que debieron realizar las autoridades a fin de inventar pruebas «que tenía que haber y no había», pues la situación era muy curiosa: no podían agarrarse a nada, en términos jurídicos, por lo que hubo que elevar un andamiaje para que la ley trepase por él e iniciara su trabajo. Laboraron con «cantidades falsas», al suponer que podrían eliminar todas las falsedades cuando el vacío abarcado por la ley estuviera lleno de algo real. El caso ideado contra Chernyshevski era un fantasma; pero era el fantasma de una culpa genuina; y después —desde fuera, artificialmente, por una ruta tortuosa— consiguieron encontrar cierta solución al problema que casi

coincidía con la verdadera.

Tenemos tres puntos: C, K, P. Se dibuja un cateto, CK. Para dar realce a Chernyshevski las autoridades eligieron a un corneta ulano retirado, Vladislav Dmitrievich Kostomarov, quien el pasado agosto había sido degradado a soldado raso por imprimir publicaciones subversivas —hombre algo loco y con una pizca de pechorinismo que, además, escribía versos: dejó una huella de escolopendra en la literatura como traductor de poetas extranjeros. Se dibuja otro cateto, KP. El crítico Pisarev escribe sobre estas traducciones en el periódico *La palabra rusa*: reprende al autor por «El fulgor de la magnífica tiara, como un faro» (de Hugo), alaba su versión «sencilla y sentida» de algunos versos de Burns (que rezaban así: *«Y ante todo, ante todo / Que los hombres sean honrados / roguemos para que sean entre sí / hermanos ante todo...»*, etcétera), y en relación con el informe de Kostomarov a sus lectores de que Heine había

muerto impenitente, el crítico aconseja con picardía al denunciante que «eche una buena ojeada a sus propias actividades públicas». El trastorno mental de Kostomarov se pone de manifiesto en su florida grafomanía, en la insensata composición sonámbula (aunque sea hecha a medida) de ciertas cartas falsificadas, rebosantes de frases en francés; y, en fin, en su humor macabro: firmaba sus informes a Putilin (el detective): *Veo jan Otchenashenko (Teofanes Padrecitonuestro) o Ventseslav Lyutyty (Wenceslao El Fiero)*. Y era, en efecto, fiero en su taciturnidad, funesto y falso, jactancioso y servil. Dotado de curiosas habilidades, sabía escribir con caligrafía femenina, lo cual explicaba con el hecho de que «bajo la luna llena le visitaba el espíritu de la reina Tamara». La pluralidad de caligrafías que sabía imitar, además de la circunstancia (otra de las bromas del destino) de que su escritura normal recordaba la de Chernyshevski, incrementó considerablemente el valor de este traidor hipnótico.

Como prueba indirecta de que Chernyshevski había escrito la proclama «A los siervos de los terratenientes», la primera tarea que confiaron a Kostomarov fue fabricar una nota, supuestamente de Chernyshevski, que contuviera el encargo de alterar una palabra de la proclama; la segunda fue preparar una carta (a «Alexei Nikolayevich») que suministraría la prueba de la participación activa de Chernyshevski en el movimiento revolucionario. Tanto lo uno como lo otro Kostomarov lo confeccionó en un momento. La falsificación de la escritura es evidente: al principio su autor se esmeró, pero al parecer no tardó en encontrar tedioso el trabajo y lo continuó a toda prisa: tomemos como ejemplo la palabra «yo», ya (formada en escritura rusa de modo algo parecido al dele de un corrector de galeradas). En los manuscritos auténticos de Shernyshevski termina con una trazo hacia fuera, recto y enérgico— e incluso se curva un poco hacia la derecha—, mientras que en la

falsificación este trazo se curva con una especie de extraño garbo hacia la izquierda superior, como si él ya estuviera saludando militarmente.

Durante estos preparativos, Nikolai Gavrilovich permaneció encerrado en el revellín Alekseyevski de la Fortaleza de Pedro y Pablo, muy cercano a Pisarev, que tenía veintiún años y había sido encarcelado cuatro días antes que él: ya está dibujada la hipotenusa, CP, y el fatídico triángulo CPK ha quedado consolidado. Al principio, la vida en la prisión no agobió a Chernyshevski; la ausencia de visitantes inoportunos parecía incluso placentera... pero el silencio de lo desconocido pronto empezó a exacerbarle. Una «profunda» estera se tragaba sin dejar huella los pasos de los centinelas que recorrían los pasillos... El único sonido procedente del exterior era el clásico carillón de un reloj, que vibraba largamente en los oídos... Era una vida cuya descripción exige a un escritor una abundancia de puntos suspensivos... Se

trataba de aquel maligno aislamiento ruso del que procedía el sueño ruso de una multitud benigna. Levantando una esquina de la cortina de bayeta verde, el centinela podía mirar al prisionero por la mirilla de la puerta; éste se hallaba sentado en su catre de madera verde o en una silla también verde, vestido con una bata de paño y una gorra de visera —estaba permitido llevar el propio tocado siempre que no fuera un sombrero de copa—, lo cual habla a favor del sentido de la armonía del gobierno pero crea, por la ley de los negativos, una imagen bastante tenaz (en cuanto a Pisarev, se cubría con un fez). También le permitían una pluma de ganso, y podía escribir sobre una mesita verde provista de un cajón corredizo, «cuyo fondo, como el talón de Aquiles, no había sido pintado» (Strannolyubski).

Pasó el otoño. Un retoño de serbal crecía en el patio de la prisión. Al prisionero número nueve no le gustaba pasear; sin embargo, al principio salía todos los días, pues suponía (tipo de suposición muy

característico de él) que durante este tiempo registrarían su celda, y en consecuencia, una negativa a salir de paseo haría sospechar a la administración que ocultaba algo en ella; pero cuando se hubo convencido de que no era así (dejando hilos en varios sitios como marcas), se sentaba a escribir sin temores: en invierno ya había terminado la traducción de Schlosser y empezado a traducir a Gervinus y T. B. Macaulay. También escribió una o dos cosas suyas. Recordemos el «Diario» —y de uno de nuestros párrafos muy anteriores elijamos los cabos sueltos de algunas frases que trataban por anticipado de sus escritos en la fortaleza... o no— retrocedamos, si no tienen inconveniente, todavía más lejos, al «tema lacrimógeno» que empezó sus rotaciones en las páginas iniciales de nuestra historia tan misteriosamente giratoria.

Tenemos ante nosotros la famosa carta a su esposa, fechada el 5 de diciembre de 1862: un

diamante amarillo entre el polvo de sus numerosas obras. Examinamos esta escritura de aspecto tosco y feo, pero asombrosamente legible, con los resueltos trazos al final de las palabras, con enroscadas erres y pes, y las amplias y fervorosas cruces de los «signos duros», y nuestros pulmones se dilatan con una emoción pura que no hemos sentido desde hace mucho tiempo. Strannolyubski califica, con justicia, a esta carta como el principio del breve florecimiento de Chernyshevski. Todo el fuego, todo el poder de la mente y la voluntad, todo cuanto tenía que estallar por fuerza en la hora de un levantamiento nacional, estallar y empuñar con potencia, aunque fuera por poco tiempo, el poder supremo... tirar violentamente de las riendas y tal vez enrojecer de sangre el labio de Rusia, el corcel encabritado; todo esto encontraba ahora una salida malsana en su correspondencia. Puede decirse de hecho que aquí estaba el objetivo y la corona de la dialéctica de toda su vida, que durante mucho tiempo



se había ido acumulando en profundidades ahogadas; estas epístolas férreas, impulsadas por la furia, a la comisión que examinaba su caso, las cuales incluía en las cartas a su esposa, la rabia exultante de sus argumentos y esta megalomanía con rumor de cadenas. «La gente nos recordará con gratitud», escribió a Olga Sokratovna, y la razón le asistió: fue precisamente este sonido lo que encontró eco y se extendió por toda la restante parte del siglo, haciendo latir los corazones de millones de intelectuales de provincias con una ternura noble y sincera. Ya nos hemos referido a aquella parte de la carta en que habla de sus planes para compilar diccionarios. Después de las palabras «igual que Aristóteles», siguen éstas: «Sin embargo, ya he empezado a hablar de mis pensamientos; son secretos; no debes contar a nadie lo que digo sólo para ti». «Aquí —comenta Steklov—, sobre estas dos líneas, cayó una lágrima, y Chernyshevski tuvo que escribir de nuevo las letras emborronadas».

Esto no es del todo cierto. La lágrima cayó (cerca del dobléz de la hoja) antes de escribir estas dos líneas; Chernyshevski sólo tuvo que repetir dos palabras, «secretos» y «lo que» (una al principio de la primera línea, y la otra al principio de la segunda), palabras que cada vez empezó a trazar sobre el trozo húmedo y que, por tanto, quedaron inacabadas.

Dos días después, cada vez más encolerizado y más convencido de su invulnerabilidad, empezó a «maltratar» a sus jueces. Esta segunda carta a su esposa puede dividirse en varios puntos: Primero: Ya te dije en relación con los rumores de mi posible arresto que no estaba mezclado en ningún asunto y que el gobierno tendría que pedirme disculpas si me arrestaba. Segundo: Supuse esto porque sabía que me estaban siguiendo; se jactaban de hacerlo muy bien, y yo confiaba en su jactancia, porque calculaba que al enterarse de cómo vivía y qué hacía, sabrían que sus sospechas eran infundadas. Tercero: Fue un

cálculo estúpido, porque también sabía que en nuestro país la gente es incapaz de hacer algo como es debido. Cuarto: Así, con mi arresto han comprometido al gobierno. Quinto: ¿Qué podemos hacer nosotros? ¿Disculparnos? Pero ¿y si «él» no acepta la disculpa y dice: Usted ha comprometido al gobierno, y mi deber es explicarlo a este mismo gobierno? Sexto: Por consiguiente, aplazaremos este desagradable asunto. Séptimo: Pero el gobierno pregunta de vez en cuando si Chernyshevski es culpable, y, finalmente, el gobierno obtendrá una respuesta. Octavo: Esta respuesta es lo que estoy esperando.

«Se trata de la copia de una curiosa carta de Chernyshevski —añadió Potapov a lápiz—. Pero se equivoca: nadie tendrá que pedir disculpas».

Pocos días más tarde empezó a escribir su novela, ¿Qué hacer?, y el 15 de enero ya había enviado la primera remesa a Pypin; una semana después mandó la segunda, y Pypin entregó ambas a

Nekrasov para *El Contemporáneo*, que de nuevo tenía permiso para aparecer (a partir de febrero). También lo obtuvo La palabra rusa, tras una suspensión similar de ocho meses; y en la impaciente espera de ganancias periodísticas, el peligroso vecino tocado con un fez ya había mojado su pluma.

Es grato poder afirmar que en esta coyuntura una fuerza misteriosa resolvió tratar de salvar a Chernyshevski, al menos de este apuro. Estaba pasando una temporada muy difícil; ¿cómo evitar un sentimiento de compasión? El día 28, como el gobierno, exasperado por sus ataques, le negó la autorización para ver a su esposa, inició una huelga de hambre: estas huelgas eran entonces una novedad en Rusia y el exponente que encontraban era torpe. Los guardianes advirtieron que adelgazaba, pero al parecer se comía los alimentos... Sin embargo, cuando cuatro días más tarde, alarmados por el fétido olor de la celda, los centinelas la registraron y

comprobaron que los alimentos sólidos estaban ocultos tras los libros, mientras la sopa de col había sido vertida por las hendiduras. El domingo, 3 de febrero, alrededor de la una de la tarde, el médico militar de la fortaleza examinó al prisionero y encontró que estaba pálido, tenía la lengua bastante clara y el pulso un poco débil; y aquel mismo día y a la misma hora Nekrasov, de regreso a su casa (en la esquina de las calles Liteynaya y Basseynaya) en un trineo de alquiler, perdió el paquete de papel rosado que contenía dos manuscritos, ambos gastados en los bordes y titulados *¿Qué hacer?* Mientras recordaba toda su ruta con la lucidez de la desesperación, olvidó el hecho de que cuando se acercaba a su casa había dejado el paquete junto a sí con objeto de sacar la bolsa del dinero; y justo entonces el trineo había cambiado de dirección... un crujido mientras patinaba... y *¿Qué hacer?* cayó rodando sin que nadie lo advirtiera: éste fue el intento de la fuerza misteriosa —en este caso, centrífuga— de confiscar

el libro cuyo éxito estaba destinado a causar un efecto tan desastroso en el destino de su autor. Pero el intento falló: el paquete rosado lo recogió de la nieve que rodeaba al hospital Marynski un pobre oficinista, cargado con una familia numerosa. Cuando llegó a su casa, se caló las gafas y examinó su hallazgo... vio que era el principio de cierta clase de obra literaria y, sin un solo temblor, y sin quemarse los perezosos dedos, lo apartó a un lado. «¡Destruyalo!», suplicó una voz indefensa: en vano. *La Gaceta Policiaca*, de San Petersburgo, publicó el anuncio de su pérdida. El oficinista llevó el paquete a la dirección indicada y recibió la prometida recompensa: cincuenta rublos de plata.

Mientras tanto, los carceleros habían empezado a dar a Nikolai Gavrilovich gotas para estimular el apetito; las tomó dos veces y entonces, con grandes sufrimientos, anunció que no volvería a tomarlas porque no se negaba a comer por falta de apetito sino por capricho. En la mañana del día 6, «debido a

falta de experiencia en discernir los síntomas del dolor», puso fin a la huelga de hambre y desayunó. El día 12, Potapov informó al comandante de que la comisión no podía permitir que Chernyshevski viera a su esposa hasta que estuviera completamente restablecido. Al día siguiente, el comandante anunció que Chernyshevski estaba bien y escribía a toda marcha. Olga Sokratovna llegó con grandes lamentaciones —sobre su salud, sobre los Pypin, sobre la escasez de dinero—, y después, entre lágrimas, se echó a reír al fijarse en la incipiente barba de su marido, y, finalmente, reanudó sus quejas y le abrazó.

—Basta ya, basta ya, querida —le decía él con mucha calma, con el tono pausado que mantenía invariablemente en sus relaciones con ella: en realidad, la amaba con pasión y sin esperanza.

—Ni yo ni nadie tiene ningún motivo para pensar que no me pondrán en libertad —añadió al despedirse, con énfasis especial.

Pasó otro mes. El 23 de marzo tuvo lugar la confrontación con Kostomarov. Vladislav Dmitrievich estaba ceñudo y se enredaba con sus propias mentiras. Chernvshevski, con una lisonjera sonrisa de repugnancia, le replicó con brusquedad y desdén. Su superioridad era manifiesta. «¡Y pensar —exclama Steklov— que en estos días estaba escribiendo el vigoroso *¿Qué hacer?!*».

¡Qué lástima! Escribir *¿Qué hacer?* en la fortaleza fue menos sorprendente que temerario, incluso por la misma razón de que las autoridades lo incorporaron a su caso. En general, la historia de la aparición de esta novela es muy interesante. La censura permitió que fuera publicado en *El Contemporáneo*, suponiendo que el hecho de que una novela que era «antiartística en grado máximo» desprestigiaría, sin duda alguna, la autoridad de Chernyshevski, y le convertiría en blanco de todas las burlas. Y, de hecho, ¿qué valor tienen, por ejemplo, las escenas «ligeras» de la novela?



«Verochka tenía que beber media copa por su boda, media copa por la tienda y media copa a la salud de Julie (¡prostituta parisiense redimida que ahora es la mejor amiga de una de las protagonistas!). Ella y Julie se pusieron a jugar, con gritos y estrépito... Empezaron a luchar y ambas cayeron sobre el sofá... ya no querían levantarse, por lo que siguieron gritando y riendo hasta quedarse dormidas». A veces el giro de una frase huele al popular lenguaje de los cuarteles y a veces a... Zoschenko: «Después del té... fue a su habitación y se echó. Ahí la tenemos, leyendo en el cómodo lecho, pero el libro se evapora ante su vista y ahora Vera Pavlovna piensa: “¿Por qué será que en cierto modo me siento últimamente algo aburrida?”». Hay asimismo muchos solecismos encantadores; valga un ejemplo: cuando uno de los personajes, médico, tiene pulmonía y llama a un colega: «Durante mucho rato se palparon los costados de uno de ellos».

Pero nadie se burló. Ni siquiera los grandes

escritores rusos se burlaron. Incluso Herzen, que lo encontraba «abyectamente escrito», lo calificó en seguida de este modo: «Por otro lado, hay muchas cosas buenas y sanas». Pese a ello, no pudo evitar la observación de que la novela no termina sencillamente con un falansterio, sino con «un falansterio en un burdel». Pero, naturalmente, ocurrió lo inevitable: Chernvshevski, con su gran pureza (no había estado nunca en un burdel), con su ingenua aspiración de dotar al amor comunal de atavíos de especial belleza, involuntaria e inconscientemente, debido a la sencillez de su imaginación, había conseguido encontrar aquellos mismos ideales desarrollados por la tradición y la rutina en las casas de mala reputación; su alegre «velada de baile», basada en la libertad e igualdad en las relaciones entre ambos sexos (primero desaparece una pareja y luego otra y vuelven otra vez), recuerda muchísimo los bailes del final de la Casa de Madame Tellier.

Y pese a todo es imposible hojear esta vieja revista (marzo de 1863), que contiene la primera entrega de la novela, sin cierta emoción: en ella hay también la poesía de Nekrasov, «Ruido verde» («Resiste mientras aún puedas resistir...»), y la irónica crítica de la novela amorosa *Príncipe Serebryanny*, de Alexei Tolstoi... En lugar de las esperadas mofas, un ambiente de adoración general y piadosa se creó en torno a *¿Qué hacer?* Se leyó como se leen los libros litúrgicos; ni una sola obra de Turguenev o Tolstoi produjo tan considerable impresión. El inspirado lector ruso supo ver lo bueno que el novelista sin talento había querido expresar sin conseguirlo. Parecía que ahora, al comprender su error de cálculo, el gobierno interrumpiría la publicación por entregas de *¿Qué hacer?* Se comportó con mucha más inteligencia.

El vecino de Chernyshevski también había escrito algo. Recibía *El Contemporáneo*, y el 8 de octubre envió desde la fortaleza un artículo a *La*

*palabra rusa*, «Pensamientos sobre las novelas rusas», acerca del cual el Senado informó al gobernador general que, en realidad, tan sólo era un análisis de la novela de Chernyshevski, con alabanzas de esta obra y una exposición detallada de las ideas materialistas que contenía. A fin de caracterizar a Pisarev, se indicaba que era víctima de «*dementia maloncholica*», de la que ya había sido tratado: en 1859 estuvo recluido cuatro meses en un manicomio.

Del mismo modo que en su adolescencia embellecía todos sus cuadernos con cubiertas de colores, así después, ya de hombre, Pisarev solía abandonar algún trabajo urgente para pintar con gran primor grabados en sus libros, o cuando iba al campo, encargaba a su sastre un traje de algodón rojo y azul. La enfermedad mental de este utilitarista declarado se distinguía por una especie de estética pervertida. Una vez, en una reunión de estudiantes, se puso en pie de improviso, levantó graciosamente

el brazo curvado, como si pidiera permiso para hablar, y en esta actitud escultórica cayó desmayado. En otra ocasión, ante la alarma de su anfitriona y demás invitados, empezó a desnudarse, tirando a su alrededor con gran presteza la chaqueta de terciopelo, el chaleco policromo, los pantalones a cuadros; al llegar a este punto, le detuvieron por la fuerza. Es divertido que algunos comentaristas califiquen a Pisarev de «epicúreo», al referirse, por ejemplo, a las cartas a su madre, frases insoportables, coléricas, espeluznantes sobre la belleza de la vida, o bien, a fin de ilustrar su «sobrio realismo», citan su carta desde la fortaleza, en apariencia sensata y clara, pero de hecho una prueba de su demencia, a una doncella desconocida a quien hace una propuesta de matrimonio: «La mujer que acepte iluminar y dar calor a mi vida recibirá de mí todo el amor que Raissa despreció cuando se echó al cuello de su hermosa águila».

Ahora, condenado a cuatro años de cárcel por su

insignificante participación en los disturbios de la época (que se basaban en cierto modo en una fe ciega en la letra impresa, sobre todo impresa secretamente), Pisarev escribió sobre *¿Qué hacer?*, comentándolo minuciosamente para *El Contemporáneo*. Aunque al principio el Senado se asombró de que la novela fuese elogiada por sus ideas, en lugar de ser ridiculizada por su estilo, y expresó el temor de que los elogios causaran un efecto pernicioso en la nueva generación, las autoridades comprendieron muy pronto lo importante que era, en el caso presente, obtener por este método una imagen completa del carácter nocivo de Chernyshevski, que Kostomarov sólo había esbozado en la lista de sus «planes especiales». «El gobierno —dice Strannolyubski—, al permitir, por un lado, a Chernyshevski que escribiera una novela en la fortaleza, y tolerar, por el otro, a Pisarev, su vecino de cautiverio, que escribiera artículos en que explicaba las intenciones de esta novela, actuó de

forma totalmente consciente, esperando con curiosidad que Chernyshevski se destapara y se mantuviera al acecho del resultado, en relación con los abundantes desahogos de su locuaz vecino».

El asunto marchaba sobre ruedas y prometía mucho, pero era necesario presionar a Kostomarov, ya que faltaban algunas pruebas decisivas de culpabilidad, y mientras tanto Chernyshevski continuaba lanzando diatribas y burlas, motejaba de «payasos» a los miembros de la comisión, y a ésta de «una ciénaga incoherente de completa estupidez». Por ello, Kostomarov fue llevado a Moscú, donde el ciudadano Yakovlev, su antiguo copista, borracho y pendenciero, hizo una importante declaración (por la que recibió un abrigo con cuyo importe se emborrachó tan ruidosamente en Tver que tuvieron que ponerle una camisa de fuerza): mientras escribía sus copias «en el pabellón de un jardín, debido al tiempo veraniego», oyó a Nikolai Gavrilovich y Vladislav Dmitrievich, que paseaban del brazo

(detalle plausible) mientras hablaban de saludos enviados a los siervos por sus simpatizantes (es difícil abrirse camino por esta mezcla de verdades y sugerencias). Durante un segundo interrogatorio en presencia de un ahito Kostomarov, Chernyshevski hizo la observación algo desafortunada de que le había visitado una sola vez, sin encontrarle en casa; y entonces añadió con energía: «Encaneceré, me moriré, pero no cambiaré mi testimonio». El testimonio de que no fue autor de la proclama está escrito por él con una caligrafía temblorosa, temblorosa por la ira más que por el miedo.

Sea como fuere, el caso estaba tocando a su fin. Siguió la «definición» del Senado: con gran nobleza decidió que no existían pruebas de pactos ilegales entre Chernyshevski y Herzen (véase la «definición» de Herzen del Senado al final de este párrafo). En cuanto a la proclama «A los siervos de los terratenientes»... el fruto ya había madurado en las espaldas de la falsificación y los sobornos: el



absoluto convencimiento moral de los senadores de que Chernyshevski era su autor se convirtió en prueba judicial gracias a la caria a «Alexei Nikolayevich» (que se refería, al parecer, a A. N. Pleshcheyev, poeta pacífico, a quien Dostoyevski dio el apodo de «un rubio completo», pero por alguna razón nadie insistió demasiado en la participación de Pleshcheyev en el asunto, si es que la hubo). Así, pues, en la persona de Chernyshevski condenaron a un fantasma que se le parecía mucho; todo fue combinado de forma maravillosa para que una culpabilidad inventada tuviera el aspecto de la auténtica. La sentencia fue relativamente leve, comparada con lo que se puede hacer en esta línea de acción: un destierro de catorce años de trabajos forzados y después vivir en Siberia para siempre. La «definición» pasó de los «salvajes ignorantes» del Senado a los «canosos villanos» del Consejo de Estado, que estuvieron totalmente de acuerdo con ella, y, por último, fue a parar al soberano, que la

confirmó pero redujo a la mitad el período de trabajos forzados. El 4 de mayo de 1864, le comunicaron la sentencia a Chernyshevski, y el día 19, a las ocho de la mañana, fue ejecutado en la Plaza Mytninski.

Lloviznaba, los paraguas se ondulaban, la plaza estaba atiborrada, y todo, mojado de lluvia; los uniformes de los gendarmes, la madera oscurecida del patíbulo, el poste negro y liso con las cadenas. De pronto apareció el carruaje de la prisión. De él salieron con extraordinaria celeridad, como si hubieran sido desenrollados, Chernyshevski, con abrigo, y dos verdugos con aspecto de campesinos; los tres caminaron con pasos rápidos, frente a una hilera de soldados, hacia el cadalso. El gentío se balanceó hacia delante y los gendarmes hicieron retroceder a las primeras filas; aquí y allí sonaron gritos ahogados: «¡Cerrad los paraguas!». Mientras un oficial leía la sentencia, Chernyshevski, que ya la conocía, miró, ceñudo, a su alrededor; se tocó la

barba, se ajustó las gafas y escupió varias veces. Cuando el lector se atascó y apenas logró pronunciar «ideas sochalistas», Chernyshevski sonrió, y entonces, reconociendo a alguien entre el gentío, saludó con la cabeza, tosió, cambió de posición: debajo del abrigo, sus pantalones negros se doblaban sobre los chanclos. Los que estaban cerca podían ver sobre su pecho una placa apaisada con la inscripción en blanco: CRIMINAL DEL ESTA (la última sílaba no había cabido). Al finalizar la lectura, los verdugos le pusieron de rodillas; con el revés de la mano, el más viejo le quitó la gorra, y quedaron al descubierto sus cabellos largos y castaños, peinados hacia atrás. El rostro, más estrecho hacia el mentón, con la gran frente brillante, se había inclinado, y con un resonante chasquido lograron romper encima de él una espada de filo mal vaciado. Entonces le cogieron las manos, que parecían insólitamente blancas y débiles, y las esposaron a las cadenas negras sujetas al poste: tuvo

que permanecer así durante un cuarto de hora. La lluvia arreciaba; el verdugo más joven recogió la gorra de Chernyshevski y la colocó sobre la cabeza inclinada —y lentamente; con dificultad, las cadenas se levantaron— Chernyshevski se la ajustó. A la izquierda, tras una valla, podían verse los andamios de un edificio en construcción; los obreros treparon a la valla, se oía el roce de sus botas; treparon, se quedaron arriba, e insultaron al criminal desde lejos. La lluvia seguía cayendo; el verdugo más viejo consultó su reloj de plata. Chernyshevski no dejaba de dar vueltas a las muñecas, sin levantar la vista. De repente, desde la parte mejor vestida del gentío empezaron a volar ramilletes de flores. Los gendarmes, saltando, trataban de interceptarlos en el aire. Encima de las cabezas estallaban rosas; durante un momento efímero pudo verse una rara combinación: un policía, coronado de flores. Unas damas de pelo corto, vestidas de negro, lanzaban ramilletes de lilas. Mientras tanto, Chernyshevski

fue liberado a toda prisa de sus cadenas y su cuerpo sin vida, alejado del lugar. No, un desliz de la pluma; ¡qué pena, aún estaba vivo, estaba incluso alegre! Los estudiantes corrían junto al carruaje con gritos de «¡Adiós, Chernyshevski, au revoir!»). Él sacó la cabeza por la ventanilla, se rió y reconvino con el dedo a los perseguidores más veloces.

«Qué pena, vivo», hemos exclamado, porque, ¿cómo no preferir la pena de muerte, las convulsiones del ahorcado oculto tras el horrible capuchón, a aquel funeral que cayó en suerte a Chernyshevski veinticinco insípidos años después? La zarpa del olvido empezó a cerrarse en su imagen viva en cuanto fue trasladado a Siberia. Oh, sí, claro, los estudiantes cantaron durante años «Brindemos por quien escribió *¿Qué hacer?*». Pero brindaban por el pasado, por la atracción y el escándalo del pasado, por una gran sombra... porque, ¿quién brindaría por un anciano trémulo que tenía un tic y hacía torpes barquitos de papel para

niños yacutos en alguna parte de aquellas fabulosas regiones? Nosotros afirmamos que su libro extrajo y acumuló dentro de sí todo el calor de su personalidad, calor que no puede encontrarse en sus estructuras racionales sino que se oculta, por así decirlo, entre las palabras (caliente como el pan), y que estaba destinado inevitablemente a dispersarse con el tiempo (como el pan se vuelve reseco y rancio). Hoy, al parecer, sólo los marxistas son todavía capaces de interesarse por la ética fantasmal contenida en este pequeño libro muerto. Seguir fácil y libremente el categórico imperativo del bien general; éste es el «egoísmo racional» que los investigadores han encontrado en *¿Qué hacer?* Recordemos, a guisa de cómico alivio, la conjetura de Kautsky de que la idea del egoísmo está vinculada al desarrollo de la producción de bienes de consumo, y la conclusión de Plejanov de que Chernyshevski era, pese a todo, un «idealista», ya que en su libro se menciona que las masas tienen que

ponerse a la altura de la clase intelectual por cálculo, y el cálculo es una opinión. Pero la cuestión es más sencilla que esto: la idea de que el cálculo es la base de cualquier acto (o consecución heroica) conduce hasta el absurdo: ¡por sí mismo, el cálculo puede ser heroico! Todo cuanto cae bajo el foco del pensamiento humano es espiritualizado. Así, el «cálculo» de los materialistas se ennobleció; así, para los iniciados, la materia se convierte en un juego incorpóreo de fuerzas misteriosas. Las estructuras éticas de Chernyshevski son, a su manera, una tentativa de construir la misma vieja máquina del «movimiento perpetuo», en que la materia mueve otra materia. Nos gustaría mucho que esto girase: egoísmo-altruismo-egoísmo-altruismo... pero el rozamiento detiene la rueda. ¿Qué hacer? Vivir, leer, pensar. ¿Qué hacer? Trabajar en la propia evolución a fin de conseguir el objetivo de la vida, que es la felicidad. ¿Qué hacer? (Pero el propio destino de Chernyshevski convirtió la

pregunta práctica en una exclamación irónica).

Chernyshevski habría sido trasladado a un domicilio particular mucho antes, de no ser por el asunto de los *karakozovitas* (seguidores de Karakozov, que intentó asesinar a Alejandro II, en 1866): en su juicio se puso de manifiesto que habían querido dar a Chernyshevski la oportunidad de huir de Siberia y dirigir un movimiento revolucionario, o al menos publicar una revista política en Ginebra; y al comprobar las fechas, los jueces encontraron en *¿Qué hacer?* una predicción de la fecha en que se atentaría contra la vida del zar. El protagonista Rajmetov, en su viaje al extranjero, «dijo entre otras cosas que tres años después volvería a Rusia, pues al parecer, no entonces, sino tres años más tarde (una repetición muy significativa, típica de nuestro autor) le necesitarían en Rusia». Entretanto, la última parte de la novela fue firmada el 4 de abril de 1863, y exactamente tres años después, el mismo día, tuvo lugar el atentado. De modo que los



números pares, peces de colores de Chernyshevski, le traicionaron.

Hoy, Rajmetov ya está olvidado; pero en aquellos años creó toda una escuela de vida. Con qué piedad sus lectores asimilaron el deportivo y revolucionario elemento de la novela: Rajmetov, que «adoptó la dieta de un púgil», siguió también un régimen dialéctico: «Por tanto, si se servía fruta, comía siempre manzanas y jamás albaricoques (porque los pobres no los comían); en San Petersburgo comía naranjas, pero no en provincias, porque en San Petersburgo se ve al pueblo llano comerlos, mientras en las provincias no las comen».

¿De dónde surgió repentinamente aquel rostro joven y redondo, con la frente despejada y prominente y mejillas como dos tazas? ¿Quién es esta muchacha que parece una enfermera de hospital, con un vestido negro, un cuello blanco y un reloj pequeño pendiente de un cordel? Es Sofía Perovski, a quien colgarán por el asesinato del zar, en 1881.

Llegada a Sebastopol en 1872, recorrió a pie los pueblos de los alrededores a fin de conocer la vida de los campesinos: estaba en su período de rajmetovismo, dormía sobre paja y vivía de leche y avenate. Y volviendo a nuestra posición inicial, repetimos: ¡el destino instantáneo de Sofia Perovski es cien veces preferible a la gloria efímera de un reformador! Porque del mismo modo que los ejemplares de *El Contemporáneo*, que contienen la novela, se van desgastando al pasar de mano en mano, así se desvanecen los hechizos de Chernyshevski; y la estima que se le profesaba, que desde hacía tiempo tan sólo era una convención sentimental, ya no enardecía los corazones cuando murió en 1889. El funeral pasó discretamente. Hubo pocos comentarios en los periódicos. En la misa de réquiem celebrada por su alma en San Petersburgo, los obreros endomingados, traídos por los amigos del difunto para crear ambiente, fueron tomados por un grupo de estudiantes por miembros de la policía

secretos e insultados, lo cual restableció cierto equilibrio: ¿no eran los padres de estos obreros los que habían insultado desde la valla a Chernyshevski postrado de rodillas?

Al día siguiente de aquella ejecución simulada, al atardecer, «con grilletes en los pies y la cabeza llena de ideas», Chernyshevski abandonó San Petersburgo para siempre. Viajaba en un tarantas, y como «leer libros por el camino» estaba prohibido hasta pasado Irkutsk, se aburrió mortalmente durante el primer mes y medio de viaje. Por fin, el 23 de julio le llevaron a las minas del distrito montañoso de Nerchin, en Kadaya: a diecisiete kilómetros de China y siete mil de San Petersburgo. No le hacían trabajar mucho. Vivía en una choza llena de grietas y sufría de reumatismo. Pasaron dos años. De improviso ocurrió un milagro: Olga Sokratovna se preparaba para reunirse con él en Siberia.

Durante la mayor parte de su cautiverio en la fortaleza, se ha dicho que ella viajaba por las

provincias y se preocupaba tan poco del destino de su marido que sus familiares llegaron a preguntarse si tendría perturbadas las facultades mentales. La víspera de la ignominia pública volvió a toda prisa a San Petersburgo, y por la mañana del día 20 lo abandonó con la misma prisa. Jamás la habríamos creído capaz de realizar el viaje hasta Kadayá si no hubiéramos conocido su facilidad para moverse y trasladarse frenéticamente de un sitio a otro. ¡Cómo la esperaba él! Inició el viaje a principios de verano en 1866, junto con Misha, de siete años, y un tal doctor Pavlinov (doctor Pavo Real, ya estamos entrando de nuevo en la esfera de los nombres bonitos), y una vez llegados a Irkutsk, les obligaron a detenerse allí durante dos meses; se alojaron en un hotel con un nombre de idiotez encantadora (posiblemente desfigurado por los biógrafos, pero con más probabilidad seleccionado con especial esmero por el taimado destino): Hotel de l'Amour et Co. Al doctor Pavlinov le denegaron la autorización

para seguir el viaje: le reemplazó un capitán de gendarmes, Hmelevski (edición perfeccionada del elegante héroe de Pavlovsk), apasionado, borracho y sinvergüenza. Llegaron el 23 de agosto. A fin de celebrar la reunión del marido y mujer, uno de los polacos exiliados, ex cocinero del conde de Cavour, el estadista italiano sobre el cual Chernyshevski había escrito tanto y tan cáusticamente, hizo una de aquellas tartas de que solía atiborrarse su difunto amo. Pero la reunión no fue un éxito: es asombroso el modo como todo lo amargo y heroico que la vida deparó a Chernyshevski fue invariablemente acompañado de un sabor de farsa vulgar. Hmelevski les rondaba y no quería dejar sola a Olga Sokratovna: en los ojos zingaros de ésta había algo temeroso pero también provocativo, contra su voluntad, tal vez. A cambio de sus favores él llegó a ofrecerse para organizar la huida de su marido, pero éste se negó en redondo. En resumen, la presencia constante de este hombre desvergonzado dificultó

tanto las cosas (¡con los planes que habíamos hecho!), que el propio Chernyshevski persuadió a su esposa de que emprendiera el viaje de regreso, y ella así lo hizo el 27 de agosto, tras permanecer, después de un viaje de tres meses, sólo cuatro días —¡cuatro días, lector!— con el marido a quien ahora abandonaba para diecisiete años, más o menos. Nekrasov le dedicó *Niños campesinos*. Es una lástima que no le dedicara su *Mujeres rusas*.

Durante los últimos días de septiembre, Chernyshevski fue trasladado a Alexandrovski Zavod, pueblo situado a treinta y cuatro kilómetros de Kadayá. Pasó el invierno allí, en la prisión, junto con algunos karakozovitas y polacos sediciosos. La mazmorra disponía de una especialidad mongol, «estacas»: postes hundidos verticalmente en la tierra, que rodeaban la cárcel con su sólido anillo. En junio del año siguiente, por haber cumplido el período de prueba, Chernyshevski fue puesto en libertad condicional y alquiló una habitación en casa

de un sacristán, hombre que se parecía mucho a él: ojos grises y miopes, barba rala, cabellos largos y ensortijados... Siempre un poco borracho, siempre suspirando, contestaba tristemente las preguntas de los curiosos con «¡El buen hombre sólo escribe, escribe!». Pero Chernyshevski no permaneció allí más de dos meses. Su nombre se mencionaba en vano en juicios políticos. El artesano Rozanov, deficiente mental, declaró que los revolucionarios querían atrapar y enjaular a «un pájaro de sangre real a fin de rescatar a Chernyshevski». El conde Shuvalov envió un telegrama al gobernador general de Irkutsk: «EL OBJETIVO DE LOS EMIGRADOS ES LIBERAR A CHERNYSHEVSKI (STOP) ADOPTE TODAS LAS MEDIDAS POSIBLES RESPECTO A ÉL». Entretanto, el exiliado Krasovski, que había sido trasladado al mismo tiempo que él, huyó (y pereció en la taiga, después de ser robado), por lo que existían buenas razones para encarcelar de nuevo a Chernyshevski y privarle

durante un mes del derecho de sostener correspondencia.

Expuesto intolerablemente a corrientes de aire, nunca se despojaba de la bata forrada de piel ni de la shapka de piel de cordero. Se movía como una hoja barrida por el viento, con pasos nerviosos y vacilantes, y su voz chillona se oía en todas partes. Su ardid de razonamiento lógico se había intensificado —«a la manera del tocayo de su suegro», como lo expresa con tanta extravagancia Strannolyubski. Vivía en la «oficina», habitación espaciosa dividida por un tabique; a lo largo de toda la pared de la parte más amplia había un «estante-cama» bajo, parecido a una plataforma; en él, como en un escenario (o como exhiben en los zoológicos a un melancólico animal de rapiña entre sus rocas nativas), se hallaba una cama y una mesa, que en esencia constituían el mobiliario natural de toda su vida. Solía levantarse después del mediodía, bebía té hasta la noche y permanecía tendido, leyendo,



todo el tiempo; no se sentaba a escribir hasta medianoche, ya que durante el día, sus vecinos, varios nacionalistas polacos que le eran del todo indiferentes, se recreaban en molestarle y torturarlo con su estridente música: de profesión eran carreteros. En las veladas invernales solía leer a los otros exiliados. Una vez advirtieron que pese a estar leyendo con calma y serenidad una historia complicada, llena de digresiones «científicas», lo que miraba era un cuaderno en blanco. ¡Horrendo símbolo!

Fue entonces cuando escribió una nueva novela. Todavía seguro del éxito de *¿Qué hacer?*, esperaba mucho de ella —sobre todo el dinero que la novela, publicada en el extranjero, haría llegar de un modo u otro a manos de su familia. *El prólogo* es extremadamente autobiográfico. Al referirnos una vez a él, hemos hablado de su intento de rehabilitar a Olga Sokratovna: según Strannolyubski, contiene un intento similar de rehabilitar a la propia persona del

autor, porque, mientras subraya por un lado la influencia de Volgin, que llega al extremo de que «altos dignatarios buscaban sus favores a través de su esposa» (porque suponían que tenía conexiones con Londres; es decir, con Herzen, de quien los inexpertos liberales tenían un miedo cerval), el autor insiste con obstinación por el otro, en la suspicacia de Volgin, en su timidez e inactividad: «Esperar, esperar lo más posible, esperar lo más discretamente posible». Se obtiene la impresión de que el terco Chernyshevski quiere pronunciar la última palabra en la controversia, dejando bien sentado lo que ya había dicho repetidamente a sus jueces: «Debo ser considerado basándose en mis acciones y no hubo acciones ni podía haberlas».

En cuanto a las escenas «frívolas» de *El prólogo*, será mejor que guardemos silencio. A través de su erotismo morbosamente circunstancial, se puede discernir tal palpitante ternura hacia su esposa, que la menor cita podría parecer una burla

exagerada. En lugar de esto, escuchemos este sonido puro —de las cartas que le escribió durante aquellos años—: «Queridísima mía, te doy las gracias por ser la luz de mi vida.» «... incluso aquí sería el hombre más feliz del mundo si no se me ocurriera que este destino, que es una gran ventaja personal para mí, tiene efectos demasiado duros en tu vida, amada amiga mía...». «¿Podrás perdonarme la aflicción a que te he sometido?».

Las esperanzas de Chernyshevski en relación con ganancias debidas a sus libros no se cumplieron: los emigrados no sólo hicieron mal uso de su nombre sino que además plagieron sus obras. Y fueron fatales para él las tentativas de liberarlo, tentativas que fueron audaces pero que a nosotros nos parecen carentes de sentido, porque podemos ver desde la cumbre del tiempo la disparidad entre la imagen de un «gigante esposado» y el verdadero Chernyshevski, a quien estos esfuerzos de sus presuntos salvadores no hacían otra cosa que

indignarle: «Esos caballeros —dijo más tarde— ignoraban incluso que no sé montar a caballo». Esta contradicción interna acabó en desatinos (una clase especial de desatinos que nosotros conocemos desde hace mucho tiempo). Se dice que Ippolit Myshkin, disfrazado de oficial de gendarmes, fue a Vilyuisk y exigió del jefe de policía del distrito que le entregara al prisionero, pero lo estropeó todo al haberse puesto la charretera en el hombro izquierdo en lugar del derecho. Antes que él, en 1871, Lopatin ya había, hecho una tentativa en que todo fue absurdo: su repentino abandono de la traducción rusa de *Das Kapital*, a la que estaba entregado en Londres, con objeto de rescatar para Marx, que había aprendido a leer ruso, al «*grossen russischen Gelehrten*»; su viaje a Irkutsk como miembro de la Sociedad Geográfica (donde los ciudadanos siberianos le tomaron por un inspector del gobierno que viajaba de incógnito); su arresto causado por una denuncia procedente de Suiza; su huida y

captura; y su carta al gobernador general de la Siberia oriental, en la cual le contaba su proyecto, entero, con inexplicable franqueza. Todo esto sólo contribuyó a empeorar la situación de Chernyshevski. Legalmente, su destierro debía comenzar el 10 de agosto de 1870, pero no fue trasladado a otro lugar hasta el 2 de diciembre; a un lugar que resultó ser mucho peor que los trabajos forzados: Vilyuisk.

«Abandonado de Dios en un rincón de Asia — dice Strannolyubski—, en las profundidades de la región de Yakutsk, en el extremo nordeste, Vilyuisk era sólo una aldea situada sobre un enorme montón de arena acumulada por el río, y rodeada de una ciénaga sin límites cubierta por los matorrales de la taiga». Los habitantes (500) eran: cosacos, yacutos medio salvajes, y un reducido número de ciudadanos de la clase media (a los que Steklov describe de modo muy pintoresco: «La sociedad local consistía en un par de oficiales, un par de clérigos y un par de

comerciantes» —como si estuviera hablando del Arca de Noé). Allí, alojaron a Chernyshevski en la mejor casa, y la mejor casa resultó ser la cárcel. La puerta de su húmeda celda estaba forrada de hule negro; las dos ventanas, que de todos modos daban contra la empalizada, estaban atrancadas. Al no haber ningún otro exiliado, se encontró en una soledad total. La desesperación, la impotencia, la conciencia de haber sido engañado, un vago sentido de injusticia, las tremendas deficiencias de la vida ártica, todo esto estuvo a punto de enloquecerle. Por la mañana del día 10 de julio de 1872, empezó de pronto a romper la cerradura de la puerta con unas tenazas, le temblaba todo el cuerpo, mascullaba y preguntaba a voz en grito: «¿Acaso ha llegado el soberano o un ministro para que el sargento de la policía se atreva a cerrar la puerta por la noche?». En invierno ya se había calmado algo, pero de vez en cuando se escribían ciertos informes... y aquí se nos concede una de esas raras correlaciones que

constituyen el orgullo del investigador.

Una vez (en 1853), su padre le escribió (acerca de su *Léxico Provisional de la Crónica Hypatina*): «Sería mejor que escribieras alguna novela... las novelas están aún muy de moda en la buena sociedad». Muchos años después, Chernyshevski relata a su esposa que en la prisión ha imaginado algo que ahora quiere poner por escrito, «un cuento ingenioso» en el cual la describirá en forma de dos muchachas: «Será un cuento corto, pero muy bueno (repitiendo el ritmo de su padre). ¡Si supieras cuánto me he reído imaginando los diversas travesuras de la más joven, y cómo he llorado de ternura imaginando las patéticas meditaciones de la mayor!». «Por la noche —informaron sus carceleros—, Chernyshevski canta, a veces baila y a veces llora y solloza».

El correo salía de Yakutsk una vez al mes. El número de enero de una revista de San Petersburgo no se recibía hasta mayo. Trató de curarse la

enfermedad que había contraído (el bocio) con ayuda de un libro de texto. El agotador catarro de estómago que le había aquejado de estudiante volvió ahora con nuevas peculiaridades. «Me repugna el tema de los “campesinos” y de la “propiedad campesina de la tierra”», escribió a su hijo, que había pensado interesarle mandándole algunos libros sobre economía. La comida era repulsiva. Se alimentaba casi exclusivamente de cereales cocidos, que comía de la misma cazuela con una cuchara de plata que se desgastó en una cuarta parte por el roce con la cazuela de barro durante los veinte años en que él también se fue desgastando. Los días cálidos de verano pasaba horas con las piernas en el agua de un río poco profundo, con los pantalones enrollados (lo cual no podía ser beneficioso); o, con la cabeza envuelta en una toalla para defenderse de los mosquitos, con lo que adquiría el aspecto de una campesina rusa, paseaba por las veredas del bosque con su cesta trenzada para hongos, sin aventurarse



nunca en la floresta más densa. A veces olvidaba la pitillera bajo un alerce, que tardó bastante en distinguir de un pino. Las flores que recogía (cuyos nombres ignoraba) las envolvía en papel de cigarrillos y enviaba a su hijo Misha, que de este modo adquirió «un pequeño herbario de la flora de Vilyuisk»; de forma similar, la princesa Volkonski, del poema de Nekrasov sobre las esposas de los decembristas, legó a sus nietos «una colección de mariposas y plantas de China». Una vez apareció un águila en su patio... «quería picotearle el hígado — observa Strannolyubski—, pero no reconoció en él a Prometeo».

El placer que, en su juventud, le había deparado la vista de la ordenada disposición de las aguas de San Petersburgo, encontró ahora un eco tardío: a falta de otra cosa que hacer, cavaba canales —y estuvo a punto de inundar uno de los caminos favoritos de los residentes de Vilyuisk. Aliviaba su sed de divulgar la cultura enseñando buenos

modales a los yacutos, pero los nativos siguieron haciendo lo mismo: se quitaban la gorra a una distancia de veinte pasos y se inmovilizaban con humildad en esta posición. El sentido práctico y la sensatez que antes predicaba, se limitaban ahora a aconsejar al portador de agua que sustituyera por un balancín de madera el garfio hecho de pelos, que le cortaba las palmas; pero el yacuto no cambió de hábito. En esta minúscula localidad, donde lo único que se hacía era jugar a cartas y sostener apasionadas conversaciones sobre el precio del algodón chino, su ansia de actividad en los asuntos públicos le condujo a los Viejos Creyentes, sobre cuya difícil situación Chernyshevski escribió un informe extraordinariamente largo y detallado (incluidos los chismes de Vilyuisk), que dirigió con gran tranquilidad al zar, con la amistosa sugerencia de que les perdonase porque «le estimaban como a un santo».

Escribió muchas cosas pero lo quemó casi todo.

Comunicó a sus familiares que los resultados de su «docta obra» serían aceptados, sin duda alguna, con simpatía; esta obra era tan sólo cenizas y un espejismo. De todo el montón de escritos que acumuló en Siberia, sólo se han preservado, aparte El prólogo, dos o tres cuentos y un «ciclo» de «novelas cortas» inacabado... También escribió poesías. En esencia no son diferentes de aquellas tareas versificadoras que, en un tiempo, le impusieran en el seminario, donde reconstruyó un salmo de David de la siguiente manera:

Un solo deber recaía sobre mí, ocuparme del rebaño de mi padre, y pronto empecé a entonar himnos para ensalzar con ellos al Señor.

En 1875 (a Pypin) y de nuevo en 1888 (a Lavrov) envía «un antiguo poema persa»: ¡algo espantoso! En una de las estrofas, el pronombre «su» es repetido siete veces («Su país es estéril, Sus cuerpos descarnados, Y a través de sus prendas rotas pueden verse sus costillas. Sus caras son

anchas, y sus facciones, planas; En sus gruesas facciones el alma no habita)», mientras que en las monstruosas cadenas del caso genitivo («De alaridos de dolor de sus ansias de sangre»), ahora, en su despedida de la literatura, bajo un sol muy próximo al horizonte, se encuentra la prueba de la conocida afición del autor a la congruencia, a los vínculos. Escribe cartas conmovedoras a Pypin, en que expresa su obstinado deseo de contrariar al gobierno y ocuparse en la literatura: «Este libro (La academia de montañas azules, firmado por Denzil Elliot —fingiendo así que se trata de una traducción del inglés) es de gran mérito literario... Soy paciente, pero tengo la esperanza de que nadie intente impedirme que trabaje para mi familia... Soy famoso en la literatura rusa por mi estilo descuidado... Cuando quiero, también sé escribir en toda clase de buenos estilos».

*¡Llorad, oh, por Lilibeo, con vosotros  
lloraremos!*

*¡Llorad, oh, por Agrigento, y esperemos los  
refuerzos!*

«¿Qué es este himno a la Doncella de los Cielos? Un episodio del cuento en prosa del nieto de Empédocles... ¿Y qué es el cuento del nieto de Empédocles? Uno de los innumerables cuentos que hay en *La academia de montañas azules*. La duquesa de Cantershire ha zarpado en un yate con un grupo de elegantes amigos para ir por el canal de Suez hasta las Indias orientales, a fin de visitar su diminuto reino al pie de las Montañas Azules, cerca de Golconda. Allí se dedican a lo que se dedican las personas buenas e inteligentes: narran cuentos — cuentos que seguirán en los próximos paquetes de Denzil Elliot al editor de *El mensajero de Europa*» (Stasyulevich— que no publicó nada de todo esto).

Uno siente vértigo, las cartas oscilan y se desvanecen ante la vista —y aquí reanudamos el tema de las gafas de Chernyshevski. Pidió a su familia que le enviara unas nuevas; pero, a pesar de

sus esfuerzos para explicarlo bien gráficamente, se equivocó, y seis meses después recibió unos cristales de «cuatro y medio en lugar de cinco o cinco y cuarto».

Desahogaba su pasión por la enseñanza escribiendo a Sasv ha sobre el matemático Fermat; a Misha, sobre la lucha entre papas y emperadores, y a su mujer, sobre medicina, Carlsbad e Italia... El asunto terminó como tenía que terminar: las autoridades le pidieron que dejase de escribir «cartas eruditas». Esto le ofendió y trastornó tanto que durante seis me, ses no escribió ninguna carta (las autoridades no consiguiera obtener de él aquellas humildes peticiones que Dostoyevski por ejemplo, solía enviar desde Semipalatinsk a los poderosos de este mundo). «No hay noticias de papá —escribió Olga Sokratovna a su hijo en 1879—. Me pregunto, querido, si aún estará vivo», y se le puede perdonar mucho por esta entonación.

Pero otro mequetrefe de nombre también

terminado en «ski» surge de pronto como extra: el 15 de marzo de 1881, «su desconocido alumno Vitevski», como se recomienda a sí mismo, pero que según información de la policía es un médico aficionado a empinar el codo, del hospital de Stavropol, le envía un telegrama a Vilyuisk, en que protesta con calor completamente superfluo contra una opinión anónima de que Chet, nyshevski fue responsable del asesinato del zar: «Sus obras rebosan paz y amor. Usted nunca lo deseó (es decir, el ases nato)». Y ya fuera a causa de estas palabras ingenuas o de cualquier otra cosa, el gobierno se ablandó y a mediados de junio mostró al inquilino de la cárcel un poco de bondad compasiva: hizo empapelar las paredes de su domicilio de «gris *perle* con un ribete», y cubrir el techo con percal, cosai que costaron, ambas, a Hacienda, 40 rublos y 88 cópecs; es decir, algo más que el abrigo de Yakovlev y el café de Musa, Y al año siguiente, la porfía sobre el fantasma de Chernyshevski tocó a su

fin, tras unas negociaciones entre la Guardia de Seguridad Voluntaria (la policía secreta) y el comité ejecutivo del movimiento clandestino Libertad Popular con relación al mantenimiento de la ley y el orden durante la coronación de Alejandro III, en las cuales se adoptó la decisión de que si la coronación transcurría sin incidentes, Chernyshevski sería puesto en libertad: de este modo fue intercambiado por zares —y viceversa (proceso que posteriormente encontró su expresión material cuando las autoridades soviéticas sustituyeron en Saratov la estatua de Alejandro II por la suya). Un año después, en mayo, se presentó una petición, en nombre de sus hijos (él, naturalmente, no sabía nada de esto), redactada en el estilo más florido y lacrimoso imaginable. El ministro de Justicia, Nabokov, hizo el informe pertinente y «Su Majestad se dignó permitir el traslado de Chernysehvski a Astracán».

A finales de febrero de 1883 (el tiempo,



sobrecargado, ya tenía dificultades en arrastrar su destino), los gendarmes, sin decirle una sola palabra de la resolución, se lo llevaron de improviso a Irkutsk. No importaba —abandonar Vilyuisk era por sí mismo un acontecimiento feliz, y más de una vez durante el viaje de verano por el largo Lena (que revelaba tanto parecido con el Volga en sus meandros), el anciano se puso a bailar, entonando hexámetros dactílicos. Pero en septiembre el viaje terminó, y con él la sensación de libertad. Ya la primera noche, Irkutsk le apareció la misma clase de casamata en lo más profundo de una región remota. Por la mañana le visitó el jefe de la gendarmería, Keller. Nikolai Gavrilovich se sentó, apoyó el codo en la mesa y no contestó en seguida. «El emperador le ha perdonado», dijo Keller, y lo repitió en voz más alta al ver que el otro parecía medio dormido o confuso. «¿A mí?», exclamó de repente el anciano, y entonces se levantó, puso las manos en los hombros del heraldo y, meneando la cabeza, prorrumpió en

llanto. Por la tarde, sintiéndose como convaleciente de una larga enfermedad, pero todavía débil, impregnado todo su ser de una niebla deliciosa, tomó el té en casa de los Keller, habló sin cesar y contó a los niños de la familia «cuentos de hadas más o menos persas— sobre asnos, bandidos y rosas...», como recordó uno de sus oyentes. Cinco días más tarde fue llevado a Krasnoyarsk, de allí a Orenburg —ya finales de otoño, entre seis y siete de la tarde, cruzó Saratov con caballos de posta; allí, en el patio de una posada contigua a la gendarmería, en medio de una oscuridad móvil, un viejo farol se balanceaba tanto al viento que era imposible distinguir con claridad el rostro cambiante, joven, viejo, joven de Olga Sokratovna, enmarcado por un pañuelo de lana— había acudido con precipitación a este encuentro inesperado; y aquella misma noche (¿quién podría adivinar sus pensamientos?) Chernyshevski tuvo que continuar su viaje.

Con gran maestría y la máxima intensidad

expresiva (casi podría tomarse por compasión), Strannolyubski describe su llegada a la residencia de Astracán. Nadie le recibió con los brazos abiertos, nadie le invitó, y muy pronto se dio cuenta de que todos los planes grandiosos que le habían sostenido en el exilio tendrían que reducirse ahora a una serenidad neciamente lúcida e imperturbable.

A sus enfermedades siberianas, Astracán añadió la fiebre amarilla. Se resfriaba con frecuencia. Sufrió intensas palpitaciones del corazón. Fumaba mucho y sin freno. Pero lo peor de todo era que estaba nervioso en extremo. En medio de una conversación, saltaba de su asiento en un extraño arrebató: movimiento brusco que parecía datar del día de su arresto, cuando corrió a su estudio, adelantándose al funesto Rakeyev. Por la calle se le podía confundir con un artesano viejo; tenía los hombros caídos y llevaba un barato traje de verano y una gorra deformada. «Pero, dígame...». «Pero ¿no cree usted...?». «Pero...»; chismosos casuales

solían importunarle con preguntas absurdas. El actor Syroboyarski no dejaba de preguntarle: «¿Me caso o no?». Hubo dos o tres últimas denuncias que se extinguieron como cohetes húmedos. La sociedad en que se movía consistía en varios armenios que se habían afincado allí —tenderos de comestibles y merceros—. La gente educada se sorprendía de que no se interesara mucho por los asuntos públicos. «Bueno, ¿qué quieren que piense de todo ello? —replicaba de malhumor—. Nunca he presenciado la vista de un juicio ni acudido a una reunión del *zemstvo*...».

Con la raya del pelo muy recta, orejas descubiertas demasiado grandes para ella y un «nido de pájaro» sobre la coronilla, aquí la tenemos otra vez (ha traído dulces y gatitos de Saratov); en sus labios alargados hay la misma sonrisa un poco burlona, su martirizado ceño es algo más marcado, y las mangas de su vestido están ahora hinchadas sobre los hombros. Ya tiene más de cincuenta años

(1833-1918), pero su carácter sigue siendo el mismo, neurótico, malicioso; sus ataques histéricos culminan a veces en fuertes convulsiones.

Durante estos seis últimos años de su vida, pobre, viejo e indeseable, Nikolai Gavrilovich traduce, con la regularidad de una máquina, volumen tras volumen de la Historia Universal, de George Weber, para el editor Soldatenkov —y al mismo tiempo, impulsado por su vieja e irreprimible necesidad de airear sus opiniones, va intentando gradualmente pasar a través de Weber algunas de sus propias ideas. Firma su traducción «Andreyev»; y en su reseña del primer volumen (en *El examinador*, febrero de 1884) un crítico observa que «debe tratarse de una especie de seudónimo, ya que en Rusia hay tantos Andreyev como Ivanov y Petrov»; a lo cual siguen punzantes alusiones a la pesadez del estilo y una pequeña reprimenda: «El señor Andreyev no tenía necesidad de extenderse, en su Prefacio, sobre los méritos y defectos de Weber, a

quien el lector ruso conoce desde hace mucho tiempo. Su libro de texto apareció ya en los años cincuenta y simultáneamente tres volúmenes de su *Curso de Historia Universal*, traducidos por E. y V. Korsh... Haría bien en no ignorar las obras de sus predecesores».

E. Korsh, amante de la terminología arcaica rusa en lugar de la aceptada por los filósofos alemanes, era un hombre de ochenta años, ayudante de Soldatenkov, y con la ventaja que esto le confería leyó al «traductor de Astracán», introduciendo correcciones que encolerizaron a Chernyshevski, quien en sus cartas al editor empezó a «despedazar» a Evgeniy Fiodorovich de acuerdo con su viejo sistema, y a exigir furiosamente, al principio, que dieran a leer las pruebas a alguien «que comprenda mejor que no hay otro hombre en Rusia que conozca mejor que yo el lenguaje literario ruso», y después, cuando hubo logrado lo que quería, recurrió a otro método: «¿Pueden interesarme realmente tales

bagatelas? Sin embargo, si Korsh quiere continuar leyendo las pruebas, pídale que no haga correcciones, pues son totalmente ridículas». Con no menos amargo placer se ensañó también con Zaharyn, quien en su bondad había hablado a Soldatenkov de entregar una cantidad mensual (200 rublos) a Chernyshevski en vista del despilfarro de Olga Sokratovna. «Fue usted engañado por el descaro de un hombre cuya mente estaba nublada por una borrachera», escribió Chernyshevski a Soldatenkov, y poniendo en movimiento todo el aparato de su lógica —oxidada, agrietada, pero todavía sinuosa—, justificó al principio su ira con el hecho de que le tomaban por un ladrón que deseaba adquirir capital, y después explicó que su indignación era en realidad fingida para proteger a Olga Sokratovna: «Gracias a que se enteró de su despilfarro por la carta que yo le escribí a usted, ya que no le hice caso cuando me pidió que suavizara mi expresión, no hubo convulsiones». En este punto

(finales de 1888) se publicó otra crítica —ahora del décimo volumen de Weber. El terrible estado de su ánimo, su orgullo herido, la excentricidad de un anciano y los últimos e impotentes intentos de acallar el silencio (una proeza aún más difícil que el intento de Lear de acallar la tormenta), todo esto se ha de tener en cuenta cuando se lee a través de sus gafas la crítica aparecida en el interior de la portada rosa de *El mensajero de Europa*:

«... Por desgracia, parece ser, por el Prefacio, que el traductor ruso sólo permaneció fiel a sus sencillos deberes de traductor en los seis primeros volúmenes, pero al empezar el séptimo se impuso a sí mismo un deber nuevo... “desbrozar” a Weber. Es difícil agradecerle una clase de traducción en que el autor es “retocado”, y aún más si el autor es una autoridad de la talla de Weber».

«Se diría —observa aquí Strannolyubki (que a veces mezcla un poco sus metáforas)— que con este puntapié el destino había dado el último toque



pertinente a la cadena de retribución que forjó para él». Pero no es así. Todavía nos queda para considerar un castigo más —el más terrible, el más completo, el definitivo.

Entre todos los locos que hicieron trizas la vida de Chernyshevski, el peor fue su hijo; no el menor, naturalmente, Mijail (Misha), que llevaba una vida tranquila y trabajaba con afición en cuestiones de tarifas (era empleado del departamento de ferrocarriles): era fruto del «elemento positivo» de su padre y actuó como un buen hijo, pues cuando (1896-1898) su hermano pródigo (he ahí una imagen moralizadora) publicaba sus *Cuentos fantásticos* y una colección de fútiles poesías, él iniciaba piadosamente su monumental edición de las obras de su difunto padre, que ya casi había concluido cuando murió, en 1924, rodeado de la estima general —diez años después de haber muerto de repente Alexander (Sasha), en la pecadora Roma, en una habitacioncita de suelo de piedra, declarando su amor

sobrehumano por el arte italiano y gritando en el ardor de una violenta inspiración que si la gente le escuchara, ¡la vida sería diferente, muy diferente! Creado al parecer con todo cuanto su padre no podía soportar, Sasha, apenas salido de la adolescencia, cultivó una gran pasión por todo lo siniestro, quimérico e incomprensible para sus contemporáneos— se enfrascó en E. T. A. Hoffman y Edgar Poe, le fascinaban las matemáticas puras, y un poco más tarde fue uno de los primeros rusos en apreciar a los «poetes maudits» franceses. El padre, vegetando en Siberia, no podía ocuparse del desarrollo de su hijo (que fue educado por los Pypin), y lo que averiguó, lo interpretó a su manera, tanto más cuanto que todos le ocultaron la enfermedad mental de Sasha. Sin embargo, la pureza de estas matemáticas empezó a irritar gradualmente a Chernyshevski —y es fácil de imaginar con qué sentimientos leería el joven las largas cartas de su padre, que se iniciaban con una broma de calculada

jovialidad y luego (como las conversaciones de aquel personaje de Chejov, que solían empezar tan bien— «un ex alumno, ¿sabe?, un idealista incurable...») concluían con airados insultos; esta pasión por las matemáticas no sólo le encolerizaba como manifestación de algo no utilitario: al mofarse de todo lo moderno, Chernyshevski, a quien la vida había dejado atrás, se desahogaba contra todos los innovadores, excéntricos y fracasados de este mundo.

Su bondadoso primo Pypin le envía a Vilyuisk, en enero de 1875, una descripción mejorada de su hijo estudiante, y le informa de lo que podía ser grato para el creador de *Rajmetov* (Sasha, escribió, había encargado una pelota de metal de siete kilos para hacer gimnasia) y de lo que debía halagar a cualquier padre: con ternura reprimida, Pypin, recordando su amistad juvenil con Nikolai Gavrilovich (a quien debía muchas cosas), relata que Sasha es tan torpe y tan anguloso como era su

padre, y también se ríe en el mismo tono atiplado... De improviso, en otoño de 1877, Sasha se alistó en el regimiento Nevski de infantería, pero antes de llegar al frente (se estaba librando la guerra ruso-turca) cayó enfermo de tifus (en sus constantes infortunios se advierte el legado de su padre, que también solía romperlo todo). Al volver a San Petersburgo se instaló a vivir solo, daba lecciones y publicaba artículos sobre la teoría de la probabilidad. A partir de 1882 su enfermedad mental se agravó, y más de una vez tuvo que ser recluido en un sanatorio. Le daba miedo el espacio, o, más exactamente, temía caer en una dimensión diferente, y a fin de no perecer se agarraba continuamente a las faldas seguras y sólidas —con pliegues euclidianos— de Pelagueya Nikolayevna Fanderflit (nacida Pypin).

Continuaron ocultando este hecho a Chernyshevski, que ahora ya residía en Astracán. Con una especie de sádica obstinación, con una

dureza pedante que igualaba la de cualquier burgués acomodado de Dickens o Balzac, llamaba en sus cartas a su hijo «monstruo ridículo» y «mendigo excéntrico», y le acusaba del deseo de «seguir siendo un mendigo». Finalmente, Pypin no pudo soportarlo más y explicó a su primo con cierto ardor que, aunque Sasha no hubiera llegado a ser «un negociante frío y calculador», había adquirido en cambio «un alma pura y honorable».

Y de pronto Sasha llegó a Astracán. Nikolai Gavrilovich vio aquellos ojos radiantes y saltones, oyó aquel lenguaje extraño y evasivo... Empleado del petrolero Nobel y después de recibir de éste el encargo de acompañar una barcaza por del Volga, Sasha, cuando se hallaba en camino, un mediodía caluroso, satánico y empapado de petróleo, lanzó al aire la gorra de contable, tiró al agua tornasolada el manojito de llaves y se marchó a Astracán. Aquel mismo verano aparecieron, en *El mensajero de Europa*, cuatro poesías suyas; se advierte en ellas un

destello de talento:

*Si las horas de la vida te parecen amargas,  
no vituperes a la vida, porque es mejor  
admitir que tu culpa es haber nacido  
con un corazón afectuoso en el pecho.  
Y si no es tu deseo reconocer siquiera  
tan evidente imperfección...*

(A propósito, observemos el fantasma de una sílaba adicional en las «horas de la vi-ida», que corresponde a *shis-en'*, en lugar de *shisn'*, lo cual es extremadamente característico de los poetas rusos desequilibrados de tipo melancólico: un defecto causado, al parecer, por la carencia de algo en sus vidas, algo que podría haber convertido la vida en una canción. Sin embargo, el último verso citado tiene una auténtica cadencia poética).

El domicilio común de padre e hijo era un

infierno común. Chernyshevski provocaba a Sasha angustiosos insomnios con sus interminables amonestaciones (como «materialista», tenía la fanática insolencia de suponer que la causa principal de la dolencia de Sasha era su «lastimoso estado material»), y él mismo sufría más de lo que había sufrido incluso en Siberia. Ambos respiraron con alivio cuando Sasha se marchó aquel invierno, al principio a Heidelberg con la familia que le empleó como tutor y después a San Petersburgo, para «una necesaria consulta médica». Infortunios mezquinos y falsamente graciosos continuaban salpicándole. Nos enteramos por una carta de su madre (1888) que un día en que «Sasha sintió el deseo de irse a pasear, la casa donde vivía fue destruida por un incendio», y todo cuanto poseía ardió con ella; y ahora, completamente derrotado, se trasladó a la casa de campo de Strannolyubski (¿el padre del crítico?).

En 1889, Chernyshevski recibió autorización para ir a Saratov. Cualesquiera que fuesen las

emociones que esto despertara en él, las envenenó una preocupación familiar intolerable: Sasha, que siempre había sentido una pasión patológica por las exposiciones, emprendió de repente un feliz y costoso viaje a la famosa *Exposition universelle* de París, como se quedó sin un céntimo en Berlín, fue necesario enviarle dinero a nombre del cónsul, a quien se rogó que le mandara a su casa; pero no: cuando obtuvo el dinero Sasha se dirigió a París, contempló a sus anchas «la maravillosa rueda y la torre gigantesca y afilegranada», y de nuevo se quedó sin un céntimo.

El febril trabajo de Chernyshevski en enormes masas de Weber (que convirtió su cerebro en una fábrica de trabajos forzados y, de hecho, representó la mayor burla del pensamiento humano) no cubría gastos inesperados —y dictando día tras día, dictando siempre, tenía la impresión de que ya no podía continuar, no podía seguir convirtiendo la historia del mundo en rublos— y al mismo tiempo le



atormentaba el pánico de que Sasha llegase a Saratov directamente desde París. El 11 de octubre escribió a su hijo que su madre le enviaba dinero para que regresara a San Petersburgo y —por millonésima vez— le aconsejó que aceptara cualquier empleo e hiciera todo cuanto le ordenasen sus superiores: «Tus sermones ignorantes y ridículos a tus superiores, éstos no los pueden tolerar» (así termina el «tema de ejercicios escritos»). Sin dejar de estremecerse y murmurar, selló el sobre y fue él mismo a la estación a echar la carta al correo. Por la ciudad silbaba un viento cruel, que ya en la primera esquina heló los huesos del airado anciano cubierto por un abrigo ligero. Al día siguiente, pese a tener fiebre, tradujo dieciocho páginas de letra pequeña; el día 13 quiso continuar, pero le convencieron para que desistiera; el 14 empezó a delirar: «*Inga, inc* (palabras sin sentido, después un suspiro) estoy muy extraño... Párrafo... Si pudieran enviarse unos treinta mil soldados suecos a Schleswig-Holstein,

aplastarían fácilmente a todas las fuerzas danesas y conquistarían... todas las islas, excepto, tal vez, Copenhague, que resistirá con obstinación, pero en noviembre, pongamos el nueve entre paréntesis, Copenhague también se rendirá, punto y coma; los suecos convirtieron en plata brillante a toda la población de la capital danesa, desterraron a Egipto a todos los hombres enérgicos de los partidos patrióticos... Sí, sí, ¿dónde estaba...? Punto y aparte...». Continuó delirando así durante mucho rato: saltaba de un Weber imaginario a unas memorias imaginarias de su propia cosecha, hablaba prolongada y laboriosamente del hecho de que «el mínimo destino de este hombre ya está decidido, no hay salvación para él... Aunque microscópica, se ha encontrado en su cuerpo una diminuta partícula de pus, su destino ya está decidido...». ¿Hablabo de sí mismo, era en sí mismo donde sentía esta partícula diminuta que había ido corroyendo misteriosamente todo cuanto hizo y experimentó en su vida?

Pensador, trabajador infatigable, mente lúcida que poblaba sus utopías con un ejército de taquígrafos; ahora vivía para ver a un secretario tomando nota de su delirio. Por la noche del 16 sufrió un ataque; sintió que la lengua se espesaba en su boca; tras lo cual no tardó en morir. Sus últimas palabras (a las tres de la madrugada del 17) fueron: «Es extraño: en este libro no hay una sola mención de Dios». Es una lástima que no sepamos con precisión qué libro estaba leyendo para sus adentros.

Ahora yacía rodeado de los muertos volúmenes de Weber; unas gafas dentro de su estuche representaban un estorbo para todo el mundo.

Habían transcurrido sesenta y un años desde 1828, cuando en París aparecieron los primeros ómnibuses y cuando un sacerdote de Saratov anotó en su breviario: «12 de julio, a las tres de la mañana, ha nacido un hijo, Nikolai... Bautizado en la mañana del día 13, antes de la misa. Padrino: Arcipreste Fiod. Stef. Vyasovski...».

Posteriormente, Chernyshevski dio este nombre al protagonista y narrador de sus novelas siberianas, y por una extraña coincidencia fue así, o casi así (F. V...ski) como firmó un poeta desconocido (en la revista Siglo, noviembre de 1909) catorce versos dedicados, según la información que poseemos, a la memoria de N. G. Chernyshevski, soneto mediocre, pero curioso, que reproducimos íntegro:

*¿Qué dirá la voz de su lejano descendiente:*

*elogiará tu vida o clamará, rotunda,*

*que ha sido espantosa?*

*¿Que tal vez otra vida pudo ser menos  
amarga?*

*¿Que fue elección tuya?*

*¿Que tu mejor acción prevaleció,  
encendiendo*

*tu árida obra con la poesía del Bien,*

*y coronó las canas del martirio cautivo*

*con un cerrado círculo de etéreo fulgor?*

# CAPÍTULO QUINTO

Alrededor de quince días después de su aparición, La vida de Chemyshevski fue saludada por el primer eco ingenuo. Valentín Linyov (en un periódico de los emigrados rusos publicado en Varsovia) escribía lo siguiente:

«El nuevo libro de Boris Cherdyntsev comienza con seis versos que el autor, por alguna razón, llama soneto (?) y a esto sigue una descripción pretenciosamente caprichosa de la bien conocida vida de Chemyshevski.

»Chernyshevski, dice el autor, era hijo de “un bondadoso clérigo” (pero no menciona cuando ni donde nació); terminó el seminario y cuando su padre, después de una vida santa que inspiró incluso a Nekrasov, falleció, su madre envió al joven a estudiar a San Petersburgo, donde en seguida, prácticamente en la estación, intimó con los

“moldeadores de opinión”, como los llamaban entonces, Pisarev y Belinski. El joven entró en la universidad, se dedicó a inventos técnicos, trabajó mucho y tuvo su primera aventura romántica con Lyubov’ Yegorovna Lobachevski, que le contagió el amor por el arte. Sin embargo, tras una pelea por motivos románticos con un oficial, en Pavlovsk, se vio obligado a regresar a Saratov, donde se declaró a su futura esposa y poco después se casó con ella.

»Volvió a Moscú, se entregó a la filosofía, escribió mucho (la novela *¿Qué vamos a hacer?*) y trabó amistad con los escritores destacados de su tiempo. Poco a poco se fue introduciendo en la labor revolucionaria y, después de una reunión turbulenta, durante la cual habló junto con Dorbolyubov y el conocido profesor Pavlov, que entonces era aún muy joven, Chernyshevski tuvo que marchar al extranjero. Vivió un tiempo en Londres, donde colaboró con Herzen, pero al fin volvió a Rusia y fue arrestado inmediatamente. Acusado de planear el

asesinato de Alejandro II, Chernyshevski fue sentenciado a muerte y ejecutado en la plaza pública.

»Tal es en resumen la historia de la vida de Chernyshevski, y todo hubiera ido bien si el autor no hubiese considerado necesario adornar su relato con una multitud de detalles inútiles que oscurecen el sentido y con toda clase de largas digresiones sobre los temas más diversos. Y lo peor de todo es que, tras describir la escena de la ejecución en la horca, no se da por satisfecho con este final de su héroe y por espacio de muchas páginas ilegibles medita sobre lo que habría ocurrido “si” —si Chernyshevski no hubiera sido ejecutado sino desterrado a Siberia, por ejemplo, como Dostoyevski.

»El autor escribe en un lenguaje que tiene poco en común con el ruso. Le encanta inventar palabras. Le gustan las frases largas y complicadas, como, por ejemplo: “El destino los clasifica (?) anticipándose



(?) a las necesidades del investigador (?)”, o bien pone máximas solemnes, pero no del todo gramaticales, en boca de sus personajes, como “El propio poeta elige los temas de sus poesías, la multitud no tiene derecho a dirigir su inspiración”».

Casi simultáneamente con esta entretenida crítica apareció la de Christopher Mortus (París), la cual despertó en Zina tal indignación, que a partir de entonces sus ojos despedían chispas y se dilataban las ventanas de su nariz a la menor mención de este nombre.

«Al hablar de un joven autor que comienza (escribía Mortus con calma) uno suele sentir cierta timidez: ¿No se le alarmará, no se le ofenderá con una observación demasiado “cruda”? Me parece que en el caso presente no hay motivo para tales temores. Godunov-Cherdyntsev es un novel, desde luego, pero un novel dotado de una extrema confianza en sí mismo, y es probable que alarmarle no sea una cuestión fácil. Ignoro si su libro presagia

o no “logros” futuros, pero si éste es un comienzo, no se le puede llamar un comienzo muy alentador.

»Permítanme explicar esto. Estrictamente hablando, no tiene la menor importancia que el esfuerzo de Godunov-Cherdyntsev sea estimable o estéril. Un hombre escribe bien, otro lo hace mal, y a todos nos espera al final del camino el tema “que nadie puede evadir”. Creo que se trata de algo muy diferente. Ya ha pasado para siempre la época dorada en que el crítico o el lector podía interesarse ante todo por la calidad “artística” o el grado exacto de talento de un libro. Nuestra literatura de la emigración —estoy hablando de literatura auténtica e “indiscutible”— las personas de gusto impecable me comprenderán —se ha vuelto más simple, más seria, más árida— a costa del arte, tal vez, pero que en compensación produce (en ciertas poesías de Tsyrovich y Boris Barski y en la prosa de Koridonov...) sonidos de tal tristeza, de tal música, de tal encanto divino e “impotente”, que en verdad

no vale la pena añorar lo que Lermontov llamó “los torpes cantos de la tierra”.

»Por sí misma, la idea de escribir un libro sobre una destacada figura pública de los años sesenta no tiene nada de reprehensible. Uno se sienta a escribirlo —estupendo—; se publica —estupendo; se han publicado libros peores—. Pero el estado de ánimo general del autor, el “ambiente” de su pensamiento nos llena de dudas extrañas y desagradables. Me abstendré de discutir la pregunta: ¿Es apropiada la aparición de este libro en el momento actual? ¡Después de todo, nadie puede prohibir a una persona que escriba lo que se le antoje! Pero me parece —y no soy el único en sentirlo— que en el fondo del libro de Gudonov-Cherdyntsev se oculta algo que es, en esencia, carente del todo de tacto, algo discordante y ofensivo... Tiene derecho, naturalmente (aunque incluso esto podría ponerse en duda), a adoptar esta o aquella actitud hacia “los hombres de los años sesenta”, pero al

“desprestigiarles” tiene que despertar sin remedio en cualquier lector sensible sorpresa y repugnancia. ¡Qué poco importante es todo esto! ¡Qué inoportuno! Permítanme que explique lo que quiero decir. El hecho de que sea precisamente ahora, precisamente hoy cuando se efectúe esta vulgar operación es, por sí mismo, una afrenta a aquel algo significativo, amargo y palpitante que está madurando en las catacumbas de nuestra era. Oh, ya lo sabemos, los “hombres de los años sesenta” y en particular Chernyshevski, expresaron en sus juicios literarios muchas cosas equivocadas y tal vez ridículas. ¿Quién está libre de este pecado? Y, ¿es un pecado tan grande, después de todo? Pero en la “entonación” general de su crítica se advertía cierta clase de verdad —verdad que, por muy paradójico que parezca, no ha estado nunca tan próxima a nosotros ni sido tan comprensible como ahora, precisamente ahora. No estoy hablando de sus ataques a los que se dejaban sobornar ni a la

emancipación femenina... ¡No es ésta la cuestión! Creo que seré debidamente comprendido (en la medida en que podemos comprender a otra persona) si digo que en un sentido infalible y definitivo sus necesidades y las nuestras coinciden. Oh, ya sé, nosotros somos más sensibles, más espirituales, más “musicales” que ellos, y nuestro objetivo final—bajo ese cielo negro y resplandeciente donde transcurre la vida —no es la “comuna” ni el “derrocamiento del déspota”. Pero Nekrasov y Lermontov, en especial este último, están más cerca de nosotros que Pushkin. Elijo sólo este ejemplo, el más sencillo de todos, porque aclara inmediatamente nuestra afinidad —cuando no parentesco— con ellos. Aquella frialdad, aquella afectación, aquella cualidad “irresponsable” que intuían en ciertas partes de la poesía de Pushkin, también la percibimos nosotros. Se puede objetar que nosotros somos más inteligentes, más receptivos... Muy bien, convengo en ello; pero en esencia no es una cuestión

del “racionalismo” de Chernyshevski (o de Belinski o Dobrolyubov, los nombres y las fechas no importan), sino del hecho de que entonces, igual que ahora, las personas espiritualmente progresistas comprendían que el mero “arte” y la “lira” no eran un pábulo suficiente. Nosotros, sus refinados y fatigados nietos, también queremos algo que esté por encima de todo lo humano; exigimos los valores que son esenciales para el alma. Este “utilitarismo” es tal vez más elevado que el suyo, pero en ciertos aspectos es incluso más urgente que el que ellos predicaron.

»Me he apartado del tema inmediato de mi artículo. Pero es que a veces se puede expresar la propia opinión con mucha mayor exactitud y autenticidad revoloteando en torno al tema —por sus fértiles alrededores... De hecho, el análisis de cualquier libro es torpe e inútil, y, además, no nos interesa la forma cómo el autor ha realizado su “tarea”, ni siquiera la “tarea” en sí, sino sólo la

actitud del autor hacia ella.

»Y añadamos esto: ¿Son realmente tan necesarias estas incursiones hacia el ámbito del pasado, con sus disputas estilizadas y su modo de vida artificialmente resucitado? ¿Quién quiere conocer las relaciones de Chernyshevski con las mujeres? En nuestra época amarga, tierna y ascética no hay lugar para esta clase de traviesa investigación, para esta literatura ociosa —que, de todos modos, no carece de cierta audacia arrogante que sin duda repelerá al lector mejor dispuesto».

A partir de aquí, las críticas proliferaron. El profesor Anuchin, de la Universidad de Praga (figura pública muy conocida, hombre de manifiesta pureza moral y gran valor personal —el mismo profesor Anuchin que en 1922, poco antes de ser deportado de Rusia, cuando unos sujetos armados y vestidos con chaquetas de cuero fueron a arrestarle pero se interesaron por su colección de monedas antiguas y tardaban en llevárselo, había dicho

serenamente, señalando su reloj: «Caballeros, la historia no espera.») publicó un análisis detallado de *La vida de Chernyshevski* en una revista de emigrados que aparecía en París.

«El año pasado (escribía) se publicó un libro notable del profesor Otto Lederer, de la Universidad de Bonn, *Tres déspotas* (Alejandro el Confuso, Nicolás el Glacial y Nicolás el Tedioso). Impulsado por un apasionado amor por la libertad del espíritu humano y un inflamado odio hacia sus opresores, el doctor Lederer fue injusto en algunas de sus apreciaciones al no tomar en consideración, por ejemplo, aquel fervor nacional ruso que encarnó con tanta fuerza el símbolo del trono; pero un celo excesivo, e incluso ceguera, en el proceso de denunciar el mal es siempre más comprensible y perdonable que la menor ironía —por muy ingeniosa que sea— a propósito de lo que la opinión pública considera objetivamente bueno. No obstante, el señor Godunov-Cherdyntsev ha elegido



precisamente este segundo camino, el camino de la mordacidad ecléctica, para su interpretación de la vida y las obras de N. G. Chernyshevski.

»No cabe duda de que el autor ha estudiado a fondo, y a su modo con gran minuciosidad, el tema en cuestión; tampoco cabe duda de que su pluma tiene talento —algunas de las ideas que expresa y yuxtaposiciones de ideas son ciertamente perspicaces; pero a pesar de esto, su libro es repelente. Tratemos de examinar con calma esta impresión.

»Ha tomado una época determinada y elegido a uno de sus representantes. Pero ¿ha asimilado el autor el concepto de “época”? No. Ante todo no se advierte en él ninguna conciencia de aquella clasificación del tiempo sin la cual la historia se convierte en una rotación arbitraria de puntos multicolores, en una especie de pintura impresionista con una figura que anda cabeza abajo contra un cielo verde que no existe en la naturaleza.

Pero este método (que, por cierto, destruye cualquier valor erudito de la obra, pese a su jactanciosa erudición) no constituye la falta principal del autor. Su falta principal reside en el modo cómo describe a Chernyshevski.

»No tiene la menor importancia que Chernyshevski entendiera menos sobre cuestiones de poesía que un joven esteta de la actualidad. Carece de toda importancia que, en sus conceptos filosóficos, Chernyshevski permaneciera alejado de esas sutilezas trascendentales que gustan al señor Godunov-Cherdyntsev. Lo importante es que, cualesquiera que fuesen las opiniones de Chernyshevski sobre el arte y la ciencia, representaban el *Weltanschauung* de los hombres más progresistas de su época, y estaban además indisolublemente unidas al desarrollo de las ideas sociales, con su ardiente y beneficiosa fuerza activadora. Es en este aspecto, iluminado por esta única luz, que el sistema de pensamiento de

Chernyshevski adquiere una significación que trasciende en grado superlativo el sentido de esos argumentos vacíos —sin ninguna conexión con la época de los años sesenta— que el señor Godunov-Cherdyntsev emplea al ridiculizar con saña a su héroe.

»Pero no sólo se burla de su héroe: también se burla del lector. ¿Cómo calificar de otro modo el hecho de que entre las conocidas autoridades sobre Chernyshevski cite a una autoridad inexistente, a quien el autor pretende apelar? En cierto sentido sería posible, si no perdonar, al menos comprender científicamente la mofa de Chernyshevski, si el señor Godunov-Cherdyntsev fuera un apasionado partidario de aquéllos a quienes Chernyshevski atacó. Al menos sería un punto de vista, y al leer el libro el lector haría un reajuste constante del enfoque parcial del autor, a fin de llegar de este modo a la verdad. Pero es una lástima que con el señor Godunov-Cherdyntsev no pueda hacerse

ningún reajuste y su punto de vista esté “por doquier y en ninguna parte”; y no sólo esto, sino que en cuanto el lector, cuando empieza a descender por el curso de una frase, piensa que al fin ha llegado a un tranquilo meandro, a un ámbito de ideas que pueden ser contrarias a las de Chernyshevski pero al parecer comparte el autor —y, por tanto, pueden servir de base para el criterio y guía del lector—, el autor le da un capirotazo inesperado y derriba el apoyo imaginario, por lo que de nuevo vuelve a ignorar el bando en que milita el señor Godunov-Cherdyntsev en su campaña contra Chernyshevski —si está a favor de los partidarios del arte por el arte, o a favor del gobierno, o de otro enemigo de Chernyshevski a quien el lector no conoce. En cuanto a la burla a que somete a su héroe, el autor rebasa todos los límites. No hay detalle que desdeñe por demasiado repulsivo. Es probable que él replique que todos estos detalles se encuentran en el “Diario” del joven Chernyshevski; pero allí están en

su lugar, en su propio ambiente, en la perspectiva y el orden correctos, entre muchos otros sentimientos e ideas que son mucho más valiosos. Pero el autor ha buscado y reunido precisamente éstos, como si alguien hubiera intentado reconstruir la imagen de una persona coleccionando sus pelos caídos, trozos de sus uñas y excreciones corporales.

»En otras palabras, el autor se mofa a lo largo de todo el libro de la personalidad de uno de los hijos más puros y valiosos de la Rusia liberal —y no digamos de los puntapiés con que recompensa a otros pensadores progresistas rusos, el respeto hacia los cuales es en nuestra conciencia una parte inmanente de su esencia histórica. En su libro, que se halla absolutamente fuera de la tradición humanitaria de la literatura rusa y, por tanto, fuera de la literatura en general, no hay falsedades auténticas (si exceptuamos al ficticio “Strannolyubski” ya mencionado, dos o tres detalles dudosos, y unos cuantos deslices de la pluma), pero la “verdad” que

contiene es peor que la mentira más llena de prejuicios, porque semejante verdad está en contradicción directa con aquella verdad noble y casta (cuya ausencia despoja a la historia de aquello que el gran griego llamó tropotos) que es uno de los tesoros inalienables del pensamiento social ruso. En nuestros días, a Dios gracias, a los libros no se les quema en la hoguera, pero debo confesar que si aún existiera semejante costumbre, el libro del señor Godunov-Cherdyntsev podría considerarse con justicia el primer candidato para calentar una plaza pública».

Después de esto Koncheyev expresó su opinión en la publicación literaria anual La Torre. Empezó dibujando la imagen de una huida durante una invasión o un terremoto, cuando la gente carga con todo lo que puede llevar y siempre hay alguien que acarrea el gran retrato enmarcado de un pariente olvidado hace tiempo. «Un retrato como éste (escribía Koncheyev) es para los intelectuales rusos

la imagen de Chernyshevski, que los emigrados llevaron consigo al extranjero, espontánea pero casualmente, junto con otras cosas más útiles», y así es cómo Koncheyev explicaba la estupefacción causada por la aparición del libro de Fiodor Konstantinovich: «De repente alguien ha confiscado el retrato». Más adelante, después de acabar de una vez por todas con las consideraciones de naturaleza ideológica y de embarcarse en un examen del libro como obra de arte, Koncheyev empezaba a elogiarlo de tal modo que, mientras leía la crítica, Fiodor sentía que se formaba en torno a su rostro una cadente aureola y que circulaba mercurio por sus venas. El artículo terminaba así: «¡Ay! Entre los emigrados será difícil hallar a una docena de personas capaces de apreciar el fuego y la fascinación de esta composición de fabuloso ingenio; y hasta sostendría que en la Rusia de hoy no encontraríamos ni siquiera a una que lo apreciase, si no me hubiese enterado de la existencia de dos

personas, una de las cuales vive en la margen norte del Neva y la otra, en el remoto destierro siberiano».

El órgano monárquico *El Trono* dedicó a La vida de Chernyshevski unas pocas líneas, en las cuales señalaba que cualquier valor que pudiera contener el desenmascaramiento de «uno de los mentores ideológicos del bolchevismo» quedaba completamente anulado por «el barato liberalismo del autor, que se pone del lado de su infortunado pero pernicioso héroe en cuanto el paciente zar de Rusia le ha confinado en lugar seguro... Y en general —añadía el crítico, Piotr Levchenko—, ya es hora de que deje de escribirse sobre las supuestas crueldades del “régimen zarista” en relación con las “almas puras” que no interesan a nadie. La francmasonería roja se regocijará ante la obra del conde Godunov-Cherdyntsev. Es lamentable que el portador de dicho nombre se ocupe en entonar himnos a los “ideales sociales” que desde hace



mucho tiempo sólo son ídolos baratos».

El diario procomunista de Berlín, publicado en lengua rusa, *¡Arriba!* (al cual la *Gazeta* de Vasiliev calificaba invariablemente de «el reptil»), publicó un artículo dedicado a la celebración del centenario del nacimiento de Chernyshevski, que concluía así: «En nuestra bendita emigración también ha habido reacciones: con fanfarronería e insolencia, un tal Godunov-Cherdyntsev ha fraguado un opúsculo — para el que ha recogido material de todos los lugares imaginables— y ha publicado su vil difamación con el título de *La vida de Chernyshevski*. Un profesor de Praga se ha apresurado a considerar la obra “inteligente y concienzuda”, y todo el mundo ha coincidido amistosamente. Está escrita con estilo ostentoso, que no difiere en modo alguno de los editoriales de Vasiliev sobre “El fin inminente del bolchevismo”».

Esta última ironía era especialmente divertida, teniendo en cuenta el hecho de que Vasiliev se opuso

de manera rotunda a hacer la menor referencia al libro de Fiodor en su Gazeta, diciéndole con sinceridad (aunque el otro no había preguntado nada) que de no estar en relaciones tan amistosas con él, habría publicado una crítica devastadora —«no habría quedado ni una huella húmeda» del autor de La vida de Chernyshevski. En suma, el libro se vio rodeado de un buen ambiente de escándalo que favoreció las ventas; y al mismo tiempo, pese a los ataques, el nombre de Godunov-Cherdyntsev pasó inmediatamente a primer plano, y se elevó sobre la abigarrada tempestad de las opiniones de los críticos, a plena vista de todo el mundo, clara y firmemente. Pero había un hombre cuya opinión Fiodor ya no podía averiguar. Alexander Yakovlevich Chernyshevski murió poco antes de la aparición del libro.

Cuando en un funeral preguntaron al pensador francés Delalande por qué no se descubría (*ne se découvre pas*), replicó: «Estoy esperando que lo

haga primero la muerte» (*qu'elle se découvre la première*). Hay en esto una carencia de gallardía metafísica, pero la muerte no merece nada más. El miedo origina un temor reverente, el temor reverente erige un altar para el sacrificio, su humo asciende hasta el cielo, donde adopta la forma de alas, y el miedo servil le dirige una oración. La religión tiene la misma relación con la condición divina del hombre que las matemáticas con su condición terrena: tanto la una como las otras son meramente las reglas del juego. Fe en Dios y fe en los números: fe local y fe de localización. Sé que la muerte por sí misma no tiene ninguna relación con la topografía del más allá, porque una puerta tan sólo es la salida de la casa y no una parte de sus alrededores, como un árbol o una colina. Hay que salir de algún modo, «pero me niego a ver en una puerta algo más que un agujero o un trabajo de carpintería» (Delalande, *Discours sur les ombres*, pág. 45). Y otra cosa: la desafortunada imagen de un «camino», a la que la

mente humana se ha acostumbrado (la vida como una especie de viaje), es una ilusión estúpida: no vamos a ninguna parte, estamos sentados en casa. El otro mundo nos rodea siempre y no es en absoluto el fin de un peregrinaje. En nuestra casa terrena, las ventanas están reemplazadas por espejos; la puerta, hasta un momento determinado, está cerrada; pero el aire entra por las rendijas. «Para nuestros sentidos domésticos la imagen más accesible de nuestra comprensión futura de aquellos alrededores que nos serán revelados junto con la desintegración del cuerpo, es la liberación del alma de las cuencas de la carne y nuestra transformación en un ojo libre y completo, que puede ver simultáneamente en todas direcciones, o, dicho de otro modo: una percepción suprasensorial del mundo, acompañada de nuestra participación interna». (Ibídem, pág. 64). Pero todo esto son únicamente símbolos —símbolos que se convierten en una carga para la mente en cuanto ésta los mira de cerca.

¿No es posible comprenderlo con más sencillez, de un modo más satisfactorio para el espíritu, sin ayuda de este elegante ateo y también sin ayuda de credos populares? Porque la religión incluye una sospechosa facilidad de acceso general que destruye el valor de sus revelaciones. Si los pobres de espíritu entran en el reino de los cielos, puedo imaginarme la alegría que debe imperar allí. Ya he visto bastantes en la tierra. ¿Quién más compone la población del cielo? Multitudes de chillones predicadores, monjes desaliñados, montones de almas miopes y sonrosadas de manufactura más o menos protestante —¡qué mortal aburrimiento! Hace cuatro días que tengo mucha fiebre y no puedo leer. Es extraño— antes solía pensar que Yasha estaba siempre cerca de mí, que había aprendido a comunicarme con los espíritus, pero ahora, cuando quizás estoy moribundo, esta fe en los espíritus se me antoja algo terrenal, vinculado a las sensaciones terrenales más bajas y en modo alguno al

descubrimiento de una América celestial.

Algo más sencillo. Algo más sencillo. ¡Algo inmediato! Un esfuerzo —y lo comprenderé todo. La búsqueda de Dios; la nostalgia de cualquier lebrél por un amo; dadme un jefe y caeré postrado ante sus enormes pies. Todo esto es terreno. Padre, maestro, rector, presidente de la junta, zar, Dios. Números, números— y uno ansia con tal fuerza encontrar el número más alto, para que todos los restantes puedan significar algo y trepar a alguna parte. No, de este modo se acaba en acolchados callejones sin salida —y todo deja de ser interesante.

Claro que me estoy muriendo. Estos pinchazos detrás y este dolor acerado son fáciles de comprender. La muerte se acerca a hurtadillas por la espalda y te agarra por los costados. Es gracioso que haya pensado en la muerte toda mi vida, y si he vivido, ha sido únicamente en el margen de un libro que nunca he podido leer. Veamos, ¿quién era? Oh, hace años, en Kiev... Dios mío, ¿cómo se llamaba?

Sacaba de la biblioteca un libro escrito en una lengua que no conocía, lo llenaba de anotaciones y lo dejaba a la vista para que las visitas pensarán: sabe portugués, arameo. *Ich habe dasselbe getan*, yo he hecho lo mismo. Felicidad, tristeza —signos de interrogación *en marge*, mientras el contexto es absolutamente desconocido. Estupendo estado de cosas.

Es terriblemente doloroso dejar el seno de la vida. El horror mortal del nacimiento. *L'enfant qui nait ressent les affres de sa mere*. ¡Mi pobre y pequeño Yasha! Es muy extraño que al morir me aleje de él, cuando debería ser lo contrario —acercarme cada vez más... Su primera palabra fue muba, mosca. E inmediatamente después hubo una llamada de la policía: tenían que ir a identificar el cadáver. ¿Cómo le dejaré ahora? En estas habitaciones... No tendrá a nadie a quien rondar... Porque ella no lo advertiría... Pobre muchacha. ¿Cuánto? Cinco mil ochocientos... más aquel otro

dinero... lo cual suma, veamos... ¿Y después? David podría ayudarme— o tal vez no.

... En general, no hay nada en la vida excepto prepararse para un examen —que, de todos modos, nadie puede aprobar. «Terrible es la muerte para hombre y acaro por igual». ¿Pasarán por ella todos mis amigos? ¡Increíble! *Eine alte Geschichte*: el título de una película que Sandra y yo fuimos a ver la víspera de su muerte.

Oh, no. En ninguna circunstancia. Aunque ella lo mencione hasta cansarse. ¿No fue ayer cuando hablé del asunto? ¿O hace miles de años? No, no me llevarán a ningún hospital, me quedaré aquí. Ya estoy harto de hospitales. Significaría volver a estar loco justo antes del fin. No, me quedaré aquí. Qué difícil es dar vueltas a nuestros pensamientos: como si fueran troncos. Me siento demasiado enfermo para morir.

«¿Cuál era el tema de su libro, Sandra? Vamos,



dímelo, ¿tendrías que acordarte! Una vez hablamos de ello. Era sobre un sacerdote, ¿no? Oh, tú nunca... nada... Malo, difícil...».

A partir de esto apenas habló, pues cayó en un estado comatoso. Dieron permiso a Fiodor para entrar a verle, y nunca más olvidó los pelos blancos de sus mejillas hundidas, el color neutro de su calva y la mano, cubierta por una costra de eczema gris, moviéndose sobre la sábana como un cangrejo. Murió al día siguiente, pero antes tuvo un momento de lucidez, se quejó de dolores y dijo (la habitación estaba sumida en la penumbra, a causa de las persianas bajadas): «Qué tontería. Claro que no hay nada después». Suspiró, escuchó el goteo y los truenos del otro lado de la ventana y repitió con extrema claridad: «No hay nada. Es tan evidente como el hecho de que está lloviendo».

Y fuera, mientras tanto, el sol de primavera jugaba con la pizarra del tejado, en el cielo soñador no había una sola nube, la inquilina del piso de

arriba regaba las flores de su balcón, y el agua goteaba hacia abajo con un sonido de tambor.

En la ventana de la empresa de pompas fúnebres, en la esquina de la Kaiserallee, se exhibía como incentivo (del mismo modo que la casa Cook exhibe un modelo Pullman) el interior de un crematorio en miniatura: hileras de sillitas frente a un pequeño púlpito y sentadas en ellas unas muñecas del tamaño del dedo auricular doblado, y al fondo, un poco apartada, se podía reconocer a la viuda por el medio centímetro cuadrado de pañuelo con que cubría su rostro. La seducción alemana de este modelo siempre había divertido a Fiodor, por lo que ahora resultaba algo repugnante entrar en un crematorio auténtico, donde bajo montañas de coronas de laurel un ataúd real que contenía un cuerpo real fue bajado entre pesados sonos de música de órgano a ejemplares regiones inferiores, directamente al incinerador. *Madame* Chernyshevski no se cubría con un pañuelo y se mantenía inmóvil y erguida, con

los ojos brillantes tras el velo de crespón negro. Las caras de amigos y conocidos tenían las expresiones medidas habituales en semejantes casos: una movilidad de las pupilas acompañada por cierta tensión en los músculos del cuello. El abogado Charski se sonó con sinceridad; Vasiliev, quien como figura pública tenía mucha experiencia en funerales, seguía puntillosamente las pausas del párroco (Alexander Yakovlevich había resultado protestante en el último momento). El ingeniero Kern dejaba centellejar, impasible, los cristales de sus quevedos. Goryainov se aflojaba sin cesar el cuello de la camisa, pero no llegó al extremo de carraspear; las damas que solían visitar a los Chernyshevski formaban un compacto grupo; los escritores también —Lishnevski, Shajmatov y Shirin; había mucha gente a quien Fiodor no conocía — por ejemplo, un caballero muy pulcro, de barbita rubia y labios insólitamente rojos (al parecer, un primo del difunto), y también algunos alemanes, con

los sombreros de copa sobre las rodillas y sentados con mucho tacto en la última hilera.

Al concluir el servicio, los asistentes, según lo dispuesto por el maestro de ceremonias del crematorio, tenían que acercarse a la viuda uno por uno y ofrecerle palabras de condolencia, pero Fiodor resolvió evitar esto y salió a la calle. Todo estaba mojado, lleno de sol, y tenía un brillo que se antojaba desnudo; en un negro campo de fútbol adornado con césped, unas colegialas hacían gimnasia en pantalones cortos. Detrás de la cúpula reluciente, gris como la gutapercha, del crematorio podían verse las torres color turquesa de una mezquita, y al otro lado de la plaza centelleaban las cúpulas verdes de una iglesia blanca, del tipo de la de Pskov, surgida recientemente de una casa de chaflán y que gracias al camuflaje arquitectónico parecía casi aislada. En una terraza, junto a la entrada del parque, dos boxeadores de bronce mal esculpidos y asimismo de reciente aparición,

estaban inmovilizados en actitudes completamente contrarias a la armonía recíproca del pugilismo: en lugar de la gracia tensa, agachada, de músculos redondos, había dos soldados desnudos peleando en una casa de baños. Una cometa dirigida desde un espacio abierto detrás de unos árboles formaba un pequeño rombo carmesí en el alto cielo azul. Con sorpresa y desazón, Fiodor advirtió que era incapaz de fijar sus pensamientos en la imagen del hombre que acababa de ser reducido a cenizas y convertido en humo; trató de concentrarse, de imaginar el calor reciente de sus relaciones vivas, pero su alma se negó a moverse y permaneció con los ojos soñolientos y cerrados, satisfecha con su jaula. En lo único que se le ocurrió pensar fue en aquel verso del Rey Lear, que consiste enteramente en cinco «jamases». «Así que jamás volveré a verle», pensó, sin ninguna originalidad, pero este pequeño acicate pasó y no desplazó su alma. Trató de pensar en la muerte, pero en cambio se le ocurrió que el cielo

suave, ribeteado lateralmente por una nube larga que se le antojaba un tierno y pálido borde de grasa, habría parecido una lonja de jamón si el azul hubiera sido rosa. Intentó imaginarse alguna clase de extensión de Alexander Yakovlevich al otro lado de la vida —pero al mismo tiempo observó, a través de la ventana de una tintorería próxima a la iglesia ortodoxa, a un empleado torturando un par de pantalones con diabólica energía y un exceso de vapor que recordaba el infierno. Intentó confesar algo a Alexander Yakovlevich y arrepentirse al menos de los pensamientos crueles y maliciosos que tuviera de modo efímero (en relación con la desagradable sorpresa que le preparaba con su libro)— y de pronto recordó una trivialidad vulgar: algo que le había dicho Shchyogolev: «Cuando muere un buen amigo mío, siempre pienso que hará algo allí arriba para mejorar mi destino, ¡ja, ja, ja!». Se hallaba en un estado de ánimo inquieto y confuso que le parecía incomprensible, tan incomprensible

como todo lo demás: el cielo, aquel tranvía amarillo que pasaba traqueteando por los claros rieles del Hohenzollerdamm (con el que Yasha se había dirigido hacia la muerte), pero su enfado consigo mismo fue pasando gradualmente, y con una especie de alivio —como si la responsabilidad de su alma ya no fuera suya, sino de alguien que conociera el significado de todo aquello—, sintió que toda esta madeja de pensamientos casuales, así como todo lo demás —las costuras y la trama ínfima de este día primaveral, la ondulación del aire, los hilos bastos y enmarañados de sonidos confusos— era simplemente el revés de un tejido maravilloso en cuyo lado derecho se formaban e iban cobrando vida imágenes invisibles para él.

Se encontró junto a los púgiles de bronce; en los arriates que los circundaban se mecían pensamientos pálidos moteados de negro (algo similares, facialmente, a Charlie Chaplin); se sentó en un banco donde se había sentado una o dos noches con Zina

—porque últimamente una especie de inquietud les había apartado mucho de aquella oscura y tranquila vereda en donde habían buscado refugio al principio. Muy cerca había una mujer, haciendo punto; a su lado un niño pequeño, enteramente vestido de lana azul celeste, que terminaba arriba en la borla de un gorro y abajo en unas tiras que abrazaban los pies, planchaba el banco con un tanque de juguete; los gorriones chirriaban en los arbustos y de vez en cuando realizaban excursiones conjuntas al césped o a las estatuas; de los álamos blancos llegaba un olor pegajoso, y, mucho más allá de la plaza, el crematorio y su cúpula tenían ahora un aspecto ahito y reluciente. Fiodor veía desde la distancia cómo se dispersaban unas figuras diminutas... incluso fue capaz de distinguir a alguien que conducía a Alexandra Yakovlevna a un automóvil de juguete (mañana tendría que ir a visitarla), y a un grupo de sus amigos congregándose en una parada de tranvía; éste los ocultó un momento



al inmovilizarse, y luego, como por arte de magia, los hizo desaparecer al ponerse en marcha.

Fiodor ya estaba a punto de dirigirse a su casa cuando una voz balbuciente le llamó desde atrás: era Shirin, autor de la novela *El abismo blanquecino* (con un epígrafe del *Libro de Job*), que había sido muy bien recibida por los críticos de la emigración. («¡Oh, Señor y Padre nuestro! Por Broadway, entre un febril tintineo de dólares, hetairas y hombres de negocios con polainas, empujándose y cayendo sin aliento, corrían tras el becerro de oro, que se abría camino entre los rascacielos y, vuelto el demacrado rostro hacia el cielo eléctrico, lanzaba bramidos. En París, en una tabernucha de mala muerte, el viejo Lachaise, en un tiempo pionero de la aviación y ahora vagabundo decrepito, pisoteaba con sus botas a una vieja prostituta, *Boule de Suif*. Oh, Señor, ¿por qué? De un sótano moscovita emergió un asesino, se puso en cuclillas junto al arroyo y empezó a llamar a un cachorro peludo: pequeño, repetía, pequeño... En

Londres, damas y caballeros bailaban el *jimmie* y sorbían aperitivos, mirando de vez en cuando hacia un cuadrilátero donde al final del decimoctavo asalto un negro gigantesco derribó y dejó sin sentido sobre la lona a su rubio adversario. Entre los hielos árticos, el explorador Ericson se sentó sobre una caja vacía y pensó tristemente: “¿Será el polo?”... Ivan Chervyakov recortaba cuidadosamente el dobladillo de su único par de pantalones. ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué permites todo esto?»). El propio Shirin era un hombre corpulento, de cabellos rojizos y muy cortos, que iba siempre mal afeitado y llevaba unas grandes gafas tras las cuales, como en dos acuarios, nadaban dos ojos transparentes y minúsculos —completamente incapaces de impresiones visuales—. Era ciego como Milton, sordo como Beethoven y, para colmo, zoquete. Una bienaventurada ineptitud para la observación (y de ahí una completa falta de información sobre el mundo circundante —y una total incapacidad de dar

nombre a cualquier cosa) se encuentra con frecuencia entre los literatos rusos del montón, como si un destino benéfico trabajase para negar la bendición del conocimiento sensorial a los carentes de talento a fin de que no despilfarren tontamente el material. A veces ocurre, claro, que uno de esos ignorantes tiene una lamparita encendida en su interior —para no hablar de esos conocidos ejemplos en que, por un capricho de la emprendedora naturaleza, que adora los reajustes y sustituciones chocantes, esa luz interior es de una claridad asombrosa— suficiente para despertar envidia en el más rubicundo talento. Pero incluso Dostoyevski nos recuerda siempre de algún modo una habitación donde arde una lámpara durante el día.

Mientras cruzaba el parque con Shirin, Fiodor sintió un placer desinteresado al pensar que tenía por compañero a un hombre ciego, sordo y sin olfato que consideraba este estado con total indiferencia,

aunque a veces no le importaba suspirar con ingenuidad por el alejamiento de la naturaleza sufrido por el intelectual: Lishnevski había contado hacía poco que en una cita con Shirin en el Jardín Zoológico, cuando tras una hora de conversación le mencionó por casualidad a una hiena que paseaba por su jaula, resultó que Shirin apenas tenía idea de que hay animales cautivos en los jardines zoológicos, y después de echar una breve ojeada a la jaula, observó automáticamente: «Es cierto, nosotros no sabemos gran cosa del mundo animal», y en seguida continuó hablando de lo que más le preocupaba en la vida: las actividades y composición del comité de la Sociedad de Escritores Rusos en Alemania. Y ahora se encontraba en un estado de gran agitación porque «se había producido un determinado acontecimiento».

El presidente de aquel comité era Georgui Ivanovich Vasiliev, y había buenas razones para

ello: su reputación antes del advenimiento de los soviéticos, sus numerosos años de actividad editorial y, lo más importante, aquella honradez inexorable y casi temible por la que su nombre era famoso. Por otro lado, su mal genio, su rigor de polemista y (pese a su gran experiencia pública) su ignorancia completa de la gente, no sólo no perjudicaban a esta honradez sino que le comunicaban, por el contrario, cierto sabor picante. Él descontento de Shirin no iba dirigido contra él sino contra los cinco miembros restantes del comité, en primer lugar porque ninguno de ellos (que, por cierto, constituían las dos terceras partes de la sociedad) era escritor profesional, y, en segundo lugar, porque tres de ellos (incluyendo el tesorero y el vicepresidente) eran si no bribones, como sostenía el parcial Shirin, al menos cómplices de sus arteras y vergonzosas actividades. Hacía ya algún tiempo que un asunto bastante cómico (opinaba Fiodor) y absolutamente desgraciado (en términos

de Shirin) se producía en relación con los fondos de la sociedad. Cada vez que un miembro pedía un préstamo o una subvención (entre los que existía la misma diferencia que entre un arriendo de noventa y nueve años y una propiedad de por vida), se hacía necesario seguir la pista de estos fondos, que al menor intento de acercamiento se convertían en algo tan fluido y etéreo como si estuvieran siempre situados en lugares equidistantes entre tres puntos representados por el tesorero y dos miembros del comité. La caza se complicaba todavía más por el hecho de que Vasiliev no se hablaba desde hacía mucho tiempo con ninguno de estos tres miembros, con los que incluso se negaba a comunicarse por escrito, y en los últimos tiempos concedía créditos y subvenciones de su propio bolsillo, dejando que otros le pagaran con dinero procedente de la sociedad. Este dinero se obtenía siempre en cantidades pequeñas, y siempre resultaba que el tesorero lo había pedido prestado a una persona

ajena al sindicato, por lo que las transacciones nunca significaban un cambio en el estado fantasmal de la tesorería. Últimamente, los miembros de la sociedad que pedían ayuda con más frecuencia estaban visiblemente nerviosos. Se había convocado una reunión general para el mes siguiente, y Shirin preparaba para ella un plan de acción muy firme.

—Hubo un tiempo —explicó, siguiendo junto a Fiodor los vericuetos de un sendero del parque—, hubo un tiempo en que todos los miembros del comité de nuestro sindicato eran personas muy respetables, como Podtiaguin, van Lushin, Zilanov, pero algunos murieron y otros están en París. No sé cómo, Gurman se introdujo en él, y luego, poco a poco, fue metiendo a sus camaradas. Para este trío, la participación pasiva de los extremadamente decentes —no hago ninguna alusión—, pero de total inutilidad, Kern y Goryainov, es una pantalla muy conveniente, una especie de camuflaje. Y las tensas relaciones de Gurman con Georgui Ivanovich son

también una garantía de inactividad por su parte. Los que tenemos la culpa de todo esto somos nosotros, los miembros del sindicato. De no ser por nuestra pereza, indolencia, falta de organización, actitud indiferente hacia el sindicato y flagrante carencia de sentido práctico en el trabajo social, jamás habría podido ocurrir que Gurman y sus compinches se eligieran entre sí año tras año o eligieran a personas adictas a ellos. Ya es hora de poner fin a esta situación. Como siempre, harán circular su lista para las próximas elecciones... Pero entonces nosotros presentaremos la nuestra, profesional en un ciento por ciento: presidente, Vasiliev; vicepresidente, Getz; miembros de la junta: Lishenevski, Shajmatov, Vladimirov, usted y yo; y entonces reconstituiremos el comité de inspección, tanto más cuanto que Belenki y Chernyshevski se han retirado.

—Oh, no, por favor —dijo Fiodor (admirando de paso la definición de la muerte dada por Shirin) —, no cuente conmigo. Nunca he pertenecido ni



quiero pertenecer a ningún comité.

—¡Cómo que no! —exclamó Shirin, frunciendo el ceño—. Esto no es justo.

—Por el contrario, es muy justo. Y de todos modos el hecho de que sea miembro del sindicato se debe a una distracción. A decir verdad, creo que Koncheyev hace bien en mantenerse apartado de todo esto.

—¡Koncheyev! —repitió Shirin, airado—. Koncheyev es un artesano totalmente inútil que trabaja por su cuenta y carece de todo interés general. Pero usted debería interesarse por el destino del sindicato, aunque sólo fuera porque —perdone mi franqueza— le pide dinero prestado.

—De esto se trata, precisamente. Comprenderá que si formo parte del comité no podré votar por mí mismo.

—Tonterías. ¿Por qué no? Es un procedimiento

completamente legal. Usted se levanta y se va al lavabo, convirtiéndose así por un momento en un miembro ordinario, mientras los demás discuten su solicitud. No siga inventándose excusas sin ningún fundamento.

—¿Cómo va su nueva novela? —inquirió Fiodor—. ¿Casi terminada?

—Ahora no se trata de mi nueva novela. Le estoy pidiendo que acepte con toda seriedad. Necesitamos sangre joven. Lishnevski y yo hemos pensado mucho en esta lista.

—No, en ninguna circunstancia —replicó Fiodor—. No quiero hacer el ridículo.

—Bueno, si llama hacer el ridículo a cumplir un deber público...

—Si formo parte del comité, no cabe duda de que haré el ridículo, o sea que rehúso por respeto a ese deber.

—Muy triste —observó Shirin—. ¿De verdad tendremos que sustituirle a usted por Rostislav Stranny?

—¡Claro! ¡Magnífico! ¡Adoro a Rostislav!

—De hecho yo le reservaba para el comité de inspección. También está Busch, naturalmente... Pero, medítelo bien, se lo ruego. No es una cuestión que pueda tomarse a la ligera. Tendremos que librar una verdadera batalla con esos gángsters. Estoy preparando un discurso que les dejará sorprendidos. Reflexione usted sobre ello, aún le queda todo un mes.

Durante aquel mes se publicó el libro de Fiodor y tuvieron tiempo de aparecer dos o tres críticas más, así que se dirigió a la reunión general con la agradable sensación de que encontraría en ella a más de un lector enemigo. Se celebraba como siempre en la planta superior de un gran café, y cuando él llegó ya estaba presente todo el mundo. Un camarero

servía café y cerveza con ojos rápidos y fenomenal agilidad. Los miembros de la sociedad se hallaban sentados ante mesitas. Los escritores de creación formaban un grupo compacto, y ya podía oírse el enérgico «psst, psst» de Shajmatov, a quien acababan de servir algo que no había pedido. Al fondo, tras una mesa larga, estaba el comité: el fornido y muy meditabundo Vasiliev, con Goryainov y el ingeniero Kern a su derecha y otros tres a su izquierda. Kern, cuyo interés principal eran las turbinas pero que en un tiempo sostuvo relaciones amistosas con Alexander Blok, y Goryainov, ex funcionario de un antiguo departamento gubernamental, que sabía recitar maravillosamente «El mal del ingenio» y el diálogo de Iván el Terrible con el embajador lituano (ocasión en que hacía una imitación espléndida del acento polaco), se comportaban con silenciosa dignidad: ya habían denunciado hacía tiempo a sus tres perversos colegas. Uno de éstos, Gurman, era un hombre gordo

cuya calva estaba ocupada a medias por un lunar de color café; tenía grandes hombros caídos y una expresión ofendida y desdeñosa en los labios gruesos y violáceos. Sus relaciones con la literatura se limitaban a una breve conexión, enteramente comercial, con un editor alemán de manuales técnicos; el tema principal de su personalidad, la médula de su existencia, era la especulación —le gustaban sobre todo las letras de cambio soviéticas—. Junto a él había un abogado de baja estatura pero robusto y ágil a la vez, de mandíbula protuberante y con un destello rapaz en el ojo derecho (el izquierdo había sido entornado por la naturaleza) y un almacén de metal en la boca, hombre vivaz y fogoso, bravucón a su manera, que siempre retaba a los demás al arbitraje, y hablaba de ello (le desafié y él rehusó) con la concisa severidad de un duelista empedernido. El otro amigo de Gurman, lánguido, de carnes flojas y piel grisácea, que llevaba gafas con montura de concha y tenía todo el aspecto de un sapo

pacífico que sólo quiere una cosa —estar completamente tranquilo en un lugar húmedo—, había escrito alguna vez en alguna parte sobre cuestiones de economía, aunque la lengua de víbora de Lishnevski le negaba incluso esto, jurando que su único esfuerzo impreso era una carta anterior a la Revolución al editor de un periódico de Odesa, en la cual se segregaba con indignación de un infame tocayo suyo que posteriormente resultó ser un familiar, luego su doble y por fin él mismo, como si aquí estuviera en acción la ley irrevocable de la atracción y fusión capilar.

Fiodor se sentó entre los novelistas Shajmatov y Vladimirov, junto a una ventana ancha tras la cual lanzaba destellos la negrura húmeda de la noche, con sus letreros iluminados en dos tonos (la imaginación berlinesa no daba para más) —azul de ozono y rojo de oporto— y sus ruidosos trenes eléctricos, que se deslizaban sobre la plaza por un viaducto contra cuyas arquivoltas los tranvías que circulaban

lentamente por debajo parecían topar una y otra vez sin encontrar una tronera.

Mientras tanto el presidente de la junta se había levantado y propuesto la elección de un presidente para la reunión. Sonaron voces desde distintos lugares: «Kraevich, elijamos a Kraevich...», y el profesor Kraevich (que no tenía nada que ver con el autor del manual de física, era profesor de derecho internacional), anciano ágil y anguloso, que llevaba chaleco de punto y la chaqueta desabrochada, subió a la mesa del estrado con rapidez extraordinaria, sin sacar la mano izquierda del bolsillo del pantalón y haciendo oscilar con la derecha los quevedos que le pendían de un cordoncito sobre el pecho se sentó entre Vasiliev y Gurman (que introducía lenta y sombríamente un cigarrillo en una boquilla de ámbar), volvió a levantarse en seguida y declaró abierta la reunión.

Me pregunto, pensó Fiodor, mirando de reojo a Vladimirov, me pregunto si habrá leído mi libro.

Vladimirov dejó el vaso sobre la mesa y miró a Fiodor, pero no dijo nada. Bajo la chaqueta llevaba un jersey inglés con una raya negra y otra naranja al borde del escote triangular; la calva incipiente de las sienes exageraba el tamaño de la frente, su gran nariz era muy huesuda, sus dientes entre amarillos y grises brillaban de modo desagradable bajo el labio algo levantado y sus ojos miraban con inteligencia e indiferencia —al parecer había estudiado en una universidad inglesa y alardeaba de unos modales seudobritánicos—. A sus veintinueve años era ya autor de dos novelas —notables por la fuerza y rapidez del estilo claro y diáfano—, lo cual irritaba a Fiodor quizá precisamente por la razón de que se sentía algo afín a él. Como conversador, Vladimirov carecía totalmente de atractivo. Se le acusaba de ser burlón, desdeñoso, frío, incapaz de sincerarse en discusiones amistosas, pero esto también se decía de Koncheyev y del propio Fiodor, y de quienquiera cuyos pensamientos vivieran en su propia casa y no



en un cuartel o una taberna.

Después de elegir asimismo a un secretario, el profesor Kraevich propuso que todos se pusieran en pie para honrar la memoria de los dos miembros fallecidos; y durante esta petrificación de cinco segundos, el excomulgado camarero echó una ojeada a las mesas, pues había olvidado para quién era el bocadillo de jamón que acababa de traer sobre una bandeja. Todo el mundo se mantenía inmóvil como podía. Gurman, por ejemplo, con la cabeza baja, tenía la mano sobre la mesa con la palma hacia arriba, como si acabase de echar los dados y le hubiera inmovilizado el asombro de su pérdida.

«¡Eh! ¡Es aquí!», gritó Shajmatov, que había esperado ansiosamente el momento en que la vida volviera a aposentarse con un estrépito de alivio, y el camarero levantó con rapidez el índice (lo había recordado), se dirigió hacia él y posó el plato con urr tintineo sobre el mármol de imitación. Shajmatov empezó a cortar el bocadillo inmediatamente,

sosteniendo de través el tenedor y el cuchillo; en el borde del plato un poco de mostaza amarilla proyectaba, como suele ser el caso, un cuerno amarillo. El rostro de Shajmatov, con su complacencia napoleónica y el mechón de cabellos azulados sobre la sien, atraía de modo especial a Fiodor en estos momentos gastronómicos. A su lado, bebiendo té con limón y con expresión asimismo bastante agria y cejas tristemente arqueadas, se encontraba el satírico de la Gazeta, cuyo seudónimo, Foma Mur, contenía según propia declaración «una novela francesa completa (femme, amour), una página de la literatura inglesa (Thomas Moore) y una pizca de escepticismo judío (Tomás el Apóstol)». Shirin estaba afilando un lápiz encima de un cenicero: se había ofendido mucho ante la negativa de Fiodor a «figurar» en la lista de elegibles. Entre los escritores estaba también presente Rostislav Stranny —persona bastante imponente, que llevaba un brazalete en la peluda muñeca; la poetisa Anna

Aptekar, pálida como el pergamino y de cabellera negra y brillante; un crítico teatral—, joven, flaco y muy silencioso, de aspecto tan difuminado que recordaba un daguerrotipo ruso de los años cuarenta; y, naturalmente, el bondadoso Busch, cuyos ojos descansaban con brillo paternal en Fiodor, el cual, con un oído vuelto hacia el informe del presidente de la sociedad, había dejado de mirar a Busch, Lishnevski, Shirin y demás escritores para dedicar su atención a la masa general de asistentes, entre los que se contaban varios periodistas, por ejemplo, el viejo Stupishin, cuya cuchara se abría camino entre un pedazo de pastel de moka, muchos reporteros y —sola y admitida aquí, basándose en Dios sabe qué — Lyubov Markovna con sus tímidos quevedos; y, en general, un elevado número de aquéllos a quienes Shirin calificaba severamente de «elemento externo»: el majestuoso abogado Charski, sosteniendo en la mano blanca y siempre temblorosa su quinto cigarrillo de la noche; un pequeño

corredor de bolsa, que una vez había publicado una necrología en un diario bundista; un anciano pálido y afable, que olía a pasta de manzana y desempeñaba con entusiasmo su cargo de chantre en el coro de una iglesia; un hombre enorme y enigmático, que vivía como un ermitaño en un pinar próximo a Berlín, algunos decían en una cueva, donde había compilado una colección de anécdotas soviéticas; un grupo aislado de camorristas, frustrados y pagados de sí; un joven agradable, de posición y medios desconocidos («un agente soviético», dijo Shirin simple y oscuramente); otra dama —ex secretaria de alguien; su marido— hermano de un conocido editor; y todas estas personas, desde el vagabundo analfabeto con mirada de borracho, autor de versos místicos acusatorios que aún no había querido publicar ningún periódico, hasta el abogado de repelente pequeñez, casi portátil, Poshkin, que al hablar con la gente decía «pos» en vez de «pues» y «quin» en vez de «quien», como estableciendo una

coartada para su nombre; todos éstos, opinaba Shirin, eran perjudiciales para la dignidad de la sociedad y estaban expuestos a una inmediata expulsión.

—Y ahora —anunció Vasiliev después de terminar su informe—, pongo en conocimiento de la reunión que dimito como presidente de la sociedad y no me presento a la reelección.

Se sentó. Un pequeño escalofrío recorrió a los asambleístas. Gurman cerró sus gruesos párpados bajo el peso de la aflicción. Un tren eléctrico pasó como un arco por una cuerda de contrabajo.

—Seguidamente... —dijo el profesor Kraevich, llevándose los quevedos a los ojos y mirando la agenda— el informe del tesorero. Cuando guste.

El ágil vecino de Gurman, adoptó inmediatamente un desafiante tono de voz, lanzó destellos por su ojo bueno, torció con efectividad sus elocuentes labios y empezó a leer... las cifras

despedían chispas al ser emitidas, las palabras metálicas daban brincos... «entramos en el año en curso»... «el débito»... «el balance»... mientras Shirin anotaba algo en el dorso de un paquete de cigarrillos, efectuaba una suma y cambiaba miradas triunfantes con Lishnevski.

Cuando terminó la lectura, el tesorero cerró la boca con un clic, mientras a cierta distancia ya se había levantado un miembro del comité auditor, socialista georgiano de rostro picado de viruelas y cabellos negros y duros como cerdas de cepillo, quien enumeró brevemente sus impresiones favorables. Tras lo cual Shirin pidió la palabra y en seguida se percibió el olor de algo divertido, alarmante e indecoroso.

Empezó subrayando que los gastos del baile benéfico de Año Nuevo eran exorbitantes; Gurman intentó replicar... el presidente, señalando a Shirin con su lápiz, le preguntó si había terminado... «¡Déjenle hablar, no le interrumpen!», gritó

Shajmatov desde su asiento, y el lápiz del «presidente», temblando como la lengua de una culebra, le apuntó a él antes de volver a Shirin, quien se limitó a inclinar la cabeza y se sentó. Gurman se levantó pesadamente, llevando el peso de su tristeza con desprecio y resignación, y empezó a hablar... pero Shirin no tardó en interrumpirle y Kraevich agarró la campana. Gurman acabó, y entonces el tesorero pidió la palabra, pero Shirin ya estaba levantado y continuaba: «La explicación del honorable caballero de la bolsa...». El presidente tocó la campana, pidió más moderación y amenazó con negarles autorización para hablar. Shirin volvió a saludar con la cabeza y dijo que sólo quería formular una pregunta: según las palabras del tesorero, en caja había tres mil setenta y seis marcos y quince *pfennigs*. ¿Podía ver este dinero ahora mismo?

«Bravo», gritó Shajmatov, y el miembro menos atractivo del sindicato, el poeta místico, soltó una

risotada, aplaudió y casi se cayó de la silla. El tesorero, blanco como la nieve, se puso a hablar en un rápido murmullo... Mientras hablaba así y era interrumpido por confusas exclamaciones del auditorio, un tal Shuf, flaco, afeitado, parecido a un piel roja, abandonó su rincón, se acercó a la mesa del comité, inadvertido gracias a sus suelas de goma, y la golpeó de repente con el puño rojo, con tal fuerza que hasta la campana dio un brinco. «Está mintiendo», bramó y volvió a su asiento.

Se desencadenó un alboroto en todos los puntos de la sala cuando, para desconsuelo de Shirin, se puso de manifiesto que había otra facción deseosa de hacerse con el poder, y se trataba del grupo que siempre quedaba excluido y al que pertenecía el místico y también el piel roja, así como el individuo bajo y barbudo y varios tipos andrajosos y desequilibrados, uno de los cuales se puso a leer inopinadamente una lista de candidatos para el comité, todos ellos inaceptables. La batalla tomó un



nuevo giro, bastante complicado, ya que ahora eran tres los grupos beligerantes. Se oyeron expresiones como «traficante del mercado negro», «no es digno de batirse en duelo» y «usted ya ha sido derrotado». Incluso Busch habló, tratando de ahogar las exclamaciones insultantes, pero debido a la oscuridad natural de su estilo, nadie pudo comprender de qué hablaba hasta que se sentó y explicó que estaba totalmente de acuerdo con el orador precedente. Gurman, que sólo con las ventanas de la nariz ya expresaba sarcasmo, jugaba con su boquilla. Vasiliev abandonó su asiento y se retiró a un rincón, donde fingió leer el periódico. Lishnevski pronunció un discurso demoledor dirigido principalmente al miembro de la junta semejante a un sapo pacífico, quien se limitó a extender los brazos y mirar con expresión de impotencia a Gurman y al tesorero, quienes se esforzaban por no mirarle. Al final, cuando el poeta místico se levantó, tambaleándose, y con una sonrisa

muy prometedora en el rostro sudoroso empezó a hablar en verso, el presidente agitó con furia la campana y anunció una pausa, tras la cual se celebrarían las elecciones. Shirin corrió hacia Vasiliev y le habló con persuasión, mientras Fiodor, sintiendo un repentino aburrimiento, encontraba su impermeable y se abrió paso hasta la calle.

Estaba enfadado consigo mismo: ¡sacrificar por esta ridícula representación la estrella fija de su cita nocturna con Zina! El deseo de verla al instante le torturó con su imposibilidad paradójica: si no durmiera a seis metros de la cabecera de su cama, el acceso a ella sería mucho más fácil. Un tren se extendió sobre el viaducto: el bostezo iniciado por una mujer ante la ventana iluminada del primer coche fue completado por otra mujer en el último coche. Fiodor Konstantinovich se dirigía hacia la parada del tranvía por una calle ruidosa, de un negro brillante. El letrero iluminado de un *cabaret* subía los peldaños de las letras colocadas verticalmente;

se apagaban todas a la vez, y entonces la luz volvía a trepar: ¿qué palabra babilónica llegaría hasta el cielo?... un nombre compuesto con un trillón de matices:

*diamanteclarolunalilas-fogosoardientevioleta*, etc., ¡y muchísimos más! ¿Y si intentara telefonar? Sólo tenía una moneda en el bolsillo y era preciso decidirse: telefonar significaba en cualquier caso no poder tomar el tranvía, pero telefonar en balde, o sea no hablar con la propia Zina (hacerla avisar por su madre no estaba permitido por el código) y además volver a pie sería demasiado irritante. Me arriesgaré. Entró en una cervecería, llamó, ¡y todo se acabó en un santiamén! Contestó un número equivocado, el mismo número que el ruso anónimo trataba siempre de obtener y siempre le contestaban los Shchyogolev. Qué remedio, tendría que ir a pata, como diría Boris Ivanovich.

En la esquina siguiente su presencia disparó el mecanismo de muñeca de las prostitutas que

deambulaban allí. Una de ellas trató incluso de fingir que miraba un escaparate, y era triste pensar que conocía de memoria estos corsés color de rosa y estos maniqués dorados. De memoria... «Cariño», dijo otra con una sonrisa inquisitiva. La noche era cálida, empolvada de estrellas. Andaba a paso rápido y sentía en la cabeza destocada la embriaguez del narcótico aire nocturno, y más adelante, cuando caminaba entre jardines, llegaron flotando hasta él fantasmas de lilas, la oscuridad del follaje y olores desnudos y maravillosos que se extendían por el césped.

Tenía calor y la frente le ardía cuando por fin cerró con suavidad la puerta tras de sí y se encontró en el oscuro recibidor. El cristal opaco de la parte superior de la puerta de Zina semejaba un mar radiante: debía leer en la cama, pensó, pero mientras estaba mirando este cristal misterioso, ella tosió, dio media vuelta y la luz se apagó. Qué absurda tortura. Entrar allí, entrar... ¿Quién lo sabría? La gente

como su madre y su padrastro duermen el sueño, insensible en un ciento por ciento, de los campesinos. La escrupulosidad de Zina: jamás abriría al rasgo minúsculo de una uña. Pero sabe que estoy en el recibidor oscuro, y ahogándome. Durante los últimos meses esta habitación prohibida se había convertido en una enfermedad, una carga, una parte de sí mismo, pero hinchada y sellada: el neumotórax de la noche.

Se quedó un momento más, y de puntillas alcanzó su habitación. Pensándolo bien, todo emociones francesas. Fama Mour. Dormir, dormir, la languidez de la primavera carece de talento. Vencerse a sí mismo: un retruécano monástico. ¿Qué haremos? ¿A qué estamos esperando, exactamente? En cualquier caso, no encontraré una esposa mejor. Pero ¿acaso necesito una esposa? «Aparta esa lira, no tengo sitio para moverme...». No, jamás le oiría semejantes palabras, ésta era la cuestión.

Y pocos días después, de una manera sencilla e

incluso un poco tonta, surgió una solución al problema, cuya gran complejidad casi hacía sospechar un error en su construcción. Boris Ivanovich, cuyos negocios iban de mal en peor desde hacía algunos años, recibió la inesperada oferta, por parte de una firma berlinesa, de un respetable cargo representativo en Copenhague. Dentro de dos meses, a principios de julio, tendría que trasladarse allí por un plazo mínimo de un año, y si todo iba bien, para siempre. Marianna Nikolavna, que por alguna razón amaba Berlín (lugares conocidos, excelentes instalaciones sanitarias, aunque ella era sucia), sentía tristeza de tener que marcharse, pero ésta se disipó en cuanto pensó un poco en las mejores condiciones de vida que le esperaban. Así, pues, quedó decidido que a partir de julio Zina permanecería sola en Berlín y seguiría trabajando para Traum hasta que Shchyogolev «le encontrara un empleo» en Copenhague, adonde Zina debería dirigirse «en cuanto» la llamaran (es decir,

esto es lo que pensaban los Shchyogolev; Zina había decidido algo muy diferente). Había que resolver la cuestión del apartamento. Los Shchyogolev no querían venderlo, por lo que empezaron a buscar a alguien que lo alquilase. Lo encontraron en la persona de un joven alemán de gran futuro comercial, quien, acompañado de su novia —chica sencilla, sin afeites, domésticamente robusta, que llevaba un abrigo verde—, inspeccionó el apartamento: comedor, dormitorio, cocina, Fiodor en la cama, y se declaró satisfecho. Sin embargo, no alquilaría el apartamento hasta el mes de agosto, por lo que durante un mes tras la marcha de los Shchyogolev, Zina y el inquilino podrían continuar en él. Contaban los días: cincuenta, cuarenta y nueve, treinta, veinticinco, cada uno de estos números tenía su propio rostro: una colmena, una urraca en un árbol, la silueta de un caballo de ajedrez, un hombre joven. Desde la primavera, sus citas nocturnas dejaban atrás las márgenes de su

calle inicial (farol, tilo, valla), y ahora sus inquietos paseos les llevaban, en círculos cada vez más amplios, a rincones distantes y siempre nuevos de la ciudad. Una vez era un puente sobre un canal, otra un bosquecillo de enredaderas en un parque, tras cuyo varaseto se deslizaban las luces, otra una calle sin pavimentar entre solares llenos de neblina en los cuales se estacionaban camiones oscuros, otra unas arcadas extrañas, imposibles de encontrar a la luz del día. Cambio de costumbres antes de emigrar; excitación; un dolor lánguido en los hombros.

Los periódicos diagnosticaban al verano todavía joven un calor excepcional, y hubo en efecto una larga hilera de días espléndidos, interrumpida de vez en cuando por la interjección de una tormenta. Por la mañana, mientras Zina se marchitaba al calor maloliente de la oficina (sólo los sobacos de la chaqueta de Hamekke eran más que suficientes... ¿y cómo calificar los cuellos de las mecanógrafas, que se derretían como la cera, y la pegajosa negrura del



papel carbón?), Fiodor se iba al Grünewald a pasar todo el día, abandonando sus lecciones y trataba de no pensar en el pago atrasado de su habitación. Jamás se había levantado a las siete, le habría parecido algo monstruoso, pero ahora, bajo la nueva luz de la vida (en la que de algún modo se mezclaba la madurez de su talento, un presentimiento de nuevos esfuerzos y la proximidad de la dicha completa con Zina), experimentaba un placer directo en la velocidad y ligereza de estos madrugones, en aquella explosión de movimiento, en la sencillez ideal de vestirse en tres segundos: camisa, pantalones y sandalias sin calcetines, tras lo cual envolvía el bañador en una manta de viaje, se la ponía bajo el brazo, cogía al pasar por el recibidor una naranja y un bocadillo y echaba a correr escaleras abajo.

Una alfombrilla vuelta hacia atrás mantenía la puerta abierta de par en par mientras el portero sacudía el polvo de otra alfombra golpeándola con

energía contra el tronco de un limero inocente: ¿qué he hecho para merecer esto? El asfalto aún estaba a la sombra azulada de las casas. En la acera brillaban los primeros y frescos excrementos de un perro. Un coche fúnebre, que ayer se encontraba frente a un taller de reparaciones, salió con cautela por un portal y bajó por la calle vacía, y en su interior, tras el cristal y unas rosas blancas artificiales, en lugar de un ataúd había una bicicleta: ¿de quién? ¿por qué? La lechería ya estaba abierta, pero el perezoso estanquero continuaba dormido. El sol jugaba sobre diversos objetos del lado derecho de la calle, como una urraca eligiendo con el pico cosas minúsculas que brillan; y en el extremo, donde la cruzaba el profundo barranco de un ferrocarril, una nube de humo de locomotora apareció de improviso a la derecha del puente, se desintegró contra sus costillas de hierro y volvió a recuperar inmediatamente su forma blanca en el otro lado, donde se alejó serpenteando por entre los árboles. Al cruzar el

puente después de la nube, Fiodor se alegró, como de costumbre, al ver la maravillosa poesía de los terraplenes de la vía férrea, su naturaleza libre y diversa: una multitud de langostas y sauces, matorrales, abejas, mariposas; todo esto vivía en aislamiento y despreocupación de la tosca vecindad del polvo de carbón que brillaba más abajo, entre los cinco chorros de raíles, y en dichosa ignorancia de los bastidores de la ciudad, de los muros agrietados de las casas viejas que tostaban sus espaldas tatuadas al sol de la mañana. Más allá del puente, cerca del pequeño jardín público, dos ancianos empleados de correos, tras completar la comprobación de una estampadora, y sintiéndose repentinamente juguetones, salían a hurtadillas de entre el jazmín, uno detrás de el otro, uno imitando los gestos del otro, en dirección a un tercero —que humilde y brevemente descansaba en un banco con los ojos cerrados antes de iniciar su jornada de trabajo—, con objeto de hacerle cosquillas en la

nariz con una flor. ¿Dónde pondré todos estos regalos con que me recompensa la mañana veraniega, a mí y sólo a mí? ¿Los guardaré para futuros libros? ¿Los usaré inmediatamente para un manual práctico: Cómo ser feliz? O profundizando más, yendo al fondo de las cosas: ¿comprenderé lo que se oculta detrás de todo esto, detrás del juego, el centelleo, la pintura gruesa y verde del follaje? ¡Porque hay algo, verdaderamente hay algo! Y uno quiere ofrecer su agradecimiento y no hay nadie a quien ofrecerlo. La lista de donaciones ya está hecha: 10 000 días de un Donante Desconocido.

Siguió andando, frente a verjas de hierro, frente a los profundos jardines de las villas de los banqueros, con sus grutas en la sombra, su boj, hiedra y césped perlados por el agua de riego, y entonces, entre los tilos y los olmos aparecieron los primeros pinos, enviados a la vanguardia por los pinares del Grünewald (o, por el contrario, ¿rezagados del regimiento?). Silbando con fuerza e

irguiéndose (cuesta arriba) sobre los pedales de su triciclo, pasó el mandadero de la panadería; un camión de riego se acercaba lentamente, con un sonido sibilante y húmedo; una ballena sobre me das regaba con generosidad el asfalto. Alguien provisto de una cartera abrió de golpe una verja pintada de rojo y se marchó hacia una oficina desconocida. Fiodor salió al bulevar justo detrás de él (todavía el mismo Hohenzollerddamm en cuyo principio habían incinerado al pobre Alexander Yakovlevich), y allí, haciendo centellear la cerradura, la cartera echó a correr, tras un tranvía. Ahora el bosque ya no estaba lejos y aceleró el paso, sintiendo ya en el rostro levantado la máscara caliente del sol. Pasaron por su lado las estacas de una valla, salpicando su visión. En el solar de ayer se estaba construyendo una pequeña villa, y como el cielo miraba a través de los agujeros de futuras ventanas, y como bardanas y rayos de sol habían aprovechado la lentitud de la obra para instalarse con comodidad entre las

blancas paredes inacabadas, éstas habían adquirido el semblante pensativo de las ruinas, como la expresión «a veces», que sirve igual para el pasado y el futuro. Una muchacha con una botella de leche se acercaba a Fiodor; tenía cierto parecido con Zina, o, mejor dicho, contenía una partícula de aquella fascinación, vaga y especial a la vez, que encontraba en muchas chicas, pero con particular abundancia en Zina, por lo que todas tenían un misterioso parentesco con ella, parentesco que sólo él conocía, aunque era totalmente incapaz de formular los indicios de esta afinidad (fuera de la cual las mujeres evocaban en él un penoso hastío), y ahora, al seguirla con la mirada y captar sus contornos fugitivos, dorados, tan familiares, que en seguida desaparecieron para siempre, sintió por un momento el impacto de un deseo sin esperanzas cuyo único encanto y riqueza estribaba en su calidad de irrealizable. Oh, trivial diablo de las emociones baratas, no me tientes con el apunte «mi tipo». No es

eso, no es eso, sino algo que va más allá. La definición es siempre finita, pero yo sigo persiguiendo lo lejano; busco, más allá de las barricadas (de palabras, de sentidos, del mundo), lo infinito, donde todas, todas las líneas convergen.

Al final del bulevar apareció el lindero verde del bosque, y también el recargado pórtico de un pabellón recién construido (en cuyo atrio se encontraba un surtido de lavabos, para caballeros, señoras y niños), a través de los cuales había que pasar —según el proyecto del Lenótre local— a fin de entrar en un jardín de rocas recién inaugurado, con flora alpina a lo largo de sus veredas geométricas, que servía —también según el mismo proyecto— de umbral agradable del bosque. Pero Fiodor se desvió hacia la izquierda, evitando el umbral: por aquí se llegaba antes. El lindero todavía silvestre del pinar se prolongaba infinitamente, bordeando una avenida para automóviles, pero el próximo paso de las autoridades municipales era

inevitable: cercar todo este acceso libre con una verja sin fin, para que el pórtico se convirtiera en entrada por necesidad (en el sentido más literal y elemental). Os construimos esta pieza ornamental y no os atrajo; así que ahora, ahí la tenéis: ornamental y de reglamento. Pero (retrocedamos con un salto mental: f3-g1) las cosas apenas podían ser mejores cuando este bosque —retirado ahora y concentrado en torno al lago (y como nosotros, en nuestro propio alejamiento de peludos antepasados, conservando sólo una vegetación marginal)— se extendía hasta el mismo corazón de la ciudad actual, y una chusma ruidosa y principesca galopaba por entre los árboles con cuernos, lebreles y batidores.

El bosque que yo encontré aún estaba vivo, exuberante, lleno de pájaros. Había oropéndolas, palomas y grajos; un cuervo pasó volando, con un jadeo de alas: kshu, kshu, kshu; un carpintero de cabeza roja picoteaba el tronco de un pino, y a veces, me imagino, imitando vocalmente su picoteo,



para prestarle más fuerza y convicción (en honor de la hembra); porque no hay nada tan divino y encantador en la naturaleza como los engaños ingeniosos con que nos sorprende en lugares inesperados: el saltamontes, por ejemplo (pone en marcha su pequeño motor pero siempre le cuesta: tzig, tzig, tzig, y sale disparado), después de saltar y aterrizar, reajusta inmediatamente la posición de su cuerpo volviéndose de tal modo que la dirección de sus rayas oscuras coincida con la de las agujas caídas (¡o de sus sombras!). Pero, cuidado: me gusta recordar lo que escribió mi padre: «Al observar de cerca, no importa cuánto, los acontecimientos de la naturaleza, debemos impedir que en el proceso de observación nuestra razón —ese intérprete locuaz que siempre se adelanta— nos anticipe explicaciones que luego empiezan a influir, de modo imperceptible, el mismo curso de la observación, deformándolo: así la sombra del instrumento cae sobre la verdad».

Déme la mano, querido lector, y entremos juntos en el bosque. Mire: observe primero estos claros con grupos de cardos, ortigas y adelfillos sedosos, entre los que encontrará toda clase de trastos: a veces incluso un colchón viejo, de muelles rotos y oxidados: ¡no lo desdeñe! Aquí hay un soto de pequeños abetos donde una vez descubrí un hoyo cavado cuidadosamente antes de morir por el animal que yacía dentro, un perro joven, de hocico largo y raza de lobo, doblado en una curva de maravillosa gracia, pata contra pata. Y ahora vienen montículos desnudos, sin maleza —sólo con una alfombra de agujas pardas bajo pinos simplistas, entre los cuales se balancea una hamaca llena de un cuerpo poco exigente— y también se ve el esqueleto de alambre de una pantalla, tirado por el suelo. Un poco más allá tenemos un terreno baldío rodeado de acacias blancas, y sobre la arena gris, ardiente y pegajosa hay una mujer sentada, en ropa interior, con las horribles piernas desnudas estiradas, zurciendo una

media, mientras a su alrededor gatea un niño sucio de polvo. Desde aquí aún puede verse la avenida y el fulgor de los radiadores de los automóviles, pero si se penetra un poco más, ya el bosque vuelve por sus fueros, los pinos se ennoblecen, el musgo cruje bajo los pies, e invariablemente se ve algún vagabundo dormido, con un periódico tapándole la cara: el filósofo prefiere el musgo a las rosas. Éste es el lugar exacto donde cayó el otro día un aeroplano pequeño: alguien que llevaba a su novia de paseo por el cielo azul, se entusiasmó en exceso, perdió el control de la palanca de mando y se sumergió con un chasquido y un crujido directamente entre los pinos. Por desgracia, llegué demasiado tarde: ya habían tenido tiempo de llevarse los restos, y dos policías montados se alejaban al paso hacia la avenida, pero aún podía verse el impacto de una muerte osada bajo los pinos, uno de los cuales había sido cortado en dos por un ala, y el arquitecto Stockschrmeisser, que paseaba con su perro, estaba

contando lo ocurrido a un niño y su niñera; pocos días después ya no quedaba ninguna huella (sólo la herida amarilla en el pino), e ignorantes por completo del hecho, un anciano y su esposa —ella en corpiño y él en calzoncillos— habían sencillos ejercicios gimnásticos en el mismo lugar.

Algo más lejos todo era más bonito: los pinos estaban a sus anchas, y entre sus troncos rosados y escamosos, el grácil follaje de los serbales bajos y el verdor vigoroso de los robles convertían las rayas de sol del bosque de pinos en multitud de vivaces manchas moteadas. En la densidad de un roble, cuando se miraba desde abajo, la superposición de hojas sombreadas e iluminadas, verde oscuro y esmeralda brillante, se antojaba un rompecabezas unido por sus bordes ondulados, y sobre estas hojas, dejando que el sol acariciara su seda amarilla y parda o cerrando con fuerza las alas, se posó una mariposa de alas esquinadas, que tenía una raya blanca en el vientre punteado de oscuro; de pronto

echó a volar y se paró en mi pecho desnudo, atraída por el sudor humano. Y todavía más arriba, encima de luí rostro levantado, las copas y los troncos de los pinos participaban en un complejo intercambio de sombras, y su follaje me recordaba las algas meciéndose en el agua transparente. Y si levantaba aún más la cabeza, de modo que la hierba (de un verde primitivo e inexpresable desde este punto de vista invertido) pareciera estar creciendo hacia abajo, hacia una luz transparente y vacía, experimentaba algo similar a lo que debe sentir un hombre que ha volado a otro planeta (con diferente gravedad, diferente densidad y una presión diferente sobre los sentidos), en especial, cuando una familia que iba de excursión pasó cabeza abajo, dando a cada uno de sus pasos una sacudida extraña y elástica, y lanzando una pelota que parecía caer, cada vez más despacio, en un abismo turbulento.

Si se avanzaba aún más —no hacia la izquierda, donde el bosque se prolongaba infinitamente, ni

tampoco hacia la derecha, donde quedaba interrumpida por un seto de abedules jóvenes, que olían fresca y puerilmente a Rusia—, el bosque volvía a ser menos denso, perdía la maleza y descendía por pendientes arenosas a cuyos pies el ancho lago se elevaba sobre pilares de luz. El sol iluminaba caprichosamente la orilla opuesta, y cuando, con la llegada de una nube, el mismo aire parecía cerrarse como un gran ojo azul para volver a abrirse lentamente, una orilla iba siempre a la zaga de la otra en el proceso de oscurecerse e iluminarse. En la otra orilla apenas había playa arenosa, y los árboles bajaban todos juntos hasta los juncos densos, mientras más arriba se encontraban pendientes cálidas y secas cubiertas de trébol, acedera y tártago y bordeadas del exuberante verde oscuro de robles y hayas, que descendían temblando hasta los húmedos barrancos en uno de los cuales se había quitado la vida Yasha Chernyshevski.

Cuando yo entraba por las mañanas en este

mundo del bosque, cuya imagen había elevado, cabe decir, con mis propios esfuerzos por encima del nivel de esas ingenuas impresiones domingueras (papeles en el suelo, una muchedumbre de excursionistas) de las que se componía el concepto berlinés del «Grüneward»; cuando en estos bochornosos días laborables de verano me dirigía a su parte sur, a sus profundidades, a lugares salvajes y secretos, experimentaba tanto placer como si se tratara de un paraíso primitivo a tres kilómetros de la Agamemnonstrasse. Al llegar a uno de mis rincones favoritos, que combinaba mágicamente una libre afluencia de sol con la protección del follaje, me desnudaba y tendía boca arriba sobre la manta, colocando bajo la cabeza el innecesario bañador. Gracias al tono bronceado de todo mi cuerpo (sólo las plantas, palmas y arrugas en torno a los ojos conservaban su color natural), me sentía un atleta, un Tarzán, un Adán, cualquier cosa menos un ciudadano desnudo. La incomodidad que suele acompañar a la

desnudez depende de la conciencia de nuestra indefensa blancura, que ha perdido hace mucho tiempo toda relación con los colores del mundo circundante y por esta razón se encuentra en disonancia artificial con él. Pero el efecto del sol remedia esta deficiencia, nos hace iguales a la naturaleza en nuestro derecho a la desnudez, y el cuerpo bronceado ya no siente vergüenza. Todo esto parece arrancado de un folleto nudista, pero la propia verdad no tiene la culpa si coincide con la verdad que un pobre sujeto ha pedido prestada.

El sol brillaba con fuerza. El sol me lamía todo el cuerpo con su lengua grande y suave. Poco a poco sentía que me volvía transparente, que me había fundido en el fuego y sólo existía gracias a él. Del mismo modo que se traduce un libro a un idioma exótico, así yo me traducía al sol. El Fiodor Godunov-Cherdyntsev flaco, helado, invernal, estaba ahora tan lejos de mí como si le hubiera desterrado a la provincia de Yukutsk. Era una pálida



copia de mí mismo, mientras este yo estival era su magnífica reproducción de bronce. Mi yo personal, el que escribía libros, el que amaba las palabras, los colores, los fuegos de artificio mentales, a Rusia, el chocolate, a Zina, parecía haberse desintegrado, disuelto; después de convertirse en transparente por la fuerza de la luz, ahora lo asimilaba el resplandor del bosque veraniego, con sus agujas satinadas y sus hojas de un verde celestial, con sus hormigas corriendo sobre la lana radiante, transfigurada, de la manta de viaje, con sus pájaros, olores, aliento cálido de las ortigas y el olor de esperma de la hierba calentada por el sol, con su cielo azul donde zumbaba un avión muy alto, que parecía cubierto por una capa de polvo azul, la esencia azul del firmamento: el avión era azulado, como el pez está mojado en el agua.

De este modo uno podía disolverse completamente. Fiodor se incorporó y se sentó. Un reguero de sudor le bajaba por el pecho bien

afeitado e iba a caer al embalse del ombligo. Su vientre plano tenía un brillo nacarado y bronceo. Una hormiga extraviada se movía nerviosamente entre los rizos negros de su vello pubiano. Las espinillas parecían pulidas. Tenía agujas de pino entre los dedos de los pies. Con el bañador se secó la cabeza, la nuca y el cuello. Una ardilla de lomo arqueado saltó sobre el césped, de árbol a árbol, en una carrera sinuosa y casi torpe. Los robles jóvenes, los matorrales, los troncos de los pinos, todo tenía motas deslumbrantes, y una nube pequeña, sin afeitar en modo alguno el rostro del día veraniego, lentamente, como a tientas, pasó de largo al sol.

Se levantó, dio un paso —e inmediatamente la zarpa ingrátida de una sombra cayó sobre su hombro izquierdo; otro paso y desapareció. Fiodor consultó la posición del sol y arrastró la manta un metro hacia el lado para evitar que la sombra de las hojas cayera sobre él. Moverse desnudo era una dicha sorprendente— le agradaba en especial la

libertad en torno a las caderas. Anduvo entre los matorrales, escuchando la vibración de los insectos y los crujidos de los pájaros. Un reyezuelo corrió como un ratón por entre el follaje de un pequeño roble; una avispa voló muy bajo, cargada con una oruga entumecida. La ardilla que acababa de ver trepó por la corteza de un árbol con un sonido áspero y espasmódico. Cerca, en alguna parte, sonaron voces de muchachas, y Fiodor se detuvo en un dibujo de sombras que permanecía inmóvil en su brazo pero palpitaba rítmicamente en su costado izquierdo, entre las costillas. Una mariposa chata y dorada, equipada con dos comas negras, se posó en una hoja de roble, abrió a medias las alas oblicuas, y de pronto echó a volar como una mosca de oro. Y como le ocurría a menudo en estos días, especialmente cuando veía mariposas que le eran familiares, Fiodor imaginó el aislamiento de su padre en otros bosques —gigantescos, infinitamente lejanos, en comparación con los cuales éste no era

más que un zarzal, una cepa, una insignificancia. Y pese a ello sentía algo parecido a aquella libertad asiática que se esparcía por los mapas, el peregrinaje del espíritu de su padre— y lo más difícil era creer que pese a la libertad, pese al follaje y aquella sombra oscura y feliz, salpicada de sol, su padre estaba muerto.

Las voces sonaron más cerca y luego retrocedieron. Un tábano instalado a hurtadillas en su muslo consiguió clavarle su afilada trompa. Musgo, hierba, arena, cada uno se comunicaba a su modo con las plantas de sus pies desnudos, y también a su modo, el sol y la sombra acariciaban la cálida seda de su cuerpo. Sus sentidos, agudizados por el calor sin trabas, fueron tentados por la posibilidad de encuentros en la selva, de míticos raptos. *Le sanglot dont j'étais encoré ivre.* Habría dado un año de su vida, incluso un año bisiesto, por que Zina estuviera aquí —o cualquiera de su cuerpo de baile.

Se tendió otra vez, y otra vez volvió a levantarse; escuchó con el corazón desbocado ruidos taimados, vagos, vagamente prometedores; después se puso el bañador, ocultó la manta y la ropa bajo unas zarzas y se fue a vagar por el bosque que rodeaba el lago. De vez en cuando, raramente en los días laborables, se veían cuerpos más o menos anaranjados. Evitaba mirarlos con atención por temor a pasar de Pan a Punch. Pero a veces, junto a una cartera de colegiala y su bicicleta reluciente apoyada en el tronco de un árbol, podía verse tendida, como ahora, a una ninfa solitaria, con las piernas de terciopelo descubiertas hasta la ingle y el vello de los sobacos centelleando al sol; la flecha de la tentación estaba a punto de silbar y atravesarle cuando observó a poca distancia, en tres puntos equidistantes que formaban un triángulo mágico (¿de quién sería el premio?), a tres cazadores inmóviles, desconocidos entre sí, visibles tras los troncos: dos muchachos (uno en posición supina, el otro echado

de costado) y un hombre maduro, sin chaqueta, con dobleces en las mangas de la camisa, sentado en la hierba, inmóvil y eterno, con ojos tristes pero pacientes; y daba la impresión de que estos tres pares de ojos dirigidos al mismo punto acabarían, con ayuda del sol, practicando un agujero en el bañador negro de aquella pobre chica alemana, que ni siquiera había abierto los párpados untados de aceite.

Bajó a la orilla arenosa del lago y aquí, entre el estruendo de voces, se destrozó completamente la trama encantada que él mismo había tejido con tanto cuidado, y miró con repugnancia los cuerpos arrugados, torcidos, deformados por los azares de la vida, más o menos desnudos o más o menos vestidos (estos últimos eran los más terribles) de los bañistas que se movían por la arena de un color gris sucio (burgueses de medio pelo, trabajadores eventuales). En el punto en que el camino de la playa rodeaba el borde estrecho del lago, se habían levantado unas

estacas que sostenían restos atormentados de una alambrada, y el lugar próximo a estas estacas era muy apreciado por los habituales de la playa —en parte, porque resultaba muy cómodo poder colgar los pantalones por los tirantes (mientras la ropa interior se dejaba sobre las ortigas polvorientas) y, en parte, a causa de la vaga sensación de seguridad que comunica una valla a nuestras espaldas.

Las piernas grises de los viejos, cubiertas de granos y venas hinchadas; los pies planos; la costra oscura de los callos; las barrigas porcinas y sonrosadas; los adolescentes mojados, temblorosos, pálidos, de voz enronquecida; los globos de los pechos; los traseros voluminosos; los muslos blandos; las varices azuladas; la carne de gallina; los hombros pecosos de la chicas con piernas torcidas; los macizos cuellos y nalgas de los gamberros musculosos; la vacuidad sin esperanza ni salvación de los rostros satisfechos; los alborotos, las risotadas, las bulliciosas salpicaduras —todo

esto formaba la apoteosis de aquel renombrado buen humor alemán que con tanta facilidad puede convertirse de pronto en un clamor frenético.

Y sobre todo ello, en especial los domingos, cuando el gentío era más soez que nunca, se abatía un olor inolvidable, olor de polvo, de sudor, de barro acuático, de ropa interior sucia, de pobreza aireada y reseca, olor de almas secadas, ahumadas, envasadas, a un penique la pieza. Pero el propio lago, con grupos de árboles muy verdes en la otra orilla y una estela de ondulante sol en el centro, se comportaba con dignidad.

Después de seleccionar una pequeña cala privada entre los juncos, Fiodor se metió en el agua. Su cálida opacidad le envolvió, chispas de sol bailaron ante sus ojos. Nadó durante mucho rato, media hora, cinco horas, veinticuatro, una semana, otra. Finalmente, alrededor de las tres de la tarde del veintiocho de junio, emergió en la otra orilla.



Se abrió paso entre las espinacas del borde del lago, se encontró en un bosquecillo, y de allí trepó a un caliente montículo donde no tardó en secarse al sol. A la derecha había una hondonada llena de ramas y zarzas. Y hoy, como todas las veces que venía aquí, Fiodor bajó a aquella hondonada que siempre le atraía, como si en cierto modo hubiera sido culpable de la muerte del muchacho desconocido que se había matado aquí — precisamente aquí. Pensó que Alexandra Yakovlevna también solía venir, y removía a conciencia los matorrales con sus manos diminutas enguantadas de negro... Entonces no la conocía y no podía haberla visto— pero a juzgar por el relato de sus múltiples peregrinaciones, Fiodor sentía que debía ser algo así: la búsqueda resuelta, el susurro de las hojas, la sombrilla moviéndose a tientas, los ojos radiantes, los labios trémulos por los sollozos. Recordó su encuentro con ella esta primavera —el último encuentro—, después de la muerte de su marido, y la

extraña sensación que le dominó al mirar aquel rostro inclinado, y la frente espiritual, de que en realidad no la había visto nunca antes, y ahora buscaba en su rostro la semblanza de su marido difunto, cuya muerte permanecía expresada en él a través de un parentesco de sangre, fúnebre y oculto hasta ahora. Al día siguiente se marchó a vivir con unos parientes que residían en Riga, y ya su rostro, los relatos sobre su hijo, las veladas literarias en su casa y la enfermedad mental de Alexander Yakovlevich —todo cuanto sirvió en su tiempo— se retiró por propia iniciativa y encontró su fin, como un paquete de vida atado de través, que se conservará largo tiempo pero nunca más lo desatarán nuestras manos indolentes, morosas e ingratas. Sintió el deseo arrollador de no permitir que se cerrara y perdiera en un rincón del cuarto trastero de su alma, el deseo de aplicar todo esto a sí mismo, a su eternidad, a su verdad, a fin de hacer posible que brotara de una forma nueva. Hay una

manera, la única manera.

Subió otra ladera y en su cumbre, junto a un sendero que descendía, sentado en un banco a la sombra de un roble, dibujando lenta y pensativamente en la arena con el bastón, se hallaba un joven de hombros redondos, vestido con un traje negro. Cuánto calor debe tener, pensó el desnudo Fiodor. El joven levantó la vista... El sol se volvió y con el delicado gesto de un fotógrafo levantó un poco su rostro, un rostro exangüe, de ojos separados, grises y miopes. Entre los bordes de su cuello almidonado (del tipo llamado una vez en Rusia «delicia del perro»), centelleaba un botón sobre el nudo flojo de la corbata.

—Qué moreno está —dijo Koncheyev—; no creo que sea bueno para usted. ¿Y dónde están sus ropas?

—Allí —repuso Fiodor—, al otro lado, en el bosque.

—Alguien puede robárselas —observó Koncheyev—. No en vano dice el proverbio: A ruso generoso, prusiano ligero de manos.

Fiodor se sentó y replicó:

—No existe tal proverbio. A propósito, ¿sabe dónde estamos? Detrás de aquellas moreras, en una hondonada, es donde se mató de un tiro el joven Chernyshevski, el poeta.

—¡Oh!, ¿fue aquí? —dijo Koncheyev sin un interés especial—. No sé si está enterado de que su Olga se casó hace poco con un peletero y marchó a Estados Unidos. No del todo el lancero con quien se casó la Olga de Pushkin, pero aun así...

—¿No tiene calor? —le preguntó Fiodor.

—En absoluto. Tengo el pecho delicado y siempre siento frío. Pero, claro, al estar sentado junto a un hombre desnudo uno es físicamente consciente de que existen tiendas de ropa, y el

propio cuerpo se siente ciego. Además, me parece que cualquier trabajo mental le ha de resultar completamente imposible en tal estado de desnudez.

—Un buen argumento —sonrió Fiodor—. Se tiene la impresión de vivir de modo superficial, en la superficie de la propia piel...

—Exacto. No interesa otra cosa que patrullar el propio cuerpo y perseguir al sol. Pero a la mente le gustan las cortinas y la cámara oscura. La luz del sol es buena en el grado en que acrecienta el valor de la sombra. Una cárcel sin carcelero y un jardín sin jardinero es, a mi juicio, la disposición ideal. Dígame, ¿leyó lo que dije sobre su libro?

—Sí —replicó Fiodor, y se fijó en una oruguita geométrica que comprobaba el número de centímetros que había entre los dos escritores—, claro que lo leí. Al principio quería escribirle una carta de agradecimiento —ya sabe, con una conmovedora referencia a mi falta de

merecimientos, etc.—, pero luego pensé que ello introduciría un intolerable olor humano en el ámbito de la libre opinión. Y además, si he escrito un buen libro, debo estar agradecido a mí mismo y no a usted, del mismo modo que usted debe agradecer a sí mismo y no a mí el haber comprendido algo que era bueno, ¿no es así? Si empezamos a hacernos reverencias, en cuanto uno se detenga, el otro se sentirá ofendido y se alejará al instante.

—No esperaba perogrulladas de usted —dijo Koncheyev con una sonrisa—. Sí, todo esto es cierto. Una vez en mi vida, sólo una vez, di las gracias a un crítico, y él me replicó: «Verá, ¡la cuestión es que su libro me ha gustado realmente!», y este «realmente» me serenó para siempre. A propósito, no dije todo cuanto podía decir sobre usted... Le acribillaron de tal modo por defectos inexistentes que me pasaron las ganas de insistir en aquellos que me resultaban obvios. Además, o se libraré de ellos en su próxima obra o se convertirán

en virtudes especiales muy suyas, como una partícula, en un embrión se convierte en un ojo. Usted es zoólogo, ¿verdad?

—En cierto modo, como aficionado. Pero ¿cuáles son esos defectos? Me pregunto si coinciden con los que yo conozco.

—Primero, excesiva confianza en las palabras. A veces ocurre que, a fin de introducir la idea necesaria, sus palabras tienen que pasarla de contrabando. La frase puede ser excelente, pero aun así existe contrabando y, además, contrabando gratuito, puesto que el camino legal está abierto. Pero sus contrabandistas, amparándose en un estilo oscuro y con toda clase de operaciones complicadas, importan mercancías que en todos los casos no pagan derechos. Segundo, cierta torpeza en la reproducción de las fuentes: parece usted indeciso sobre si reforzar su estilo en discursos y sucesos pasados o conceder más importancia a estos últimos. Me tomé la molestia de confrontar uno o dos pasajes

de su libro con el contexto de la edición de obras completas de Chernyshevski, el mismo ejemplar que debió usar usted: encontré ceniza de su cigarrillo entre las páginas. Tercero, a veces lleva la parodia a tal grado de naturalidad que llega a convertirse en un auténtico pensamiento serio, pero en este nivel titubea de improviso, cae en un amaneramiento que es de usted y no la parodia de un amaneramiento, aunque es precisamente lo que está ridiculizando — como si alguien que hiciese la parodia de un actor que lee mal a Shakespeare, se dejara llevar por su ardor, y tras un comienzo logrado, mutilara accidentalmente un verso. Cuarto, en una o dos de sus transiciones se observa algo mecánico, cuando no automático, que sugiere que está persiguiendo su propia ventaja y tomando el rumbo que encuentra más fácil. En un pasaje, por ejemplo, un mero retruécano sirve como transición. Quinto y último, a veces dice cosas calculadas principalmente para pinchar a sus contemporáneos, pero cualquier mujer



le dirá que nada se pierde con más facilidad que una horquilla— y no digamos del hecho de que el menor cambio de la moda puede desterrar el uso de las horquillas: ¡piense en la cantidad de pequeños objetos punzantes que se han hallado bajo tierra y cuyo uso exacto no conoce ningún arqueólogo! El verdadero escritor ha de ignorar a todos los lectores menos uno, el del futuro, quien, a su vez, es sólo el autor reflejado en el tiempo. Creo que tal es la suma de mis quejas contra usted y, hablando en general, son triviales. Quedan totalmente eclipsadas por la brillantez de sus logros, sobre los que aún podría extenderme mucho.

—Oh, esto es menos interesante —dijo Fiodor, quien durante esta parrafada (como solían escribir Turguenev, Goncharov, el conde Salias, Grigorovich y Boborykin) había asentido con la cabeza, expresando aprobación—. Ha diagnosticado muy bien mis defectos —continuó— y corresponden a mis propias quejas de mí mismo, aunque,

naturalmente, yo los pongo en otro orden —algunos de los puntos van unidos mientras otros se subdividen. Pero además de las deficiencias que ha observado en mi libro, me doy perfecta cuenta de tres más, como mínimo, y quizá son los más importantes. Sin embargo, no pienso nombrárselas, pues ya no aparecerán en mi próximo libro. ¿Quiere que ahora hablemos de su poesía?

—No, gracias, prefiero no hacerlo —repuso Koncheyev, temeroso—. Tengo razones para pensar que a usted le gusta mi obra, pero soy orgánicamente contrario a discutirla. Cuando era pequeño, antes de acostarme solía rezar una oración larga y confusa que mi difunta madre —mujer piadosa y muy desgraciada— me había enseñado (ella, desde luego, habría dicho que estas dos cosas son incompatibles, pero aun así, lo cierto es que la felicidad no toma los hábitos). Yo recordaba esta oración y la recé durante años, casi hasta la adolescencia, pero un día analicé su sentido,

comprendí todas las palabras y, en cuanto la hube comprendido, la olvidé inmediatamente, como si hubiera roto un hechizo irrecuperable. Tengo la impresión de que podría ocurrir lo mismo con mis poesías, que si intento explicarlas racionalmente, perderé al instante mi capacidad de escribirlas. Sé que usted corrompió hace tiempo su poesía con palabras y significado, y ahora no es probable que continúe escribiendo versos. Es usted demasiado rico, demasiado codicioso. El encanto de la Musa reside en su pobreza.

—Es extraño —observó Fiodor—: una vez, hará unos tres años, imaginé con gran claridad una conversación con usted acerca de estos temas ¡y resulta que fue algo similar! Aunque, como es natural, usted me aduló descaradamente y cosas por el estilo. El hecho de que le conozca tan bien sin conocerle me hace feliz hasta lo increíble, porque ello significa que en el mundo hay uniones que no dependen en absoluto de amistades en masa,

afinidades necias o «el espíritu de la época», y tampoco de organizaciones místicas o asociaciones de poetas, en las cuales sus esfuerzos conjuntos prestan «fulgor» a una docena de bien avenidas mediocridades.

—En todo caso, quiero advertirle —dijo Koncheyev con franqueza— que no se haga ilusiones respecto a nuestra similitud: usted y yo diferimos en muchas cosas. Yo tengo costumbres diferentes, gustos distintos; por ejemplo, no puedo soportar a su Fet, y en cambio soy un ardiente admirador del autor de *El doble* y *Los poseídos*, a quien usted está dispuesto a menospreciar... Hay muchas cosas de usted que no me gustan —su estilo de San Petersburgo, su tinte gálico, su neovolterianismo y su debilidad por Flaubert— y, perdóneme, considero sencillamente un ultraje su obscena desnudez deportiva. Pero, teniendo en cuenta estas reservas, es probable que pudiéramos decir que en alguna parte —no aquí sino en otro plano, de cuyo ángulo,

por cierto, usted tiene una idea aún más vaga que yo —, en algún lugar de las afueras de nuestra existencia, muy lejos, de un modo misterioso e indefinible, un vínculo bastante divino está creciendo entre nosotros. Pero quizás usted siente y dice todo esto porque alabé su libro en la prensa — lo cual puede ocurrir, ya lo sabe.

—Sí, lo sé. También yo lo he pensado. En especial porque antes solía envidiar su fama. Pero en conciencia...

—¿Fama? —interrumpió Koncheyev—. No me haga reír. ¿Quién conoce mis poesías? Mil, mil quinientos, como máximo dos mil expatriados inteligentes, de los cuales un noventa por ciento no las comprende. ¡Dos mil entre tres millones de refugiados! Esto es éxito provinciano, pero no fama. Tal vez el futuro me resarcirá, pero tendrá que pasar mucho tiempo para que el tungo y el calmuco del «*Exegi monumentum*» de Pushkin se arranquen de las manos mi «Comunicación», mientras el finés los

mira con envidia.

—Pero existe un sentimiento consolador —dijo Fiodor, meditabundo—. Se pueden pedir préstamos a la herencia. ¿No le divierte imaginar que un día, en este mismo lugar, junto a este lago y bajo este roble, un soñador vendrá a sentarse e imaginará a su vez que usted y yo nos sentamos aquí una mañana?

—Y el historiador le dirá secamente que nunca paseamos juntos, que apenas nos conocíamos y que cuando nos veíamos, sólo hablábamos de cosas intrascendentes.

—¡Inténtelo de todos modos! Trate de experimentar aquella emoción extraña, futura, retrospectiva... ¡Todos los pelos del alma se ponen de punta! Sería algo bueno en general poner fin a nuestra bárbara concepción del tiempo; encuentro especialmente encantador oír hablar a la gente de que la tierra se congelará dentro de un trillón de años y todo desaparecerá a menos que traslademos a

tiempo nuestros talleres tipográficos a una estrella vecina. O las tonterías sobre la eternidad: se ha concedido tanto tiempo al universo que la fecha de su fin ya debiera haber llegado, del mismo modo que es imposible en un solo segmento de tiempo imaginarse entero un huevo colocado en una carretera por la que pasa incesantemente un ejército. ¡Qué estupidez! Nuestro erróneo concepto del tiempo como algo en expansión es una consecuencia de nuestra condición finita, que al encontrarse siempre al nivel del presente, comporta una elevación constante entre el abismo acuoso del pasado y el abismo aéreo del futuro. Así la existencia es una transformación eterna del futuro en el pasado —proceso esencialmente fantasmal—, mero reflejo de las metamorfosis materiales que se producen en nuestro interior. En estas circunstancias, el intento de comprender el mundo se reduce a un intento de comprender lo que nosotros mismos hemos hecho deliberadamente incomprensible. El

absurdo al que llega el pensamiento indagador sólo es un signo natural y genérico de que pertenece al hombre, y esforzarse por obtener una respuesta es lo mismo que pedir al caldo de gallina que empiece a cloquear. La teoría que me parece más tentadora — que no existe el tiempo, que todo es el presente situado como un resplandor más allá de nuestra ceguera— es una hipótesis finita tan imposible como todas las demás. «Lo entenderás cuando seas mayor», éstas son realmente las palabras más sabias que conozco. Y si añadimos a esto que la naturaleza veía doble cuando nos creó (oh, este maldito emparejamiento que es imposible rehuir: caballo-vaca, gato-perro, rata-ratón, pulga-chinche), que la simetría en la estructura de los cuerpos animados es una consecuencia de la rotación de los mundos (una peonza que gire durante el tiempo suficiente empezará, tal vez, a vivir, crecer y multiplicarse), y que en nuestra lucha hacia la asimetría, hacia la desigualdad, puedo detectar un alarido de libertad



genuina, un impulso por abandonar el círculo...

—*Herrliches Wetter, in der Zeitung steht es aber, dass es morgen bestimtht regnen wird!* —dijo finalmente el joven alemán que estaba sentado en el banco junto a Fiodor y en el cual éste había descubierto un parecido con Koncheyev.

La imaginación otra vez —¡y qué lástima! Incluso le he inventado una madre difunta a fin de hacer caer en la trampa a la verdad... ¿Por qué nunca puede convertirse en realidad una conversación con él, por qué no encuentra el camino de la realización? ¿O acaso esto es una realización y no se necesita nada mejor... ya que una conversación real tendría que ser decepcionante— con la confusión del tartamudeo, las vacilaciones, la paja de palabras triviales?

—*Da kommen die Wolken schot* —continuó el Koncheyev alemán, señalando con el dedo una nube pechugona que se elevaba por el oeste. (Con toda

probabilidad, un estudiante. Quizá con una vena filosófica o musical. ¿Dónde estará ahora el amigo de Yasha? Sería difícil que viniera por aquí).

—*Halb fünf ungefáht* —añadió en respuesta a la pregunta de Fiodor, y, recogiendo el bastón, se levantó del banco. Su silueta oscura y encorvada se fue alejando por las sombras del sendero. (¿Un poeta, tal vez? Después de todo, en Alemania tenía que haber poetas. Mezquinos, locales— pero aun así, no eran carniceros. ¿O sólo un acompañamiento de la carne?).

Le daba pereza nadar hasta la otra orilla; siguió a paso lento la vereda que bordeaba el lago por su lado norte. En el lugar donde un ancho declive arenoso llegaba hasta el agua, formando una margen resbaladiza que apuntalaban las raíces al descubierto de unos cuantos pinos recelosos, encontró otro grupo de gente, y más abajo, sobre una franja de hierba, vio tendidos tres cadáveres desnudos, blanco, rosado y marrón, como una

muestra triple del efecto del sol. Más lejos, en la curva del lago, había un terreno pantanoso, y la tierra oscura, casi negra, se adhirió con refrescante tacto a sus plantas desnudas. Volvió a subir por una pendiente cubierta de agujas, y caminó por el bosque moteado hasta su guarida. Todo era alegre, triste, soleado, sombreado —no deseaba volver a casa, pero ya era hora de regresar. Se tendió un momento junto a un árbol viejo que parecía haberle hecho una seña—. «Te mostraré algo interesante». Entre los árboles sonó una pequeña canción, y al poco rato, andando a buen paso, aparecieron cinco monjas —caras redondas, hábitos negros y cofias blancas— y la cancioncilla, medio de colegiala, medio angélica, revoloteó en torno a ellas todo el tiempo, mientras primero una y luego otra se agacharon sin detenerse para arrancar sendas flores modestas (invisibles para Fiodor, aunque estaba muy cerca) y en seguida se enderezaron, muy ágiles, alcanzando simultáneamente a las otras, recuperando el ritmo y

añadiendo esta flor fantasma a un ramillete fantasma con un ademán idílico (juntando un instante el pulgar y el índice, y curvando con delicadeza los otros dedos) —y todo se parecía tanto a una escena teatral — y cuánta destreza había en todo ello, qué infinidad de gracia y de arte, qué gran director se ocultaba tras los pinos, qué bien calculado estaba todo —el ligero desorden del grupo y su reunión posterior, tres delante y dos detrás, y el hecho de que una de las jóvenes rezagadas riera brevemente (con buen humor muy monjil) porque una de las que iban delante, en un arranque de expansividad, casi desafinó una nota especialmente celestial, y el gradual amortiguamiento de la canción a medida que se alejaba, mientras un hombre seguía inclinándose y unos dedos buscaban una brizna de hierba (pero ésta, meciéndose, continuó brillando al sol... ¿dónde había ocurrido esto antes —qué se había enderezado y empezado a mecerse...?)— y ahora todas se alejaban entre los árboles a paso rápido, calzadas

con zapatos de botones, y un niño medio desnudo, fingiendo buscar una pelota en la hierba, grosera y automáticamente repitió un trozo de su canción (del llamado por los músicos «estribillo bufo»). ¡Qué bien montado estaba todo! ¡Cuánto trabajo empleado en esta escena rápida y ligera, en este diestro pasaje, qué músculos había bajo aquella tela negra y de aspecto basto que después del entreacto cambiarían por etéreos tutus de bailarina!

Una nube tapó el sol, la luz del bosque cambió y se fue extinguiendo poco a poco. Fiodor se dirigió al claro donde había dejado la ropa. En el agujero bajo el zarzal, que siempre la protegía con tanta amabilidad, sólo encontró una sandalia; la manta, la camisa y los pantalones habían desaparecido. Hay una historia según la cual un pasajero que dejó caer un guante por la ventanilla del tren, tiró sin tardanza la pareja para que al menos la persona que los encontrara pudiera usarlos. En este caso el ladrón había actuado al revés: las viejas y gastadas

sandalias no le servirían de nada, pero había separado el par a fin de burlarse de su víctima. Por añadidura, entre las tiras asomaba un trozo de periódico, en el cual el ratero había escrito con lápiz: «*Mielen Dank*, muchas gracias».

Fiodor dio muchas vueltas y no encontró nada ni a nadie. No le importaba la pérdida de la camisa, que estaba deshilachada, pero le afligía un poco haber perdido la manta de viaje (traída desde Rusia) y los pantalones de franela recién comprados. Junto con los pantalones le habían robado veinte marcos, cobrados dos días antes y destinados a un pago parcial de la habitación, un lápiz, un pañuelo y un manojito de llaves. Esto último era lo peor de todo. Si daba la casualidad de que no estuviera nadie en casa, lo cual era muy fácil, sería imposible entrar en el piso.

El borde de una nube se incendió de modo deslumbrante y el sol volvió a salir. Emitió una fuerza tan cálida y dichosa que Fiodor, olvidando su

enojo, se tendió sobre el musgo y empezó a contemplar el avance del próximo coloso blanco, que se comía el azul durante su marcha: el sol se deslizó suavemente dentro de él después de despedir un fuego tembloroso que se dividió al pasar por entre el níveo cúmulo —y entonces, una vez hallada una salida, lanzó primero tres rayos y en seguida se dilató y llenó los ojos de fuego moteado, apagándolos (de modo que dondequiera que uno mirase, sólo veía pasar puntos de dominó)— y según que la luz se intensificara o palidciera, todas las sombras del bosque respiraban o flotaban.

Halló un pequeño alivio accidental en el hecho de que gracias a la marcha de los Shchyogolev a Dinamarca al día siguiente, habría un par de llaves sobrantes —lo cual significaba que podía callar la pérdida de las suyas. ¡Se marchan, se marchan, se marchan! Imaginó lo que había estado imaginando sin cesar durante los dos últimos meses— el comienzo (¡mañana por la noche!) de su vida plena

con Zina —la liberación, el aplacamiento, y entretanto una nube cargada de sol agrandándose, creciendo, con venas hinchadas de color turquesa y una comezón violenta en su núcleo tormentoso, se elevó en toda su ampulosa e imponente magnificencia y abrazó al cielo, al bosque y a él, y resolver esta tensión parecía un gozo monstruoso que ningún hombre podría soportar. Una oleada de viento le recorrió el pecho, su excitación se fue serenando, el aire se volvió oscuro y sofocante, era necesario apresurarse. Una vez más buscó entre las matas; al final se encogió de hombros, apretó más el cinturón elástico de su bañador y emprendió el camino de regreso.

Cuando dejó el bosque y atravesó una calle, la viscosidad del asfalto bajo sus pies desnudos resultó una novedad agradable. También era interesante andar por la acera. Una ligereza de sueño. Un transeúnte entrado en años, tocado con un sombrero de fieltro negro, se detuvo, le siguió con la mirada e



hizo una observación vulgar. Pero inmediatamente, como compensación, un ciego sentado contra una pared con su concertina murmuró su pequeña petición de una limosna y le regaló con un polígono de música, como si no ocurriera nada fuera de lo común (aunque resultaba extraño: tiene que haber oído que voy descalzo). Dos colegiales gritaron al peatón desnudo desde la parte trasera de un tranvía, a la que iban agarrados, y entonces los gorriones volvieron al césped del otro lado de la verja, de donde habían sido ahuyentados por el estruendo del coche amarillo. Empezaban a caer gotas de lluvia, y daba la impresión de que alguien estaba aplicando una moneda de plata a diferentes partes de su cuerpo. Un policía joven se apartó de un quiosco de periódicos y se dirigió hacia él.

—Está prohibido andar por la ciudad de esta manera —dijo, mirando el ombligo de Fiodor.

—Me lo han robado todo —explicó Fiodor con brevedad.

—Esto no debe ocurrir —observó el policía.

—No, pero ha ocurrido —repuso Fiodor, meneando la cabeza (varias personas se habían detenido junto a ellos y seguían el diálogo con curiosidad).

—Tanto si le han robado como si no, está prohibido ir desnudo por la calle —insistió el policía, enfadándose.

—Cierto, pero tengo que llegar de algún modo a la parada de taxis, ¿comprende?

—No puede hacerlo en este estado.

—Por desgracia, soy incapaz de convertirme en humo o improvisar un traje.

—Y yo le estoy diciendo que no puede circular así —repitió el policía. («Una desvergüenza inaudita», comentó la voz gruesa de alguien de la última fila).

—En tal caso —dijo Fiodor—, la única solución es que usted vaya a buscarme un taxi mientras yo me quedo aquí.

—Permanecer quieto, pero desnudo, también es imposible —replicó el policía.

—Me quitaré el bañador e imitaré a una estatua —sugirió Fiodor.

El policía sacó su cuaderno y arrancó con tanta furia el capuchón del lápiz que se le cayó al suelo. Un obrero lo recogió servilmente.

—Nombre y dirección —dijo el policía, fuera de sí.

—Conde Fiodor Godunov-Cherdyntsev —contestó Fiodor.

—Deje de hacerse el gracioso y dígame su nombre —vociferó el policía.

Llegó un oficial de mayor graduación y preguntó qué ocurría.

—Me han robado la ropa en el bosque —explicó Fiodor pacientemente, y de pronto advirtió que estaba empapado de lluvia. Uno o dos mirones habían corrido a refugiarse bajo una marquesina y una vieja que se mantenía muy cerca de Fiodor, abrió el paraguas y casi le sacó un ojo.

—¿Quién se la ha robado? —preguntó el sargento.

—No lo sé, y lo que es más, no me importa —repuso Fiodor—. Lo único que quiero ahora es irme a casa, y ustedes me lo están impidiendo.

La lluvia arreció de repente, barriendo el asfalto; toda su superficie parecía cubierta de velas saltarinas. Los policías (mojados y ennegrecidos por la humedad) consideraron tal vez el chaparrón como un elemento en el que un bañador era, si no apropiado, al menos permisible. El más joven intentó de nuevo conseguir la dirección de Fiodor, pero su superior le hizo una seña, y ambos,

acelerando un poco el paso, se retiraron hacia el toldo de una tienda de comestibles. Fiodor Konstantinovich, reluciente de pies a cabeza, echó a correr bajo el ruidoso aguacero, dobló una esquina y se metió en un coche con la rapidez del rayo.

Al llegar a su casa dijo al conductor que esperase, pulsó el botón que hasta las ocho de la noche abría automáticamente la puerta de entrada y se lanzó escaleras arriba. Le abrió Marianna Nikolavna; el recibidor estaba lleno de gente y de cosas: Shchyogolev en mangas de camisa, dos individuos luchando con una caja (que al parecer contenía la radio), una bonita modistilla con una caja de sombreros, un rollo de alambre y un montón de ropa blanca de la lavandería...

—¡Está loco! —gritó Marianna Nikolavna.

—Por el amor de Dios, pague el taxi —dijo Fiodor, sorteando personas y cosas con el cuerpo aterido— y por fin, saltando sobre la barricada de

baúles, entró como una tromba en su habitación.

Aquella noche cenaron todos juntos, y más tarde vendrían los Kasatkin, el barón báltico, una o dos personas más... En la mesa Fiodor dio una versión mejorada de su contratiempo, y Shchyogolev se rió con ganas, mientras Marianna Nikolavna quería saber (no sin razón) cuánto dinero llevaba en los pantalones. Zina se limitó a encogerse de hombros y con insólita franqueza instó a Fiodor a servirse vodka, temiendo que se hubiera resfriado.

—Bueno... ¡nuestra última velada! —exclamó Boris Ivanovich, después de reír a sus anchas—. Que tenga usted éxito, *signor*. Alguien me dijo el otro día que pergeñó un artículo bastante venenoso sobre Petrashevski. Muy laudable. Escucha, mamá, tenemos otra botella y no vale la pena llevárnosla; dásela a los Kasatkin.

»... de modo que va a quedarse huérfano — continuó, atacando la ensalada italiana y

devorándola con la máxima intemperancia—. No creo que nuestra Zinaida Oscarovna le cuide demasiado bien. ¿Eh, princesa?... En fin, así es la vida, mi querido muchacho, un giro del destino, y jaque mate. Jamás creí que la fortuna llegara a sonreírme, toquemos madera, toquemos madera. Imagínese, el invierno pasado me preguntaba qué debía hacer: ¿apretarme el cinturón o vender a Marianna Nikolavna como chatarra? Usted y yo hemos cohabitado durante año y medio, si me permite la expresión, y mañana nos separaremos, probablemente para siempre. El hombre es juguete del destino. Hoy feliz, mañana hecho papilla. Cuando la cena concluyó y Zina hubo salido para abrir la puerta a los invitados, Fiodor se retiró en silencio a su habitación, donde todo estaba animado por la lluvia y el viento. Entornó la ventana, pero un momento después la noche dijo: “No”, y con una especie de desvelada insistencia, desdeñando ataques entró nuevamente. “Me emocionó tanto saber

que Tania ha tenido una niña, y estoy muy contento por ella y por ti. El otro día escribí a Tania una carta lírica y larga, pero tengo la incómoda sensación de haberme equivocado en el sobre: en lugar de '122' puse otro número, sin darme cuenta, como ya hice otra vez; ignoro por qué ocurren estas cosas, uno escribe una dirección muchas veces, correcta y automáticamente, y de repente otro día titubea, la mira con atención y siente que no está seguro, que parece desconocida, es muy extraño... Ya sabes, como elegir una palabra sencilla, 'indolente', por ejemplo, y verla como 'in-dolente' o 'indo-lente' hasta que es completamente extraña y salvaje, algo parecido a 'impelente' o 'emoliente'. Creo que esto ocurrirá algún día con toda la existencia. En cualquier caso, desea de mi parte a Tania todo lo alegre, verde y estival de Leshino. Mañana se marchan mis patronos y estoy fuera de mí de alegría: fuera de mí, situación muy agradable, como estar de noche sobre un tejado. Me quedaré otro mes en



Agamemnonstrasse y luego me trasladaré. Ignoro cómo irán las cosas. A propósito, mi Chemyshevski se está vendiendo bastante bien. ¿Quién te dijo exactamente que Bunin lo alabó? Mis esfuerzos por el libro ya me parecen una historia antigua, así como aquellas tormentas del pensamiento, los apuros de la pluma, y ahora estoy completamente vacío, limpio y dispuesto a recibir nuevos inquilinos. Parezco un gitano de tan moreno que me ha puesto el sol del Grunewald. Algo está empezando a tomar forma, creo que escribiré una novela clásica, con ‘tipos’, amor, destino, conversaciones...”.

La puerta se abrió de improviso. Zina se asomó y, sin soltar la manecilla, tiró algo sobre la mesa.

—Paga a mamá con esto —dijo; le miró con los ojos semicerrados y desapareció.

Fiodor desdobló el billete. Doscientos marcos. La cantidad se le antojaba colosal, pero un sencillo cálculo le demostró que no sobraría nada después de

pagar los dos últimos meses, ochenta más ochenta, y treinta y cinco para el siguiente, que no incluiría la pensión. Pero todo se hizo confuso cuando empezó a considerar que el último mes no había almorzado ningún día, pero por otro lado disfrutado de ceñas más abundantes aparte la cantidad entregada a cuenta, diez (¿o quince?) marcos, debía conversaciones telefónicas y dos o tres tonterías más, como el taxi de hoy. La solución del problema estaba más allá de sus fuerzas, le aburría; guardó el dinero debajo de un diccionario.

«... y descripciones de la naturaleza. Me alegra mucho que estés releendo mi libro, pero ahora hay que olvidarlo, ha sido sólo un ejercicio, una prueba, un ensayo antes de las vacaciones escolares. Te he echado mucho de menos y tal vez (lo repito, no sé cómo irán las cosas) te visitaré en París. En términos generales, mañana mismo abandonaré este país, opresivo como un dolor de cabeza, donde todo me resulta extraño y repelente, donde consideran la

cumbre de la literatura una novela sobre el incesto u otro tema escabroso, o un cuento pegajoso, retórico y seudobrutal sobre la guerra; donde, de hecho, no hay literatura ni la ha habido durante mucho tiempo; donde, asomando por entre la niebla de una humedad democrática extremadamente monótona —también pseudo—, pueden verse las mismas botas y el mismo casco; donde nuestra nativa e impuesta “intención social” en literatura ha sido reemplazada por la oportunidad social, etc. etc. Podría seguir así mucho rato —y es divertido que cincuenta años atrás todo pensador ruso que dispusiera de una maleta escribiera exactamente lo mismo— acusación tan obvia que ha llegado a ser incluso trivial. En cambio, en la mitad dorada del siglo pasado, ¡Dios mío, qué transportes! ¡Pequeña Alemania, tan *gemütlich*, *ach*, íntima, agradable, casitas de ladrillo, *ach*, los niños van a la escuela, *ach*, el campesino no golpea a su caballo con un garrote...! No importa, tiene su propio modo alemán de

torturarlo, en un cómodo rincón, con un hierro candente. Sí, me habría marchado hace tiempo, pero hay ciertas circunstancias personales (además de mi maravillosa soledad en este país, el benéfico y maravilloso contraste entre mi estado interior y el mundo de terrible frialdad que me rodea; ya sabes que en los países fríos las casas están más calientes que en el sur, y mejor aisladas), pero incluso estas circunstancias personales pueden tomar un giro que me permita abandonar la Fetterland y llevarla conmigo. ¿Y cuándo regresaremos a Rusia? Qué sentimentalismo estúpido, qué gemido rapaz debe parecer nuestra inocente esperanza a la gente de Rusia. Pero nuestra nostalgia no es histórica —sólo humana—, ¿cómo explicárselo a ellos? Claro, para mí es más fácil que para otros vivir fuera de Rusia, porque sé seguro que volveré —primero, porque me llevé las llaves, y segundo, porque, no importa cuándo, dentro de cien o doscientos años— viviré allí en mis libros, o al menos en una nota al pie de

algún investigador. Ya ves; ahora tenemos una esperanza histórica, una esperanza histórico-literaria... “Anhele la inmortalidad, ¡incluso su sombra terrena!”. Hoy te escribo tonterías continuas (sucesión continua de ideas) porque estoy bien y soy feliz, y además, todo esto tiene algo que ver, aunque de un modo indirecto, con la niña de Tania.

»La revista literaria que te interesa se llama La Torre. No la tengo, pero creo que la encontrarás en cualquier librería rusa. No ha llegado nada de tío Oleg. ¿Cuándo lo envió? Me parece que te has confundido. Bueno, es igual. Cuídate, je t’embrasse. La noche, la lluvia —cayendo en silencio— ha encontrado su ritmo nocturno y ahora puede continuar hasta el infinito».

Oyó que el recibidor se llenaba de voces que se despedían, oyó caer el paraguas de alguien y llegar y detenerse el ascensor reclamado por Zina. Volvió a reinar el silencio. Fiodor fue al comedor, donde Shchyogolev cascaba las últimas nueces,

masticándolas sólo con un lado, y Marianna Nikolavna quitaba la mesa. Su rostro rechoncho y sonrosado, las relucientes ventanas de la nariz, las cejas violeta, el cabello color de albaricoque que se volvía azul en la gruesa nuca afeitada, los ojos azules, con el rabillo pintado en exceso, momentáneamente fijos en las últimas gotas del fondo de la tetera, sus anillos, su broche granate, el chal floreado sobre los hombros, todo esto constituía, en su conjunto, una estampa tosca pero de colores muy vivos de un género algo anticuado. Se puso las gafas y leyó una hoja llena de números cuando Fiodor le preguntó cuánto le debía. Al oír esto Shchyogolov arqueó las cejas, sorprendido: estaba seguro de no obtener un céntimo más de su huésped, y como era bondadoso por naturaleza, la víspera había aconsejado a su mujer que no presionara a Fiodor y le escribiera una o dos semanas después desde Copenhague, y le amenazara con dirigirse a sus familiares. Después de pagar,

Fiodor se guardó los tres marcos y medio que sobraban de los doscientos y fue a acostarse. En el recibidor se cruzó con Zina, que volvía de abajo. «¿Bien?» —dijo ella, con un dedo en el interruptor — interjección medio inquisitiva, medio apremiante que significaba, más o menos: «¿Vas a pasar? Yo apago la luz, así que date prisa». El hoyuelo de su brazo desnudo, piernas enfundadas en seda pálida, zapatillas de terciopelo, rostro inclinado hacia abajo. Oscuridad.

Se acostó y empezó a dormirse al murmullo de la lluvia. Como siempre que se hallaba entre el estado consciente y el sueño, se inmiscuyeron toda clase de desechos verbales, brillando y tintineando: «El cristal crujiente de aquella noche cristiana bajo una estrella crisolítica...» y su mente, después de escuchar, aspiró a reunirlos y usarlos y empezó a añadir por su cuenta: Extinguida la luz de Yasnaya Poliana, y Pushkin muerto, y Rusia lejana... pero como esto no servía, el rosario de rimas continuó:

«Una estrella fugaz, un crisólito audaz, el avatar de un aviador...». Su mente fue descendiendo poco a poco a un infierno de aliteraciones reptantes, a infernales asociaciones de palabras. A través de su insensata acumulación notó el pinchazo de un botón de la almohada en la mejilla; se volvió del otro lado y vio contra un fondo negro personas desnudas saltando al lago del Grunewald, y un monograma de luz parecido a un infusorio se deslizó en diagonal hasta el extremo más alto de su campo de visión subpalpebral. Tras cierta puerta cerrada de su cerebro, apoyada en la manecilla pero dándole la espalda, su mente empezó a discutir con alguien un secreto importante y complicado, pero cuando la puerta se abrió durante un minuto, resultó que hablaban de sillas, mesas y establos. De pronto, bajo la niebla cada vez más espesa, junto al último peaje de la razón, llegó la vibración argentina de un timbre de teléfono, y Fiodor dio otra media vuelta, se quedó boca abajo, cayéndose... La vibración permanecía



entre sus dedos, como si le hubiera picado una ortiga. En el recibidor, donde ya había devuelto el auricular a su caja negra, estaba Zina, que parecía asustada.

—Era para ti —dijo en voz baja—. Tu antigua patrona, *Frau* Stoboy, quiere que vayas allí inmediatamente. Hay alguien esperándote en su casa. Date prisa.

Fiodor se puso unos pantalones de franela y, jadeando, salió a la calle. En esta época del año hay en Berlín algo similar a las noches blancas de San Petersburgo: el aire era de un gris transparente, y las casas parecían flotar en un espejismo jabonoso. Unos obreros del turno de noche habían levantado el arroyo en el chaflán, y era preciso caminar por estrechos pasadizos de tablas; a cada persona que entraba le daban una linternita que a la salida debía colgar de un gancho clavado al poste, o bien dejar en la acera junto a unas botellas de leche vacías. Fiodor hizo esto último y siguió andando por las

calles sin brillo, y el presentimiento de algo increíble, de una sorpresa imposible y sobrehumana salpicó su corazón con una mezcla de horror y felicidad. En la penumbra gris, unos niños ciegos que llevaban gafas oscuras salieron de dos en dos del edificio de una escuela y pasaron por su lado; estudiaban de noche (en escuelas económicamente oscuras, que durante el día cobijaban a niños videntes), y el clérigo que les acompañaba se parecía al maestro de escuela de Leshino, Bychkov. Apoyado contra un farol y con la cabeza colgando, muy abiertas las piernas en forma de tijera, hundidas en las perneras de unos pantalones a rayas, y con las manos metidas en los bolsillos, un borracho flaco se antojaba recién salido de las páginas de una vieja revista satírica rusa. Aún había luz en la librería rusa, distribuían libros entre los taxistas nocturnos, y a través de la opacidad amarillenta del cristal distinguió la silueta de Misha Berezovski, que alargaba a alguien el atlas negro de

Petrie. ¡Debe ser duro trabajar de noche! La excitación volvió a dominarle en cuanto llegó a su antiguo vecindario. Estaba sin aliento de tanto correr, y la manta enrollada le pesaba mucho en el brazo; tenía que apresurarse, pero no podía recordar el plano de las calles, y la noche cenicienta lo confundía todo, cambiando como en la imagen de un negativo la relación entre las partes oscuras y claras, y no había nadie a quien preguntar, todo el mundo dormía. De pronto se irguió un álamo y detrás una iglesia alta que tenía un rosetón de color rojo violáceo, dividido en rombos de luz policroma: en su interior tenía lugar un servicio nocturno y una vieja enlutada que llevaba un poco de algodón bajo el puente de las gafas, subía a toda prisa los escalones. Fiodor encontró su calle, pero en la entrada un poste con el dibujo de una mano enguantada indicaba que era preciso entrar en la calle por el otro extremo, donde estaba el edificio de correos, pues en este extremo habían depositado

un montón de banderas para los festejos del día siguiente. Pero tenía miedo de perderla si daba un rodeo, y además, a la oficina de correos tendría que ir después, si aún no se había enviado un telegrama a su madre. Trepó por tablones, cajas y un ensortijado granadero de juguete y vislumbró la tan conocida casa, frente a la cual los obreros ya habían extendido una alfombra roja desde la acera hasta la esquina, igual como solían hacer frente a su casa del Malecón del Neva las noches de baile. Corrió escaleras arriba y *Frau* Stoboy le abrió inmediatamente. Tenía las mejillas ardientes y llevaba una bata blanca de hospital —con anterioridad había practicado la medicina—. «Le ruego que no se excite —dijo—. Vaya a su habitación y espere. Debe estar preparado para cualquier cosa», añadió con una nota vibrante en la voz, y le empujó hacia el interior de la habitación que él había creído no volver a ver en su vida. Perdiendo el control de sí mismo, la agarró por el hombro, pero ella se desasíó. «Alguien ha

venido a verle —dijo *Frau Stoboy*—; ahora descansa... Espere un par de minutos». Cerró la puerta de golpe. La habitación estaba igual que cuando vivía en ella: los mismos cisnes y lirios en el papel de la pared, el mismo techo pintado y ornamentado con mariposas tibetanas (allí, por ejemplo, estaba la *Thecla bieti*). Expectación, temor, la escarcha de la felicidad, el ímpetu de los sollozos, fundidos en una única agitación cegadora mientras esperaba, incapaz de moverse, en el centro de la habitación, escuchando y mirando la puerta. Sabía quién entraría dentro de un momento y le asombraba haber dudado alguna vez de su regreso: la duda se le antojaba ahora igual que la obtusa obstinación de un demente, la desconfianza de un salvaje, la complacencia de un ignorante. El corazón le latía como ante una ejecución, pero al mismo tiempo esta ejecución era un gozo tan inmenso que la vida palidecía ante él, y no podía comprender la repugnancia que solía experimentar cuando, en

sueños rápidamente contruidos, evocaba lo que ahora iba a ocurrir en la vida real. De repente, la puerta se estremeció (otra, lejana, se había abierto ya) y oyó unos pasos conocidos, el murmullo doméstico de unas zapatillas de tafilete. Sin ruido, pero con terrible fuerza, la puerta se abrió de par en par, y en el umbral apareció su padre. Llevaba un casquete bordado en oro y una chaqueta negra de *cheviot* con bolsillos para la pitillera y la lupa; las mejillas atezadas, con dos largos surcos a ambos lados de la nariz, estaban pulcramente afeitadas; algunos cabellos grises brillaban como sal en su barba oscura; entre una red de arrugas, sus ojos rieron, cálidos y francos. Pero Fiodor no se movió, incapaz de dar un paso. Su padre dijo algo, pero en voz tan tenue que le fue imposible entender nada, aunque intuía que tenía relación con su regreso, sano y salvo, humano y real. Pero incluso así, era terrible acercarse —tan terrible que Fiodor sentía que moriría si el recién llegado daba un paso hacia él—.

En alguna de las habitaciones de atrás se oyó la risa extasiada de su madre, mientras su padre emitía sonidos suaves separando apenas los labios, como solía hacer cuando tomaba una decisión o buscaba algo en la página de un libro... entonces volvió a hablar —y esta vez sus palabras significaban que todo iba bien, que todo era sencillo, que ésta era la verdadera resurrección, que no podía ser de otro modo, y además: que estaba satisfecho —satisfecho de sus capturas, de su regreso, del libro de su hijo sobre él—, y entonces, por fin, todo se hizo fácil, se encendió una luz, y su padre abrió los brazos con efusiva alegría. Fiodor, con un gemido y un sollozo, se adelantó, y en la sensación colectiva de una chaqueta de lana, manos grandes y el tierno pinchazo de un bigote bien recortado, surgió un calor de felicidad extática, vivo, enorme, paradisíaco, en el cual se fundió y disolvió su corazón gélido.

Al principio la superposición de una cosa y otra y la franja pálida y palpitante que iba hacia arriba le

resultaron totalmente incomprensibles, como palabras de una lengua olvidada o partes de un motor desmontado, y esta confusión sin sentido hizo que le recorriera un estremecimiento de pánico: me he despertado en la tumba, en la luna, en la mazmorra del no ser. Pero algo dio media vuelta en su cerebro, se serenaron sus pensamientos y se apresuraron a pintar la verdad, y se dio cuenta de que estaba mirando la cortina de una ventana entornada, sentado ante la mesa frente a esa ventana; tal es el tratado con la razón, el teatro del hábito terreno, la librea de la sustancia temporal. Bajó la cabeza hasta la almohada y se esforzó por alcanzar un sentido fugitivo —cálido, maravilloso, omnisciente— pero su nuevo sueño era una compilación árida, hilvanada con restos de la vida cotidiana y adaptada a ella.

La mañana era nublada y fresca y había charcos negros y grisáceos en el asfalto del patio; podía oírse el ruido desagradable del picado de alfombras.



Los Shchyogolev habían terminado de hacer el equipaje; Zina estaba en la oficina y a la una almorzaría con su madre en el Vaterland. Por suerte no hubo sugerencias de que Fiodor las acompañara, por el contrario, Marianna Nikolavna, mientras le calentaba un poco de café en la cocina, donde él esperaba en bata, desconcertado por el ambiente de vivaque del apartamento, le advirtió que en la despensa tenía algo de jamón y ensalada italiana para el almuerzo. Por cierto, resultó que la infortunada persona que siempre obtenía su número por error, había llamado anoche: esta vez estaba tremendamente agitado, algo había ocurrido, algo que permaneció en el misterio.

Boris Ivanovich trasladó por décima vez de una maleta a otra un par de zapatos con sus hormas, muy limpios y relucientes, era de una insólita meticulosidad con el calzado.

Luego se vistieron y salieron, mientras Fiodor se afeitaba, realizaba largas y cumplidas abluciones y

se cortaba las uñas de los pies —resultaba muy agradable apretar un extremo duro y difícil y ¡clip! — los trozos de uña se diseminaron por todo el cuarto de baño. El portero llamó a la puerta pero no pudo entrar porque los Shchyogolev la habían cerrado con la llave americana, y las de Fiodor habían desaparecido para siempre. El cartero, forcejeando con la hendidura del buzón, echó el periódico de Belgrado *Por la Iglesia y el Zar*, al que estaba suscrito Boris Ivanovich, y más tarde alguien introdujo (dejando que asomara por arriba) un folleto que anunciaba una peluquería nueva. A las once y media en punto se oyó un fuerte ladrido por las escaleras y el agitado descenso del perro lobo al que sacaban de paseo a esta hora. Con el peine en la mano, Fiodor salió al balcón para ver si aclaraba, pero aunque no llovía, el cielo continuaba siendo de un blanco descolorido y terco, y uno casi no podía creer que la víspera hubiera sido posible tenderse en el bosque. El dormitorio de los Shchyogolev

rebosaba de papeles, y una de las maletas estaba abierta, encima de todo había un objeto de goma en forma de pera colocado sobre una toalla muy fina. Un bigote andante entró en el patio con platillos, un tambor y un saxófono —completamente cubierto de música metálica, con música alegre en la cabeza y un mono vestido de rojo— y cantó durante mucho rato, golpeando el suelo con el pie y tocando, sin lograr, no obstante, ahogar el vapuleo de las alfombras colgadas de los bastidores. Empujando la puerta con sigilo, Fiodor visitó la habitación de Zina, donde aún no había estado nunca, y, con la extraña sensación de un alegre cambio de domicilio, contempló largamente el despertador de energético tictac, la rosa en una copa de pie todo salpicado de burbujas, el diván que se convertía en cama por la noche y las medias puestas a secar sobre el radiador. Comió algo, se sentó ante su mesa, mojó la pluma y se inmovilizó ante una hoja en blanco. Los Shchyogolev volvieron, vino el portero, Marianna

Nikolavna rompió una botella de perfume, y él seguía sentado ante la hoja y no volvió en sí hasta que los Shchyogolev se dispusieron a ir a la estación. Todavía faltaban dos horas para que saliera el tren, pero la estación estaba muy lejos. «Debo confesar que me gusta llegar con puntualidad», dijo con alegría Boris Ivanovich mientras se estiraba el puño de la camisa para ponerse la chaqueta. Fiodor intentó ayudarle (el otro, con una exclamación cortés, con la chaqueta a medio poner, retrocedió, y de pronto, en el rincón, se convirtió en un horrible jorobado), y entonces fue a despedirse de Marianna Nikolavna, quien con una expresión muy cambiada (como incitando o evadiendo su reflejo) se colocaba un sombrero azul con un velo azul ante el espejo del armario. De pronto Fiodor sintió lástima de ella y, tras pensarlo un momento, se ofreció para ir a la parada a buscar un taxi.

—Sí, por favor —dijo Marianna Nikolavna,

mientras se acercaba con gestos ampulosos al sofá donde tenía los guantes.

Resultó que en la parada no había un solo taxi, y se vio obligado a cruzar la plaza y buscarlo allí. Cuando por fin se detuvo ante la casa de los Shchyogolev, éstos ya estaban abajo, con todas las maletas (la víspera habían facturado el «equipaje pesado»).

—Bueno, que Dios le guarde —dijo Marianna Nikolavna, y le besó en la frente con labios de gutapercha.

—¡*Sarotska, Sarotska*, envíenos un *telegrámotska!* —gritó Boris el parodista, agitando la mano mientras el taxi giraba y se alejaba.

Para siempre, pensó Fiodor con alivio y, silbando, subió las escaleras.

Hasta ahora no se dio cuenta de que no podía entrar en el apartamento. Fue especialmente

fastidioso levantar la tapa del buzón y ver un manojito de llaves en el suelo del recibidor: Marianna Nikolavna las había tirado después de cerrar la puerta tras de sí. Bajó las escaleras mucho más despacio que como las subiera. Sabía que el plan de Zina era ir del trabajo a la estación: teniendo en cuenta que el tren saldría dentro de dos horas, y que el viaje en autobús duraría una hora, Zina (y las llaves) no estaría aquí antes de tres. Las calles eran grises y ventosas: no tenía a nadie a quien visitar y no entraba nunca solo en tabernas y cafés, pues los odiaba a muerte. En el bolsillo tenía tres marcos y medio; compró cigarrillos, y como la necesidad acuciante de ver a Zina (ahora, cuando todo estaba permitido) era realmente lo que privaba de luz y sentido a la calle, al cielo y al aire, corrió hasta la esquina, donde se detuvo el autobús que necesitaba. El hecho de que llevaba zapatillas y un traje viejo y arrugado, con un botón de menos en la bragueta, rodilleras y un remiendo obra de su madre en el

trasero, no le preocupaba en absoluto. La piel bronceada y el cuello abierto de la camisa le prestaban cierta agradable inmunidad.

Era una especie de fiesta nacional. Por las ventanas de las casas asomaban tres clases de banderas: negra-amarilla-roja, negra-blanca-roja, y solamente roja; cada una de ellas significaba algo, y lo más gracioso era que este algo poseyera el don de excitar en alguien odio u orgullo. Había banderas grandes y pequeñas, astas cortas y astas largas, pero no había nada en esta exhibición de entusiasmo cívico que hiciera más atractiva la ciudad. En la Tauentzienstrasse, el autobús quedó detenido por una sombría procesión: policías con polainas negras cerraban la marcha en un camión lento, y entre los estandartes había uno con una inscripción en ruso que contenía dos errores: *serb* en vez de *serp* (hoz) y *molt* en vez de *molot* (martillo). De pronto se imaginó festejos oficiales en Rusia, soldados con abrigos muy largos, el culto de las mandíbulas

apretadas, un cartel gigantesco con un sujeto vociferante que llevaba la chaqueta y la gorra de Lenin, y entre el trueno de las estupideces, los timbales del tedio y los esplendores que gustan a los esclavos, chillido pequeño de verdad barata. Ahí está, eternizada, aún más monstruosa en su espontaneidad, la repetición de las fiestas de coronación de Hodynka, con sus paquetes de caramelos gratis —contempla su tamaño (ahora mucho mayores que los originales)— y la perfecta organización en la retirada de cadáveres... Oh, dejemos que todo pase y quede olvidado, y dentro de doscientos años otro ambicioso frustrado desahogará su frustración en los infelices que sueñan con la buena vida (es decir, si no se implanta mi reino, en el que todo el mundo vive para sí mismo y no hay igualdad ni autoridades, pero si no lo queréis, yo no insisto ni me importa).

La plaza Potsdam, siempre desfigurada por las obras municipales (oh, esas viejas postales de la



plaza, donde todo es tan espacioso, los conductores de *droskis* son tan felices y las colas de las esbeltas damas se arrastran por el polvo, pero las gordas floristas son las mismas). El carácterseudoparisiense de Unter Den Linden. La estrechez de las calles comerciales que la continúan. Puente, barcaza, gaviotas. Los ojos muertos de viejos hoteles de segunda, tercera, centésima categoría. Unos minutos más de trayecto y llegó a la estación.

Vislumbró a Zina corriendo escaleras arriba con un vestido de georgette beige y un sombrerito blanco. Corría con los codos rosas apretados contra las caderas, sosteniendo el monedero bajo el brazo, y cuando la alcanzó y la abrazó a medias, ella se volvió con aquella sonrisa tierna y borrosa, con aquella tristeza feliz en los ojos con la que siempre le saludaba cuando se encontraban a solas. «Escucha —dijo con voz excitada—, llego tarde, corramos». Pero él contestó que ya se había despedido de ellos y la esperaría fuera.

El sol poniente ocultándose tras los tejados de las casas parecía haber caído de las nubes que cubrían el resto del cielo (pero ahora ya eran muy suaves y remotas, como pintadas en vagas ondulaciones contra un techo verdoso); allí, en aquella angosta franja, el cielo estaba incendiado, y enfrente, una ventana y unas letras metálicas relucían como el cobre. La larga sombra de un mozo de cuerda, empujando la sombra de una carretilla, absorbía esta sombra, pero en la esquina volvió a sobresalir en un ángulo agudo.

—Te echaremos de menos, Zina —dijo Marianna Nikolavna desde la ventanilla del vagón—, pero en cualquier caso, ven a vernos en tus vacaciones de agosto y quizá ya podrás quedarte para siempre.

—No lo creo —repuso Zina—. ¡Ah! Hoy te he dado las llaves. No te las lleves, por favor.

—Las he dejado en el recibidor... Y las de Boris están en el escritorio... pero no importa:

Godunov te abrirá —añadió Marianna Nikolavna para tranquilizarla.

—Bien, bien. Buena suerte —dijo Boris Ivanovich desde detrás del rechoncho hombro de su esposa, poniendo los ojos en blanco—. ¡Ah, Zinka, Zinka, reúnete pronto con nosotros e irás en bicicleta y te bañarás en leche; esto sí que es vida!

El tren se estremeció y empezó a moverse. Mariana Nikolavna agitó la mano durante mucho rato. Shchyogolev retiró la cabeza como una tortuga (y después de sentarse emitió probablemente un gruñido ruso).

Zina bajó saltando las escaleras, ahora llevaba el monedero colgado de los dedos, y los últimos rayos de sol encendieron en sus ojos un destello de bronce mientras volaba hacia Fiodor. Se besaron con tanto ardor como si ella acabara de llegar desde muy lejos, después de una larga separación.

—Y ahora vámonos a cenar —propuso,

tomándole del brazo—. Debes estar muerto de hambre.

Él asintió. Y ahora, ¿cómo explicarlo? ¿Por qué esta extraña timidez en lugar de la libertad voluble y jubilosa que había esperado tan ansiosamente? Era como si hubiera perdido el hábito de verla, o fuese incapaz de adaptarse a ella, a la ella de antes, a esta libertad.

—¿Qué te pasa? Pareces malhumorado — observó Zina tras un silencio (se dirigían a la parada del autobús).

—Es triste separarse de Boris el Vivaz — replicó él, tratando de resolver con una broma su turbación emocional.

—Yo creo que se debe a la escapada de ayer — dijo Zina, sonriendo, y Fiodor detectó en su tono de voz un matiz nervioso que correspondía, a su modo, a su propia confusión, por lo que ambos la pusieron de relieve y la acrecentaron.

—Tonterías. La lluvia era caliente. Me encuentro de maravilla.

Llegó el autobús y subieron a él. Fiodor pagó dos billetes con las monedas que llevaba en la palma. Zina observó:

—Hasta mañana no cobro, así que sólo tengo dos marcos. ¿Cuánto tienes tú?

—Muy poco. Me han quedado tres y medio de tus doscientos, y ya he gastado más de la mitad.

—Pero aún nos llega para la cena —dijo Zina.

—¿Estás segura de que te gusta la idea de un restaurante? Porque a mí no me atrae mucho.

—Es igual, resígnate. En general, ya se ha acabado la sana comida casera. No sé hacer ni una tortilla. Hemos de organizarnos. Pero de momento conozco un lugar estupendo.

Varios minutos de silencio. Los faroles y los escaparates estaban empezando a encenderse; las

calles parecían retraídas y grises bajo esta luz inmadura, pero el cielo era amplio y radiante y las nubéculas del crepúsculo tenían una pelusa escarlata.

—Mira, ya tengo las fotos.

Las tomó de sus dedos fríos. Zina en la calle de su oficina, con las piernas muy juntas, y la sombra de un tilo cruzando la acera, como una botavara caída a sus pies; Zina sentada de lado en un alféizar, con una corona de sol en torno a la cabeza; Zina trabajando, mal enfocada, oscura de rostro, pero en compensación, su gran máquina de escribir en primer plano, con un destello en la palanca del carro.

Zina volvió a meterlas en el bolso, sacó y volvió a meter en su envoltura de celofán el abono mensual del tranvía, extrajo un pequeño espejo, se miró en él, descubriendo el empaste de un diente de arriba, volvió a guardar el espejo, cerró el bolso, lo puso

sobre sus rodillas, se miró el hombro, sacudió una mota de polvo, se puso los guantes, se volvió hacia la ventana, e hizo todo esto en rápida sucesión, con las facciones en movimiento, parpadeando y como mordiendo y chupando el interior de sus mejillas. Pero de pronto se quedó inmóvil, con la mirada distante, tensos los tendones del pálido cuello y quietas las manos enguantadas de blanco sobre la piel brillante de su bolso.

El defilé de la Puerta de Brandenburgo.

Ya pasada la plaza Potsdam, cuando se acercaban al canal, una dama entrada en años, de pómulos salientes (¿dónde la he visto yo?), en compañía de un perrito tembloroso y de ojos saltones que llevaba bajo el brazo, se abrió paso hacia la salida, balanceándose y luchando con fantasmas, y Zina le echó una ojeada fugaz y deliciosa.

—¿La has reconocido? —preguntó—. Era la

señora Lorentz. Creo que está enfadada conmigo porque nunca la llamo. Una mujer superflua, en realidad.

—Tienes la mejilla tiznada —dijo Fiodor—. Cuidado, no te lo extiendas.

Otra vez el monedero, el pañuelo, el espejo.

—Pronto tendremos que bajar —anunció ella al cabo de un rato—. ¿Qué dices?

—Nada. De acuerdo. Bajemos donde quieras.

—Aquí —dijo después de dos paradas, le tomó del brazo, se sentó de nuevo por culpa de una sacudida, y al fin se puso en pie y pescó el bolso como del fondo del agua.

Las luces ya tenían forma; el cielo era muy tenue. Pasó un camión lleno de gente que volvía de una orgía ciudadana, gritando y agitando algo. En medio de un jardín público desprovisto de árboles, que consistía en un parterre oblongo flanqueado por un



sendero, un ejército de rosas estaba en flor. El diminuto recinto al aire libre de un restaurante (seis mesas) que había frente a este jardín, estaba separado de la acera por una barrera enjalbegada rematada por petunias.

Junto a ellos devoraba una pareja de cerdos, la uña negra del camarero se hundió en la salsa, y ayer un labio llagado rozó el borde de mi vaso de cerveza... Una niebla de tristeza había envuelto a Zina —sus mejillas, sus ojos entornados, su garganta, su frágil clavícula— y esto quedaba subrayado en cierto modo por el humo pálido de su cigarrillo. Los pasos de los peatones parecían agitar la creciente oscuridad.

De improviso, en el franco cielo del atardecer, a gran altura...

—Mira —exclamó ella—. ¡Qué belleza!

Un broche de tres rubíes se deslizaba por el terciopelo oscuro, a tanta altura, que ni siquiera se

oía el zumbido del motor.

Zina sonrió, separando los labios y miró hacia arriba.

—¿Esta noche? —preguntó él, mirando en la misma dirección.

Hasta ahora no había entrado en la sucesión de sentimientos que solía prometerse a sí mismo cuando imaginaba cómo escaparían juntos de una esclavitud que se había ido afirmando gradualmente en el curso de sus citas hasta convertirse en habitual, aunque se basaba en algo artificial, algo indigno, en realidad, de la importancia que había adquirido; ahora parecía incomprensible que en cualquiera de aquellos cuatrocientos cincuenta y cinco días ella y él no se hubieran marchado del apartamento de los Shchyogolev para vivir juntos; pero al mismo tiempo él sabía, en su subconsciente, que este obstáculo externo era un mero pretexto, simple método ostentoso por parte del destino, que había echado

mano de la primera barrera disponible para dedicarse al importante y complicado negocio para cuyo desarrollo necesitaba un retraso que pareciese depender de una obstrucción natural.

Al meditar ahora sobre los métodos del destino (en este diminuto recinto blanco e iluminado, en la dorada presencia de Zina y con participación de la oscuridad cálida y cóncava que había inmediatamente detrás del resplandor tallado de las petunias), encontró finalmente un hilo determinado, un espíritu oculto, una idea de ajedrez para la «novela» apenas planeada a la que se había referido ayer sólo de paso en la carta, a su madre. Habló de esto ahora, y de un modo como si ésta fuera realmente la expresión mejor y más normal de su felicidad, que también la expresaban en una edición más accesible, cosas tales como el aire aterciopelado, tres hojas de tilo, verde esmeralda, que se habían introducido en el farol, la cerveza helada, los volcanes lunares del puré de patata,

voces vagas, pasos, estrellas entre las ruinas de las nubes...

—Esto es lo que me gustaría hacer —dijo—. Algo similar a la obra del destino en relación con nosotros. Piensa en cómo la inició hace unos tres años y medio... ¡El primer intento de reunimos fue tosco y complicado! Aquel traslado de muebles, por ejemplo: yo veo algo extravagante en ello, algo así como «tirar la casa por la ventana», ¡porque fue todo un trabajo trasladar a los Lorentz y su mobiliario a la casa donde yo acababa de alquilar una habitación! La idea carecía de sutileza: ¡hacer que nos conociéramos a través de la esposa de Lorentz! Con el deseo de acelerar las cosas, el destino introdujo a Romanov, quien me llamó e invitó a una fiesta en su casa. Pero en este punto el destino cometió un error: el medio elegido no era el idóneo. Aquel hombre me resultaba odioso y se obtuvo el resultado contrario: a causa de él empecé a evitar a los Lorentz, por lo que todo este laborioso plan se fue al diablo, el

destino se quedó con un camión de mudanzas en las manos y los gastos no fueron reembolsados.

—Ten cuidado —le advirtió Zina—. Podría ofenderse por esta crítica y planear una venganza.

—Sigue escuchando. El destino lo intentó otra vez, de modo más sencillo pero más susceptible de éxito, porque yo necesitaba dinero y debería haberme agarrado a la oferta de un trabajo: ayudar a una chica rusa desconocida a traducir unos documentos; pero también esto falló. Primero, porque el abogado Charski resultó ser un intermediario desagradable y, segundo, porque detesto hacer traducciones al alemán, por lo que todo se fue al traste una vez más. Entonces, después de este fracaso, el destino decidió no arriesgarse más y me instaló directamente donde tú vivías. No eligió como intermediaria a la primera persona que pasara por allí, sino a una que me era simpática y que en seguida tomó el asunto en sus manos y no me permitió escabullirme. Es cierto que en el último

momento hubo un fallo que casi lo echó todo a rodar: en sus prisas —o por mezquindad—, el destino no te hizo aparecer el día de mi visita; naturalmente, después de hablar cinco minutos con tu padrastro —a quien el destino tuvo el desliz de dejar salir de la jaula— decidí no alquilar la poco atractiva habitación que había visto por encima de su hombro. Y entonces, acabados ya sus recursos, incapaz de presentarte inmediatamente, el destino me enseñó, como última y desesperada maniobra, tu vestido azul de baile sobre un sillón, y cosa extraña, yo mismo ignoro por qué, la maniobra tuvo éxito, y me imagino el suspiro de alivio del destino en aquel momento.

—Sólo que aquel vestido no era mío, sino de mi prima Raissa —muy simpática, pero fea de verdad —; creo que me lo dejó para que le quitara o le añadiera un adorno.

—En tal caso, aún fue más ingenioso. ¡Cuántos recursos! Las cosas más encantadoras de la

naturaleza y el arte se basan en el engaño. Fíjate bien, empezó con una impetuosidad imprudente y terminó con el más delicado toque final. ¿No te parece que puede ser la trama de una novela extraordinaria? ¡Vaya tema! Pero hay que elaborarlo, adornarlo, rodearlo de la densidad de la vida, de mi vida, de mis pasiones y preocupaciones profesionales.

—Sí, pero el resultado será una autobiografía con ejecuciones en masa de buenas amistades.

—Bueno, supongamos que entremezclo, retuerzo, combino, mastico y vomito todos los ingredientes, que añado tales especias de mi propia cosecha y lo impregno todo de mí mismo hasta tal punto que de la autobiografía sólo queda el polvo, ese polvo, bien entendido, que pinta el más anaranjado de los cielos. Y no voy a escribiría ahora, pasaré mucho tiempo preparándola, años, tal vez... En cualquier caso, primero haré otra cosa; quiero traducir algo a mi manera de un viejo sabio francés, a fin de llegar a la

dictadura definitiva sobre las palabras, porque en mi Chernyshevski aún están intentando votar.

—Todo esto es maravilloso —dijo Zina—; no puedes imaginarte cómo me gusta. Creo que serás un escritor diferente de cuantos han existido, y Rusia suspirará por ti, cuando recobre el sentido demasiado tarde... Pero ¿me amas?

—Lo que te he dicho es en realidad una especie de declaración de amor —repuso Fiodor.

—«Una especie de» no es suficiente. Es probable, y tú lo sabes, que a veces sea terriblemente desgraciada contigo.

Pero en el fondo no importa, estoy dispuesta a arriesgarme.

Sonrió, abriendo mucho los ojos y levantando las cejas, y entonces se apoyó en el respaldo de la silla y empezó a empolvase la barbilla y la nariz.

—Ah, tengo que contártelo, esto es magnífico,



tiene un pasaje famoso que creo poder recitar de memoria si lo hago en seguida, así que no me interrumpas; es una traducción aproximada: una vez hubo un hombre... que vivía como un verdadero cristiano; hizo mucho bien, a veces con palabras, a veces con hechos, y otras con silencios; observaba los ayunos; bebía el agua de los valles (esto es bueno, ¿verdad?); alimentaba el espíritu de concentración y vigilancia; vivía una vida pura, sabia y difícil; pero cuando intuyó la proximidad de la muerte, en lugar de pensar en ella, en lugar de lágrimas de arrepentimiento y tristes despedidas, en lugar de monjes y notarios vestidos de negro, invitó a un banquete a acróbatas, actores, poetas, un grupo de bailarinas, tres magos, alegres estudiantes de Tollenburg, un viajero de Taprobana, y en medio de versos melodiosos, máscaras y música, apuró una copa de vino y murió con una sonrisa alegre en el rostro... Magnífico, ¿verdad? Si he de morir algún día, así es exactamente como me gustaría.

—Pero sin las bailarinas —observó Zina—. Bueno, sólo son un símbolo de alegre compañía... ¿Y si nos fuéramos?

—Tenemos que pagar —dijo Zina—. Llámale. Les quedaron, once *pfennigs*, incluida la moneda ennegrecida que ella había encontrado dos días antes en la acera: les traería suerte. Mientras andaban por la calle, él sintió un escalofrío repentino y de nuevo aquella turbación emocional, pero ahora en una forma diferente, lánguida. Les separaba de la casa un paseo de veinte minutos, y el aire, la oscuridad y el olor dulzón de los tilos en flor causaban un dolor nostálgico en el pecho. Este olor se disipaba en la distancia entre tilo y tilo, donde era reemplazado por una frescura negra, y de nuevo, bajo la próxima bóveda, se acumulaba una nube opresiva y embriagadora, y Zina decía, tensando la nariz: «¡Oh, huélelo!», y una vez más la oscuridad perdía su sabor y una vez más se saturaba de miel. ¿De verdad ocurrirá esta noche? ¿De verdad ocurrirá ahora? El

peso y la amenaza de la dicha. Cuando camino así contigo, muy despacio, y te agarro por el hombro, todo oscila vagamente, la cabeza me zumba, y siento deseos de arrastrar los pies; la zapatilla me cae del —pie izquierdo, vamos muy despacio, nos demoramos, nos evaporamos en la niebla, ahora estamos casi fundidos.

... Y un día recordaremos todo esto, los tilos, y la sombra en la pared, y las uñas de un perro de lanas rascando las losas de la noche. Y la estrella, la estrella. Y aquí está la plaza y la iglesia oscura, con la luz amarilla de su reloj. Y aquí, en la esquina, está la casa.

¡Adiós, libro mío! Como los ojos mortales, los imaginados también deben cerrarse algún día. Oneguin se levantará de sus rodillas, pero su creador se aleja. Y no obstante, el oído no puede separarse ahora de la música y dejar que la historia se desvanezca; las cuerdas del propio destino continúan vibrando; y donde he puesto fin no existe

obstrucción para el sabio: las sombras de mi mundo se extienden más allá del horizonte de la página, azul como la niebla matutina del día de mañana, y tampoco esto termina la frase.



**VLADIMIR NABOKOV.** Nacido en San Petersburgo en 1899 en el seno de una acaudalada y aristocrática familia, aprendió francés e inglés de niño. En 1919, iniciada la revolución bolchevique, marchó al Reino Unido, estudiando Filología Eslava y Románica en el Trinity College de la Universidad de Cambridge. Tres años más tarde, marchó a Berlín viviendo dentro de la comunidad rusa en el exilio, y comenzando a escribir poesía. En 1937 viajó a Francia, asentándose más tarde en París. En 1940, por la presión nazi, emigró con su familia a Estados

Unidos, trabajando en el museo Americano de Historia Natural, compaginando el trabajo con el de profesor de Literatura Comparada en el Wellesley College, donde años después sería profesor de ruso. En 1945 adquirió la nacionalidad americana, y en 1948 fue profesor de ruso en la Universidad de Cornell. Su primera novela (*Mashenka*) apareció en 1926, título continuado por *Rey, Dama, Criado* (1928), *La Defensa de Luzhin* (1930) o *Habitación Oscura* (1933), libros que le convirtieron en uno de los principales narradores de su época. Tras el éxito literario y económico de *Lolita*, publicada en 1955, marchó a Montreux en Suiza, donde continuó su carrera literaria y su afición por la entomología y los problemas de ajedrez, y donde falleció en 1977.